

Robert Gerwarth

# Los vencidos

Por qué la Primera Guerra Mundial  
no concluyó del todo (1917-1923)



Galaxia Gutenberg





ROBERT GERWARTH

# Los vencidos

Por qué la Primera Guerra Mundial  
no concluyó del todo (1917-1923)

Traducción de  
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Vanquished. Why the First World War Failed to End, 1917-1923*  
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: abril 2017

© Robert Gerwarth, 2016  
Reservados todos los derechos  
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2017  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-77-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Oscar y Lucian*

# Índice

Lista de mapas  
Lista de ilustraciones

Introducción

## Primera parte DERROTA

1. Un viaje en tren en primavera
2. Revoluciones rusas
3. Brest-Litovsk
4. El sabor de la victoria
5. Reveses de la fortuna

## Segunda Parte REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

6. Guerra sin fin
7. Las guerras civiles rusas
8. El aparente triunfo de la democracia
9. Radicalización
10. El miedo al bolchevismo y el ascenso del fascismo

## Tercera parte HUNDIMIENTO IMPERIAL

11. La caja de Pandora: París y el problema del imperio

12. Reinventando Europa Centro-oriental

13. *Vae victis*

14. Fiume

15. De Esmirna a Lausana

Epílogo. La crisis de la «posguerra» y la crisis europea de mediados de siglo

Notas

Bibliografía

Agradecimientos

## Lista de mapas

1. Europa en marzo de 1918
2. Nuevas fronteras en Europa Central y Oriental, 1918-1923
3. Planes de los Aliados para el desmembramiento del Imperio otomano, 1919
4. Desmembramiento real de Hungría, 1918-1919

## Lista de ilustraciones

Se ha hecho el máximo esfuerzo posible por contactar con todos los titulares de los derechos de reproducción. La editorial enmendará con mucho gusto en sucesivas ediciones cualquier error u omisión que se le indique.

1. El pasaporte falso de Lenin (foto: PA Photos).
2. Soldados alemanes y rusos festejan el armisticio (foto: Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo).
3. Las tropas alemanas avanzan durante su ofensiva de primavera de 1918 (foto: © Imperial War Museum, Londres [Q 47997]).
4. Prisioneros de guerra alemanes en el Frente Occidental, 1918 (foto: DPA/PA Photos).
5. Tropas italianas en una carretera de montaña cerca de Portule durante la batalla de Vittorio Veneto, octubre-noviembre de 1918 (foto: © Imperial War Museum, Londres [Q 25946]).
6. Prisioneros de guerra austriacos, Trento, noviembre de 1918 (foto: Mondadori/Getty Images).
7. Tropas de los *Freikorps* alemanes en la región del Báltico, noviembre de 1919 (foto: Instituto Herder, Marburgo [DSHI]).
8. Guardias blancos después de su victoria en la batalla de Tampere (foto: Tampere Museums, Vapriikki Photo Archives, Finlandia).
9. Aldeanos ahorcando a los emisarios bolcheviques durante la guerra civil rusa (foto: Stapleton Collection/Heritage Images/TopFoto).
10. Huérfanos rusos (foto: Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo).
11. Philipp Scheidemann proclama la República de Alemania desde el

edificio del Reichstag, Berlín, 9 de noviembre de 1918 (foto: Ullstein Bild/Getty Images).

12. La Revolución de los Crisantemos en Budapest, 31 de octubre de 1918 (fuente desconocida).

13. La policía se enfrenta a los manifestantes durante el golpe de Estado comunista en Viena, Austria, junio de 1919 (foto: Süddeutsche Zeitung Photo).

14. Unos milicianos disparan contra las tropas del Gobierno durante la sublevación espartaquista, Berlín, enero de 1919 (foto: Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo).

15. Tropas del Gobierno en las inmediaciones de la catedral de Berlín durante la sublevación espartaquista (foto: Bundesarchiv, Coblenza [imagen 102-01454A]).

16. Béla Kun se dirige a una concentración de estudiantes y trabajadores en 1919 (foto: De Agostini/Getty Images).

17. Soldados del Ejército Rojo con el cadáver de un sospechoso de actividades contrarrevolucionarias, Hungría, mayo de 1919 (foto: Ullstein Bild/akg-images).

18. *Minden a mienk!* (¡Todo para nosotros!), cartel antisemita húngaro, obra de Miltiades Manno, 1919 (foto: Budapest Poster Gallery, <<http://budapestposter.com>>).

19. Soldados de los *Freikorps* y tropas del Gobierno obligan a desfilar a los prisioneros por las calles de Múnich después de la caída de la «República Soviética», mayo de 1919 (foto: Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo)

20. Firma del Tratado de Neuilly, 27 de junio de 1919 (foto: Biblioteca Nacional «Cirilo y Metodio», Sofía [C II 1292]).

21. Detención del sirviente de Stambolijski durante el golpe de Estado contra la BANU, junio de 1923 (foto: Süddeutsche Zeitung Photo).

22. Mussolini y sus camaradas «camisas negras» italianos durante la «Marcha sobre Roma», 1922 (foto: BIPs/Getty Images).

23. Desfile del Ejército rumano por el centro de Budapest, 1919 (foto: De Agostini/Getty Images).

24. Manifestación anticheca, Viena, marzo de 1919 (foto:

Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo).

25. Refugiados de etnia alemana procedentes de Prusia Occidental, 1920 (foto: Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo).

26. La infantería griega avanza por la meseta de Anatolia durante la guerra greco-turca (foto: TopFoto).

27. Mustafá Kemal y su Estado Mayor, 1919 (foto: Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo).

28. Esmirna en llamas, septiembre de 1922 (foto: Alamy).

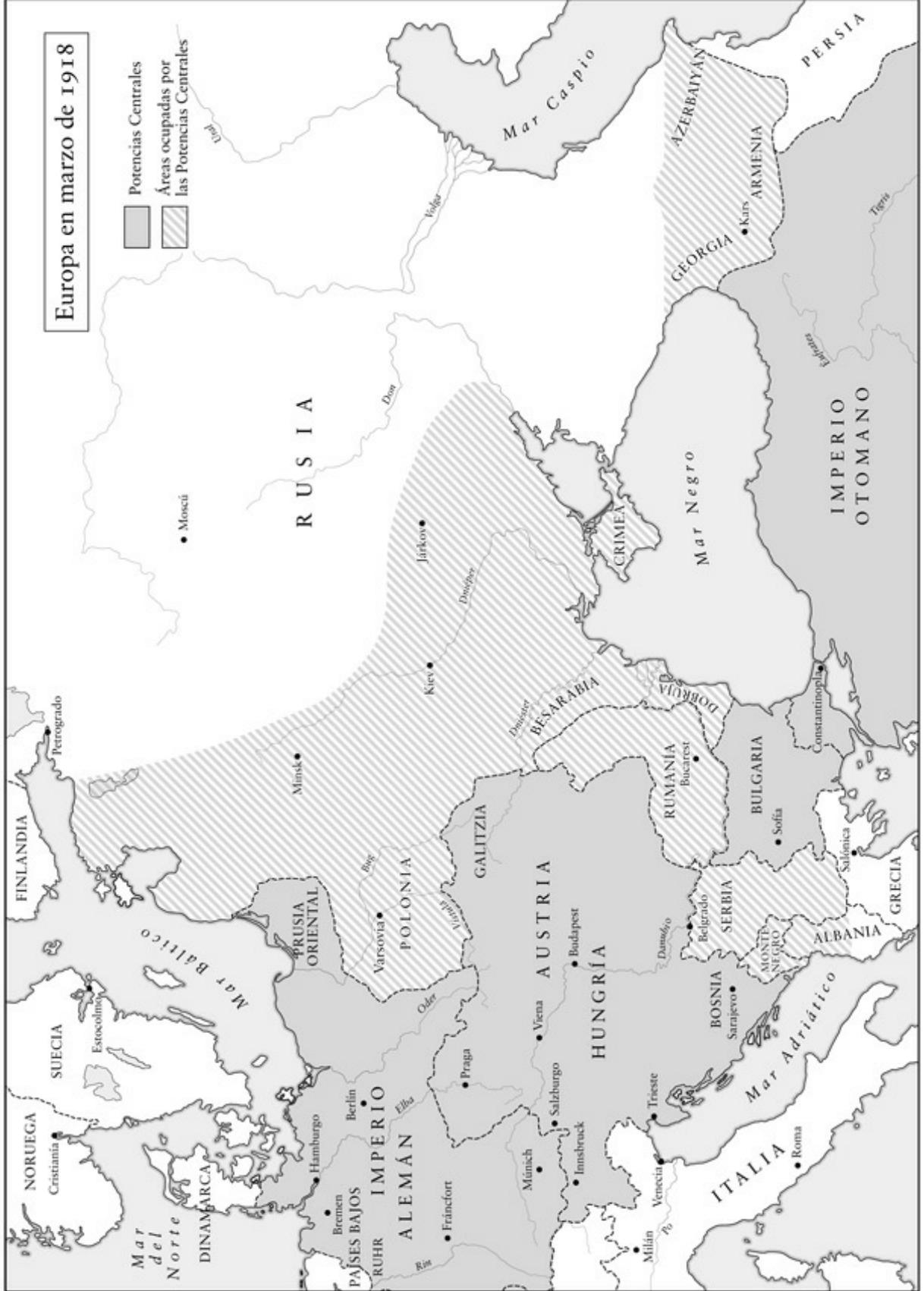
29. Refugiados de etnia griega huyen de Esmirna por mar, septiembre de 1922 (foto: Getty Images).

30. Manifestación contra el Tratado de Trianon, Budapest 1931 (foto: Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo).

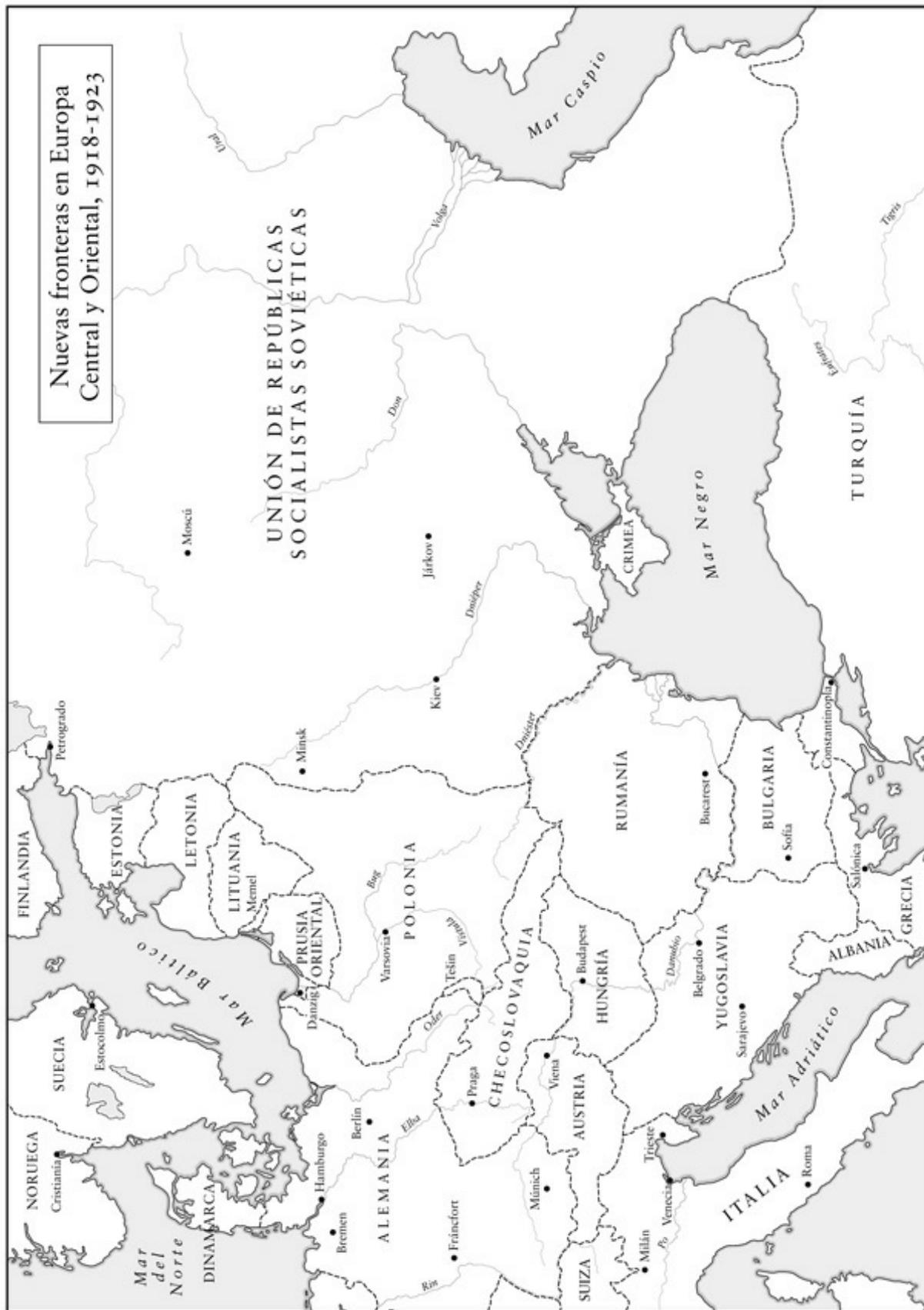
31. El vagón en el que los alemanes firmaron el armisticio es sacado de un museo francés, junio de 1940 (foto: Bundesarchiv, Coblenza [imagen 146-2004-0147]).

# Europa en marzo de 1918

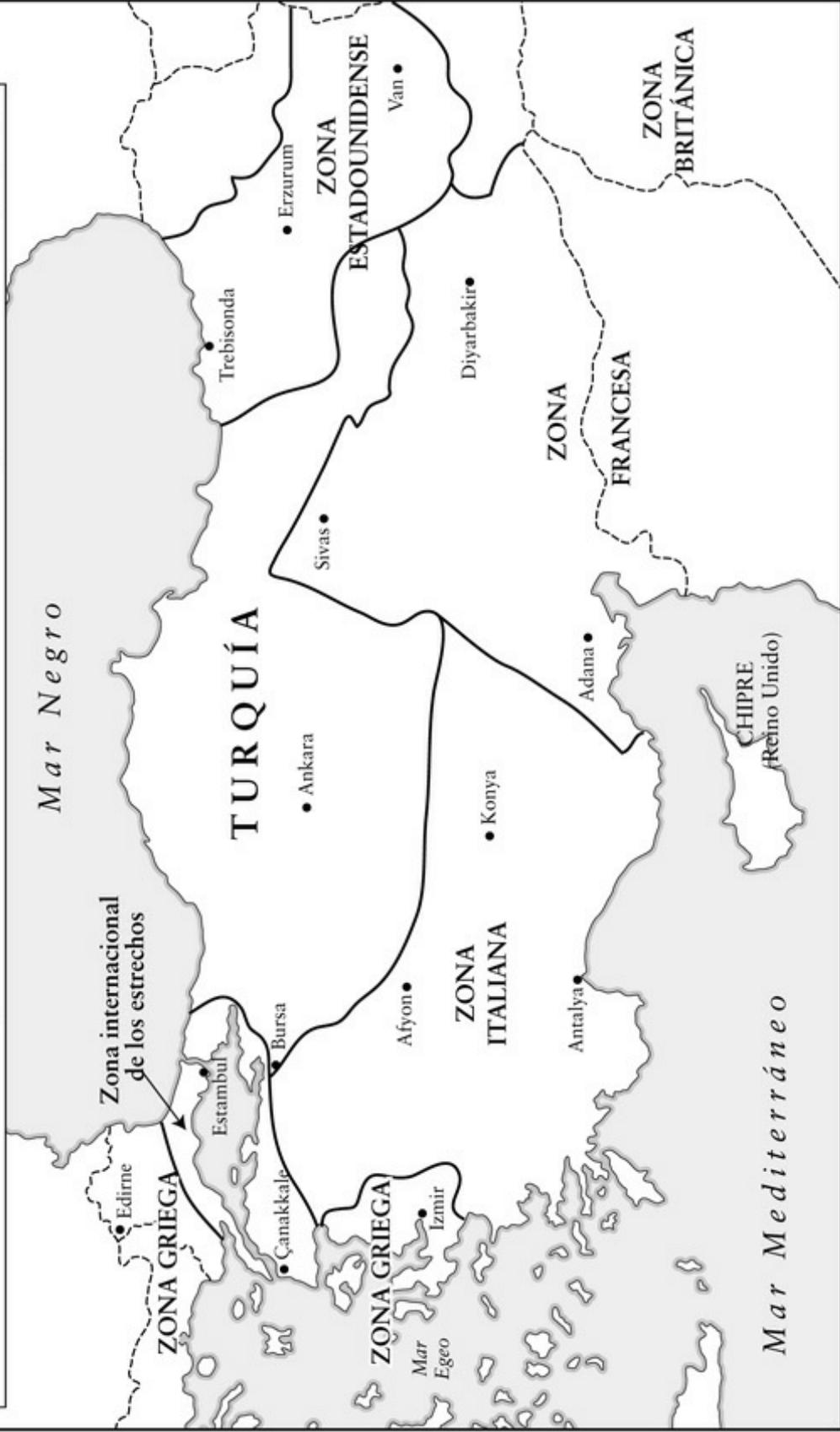
- Potencias Centrales
- ▨ Áreas ocupadas por las Potencias Centrales

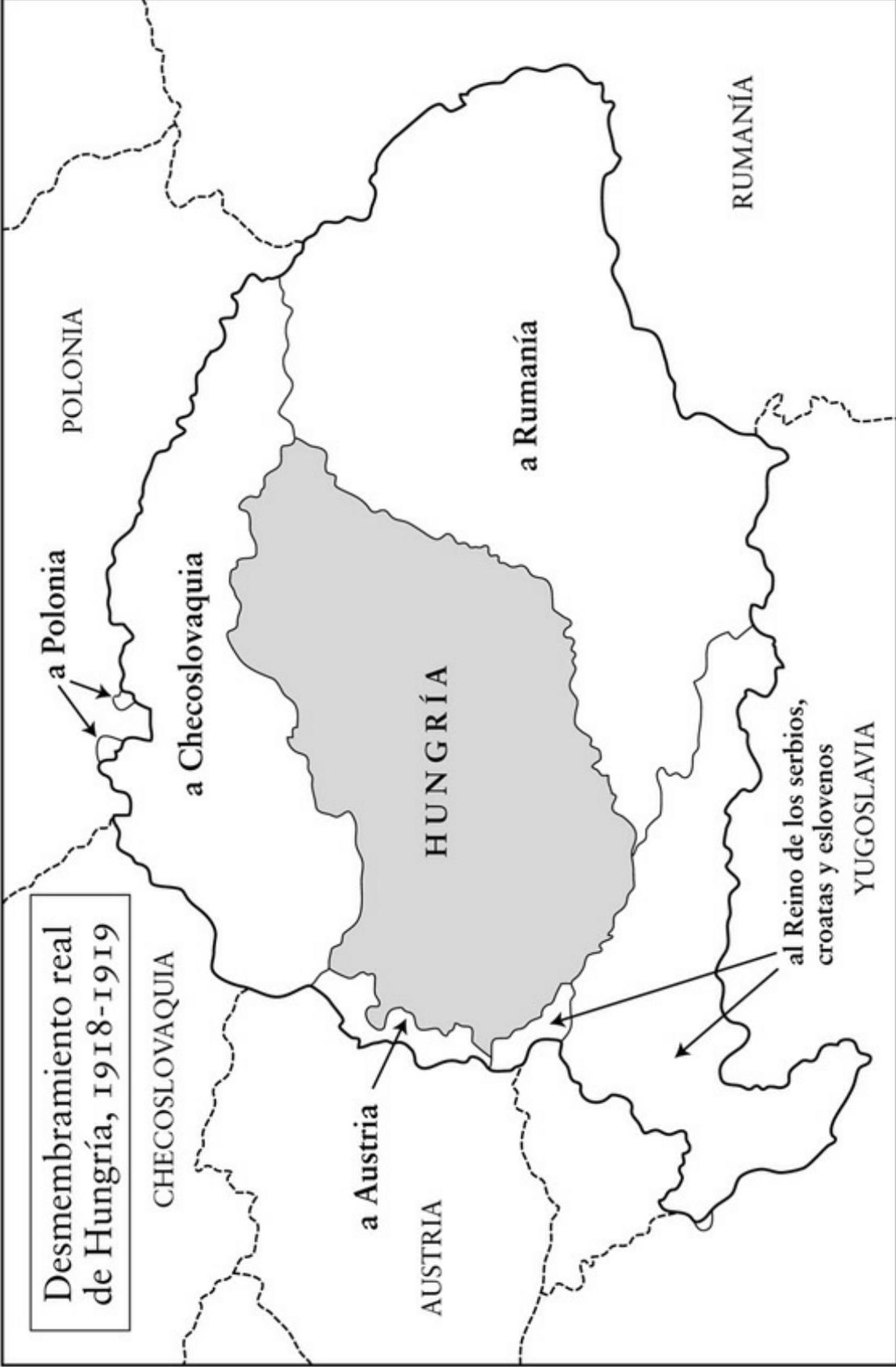


Nuevas fronteras en Europa  
Central y Oriental, 1918-1923



Planes de los Aliados para el desmembramiento del Imperio otomano, 1919





## Introducción

Ambos bandos, vencedores y vencidos, estaban en ruinas. Todos los emperadores o sus sucesores habían sido ejecutados o destronados. [...] Todos estaban derrotados; todos estaban afectados; todo lo que habían dado había sido en vano. Ninguno de ellos ganó nada. [...] Los que sobrevivieron, los veteranos de incontables días de batalla, iban regresando, o bien con los laureles de la victoria o bien con las noticias de los desastres, a unos hogares ya sumidos en la catástrofe.

WINSTON CHURCHILL,  
*The Unknown War* (1931)

Esta guerra no es el final sino el comienzo de la violencia. Es la forja en la que se dará forma a golpe de martillo a las nuevas fronteras y a las nuevas comunidades. Será preciso rellenar con sangre los nuevos moldes, y el poder se detentará con puño de hierro.

ERNST JÜNGER,  
*Der Kampf als Inneres Erlebnis* (1928)

El 9 de septiembre de 1922, las pasiones suscitadas por diez años de guerra se abatieron sobre la ciudad de Esmirna. En el momento en que la caballería turca entraba en la que antaño fuera la ciudad más próspera y cosmopolita del Imperio otomano, la mayoría cristiana de su población observaba nerviosa los acontecimientos temiéndose lo que iba a ocurrir. Esmirna era una ciudad donde los musulmanes, los judíos, los armenios y los cristianos ortodoxos griegos llevaban siglos conviviendo de una forma más o menos pacífica. Pero casi diez años de guerra habían modificado las relaciones interétnicas de la ciudad. Tras perder casi todos sus inmensos territorios europeos en las

guerras balcánicas de 1912-1913, el Imperio otomano había entrado en la Gran Guerra como aliado de Alemania en agosto de 1914 –y acabó una vez más formando parte del bando perdedor–. Despojados de sus posesiones árabes en lo que posteriormente dio en llamarse «Oriente Próximo», el derrotado Imperio otomano y su humillada población turca musulmana muy pronto tuvieron que afrontar una nueva amenaza: un ejército invasor griego, alentado por el primer ministro británico, David Lloyd George, había desembarcado en Esmirna en 1919, decidido a forjar un nuevo imperio para Grecia en los territorios de Asia Menor habitados en parte por cristianos.<sup>1</sup>

Tras un conflicto brutal que duró tres años, durante los que se asistió a un nivel inusitado de atrocidades contra los civiles, tanto musulmanes como cristianos, las suertes de la guerra ahora se volvían decididamente en contra de los griegos. Atraídas hacia el interior de Anatolia Central por Mustafá Kemal, el competente líder de los nacionalistas turcos, las tropas griegas, al límite de sus posibilidades, y a las órdenes de unos oficiales ineptos, se vinieron abajo cuando Kemal –más conocido por su posterior título honorífico de Atatürk («padre de los turcos»)– lanzó una contraofensiva a gran escala durante el verano de 1922. La apresurada retirada del maltrecho Ejército griego, que vino acompañada de saqueos, asesinatos e incendios provocados contra la población musulmana de Anatolia Occidental, dio lugar a fundados temores de represalias entre la población cristiana de Esmirna. Pero las engañosas garantías que dieron las autoridades de ocupación griegas, junto con la presencia de no menos de veintiún buques de guerra aliados fondeados en el puerto de Esmirna, provocaron que los griegos y los armenios cayeran en la trampa de una falsa sensación de seguridad. Teniendo en cuenta que los Aliados occidentales –sobre todo Gran Bretaña– habían alentado la conquista de Esmirna por el Gobierno de Atenas, no cabía duda de que sus tropas intervendrían para proteger a la población cristiana de las represalias de los musulmanes.

Muy pronto se demostró que aquellas esperanzas eran infundadas, a medida que se iba desarrollando la tragedia de la ciudad. Poco después de que el victorioso Ejército turco conquistara Esmirna, los soldados detenían al arzobispo ortodoxo, Crisóstomo, un destacado partidario de la invasión

griega, y lo llevaban ante su oficial al mando, el general de división Sajali Nureddin Pachá. El general dejó a Crisóstomo a merced de una turbamulta turca que se había congregado a las puertas de su cuartel general exigiendo la cabeza del metropolitano. Como recordaba un testigo ocular, un marinero francés, «los manifestantes cayeron sobre Crisóstomo emitiendo gritos guturales, y lo arrastraron por las calles hasta que llegaron ante una barbería, donde Ismael, su propietario judío, observaba la escena temerosamente desde la puerta de su establecimiento. Alguien apartó al barbero de un empujón, agarró un paño blanco y se la anudó a Crisóstomo alrededor del cuello, gritando: “¡Vamos a darle un buen afeitado!”. Le arrancaron la barba al prelado, le sacaron los ojos con sus cuchillos, le rebanaron las orejas y la nariz y le amputaron las manos». Nadie intervino. A continuación, los asesinos arrastraron el atormentado cuerpo de Crisóstomo hasta un callejón cercano, lo dejaron tirado en un rincón y lo abandonaron allí hasta que murió.<sup>2</sup>

La muerte violenta del metropolitano ortodoxo de Esmirna no fue más que la obertura de una orgía de violencia que duró quince días y que recordaba al saqueo de las ciudades enemigas durante las guerras de religión europeas del siglo XVII. Se calcula que a lo largo de las dos semanas siguientes fueron masacrados 30.000 griegos y armenios. Los soldados turcos, las milicias paramilitares y las bandas de adolescentes de la zona desvalijaron, apalearon o violaron a muchos más.<sup>3</sup>

Las primeras casas fueron incendiadas en el barrio armenio de la ciudad a última hora de la tarde del 13 de septiembre. A la mañana siguiente, la mayor parte de los barrios cristianos de Esmirna eran pasto de las llamas. En el plazo de pocas horas, miles de hombres, mujeres y niños se habían refugiado en la zona del puerto. El reportero británico George Ward Price observaba el espectáculo homicida desde la seguridad de un acorazado fondeado en el puerto, y dejaba constancia de una situación «indescriptible»:

Lo que veo desde la cubierta del *Iron Guard* es un muro ininterrumpido de fuego, de más tres kilómetros de largo, en el que destacan veinte volcanes de furiosas llamaradas que escupen unas puntiagudas lenguas de fuego que se contorsionan hasta una altura de

treinta metros. [...] La superficie del mar resplandece con un brillo de color rojo cobrizo oscuro y, lo peor de todo es que, desde la densa multitud de miles de refugiados que se apretujan sobre los estrechos muelles, entre la abrasadora muerte que va avanzando poco a poco hacia ellos por detrás y las profundas aguas que tienen delante, surge constantemente un griterío tan frenético de puro terror que puede oírse a muchos kilómetros de distancia.<sup>4</sup>

Mientras las tropas turcas acordonaban los muelles, muchos de los desesperados refugiados intentaban buscar la forma de llegar a los buques de los Aliados anclados en el puerto. A medida que iba quedando patente que los Aliados no pensaban intervenir, ni iban a hacer intento alguno de rescatarlos con sus botes, algunos de los griegos, presas del terror, se suicidaban lanzándose a las aguas para ahogarse. Otros intentaban ponerse a salvo nadando, intentando a la desesperada llegar hasta alguno de los barcos de los Aliados. Los niños y los ancianos acabaron arrollados por la estampida de una multitud desesperada que intentaba huir del insoportable calor de los edificios en llamas que había a su alrededor. Al ganado vacuno y a los caballos, a los que resultaba imposible evacuar dadas las circunstancias, les partían las patas delanteras para después arrojarlos al agua, donde se ahogaban –una escena inmortalizada en el breve artículo titulado «Sobre el muelle de Esmirna», escrito por el corresponsal extranjero del periódico *Toronto Star*, Ernest Hemingway, entonces muy poco conocido.<sup>5</sup>

Hemingway era tan sólo uno de los muchos periodistas occidentales que documentaron el saqueo de Esmirna. Durante varios días el terrible destino de la ciudad fue objeto de grandes titulares por todo el mundo. Llevó a Winston Churchill, secretario de Estado británico para las Colonias, a condenar, en una carta que envió a los primeros ministros de los Dominios, la destrucción de Esmirna, calificándola de «orgía infernal» con «pocos sucesos comparables en la historia de los crímenes cometidos por el hombre».<sup>6</sup>

Como ilustran de forma escalofriante el desastroso destino de la población cristiana de Esmirna y las masacres previas perpetradas contra los

musulmanes turcos, a la Gran Guerra no le siguió de inmediato un periodo de paz. En realidad, Churchill se equivocaba acerca de la naturaleza inusitada de las atrocidades de Esmirna. Todo lo contrario: los incidentes violentos, tan desgarradores como los de Anatolia Occidental, no eran ninguna rareza en lo que a menudo (aunque de una forma un tanto engañosa) se denomina los años de «entreguerras», un periodo pulcramente enmarcado que supuestamente comenzó con el armisticio del 11 de noviembre de 1918 y concluyó con el ataque de Hitler contra Polonia el 1 de septiembre de 1939. Sin embargo, esa etiqueta temporal tan sólo es aplicable a los principales vencedores de la Gran Guerra, a saber Gran Bretaña (con la notable excepción de la guerra de Independencia irlandesa) y Francia, para los que el cese de hostilidades en el Frente Occidental efectivamente marcó el comienzo de una era de posguerra.

Para los habitantes de Riga, de Kiev, de Esmirna y de muchos otros lugares de Europa Oriental, Central y Suroriental, en 1919 no hubo paz, sino tan sólo una violencia incesante. «La guerra mundial terminó oficialmente con la firma del armisticio –observaba Piotr Struve, el filósofo y erudito ruso, desde la posición estratégica de conocido intelectual de la época que había cambiado de filiación política, del bando bolchevique al Movimiento Blanco, en medio de la violenta guerra civil de su país–. Sin embargo, en realidad, a partir de ese momento, todo lo que hemos experimentado, y seguimos experimentando, es una continuación y una metamorfosis de la guerra mundial.»<sup>7</sup>

Struve no tenía que buscar muy lejos para demostrar lo que decía: la violencia era omnipresente, dado que numerosas fuerzas armadas de distintos tamaños y cometidos políticos seguían combatiendo a lo largo y ancho de Europa Oriental y Central, al tiempo que surgían y caían nuevos gobiernos entre un derramamiento de sangre generalizado. Tan sólo entre 1917 y 1920, Europa vivió no menos de veintisiete traspasos violentos de poder político, muchos de ellos acompañados de guerras civiles latentes o declaradas.<sup>8</sup> El caso más extremo fue, por supuesto, la propia Rusia, donde las hostilidades entre los partidarios y los oponentes del golpe de Estado bolchevique de Lenin en octubre de 1917 había degenerado rápidamente en una guerra civil de unas proporciones sin precedentes históricos, que acabó cobrándose más

de tres millones de vidas.

Sin embargo, incluso en los lugares donde la violencia fue menos intensa, muchos contemporáneos compartían la convicción de Struve en el sentido de que el final de la Gran Guerra no trajo consigo estabilidad, sino que por el contrario había marcado el comienzo de una situación sumamente inestable, donde la paz, en el mejor de los casos, era precaria, cuando no totalmente ilusoria. En la Austria posrevolucionaria –que ya no era el centro de uno de los mayores imperios continentales de Europa sino una diminuta y empobrecida república de los Alpes– un periódico conservador de gran difusión planteaba esa misma cuestión en un editorial de mayo de 1919, bajo el titular «Guerra en la paz». El periódico mencionaba los incesantes niveles de extrema violencia en los territorios de los imperios continentales de Europa, vencidos en la guerra, y observaba que en aquel momento un amplio arco de violencia de posguerra se extendía desde Finlandia y los estados del mar Báltico a través de Rusia y Ucrania, Polonia, Austria, Hungría y Alemania, pasando por los Balcanes, hasta Anatolia y el Cáucaso.<sup>9</sup>

Curiosamente, el artículo no mencionaba Irlanda, el único país naciente de Europa Occidental que, por lo menos durante la guerra de Independencia irlandesa (1919-1921) y la posterior guerra civil (1922-1923), parecía seguir un rumbo parecido (aunque menos violento) al de los estados de Europa Central y Oriental entre 1918 y 1923.<sup>10</sup> No obstante, las semejanzas entre Irlanda y Europa Central no pasaron inadvertidas entre los más perspicaces observadores de la época en Dublín, que consideraban que la difícil situación de Irlanda formaba parte de un malestar europeo mucho más amplio, un conflicto en curso que tenía sus orígenes en la crisis mundial de 1914-1918, aunque también era un fenómeno diferenciado de ella. Como dijo el escritor William Butler Yeats, galardonado con el Premio Nobel, en uno de sus poemas más famosos, «El segundo advenimiento» (1919):

Todo se desmorona; el centro ya no puede sostenerse;  
la anarquía está suelta por el mundo,  
la marea enturbiada por la sangre; [...]  
¿qué bestia violenta, llegada al fin su hora,

para nacer camina inclinada hacia Belén?\* 11

La violenta transición de Europa de una guerra mundial a una «paz» caótica es el argumento de *Los vencidos*. El libro, que va más allá de las historias más familiares de Gran Bretaña y Francia, o la igualmente conocida crónica de los acuerdos de paz en el Frente Occidental en 1918, aspira a reconstruir las experiencias de las personas que vivían en los países que acabaron en el bando perdedor de la Gran Guerra: los imperios de las dinastías de Habsburgo, Romanov, Hohenzollern, y el Imperio otomano (y los estados que les sucedieron), así como Bulgaria. No obstante, cualquier historia de los derrotados también debe incluir Grecia e Italia. Aunque resultaron vencedores en otoño de 1918, ambos estados muy pronto vieron cómo declinaba su suerte. En el caso de Atenas, la guerra greco-turca (1919-1922) dio lugar a que la victoria se convirtiera en «la Gran Catástrofe» de 1922, mientras que muchos italianos tuvieron la sensación de que el éxito que cosecharon a base de tantos esfuerzos contra el Ejército austrohúngaro en 1918 no fue suficientemente recompensado. El descontento con la compensación recibida por las aproximadamente 600.000 víctimas mortales de la guerra se convirtió en una preocupación obsesiva en Italia –que se manifestó de forma elocuente en la idea popular de una *vittoria mutilata* («victoria mutilada»)– lo que a su vez generó el apoyo a un nacionalismo radical, al tiempo que la grave agitación laboral y la ocupación de tierras convencieron a mucha gente de la inminencia de una revolución bolchevique en Italia. En muchos sentidos, la experiencia de posguerra del país, que culminó con el nombramiento del primer presidente de Gobierno fascista, Benito Mussolini, en octubre de 1922, se asemejó más a la de los imperios vencidos de Europa Oriental y Central que a la experiencia de Francia o de Gran Bretaña.

Al centrarse en los imperios continentales derrotados de Europa, y en la forma que asumieron tras la Gran Guerra, este libro examina una serie de estados que a menudo han sido descritos a través del prisma de la propaganda de los tiempos de guerra o desde el punto de vista privilegiado de 1918, cuando la legitimación de los nuevos estados nacionales de Europa Oriental y

Central exigía la demonización de los imperios de los que se habían escindido. Esa interpretación hizo posible que algunos historiadores de Occidente contemplaran la Primera Guerra Mundial como una épica lucha entre los Aliados democráticos, por una parte, y las Potencias Centrales autocráticas, por otra (al tiempo que soslayaban que el imperio más autocrático de todos, la Rusia imperial, formaba parte de la Triple Entente). No obstante, en épocas más recientes, un número creciente de estudios sobre los desaparecidos imperios otomano, alemán y austrohúngaro ha cuestionado la leyenda negra que afirmaba que las Potencias Centrales eran sencillamente unos estados canallas o unas anacrónicas «cárceles de pueblos». Esa revaluación ha sido rotunda, tanto en el caso de la Alemania imperial como del Imperio austrohúngaro, que se presentan bajo una luz mucho más benigna (o por lo menos más ambivalente) a los historiadores hoy en día que a lo largo de las ocho décadas posteriores a 1918.<sup>12</sup> Incluso con respecto al Imperio otomano, donde el genocidio contra la población armenia durante la guerra pareció confirmar la naturaleza maliciosa de un imperio opresor que reprimía violentamente a sus minorías, poco a poco está surgiendo un cuadro más completo. Recientemente algunos historiadores han destacado que, hasta 1911-1912, en el Imperio otomano todavía existía cierto potencial para que en el futuro todos los grupos étnicos y religiosos que vivían en su seno gozaran de igualdad de derechos y de ciudadanía.<sup>13</sup> Mientras que el nacionalismo del Comité de Unidad y Progreso (CUP), que llegó al poder a raíz de la revolución de 1908, marcó una clara diferencia respecto al nacionalismo cívico, más incluyente, del Imperio otomano, en 1911 el CUP ya había perdido gran parte de su apoyo popular.<sup>14</sup> La invasión italiana de la provincia otomana de Tripolitania (Libia) durante aquel mismo año y la primera guerra balcánica de 1912 posibilitaron que el CUP consolidara una dictadura, y modificaron profundamente las relaciones interétnicas, dado que hasta 300.000 musulmanes, entre ellos muchos familiares de destacados políticos del CUP, fueron violentamente expulsados de sus hogares en los Balcanes, provocando una crisis de refugiados, y una radicalización política en Constantinopla.<sup>15</sup>

Aunque alguien pueda considerar exagerada o desmedida la reciente

«rehabilitación» de los imperios continentales de antes de la guerra que han llevado a cabo muchos expertos, resulta difícil sugerir que la Europa postimperial fuera un lugar mejor y más seguro de lo que había sido en 1914. Desde la guerra de los Treinta años del siglo XVII no se había producido una serie de guerras y conflictos civiles interrelacionados tan caótica y mortífera como en los años posteriores a 1917-1918. A medida que las guerras civiles se solapaban con las revoluciones, las contrarrevoluciones y los conflictos fronterizos entre los estados emergentes sin unas fronteras claramente definidas ni gobiernos reconocidos internacionalmente, la Europa «de posguerra», durante el periodo que va desde la conclusión oficial de la Gran Guerra, en 1918 hasta la firma del Tratado de Lausana, en julio de 1923, fue el lugar más violento del planeta. Aunque no contabilicemos los millones de personas que fallecieron a causa de la pandemia de gripe española entre 1918 y 1920, ni los cientos de miles de civiles de la zona comprendida entre Beirut y Berlín que murieron de hambre como consecuencia de la decisión de los Aliados de mantener el bloqueo económico tras el fin de las hostilidades, más de cuatro millones de personas –una cifra superior a la suma de víctimas mortales de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos durante la guerra– fallecieron a consecuencia de los conflictos armados en la Europa de posguerra. Por añadidura, millones de refugiados empobrecidos procedentes de Europa Central, Oriental y Meridional vagaban por el paisaje de Europa Occidental, arrasado por la guerra, en busca de seguridad y de una vida mejor.<sup>16</sup> Con buen criterio, algunos historiadores de Europa Oriental han calificado los años inmediatamente posteriores a 1918 como un periodo de «prolongación de la guerra civil europea».<sup>17</sup>

A pesar de los horribles acontecimientos que tuvieron lugar en grandes zonas de la Europa «de posguerra», los numerosos conflictos de los años posteriores a 1917-1918 no han llamado ni mucho menos la misma atención que los acontecimientos del Frente Occidental a lo largo de los cuatro años anteriores. Como es bien sabido, algunos observadores británicos de la época, como Winston Churchill, restaron importancia a los conflictos de la posguerra calificándolos de «guerras de los pigmeos» –un comentario condescendiente que refleja la actitud orientalizante (e implícitamente

colonial) para con Europa Oriental que predominaba en los libros de texto de Europa Occidental de la época y durante décadas después de 1918—. <sup>18</sup> Además, esa actitud se nutría de una idea, que en gran parte surgía de los años que transcurrieron entre la Gran Crisis de Oriente (1875-1878) y las dos guerras balcánicas de 1912-1913, que venía a decir que Europa Oriental era de alguna manera «intrínsecamente» violenta, a diferencia de la parte occidental del continente, civilizada y pacífica. La estrechez de miras y la degradación general del discurso entre 1914 y 1918 provocaron una asombrosa miopía entre los responsables políticos británicos y franceses acerca de las catástrofes que se estaban produciendo en Europa Central y Oriental, aunque ocurrieran en lugares que antes de la Gran Guerra, y durante muchísimos años, habían sido sociedades profundamente respetuosas de la ley, culturalmente sofisticadas y pacíficas.

Mientras que la historia de la transición de Europa de la guerra a la paz sigue siendo menos conocida para muchos lectores europeos occidentales que la crónica de la Gran Guerra en sí, los trascendentales años que van de 1917 a 1923 siguen estando muy presentes en la memoria colectiva de la población de Europa Oriental, Central y Meridional, así como en la de Oriente Próximo e Irlanda. Para esas gentes, el recuerdo de la Gran Guerra a menudo se ve ensombrecido, cuando no totalmente eclipsado, por las historias fundacionales de su lucha por la independencia, la liberación nacional y el cambio revolucionario de los años anteriores y posteriores a 1918. <sup>19</sup> En Rusia, por ejemplo, la revolución bolchevique de Lenin, en 1917 –y no la «guerra imperialista» que la precedió– fue el principal punto de referencia histórica durante décadas. Hoy en día, en Ucrania, la independencia nacional lograda en 1918 (por efímera que fuera) parece omnipresente en los debates públicos sobre la amenaza geopolítica que supone la Rusia de Putin. En el caso de algunos estados postimperiales –sobre todo Polonia, Checoslovaquia y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos (la futura Yugoslavia)– el énfasis conmemorativo que se dio al nacimiento (o renacimiento) triunfal del Estado-nación en 1918 les permitió «olvidar» oportunamente que millones de sus ciudadanos habían combatido en los ejércitos derrotados de las Potencias Centrales.

En otros lugares, los años posteriores a 1917-1918 ocupan un lugar destacado en la memoria colectiva porque suponen un momento de gran división en su historia: en Finlandia, un país neutral durante la Gran Guerra, la sombra de la guerra civil de 1918, sumamente sangrienta, que exterminó a más del 1 % de la población del país en menos de seis meses, no ha dejado de emponzoñar los debates políticos, mientras que en Irlanda, las filiaciones y los dilemas de la guerra civil de 1922-1923 han seguido condicionando el sistema político de partidos del país hasta el presente. En Oriente Próximo, la Gran Guerra también es un asunto de interés marginal en comparación con la posterior «invención de naciones» (como Irak y Jordania) por los Aliados, el régimen de protectorados de la Sociedad de Naciones y el conflicto a propósito de Palestina, que sigue vivo. A ojos de muchos árabes, dicho conflicto se originó en el compromiso británico de apoyar «el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío» adquirido por Arthur Balfour, ministro de Asuntos Exteriores, conocido desde entonces como la «Declaración Balfour».<sup>20</sup>

El complejo cuadro de la Europa que surgió de la Gran Guerra, un conflicto que dejó tras de sí casi diez millones de muertos y más de veinte millones de heridos, se resiste a cualquier catalogación o definición sencilla de las violentas convulsiones que vinieron después. No obstante, aun a riesgo de caer en la simplificación, es posible identificar por lo menos tres tipos de conflictos, diferenciados pero que se refuerzan mutuamente y a menudo se solapan, en el ámbito de la «guerra civil europea» que se produjo a continuación. En primer lugar, durante el periodo «de posguerra» europeo se asistió al estallido de conflictos entre los ejércitos nacionales, regulares o en vías de formación, de distintos países, como la guerra polaco-soviética, el conflicto greco-turco, o la invasión de Hungría por Rumanía. Esos conflictos entre países, que se libraron con el armamento sobrante de la Gran Guerra, se produjeron principalmente en las zonas geográficas donde la desintegración de los imperios austrohúngaro, ruso, alemán y otomano creó las condiciones para la aparición de nuevos estados nacionales, a menudo nerviosamente agresivos, que pretendían consolidar o expandir por la fuerza su territorio. Una de esas guerras, la que se produjo entre Rusia y Polonia (entre 1919 y

1921) dejó tras de sí en torno a 250.000 muertos o desaparecidos, mientras que las bajas militares de Grecia y Turquía entre 1919 y 1922 podrían ascender a 200.000 .<sup>21</sup>

En segundo lugar, durante el breve periodo que va de 1917 a 1923, se asistió a una enorme proliferación de guerras civiles, como fue el caso de Rusia o de Finlandia, pero también en Hungría, Irlanda y partes de Alemania. En los antiguos territorios del imperio de los Romanov, la diferencia entre las guerras interestatales propiamente dichas y las guerras civiles no siempre resultaba fácil de descifrar, dado que todo tipo de conflictos interrelacionados se alimentaban mutuamente. El Ejército Rojo tuvo que librar una guerra con Polonia y reprimir la secesión de las repúblicas de los territorios fronterizos occidentales y del Cáucaso, pero Lenin también aspiraba a lograr la victoria sobre sus adversarios del Ejército Blanco, además de sobre toda una serie de diferentes enemigos, reales o imaginarios –desde los *kuláks*, pasando por los anarquistas, hasta los socialistas moderados, sospechosos de intentar subvertir la revolución bolchevique–. La situación en Rusia se vio ulteriormente agravada por la participación de elementos extranjeros, como las tropas de intervención de los Aliados que acudieron a apoyar a los blancos, o las decenas de miles de soldados alemanes de los *Freikorps* que vagaron por la región del Báltico a partir de 1918 y que lucharon con (y contra) los nacionalistas letones y estonios en busca de territorios, gloria y aventuras.

Las guerras civiles que atormentaron Europa durante aquel periodo generalmente se desencadenaron debido a una tercera forma diferenciada de violencia política que dominó los años que van de 1917 a 1923, a saber, las revoluciones sociales y nacionales. Si durante las últimas fases de la Gran Guerra muchos estados combatientes habían sufrido paros y huelgas provocados por la falta de materiales y por el agotamiento de la guerra, el final del conflicto vino acompañado de revoluciones en toda regla y de cambios violentos de régimen en todos los estados derrotados de Europa. Las revoluciones que se produjeron entre 1917 y 1923 podían ser de naturaleza sociopolítica, en busca de una redistribución del poder, de la tierra y de la riqueza, como fue el caso de Rusia, Hungría, Bulgaria y Alemania; o podía

tratarse de revoluciones «nacionales», como ocurrió en las zonas más inestables de los imperios austrohúngaro, ruso, alemán y otomano, donde aspiraban a consolidarse diversos estados, nuevos o renacientes, inspirados por la idea de la autodeterminación nacional.<sup>22</sup> La existencia simultánea, y a menudo superpuesta, de esas dos corrientes revolucionarias fue una de las peculiaridades de los años 1917 a 1923.

Muy pocos habrían podido prever en 1914 ni la duración ni el enorme derramamiento de sangre de la Gran Guerra, ni tampoco la agitación revolucionaria que se produjo a continuación. Como tampoco nadie habría podido prever que, para 1923, dos variantes particularmente radicales de la ideología revolucionaria, el bolchevismo y el fascismo, saldrían victoriosas en Rusia y en Italia, respectivamente. La Primera Guerra Mundial fue, al fin y al cabo, un conflicto que muchos en Occidente esperaban que acabara siendo «el fin de todas las guerras» y que hiciera que el mundo fuera «un lugar seguro para la democracia».<sup>23</sup> Al final, ocurrió justo lo contrario, y los problemas que plantearon pero no lograron resolver ni la guerra ni los tratados de paz de 1919-1920 crearon unas asimetrías mucho más peligrosas que las que existían antes de 1914. Antes de la Gran Guerra, el orden establecido en Europa era mucho más estable de lo que a menudo se supone. No todo iba bien en los imperios continentales que dominaban Europa continental y Oriente Próximo (y así lo demuestran algunos incidentes violentos, como las masacres hamidianas de 1894-1896 o la represión de la revolución de 1905 en Rusia), pero muy pocos habrían podido imaginar cambios de régimen revolucionarios y la total disolución de los imperios continentales de Europa cuando comenzaron las hostilidades en agosto de 1914. Aunque el declive y la caída de los imperios continentales europeos a menudo se ha descrito como una inevitabilidad histórica desde el punto de vista privilegiado de 1918, las dinastías gobernantes del mundo de la preguerra parecían estar firmemente afianzadas y, en su mayoría, con un control absoluto de las enormes extensiones de territorio que pertenecían a sus imperios.<sup>24</sup>

La principal excepción a este panorama general de una Europa mayoritariamente pacífica y económicamente dinámica antes de 1914 puede

encontrarse en los Balcanes y en el Imperio otomano. En Europa Suroriental y en el Mediterráneo, la guerra no comenzó en 1914 sino en 1911, cuando Italia se anexionó la antigua provincia otomana de Tripolitania (Libia). El año siguiente, una coalición de estados balcánicos expulsó a los otomanos de todos los dominios europeos de Constantinopla, salvo por un pequeño punto de apoyo en Tracia Oriental, lo que desencadenó una oleada de violencia extrema contra los civiles musulmanes de la región, que incluyó asesinatos en masa, conversiones forzosas y expulsiones.<sup>25</sup>

No obstante, ni en la parte occidental ni en el centro de Europa se produjo una escalada de violencia parecida, aunque las guerras balcánicas anunciaron unas formas de violencia que acabarían siendo generalizadas a lo largo y ancho del continente durante las décadas siguientes. Allí, fue el estallido de la guerra en agosto de 1914 –la «gran catástrofe trascendental» del siglo XX, en palabras de George Kennan– lo que puso abruptamente fin a un periodo de paz inusitadamente largo en la historia europea.<sup>26</sup>

Como han argumentado Kennan y muchos otros historiadores, la Gran Guerra fue lo que marcó el comienzo de la «Edad de los extremos» (un término acuñado por Eric Hobsbawm) y de décadas de disturbios violentos. La escalada a partir de 1939 de un conflicto aún más devastador que la Primera Guerra Mundial planteó la cuestión de si el origen de las agresivas dictaduras de Stalin, Hitler o Mussolini podía remontarse a los acontecimientos de 1914-1918. Muchos estaban convencidos de que la Gran Guerra había desatado unas furias que los tratados de paz de París de 1919-1920 no lograron contener. Esa «tesis de la “brutalización”», desarrollada, como es bien sabido en el caso alemán, en el libro *Soldados caídos*, de George Mosse (y que desde entonces se ha extendido a toda Europa), sugería básicamente que la experiencia en las trincheras de la Primera Guerra Mundial generó un endurecimiento tanto de la guerra como de la sociedad, al establecer unos nuevos e inusitados niveles de lo que se consideraba una violencia aceptable. Esos niveles de violencia allanaron el camino a, para posteriormente ser superados por, los horrores de la Segunda Guerra Mundial, en la que el número de muertos civiles superó al de víctimas mortales entre los combatientes.<sup>27</sup>

Sin embargo, en fecha más reciente, los historiadores han planteado algunas dudas sobre el valor explicativo de la «tesis de la brutalización», sobre todo porque la experiencia de la guerra en sí no explica por qué la política y la sociedad se insensibilizaron en algunos de los estados que habían participado en la contienda pero no en otros. Al fin y al cabo, no había diferencias sustanciales entre las experiencias de la guerra de los soldados de los países Aliados y las de las tropas de las Potencias Centrales –salvo por el desenlace de la guerra–. Otros críticos han señalado que la inmensa mayoría de veteranos que habían combatido en el bando de las Potencias Centrales y que sobrevivieron a la Gran Guerra regresaron a sus pacíficas vidas civiles a finales de 1918. No todos los que combatieron en la Gran Guerra se convirtieron en protofascistas ni en bolcheviques, ni anhelaban seguir combatiendo más allá del cese oficial de hostilidades en noviembre de 1918.<sup>28</sup>

Aunque parece obvio que es imposible explicar la violencia de la posguerra sin hacer referencia a la Gran Guerra, podría resultar más apropiado contemplar ese conflicto como el factor que involuntariamente posibilitó las revoluciones sociales o nacionales que iban a configurar la agenda política, social y cultural de Europa durante las décadas siguientes. Sobre todo en su fase final, desde 1917 en adelante, la Gran Guerra cambió de naturaleza, dado que la revolución bolchevique de 1917 dio lugar a la retirada de Rusia de la contienda, mientras que los Aliados occidentales, reforzados por la entrada de Estados Unidos en el conflicto, se mostraron cada vez más partidarios de desmantelar los imperios continentales europeos como un objetivo de la guerra. En particular, los acontecimientos de Rusia tuvieron un doble efecto: la concesión de la derrota por Petrogrado redobló las expectativas de una victoria inminente entre las Potencias Centrales (tan sólo unos meses antes de que su derrota definitiva generara un enorme afán por identificar a los «enemigos internos» que supuestamente habían sido la causa de aquel desastre); y simultáneamente, la retirada de Rusia inyectó unas poderosas y nuevas energías en un continente arrasado por la guerra, y donde se daban las circunstancias propicias para todo tipo de revoluciones después de cuatro años de combates.

Fue en ese periodo cuando un conflicto especialmente sangriento, pero en última instancia convencional, entre estados –la Primera Guerra Mundial– dio paso a una serie de conflictos interrelacionados cuya lógica y cometido resultaban mucho más peligrosos. A diferencia de la Primera Guerra Mundial, que se libró con el propósito de obligar al enemigo a aceptar determinadas condiciones de paz (por duras que fueran), la violencia posterior a 1917-1918 fue infinitamente más incontrolable. Se trataba de conflictos *existenciales* que se libraban para aniquilar al enemigo, ya fuera étnico o de clase –una lógica genocida que posteriormente acabaría prevaleciendo en gran parte de Europa entre 1939 y 1945.

Además, en los conflictos que estallaron después de 1917-1918, cabe destacar que se produjeron al cabo de un siglo en que los estados europeos habían logrado, en mayor o menor medida, reafirmar su monopolio de la violencia legítima, donde los ejércitos nacionales habían pasado a ser la norma, y donde la distinción, de una importancia crucial, entre combatientes y no combatientes había sido codificada (aunque en la práctica ese código se infringiera frecuentemente). Los conflictos de la posguerra invirtieron esa tendencia. En ausencia de unos estados con plenas funciones en los antiguos territorios imperiales de Europa, las milicias de distintas convicciones políticas asumieron por su propia cuenta el papel de Ejército nacional, mientras que la línea divisoria entre amigos y enemigos, entre combatientes y civiles, pasó a ser aterradoramente difusa.<sup>29</sup>

A diferencia de la tesis de la «brutalización» de Mosse, genérica pero engañosa, este libro plantea numerosos argumentos diferentes acerca de la transición de Europa de la guerra a la paz. Plantea que, para poder comprender las violentas trayectorias que siguió Europa –incluidas Rusia y las antiguas posesiones del Imperio otomano en Oriente Próximo– a lo largo del siglo XX, debemos tener en cuenta no tanto las experiencias de la guerra entre 1914 y 1917 sino la forma en que terminó la guerra para los estados vencidos en la Gran Guerra: en la derrota, en el derrumbe de los imperios y en las turbulencias revolucionarias.

Aunque uno de esos factores –las revoluciones– ha sido debidamente investigado país por país, sobre todo en el caso de Rusia y de Alemania,

curiosamente la literatura sobre este asunto sigue centrada en las naciones, como si los acontecimientos revolucionarios que sacudieron a Europa entre 1917 y comienzos de los años veinte fueran completamente independientes.<sup>30</sup> La «cultura de la derrota» de la Alemania de entreguerras también ha sido objeto de investigación histórica, pero no hay ningún estudio, en ningún idioma, que investigue y reúna las experiencias de todos los estados derrotados de Europa en un solo libro.<sup>31</sup> Resulta extraño, porque una explicación evidente de la escalada de la violencia durante la posguerra tiene que ver a todas luces con el poder movilizador de la derrota en 1918 (o, en el caso de Italia, con la percepción de una «victoria mutilada».<sup>32</sup> En los estados victoriosos de Europa (salvo en Italia y, de nuevo, en la parte irlandesa del Reino Unido), no hubo un aumento sustancial de la violencia después de 1918, en parte porque la victoria militar en la Gran Guerra vino a justificar los sacrificios de los años de la contienda y reforzó la legitimidad de los estados que salieron vencedores.<sup>33</sup> No puede decirse lo mismo de los vencidos. Ninguno de los estados derrotados en la Gran Guerra logró volver a algo parecido a los niveles de estabilidad nacional y paz interior de antes de la conflagración.

Otro factor importante del recrudecimiento de la violencia a partir de 1918 fue la abrupta desintegración de los imperios continentales de Europa y el difícil nacimiento de los estados que les sucedieron. Los tratados de paz de París asignaron a millones de personas –principalmente habitantes de etnia alemana en Checoslovaquia, Italia y Polonia, de etnia magiar en Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía, y búlgara en Rumanía y en Grecia– a unos estados de nueva creación que tuvieron que afrontar un dilema trascendental: aunque aspiraban a ser estados *nacionales*, Polonia, Yugoslavia y Checoslovaquia en particular eran imperios multinacionales en miniatura. La principal diferencia entre ellos y su predecesor austrohúngaro no era la pureza étnica a la que aspiraban, sino simplemente su tamaño y la inversión de las jerarquías étnicas que se produjo en su seno.<sup>34</sup>

No fue casualidad que el centro de gravedad de los intentos de revisionismo territorial en Europa a lo largo de las décadas siguientes se ubicara en los territorios de los antiguos imperios multinacionales cuya

desintegración creó nuevas «fronteras de violencia».<sup>35</sup> La recuperación de los territorios «históricos» y de la población perdida en 1918 desempeñó un papel crucial en las políticas interiores y exteriores en Europa Centro-oriental hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, y a veces más allá de 1945, sobre todo en el caso de Hungría, Bulgaria y Alemania. También fue importante para la Unión Soviética, que se había visto despojada no sólo de sus conquistas durante la Gran Guerra, sino también de los territorios fronterizos del oeste de la Rusia imperial. Los intentos de Moscú para volver a imponerse en los territorios «perdidos» y para consolidar su influencia en Europa Oriental y Central más en general, prosiguieron, en unas circunstancias de una violencia inimaginable, durante toda la década de 1940 y más allá.

Las revoluciones, la derrota de las Potencias Centrales, y la reorganización territorial de un continente anteriormente dominado por los imperios, crearon las condiciones ideales para la aparición de nuevos conflictos de larga duración –aunque cualquier explicación de su progresivo recrudecimiento ha de tener en cuenta la importancia de las tradiciones y las condiciones locales, que a menudo se remontaban a conflictos mucho más antiguos, y que condicionaron la violencia que surgió después de la guerra–. La tradición *chetnik* de guerra de guerrillas en los Balcanes, o el activismo de los independentistas (los «republicanos») irlandeses antes de 1914, y las tensiones revolucionarias en Rusia previas a la guerra son buenos ejemplos de ello.<sup>36</sup> Sin embargo, considerados en conjunto, los factores más genéricos mencionados anteriormente –las revoluciones, la derrota y el «renacimiento» nacional de las ruinas de los imperios en Europa– resultaron cruciales a la hora de desencadenar una oleada transnacional de conflictos armados, que en algunas partes de Europa prosiguió hasta 1923. Y entonces se produjo un punto final provisional con el Tratado de Lausana, en julio de aquel año. El tratado definía el territorio de la nueva República turca y ponía fin a las ambiciones territoriales de Grecia en Asia Menor mediante un enorme intercambio forzoso de poblaciones.

Aunque Europa vivió un efímero periodo de estabilización entre 1924 y 1929, el cúmulo de los problemas planteados pero no resueltos entre 1917 y

1923 volvió a aflorar, con renovada urgencia, en la agenda internacional y nacional tras la llegada de la Gran Depresión en 1929. Por consiguiente, la historia de Europa entre 1917 y 1923 resulta crucial para comprender los ciclos de violencia que caracterizaron al continente a lo largo del siglo XX. Y el punto de arranque de esa historia no pueden ser más que los catastróficos acontecimientos que tuvieron lugar en Rusia a principios de 1917, cuando el más poblado de todos los estados combatientes en la Gran Guerra fue el primero en sumirse en el caos de la revolución y de la derrota militar.

---

\* *Antología bilingüe*, trad. Enrique Caracciolo Trejo, Madrid, Alianza Editorial, 2010. (N. del T.)

PRIMERA PARTE

DERROTA

La paz con Rusia [...] y la gran victoria de estos días contra los ingleses son como dos sonoros martillazos para el corazón de todos los alemanes. [...] Quienes tímidamente ponían en duda la victoria de Alemania, y quienes nunca creyeron en ella, ahora la ven ante sí como una posibilidad a nuestro alcance, y deben inclinarse ante la idea de la victoria.

ALFRED HUGENBERG A PAUL VON HINDENBURG,  
26 de marzo de 1918

Un desenlace victorioso de la guerra nunca habría ocasionado una revolución, e incluso un acuerdo de paz a tiempo la habría evitado.

Hoy todos somos hijos de la derrota.

HEINRICH MANN,  
«El significado y la idea de la revolución»,  
*Münchener Neueste Nachrichten*,  
1 de diciembre de 1918

## Un viaje en tren en primavera

El domingo de Pascua de 1917, con un viaje en tren, comenzó la «marcha triunfal» del bolchevismo. A última hora de la tarde del 9 de abril, el bolchevique ruso Vladímir Ilich Uliánov, su esposa y camarada en el activismo Nadezhda (Nadia) Krúpskaya, y treinta de sus más estrechos colaboradores partieron de la estación central de Zúrich a bordo de un tren con destino a Alemania.<sup>1</sup>

Las autoridades de Berlín, que habían aprobado el viaje secreto desde Suiza, un país neutral, a través de territorio alemán, y que habían organizado la logística para la continuación del viaje hasta Rusia, tenían grandes esperanzas puestas en un hombre del que muy poca gente, fuera de los círculos de la Internacional Socialista, había oído hablar en aquel momento, un hombre que utilizaba el seudónimo «Lenin» para sus artículos periodísticos en las publicaciones marginales de la izquierda radical, con tiradas muy reducidas. Dotado de considerables fondos, Lenin iba a ponerse al frente del pequeño movimiento bolchevique de su país natal, a radicalizar la Revolución de Febrero, que había derrocado el régimen zarista a principios de aquel mismo año, y a poner fin a la guerra de Rusia con las Potencias Centrales.<sup>2</sup>

Ya desde el estallido de la guerra a finales de julio de 1914, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán había desarrollado planes secretos para desestabilizar los frentes nacionales de los países aliados por el procedimiento de apoyar movimientos revolucionarios de distintos carices políticos: los republicanos irlandeses que pretendían cortar los lazos con Londres, los yihadistas de los imperios británico y francés, y los

revolucionarios rusos que conspiraban contra el régimen autocrático del zar en Petrogrado.<sup>3</sup> Aunque Berlín era bastante indiferente con respecto a las ambiciones políticas de cada uno de esos movimientos, los consideraba socios estratégicos en su esfuerzo para debilitar a los Aliados desde dentro.<sup>4</sup> No obstante, para gran consternación de los estrategas de la capital alemana, parecía que ninguno de sus esfuerzos daba los resultados deseados. Los aproximadamente 3.000 prisioneros de guerra musulmanes que primero, en 1914, fueron encarcelados en un «Campamento de la Media Luna» especial en Zossen, cerca de la capital alemana, y que después fueron enviados a los frentes de Mesopotamia y Persia con fines propagandísticos, nunca lograron movilizar un gran número de yihadistas. Durante la primavera de 1916, Berlín sufrió un nuevo contratiempo cuando el Alzamiento de Pascua, apoyado por Alemania, no llegó a desencadenar una revolución general en Irlanda, al tiempo que Roger Casement, que se había pasado los dos primeros años de la guerra en el Reich intentando formar una «Brigada irlandesa» con prisioneros de guerra en poder de Alemania, fue detenido poco después de desembarcar de un submarino alemán frente a la costa del condado de Kerry, al sureste de la isla, y ejecutado por traición en agosto.<sup>5</sup>

En 1917, tras la caída del zar en el mes de febrero, Berlín decidió reactivar su estrategia de llevar a hurtadillas a los revolucionarios de vuelta a sus respectivos países de origen. En consonancia con las ambiciones estratégicas de Berlín de provocar turbulencias en el frente nacional de los Aliados, en 1914 las embajadas alemanas en los países neutrales habían empezado a confeccionar listas de revolucionarios rusos exiliados. El nombre de Lenin apareció por primera vez en una de esas listas en 1915. Tras la abdicación del zar, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán informó a su Gobierno y al Alto Mando del Ejército (*Oberste Heeresleitung*, OHL) de que tenían constancia de la presencia de numerosos marxistas radicales en Suiza, un país neutral, cuyo regreso a Petrogrado podía reforzar la facción bolchevique, contraria a la guerra, de la extrema izquierda rusa. Los dirigentes políticos y militares de Berlín apoyaron el plan.<sup>6</sup>

Cuando Lenin emprendió su viaje en tren, en abril de 1917, tenía cuarenta y seis años y varias décadas a sus espaldas de activismo revolucionario.

Natural de Simbirsk (posteriormente Uliánovsk), una ciudad a orillas del Volga, Vladímir y su familia se trasladaron a la finca de la familia de su madre, a las afueras de Kazán cuando su padre, Iliá, un noble hereditario y director de un colegio, falleció por una hemorragia cerebral en 1886. Poco después Vladímir abjuraba de su fe en Dios. La familia recibió otro duro golpe al año siguiente cuando su hermano mayor, Alexander, fue detenido y ejecutado por participar en un complot para asesinar al zar Alejandro III. Tras la muerte de su hermano, también Vladímir fue involucrándose cada vez más en los círculos marxistas. Fue expulsado de la Universidad Estatal de Kazán por participar en manifestaciones contra el zar, y no descuidó su interés por la política durante su época como estudiante de Derecho en la capital rusa. Después de licenciarse, participó intensamente en el movimiento revolucionario como abogado, y mantuvo un contacto asiduo con los principales socialdemócratas rusos. En febrero de 1897, después de regresar de un viaje por Europa, fue desterrado a Siberia durante tres años por agitador político.<sup>7</sup> Durante aquel periodo que pasó en el exilio, en algún momento entre 1897 y 1900, adoptó una costumbre revolucionaria generalizada, la de ponerse un alias, «Lenin» –probablemente por el río siberiano Lena– en un intento de despistar a la policía zarista.<sup>8</sup>

A partir de 1900, Lenin vivió en Europa Occidental, primero en Suiza y después en Múnich (Alemania), donde dirigió el periódico *Iskra* (La chispa), en cuyas páginas además publicó su famoso ensayo programático «¿Qué hacer?» (1902). Aunque se basaban firmemente en el análisis que había hecho Karl Marx del capitalismo, las ideas de Lenin para la creación de una sociedad comunista diferían por lo menos en un aspecto importante. Para Marx, la fase final de la sociedad burguesa y del orden económico capitalista daría lugar de forma natural a un levantamiento popular espontáneo provocado por el antagonismo entre las clases. Lenin, en cambio, no quería esperar ese momento revolucionario espontáneo. El análisis marxista se basaba en una sociedad industrial avanzada, así como en una conciencia de clase igualmente bien desarrollada entre los obreros industriales, y en Rusia no existía ninguna de esas dos cosas. Por el contrario, Lenin planeaba tomar el poder de forma violenta mediante un golpe de Estado, ejecutado por una

vanguardia decidida y bien formada de revolucionarios profesionales.<sup>9</sup> Los sóviets (asambleas de trabajadores), como los que habían surgido espontáneamente en muchas grandes ciudades del Imperio ruso a lo largo de la Revolución de 1905, debían sustituir a la antigua estructura de poder y acelerar un desarrollo desde arriba hacia abajo de la conciencia de clase entre los campesinos y trabajadores, todavía mayoritariamente analfabetos, de Rusia.<sup>10</sup>

A la luz de los disturbios revolucionarios de 1905 en Rusia, y de las posteriores concesiones del zar, plasmadas en su Manifiesto de Octubre, Lenin había regresado a Rusia, pero se vio obligado a huir de nuevo en diciembre de aquel mismo año. De nuevo, tuvo que pasar los doce años siguientes en el exilio. Durante ese periodo vivió en distintas ciudades europeas –Ginebra, París, Londres, Cracovia y, a partir de 1916, en Zúrich–. En aquella época, la ciudad más grande de Suiza era un refugio atractivo, uno de los escasos lugares de Europa que no se veían afectados por la guerra, pero bien comunicado y con cierta tradición de acoger a los disidentes. Zúrich no sólo era el lugar donde nació el dadaísmo, el movimiento artístico surgido alrededor de Hugo Ball y Tristan Tzara en el Cabaret Voltaire, sino que también se había convertido en el hogar provisional de numerosos radicales de la izquierda europea que estaban propagando la revolución, aunque a menudo discrepaban entre ellos sobre cómo alcanzar ese objetivo.<sup>11</sup>

Ese tipo de disputas entre los miembros de la izquierda socialista no era nada nuevo. Ya desde la formación de la Segunda Internacional Socialista, en julio de 1889, las diferentes facciones habían discutido interminablemente sobre cómo hacer realidad una utopía proletaria. Las divisiones entre los que abogaban por las reformas y los que insistían en la revolución se hicieron cada vez más profundas a comienzos del siglo xx. En el caso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, las posturas irreconciliables de las dos facciones más importantes –los radicales bolcheviques de Lenin y los más moderados mencheviques, que (conforme a las teorías de Marx), propugnaban una reorganización democrática burguesa de Rusia antes de que pudiera producirse una revolución proletaria– habían desembocado en una completa fractura del partido en 1903.<sup>12</sup>

El estallido de la guerra en 1914 había agravado aún más las divisiones en el seno del movimiento obrero europeo. En 1914, la mayor parte de los partidos socialdemócratas había aprobado los créditos de guerra de sus respectivos países, con lo que anteponían su lealtad nacional a la solidaridad internacional de clase.<sup>13</sup> Lenin fue un crítico sin paliativos de la izquierda reformista, y un ferviente partidario de una revolución radical, una postura que, a juicio de Berlín, le convertía en el candidato ideal para la tarea de desestabilizar aún más la situación interna de Rusia.<sup>14</sup>

El propio Lenin, que vivía en unas condiciones modestas y que se pasaba la mayor parte del día escribiendo en las bibliotecas públicas de Zúrich, se sorprendió ante el estallido de la Revolución de Febrero contra la dinastía de los Romanov en Petrogrado. Los emigrantes de Zúrich dependían totalmente de las noticias de los periódicos para mantenerse al tanto de la situación en Rusia y Lenin no se enteró del suceso hasta principios de marzo de 1917. A instancias de una delegación de la Duma y de los generales más veteranos, el zar había abdicado y su hermano Mijaíl también había renunciado al trono. Aunque en aquel momento el desenlace preciso de la revolución seguía estando totalmente abierto, Lenin vio su oportunidad. A diferencia de 1905, cuando no tuvo la mínima oportunidad de influir en el rumbo de aquella revolución, en esta ocasión no quiso perder ni un minuto de tiempo. Al contrario, decidió regresar a Rusia lo antes posible para participar en los acontecimientos sobre el terreno.<sup>15</sup>

Lenin era plenamente consciente de que, para cruzar Europa, arrasada por la guerra, necesitaba ayuda de los alemanes. Era impensable que los Aliados apoyaran cualquier medida que pudiera sacar a Rusia de la guerra, pero los alemanes llevaban tiempo intentando debilitar a sus adversarios desde dentro. Aun sabiendo que estaba siendo utilizado por los alemanes, Lenin estaba convencido de que el fin –una revolución bolchevique en Rusia con grandes posibilidades de éxito– justificaba los medios. En la negociación con los representantes de Alemania, Lenin exigió estatus extraterritorial para su compartimento del tren y el de sus compañeros de viaje rusos en abril de 1917; con un trozo de tiza se deslindó el «territorio alemán» del «territorio ruso», y Lenin insistió hasta conseguir que no hubiera ningún contacto más

entre los revolucionarios rusos y los oficiales alemanes que iban a acompañarlos.<sup>16</sup>

Su tren entró de inmediato en territorio alemán. En su rápido viaje hacia el norte, pasando por las estaciones y las ciudades alemanas, los viajeros procedentes de la neutral Suiza vieron por primera vez a los soldados alemanes desnutridos y a los civiles exhaustos, lo que redobló las esperanzas de Lenin en que muy pronto la guerra diera paso a una revolución también en Alemania. En la isla alemana de Rügen, en aguas del mar Báltico, Lenin y su séquito embarcaron con rumbo a Copenhague, para después proseguir viaje hasta Estocolmo y abordar otro tren con destino a Petrogrado. Contrariamente a los temores de Lenin, el grupo no tuvo dificultad alguna para entrar en territorio ruso. El 16 de abril de 1917 –tras doce años en el exilio– Lenin volvió a pisar nuevamente la capital rusa, donde fue recibido por una multitud entusiasta de partidarios bolcheviques, que interpretaban *La Marsellesa*, hacían ondear sus banderas rojas y ofrecían flores mientras el tren entraba en la Estación de Finlandia de Petrogrado.<sup>17</sup> Lenin había vuelto a casa.

## Revoluciones rusas

Cuando Lenin regresó a Petrogrado, Rusia era un país muy distinto del que él había dejado atrás en 1905. La Rusia imperial, que probablemente era el Estado más autoritario de Europa a principios de siglo, también era un país de enormes contradicciones. Pese a ser predominantemente agrario, con unas estructuras semif feudales incluso tras la emancipación de los siervos en 1861, el Imperio ruso también había experimentado unas tasas excepcionales de crecimiento industrial, aunque desde una base ínfima. El recién llegado al mundo del desarrollo económico estaba «dando pasos de gigante» hacia la modernidad, sobre todo en sectores como el petróleo y el acero, con unas tasas de crecimiento mayores que las de Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña en el cambio de siglo.<sup>1</sup>

Por supuesto, no todo iba bien en el seno del gigantesco imperio que se extendía desde Polonia Oriental, al oeste, hasta la costa de Siberia, en el Extremo Oriente. Había amplios sectores de la sociedad rusa que no se beneficiaban del rápido crecimiento económico. La composición social del imperio «se asemejaba a una pirámide con una base muy grande», formada sobre todo por campesinos y por un creciente proletariado industrial en las ciudades, y que «se extendía gradualmente hasta una punta estrecha».<sup>2</sup> En la cúspide estaba el emperador, Nicolás II, que seguía los pasos de su padre Alejandro III al recuperar la antigua tradición moscovita del zar como un «padre compasivo» de su pueblo. La élite social era sobre todo aristocrática, pero la nobleza rusa –aproximadamente 1,9 millones de personas en vísperas de la Gran Guerra– no se parecía lo más mínimo a una clase social homogénea con una actitud política unificada.<sup>3</sup>

Lo que muchos aristócratas terratenientes sí compartían durante las décadas anteriores al estallido de la guerra en 1914 era una sensación de crisis, la convicción de que las fuerzas de la modernización económica acabarían transformando profundamente el tradicional estilo de vida aristocrático. Esa sensación de crisis no sólo había quedado elocuentemente plasmada en la famosa obra de teatro *El jardín de los cerezos*, de Antón Chéjov (1904), donde la trágica protagonista, Liubov Andréievna Ranévskaia, pierde la finca familiar tras negarse a convertir su jardín en parcelas para casas de vacaciones.<sup>4</sup> El mundo angustiado de preguerra ante el futuro de la aristocracia, y la percepción de la decadencia, también fueron elocuentemente descritos por Iván Bunin, el primer escritor ruso galardonado con el Premio Nobel de Literatura (1933). Bunin, descendiente de una antigua y antaño adinerada familia aristocrática, cuyo padre alcohólico había perdido en el juego gran parte del patrimonio familiar, ofrecía una visión sombríamente profética en su relato *Sujodol (El sequeadal)*. La historia gira en torno a los Jruschov, una familia antiguamente rica cuyas vicisitudes van de mal en peor, hasta el extremo de que, al final de la historia, ha desaparecido cualquier rastro de ella.<sup>5</sup>

A pesar de la percepción de un declive de la aristocracia terrateniente, sus miembros seguían viviendo mucho mejor que los campesinos rusos, infinitamente más numerosos, que se encontraban en el escalafón más bajo de la jerarquía social. Aunque la servidumbre había sido abolida, su legado subsistía. La pobreza obligaba a muchos campesinos a buscar empleo en las ciudades, donde las nuevas fábricas demandaban más y más obreros industriales. Las condiciones de trabajo en las fábricas eran duras, y los bajos salarios, unidos a una alta inflación, provocaban que muchas familias de clase trabajadora vivieran en terribles condiciones.<sup>6</sup> Apretujados en bloques de viviendas donde reinaba la delincuencia y la prostitución, y carentes de servicios sanitarios adecuados, los obreros y sus familias también eran muy vulnerables a enfermedades como el tifus, el cólera y la tuberculosis.<sup>7</sup>

A comienzos del siglo XX, la incapacidad del Estado para hacer frente a las desigualdades sociales y la negativa del zar a satisfacer la demanda popular de reformas políticas dieron lugar a un significativo aumento de la

violencia cotidiana. Todo ello culminó en 1905, cuando la humillación de perder una guerra contra Japón en el Extremo Oriente vino a sumarse a una serie de conflictos internos que iban desde el descontento de la clase trabajadora, pasando por el activismo político, hasta los conflictos étnicos en los territorios fronterizos del oeste y del Cáucaso.<sup>8</sup> Tras las concesiones del zar –entre ellas la creación de un Parlamento, la Duma estatal, y la promulgación de una constitución– la situación interna en la Rusia imperial se estabilizó algo, pero la violencia revolucionaria no amainó, a pesar de los incesantes esfuerzos de la policía zarista para recuperar el control de la situación.<sup>9</sup> Tan sólo entre enero de 1908 y mayo de 1910 fueron asesinados más de setecientos funcionarios del Gobierno y 3.000 ciudadanos corrientes, y otras 4.000 personas resultaron heridas.<sup>10</sup> Dos años después, en la primavera de 1912, una huelga masiva en los yacimientos de oro de la cuenca del Lena, en Siberia Suroriental, fue reprimida mediante el empleo de una fuerza brutal por las tropas del Gobierno, con un balance de aproximadamente quinientos muertos o heridos, lo que a su vez desencadenó una oleada de huelgas de solidaridad por todo el imperio.<sup>11</sup>

No obstante, sin la Gran Guerra es improbable que el descontento social y político, o las acciones violentas contra las autoridades del Estado hubieran provocado el hundimiento total del régimen zarista.<sup>12</sup> Es más, en vísperas de la Gran Guerra, el régimen de la dinastía Romanov parecía más estable que en los años previos.<sup>13</sup> En 1913, el zar Nicolás y su régimen ordenaron la conmemoración pública del tercer centenario del reinado de la dinastía Romanov en Rusia a fin de subrayar la contribución de la familia real a la transformación del antiguo y modesto principado europeo oriental de Moscovia en una de las grandes potencias de Europa, un imperio que abarcaba la sexta parte de la tierra firme del planeta.<sup>14</sup>

Se suponía que la guerra que estalló en 1914 iba a consolidar el lugar de Rusia entre las grandes potencias, y una oleada de patriotismo –similar a las que se produjeron en otros países combatientes– ocultó momentáneamente las profundas tensiones sociales y políticas que existían en el seno del imperio. Sin embargo, en ningún otro lugar se disipó tan deprisa como en

Rusia la euforia inicial que desató el estallido de la guerra. Tras una ofensiva inicialmente victoriosa en Prusia Oriental, y la derrota de las tropas otomanas en su ataque a través del Cáucaso, la suerte de la guerra se volvió en contra de los rusos. Las derrotas que sufrieron los ejércitos del zar a manos de los alemanes en 1914 y 1915 provocaron la «Gran retirada» de las tropas rusas a través de los territorios fronterizos occidentales del Imperio, lo que a su vez dio lugar al descontento dentro del país y a una serie de huelgas en las industrias textil y metalúrgica, al tiempo que se producían importantes amotinamientos en contra del reclutamiento forzoso en Asia Central en 1916.<sup>15</sup> La decisión del zar Nicolás de asumir en persona el papel de comandante supremo de los ejércitos rusos no mejoró la situación interior. Las frecuentes ausencias del monarca de la capital crearon la percepción generalizada de que el poder político había quedado en manos de su impopular esposa, la zarina Alejandra Fiódorovna, nacida en Alemania, y de su círculo íntimo, entre el que destacaba Grigori Rasputín, un monje siberiano. Al final, enfurecidos ante la creciente influencia de Rasputín sobre la zarina, dos aristócratas rusos y un diputado de derechas de la Duma decidieron pasar a la acción: el 30 de diciembre de 1916 asesinaron brutalmente al monje. Incluso entre las élites del imperio, como venía a demostrar claramente aquella acción violenta, la desconfianza hacia el régimen zarista iba en rápido aumento.<sup>16</sup>

Mientras tanto, la situación militar seguía deteriorándose. Aunque la ofensiva de Brusílov, entre los meses de junio y septiembre de 1916, había infligido importantes bajas entre las escasamente preparadas fuerzas austrohúngaras en Galitzia, lo que en la práctica obligó a los alemanes a trasladar un gran número de soldados desde Verdún a fin de estabilizar el Frente Oriental, la ofensiva también le resultó extraordinariamente costosa a Rusia: casi un millón de soldados rusos resultaron muertos o heridos durante la campaña, de modo que a principios de 1917 el número de bajas del Ejército ruso ya ascendía a 2,7 millones aproximadamente. Por añadidura, para entonces también habían caído prisioneros del enemigo entre cuatro y cinco millones de soldados rusos.<sup>17</sup>

El incesante deterioro de la situación militar provocó un estado de ánimo

explosivo en los cuarteles, donde aproximadamente 2,3 millones de nuevos reclutas, que a menudo habían sido obligados a incorporarse al servicio militar bajo unas enormes presiones, entraban en contacto con los veteranos, decepcionados y cada vez más politizados, de anteriores batallas. Las guarniciones, sobre todo las de los alrededores de Petrogrado (el nombre desgermanizado por motivos patrióticos de San Petersburgo desde septiembre de 1914) iban a convertirse particularmente en los puntos focales de la actividad revolucionaria a lo largo de los meses siguientes.<sup>18</sup>

A pesar de que la falta de éxitos militares dio lugar en Rusia a un hastío generalizado de la guerra que vino a agravar una situación interior ya tensa de por sí, las principales causas de la revolución de 1917 fueron económicas. Pese a su prestigio como importante exportador de grano, Rusia tenía la productividad agrícola más baja de toda Europa en vísperas de la Gran Guerra. El comienzo del conflicto agravó ulteriormente la amenaza de una hambruna, al privar al país de sus trabajadores agrícolas y de sus animales de granja. Durante el conflicto se movilizó a dieciocho millones de hombres rusos, en su mayoría campesinos, y se incautaron dos millones de caballos. Cuanto más duraba el conflicto, más se deterioraba la situación del suministro de alimentos, y a partir de 1916 la población de las ciudades más grandes de Rusia vivió bajo la permanente amenaza de la malnutrición o directamente de la inanición.<sup>19</sup> A finales de 1916, un informe de la Ojrana, la policía secreta zarista, advertía de que el frente interior ruso estaba a punto de derrumbarse. El informe llegaba a la conclusión de que la grave escasez de alimentos hacía que la amenaza de una revolución fuera factible, y que era muy probable que el inminente amotinamiento por hambre viniera acompañado de «los más salvajes excesos».<sup>20</sup>

La crisis de alimentos agravó las tensiones sociales y condicionó los acontecimientos revolucionarios que acabaron por derrocar al régimen zarista en la primavera de 1917. La chispa inicial saltó a raíz de las protestas que tuvieron lugar en la capital rusa por la escasez de pan. Petrogrado, la quinta ciudad más grande de Europa, era el caldo de cultivo ideal para la actividad revolucionaria. El 70 % de los trabajadores de las ciudades estaban empleados en las grandes fábricas. El sueldo era escaso, igual que las

condiciones de vida de los trabajadores y sus familias. Aproximadamente la mitad de las viviendas disponibles no disponían de agua corriente ni de alcantarillado. El contraste entre Viborg, el distrito de clase obrera fabril, y la opulenta zona de la avenida Nevski, al otro lado del río Nevá, no podía ser mayor. Para empeorar aún más las cosas, la comida se había vuelto más escasa y se había ido encareciendo a medida que se alargaba la guerra.<sup>21</sup>

La mañana del jueves, 8 de marzo de 1917 (23 de febrero, según el antiguo calendario juliano, que siguió vigente hasta que los bolcheviques impusieron el calendario gregoriano, el de Occidente, en febrero de 1918), más de 7.000 trabajadoras de las plantas textiles del distrito de Viborg no fueron a trabajar para protestar contra la precariedad del abastecimiento de comida. La escasez de alimentos y el incesante aumento de los precios a principios de 1917 habían devastado a los trabajadores de la ciudad, que estaban hambrientos y desesperados. Durante los dos primeros meses del año se produjo un aumento de las huelgas y las protestas en la capital y en las ciudades de todo el imperio como respuesta a una crisis cada vez mayor. El 8 de marzo, a medida que la manifestación de trabajadoras recorría las calles, se le fueron uniendo otros trabajadores que salían en tropel de las fábricas cercanas. A mediodía había más de 50.000 manifestantes protestando, y antes de que acabara el día se habían echado a la calle entre 80.000 y 120.000 personas.<sup>22</sup>

Al principio, las autoridades de Petrogrado no vieron ningún motivo de alarma, tanto que ni siquiera informaron de las manifestaciones al zar, que se encontraba en su cuartel general del Ejército, en la ciudad de Maguilov, a ochocientos kilómetros al sur. Sin embargo, a la mañana siguiente el número de manifestantes que recorría los barrios acomodados del centro de la ciudad se había duplicado respecto a la víspera. Y siguió aumentando. El sábado 10 de marzo salieron a las calles aproximadamente 300.000 trabajadores.<sup>23</sup> Y lo que era aún peor para las autoridades, las manifestaciones, que habían empezado quejándose de la escasez de alimentos, rápidamente asumieron un cariz político, exigiendo democracia, el fin de la guerra, y criticando la incompetencia del régimen zarista y del mismísimo Nicolás II.<sup>24</sup>

Finalmente, aquella noche, el zar fue informado de los disturbios que se

estaban produciendo en su capital. Con una actitud profundamente indiferente hacia las peticiones de pan y paz de su pueblo, el zar ordenó al comandante de la región militar de Petrogrado, el general Serguéi Jabálov, que pusiera fin de inmediato a las manifestaciones, por la fuerza si era necesario. Al fin y al cabo, Petrogrado era una gigantesca guarnición militar, con más de 300.000 soldados acuartelados en la ciudad y en sus inmediaciones.<sup>25</sup> Cuando la mañana del domingo 11 de marzo, las tropas leales al zar cumplieron sus órdenes y abrieron fuego contra la multitud de manifestantes, hubo docenas de muertos por los disparos. Fue un error fatídico. A lo largo del día, más y más soldados fueron negándose a disparar contra los manifestantes desarmados y abjuraron de su lealtad al régimen.<sup>26</sup>

Al día siguiente, la situación se agravó aún más cuando los soldados y los trabajadores amotinados acudieron a las cárceles de la ciudad y pusieron en libertad a los presos, para después arrasar las comisarías de policía, el Ministerio del Interior y el cuartel general de la Ojrana. Cuando el general Jabálov informó al zar Nicolás de que la situación en la ciudad ya estaba irremediablemente fuera de control, el emperador consideró por un momento la posibilidad de enviar tropas leales a Petrogrado.<sup>27</sup> Pero ya era demasiado tarde. En Petrogrado, los ministros del zar dimitieron y huyeron, mientras que en Maguilov acabaron convenciendo al zar de que abdicara a favor de su hermano, el gran duque Mijaíl Alexandrovich, que rechazó de inmediato aquel cáliz envenenado, porque temía por su propia seguridad.<sup>28</sup>

Con la abdicación de Nicolás llegaron a su fin la dinastía de los Romanov y la milenaria monarquía de Rusia. Los efectos de aquel cambio de régimen se dejaron sentir vivamente en Rusia y más allá. La Revolución de Febrero introdujo una importante nueva dinámica en la Europa arrasada por la guerra, que iba a suscitar, en un país tras otro, profundas dudas sobre la futura naturaleza de la legitimidad política. Aunque todavía no estaba claro qué rumbo iba a tomar la revolución, los acontecimientos de febrero de 1917 marcaron el primer derrocamiento consumado de uno de los principales regímenes autoritarios de Europa desde 1789.

Mientras el viejo orden se desmoronaba entre las expresiones de júbilo de las multitudes de Petrogrado, de Moscú y de otras ciudades a lo largo y ancho

del imperio, algunos miembros de la Duma formaron lo que acabó denominándose el Gobierno provisional, con el príncipe Gueorgui Yevgénievich Lvov, un político progresista, como primer ministro. Entre los miembros importantes del nuevo ejecutivo estaban el presidente de la Duma, Mijaíl Rodzianko, el historiador Pável Miliukov en calidad de líder del Partido Demócrata Constitucional (cuyos miembros eran conocidos como «KD», o «cadetes») y el abogado socialista Aleksandr Kérenski como vicepresidente.<sup>29</sup>

Al tiempo que el Gobierno provisional se ponía manos a la obra, surgía un poder político rival, los sóviets locales, que –siguiendo el modelo de la Revolución de 1905– se crearon para representar a la gente de la calle y defender sus intereses.<sup>30</sup> Mientras que el Gobierno provisional estaba dominado por los políticos progresistas y de centro derecha que intentaban poner en marcha reformas democráticas, el sóviet de Petrogrado en particular estaba en manos de la extrema izquierda, es decir, de los mencheviques, de los bolcheviques y del Partido Social-Revolucionario (cuyos miembros eran conocidos como «SR», o «eseristas»). La creación de los sóviets marcó el comienzo de un periodo denominado *dvoevlastie* («poder dual»), hasta que unas elecciones democráticas para formar una asamblea constituyente determinaran el futuro político del país. Por el momento, el Gobierno provisional y el sóviet de Petrogrado reconocían mutuamente sus respectivos papeles como gobierno y como grupos de presión de base, aunque mantenían puntos de vista radicalmente diferentes acerca de la dirección que debía tomar la revolución en el futuro.<sup>31</sup> Para lograr el apoyo condicional de los sóviets, el Gobierno provisional tuvo que aceptar ocho condiciones. Entre ellas figuraban una amnistía para todos los presos políticos; libertad de expresión, de prensa y de reunión; y la abolición de todas las limitaciones basadas en la clase social, la religión y la nacionalidad. Y en ese contexto debe entenderse que Lenin definiera a la Rusia posrevolucionaria como «el país más libre del mundo».<sup>32</sup>

El Gobierno provisional también accedió a disolver la Ojrana y el Cuerpo de Gendarmes. Esa medida, unida a la disolución de la burocracia provincial zarista, iba a tener graves consecuencias. A falta de unas nuevas instituciones

que asumieran esas funciones, el Gobierno provisional no fue capaz de mantener el orden ni de gobernar eficazmente el país justo en el momento en que se sumía en el mayor de los desórdenes.<sup>33</sup>

Sin embargo, el problema de Rusia tras la Revolución de Febrero no surgía simplemente de la falta de un monopolio del Estado sobre la violencia, ni de la coexistencia de dos centros de poder rivales. Además, la suerte de la democrática Revolución de Febrero en Rusia estaba indisolublemente ligada a la participación del país en la Primera Guerra Mundial. Las garantías ofrecidas por el Gobierno provisional a los aliados de Rusia en el sentido de que Petrogrado iba a cumplir con sus compromisos significaba, inevitablemente, la continuación de aquella pavorosa guerra. La revolución había suscitado expectativas de una paz inminente y de una reforma agraria, unas promesas que ahora no iban a poder cumplirse. La decepción que ello provocó entre importantes sectores de la sociedad rusa perjudicó la credibilidad y la autoridad de los nuevos actores políticos. El compromiso asumido por el Gobierno provisional de prolongar la guerra provocó que los soldados se distanciaran del nuevo régimen; la población rural no iba a perdonarle que pospusiera la prometida reforma agraria hasta después del final de la guerra.<sup>34</sup>

Así pues, cuando Lenin regresó a Rusia a principios de abril, se benefició tanto del cambio de régimen que ya se había producido como de la incapacidad del Gobierno provisional a la hora de hacer realidad las grandes esperanzas y las expectativas de cambio. Mientras que el Gobierno provisional, en parte debido a la presión de los Aliados, decidió seguir adelante con el esfuerzo bélico, Lenin aprovechó la oportunidad para imprimirle a su discurso un giro más radical, al proclamar ya desde la primera de sus famosas «Tesis de abril» que la Gran Guerra era una «guerra imperialista incondicionalmente rapaz» a la que había que poner fin.<sup>35</sup>

Mientras tanto, durante el verano de 1917, Kérenski, recién nombrado ministro de la Guerra del Gobierno provisional, esperaba poder encauzar la energía de la revolución hacia las Fuerzas Armadas, y ordenó una nueva ofensiva. A partir del 1 de julio de 1917, las tropas rusas atacaron a las fuerzas austrohúngaras y alemanas en Galitzia, y avanzaron hacia Leópolis

(Lemberg, en alemán). El doble objetivo de tomar la ciudad y de dejar a Austria-Hungría definitivamente fuera de combate era parecido al de la ofensiva de Brusílov del año anterior. Los iniciales éxitos rusos de julio de 1917 fueron el resultado de los intensos bombardeos de artillería, seguidos de ataques de la infantería, en los que se desplegó un gran número de tropas de choque. No obstante, una enconada resistencia, sobre todo por parte de las fuerzas alemanas, impidió una penetración decisiva y provocó importantes bajas entre las tropas rusas atacantes.<sup>36</sup>

El vertiginoso aumento de la cifra de bajas vino a socavar lo que quedaba de la moral de combate de las tropas. Los soldados de infantería del 7.º y del 11.º Ejércitos se negaron a avanzar tras romper las primeras líneas de defensa del enemigo. Se formaron comités de soldados para debatir lo que había que hacer a continuación. Aunque una división no se negara en redondo a combatir, no se obedecía ninguna orden sin un debate preliminar del comité de la división. Durante las dos primeras semanas de julio, la ofensiva se detuvo en seco, en medio de una climatología adversa y con cortes en el suministro de víveres.<sup>37</sup>

El avance ruso se desmoronó del todo a mediados de julio, cuando contraatacaron las tropas alemanas y austrohúngaras. Al encontrarse con escasa resistencia por parte de las fuerzas rusas, los ejércitos de las Potencias Centrales avanzaron rápidamente a través de Galitzia, Ucrania y la región del Báltico. En el plazo de pocos días, los rusos habían retrocedido aproximadamente 240 kilómetros. En agosto, Riga, la segunda mayor ciudad portuaria del imperio, se rindió a las fuerzas alemanas.<sup>38</sup> A medida que avanzaban las Potencias Centrales, el Ejército imperial ruso se iba desintegrando. Las unidades desaparecían, combatían entre ellas, saqueaban las ciudades, incendiaban las casas solariegas o se dispersaban en dirección a sus lugares de origen. A finales de 1917, la cifra de desertores ascendía nada menos que a 370.000 soldados.<sup>39</sup>

Para el Gobierno provisional aún más problemático que los desertores eran los más de un millón de soldados estacionados en el interior del país y en los cuarteles. Desde la primavera había ido en aumento la cantidad de tropas que se negaban a ir al frente. Las guarniciones de las grandes ciudades

se convirtieron en un factor político por derecho propio. Por regla general, se ponían del lado de los sóviets, y cada vez más del lado de los bolcheviques o de los social-revolucionarios, al tiempo que se negaban a apoyar a los representantes locales del Gobierno. El tono lo marcó la guarnición de Petrogrado, que se consideraba a sí misma como la guardiana de la revolución, y a la que resultaba muy difícil convencer de que enviara elementos al frente.<sup>40</sup>

Los reveses militares no sólo condujeron al desmoronamiento del Ejército ruso en sí, sino que también provocaron intentos internos de derrocar el Gobierno provisional. A mediados de julio, algunos miembros de la Guardia Roja bolchevique, junto con soldados de la guarnición de Petrogrado y de marineros de la base naval de la isla de Kronstadt intentaron dar un golpe de Estado en la capital. Los combates entre los partidarios de los bolcheviques y las tropas leales al Gobierno provisional ya habían dejado tras de sí aproximadamente cuatrocientos muertos cuando las fuerzas del Gobierno tomaron al asalto el palacio Táuride, lugar de reunión del sóviet de Petrogrado. Aunque el Gobierno logró aplastar el golpe, lo que obligó a Lenin y a su estrecho colaborador Grigori Zinóviev a exiliarse temporalmente en Finlandia, los bolcheviques lograron orquestar tan sólo unos meses más tarde un segundo golpe de Estado que coronaron con éxito.<sup>41</sup>

En aquella ocasión las circunstancias eran más favorables. Kérenski, que fue nombrado primer ministro después del fallido golpe de los bolcheviques en julio, perdió todos los apoyos que le quedaban entre los militares cuando su ofensiva de verano terminó en un desastre sin paliativos. Seis días después de que las tropas alemanas conquistaran Riga, el comandante en jefe del Ejército, el general Lavr Kornílov, intentó dar un golpe de Estado contra el Gobierno provisional. El golpe fracasó de inmediato ante la oposición armada de los sóviets de Petrogrado y de Moscú, y ante la resistencia pasiva de los trabajadores del ferrocarril y del telégrafo. Kornílov y numerosos generales fueron arrestados.<sup>42</sup>

Los principales beneficiarios del fallido golpe de Kornílov fueron los bolcheviques. Kérenski había recabado su ayuda para «salvar» la revolución de la amenaza de Kornílov. En vez de mantener encarcelados a los líderes

bolcheviques, Kérenski los puso en libertad (aunque Lenin permaneció en Finlandia) y les proporcionó armas y munición para parar la supuesta amenaza contrarrevolucionaria. Los bolcheviques vieron cómo su suerte daba un vuelco inesperado, mientras que Kérenski perdió todos los apoyos que le quedaban entre los conservadores y los progresistas, entre los mandos militares, e incluso entre gran parte de la izquierda moderada.<sup>43</sup>

Además, los bolcheviques se beneficiaron del regreso de Lev Trotski, un hombre con unas extraordinarias dotes como organizador, de su exilio en Estados Unidos. Lev Davidovich Bronstein nació en Yánovka (Ucrania) y era hijo de un agricultor judío modestamente acomodado. Al igual que Lenin, pasó varios años exiliado, primero en Siberia –donde adoptó su alias de uno de sus carceleros, al que le robó el pasaporte para evadirse en 1902– y después en el extranjero. Trotski, que anteriormente había sido menchevique de izquierdas, pasó varios años en Nueva York dirigiendo un periódico para los exiliados con otro destacado comunista, el futuro secretario general del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (Comintern), Nikolái Bujarin. Mientras Trotski iba aproximándose poco a poco al bolchevismo, Lenin empezó a valorar sus facultades intelectuales y su talento como organizador, unidos a su ambición implacable y a su disposición a utilizar una fuerza desmedida para aplastar a los enemigos de su doctrina. La teoría trotskista de la «revolución permanente», que llevaba desarrollando desde 1905, apuntaló la convicción de Lenin de que era posible llevar a cabo una revolución en un país relativamente atrasado como Rusia, para después «exportarla» a otros países. Nada más regresar del exilio a Petrogrado, Trotski se convirtió en la figura clave para la creación de una organización paramilitar bolchevique: la Guardia Roja. Trotski y sus guardias rojos iban a desempeñar un papel decisivo en el golpe de Estado de Petrogrado unos meses después.<sup>44</sup>

En aquel momento Lenin seguía en Finlandia, escribiendo su ensayo programático *El Estado y la revolución* (1917), donde atacaba las actitudes de compromiso de los socialdemócratas y los mencheviques en su país. Invocaba una destrucción más completa del Estado por una «vanguardia» revolucionaria, e invocaba la llamada de Marx al establecimiento de una

dictadura del proletariado que en última instancia daría lugar a una sociedad sin clases.<sup>45</sup>

Mientras tanto, en Petrogrado, Kérenski no logró calmar los ánimos dentro del país, ni siquiera cuando, a finales de agosto de 1917, se anunció la convocatoria de las largamente prometidas (pero reiteradamente pospuestas) elecciones a la Asamblea Constituyente para el 25 de noviembre. Cuando el verano dio paso al otoño, Rusia se encontró en una situación cada vez más inestable, en la que el Gobierno central ya no podía reivindicar el «monopolio de la violencia» a lo largo y ancho del gigantesco territorio del país, al tiempo que tenía que hacer frente a las exigencias de autonomía de los territorios de la periferia occidental del antiguo imperio, así como de Asia Central.<sup>46</sup> Los campesinos, que no estaban dispuestos a esperar a que la prometida Asamblea Constituyente abordara la cuestión del reparto de tierras, empezaron a tomarse la justicia por su mano y a ocupar las haciendas señoriales.<sup>47</sup> La mayor explosión de violencia campesina se dio en la región del Volga, tradicionalmente inestable, sobre todo en las provincias de Sarátov, Samara, Penza y Simbirsk.<sup>48</sup>

En comparación con esos incidentes de violencia campesina, la toma del poder por los bolcheviques, que finalmente tuvo lugar entre el 25 y el 26 de octubre (7 y 8 de noviembre en el calendario gregoriano) fue prácticamente incruenta. Y en ella tampoco participaron grandes masas revolucionarias, como se sugiere en *Octubre*, la famosa película de Serguéi Eisenstein de 1928. Por el contrario, los bolcheviques derrocaron el Gobierno provisional en un golpe de Estado a pequeña escala, durante el que los partidarios de Lenin se hicieron con el control de la guarnición de Petrogrado y ocuparon algunos de los puntos de mayor importancia estratégica de la capital. Entre ellos estaban la central eléctrica, la oficina central de Correos, el Banco estatal y la central de Telégrafos, así como los principales puentes y las principales estaciones de tren. La Revolución de Octubre fue un modelo de revolución que muy pronto iba a hacerse preocupantemente familiar en muchos otros lugares del resto de la Europa de los vencidos. Apoyadas por los marineros del crucero *Aurora*, que les brindó fuego de cobertura de artillería, las tropas probolcheviques ocuparon el palacio de Invierno, sede del

Gobierno provisional, que para entonces se encontraba totalmente aislado. Kérenski logró huir a la embajada de Estados Unidos disfrazado de marinero, para después abandonar el país definitivamente.<sup>49</sup>

A la mañana siguiente, Lenin emitió su famosa proclama titulada «A los ciudadanos de Rusia»:

El Gobierno provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, que es un órgano del sóviet de diputados, obreros y soldados de Petrogrado. [...] Los objetivos por los que ha luchado el pueblo –la propuesta inmediata de una paz democrática, la supresión de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción y la constitución de un gobierno soviético– están asegurados. \* 50

En comparación con los violentos excesos de la guerra civil que tuvo lugar después, aquélla fue una revolución casi pacífica. El asalto al palacio de Invierno se saldó con seis personas muertas –las únicas víctimas mortales de la Revolución de Octubre en la capital rusa–. La situación en Moscú fue diferente, ya que los oficiales cadetes resistieron durante toda una semana contra los bolcheviques, pero, comparada con otras revoluciones, la toma del poder inicial por los bolcheviques fue asombrosamente incruenta.<sup>51</sup> A pesar de todo, Lenin era plenamente consciente de que el control del poder por los bolcheviques era endeble. Tenía que consolidar su régimen por todo el antiguo imperio, lo que, teniendo en cuenta la inmensidad de su territorio y la cantidad de pueblos que abarcaba, no era tarea fácil. En aquel momento, el núcleo de militantes del Partido Bolchevique no superaba las 15.000 personas, aunque el número de partidarios crecía exponencialmente. Lenin ganó tiempo para su partido accediendo a que las prometidas elecciones generales a la Asamblea Constituyente se celebraran en noviembre de 1917. No obstante, cuando el Partido Social-Revolucionario, más moderado, resultó ser el gran ganador, con un 41 % de los votos (frente al 23,5 % de los bolcheviques), Lenin no se lo pensó dos veces y disolvió la Asamblea de Petrogrado al cabo de un solo día.<sup>52</sup>

Lenin intentó endulzar la liquidación de la efímera democracia de Rusia

reiterando algunas de sus promesas más populares: paz inmediata, democracia total en las Fuerzas Armadas, derecho de autodeterminación para todos los pueblos y nacionalidades, control de las fábricas por los obreros, y la transmisión de todas las tierras propiedad de la nobleza, la burguesía, la Iglesia y el Estado a manos del «pueblo». El manifiesto de Lenin fue adoptado por el Segundo Congreso de los Sóviets en Petrogrado poco después de que los social-revolucionarios y los mencheviques tomaran la desastrosa decisión de no participar, como protesta por el golpe de Estado de los bolcheviques.<sup>53</sup>

El régimen de Lenin promulgó de inmediato la legislación necesaria para poner en práctica aquellas promesas, sobre todo con respecto a la reforma agraria y de la propiedad. El Decreto sobre la Tierra, adoptado por el Congreso el 8 de noviembre de 1917, sentó las bases «legales» para una redistribución masiva de la riqueza y la abolición de la propiedad privada de la tierra. Los expropiados no iban a ser compensados por sus pérdidas. La única excepción fueron las tierras cultivadas por los campesinos, que pudieron quedarse con ellas.<sup>54</sup> En gran medida, el Decreto sobre la Tierra se promulgó en respuesta al creciente activismo campesino en el campo, donde se estaban produciendo cada vez más incautaciones de terrenos de propiedad privada, que después se entregaban a los campesinos más pobres a raíz de las iniciativas locales. Así pues, el decreto se limitaba a refrendar algo que ya estaba teniendo lugar. En febrero de 1918 ya se había confiscado aproximadamente el 75 % de todas las haciendas de Rusia.<sup>55</sup> Las víctimas no fueron tan sólo los terratenientes de la aristocracia, sino también los agricultores «adinerados», cuyo patrimonio se redistribuyó.<sup>56</sup> Además, los bolcheviques nacionalizaron la tierra propiedad de la Iglesia ortodoxa, incluidos más de mil monasterios. Por añadidura, entre mediados de noviembre de 1917 y marzo de 1918, Lenin promulgó aproximadamente treinta decretos sobre la nacionalización de la industria privada, los bancos y las empresas manufactureras.<sup>57</sup>

La segunda promesa de Lenin, igual de popular, era la retirada de la guerra. Lenin, fríamente pragmático como siempre, sabía que a esas alturas la derrota militar de Rusia ya era inevitable, pero también vislumbró una gran

oportunidad en aquella derrota: las desventuras militares de Rusia no sólo habían permitido, por lo pronto, que los bolcheviques tomaran el poder, sino que ahora la única opción viable para salvar la revolución bolchevique era una completa retirada de la contienda. Sacando a Rusia de la guerra, Lenin podía concentrarse en lidiar con sus muchos enemigos internos. Simultáneamente, esperaba que el hastío de la guerra y las privaciones materiales en Europa Central muy pronto dieran lugar a una revolución en otros países combatientes, lo que allanaría el camino al triunfo paneuropeo, cuando no mundial, del bolchevismo. El 15 de diciembre de 1917, los emisarios de Lenin firmaron un armisticio con las Potencias Centrales.

---

\* Traducción directa del ruso, *Obras Completas de V. I. Lenin*, Editorial Progreso, Moscú. (N. del T.)

## Brest-Litovsk

El 22 de diciembre de 1917, tan sólo unos días después de la entrada en vigor del armisticio entre Rusia y las Potencias Centrales, comenzaba una conferencia de paz en la ciudad fortaleza de Brest-Litovsk, a la sazón sede del cuartel general del Ejército alemán en el Frente Oriental. En una decisión sin precedentes, concebida para difundir la propaganda bolchevique y dejar en evidencia el imperialismo alemán, los bolcheviques habían insistido y conseguido que las negociaciones de paz se llevaran a cabo en público.<sup>1</sup>

Además aquella conferencia de paz era inusitada por lo heterogéneo de su composición, un choque entre las antiguas fuerzas imperiales y las de un nuevo Estado revolucionario. Los catorce delegados de las Potencias Centrales (cinco alemanes, cuatro austrohúngaros, tres otomanos y dos búlgaros) representaban o bien el esplendor y la gloria del antiguo régimen, como era el caso de Ottokar, conde de Czernin, el excitable ministro de Asuntos Exteriores austrohúngaro, que se quejó reiteradamente de los modales en la mesa de los bolcheviques, o bien las fuerzas del nacionalismo extremo, como Talaat Pachá, uno de los instigadores del genocidio armenio. La delegación bolchevique en Brest-Litovsk, presidida en un primer momento por Adolph Joffe, y después por el recién designado comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Lev Trotski, dejó claro que representaba justamente lo contrario: la delegación de Trotski, formada en representación de los grupos que habían llevado al poder a los bolcheviques, estaba compuesta por veintiocho miembros, entre ellos algunos obreros, marineros, mujeres y un campesino, todos vestidos con ropa informal. Los alemanes y sus aliados nunca habían visto nada parecido en una reunión diplomática

oficial.<sup>2</sup>

La delegación alemana, presidida por el secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores, Richard von Kühlmann, quería poner fin lo antes posible a la guerra en el Frente Oriental, al tiempo que intentaba establecer un imperio no oficial en Europa Centro-oriental, formado por estados nacionales recién independizados en la periferia occidental de Rusia, cuyo futuro pudiera ser controlado a partir de ese momento por Alemania. Tanto Berlín como Viena estaban particularmente interesadas en que Ucrania consiguiera la independencia, a fin de garantizar el abastecimiento de cereales y de minerales para el esfuerzo de guerra de las Potencias Centrales, que proseguía en otros frentes.<sup>3</sup> Cuando el general Max Hoffmann, jefe de Estado Mayor del Frente Oriental, reveló el apoyo de Berlín al derecho a la autodeterminación nacional de Polonia, Lituania y Curlandia (la parte occidental de la actual Letonia), Trotski manifestó su indignación ante lo que acertadamente consideraba un mal disimulado imperialismo alemán, y amenazó con romper las negociaciones. Las conversaciones se reanudaron diez días más tarde, después de que la delegación rusa tuviera la oportunidad de consultar con el Gobierno de Petrogrado.<sup>4</sup>

Los principales bolcheviques tenían distintas opiniones sobre los pasos a dar. Lenin evaluaba la situación pragmáticamente, y era partidario de un acuerdo de paz a cualquier precio, a fin de estabilizar la posición de los bolcheviques en Rusia y salvaguardar los logros de la revolución. Los que se oponían a la evaluación de Lenin eran algunos líderes bolcheviques que, como Trotski, estaban convencidos de que el estallido de la revolución en otras partes de Europa tan sólo era cuestión de semanas, de modo que era preciso prolongar las negociaciones con las Potencias Centrales hasta que eso ocurriera. Por consiguiente, cuando Trotski regresó a Brest-Litovsk después de hacer sus consultas en Petrogrado, se dedicó a ganar tiempo. No cabe duda de que sus vehementes discursos contra los planes de anexión de las Potencias Centrales, unidos a sus invocaciones al deseo de paz del pueblo alemán, surtieron efecto: el 14 de enero de 1918, el Partido Socialdemócrata de Austria convocó manifestaciones a gran escala, y una serie de huelgas que rápidamente se extendieron a Budapest y a Berlín, donde más de medio

millón de trabajadores no fueron a trabajar.<sup>5</sup>

Al tiempo que las huelgas masivas de aquel mes de enero en Berlín, Viena y otras ciudades reafirmaban a Trotski en la idea de que la revolución bolchevique estaba a punto de extenderse hacia el oeste, ni Kühlmann ni los demás representantes de las Potencias Centrales en Brest-Litovsk estaban dispuestos a tolerar aquello. Se les agotó la paciencia y firmaron un tratado aparte con Ucrania el 9 de febrero. En virtud de la denominada «Paz del pan», Ucrania se comprometía a suministrar a Alemania y a Austria-Hungría un millón de toneladas de pan al año, a cambio de que las Potencias Centrales reconocieran a la República Popular de Ucrania (UNR) que acababa de declarar su independencia de Rusia.<sup>6</sup>

Al enterarse de aquel tratado de paz por separado, Trotski abandonó precipitadamente la conferencia y se negó a seguir adelante con las negociaciones. Las Potencias Centrales respondieron reanudando las hostilidades. A partir del 18 de febrero, un millón de soldados alemanes y austrohúngaros iniciaban una ofensiva hacia el este. Durante su rápido avance realizaron importantes conquistas, sin apenas encontrar resistencia, y tomaron Dorpat (Tartu en estonio), Reval (Tallin) y Narva. Desde ahí invadieron el resto de Letonia, Livonia, Estonia y Bielorrusia, así como Ucrania, cuya capital, Kiev, fue ocupada el 1 de marzo.<sup>7</sup>

La ofensiva dio lugar a la llegada a Petrogrado de unos nuevos términos de paz, no negociables. El 3 de marzo, inmediatamente después de la caída de Kiev, los bolcheviques firmaron el Tratado de Brest-Litovsk después de que Lenin amenazara con dimitir como líder del partido y presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo si el Gobierno se negaba a aceptar la paz a cualquier precio. El tratado situaba a Alemania mucho más cerca de su inicial objetivo de guerra, que consistía en convertirse en la potencia dominante en Europa, que en cualquier otro momento desde 1914. Para las Potencias Centrales, aquel fue un momento de triunfo extraordinario.

Berlín era consciente de que los bolcheviques no disponían de recursos económicos para pagar reparaciones de guerra, y por ello decidió cobrárselas en forma de unas anexiones territoriales tan exigentes que hicieron que las que se incluyeron en el futuro Tratado de Versalles parecieran benignas en

comparación. Los alemanes exigieron que Petrogrado permitiera que grandes territorios que anteriormente pertenecían al imperio, y que contaban con unos recursos naturales vitales, lograran la «independencia» (una independencia que en muchos casos preveía la presencia de un fuerte contingente de tropas alemanas), entre ellos Finlandia, la Polonia rusa, Estonia, Livonia, Curlandia, Lituania, Ucrania y Besarabia. Además, los bolcheviques tenían que devolver las provincias de Ardahan, Kars y Batumi –arrebataadas al Imperio otomano tras la guerra ruso-turca de 1877-1878–. Así pues, la Rusia soviética fue despojada de casi todos los territorios occidentales no rusos del antiguo imperio de los Romanov: 1,6 millones de kilómetros cuadrados de territorios –el doble de la superficie del Imperio alemán– y un tercio de su población anterior a la guerra. Aproximadamente el 73 % de la producción de mineral de hierro, y nada menos que 89 % de la producción de carbón de Rusia, junto con la mayor parte de su industria, fueron a parar a manos de las Potencias Centrales.<sup>8</sup> Así pues, Rusia se convirtió en el primer Estado derrotado de la Gran Guerra, aunque los bolcheviques nunca se cansaron de destacar que los que habían perdido la guerra eran el régimen zarista y el Gobierno provisional.

A pesar de que hubo una fuerte oposición a los términos draconianos de la paz de Brest-Litovsk, incluso dentro del movimiento bolchevique, Lenin era consciente de que la supervivencia de su régimen dependía de la paz exterior –una paz que le permitía ganar tiempo para poner a salvo la dictadura del proletariado de sus enemigos internos–. Además de cumplir la promesa de poner fin a la guerra que Lenin había hecho a su pueblo, el Tratado de Brest-Litovsk dejó plenamente en evidencia las enormes ambiciones imperialistas de Alemania en aquella guerra, mientras que la puesta en libertad por Rusia de los prisioneros de guerra de las Potencias Centrales no podía sino contribuir a acelerar la ansiada revolución en Europa Central.

Muy pronto se demostró que Lenin tenía razón en la mayoría de esos supuestos. La liberación de cientos de miles de prisioneros de guerra, en particular del Ejército austrohúngaro, tuvo un profundo efecto de radicalización en sus países de origen.<sup>9</sup> En efecto, entre los soldados que regresaban a su patria había muchos que habían sido influidos por la

ideología bolchevique y que iban a convertirse en los futuros líderes de la izquierda en Europa Central y Meridional, como el socialista austriaco Otto Bauer, el húngaro Béla Kun, y el brigada croata Josip Broz, más conocido por su futuro alias comunista, Tito.<sup>10</sup>

## El sabor de la victoria

La derrota de Rusia no fue el único motivo de optimismo entre el Alto Mando militar de las Potencias Centrales a finales de 1917. Aunque, justo antes de Navidad, las tropas británicas le habían arrebatado la ciudad de Jerusalén al Imperio otomano, la decisión de Lenin de retirar a Rusia de la guerra permitió que las fuerzas de Constantinopla recuperaran el control de toda Anatolia Oriental, e incluso animó a los máximos responsables militares a reactivar sus planes de invadir el Cáucaso. «La Revolución rusa –afirmaba un periódico turco–, nos ha salvado de una amenaza inminente. Siempre y cuando no olvidemos la importancia para nosotros de los acontecimientos que se producen en Rusia, y estemos constantemente pendientes de ellos, ahora podemos respirar con alivio.»<sup>1</sup>

Aunque aquel mes de diciembre Estados Unidos había extendido a Austria-Hungría su declaración de guerra de abril de 1917 contra Alemania, para entonces habían llegado a Europa no más de 175.000 soldados estadounidenses, muchos de ellos sin experiencia.<sup>2</sup> Por el contrario, había buenas razones para considerar que ahora las Potencias Centrales llevaban la iniciativa estratégica –por lo menos hasta que las tropas estadounidenses vinieran a reforzar la líneas de los países Aliados en el Frente Occidental–. Por añadidura, la salida de Rusia de la guerra había dejado a otra potencia aliada, Rumanía, aislada y rodeada de poderosas fuerzas alemanas, austrohúngaras y búlgaras. El 9 de diciembre de 1917, Bucarest aceptó las nuevas realidades y firmó el draconiano armisticio de Focşani.<sup>3</sup>

Sin embargo, era mucho más importante el giro de los acontecimientos en el Frente Meridional, en las estribaciones prealpinas a orillas del río Isonzo,

donde las tropas austrohúngaras y sus adversarios, en su mayoría tropas italianas, habían estado entablando ofensivas y contraofensivas sin un desenlace decisivo a lo largo de 1916 y 1917.<sup>4</sup> Hasta aquel momento, la guerra no le había ido demasiado bien al Imperio austrohúngaro, que había desempeñado un papel crucial en la escalada del conflicto durante la crisis de julio de 1914. A lo largo de los años siguientes, Viena había sufrido reveses desastrosos en numerosos frentes. En las fases iniciales de la guerra, las fuerzas austrohúngaras fueron repelidas de manera humillante en su intento de invadir Serbia, una potencia de segundo orden, y tan sólo lograron derrotarla al año siguiente con una sustancial ayuda de Alemania y Bulgaria. Por añadidura, el Ejército imperial ruso logró invadir por dos veces la parte austrohúngara de Galitzia, primero en la fase inicial de la guerra, y de nuevo en la demoledora ofensiva de Brusílov, en 1916.<sup>5</sup>

No obstante, en 1917, en la duodécima batalla del Isonzo, más conocida como la batalla de Caporetto, el nombre de una localidad cercana, el Ejército austrohúngaro cosechó un sorprendente éxito frente a sus adversarios italianos. Con la ayuda de seis divisiones alemanas, en cuyas filas había un joven y prometedor oficial de Infantería llamado Erwin Rommel, los atacantes contaron con la ventaja de un tiempo neblinoso en el momento de lanzar su ofensiva, y pillaron a los italianos totalmente desprevenidos. Después de lanzar una intensa cortina de artillería, la fuerza combinada perforó casi instantáneamente las líneas del 2.º Ejército italiano, y al final de la jornada las tropas de choque habían avanzado nada menos que veinticinco kilómetros. Aquel ataque arrolló a los italianos, que se retiraron en medio del caos, y posteriormente establecieron una nueva línea defensiva al norte de Venecia: hubo 30.000 soldados italianos muertos o heridos, y 275.000 cayeron prisioneros. Aunque la derrota aplastante de Caporetto, que provocó la destitución del jefe de Estado Mayor, el mariscal Luigi Cadorna, y la caída del primer ministro, Paolo Boselli, no supuso el total hundimiento del Ejército italiano, en noviembre de 1917 daba la impresión de que lo máximo a lo que Roma podía aspirar era a la firma de un tratado de paz honroso sin pérdidas territoriales.<sup>6</sup>

El 11 de noviembre de 1917, exactamente un año antes de lo que resultó

ser el fin de la guerra en el Frente Occidental, el máximo estratega militar de Alemania, el intendente general Erich Ludendorff, contemplaba con optimismo un futuro que en aquel momento podía suponer el desenlace final en el Frente Occidental:

Es muy probable que la situación en Rusia y en Italia nos permita asestar un golpe en el teatro occidental de la guerra el año que viene. El equilibrio de fuerzas será aproximadamente igual. Podemos disponer de aproximadamente 35 divisiones y mil piezas de artillería pesada para una ofensiva. [...] Nuestra situación de conjunto exige atacar lo antes posible, idealmente a finales de febrero o principios de marzo, antes de que los estadounidenses coloquen fuerzas de consideración en la balanza.<sup>7</sup>

Uno de los oficiales de Estado Mayor de Ludendorff, el coronel Albrecht von Thaer, compartía el optimismo de su superior, y anotaba en su diario el día de Nochevieja de 1917:

Nuestra posición realmente nunca había sido tan buena. Rusia, el gigante militar, está completamente acabada, y suplica la paz; lo mismo ocurre con Rumanía. Serbia y Montenegro simplemente se han esfumado. Italia recibe el apoyo de Inglaterra y Francia, pero con grandes dificultades, y hemos conquistado su mejor región. Inglaterra y Francia siguen dispuestas a combatir, pero están bastante agotadas (sobre todo los franceses), y los ingleses están sometidos a la fuerte presión de nuestros submarinos.<sup>8</sup>

Por supuesto, el Alto Mando alemán era muy consciente de que había que conseguir la victoria rápidamente.<sup>9</sup> El hastío de la guerra y la indisciplina se estaban propagando por todos los países combatientes, incluidas las Potencias Centrales. A finales de 1917 y principios de 1918 hubo una serie de indicios crecientes de agotamiento y de disensión política, que culminaron en huelgas masivas en Viena, en Budapest y en Berlín. Sin embargo, al mismo tiempo, los alemanes se vieron en la afortunada situación de poder trasladar 48 divisiones desde el este y alinearlas contra los exhaustos soldados Aliados en el Frente Occidental.<sup>10</sup>

Aquella sensación de oportunidad no se limitaba al *establishment* militar alemán. Para cuando se firmó el Tratado de Brest-Litovsk, Constantinopla ya

había ordenado que el 3.º Ejército otomano iniciara su ofensiva para reconquistar la totalidad de Anatolia Oriental y emprendiera acciones militares contra la efímera Federación Transcaucásica, un Estado fundado por separatistas armenios, georgianos y azeríes que vieron en la revolución bolchevique de octubre de 1917 una oportunidad irrepetible de lograr la independencia. Con la derrota de Rusia, la amenaza de una expansión otomana por el Cáucaso era clara e inminente, si bien el Gobierno de la Federación, con sede en Tiflis (hoy en día en Georgia), se apresuró a rechazar las concesiones territoriales de Lenin a Constantinopla en Brest-Litovsk. Por el contrario, Tiflis reafirmó enérgicamente su intención de resistir militarmente contra un avance otomano hacia las fronteras de su Estado.<sup>11</sup>

A pesar de una feroz resistencia, las unidades otomanas penetraron en el territorio de la Federación. A principios de marzo de 1918 ya habían llegado a las puertas de Erzurum, y a continuación se aproximaron a la ciudad portuaria de Trebisonda, a orillas del mar Negro. Aunque las tropas otomanas tomaron Trebisonda sin grandes combates, su conquista de Erzurum vino acompañada de espantosas masacres. La matanza de aproximadamente 4.000 civiles musulmanes de la zona a manos de las tropas armenias que se batían en retirada desde Erzurum condujo a una oleada de represalias y masacres, a medida que las fuerzas otomanas proseguían su avance a través de las ciudades y pueblos de la antigua frontera otomana de 1877. En abril de 1918 los turcos tomaron el bastión armenio de Kars, empleando una violencia considerable.<sup>12</sup>

Envalentonados por aquellas victorias, los generales otomanos y los líderes del partido nacionalista del Gobierno, el Comité de Unidad y Progreso (CUP), renovaron sus propósitos de una expansión imperial por el Cáucaso. En vez de trasladar todas las fuerzas disponibles al frente de Mesopotamia, el ministro de la Guerra, Enver Pachá, y el Alto Mando otomano estaban claramente convencidos de que era posible mantener el esfuerzo bélico contra los británicos y al mismo tiempo adentrarse aún más en el Cáucaso. El empuje, o eso creían, estaba del lado de las Potencias Centrales. «Ahora – declaraba un ministro otomano–, tan sólo nos movemos hacia delante.»<sup>13</sup>

Así pues, en las capitales de las Potencias Centrales había una engañosa

sensación de optimismo, y unas enormes expectativas de una victoria rápida e inmediata a medida que se desarrollaban los acontecimientos durante el último año de la guerra. Al tiempo que la posibilidad de una victoria inminente reforzaba la moral de las tropas, el aumento de las esperanzas también elevaba la apuesta, con el peligro de una grave decepción y el consiguiente hundimiento generalizado de la moral.<sup>14</sup>

Ahora ya todo dependía del éxito o el fracaso de la ofensiva de primavera de 1918. Como Ludendorff sabía muy bien, se trataba de una baza potencialmente muy costosa. Las batallas de los tres años y medio anteriores habían demostrado claramente que una guerra librada con una potencia de fuego industrial otorgaba una ventaja decisiva a las estrategias defensivas, mientras que una estrategia ofensiva conllevaba el riesgo de grandes pérdidas de personal. Pero el mariscal de campo Paul von Hindenburg y Ludendorff no tenían ninguna otra alternativa seria. Sus tropas habrían podido quedarse en sus posiciones bien fortificadas, y probablemente infligir enormes bajas a los reclutas estadounidenses, recién llegados e inexpertos, pero no cabían muchas dudas de que los frentes internos de todas las Potencias Centrales no estaban dispuestos a tolerar la guerra durante mucho más tiempo.<sup>15</sup>

Así pues, el cometido de la ofensiva de primavera de Ludendorff era terminar la guerra lo antes posible, por el procedimiento de obligar a retroceder a la Fuerza Expedicionaria británica hacia el canal de la Mancha, donde sería evacuada, para después asestar un golpe decisivo contra los franceses. El principal objetivo de la ofensiva, cuyo nombre en clave era «Operación Michael», consistía en atravesar las líneas británicas en el sector del Somme-Arrás, donde la ventaja numérica a favor de los atacantes alemanes era de aproximadamente dos a uno.<sup>16</sup>

La ofensiva por sorpresa comenzó la madrugada del 21 de marzo de 1918 con un bombardeo de una intensidad sin precedentes. Durante casi cinco horas, los cañones alemanes dispararon un fuego de barrera ininterrumpido de más de un millón de proyectiles contra las líneas del frente británico. Como apuntaba en su diario Ernst Jünger, teniente de Infantería alemán (posteriormente publicado como el libro y éxito de ventas internacional titulado *Tempestades de acero*, en 1920), el intenso bombardeo provocó un

«huracán» de fuego «tan terrible que incluso la mayor de las batallas a las que habíamos sobrevivido parecían un juego de niños comparado con aquello». A continuación la infantería recibió la orden de avanzar hacia las líneas enemigas. «Había llegado el gran momento. Una lenta barrera de fuego sobrevoló nuestras trincheras. Nos lanzamos al ataque.»<sup>17</sup>

El avance de la infantería de 32 divisiones alemanas se apoderó rápidamente del sector meridional del frente. Tan sólo durante aquel primer día los ejércitos atacantes alemanes hicieron prisioneros a 21.000 soldados, y provocaron más de 17.500 bajas.<sup>18</sup> Los Aliados fueron presa del pánico, por lo menos temporalmente. El 24 de marzo, el mariscal de campo Douglas Haig le indicó al comandante en jefe francés, Philippe Pétain, que ya era imposible defender la línea del frente británico y que iba a tener que abandonar la defensa de Amiens. Efectivamente, al día siguiente Haig ordenó a sus tropas replegarse a las antiguas posiciones que habían ocupado en 1916.<sup>19</sup> En medio de una retirada caótica, se diseñaron planes para evacuar a la Fuerza Expedicionaria británica desde los puertos franceses situados a lo largo del canal de la Mancha, justamente lo que pretendía Ludendorff. Fue el peor revés que sufrieron los británicos durante toda la guerra, y obligó a los Aliados a superar sus rivalidades internas y a crear, el 3 de abril, un Mando Superior Conjunto encabezado por el general Ferdinand Foch.<sup>20</sup>

Las victorias iniciales de Alemania parecían confirmar las esperanzas y expectativas del Alto Mando. Todo parecía ir según lo planeado. En una fecha tan temprana como el 23 de marzo, el káiser, Guillermo II, se había convencido de que «la batalla está ganada» y que «los ingleses han sido totalmente derrotados».<sup>21</sup> La idea optimista de que la victoria era inminente también se adueñó del frente interior alemán, un factor crucial para explicar la forma en que más tarde Alemania asumió su derrota. El 26 de marzo, el presidente del Consejo de Administración de la empresa Krupp, Alfred Hugenberg, envió un telegrama de felicitación al general von Hindenburg: «La paz con Rusia [...] y la gran victoria de estos días contra los ingleses son como dos sonoros martillazos para el corazón de todos los alemanes. [...] Quienes tímidamente ponían en duda la victoria de Alemania, y quienes nunca creyeron en ella, ahora la ven ante sí como una posibilidad a nuestro

alcance, y deben inclinarse ante la idea de la victoria».<sup>22</sup>

Sin embargo, en realidad, los progresos de los alemanes durante la Operación Michael –por impresionantes que fueran– no significaron ningún avance decisivo. Cuando concluyó la operación, el 5 de abril, las tropas alemanas del 18.º Ejército se habían adentrado más de cincuenta kilómetros en territorio enemigo –una hazaña mayor que cualquiera de las que se habían visto en el Frente Occidental desde 1914–. Se habían rendido aproximadamente 90.000 soldados aliados, y se habían capturado 1.300 piezas de artillería.<sup>23</sup> Sin embargo, las conquistas estratégicas eran de escasa importancia. Los británicos estaban maltrechos, pero no destrozados. Aunque el territorio ganado por los alemanes era considerable, en su mayor parte era tierra baldía, arrasada y sin valor, a través de la que ahora iban a tener que extender sus líneas de abastecimiento, ya muy al límite de sus posibilidades.<sup>24</sup> Y lo peor era que los alemanes habían perdido unos 240.000 hombres durante la ofensiva, con unas tasas de bajas particularmente altas entre las insustituibles unidades de asalto, un cuerpo de élite.<sup>25</sup> Por el contrario, el Ejército británico reemplazó casi de inmediato la mayor parte de sus bajas con nuevos reclutas enviados desde la otra orilla del canal: a finales de abril ya habían llegado a los puertos franceses 100.000 nuevos efectivos.<sup>26</sup>

Fue en aquel momento cuando Ludendorff, bajo la presión de tener que lograr una victoria decisiva después de jugarse el todo por el todo en la ofensiva de primavera, empezó a cometer errores imprevisibles. Al darse cuenta de que la Operación Michael no había logrado su cometido principal de doblegar a los británicos, decidió probar suerte en otro sector del frente. A finales de 1917, cuando Ludendorff ideó su ofensiva de primavera, en un primer momento había considerado la posibilidad de un ataque a gran escala en Flandes, cuyo nombre en clave era Operación Georg, como alternativa a la Operación Michael. Tras el fracaso de Michael, la Operación Georg volvió a estar sobre la mesa, aunque a una escala menor, lo que se reflejaba en el nuevo nombre del plan: Operación Georgette. Se dio la orden a dos ejércitos alemanes para que lanzaran un ataque contra las nueve divisiones aliadas – ocho británicas y una portuguesa– que se encontraban entre las líneas alemanas y el nudo ferroviario de Hazebrouck, de una gran importancia

estratégica, pues controlaba las cruciales líneas de abastecimiento de los Aliados. En un primer momento, la ofensiva, que comenzó con un intenso fuego de artillería la madrugada del 9 de abril, parecía un éxito sin paliativos. Las tropas de asalto alemanas arrollaron las defensas portuguesas, y al caer la noche ya habían avanzado aproximadamente diez kilómetros. La ofensiva prosiguió a lo largo de los días siguientes, pero en última instancia llegó a un punto muerto, a tan sólo unos kilómetros de Hazebrouck. El nuevo fracaso de Ludendorff se debió tanto a la enconada resistencia de los británicos como al agotamiento general de los soldados alemanes, ya que muchos de ellos habían participado previamente en la Operación Michael.<sup>27</sup>

Tras el fracaso de la Operación Georgette, las ofensivas alemanas se hicieron cada vez más incoherentes y desesperadas. Ludendorff abandonó la idea de seguir atacando a los británicos y arremetió contra otro sector del frente. La ofensiva de Aisne contra los franceses empezó a finales de mayo, precedida por el mayor esfuerzo de la artillería alemana de toda la guerra, con un bombardeo de dos millones de proyectiles a lo largo de cuatro horas y media. Fue el último intento alemán de lograr la victoria, y dio lugar al mayor avance de la guerra en el Frente Occidental. Después de tomar la localidad de Château-Thierry, a orillas del Marne, las tropas alemanas volvían a estar – igual que en 1914– a tiro de la capital francesa, donde el fuego de la artillería de largo alcance mató a novecientos parisinos, aproximadamente.<sup>28</sup>

## Reveses de la fortuna

Las ofensivas militares del Ejército alemán durante la primavera y principios del verano de 1918 crearon más problemas de los que resolvieron. Las líneas de comunicación y de abastecimiento eran más largas que antes, y resultaba difícil trasladar las reservas hasta el frente. El descubrimiento de suministros de alimentos de los Aliados en las trincheras enemigas abandonadas a toda prisa –existencias de pan blanco, carne en conserva, galletas y vino– les dio literalmente a probar a los soldados alemanes, que sufrían grandes carencias, un bocado de la superioridad económica de sus enemigos. Por añadidura, el coste en vidas humanas fue inmenso, más que en cualquier otro momento de la guerra, salvo los dos primeros meses: a finales de junio de 1918 habían caído un total de 915.000 soldados. El enorme derramamiento de sangre provocado por la arriesgada apuesta de Ludendorff no dio los resultados esperados. Mientras que las bajas alemanas, que a menudo se habían producido entre los soldados mejores y más experimentados, eran sencillamente demasiadas como para que pudieran compensarse con nuevos reclutas, los Aliados podían engrosar sus fuerzas con la ayuda de los 250.000 soldados estadounidenses que llegaban a Europa cada mes.<sup>1</sup>

Y además de las bajas militares, la primera oleada de la «gripe española», un virus de la gripe particularmente agresivo, que en última instancia mató a más de cincuenta millones de personas en todo el mundo, llegó a las líneas alemanas durante el verano. Inicialmente, el virus afectó menos gravemente a las tropas aliadas que a las alemanas.<sup>2</sup> Aquella cepa del virus de la gripe, que normalmente ataca sobre todo a los niños y a los ancianos, afectó a todos los soldados, independientemente de su edad y de su estado de forma física,

incluidas las unidades de asalto de élite.<sup>3</sup> Tan sólo el 6.º Ejército alemán de Alsacia informaba de 10.000 nuevos casos diarios durante la primera mitad de julio. En total, entre mayo y julio de 1918, enfermaron más de un millón de soldados alemanes. En cambio, el Ejército británico sufrió 50.000 casos de gripe en los meses de junio y julio.<sup>4</sup> Otras enfermedades –la neumonía, la disentería, e incluso la malaria– minaron ulteriormente la salud del Ejército alemán.<sup>5</sup>

A partir de mediados del verano, las diezmadas tropas alemanas –debilitadas por las anteriores ofensivas y por distintas enfermedades– tuvieron que hacer frente a constantes contraataques de los Aliados. La contraofensiva francesa que marcó el comienzo de la segunda batalla del Marne, en julio de 1918, y el ataque lanzado por los británicos el 8 de agosto a las afueras de Amiens, confirmaron el vuelco de la situación a favor de los Aliados. Dieciséis divisiones alemanas fueron borradas del mapa durante el contraataque aliado. Aunque se evitó un hundimiento total, las tropas alemanas estaban casi universalmente desmoralizadas y exhaustas, y culpaban cada vez más a sus propios líderes de la funesta situación en la que se encontraban.<sup>6</sup> La Oficina de Censura del Correo del 6.º Ejército, por ejemplo, informaba de que durante el mes de agosto más y más soldados se habían manifestado abiertamente en contra del «militarismo prusiano» y del mismísimo «káiser sanguinario».<sup>7</sup>

Sin refuerzos, al límite de sus recursos, y debilitados por las enfermedades y las cuantiosas bajas sufridas en la ofensiva, las tropas alemanas no estaban en condiciones de ofrecer una resistencia eficaz a las fuerzas aliadas. Los alemanes perdieron en muy poco tiempo todos los avances territoriales logrados durante la ofensiva de verano. Una semana después de que los Aliados abrieran una importante brecha en las líneas alemanas el 8 de agosto (el «Día Negro» del Ejército alemán), Ludendorff le comunicó al káiser que Alemania debía intentar negociar la paz –una postura a la que se había opuesto a lo largo de toda la guerra.<sup>8</sup>

En aquel momento, Ludendorff no era más que una sombra de lo que había sido. Su meteórico ascenso en el seno del Estado Mayor alemán a partir

de 1914 se debía en gran medida a su crucial papel en la expulsión de los rusos de Prusia Oriental a raíz de la batalla de Tannenberg (1914) y en la primera batalla de los lagos masurianos (1915), a pesar de que su superior directo, Paul von Hindenburg, un oficial veterano de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que se había jubilado antes del inicio del conflicto, se llevó todo el mérito público. No obstante, Hindenburg fue lo bastante inteligente como para nombrar al brillante Ludendorff su intendente general cuando le designaron como jefe de Estado Mayor alemán en 1916. Durante los dos años siguientes, Hindenburg y Ludendorff establecieron lo que a todos los efectos era una dictadura militar, aunque básicamente el encargado de dirigir todo el esfuerzo bélico alemán era Ludendorff. Si la derrota de Rusia y Rumanía en 1917 le habían envalentonado en su actitud, el posterior fracaso de las ofensivas del Frente Occidental durante la primavera y el verano de 1918 minaron irremisiblemente su confianza en sí mismo.<sup>9</sup> Aunque el persistente rumor de que Ludendorff sufrió una crisis nerviosa total es exagerado, claramente se encontraba bajo una enorme tensión.<sup>10</sup>

La situación de las Potencias Centrales no parecía mucho mejor en otros frentes a finales del verano y principios del otoño de 1918. En el frente de Macedonia, los Aliados atacaron el 14 de septiembre y aplastaron al Ejército búlgaro, obligando a Bulgaria a pedir un armisticio al cabo de dos semanas. Lo repentino de aquel desplome pilló por sorpresa a muchos observadores. Desde la entrada de Bulgaria en la guerra, en octubre de 1915, su ejército había combatido con valentía, e inicialmente se había apuntado importantes victorias, en 1915 (Niš, Ovche Pole, Kosovo, Krivolak) y en 1916 (Lerin, Chegan, Bitola, Strumitsa, Cherna, Tutrakan, Dobrich, Kobadin y Bucarest). Antes de 1918, el Ejército búlgaro no había perdido ninguna batalla importante en la guerra. Por ejemplo, repelió de forma reiterada los ataques aliados en Doiran, una pequeña localidad de Macedonia, donde un contingente búlgaro formó una fuerte línea defensiva que resistió a los ataques sistemáticos de las tropas británicas, francesas e imperiales.<sup>11</sup>

Sin embargo, al final la Entente logró abrir brecha a través de otro punto del frente suroccidental búlgaro. Durante el verano de 1918, los Aliados habían acumulado más de 35 divisiones, con 650.000 soldados, en el frente

de Macedonia, al norte de Salónica. La ofensiva que lanzaron las tropas francesas y serbias el 14 de septiembre de 1918 arrolló a los defensores búlgaros. Los franceses y los serbios abrieron en canal las líneas enemigas en Dobro Pole, al tiempo que los británicos y los griegos perforaban las defensas búlgaras en el lago de Doiran. En el plazo de unos días, el grueso del Ejército búlgaro se había venido abajo. El 25 de septiembre, el Gobierno búlgaro decidió pedir el cese de hostilidades a los Aliados.<sup>12</sup>

Tan sólo cuatro días más tarde, Bulgaria, el último país en unirse al bando de las Potencias Centrales, se convirtió en el primero de los aliados de Alemania en salir de la guerra, cuando la delegación búlgara firmó un armisticio en Salónica por el que Bulgaria se comprometía a la desmovilización total de su ejército (salvo un puñado de tropas para defender la frontera con Turquía y las líneas férreas); accedía a la ocupación por las tropas aliadas de varios puntos estratégicos; a la entrega de sus equipos militares a las fuerzas de la Entente; y lo más polémico para el Gobierno de Sofía, a la evacuación completa de todos los territorios griegos y serbios conquistados durante la guerra, incluida Macedonia, una región que Bulgaria llevaba reivindicando desde su independencia, a finales del siglo XIX. El armisticio también incluía cláusulas secretas, y contemplaba la posibilidad de una ocupación temporal por los Aliados como garantía de la salida de Bulgaria de la guerra. Otro duro golpe fue que, para garantizar la «buena conducta» de Sofía, un número significativo de soldados búlgaros (entre 86.000 y 112.000) debían seguir retenidos como prisioneros de guerra durante un futuro aún sin especificar.<sup>13</sup>

Para Bulgaria, la guerra que concluyó a finales de 1918 básicamente había comenzado seis años atrás, en octubre de 1912. En aquel año, Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro habían unido sus fuerzas en su ataque contra el Imperio otomano, movidos por su deseo compartido de poner fin de una vez por todas al reinado de Constantinopla en Europa Suroriental.<sup>14</sup> Los búlgaros, que consiguieron la autonomía en 1878, pero que a todos los efectos llevaban viviendo bajo el dominio otomano desde el siglo XIV, ansiaban las regiones otomanas de Macedonia y Tracia. La primera guerra balcánica, como muy pronto pasó a denominarse aquel conflicto, concluyó en

mayo de 1913 con una rápida y devastadora derrota para los otomanos, que vino acompañada de una oleada de limpieza étnica en la que fueron asesinados o expulsados miles de civiles musulmanes.<sup>15</sup> Sin embargo, en el plazo de pocas semanas, los miembros de la victoriosa coalición balcánica se enfrentaron por el reparto del botín y fueron de nuevo a la guerra, a finales de junio. En aquella ocasión la perdedora fue Bulgaria, mientras que Grecia, Serbia y Rumanía ampliaron ulteriormente su territorio a expensas de Sofía, al tiempo que el Imperio otomano lograba recuperar Tracia Oriental.<sup>16</sup>

En 1913, por temor a una venganza de los otomanos, un gran número de residentes de etnia búlgara intentó huir de Tracia Oriental, donde ahora Constantinopla estaba poniendo en práctica una política de expulsiones forzosas como represalia por todas las masacres dirigidas contra los musulmanes de los Balcanes en 1912 y 1913. Según el informe de la Comisión Carnegie, encargada de la investigación de los crímenes que se habían cometido en el transcurso de las guerras balcánicas, durante la campaña de expulsiones fueron asesinadas más de 50.000 personas –el 20 % de la población de etnia búlgara de Tracia en aquel momento.<sup>17</sup>

El desenlace de la segunda guerra balcánica, la primera de las numerosas «catástrofes nacionales» que sufrió Bulgaria durante el siglo XX, puso provisionalmente fin al sueño de Sofía de unificar todos los territorios «de etnia búlgara». La intensidad de los sentimientos de humillación nacional y de desesperación que cundieron en 1913 ayuda a explicar la postura de Bulgaria en el momento que estalló la Gran Guerra, en agosto de 1914. Aunque la recuperación de los territorios perdidos seguía formando parte del sueño nacional búlgaro, Sofía inicialmente proclamó su neutralidad cuando empezaron las hostilidades aquel verano. Mientras que el rey Fernando, nacido en Viena como príncipe de la familia ducal de Sajonia-Coburgo-Gotha, y el primer ministro Vasil Radoslavov, eran partidarios de alinearse con las Potencias Centrales, muchos búlgaros abrigaban sentimientos prorrusos. Tanto es así que algunos oficiales búlgaros –entre ellos once generales– se presentaron voluntarios para servir en el Ejército ruso.<sup>18</sup>

Sin embargo, los líderes políticos de Bulgaria, vislumbraron la oportunidad de revocar las desastrosas disposiciones del Tratado de Bucarest

de 1913, pero esperaron hasta comienzos de octubre de 1915 para ver de qué lado se inclinaba la balanza de la guerra antes de tomar partido por cualquiera de los dos bandos. Los búlgaros estuvieron negociando con ambos bandos hasta el verano de 1915. Tanto las Potencias Centrales como la Entente sabían que el precio de la participación de Bulgaria en cualquiera de los dos bandos era la restitución de por lo menos dos de los territorios perdidos en la segunda guerra balcánica: Macedonia y Tracia Oriental, lo que otorgaría a Sofía el control no sólo de la costa del mar Egeo sino también de las redes ferroviarias que unían Europa Central con Europa Meridional y Oriente Próximo. Lo más que podía ofrecer la Entente era Tracia Oriental (a la sazón en manos de los otomanos), mientras que Serbia no estaba dispuesta a ceder ni un centímetro de Macedonia. Tras una serie de cálculos, y envalentonados por los reveses de los Aliados en Galitzia y Galípoli, el zar Fernando y su gobierno decidieron que las Potencias Centrales les ofrecían un acuerdo más ventajoso. En otoño de 1915, las tropas búlgaras participaron en el ataque austrohúngaro-alemán contra Serbia a las órdenes del general August von Mackensen, con incursiones en Macedonia y en Kosovo.<sup>19</sup> Aquella invasión encabezada por Alemania arrolló rápidamente a los serbios, quienes, con ayuda de sus aliados franceses, lograron evacuar a aproximadamente a 150.000 personas a través de las montañas de Albania hasta el Adriático.

En la primavera de 1916, cabe suponer que como respuesta a la postura a favor de la Entente del Gobierno griego, los alemanes autorizaron (y apoyaron militarmente) una incursión búlgara en Grecia, que dio lugar a la toma del fuerte Rupel, a orillas del río Estrimón, al nordeste de Salónica, y a la ocupación de algunas zonas del norte de Grecia.<sup>20</sup> En agosto de 1916, tras la declaración de guerra de Rumanía contra Austria-Hungría, Bulgaria también se unió a las demás Potencias Centrales en un ataque contra Rumanía, el país que tanto había contribuido a la derrota de Bulgaria en la segunda guerra balcánica. Había llegado el momento de vengar aquella derrota: a principios de septiembre, las tropas búlgaras se adentraron en la región de Dobruja, asestando fuertes golpes a sus adversarios, sobre todo en la batalla de Tutrakan –también conocida como el «Verdún rumano»—. Más de 8.000 soldados rumanos murieron en su intento de defender la fortaleza de

Tutrakan, en una derrota que debilitó gravemente la posición estratégica de su país.<sup>21</sup>

A pesar de los éxitos militares de Bulgaria, la duración de la guerra empezó a tener graves efectos en el país. En el frente interno, el aumento incesante de las bajas y la merma de recursos humanos para mantener la economía provocaban que cada vez más búlgaros estuvieran hastiados de la guerra en 1917, cuando una crisis alimentaria afectó a las ciudades y a las Fuerzas Armadas. Muchos búlgaros se indignaron por el hecho de que durante aquella crisis el Gobierno siguiera suministrando a Alemania unos alimentos y unas materias primas escasos a fin de sostener el esfuerzo bélico de Berlín, dejando a un creciente número de sus compatriotas en una situación de malnutrición grave.<sup>22</sup>

A mediados de junio, el general de más alto rango de Bulgaria, Nikola Zhekov, envió un alarmante informe al zar Fernando sobre las condiciones en el frente, culpando explícitamente de la penosa situación de las tropas a una gestión y organización deficientes: «Las tropas tienen dificultades para su supervivencia cotidiana. [...] Tan sólo se sirve carne una vez por semana. Respecto a la ropa y el calzado, la situación es todavía más espantosa. Los soldados van mal vestidos y no disponen de botas. Tienen que correr descalzos sobre las rocas contra el enemigo. En vez de gorras militares, llevan pañoletas hechas con jirones de los sacos de arena. Y el invierno se acerca. [...] El actual Gobierno ha creado esta situación».<sup>23</sup> Poco después de recibir el informe, el zar Fernando relevó al primer ministro Radoslavov y nombró un nuevo gobierno dirigido por Aleksandr Malinov.<sup>24</sup>

La derrota de Bulgaria en septiembre de 1918 reforzó la impresión entre los líderes de las Potencias Centrales de que la guerra estaba perdida. Aquella derrota no sólo significaba la interrupción de la conexión terrestre entre el Imperio otomano y las demás Potencias Centrales, sino que además a todos los efectos allanaba el camino para que los ejércitos aliados atacaran Constantinopla desde el oeste y a Serbia, ocupada por Austria-Hungría, desde el este.<sup>25</sup> Las Potencias Centrales sencillamente no disponían de las tropas adicionales necesarias para afrontar aquella amenaza envolvente.

Mientras tanto, en el frente italiano, la situación empezó a dar un vuelco

en contra de las Potencias Centrales con la denominada segunda batalla del Piave, que comenzó el 15 de junio con una ofensiva desacertada y mal preparada de Austria-Hungría a lo largo de un amplio frente de ochenta kilómetros.<sup>26</sup> La ofensiva se vino abajo rápidamente ante la enconada resistencia de los italianos, ahora coordinada por el general Armando Diaz, que había sido nombrado comandante supremo del Ejército italiano tras la desastrosa derrota militar sufrida por Italia en Caporetto el año anterior.<sup>27</sup>

Para gran sorpresa de muchos observadores, las fuerzas italianas se habían recuperado tras su aplastante derrota en Caporetto, en gran parte debido a algunos cambios radicales en el liderazgo militar y político. El nuevo primer ministro, Vittorio Emanuele Orlando, un eminente profesor de Derecho que se pasó a la política, y que originalmente había abogado por la neutralidad de Italia en 1914, se encontró repentinamente en una situación en la que dar un vuelco a las vicisitudes militares de Italia pasó a ser el asunto más importante de su mandato. Orlando, que permaneció en el cargo de primer ministro hasta que dimitió en 1919 como protesta por la falta de progresos en la Conferencia de Paz de París, era el hombre adecuado para afrontar aquel reto. Empezó una ambiciosa campaña de removilización bajo el eslogan «*unione sacra*» (haciéndose eco deliberadamente de la «unión sagrada» francesa), al tiempo que también mejoraba las medidas en materia de bienestar social para los trabajadores agrícolas y los veteranos, en un intento por reforzar la moral. Los esfuerzos de Orlando dieron resultado. La política italiana se había movilizado cuando su ejército estuvo a punto de hundirse en 1917, y se canalizaron nuevas energías hacia el esfuerzo bélico. Se levantó la moral, y con ella, fatídicamente, aumentaron las expectativas sobre las conquistas territoriales que una victoria podía aportar a Italia.<sup>28</sup>

La segunda batalla del Piave señaló el principio del fin para el Ejército austrohúngaro. Dejó más de 142.000 soldados muertos o heridos, y otros 25.000 fueron hechos prisioneros por los Aliados.<sup>29</sup> La Monarquía dual ya no era capaz de compensar semejante número de bajas con nuevos reclutas. Para entonces, ni siquiera sirvió de nada la destitución a mediados de julio de 1918 del jefe de Estado Mayor, Franz Conrad von Hötzendorf, un veterano en el cargo.<sup>30</sup> El 14 de septiembre, el emperador Carlos I de Austria y IV de

Hungría hizo un llamamiento a favor de la paz. Sin embargo, los líderes franceses y británicos desconfiaban ante la posibilidad de que el gesto del emperador fuera simplemente un intento de dividir a los Aliados, mientras que Washington respondió que ya había comunicado sus términos para la paz. Por consiguiente, cualquier otra discusión se consideraba superflua.<sup>31</sup>

Al tiempo que el Ejército austrohúngaro se debilitaba a raíz de la malhadada ofensiva a orillas del Piave, Roma intentaba capitalizar su recuperada ventaja estratégica y mejorar su posición en la mesa de negociaciones una vez acabada la guerra. El 24 de octubre, el Ejército italiano lanzó dos ataques contra el monte Grappa y contra la otra orilla del río Piave, en la localidad de Vittorio Veneto. Al cabo de cinco días, el Ejército austrohúngaro se batía en retirada total. Cayeron prisioneros por lo menos 300.000 soldados y veinticuatro generales. El 30 de octubre los italianos tomaron Vittorio Veneto. Con aquel telón de fondo, el 1 de noviembre el Gobierno húngaro decidió retirar sus tropas, lo que aceleró el hundimiento del resto del Ejército austrohúngaro.<sup>32</sup> El 2 de noviembre, el Alto Mando austriaco solicitó un armisticio, lo que llevó a Armando Diaz a enviar un exultante «boletín de la victoria» a sus tropas: «El Ejército austrohúngaro ha sido derrotado. [...] Los elementos remanentes del que fuera uno de los ejércitos más poderosos del mundo están regresando en la desesperanza y el caos y remontando los valles de los que habían descendido con jactanciosa confianza».<sup>33</sup>

Para cuando entró en vigor el armisticio con Austria-Hungría, el 4 de noviembre, otro actor crucial entre las Potencias Centrales, el Imperio otomano, ya había aceptado su derrota. El armisticio de Mudros, firmado el 30 de octubre de 1918, puso fin a una guerra que para el Imperio otomano a todos los efectos había comenzado en septiembre de 1911.<sup>34</sup> Aquel año, Italia —considerando que el Imperio otomano ya estaba suficientemente debilitado— atacó y ocupó las provincias otomanas de Tripolitania y Cirenaica (hoy en día Libia), así como las islas del Dodecaneso en el Mediterráneo.<sup>35</sup> Un año después a principios de octubre de 1912, al tiempo que seguía en guerra con Italia, Constantinopla tuvo que hacer frente a un nuevo desafío militar, cuando una fuerza combinada de tropas búlgaras, griegas, montenegrinas y

serbias lanzó su invasión.<sup>36</sup> Aunque los otomanos lograron reconquistar Edirne, la antigua capital del imperio, en la segunda guerra balcánica de 1913, Constantinopla había perdido casi la totalidad de sus territorios europeos. Poco después de la derrota en los Balcanes, el Gobierno otomano de Mehmet Kamil Pachá fue derrocado el 23 de enero de 1913, cuando un grupo de oficiales del partido Jóvenes Turcos, encabezado por el teniente coronel Enver Bey, obligó al gran visir a dimitir a punta de pistola.<sup>37</sup> A ojos de los Jóvenes Turcos, Rusia suponía una amenaza para las fronteras del imperio desde el norte y el este, y Gran Bretaña había establecido bases de un valor estratégico crucial en Chipre y en Egipto, exponiendo los dominios árabes de los otomanos al riesgo de una potencial ofensiva con fuerzas terrestres y navales.<sup>38</sup>

Ante lo que percibían como una amenaza de vida o muerte contra sus fronteras, los líderes otomanos intentaron formar una alianza con Gran Bretaña, pero la propuesta fue rechazada por Londres. De modo que empezaron a pensar en Alemania, la única gran potencia europea sin intereses creados en ninguno de los territorios bajo el control de Constantinopla. Berlín podía ofrecer al Imperio otomano seguridad frente al imperialismo británico o ruso, o eso creían los líderes del CUP. Por consiguiente, la alianza con Alemania aportaba la estabilidad necesaria para la consolidación interna y la expansión imperial del Imperio otomano.<sup>39</sup> Los líderes otomanos decidieron pasar al ataque, sin una declaración de guerra previa, en una espectacular operación nocturna que culminó con el hundimiento de varios buques de guerra rusos en el mar Negro y el bombardeo naval de los puertos rusos de Sebastopol y Odesa el 29 de octubre de 1914.<sup>40</sup>

A pesar de su supuesta debilidad, el Imperio otomano demostró ser un formidable adversario en la Gran Guerra. En el breve periodo transcurrido desde la derrota de los otomanos en la primera guerra balcánica de 1912-1913, el Gobierno otomano, ya bajo el control total del Comité de Unidad y Progreso (CUP), había reformado radicalmente sus Fuerzas Armadas. Con la ayuda de asesores militares alemanes, y gracias a una nueva generación de jóvenes oficiales muy capacitados, el Ejército otomano se transformó en una

fuerza de combate a tener en cuenta.<sup>41</sup> Aunque la incursión inicial de Constantinopla en el Cáucaso resultó desastrosa, el reorganizado Ejército otomano consiguió buenos resultados en otros lugares, repelió a sus enemigos en distintos frentes, desde Anatolia Oriental hasta el Sinaí, y desde Bagdad hasta los Dardanelos. Los Aliados occidentales aprendieron en carne propia en Galípoli y durante otras campañas en Oriente Próximo, como la victoria otomana sobre un contingente de tropas indias en Kut-al-Amara, en abril de 1916, que el «enfermo de Europa» todavía gozaba de buena salud.<sup>42</sup> La humillante retirada de los Aliados de Galípoli en enero de 1916, y la rendición de aproximadamente trece mil soldados indios y británicos en Kut, a aproximadamente ciento sesenta kilómetros al sureste de Bagdad, pusieron en graves aprietos al Gobierno de Asquith en Londres.<sup>43</sup>

Sin embargo, conforme se alargaba la guerra, el Imperio otomano no fue capaz de igualar los recursos y la superioridad numérica de efectivos de la Entente. Aunque el imperio se benefició de la Revolución rusa en 1917 y reconquistó territorios que previamente había perdido a manos de la Rusia imperial, la suerte de la guerra acabó volviéndose en su contra. Es posible que Constantinopla hubiera soportado la pérdida de Bagdad y Jerusalén, tomadas por las tropas británicas en marzo y en diciembre de 1917, respectivamente, pero una nueva ofensiva británica en el frente de Palestina, lanzado el 19 de septiembre de 1918, devastó las fuerzas defensoras al norte de Jerusalén, infligiendo sucesivas derrotas aplastantes a tres ejércitos otomanos en el plazo de doce días. A continuación se produjo un caos absoluto. Las tropas otomanas se rendían en masa, los soldados desertaban por miles, y se retiraban en un desorden total. El 1 de octubre las fuerzas aliadas ya habían avanzado hasta Damasco. El 26 de octubre, una fuerza anglo-india, acompañada por rebeldes árabes de la región de Hiyaz, encabezados por Husseín bin Alí, el guardián de las ciudades santas de La Meca y Medina, tomaron Aleppo, en el norte de Siria.<sup>44</sup>

Un segundo ejército británico avanzaba hacia la capital otomana desde el norte, tras abrirse paso a través de las líneas búlgaras en Salónica. En vista de que sus Fuerzas Armadas ya estaban diezmadas por las deserciones masivas y las cuantiosas bajas militares, los líderes otomanos simplemente no estaban

en condiciones de combatir en un nuevo frente. Los dirigentes del CUP que habían llevado a la guerra al imperio dimitieron durante la primera semana de octubre y huyeron a bordo de un buque de guerra alemán, mientras que un nuevo Gobierno, de corte progresista, rápidamente nombrado por el sultán Mehmet VI, comunicó a los británicos que quería la paz. Hüseyin Rauf Orbay, recientemente nombrado ministro de Marina, antiguo héroe de guerra, y que además había sido uno de los delegados del Imperio otomano durante las conversaciones de paz de Brest-Litovsk, se reunió con los representantes británicos en la isla de Limnos, en aguas del Egeo. El 30 de octubre de 1918, tras cuatro días de debates a bordo del buque británico *Agamemnon*, Rauf Orbay firmó lo que pasó a llamarse el armisticio de Mudros (ése era el nombre con el que los Aliados designaban la isla) en presencia del comandante de las fuerzas navales británicas, el almirante Arthur Calthorpe.<sup>45</sup>

El armisticio de Mudros vino a confirmar los peores temores de los otomanos sobre el futuro del imperio, unos temores que abrigaban desde el principio de la guerra, cuando el primer ministro británico, Herbert Asquith, declaró que el conflicto provocaría la desaparición del domino otomano. Aquellos temores se vieron confirmados en noviembre de 1917, cuando los bolcheviques publicaron, con gran regocijo, el acuerdo secreto Sykes-Picot-Sazonov (1916), que proponía el reparto de los territorios árabes entre distintas zonas de interés controladas por los Aliados una vez lograda la victoria. Más o menos al mismo tiempo, Arthur Balfour, ministro de Asuntos Exteriores británico, había prometido el apoyo de su Gobierno al «establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío» (la declaración Balfour), mientras que el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson (como parte de sus «Catorce Puntos») proponía el desmantelamiento del Imperio otomano conforme a unas directrices étnicas.<sup>46</sup>

Para cuando se firmó el armisticio, las provincias árabes del Imperio otomano –desde Mesopotamia (el impreciso término que utilizaban los británicos para referirse a las antiguas provincias otomanas de Mosul, Bagdad y Basora) hasta Palestina, y desde Siria hasta la península Arábiga– ya habían

dejado de serlo. En el este, Armenia se había proclamado una república democrática independiente en mayo de 1918, mientras que los líderes kurdos también exigían un Estado propio. Sin embargo, los nuevos gobernantes de Constantinopla esperaban que el principio de autodeterminación esgrimido por Wilson se aplicara por lo menos a los territorios de tierra adentro y de habla turca de Anatolia y de Tracia Oriental. Como se vio después, algunos de los Aliados victoriosos tenían otros planes.

En virtud de los términos del armisticio, el Gobierno del sultán accedía a una desmovilización total, así como a la retirada de todas las tropas que quedaban en el Cáucaso y en Arabia. Además, los Aliados se reservaban el derecho a ocupar a discreción cualquier punto que consideraran de importancia estratégica en Anatolia –desde las carreteras a las oficinas de telégrafos, las líneas férreas y los túneles–. Aunque al principio la capital, Constantinopla, no fue ocupada oficialmente, los buques de guerra aliados se instalaron en el estrecho del Bósforo en el plazo de un mes después del armisticio.<sup>47</sup>

El firmante otomano del armisticio, Rauf Orbay, posteriormente recordaba la sensación de traición que sintió cuando se dio cuenta de que no iba a haber una paz honrosa: «En nuestro país existía la convicción generalizada de que Inglaterra y Francia eran países leales no sólo a los pactos por escrito, sino también a sus promesas. Y yo también tenía esa convicción. ¡Qué vergüenza que estuviéramos equivocados en nuestras creencias y convicciones!».<sup>48</sup> Desde su lugar de destino, muy lejos, al sur de Constantinopla, junto a la frontera con Siria, un amigo de Rauf, el general de brigada Mustafá Kemal, de treinta y siete años, envió severas advertencias a su Gobierno en contra de una desmovilización apresurada: «Mi opinión sincera y franca es que si desmovilizamos nuestras tropas y cedemos a todo lo que quieren los británicos, sin tomar medidas para poner fin a los malos entendidos y a las falsas interpretaciones del armisticio, nos resultará imposible poner ningún tipo de freno a los codiciosos designios de Gran Bretaña». <sup>49</sup>

Kemal regresó rápidamente a Constantinopla desde el frente de Palestina, donde había comandado la última ofensiva del Imperio otomano contra la

Entente. En Constantinopla, a finales de 1918, Kemal se encontró una ciudad que habría sufrido grandes penalidades a causa del bloqueo naval. No había carbón y escaseaba la comida. Viudas acongojadas, niños huérfanos, y veteranos tullidos vagaban por las calles. En las esquinas de las calles, los soldados discapacitados suplicaban comida, mientras que decenas de miles de refugiados –rusos que huían de los bolcheviques, turcos que habían abandonado Oriente Próximo y Europa– acampaban por las calles. Además, Kemal se encontró rodeado de no musulmanes –sobre todo de griegos y armenios que habían sobrevivido al genocidio– para quienes la noticia de la derrota otomana era motivo de alegría, al tiempo que daban la bienvenida a los acorazados aliados que se aproximaban a Constantinopla haciendo ondear banderas griegas y de los países aliados.<sup>50</sup>

El armisticio no sólo marcó el final de la participación otomana en la Gran Guerra sino también, a efectos prácticos, la desaparición de uno de los imperios más duraderos de la historia. La casa de Osman había gobernado sobre los dominios otomanos desde aproximadamente 1299, se había expandido a Europa Suroriental durante el siglo XIV, y conquistó los territorios árabes orientales en el siglo XVI. En aquel momento, el sultán otomano también asumió el título de califa, el sucesor político y religioso de Mahoma, el profeta del islam, líder del mundo musulmán. Aunque Mehmet VI, el último sultán de la casa de Osman, no abandonó Constantinopla rumbo al exilio hasta el 17 de noviembre de 1922, su imperio ya se había desintegrado. Durante medio siglo o más sus enemigos habían denunciado al Imperio otomano como una reliquia del pasado, corrupta y opresora, y, en la misma medida que la monarquía austrohúngara, una «cárcel de pueblos». La derrota otomana en la Gran Guerra, o por lo menos eso era lo que apuntaban muchos en Occidente, iba a «liberar» a las poblaciones cristianas y árabes a las que supuestamente Constantinopla llevaba oprimiendo muchos siglos.<sup>51</sup>

A principios de noviembre, la última de las Potencias Centrales que permanecía en guerra era Alemania. Increíblemente, a pesar de su situación militar cada vez más desesperada, las fuerzas alemanas del Frente Occidental siguieron defendiendo una línea de cuatrocientos kilómetros de largo durante casi un mes y medio más tras el hundimiento de sus aliados búlgaros. No

obstante, para entonces muy pocos dudaban del inevitable desenlace de la guerra. La salida de Bulgaria le brindó a Ludendorff una excusa muy conveniente para poner fin a la guerra sin asumir responsabilidades por las consecuencias. El 29 de septiembre, el día del armisticio en Bulgaria, Ludendorff y Hindenburg le ofrecieron al káiser Guillermo II su evaluación de la situación militar y de sus consecuencias políticas: el 1 de octubre, Ludendorff comunicaba a los oficiales de máxima graduación del Alto Mando del Ejército (OHL) que «le he pedido a Su Majestad que incorpore al Gobierno esos círculos a los que por encima de todo debemos dar las gracias por colocarnos en la situación actual». Ludendorff admitía que la voluntad de resistir del Ejército alemán se había quebrado. «No podemos seguir depositando nuestra confianza en las tropas », insistía.<sup>52</sup> Sin embargo, estaba igual de seguro de que la culpa de la derrota de Alemania, que él consideraba «inminente de forma inevitable» había que achacársela a los representantes de los partidos de izquierda del Reichstag, no a los líderes del Ejército: «Le he aconsejado a Su Majestad que incorpore al Gobierno a esos grupos, a los que debemos agradecer que las cosas hayan llegado a estos extremos. Ahora veremos a esos caballeros instalarse en los ministerios de nuestro país. Que se encarguen ellos de negociar la paz que es preciso firmar ahora. Que se tomen ellos el caldo que han cocinado para nosotros».<sup>53</sup> Aparte de permitir que el OHL eludiera asumir la responsabilidad de la derrota, la «revolución desde arriba» que proponía Ludendorff iba a tener una ventaja adicional: el presidente Wilson estaría más dispuesto a firmar una paz basada en sus Catorce Puntos en caso de que tuviera que negociar con un gobierno con legitimidad democrática en Berlín.<sup>54</sup>

Siguiendo el consejo del OHL, el 30 de septiembre Guillermo II anunció públicamente que «los hombres que gozan de la confianza del pueblo deben asumir una mayor participación en los derechos y deberes del Gobierno».<sup>55</sup> Con aquel decreto, el káiser puso en marcha un proceso de democratización totalmente cínico, con el que también se pretendía desactivar una situación potencialmente revolucionaria en Alemania parecida a la que había acabado con el régimen zarista en Rusia.

La primera consecuencia de aquella abrupta reforma fue el relevo del

canciller Georg von Hertling –firmemente opuesto a cualquier tipo de reforma– y el nombramiento del príncipe Maximiliano de Baden, de cincuenta y un años. «Prinz Max», un intelectual progresista del sur de Alemania, era sustancialmente diferente de sus predecesores, igual que lo fue su Gobierno, que gozó del respaldo de un amplio espectro de partidos políticos.<sup>56</sup> Prinz Max pudo contar con el apoyo del Partido Progresista Popular, del Partido Liberal Nacional, del Partido Católico de Centro y del Partido Socialdemócrata –que representaban la inmensa mayoría del Parlamento–. En julio de 1917 dichos partidos habían manifestado su disposición a iniciar conversaciones de paz sin pérdidas territoriales para sus enemigos u otras medidas punitivas en el aspecto político, económico ni financiero. El vuelco en la situación militar en 1918 finalmente les aupó al poder, mientras que la transformación de Alemania de una monarquía constitucional a una democracia parlamentaria se concluyó el 28 de octubre de 1918, con la aprobación por el Reichstag de una reforma oficial de la Constitución de 1871.<sup>57</sup>

Para entonces, el nuevo Gobierno ya llevaba varias semanas manteniendo conversaciones con Washington sobre la posibilidad de una tregua. El mismo día de su investidura, y a instancias de Ludendorff, que insistía en el cese de hostilidades «lo más rápidamente posible», el canciller von Baden había establecido contacto con el Gobierno de Wilson, solicitando el cese inmediato de las hostilidades sobre la base de los Catorce Puntos.<sup>58</sup> Sin embargo, el intercambio de comunicados no fue tan directo como habían esperado von Baden y su nuevo Gobierno. Inicialmente, la respuesta de Wilson del 8 de octubre provocó un cauto optimismo, ya que pretendía clarificar si el Gobierno alemán era el representante de la voluntad del pueblo y si aceptaba los Catorce Puntos. Sin embargo, a raíz del hundimiento de un barco de pasajeros británico, el *Leinster*, por un submarino alemán el 10 de octubre frente a las costas irlandesas, cerca de Dublín, Wilson emitió un segundo comunicado donde criticaba enérgicamente a Berlín por su insistencia en unas prácticas bélicas «ilegales e inhumanas». Además, Wilson afirmaba que Alemania seguía bajo el control de un «poder arbitrario» –cabe suponer que se refería al káiser y al OHL–. Berlín suspendió la guerra

submarina el 20 de octubre, y aceleró la democratización de la constitución, pero el tercer comunicado del presidente estadounidense, el 23 de octubre, no dejaba lugar a dudas de que consideraba insuficientes las reformas emprendidas por Berlín. Wilson insistía en que «Estados Unidos no puede tratar más que con los auténticos representantes del pueblo alemán. [...] Si tiene que tratar con los amos militares y los autócratas monárquicos de Alemania [...] no debe exigir negociaciones de paz sino una rendición».<sup>59</sup>

El Alto Mando alemán rechazó de plano el comunicado de Wilson, y ordenó a sus tropas que se prepararan para «luchar hasta la última gota de sangre» a fin de evitar una capitulación vergonzosa, pero para entonces Max von Baden estaba decidido a poner fin a la guerra a cualquier precio. Ante los crecientes llamamientos a que abdicara a fin de lograr una paz en mejores términos para Alemania, el propio káiser Guillermo se mostraba dispuesto a apoyar a su nuevo canciller frente al Alto Mando.<sup>60</sup> El 26 de octubre por la mañana, Ludendorff y Hindenburg fueron convocados a una audiencia con Guillermo II en el palacio de Bellevue de Berlín. Durante la reunión, Ludendorff fue destituido. Hindenburg recibió la orden de permanecer en su puesto, ya que el Gobierno temía que su marcha pudiera desmoralizar aún más al Ejército, aunque a todos los efectos fue marginado por el nuevo intendente general del OHL, Wilhelm Groener.<sup>61</sup>

Sin embargo, aquellos cambios en la jefatura llegaban demasiado tarde. Cuando se vio que la suerte de la guerra se había vuelto tan claramente en contra de Alemania, la moral civil y militar cayó en picado. Igual que en Rusia el año anterior, el desastre militar y el hastío generalizado de la guerra crearon las condiciones para una revolución. No fue la revolución –como afirmaron los círculos nacionalistas durante los años siguientes– lo que provocó la derrota. Exactamente igual que ocurrió en Rusia, lo que desencadenó los acontecimientos revolucionarios en Alemania fueron las privaciones materiales, las huelgas de los obreros industriales, y el descontento entre los soldados. Las tensiones de la guerra socavaron la legitimidad del régimen imperial y de la dictadura militar «silenciosa» en la que degeneró durante los dos últimos años del conflicto –un régimen que no fue capaz ni de mitigar las penurias de la población civil ni de poner fin a la

guerra con la victoria prometida—. <sup>62</sup> Tras el hundimiento militar en otoño de 1918, se evaporaron los últimos vestigios de apoyo al Estado imperial. El deterioro de la disciplina militar, el desmoronamiento del sistema de gobierno autoritario, la presión externa de los Aliados (y en particular, los Catorce Puntos formulados por Wilson), junto con un hastío extremo de la guerra dentro del país, y el ejemplo de Rusia (que inspiró las asambleas de trabajadores y soldados que surgieron en Alemania a finales de 1918) –todos esos factores se combinaron para crear una incontenible crisis de legitimidad.<sup>63</sup>

La Revolución alemana en sí comenzó con una sublevación de los marineros y soldados estacionados en el interior del país. La chispa inicial fue la orden, emitida el 28 de octubre de 1918 por el Alto Mando Naval Imperial, cuyo jefe era el almirante Reinhard Scheer, de que zarpara la flota para enfrentarse a la Armada británica en un duelo final. «Aunque no es de esperar que esta acción provoque un giro decisivo en los acontecimientos –señalaba un documento de estrategia naval el 16 de octubre–, desde el punto de vista moral, el hecho de que la Armada haga todo lo posible en la batalla final es una cuestión que afecta a su honor y a su existencia misma.»<sup>64</sup>

Restablecer el «honor» le resultaba particularmente importante al Alto Mando Naval Imperial porque la flota alemana, con sus costosísimos buques, no había cosechado demasiados éxitos durante la guerra, al ser demasiado pequeña como para derrotar de una forma decisiva a la Royal Navy, e incapaz de evitar el bloqueo naval británico concebido para rendir a Alemania por medio del hambre. Desde la batalla de Jutlandia (31 de mayo-1 de junio de 1916), que no fue concluyente, las actividades de la Armada alemana se habían limitado a la guerra submarina.<sup>65</sup> Ahora que la guerra llegaba a su fin, y que la derrota parecía inevitable, los almirantes pensaban que hacía falta una acción espectacular –un ataque en toda regla contra sus oponentes británicos, aunque significara la completa destrucción de la *Hochseeflotte*, la «Flota de Alta Mar» del Imperio alemán.<sup>66</sup>

Los marineros no pensaban lo mismo. En vez de obedecer las órdenes, se amotinaron a bordo de numerosos buques fondeados frente al puerto de Wilmershaven. La comandancia de la Armada adoptó unas contramedidas

drásticas, pero no hicieron más que alimentar las protestas. El descontento se extendió a la base naval de Kiel, donde los trabajadores de los astilleros se sumaron a las protestas. Entonces la rebelión en contra de una «misión suicida» adoptó un cariz más abiertamente político, dado que los revolucionarios empezaron a exigir la paz a cualquier precio y la abdicación inmediata del káiser –unas exigencias que sonaban incómodamente parecidas a las que formularon los manifestantes rusos de Petrogrado a principios de 1917.<sup>67</sup>

En un intento de restablecer el orden mientras estaban en curso las negociaciones con los Aliados, el canciller von Baden envió a su amigo Conrad Haussmann, un diputado del Reichstag por el Partido Progresista, de corte liberal, y a Gustav Noske, un antiguo cestero, y ahora destacado diputado socialdemócrata, para recabar información. También le pidió a los dos parlamentarios que apaciguaran la situación. Nada más llegar a Kiel, los diputados se dieron cuenta de que el motín de los marineros iba a resultar difícil de contener. Fueron recibidos en la estación por una gran multitud de manifestantes que reiteraron sus exigencias. Noske pronunció un discurso, prometiendo una amnistía para los implicados en el motín. Además, anunció que en el plazo de unos días iba a firmarse un armisticio. Aquella tarde informó al Gobierno de Berlín de la situación sobre el terreno, transmitiéndole que los amotinados exigían un armisticio de forma inmediata y la abdicación del káiser –y que le habían elegido a él, a Noske, como gobernador de la región.<sup>68</sup>

Todas las esperanzas de que aún fuera posible contener el motín de Kiel se vieron rápidamente defraudadas. Al cabo de unos días se había convertido en una auténtica revolución, tras propagarse y llegar a las ciudades portuarias de Bremen, Lübeck, Cuxhaven, Hamburgo y Tilsit.<sup>69</sup> El 7 de noviembre la revolución se trasladó al interior del país. En Múnich, miles de personas se congregaron en una manifestación socialista. A la mañana siguiente, Kurt Eisner, del Partido Socialdemócrata Independiente, proclamó la República Socialista de Baviera. Los marineros y soldados revolucionarios hicieron de misioneros a favor de la revolución, y se formaron asambleas de trabajadores y soldados.<sup>70</sup> En Dresde, la capital de Sajonia, el rey abdicó tras varios días

de manifestaciones masivas, poniendo fin al reinado de la casa de Wettin en Sajonia. En Berlín, el conde Harry Kessler, exdiplomático y republicano aristocrático, señalaba: «Los rojos están llegando en tropel a Berlín con cada tren procedente de Hamburgo. Se espera que esta noche se produzca una insurrección».<sup>71</sup>

Las primeras víctimas de la revolución fueron las casas reales que llevaban tantísimo tiempo gobernando los estados de Alemania. Empezando por el avejentado rey Luis III, cuya casa del Wittelsbach llevaba reinando en Baviera desde hacía más de mil años, los veintidós reyes, príncipes y duques de Alemania fueron depuestos sin resistencia. A mediodía del 9 de noviembre, tan sólo quedaba el rey de Prusia y emperador de Alemania, Guillermo II.<sup>72</sup>

Mientras tanto, el Gobierno intentaba controlar la revolución, o por lo menos impedir que se radicalizara. Friedrich Ebert, copresidente del Partido Socialdemócrata (SPD), junto con Philipp Scheidemann, tenía miedo de que se produjera una revolución bolchevique, igual que el canciller, pero había llegado a la conclusión de que había que satisfacer las principales exigencias de los revolucionarios. El 7 de noviembre, Ebert le advirtió a Max von Baden de que «si el káiser no abdica, la revolución social es inevitable». A eso le siguió, unas horas más tarde, un ultimátum al Gobierno que afirmaba que el káiser y el príncipe heredero debían abdicar antes del mediodía del día siguiente. Sin embargo, Guillermo II se negaba a aceptar lo inevitable. Por el contrario, en una conversación telefónica que mantuvieron el 8 de noviembre por la noche, el káiser le anunció a *Prinz* Max que tenía intención de regresar a Berlín al mando de un contingente de tropas leales para restablecer el orden.<sup>73</sup>

Sin embargo, para entonces Guillermo ya no tenía el control de su destino político. Una reunión de 39 comandantes de graduación media al mando de distintas unidades del Frente Occidental, convocada el 9 de noviembre por el general Groener, reveló que era sumamente improbable que el Ejército obedeciera las órdenes del káiser en caso de que decidiera avanzar contra Berlín.<sup>74</sup> Mientras tanto, en la capital, el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD) había convocado una manifestación masiva para la

mañana siguiente. El Partido Socialdemócrata de la Mayoría (MSPD) redobló la presión sobre *Prinz Max*, que anunció la abdicación del káiser a mediodía sin esperar a la autorización de Guillermo. A continuación invitó a Ebert a hacerse cargo de la cancillería mientras decenas de miles de personas se manifestaban contra el káiser por las calles de Berlín y exigían la proclamación de una república.<sup>75</sup>

Aquella misma tarde, el otro copresidente del MSPD con Ebert, Philipp Scheidemann, respondió a esas exigencias cuando proclamó la creación de una república desde un balcón del edificio del Reichstag. Aunque su declaración de tenía como objetivo principal prevenir un anuncio similar por otros socialistas más radicales, Scheidemann aseguró a la extasiada multitud que el nuevo gobierno iba a estar formado por ambos partidos socialistas del Reich. Su discurso culminó con un intento de interpretar el nacimiento de la república como una victoria en la derrota: «El pueblo alemán ha triunfado por doquier. El viejo régimen podrido se ha venido abajo. ¡El militarismo está acabado!».<sup>76</sup>

El 9 de noviembre, por la noche, el antiguo régimen había sido aplastado. A la mañana siguiente, el káiser huyó al exilio en los Países Bajos, mientras que en Berlín las asambleas elegían el Gobierno provisional de la República alemana. Aquel Gobierno, que llevaba el revolucionario título de «Consejo de Comisarios del Pueblo», estaba formado por seis miembros: tres del Partido Socialdemócrata de la Mayoría (Ebert, Scheidemann y Otto Landsberg) y tres del Partido Socialdemócrata Independiente (Hugo Haase, Wilhelm Dittmann y Emil Barth). Ebert iba a ser su presidente.<sup>77</sup>

Su principal objetivo era poner fin a la guerra lo antes posible, y conseguir que las tropas regresaran a casa sin que se produjera una guerra civil. La madrugada del 11 de noviembre de 1918, la delegación alemana, encabezada por el parlamentario del Partido de Centro Matthias Erzberger firmó el acuerdo de armisticio a bordo de un vagón de tren en el bosque de Compiègne.<sup>78</sup> Fueron unas condiciones difíciles de aceptar para un país que, tan sólo unos meses antes, había dado por supuesto que muy pronto la victoria justificaría los sacrificios de cuatro largos años de privaciones: el Ejército alemán se comprometía a evacuar de inmediato todos los territorios

invadidos en el Frente Occidental, al tiempo que entregaba grandes cantidades de armamento y la *Hochseeflotte*. Alsacia-Lorena debía regresar a manos francesas, que también ocupaba la orilla izquierda del Rin. Para asegurar la buena conducta del país, se prorrogaba el bloqueo naval británico, con lo que se amenazaba con la hambruna a amplios sectores de la población alemana. La delegación de Berlín advirtió de que los términos del armisticio podían conducir a un estado de caos en Alemania. A pesar de sus protestas, Erzberger firmó el armisticio, que tan sólo entró en vigor seis horas después, a las once de la mañana. Por fin enmudecían los cañones del Frente Occidental.<sup>79</sup>

SEGUNDA PARTE

## REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

Cuando nos decían que la guerra había terminado nos reíamos, porque nosotros *éramos* la guerra. Su llama seguía ardiendo dentro de nosotros, vivía en todos nuestros actos rodeada por un aura resplandeciente y temible de destrucción. Seguimos nuestra vocación interior y marchamos hacia los campos de batalla del periodo de posguerra...

FRIEDRICH WILHELM HEINZ,  
*Sprengstoff* (1930)

A nuestro alrededor reinan la locura y el peligro [...] por encima de nuestras cabezas se forman oscuros nubarrones cada vez más compactos, y un gran abismo negro se abre ante nosotros.

SOLOMON GRIGOREVICH GUREVICH,  
*Smolensk*, 1917

La revolución burguesa de 1789 –que fue a la vez revolución y guerra– abrió las puertas del mundo a la burguesía. [...] La revolución actual, que también es una guerra, parece abrir las puertas del futuro a las masas...

BENITO MUSSOLINI  
en un discurso pronunciado en Bolonia,  
19 de mayo de 1918

## Guerra sin fin

Dos días después de que el 11 de noviembre de 1918 cesaran las hostilidades en el Frente Occidental, el Ejército Rojo ruso, con un sustancial apoyo de los bolcheviques letones, inició una importante ofensiva en los territorios fronterizos del oeste del antiguo imperio zarista. Su propósito era aprovechar la oportunidad que suponía la derrota de Alemania para reconquistar los territorios perdidos a consecuencia del Tratado de Brest-Litovsk. Al mismo tiempo, las revoluciones que se estaban produciendo en Berlín, Múnich, Viena y Budapest llevaron a Lenin a pensar que a fin de cuentas sí era posible exportar el bolchevismo hacia el oeste. Lenin tenía todas las de ganar: los soldados alemanes, soliviantados y desmoralizados, regresaban en masa al Reich desde sus cuarteles de Europa Oriental, y los nuevos ejércitos nacionales de Europa Oriental y Central estaban todavía en pañales. Tras encontrar una débil resistencia, el Ejército Rojo ocupó Estonia y Letonia, y reconquistó Riga el 3 de enero de 1919, para después internarse en Lituania y conquistar Vilna cinco días después.<sup>1</sup>

Lenin no perdió ni un minuto a la hora de impulsar la revolución en los territorios recién conquistados. Su decisión de firmar el Tratado de Brest-Litovsk, y por consiguiente de centrarse en la supervivencia del socialismo en Rusia, le había venido impuesta por los éxitos militares de las Potencias Centrales. Ahora que Alemania y sus aliados habían sido derrotados, Lenin podía volver a centrarse en su objetivo por excelencia, iniciar una revolución bolchevique en todo el mundo. Las Repúblicas Soviéticas de Letonia y Lituania patrocinadas por los bolcheviques, y su equivalente estonia, mucho más pequeña –la Comuna del Pueblo Trabajador, que tenía su cuartel general

en la ciudad de Narva— empezaron de inmediato a introducir reformas radicales, como por ejemplo la expropiación y nacionalización de los bienes inmuebles y de las tierras en manos de las clases medias, al tiempo que reprimían con fuerza brutal la resistencia de una población que se estaba muriendo de hambre.<sup>2</sup>

No obstante, ninguna de las improvisadas repúblicas soviéticas del Báltico iba a durar mucho. Mientras que la Comuna de Narva fue liquidada en el plazo de pocas semanas por una contrarrevolucionaria Fuerza Popular de Estonia, para derrocar a los sóviets letones y lituanos hizo falta una significativa ayuda exterior. Frente al rápido giro de los acontecimientos en la región, los Aliados occidentales le insinuaron al nuevo Gobierno alemán, presidido por Friedrich Ebert, la posibilidad de que detuviera la retirada de sus tropas de la región del Báltico, ya que ni Londres ni París disponían de fuerzas sustanciales en la zona. El 29 de diciembre de 1918, poco antes de la caída de Riga, el Gobierno letón, con la aquiescencia de los británicos, también apeló a la creación de una fuerza alemana de autodefensa antibolchevique en el Báltico, la *Baltische Landeswehr*, formada por voluntarios de la minoría de etnia alemana y por refuerzos del Reich. Junto con lo que quedaba del 8.º Ejército alemán, todavía presente en el Báltico, los voluntarios alemanes formaron la «División de Hierro» una considerable fuerza de combate que fue creciendo hasta contar con un contingente total de 16.000 hombres. La División de Hierro estaba comandada por el carismático y muy condecorado comandante Josef Bischoff, cuya prolongada y accidentada hoja de servicios incluía su participación directa en la campaña genocida contra los pueblos Herero y Nama en la colonia alemana de África del Suroeste (Namibia) entre 1904 y 1906, así como su experiencia en combate en prácticamente todos los frentes de la Gran Guerra.<sup>3</sup>

A fin de animar a más voluntarios del Reich a que se unieran a su nueva república, el Gobierno letón anunció que los alemanes que hubieran prestado servicio contra los bolcheviques durante al menos cuatro semanas podrían instalarse en el campo como agricultores. La posibilidad de colonización y la promesa de tierras suponían una propuesta muy atractiva para los exsoldados que veían ante sí un deprimente futuro de desempleo y de incertidumbre en la

Alemania de posguerra, y estaban en consonancia con las inveteradas fantasías alemanas de una expansión hacia el este mediante la fundación de colonias.<sup>4</sup> Cuando la oferta del Gobierno letón se publicó en Alemania, el 9 de enero de 1919, miles de voluntarios se presentaron en las oficinas de reclutamiento de Berlín y de otras ciudades de todo el Reich.<sup>5</sup>

Sin embargo, la promesa de un espacio donde vivir y de tierras de labranza era sólo una de las múltiples razones por las que muchos alemanes se presentaron voluntarios para prestar servicio de armas en los estados del este. A algunos les atraía el colapso de la ley y el orden en la región del Báltico. Los voluntarios se dejaban crecer largas barbas y vivían de la tierra, se veían a sí mismos como modernos filibusteros o piratas, y se sentían a gusto con la cultura de anarquía que reinaba en la región. Otros anhelaban la continuación de su existencia marcial, y más aún en la lucha contra el bolchevismo, y estaban convencidos de que la campaña de Letonia podía ser el punto de partida de un esfuerzo final a fin de vengar la derrota y la humillación de los acuerdos de la posguerra. No es casualidad que muchas de aquellas formaciones voluntarias se autodenominaran «*Freikorps*» –un nombre acuñado durante las «guerras de liberación» antinapoleónicas (1813-1815), cuando los voluntarios alemanes, alentados por la humillación militar de Prusia a manos de los franceses, contribuyeron sustancialmente a la derrota final de Napoleón.

En febrero de 1919, a medida que iba llegando a la región del Báltico un gran número de voluntarios de los *Freikorps* con la aparente misión de proteger la región y a toda Europa del bolchevismo, el *Landeswehr* alemán del Báltico y la División de Hierro fueron puestas bajo el mando central de Rüdiger von der Goltz, un antiguo general de Infantería que poco antes, durante la primavera de 1918, había ayudado a los «blancos» finlandeses a alzarse con la victoria sobre sus adversarios de izquierdas durante la guerra civil de aquel país. Las fuerzas alemanas –un contingente de entre 30.000 y 40.000 hombres, según Goltz– entraron en combate de forma generalizada con los bolcheviques a mediados de febrero.<sup>6</sup> La ofensiva de Goltz en Letonia se centró en un principio en la toma de las ciudades de Goldingen (Kuldīga), Windau (Ventspils) y Mitau (Jelgava), con mayoría de población

de etnia alemana, y al mismo tiempo en expulsar a los bolcheviques de las costas letonas. Sin embargo, su objetivo principal era la conquista de la capital de Letonia y su ciudad más poblada, Riga.<sup>7</sup>

A lo largo de aquellas semanas, la campaña militar difirió notablemente de los combates que habían tenido lugar durante los cuatro años anteriores, en parte porque se trataba, básicamente, de un conflicto sin un frente claramente demarcado, ni unos combatientes fácilmente identificables.<sup>8</sup> En el bando de los bolcheviques había combatientes de etnia rusa, letones, incluso antiguos prisioneros de guerra alemanes, a menudo con uniformes improvisados o disfrazados de civiles, con lo que venían a reforzar la percepción entre las tropas alemanas de que se trataba de una guerra de guerrillas, en la que había que combatir implacablemente al enemigo y acabar con él sin miramientos. Como recordaba un voluntario alemán del Báltico, Alfred von Samson-Himmelstjerna: «No había que dejar a nadie vivo».<sup>9</sup>

Las descripciones de una violencia sin paliativos ocupan un lugar destacado en numerosos relatos autobiográficos de la campaña del Báltico, entre ellos el de Rudolf Höss, el futuro comandante del campo de concentración de Auschwitz, que prestó servicio en Letonia como voluntario a partir de 1918: «Las batallas en los estados del Báltico eran más brutales y encarnizadas que todo lo que yo había experimentado anteriormente. Apenas existía una línea del frente; el enemigo estaba por doquier. Dondequiera que chocaban las fuerzas antagónicas, había una matanza hasta que no quedara nadie».<sup>10</sup>

El relato de Höss, escrito poco antes de su ejecución en 1947 por crímenes de guerra durante la ocupación de Polonia por los nazis, debe leerse, por supuesto, con cautela, ya que él pretendía explicar cómo se había producido su propia insensibilización en un momento de guerra y de salvajismo. Sin embargo, no cabe duda de que la campaña alemana en el Báltico se caracterizó por una violencia extrema y por la designación de la población civil sospechosa de simpatizar con los bolcheviques como objetivo de la acción armada. Tan sólo en Mitau (Jelgava), los soldados del *Freikorps* ejecutaron a unos quinientos civiles letones acusados de ayudar y secundar a los bolcheviques; otros 325 fueron asesinados en las ciudades de Tuckum

(Tukums) y Dünamunde (Daugavrīga).<sup>11</sup> Aunque la violencia contra los civiles no había sido ni mucho menos algo insólito durante los cuatro años anteriores, sobre todo en el Frente Oriental, siempre había sido un hecho excepcional, por lo menos en el contexto general de una guerra a gran escala entre combatientes uniformados. A partir de 1918, la consideración como objetivo militar de todos los civiles «sospechosos», por parte de unas tropas que ya no estaban vinculadas ni por las leyes ni por las ordenanzas militares convencionales se convirtió en la norma.

Las tropas merodeadoras alemanas a menudo legitimaban su violencia desatada tanto contra los soldados como contra los civiles enemigos poniendo el acento en que ellos mismos eran víctimas de la violencia sin límites de sus enemigos. Un voluntario alemán, Erich Balla, describía de forma gráfica sus experiencias poco después de la ocupación de una aldea letona por los soldados del *Freikorps* a principios de 1919. Mientras registraban una casa habitada por dos mujeres letonas, Balla y sus hombres descubrieron «los cadáveres de dos soldados alemanes brutalmente mutilados. Les habían sacado los ojos y les habían cortado la nariz, la lengua y los genitales».<sup>12</sup> El espanto ante el descubrimiento de aquellos soldados mutilados se transformó rápidamente en ira cuando «dos o tres hombres, obsesionados por la misma idea, suben corriendo a la planta superior. Se puede oír el sonido apagado de unos golpes asestados con las culatas de los fusiles, y las dos mujeres yacen muertas en el suelo».<sup>13</sup>

La inverosímil coalición entre las fuerzas de voluntarios alemanes y el Gobierno letón estuvo sometida a graves tensiones debido a la violencia de los *Freikorps* contra los civiles letones, y se desintegró completamente una vez que se cumplió del todo el cometido de la campaña –la expulsión del Ejército Rojo– a finales de marzo de 1919. El Consejo del Pueblo Letón ya había declarado la independencia del país de Rusia en noviembre de 1918. Pero si Karlis Ulmanis, el hombre fuerte del Consejo, educado en Estados Unidos, se había figurado que los soldados alemanes podían convertirse en simples labradores letones tras la expulsión del Ejército Rojo, pronto descubrió que Goltz y sus hombres tenían otros planes. Cuando el Gobierno de Ulmanis solicitó la retirada de las tropas alemanas, éstas respondieron

organizando un golpe de Estado. El 16 de abril de 1919, los soldados del *Freikorps* depusieron al Gobierno y en su lugar colocó un régimen títere encabezado por el pastor protestante Andreas Needra, al que Goltz consideraba afín a los intereses alemanes.<sup>14</sup> El golpe de Estado llevó a los Aliados a exigir la retirada inmediata del *Freikorps* a Alemania. El Gobierno de Ebert en Berlín respondió que una retirada alemana inevitablemente daría lugar a una victoria de los bolcheviques en la región del Báltico, a menos que los gobiernos de Londres o París estuvieran dispuestos a enviar sus propias tropas.<sup>15</sup>

A finales de mayo de 1919, la campaña alemana culminó con la batalla de Riga, una ciudad que ya había sufrido enormemente a lo largo de los años precedentes. Antes de la guerra, Riga era la cuarta ciudad más grande del Imperio ruso, una metrópoli multicultural del Báltico con una población de más de medio millón de habitantes, que incluía una considerable minoría alemana.<sup>16</sup> En 1915, durante la «Gran Retirada» de las fuerzas rusas de los territorios fronterizos del oeste, Riga había perdido gran parte de su población, a consecuencia de la evacuación forzosa impuesta por los rusos a los trabajadores de las industrias de guerra y a sus familias.<sup>17</sup> En septiembre de 1917, los alemanes finalmente entraron en la ciudad, pero la abandonaron tras su derrota en otoño de 1918. Posteriormente fue ocupada por fuerzas bolcheviques letonas y rusas a principios de enero de 1919. A lo largo de aquellos años de caos, Riga había perdido la mitad de su población.<sup>18</sup>

La ofensiva alemana contra la ciudad a finales de mayo no mejoró mucho las cosas. Inmediatamente después de la victoria alemana sobre las fuerzas bolcheviques en la batalla de Riga, se tomaron violentas represalias contra los simpatizantes comunistas, tanto hombres como mujeres, que supuestamente habían hostigado como francotiradores a las tropas alemanas. Las «fusileras» (*Flintenweiber*) comunistas fueron objeto de un odio especial. Aquellas mujeres ocuparon un lugar destacado en las memorias de algunos soldados del *Freikorps* como Erich Balla, que participó en la batalla:

La ira [de los alemanes de la región del Báltico] se desató por las calles de Riga. Resulta horrible admitirlo, pero se dirigió mayoritariamente contra mujeres jóvenes de

entre dieciséis y veinte años. Eran las denominadas «*Flintenweiber*», en su mayoría muchachas guapas [...] que se pasaban las noches en orgías sexuales y los días en orgías de violencia. [...] Los alemanes del Báltico no tuvieron compasión. No veían ni la juventud ni el encanto de aquellas mujeres. Tan sólo veían la cara del demonio mientras las apaleaban, las mataban a tiros o hasta las apuñalaban, dondequiera que aparecieran. El 22 de mayo de 1919 se encontraron por las calles a cuatrocientas fusileras muertas en medio de un charco de sangre. Las botas claveteadas de los voluntarios alemanes las pisoteaban cruelmente al pasar por encima de ellas.<sup>19</sup>

La violencia contra las mujeres, incluidos el asesinato y la violación, era habitual en aquel conflicto –de hecho, tan habitual que se convirtió en un importante argumento de una de las famosas novelas de entreguerras, *El tiro de gracia*, de Marguerite Yourcenar (1939)–. Sophie von Reval, una partisana letona de etnia alemana, traiciona a su antiguo amante, el oficial y narrador de la novela, Erich von Lhomond, pero al final es detenida y entregada a Erich para que dicte sentencia contra ella:

[Cogí mi revólver] y di un paso adelante automáticamente. [...] Pero [Sophie] no despegó los labios: con ademán distraído, empezó a desabrochar la parte de arriba de su chaqueta, como si yo fuera a aplicarle el revólver en el mismo corazón. Debo decir que mis escasos pensamientos iban todos a ese cuerpo vivo y cálido [...] y me sentí oprimido por una suerte de dolor absurdo, pensando en los niños que aquella mujer hubiera podido traer al mundo y que hubieran heredado su valentía y sus ojos. [...] Disparé volviendo la cabeza, a la manera de un niño asustado que tira un petardo en la noche de Navidad. El primer disparo no hizo sino llevarle parte de la cara. [...] Al segundo disparo, todo se cumplió.\*<sup>20</sup>

El relato de ficción de Yourcenar tuvo algo más que equivalente en la realidad, aunque entre las víctimas de la violencia hubo tanto hombres como mujeres. En el terror antibolchevique que se produjo tras la toma de Riga fueron asesinadas aproximadamente 3.000 personas.<sup>21</sup> A raíz de aquella derrota, los bolcheviques se retiraron de la zona del Báltico. Las tropas alemanas, borrachas de éxito, planearon invadir Estonia y desacataron las exigencias británicas de retirada de los soldados del *Freikorps*. Sin embargo,

fue justamente en ese momento cuando el triunfo se convirtió en tragedia para los invasores alemanes. Las fuerzas letonas, con el apoyo de tropas estonias, infligieron una aplastante derrota al *Freikorps* en la batalla de Wenden el 23 de junio, y fueron obligándole a retroceder en una serie de choques armados que se prolongó hasta el 3 de julio. Von der Golz no tuvo más remedio que firmar el Tratado de Strazdumuiža y retirarse de Riga con el resto de sus tropas, al tiempo que Ulmanis, depuesto a raíz del golpe de Estado de los alemanes en abril de 1919, fue repuesto en el cargo de primer ministro.<sup>22</sup>

Durante su retirada, y enfurecidos por el vuelco de sus peripecias militares y por la decisión del Gobierno alemán de firmar el Tratado de Versalles con los Aliados occidentales a finales de junio de 1919, los miembros del *Freikorps* se amotinaron y se negaron a regresar a Alemania.<sup>23</sup> Por el contrario, aproximadamente 14.000 hombres fuertemente armados permanecieron en Letonia y unieron sus fuerzas al Ejército Blanco ruso del oeste, a las órdenes del excéntrico coronel Pável Bermond-Avalov.<sup>24</sup> Durante varias semanas los voluntarios alemanes siguieron combatiendo junto al ejército de Bermond-Avalov contra los letones. Privado del apoyo material de Berlín, los soldados del *Freikorps* se dedicaron cada vez más a vivir de la tierra, decomisando comida a una población rural ya famélica, lo que a su vez acrecentó la determinación de los letones a luchar. Al final los letones consiguieron hacer retroceder a los alemanes hasta Lituania, donde sufrieron una nueva derrota.<sup>25</sup>

Los soldados alemanes que se batían en retirada se sintieron traicionados por la población de la región del Báltico a la que supuestamente habían pretendido «liberar» del bolchevismo, y dejaron un rastro de lágrimas tras de sí. Incendiaban las granjas y las viviendas de menor tamaño, al tiempo que asesinaban a los civiles. Como más tarde recordaba un voluntario alemán: «Nuestros puños golpeaban con ansia destructiva. [...] Sí, nuestro máximo logro era la destrucción».<sup>26</sup> Otro voluntario, Ernst von Salomon, recordaba con orgullo los rituales de violencia que dominaron su experiencia de aquella retirada:

Disparábamos contra la sorprendida multitud, dábamos rienda suelta a nuestra ira, disparábamos y cazábamos. Perseguíamos a los letones como a conejos por los campos, quemábamos cada casa y destruíamos cada puente y cada poste de telégrafo. Arrojábamos los cuerpos a las fuentes y les lanzábamos granadas encima. Masacrábamos a todo el que caía en nuestras manos; prendíamos fuego a todo lo que pudiera arder. [...] En nuestros corazones ya no quedaban sentimientos humanos. [...] Un gigantesco rastro de humo señalaba nuestra senda. Nosotros mismos habíamos encendido la hoguera donde quemamos [...] las leyes y los valores del mundo civilizado...<sup>27</sup>

Los supervivientes del *Freikorps* finalmente regresaron a la seguridad de Alemania a finales de 1919. Algunos de ellos prosiguieron su violenta trayectoria en las organizaciones clandestinas de extrema derecha que estuvieron directamente implicadas en el asesinato en 1921 del firmante del Tratado de Versalles, Matthias Erzberger, o en el asesinato en 1922 del ministro de Asuntos Exteriores judío de Alemania, Walther Rathenau.<sup>28</sup> Otros regresaron a sus hogares, en busca de un descanso tras varios años de guerra ininterrumpida. Sin embargo, para los que vivían más al este, la violencia prosiguió con toda su furia.

---

\* Traducción directa del francés por Emma Calatayud, *El tiro de gracia*, Madrid, Alfaguara, 1994. (N. del T.)

## Las guerras civiles rusas

Para cuando el *Freikorps* alemán se retiró de la región del Báltico a finales de 1919, los territorios del antiguo Imperio ruso se habían sumido en el caos más absoluto. Lo que habitualmente se denomina la «guerra civil rusa» fue, en realidad toda una serie de conflictos que se solapaban y se reforzaban mutuamente: una contienda que fue intensificándose rápidamente entre las Fuerzas Armadas del Gobierno bolchevique de Lenin y sus oponentes «contrarrevolucionarios»; los intentos por parte de varias regiones de la frontera occidental del antiguo Imperio ruso para escindirse completamente del dominio de Petrogrado; y las sublevaciones de los campesinos, desencadenadas por las requisas forzosas que llevaron a cabo los comunistas de unos productos alimenticios que resultaban absolutamente necesarios. Esos tres conflictos diferenciados pero interrelacionados se complicaron ulteriormente por la aparición de fuerzas exteriores: hasta su derrota de noviembre de 1918, las Potencias Centrales habían controlado enormes extensiones de terreno en la periferia occidental del antiguo imperio de la dinastía Romanov, mientras que los Aliados occidentales habían enviado tropas –aproximadamente 180.000 soldados a finales de 1919– a distintos puntos de entrada al país, como Múrmansk, Arcángel (Arjánguelsk), Vladivostok y Odesa, poco después de que Lenin decidiera retirar a Rusia de la guerra en octubre de 1917. Aunque inicialmente se hizo con la intención de evitar que las Potencias Centrales tomaran el control de esos puntos de vital importancia estratégica, el propósito de la intervención aliada muy pronto pasó a incluir la ayuda militar a la dispersa confederación de fuerzas anticomunistas conocida como los «blancos» en su lucha contra los «rojos»,

los bolcheviques.<sup>1</sup>

En el seno de la compleja amalgama de actores violentos de los territorios posrevolucionarios del antiguo Imperio ruso destacaban dos grupos en particular por su mero tamaño: el Ejército Rojo –formado inicialmente por grupos dispersos de soldados y marineros del antiguo Ejército disuelto, por milicias de trabajadores, y por antiguos prisioneros de guerra austrohúngaros recién liberados–; y sus adversarios «blancos», mucho más diversos.<sup>2</sup>

Mientras que, por lo menos en teoría, las fuerzas bolcheviques luchaban por hacer realidad la utopía proletaria formulada en los escritos de Marx y de Lenin, sus enemigos tenían puntos de vista sumamente heterogéneos. Lo que tenían en común era su actitud ferozmente antibolchevique, o «antirroja».<sup>3</sup> Sin embargo, ser antibolchevique era un concepto aplicable a grupos que diferían en cuestiones fundamentales, desde los monárquicos hasta los nacionalistas. Y también eran enemigos del Gobierno de Lenin los mencheviques y los social-revolucionarios, que no estaban dispuestos a aceptar el golpe de Estado bolchevique que les arrebató el poder.

La desconfianza y la rivalidad mutuas entre aquellos grupos les impedían formar un movimiento coherente bajo un mando militar unificado a escala nacional. A consecuencia de ello, los distintos líderes actuaban bastante al margen unos de otros: el almirante Aleksandr Kolchak al este; el general Nikolái Yudénich y el coronel Pável Bermond-Avalov, al noroeste; el general Antón Denikin al norte del Cáucaso y en la región del Don; el general Piotr Wrangel en Crimea; y los caudillos locales («atamanes»), como Grigori Semiónov o Roman von Ungern-Sternberg en Siberia y en el sur de Rusia.<sup>4</sup>

El conflicto armado entre los blancos y los rojos se vio ulteriormente complicado por la participación de otros actores locales, a medida que el caos y la anarquía imperantes en el mundo rural fue dando pie a la aparición de un gran movimiento «verde» campesino de autodefensa. En Ucrania, uno de los territorios más brutalmente castigados durante la guerra civil, Néstor Majno, un anarquista campesino, que acababa de salir de una cárcel zarista en 1917, se puso al mando de una fuerza considerable que tuvo reiterados encontronazos tanto con los ejércitos blancos como con los rojos.<sup>5</sup>

La magnitud y la intensidad de la guerra civil rusa, que al final se saldó

con más de tres millones de muertos, habría resultado difícil de predecir durante las semanas inmediatamente posteriores a la toma del poder por los bolcheviques en Petrogrado, Moscú y otras ciudades y localidades importantes de Rusia durante el otoño de 1917. Por supuesto, los bolcheviques eran muy conscientes de que existían grandes zonas potencialmente rebeldes a lo largo y ancho del antiguo imperio de los Romanov. Entre las áreas que se opusieron desde el principio al Gobierno de Lenin estaban Maguilov, en Bielorrusia, al suroeste (donde tuvo su sede el cuartel general del Ejército imperial), las regiones cosacas de Rusia Oriental y Meridional, así como amplias zonas de los territorios fronterizos del oeste ocupados por los alemanes –sobre todo Ucrania y la región del Báltico– donde las fuerzas del bolchevismo se toparon con una fuerte oposición de los movimientos por la independencia nacional.<sup>6</sup> Sin embargo, en un principio, cuando las tropas de Trotski se desplegaron para consolidar su dominio sobre Kiev, la capital de Ucrania, y las regiones cosacas, tan sólo encontraron una resistencia esporádica y en gran parte descoordinada, lo que llevó a Lenin a calificar los primeros meses posteriores a la Revolución de «marcha triunfal» del bolchevismo.<sup>7</sup>

Durante aquel periodo, Lenin se benefició claramente de haber sacado a Rusia de la guerra. Por humillante y costoso que pudiera haberle resultado a Rusia el Tratado de Brest-Litovsk, su firma hizo posible que el partido de Lenin, que pasó a denominarse Partido Comunista a finales de 1917, concentrara sus energías y sus recursos en combatir a los enemigos dentro del país en vez de seguir adelante con una guerra profundamente impopular. Al tiempo que Lenin trasladaba la capital de Petrogrado a Moscú, una ciudad menos vulnerable, a principios de 1918, Trotski, el nuevo comisario de la Guerra, se concentraba en organizar el Ejército Rojo como una fuerza de combate eficaz, y en reclutar a antiguos oficiales zaristas para que instruyeran y comandaran a un creciente número de reclutas campesinos.<sup>8</sup>

Sin embargo, ambos mandatarios eran conscientes de que sus enemigos eran numerosos y cada vez más decididos a plantar cara con violencia al gobierno bolchevique.<sup>9</sup> Los bolcheviques, que carecían de un amplio apoyo popular y estaban rodeados por una legión de enemigos reales o imaginarios,

recurrieron rápidamente al terror a fin de reprimir a una amplia gama de opositores: los blancos (y los que les apoyaban desde el extranjero), los socialistas moderados o los anarquistas que no estaban dispuestos a someterse al gobierno bolchevique, la burguesía y la más imprecisa clase de los *kuláks* (agricultores ricos), los «saqueadores», los «especuladores», los «acaparadores», los «contrabandistas» y los «saboteadores» fueron declarados a partir de aquel momento «enemigos del pueblo».<sup>10</sup>

El principal instrumento de terror de los bolcheviques era la «Comisión Extraordinaria Panrusa para la lucha con la Contrarrevolución y el Sabotaje», más conocida por su acrónimo ruso «Checa». Fue inaugurada por Lenin el 20 de diciembre de 1917, y su primer director fue el revolucionario nacido en Polonia Félix Dzerdzhinski. Al igual que muchos de los que trabajaban para la Checa, Dzerdzhinski se había pasado más de la mitad de su vida en las cárceles y los campos de trabajo que gestionaba la Ojrana, la policía secreta zarista, siguiendo un régimen brutal. Durante su encarcelamiento, Dzerdzhinski había sido apaleado tan salvajemente por sus captores que su mandíbula y su boca quedaron desfigurados de forma irreversible. Aproximadamente diez meses después de su liberación, tras la Revolución de Febrero de 1917, Dzerdzhinski y sus compañeros chequistas, obedeciendo a su ideología, empezaron a emular a sus antiguos captores, y se cobraron una terrible venganza por el maltrato que ellos mismos habían padecido.<sup>11</sup>

A medida que Lenin fue promulgando una serie de decretos para la nacionalización de la economía, la incautación forzosa de los recursos, y la ilegalización de cualquier tipo de oposición organizada, el nuevo Estado empezó a necesitar un instrumento como la Checa para supervisar y vigilar a la población. El temor de los bolcheviques a que la revolución fuera barrida de un plumazo por sus enemigos internos –no por haber cometido actos de terror sino por no haber cometido los suficientes– se convirtió en un leitmotiv casi obsesivo.<sup>12</sup> En una fecha tan temprana como enero de 1918, dos meses después de tomar el poder, Lenin se quejaba de que los bolcheviques estaban siendo demasiado indulgentes con sus enemigos de clase. «Si somos culpables de algo –argumentaba–, es de ser demasiado humanitarios, demasiado decentes, para con los representantes del mundo burgués-

imperialista, monstruosos en su traición.»<sup>13</sup>

Esos sentimientos se vieron ulteriormente reforzados cuando, durante el verano de 1918, el nuevo régimen tuvo que hacer frente a la amenaza de una sublevación, que finalmente fracasó, organizada por los social-revolucionarios en Moscú y en Rusia Central, y a una serie de intentos de asesinato contra destacados bolcheviques. En primer lugar, un joven cadete militar, Leonid Kannegisser, enfurecido por el trato violento que los bolcheviques habían infligido a algunos oficiales zaristas, mató a tiros a Moiséi Uritski, el director de la Checa de Petrogrado, el 17 de agosto; posteriormente el asesino fue ejecutado. El 30 de agosto, Fania Kaplán, una antigua anarquista que ahora apoyaba a los social-revolucionarios, disparó varias veces contra Lenin en el momento que salía de una asamblea de trabajadores en Moscú. Dos balas alcanzaron a Lenin y estuvieron a punto de acabar con su vida. Kaplán, que se había pasado once años en un campo de trabajo en Siberia en tiempos del zar por participar en un acto terrorista en Kiev en 1906, fue ejecutada el 3 de septiembre.<sup>14</sup>

Los intentos de asesinato fueron el acicate para que los bolcheviques adoptaran medidas y marcaron el comienzo de una intensa oleada de «Terror Rojo». En el plazo de una semana tras el atentado de Kaplán contra Lenin, la Checa de Petrogrado fusiló a 512 rehenes, muchos de ellos exaltos funcionarios zaristas. En Kronstadt, los bolcheviques ejecutaron a cuatrocientos rehenes en una sola noche.<sup>15</sup> No obstante, sería un error sugerir que el empleo del terror no fue más que una represalia o un acto irracional. Todo lo contrario, los bolcheviques utilizaron el terror de una manera estratégica. Tenía un doble cometido en el camino hacia la realización de una utopía comunista: el terror hacía posible las «operaciones quirúrgicas» contra quienes eran percibidos como enemigos de clase, y al mismo tiempo era un factor de disuasión para los enemigos potenciales.<sup>16</sup>

A medida que se intensificaba el Terror Rojo, la Checa fue reclutando a más y más gente. A lo largo de los años siguientes, el número de chequistas aumentó a un ritmo extraordinario, desde los 2.000 a mediados de 1918 hasta aproximadamente 140.000 al final de la guerra civil. Otros 100.000 soldados de las unidades fronterizas ayudaban a la Checa a reprimir las actividades

«contrarrevolucionarias». Aunque la Checa no era tan eficiente ni estaba tan bien organizada como el cuerpo de seguridad que la sucedió, el NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos), sí logró establecer rápidamente una amplia red de oficinas locales por todo el país, y su objetivo consistía en localizar prácticamente a cualquier persona sospechosa de sabotear económica o políticamente el Gobierno de los bolcheviques.<sup>17</sup>

La violencia se intensificó aún más cuando, durante la primavera y el comienzo del verano de 1918, los bolcheviques extendieron deliberadamente la guerra de clases al medio rural. Tras años de crisis de abastecimiento de alimentos provocadas por la guerra, unas crisis que por lo pronto habían desencadenado la Revolución rusa, el Gobierno bolchevique tomó la decisiva medida, en mayo de 1918, de establecer un monopolio general sobre la distribución de alimentos. Se crearon unos comités de campesinos pobres para que se encargaran de confiscar los excedentes agrícolas a los agricultores «más ricos». Lenin hizo un llamamiento público a iniciar una «cruzada» por el pan, y anunció una «lucha y una guerra despiadada y terrorista» contra quienes «ocultaran los excedentes de cereales».<sup>18</sup> Las brigadas militares y las patrullas de incautación de alimentos, formadas por militantes bolcheviques, trabajadores y soldados desmovilizados –casi 300.000 hombres en 1920– intentaban hacer cumplir el nuevo orden, pero con un éxito limitado.<sup>19</sup>

Las incautaciones forzosas a punta de pistola ordenadas por Lenin provocaron una escalada inmediata de violencia extrema. Los aldeanos que se atrevían a oponerse a las requisas eran severamente castigados. Las brigadas militares de alimentos les amenazaban con la muerte, tomaban como rehenes a sus familiares, imponían fuertes multas, registraban las viviendas, y no vacilaban en incendiar los pueblos de quienes ocultaran una parte de la cosecha.<sup>20</sup>

Cualquier negativa a colaborar se reprimía brutalmente. Por ejemplo, a raíz de la resistencia de los campesinos contra las incautaciones en la región de Penza, en agosto de 1918, Lenin ordenó a sus seguidores en la zona que «liquidaran sin piedad» a los cabecillas:

Lo exigen los intereses de la revolución en su conjunto, porque ahora se está librando «la última y decisiva batalla» con los *kuláks* por doquier. Es preciso dar ejemplo. 1. Ahorcad (ahorcad sin excepciones, para que la gente lo vea) a no menos de cien *kuláks* conocidos, hombres ricos, sanguijuelas. 2. Publicad sus nombres. 3. Quitadles *todo* el grano. 4. Designad rehenes. [...] Hacedlo de manera que [...] la gente vea, tiemble, sepa, grite que: están estrangulando y estrangularán hasta la muerte a esas sanguijuelas de *kuláks*.<sup>21</sup>

Era inevitable que los habitantes de las zonas rurales se alzarán para resistirse a las incautaciones. La resistencia asumió distintas formas, desde la ocultación deliberada de parte de la cosecha hasta la insurrección armada declarada.<sup>22</sup> La respuesta de los bolcheviques provocaba irremediabilmente el aumento de la oposición violenta de los aldeanos, que se enfrentaban a la amenaza de morirse de hambre. Desesperados por conseguir unos cereales escasos para poder dar de comer a sus familias, e indignados por los intentos de los bolcheviques de privarles de su sustento, los insurrectos campesinos a menudo utilizaban unas modalidades de violencia muy expresivas –o con una fuerte carga simbólica– que transmitían un claro mensaje a sus adversarios. A los comisarios bolcheviques que intentaban incautar el grano a los enfurecidos campesinos los destripaban en público, y les llenaban la tripa de cereal, la marca visible de que les consideraban ladrones de alimentos. Se rescataron antiguas formas de ejecución o de castigo por robo, como el descuartizamiento o la amputación de extremidades. Dado que los campesinos andaban escasos de munición, para ejecutar a sus prisioneros a menudo utilizaban cuchillos o utensilios agrícolas que normalmente se empleaban para trabajar en el campo. En otros casos, a los miembros de las patrullas de confiscación les grababan con un cuchillo los símbolos bolcheviques, como la hoz y el martillo, en la frente. A otros los marcaban a fuego con el símbolo de la cruz o los crucificaban para imponerles una identidad cristiana a los bolcheviques, declaradamente ateos.<sup>23</sup> «En la provincia de Tambov –señalaba Maksim Gorki (que todavía apoyaba a Lenin)– a los comunistas les clavaban la mano izquierda y el pie izquierdo con los pernos que sujetan los carriles de la vía del tren y los dejaban

colgando de los árboles a un metro del suelo, y [los campesinos] contemplaban el tormento de aquellas personas, crucificadas de una forma deliberadamente extraña.»<sup>24</sup>

Los bolcheviques les pagaban con la misma moneda, y no había límites a la creatividad en las formas de torturar, mutilar o ejecutar a quienes ellos juzgaban culpables de oponerse a los decretos de Lenin. Se ha calculado que en aquellas «guerras del pan» murieron aproximadamente 250.000 personas, ya que el Ejército Rojo y la Checa aplicaron cada vez más a menudo las prácticas de los tiempos de guerra –como por ejemplo el bombardeo aéreo de las aldeas y el empleo de gas venenoso– contra la población de su propio país.<sup>25</sup>

Justo al mismo tiempo que Lenin empezaba a exportar el terror al mundo rural, el control del poder por los bolcheviques se vio amenazado por un nuevo actor en la guerra civil: en mayo de 1918, la Legión checoslovaca se sublevó. Originalmente, la Legión estaba formada por checos y eslovacos que trabajaban en Rusia desde antes de 1914, por hombres deseosos de luchar contra la monarquía de la dinastía Habsburgo. La Legión fue creciendo sensiblemente, a medida que sus filas se iban engrosando con los desertores o los prisioneros de guerra del Ejército austrohúngaro, hasta que en conjunto llegó a tener la misma fuerza que dos divisiones autónomas, y un total de 40.000 soldados bien formados y fuertemente armados.<sup>26</sup> Tras la firma del Tratado de Brest-Litovsk, la mayor parte de sus unidades intentó salir de Rusia a través del puerto siberiano de Vladivostok. Pretendían embarcarse y unirse a las fuerzas aliadas en Francia para proseguir su lucha a favor de una Checoslovaquia independiente. Inicialmente, el Gobierno soviético había accedido a que abandonaran el país, pero los legionarios, que tenían que atravesar todo el país a lo largo del ferrocarril transiberiano para llegar a Vladivostok, empezaron a sospechar y a creer cada vez más firmemente en la posibilidad de que los bolcheviques les entregaran a los alemanes y a los austriacos en caso de que se negaran a combatir junto al Ejército Rojo. Además, sostuvieron violentos choques con los prisioneros de guerra húngaros recién liberados, de los cuales aproximadamente 30.000 estaban efectivamente a punto de integrarse en el Ejército Rojo. En mayo, instigados

por sus temores a ser desarmados de forma inminente por las autoridades soviéticas, y probablemente alentados por los Aliados occidentales, los legionarios organizaron un motín a lo largo del sistema ferroviario, desde el Volga hasta el Extremo Oriente siberiano. La estrategia era tan sencilla como eficaz. Los sublevados, conscientes de que en un país del tamaño de Rusia las líneas férreas eran cruciales desde el punto de vista militar para trasladar hombres y equipos, se adueñaron de los trenes y fueron tomando el control de una estación tras otra.<sup>27</sup>

En Moscú, los líderes bolcheviques se alarmaron y comunicaron a sus partidarios de la región que había que sacar a todos los checos de sus trenes y enrolarlos en el Ejército Rojo o en batallones de trabajo. Los soldados checos, que controlaban la estación ferroviaria de Chelyabinsk, interceptaron ese telegrama, así como un nuevo mensaje dos días después donde el mismísimo Trotski apelaba al desarme inmediato de los checos y los eslovacos. A los que se resistieran había que «fusilarlos en el acto».<sup>28</sup>

En vez de rendirse a los bolcheviques, los legionarios decidieron resistir. En medio de aquel clima de intensificación de la violencia, ellos se adaptaron rápidamente. Como recordaba un veterano checo de sus tiempos como legionario: «Echábamos a los rusos de sus puestos. La orden era: sin perdón, sin prisioneros. [...] Y saltábamos sobre ellos como fieras. Utilizábamos bayonetas y machetes. Les rebanábamos el cuello como si fueran pollos de ganso».<sup>29</sup> Aunque presumir del trato brutal que se infligía a los bolcheviques se convirtió en un fenómeno generalizado entre los antiguos legionarios durante los años veinte y treinta, no existen dudas de que cometieron todo tipo de atrocidades durante su sublevación. Hay numerosos casos bien documentados de ejecuciones públicas a manos de los legionarios, sobre todo de prisioneros bolcheviques o voluntarios alemanes o húngaros alistados en el Ejército Rojo. Por ejemplo, durante el saqueo de la ciudad de Samara, en el suroeste de Rusia, en junio de 1918, los legionarios llevaron a cabo ahorcamientos públicos masivos y quemaron vivos a varios soldados del Ejército Rojo que habían caído prisioneros.<sup>30</sup>

El motín de la Legión checoslovaca sirvió de estímulo para otros movimientos antibolcheviques, cuya resistencia hasta entonces se había

limitado a escaramuzas locales y esporádicas. Entonces se alzaron y se hicieron rápidamente con el control de la zona central de la región del Volga y de Siberia, y establecieron su propio Gobierno en Samara, en la orilla oriental del Volga.<sup>31</sup> En el «Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente», o Komuch, como pasó a denominarse, predominaban los social-revolucionarios. Dado que habían ganado las elecciones a la Asamblea Constituyente de Rusia que seguidamente fue disuelta por Lenin, sus miembros consideraban que ellos eran el único Gobierno legítimo de Rusia.<sup>32</sup>

Durante el verano de 1918 se difundió el rumor de que las fuerzas antibolcheviques estaban avanzando contra el baluarte rojo de Ekaterimburgo, en los Urales, donde el zar y su familia llevaban varios meses detenidos. Aunque Lenin aún no había adoptado una decisión firme sobre el futuro de la familia real, la mera posibilidad de que el zar fuera liberado y entregado a las fuerzas monárquicas convertía la existencia misma de Nicolás II en un lastre para la causa bolchevique.<sup>33</sup>

Después de recibir autorización de Moscú el 16 de julio de 1918, un grupo de bolcheviques liderado por el subdirector de la Checa de Ekaterimburgo, Yákov Yurovski, despertó a la familia real y a sus sirvientes más próximos la madrugada del 17 de julio. Nicolás, Alejandra, sus cinco hijos y cinco miembros de su séquito fueron conducidos a una estancia vacía del sótano, donde Yurovski, rodeado por un grupo de hombres armados, anunció que la familia real había sido condenada a muerte. A continuación Yurovski apuntó su revólver al zar y disparó. Los demás miembros de la familia y sus sirvientes fueron tiroteados y rematados con las bayonetas hasta que no quedó ninguno vivo. Tras la matanza, los verdugos utilizaron explosivos para destruir los cuerpos, y después los rociaron con ácido y quemaron los restos.<sup>34</sup>

El asesinato de la familia real fue acogido con espanto en Occidente y entre los blancos, y no contribuyó precisamente a mejorar la posición de los bolcheviques. De hecho, durante el verano de 1918, hubo claros indicios de que el poder de los bolcheviques estaba en entredicho. En agosto, las fueras del Komuch, apoyadas por la Legión checoslovaca, tomaron la ciudad de Kazán, a ochocientos kilómetros de Moscú. Con los territorios fronterizos del

oeste de Rusia todavía bajo control alemán, con la presencia otomana en la región del Cáucaso, con el desembarco de las tropas de intervención de los Aliados en Múrmansk y en Arcángel, y con amplias extensiones del sur y del este bajo el mando de distintas fuerzas y caudillos anticomunistas, el futuro de los bolcheviques resultaba sumamente incierto.<sup>35</sup>

Sin embargo, los bolcheviques se impusieron. Trotski fue capaz de recomponer el Ejército Rojo, todavía en fase de desarrollo a través de una combinación de brillantez logística, retórica revolucionaria, y castigos draconianos contra cualquiera que no estuviera dispuesto a enfrentarse al enemigo. Como afirmaba el general Gordon-Finlayson, comandante británico en Arcángel en 1918-1919, en un informe al Estado Mayor de Londres, Trotski había logrado convertir al Ejército Rojo en una fuerza de combate a tener en cuenta: «Parece que en Gran Bretaña existe la impresión de que las fuerzas bolcheviques están formadas por una gran turbamulta de hombres armados con palos, piedras y revólveres que corren de acá para allá soltando espumarajos por la boca, en busca de sangre, y de que resulta fácil hacerles retroceder y acobardarlos con unos cuantos disparos de fusil bien dirigidos». Por el contrario, a Finlayson el Ejército Rojo le parecía «bien equipado, organizado y con una instrucción bastante buena...» –en resumen, una fuerza perfectamente capaz de plantar cara a sus adversarios–.<sup>36</sup> Su evaluación resultó acertada. Un contraataque bolchevique detuvo el avance de sus enemigos, que iban remontando el Volga. Kazán fue recuperada en septiembre de 1918, lo que provocó la retirada de la Legión y de las fuerzas del Komuch al otro lado de la cordillera de los Urales.<sup>37</sup>

No obstante, la resistencia prosiguió en otras partes del país, sobre todo en el norte de la región del Cáucaso. En las llanuras aluviales del Don, una de las zonas tradicionales de colonización de los cosacos, los alemanes habían apoyado la consolidación de un gobierno antibolchevique en 1918.<sup>38</sup> Más al sur, en las tierras de los cosacos del Kubán, empezaba a tomar forma una fuerza nacionalista rusa aún más peligrosa: el Ejército de Voluntarios, totalmente dominado por antiguos oficiales zaristas. El general Mijaíl Alekseev, su principal representante político, había sido jefe de Estado Mayor de Nicolás II desde 1915 hasta 1917, y el general Kornílov, antiguo

comandante en jefe supremo, fue el primer jefe militar del Ejército de Voluntarios hasta que falleció intentando arrebatarse la ciudad de Ekaterinodar, capital de la región del Kubán, a las fuerzas del Ejército Rojo a principios de 1918. A Kornílov le sucedió otro oficial zarista, el general Antón Denikin. A lo largo del verano de 1918, protegidos al norte de los ataques soviéticos por la presencia de fuerzas alemanas en Ucrania, los Voluntarios lograron consolidar sus posiciones en el Kubán.<sup>39</sup>

Así pues, la situación a finales del verano y comienzos del otoño de 1918 –al final del primer año de guerra civil– era desconcertantemente compleja. Para entonces las fuerzas de Lenin controlaban la parte septentrional y central de la Rusia europea hasta los montes Urales. Sin embargo, en los territorios fronterizos del oeste y del sur, en Finlandia, en las antiguas provincias del Báltico, en Polonia, Bielorrusia, Ucrania y el Cáucaso, el Ejército Rojo se enfrentaba a una dura oposición por parte de los movimientos independentistas, los caudillos locales, y otras fuerzas antibolcheviques. Al este, un gobierno antibolchevique presidido por el almirante Kolchak, antiguo comandante de la Flota Imperial del mar Negro, y ahora apoyado por los Aliados, derrocó al Komuch, dominado por los social-revolucionarios en noviembre de 1918. Con el respaldo de los Aliados, que deseaban ver un movimiento blanco más unificado, Kolchak fue investido como «Líder Supremo». Desde la ciudad de Omsk, su base principal, al suroeste de Siberia, Kolchak estaba al mando de todas las fuerzas antibolcheviques entre el Volga y el lago Baikal.<sup>40</sup>

La derrota de las Potencias Centrales en noviembre de aquel año modificó radicalmente la situación, sobre todo en los territorios fronterizos del oeste de Rusia, donde la apresurada retirada de las tropas alemanas y austrohúngaras dejó un inmenso vacío de poder que todos los protagonistas de la guerra civil quisieron aprovechar. Durante gran parte de 1919 y 1920, los territorios fronterizos occidentales vivieron una contienda a tres bandas en la que tomaron parte los bolcheviques, los blancos y una caterva de movimientos nacionalistas cuyas reivindicaciones de independencia eran rechazadas tanto por los blancos como por los rojos. La situación se complicó aún más por la presencia de tropas de intervención de los Aliados.<sup>41</sup>

No obstante, la influencia de las tropas aliadas en el desenlace de la guerra civil fue limitada. No participaron activamente en ninguna de las principales batallas, y gran parte de la ayuda material que suministraban a los blancos se desperdiciaba debido a la ineficacia y a la corrupción. Los suboficiales de retaguardia se quedaban con los uniformes destinados a los soldados; sus esposas e hijas utilizaban las faldas de las enfermeras británicas. Mientras los camiones y los tanques de Denikin se agarrotaban por el frío, el anticongelante se vendía en los bares como sucedáneo de las bebidas alcohólicas.<sup>42</sup>

Lo que sí logró la intervención, empero, fue convencer a Lenin y a los bolcheviques de que estaban amenazados por una conspiración internacional para poner fin a su gobierno, lo que reforzó la percepción de que se trataba de una lucha a vida o muerte contra una legión de enemigos internos y externos, en la que valían todos los medios para lograr la victoria. Además, la intervención aliada también reafirmó la tendencia, presente ya desde la Revolución de Febrero de 1917, a contemplar aquellos acontecimientos a través del prisma de la Revolución francesa de 1789. Si los franceses habían alentado a Kérenski, el presidente del depuesto Gobierno provisional, a verse a sí mismo como un Danton ruso que podía canalizar las energías de la revolución hacia el esfuerzo bélico contra Alemania, los bolcheviques se consideraban más afines a los jacobinos, más radicales, y veían las regiones cosacas como el equivalente contemporáneo de la Vendée, el núcleo central de la oposición monárquica a la Revolución francesa.<sup>43</sup>

Ya antes de octubre de 1917, Lenin se había referido reiteradamente al jacobinismo como una fuente de inspiración histórica. En respuesta a los críticos que acusaban a los bolcheviques de ser los «jacobinos» de su tiempo, Lenin escribía en julio de 1917:

Los historiadores burgueses ven el jacobinismo como un tropiezo. Los historiadores proletarios ven el jacobinismo como una de las *cumbres* más altas en la lucha de una clase oprimida por su emancipación. [...] Es natural que la burguesía odie el jacobinismo. Es natural que provoque pavor entre los pequeños burgueses. Los obreros con conciencia de clase y los trabajadores en general depositan su confianza en la

transmisión del poder a la clase revolucionaria y oprimida, porque *ésta* es la esencia del jacobinismo, la única salida de la crisis actual, y el único remedio para la dislocación económica y la guerra.<sup>44</sup>

Aprender las lecciones del pasado significaba que Lenin y los bolcheviques no podían permitirse otro «Termidor» –el golpe de Estado que tuvo lugar el 27 de julio de 1794 durante el que fueron derrocados Maximilien Robespierre y su Comité de Salud Pública, lo que dio lugar a la ejecución de los líderes jacobinos y su sustitución, primero por el Directorio, de corte conservador, y después por el Gobierno de Napoleón–. Para evitar que semejante guion se repitiera en Rusia se requería más terror –no menos.<sup>45</sup>

A consecuencia de semejante razonamiento y de nuevos episodios de escasez de alimentos, la guerra civil se fue volviendo mucho más brutal a medida que se prolongaba. Los constantes vuelcos en el devenir de la guerra, por los que regiones enteras se vieron sometidas a reiterados cambios de régimen, desencadenaron un interminable ciclo de violencia vengativa, donde ni los blancos ni sus enemigos rojos hacían nada por contener a sus tropas.<sup>46</sup> Todo lo contrario: los caudillos locales y los generales a menudo fomentaban una mayor intensificación de la brutalidad, como lo demuestra el ejemplo en particular de un general blanco tristemente célebre, el barón Roman von Ungern-Sternberg. Nacido en 1882 en el seno de una antigua familia alemana del Báltico, procedente de Reval (Tallin), Ungern-Sternberg adquirió su dudoso renombre por primera vez durante la Gran Guerra, cuando, siendo miembro de un regimiento cosaco durante la invasión rusa de Prusia Oriental, se ganó la fama de oficial valiente pero temerario y mentalmente inestable.<sup>47</sup>

Ungern-Sternberg, un fanático antibolchevique y antisemita, se unió a las fuerzas blancas de Siberia durante la guerra civil y se hizo tristemente célebre por su brutalidad ciega, pues ordenaba a sus hombres que masacraran a los comisarios bolcheviques que cayeran prisioneros y a los civiles «sospechosos» por todo tipo de procedimientos bárbaros, entre ellos el de desollarlos vivos.<sup>48</sup> Tras la derrota y ejecución del almirante Kolchak a manos de los bolcheviques en febrero de 1920, Ungern-Sternberg pasó a estar

oficialmente a las órdenes del atamán Grigori Semiónov, aunque en realidad actuaba por su cuenta la mayor parte del tiempo. Al mando de una división multiétnica de caballería, formada mayoritariamente por tropas no rusas, y que incluía soldados tártaros, mongoles, chinos y japoneses, Ungern-Sternberg cruzó la frontera y se adentró en Mongolia durante el verano de 1920, donde conquistó la ciudad de Urga (Ulan Bator), a la sazón ocupada por los chinos, en febrero de 1921. Aunque inicialmente fue bien acogido por la población local por haber restablecido la autonomía de Mongolia, Ungern-Sternberg y sus hombres actuaron de una forma tan bárbara que el estado de ánimo general cambió rápidamente.<sup>49</sup>

Como recordaba un antiguo oficial de la división de Ungern-Sternberg, la conquista de Urga vino acompañada de una oleada de atrocidades sin precedentes, en la que los soldados arremetían en particular «contra los judíos, a los que torturaban hasta la muerte. Las humillaciones a las mujeres eran terribles: yo vi cómo un oficial entraba en una casa con una navaja de afeitar en la mano y le aconsejaba a una niña que se suicidara antes de que sus hombres pudieran echársele encima. Ella le dio las gracias entre lágrimas y se rebanó la garganta. [...] La pesadilla prosiguió a lo largo de tres días con sus noches».<sup>50</sup>

El reinado de terror de Ungern-Sternberg en Urga fue brutal pero efímero. En agosto de 1921, tras ordenar una retirada estratégica a Mongolia Occidental ante el avance de las tropas bolcheviques, sus oficiales, que habían perdido la confianza en él, se sublevaron. El «Barón Blanco» fue detenido por sus propios soldados y entregado al Ejército Rojo, fue juzgado por los bolcheviques en Novonikolayevsk, y ejecutado de forma sumarísima por un pelotón de fusilamiento.<sup>51</sup>

A pesar de su salvajismo extremo, Ungern-Sternberg no era ni mucho menos una rareza por sus ideas ni sus actos. En particular, los pogromos antisemitas fueron un rasgo común en muchos de los territorios afectados por la guerra civil, sobre todo en los pueblos y aldeas de mayoría judía (*shtetl*) de los territorios fronterizos del oeste.<sup>52</sup> Espoleados por la proporción comparativamente elevada de judíos entre los líderes comunistas, los movimientos antibolcheviques se apresuraron a estigmatizar la Revolución de

Octubre como el resultado de una conspiración judía.<sup>53</sup> Por ejemplo, el almirante Kolchak, repartió entre sus tropas un panfleto con el programático título de «Los judíos han asesinado al zar», una sugerencia que se hacía eco y venía a reafirmar una narración ya consolidada en lo más profundo del antisemitismo cristiano tradicional: que los judíos fueron los responsables de la muerte de Jesucristo, con lo que se estableció su fama de asesinos y traidores, una fama cuyo rastro podía seguirse a lo largo de los siglos hasta el presente.<sup>54</sup>

La idea de que el origen de la revolución era una conspiración judía se convirtió en un elemento crucial de la propaganda de los blancos, en su intento de orquestar la resistencia contra los bolcheviques, que por lo demás tenían unas promesas mucho más atractivas que ofrecer a los nuevos adeptos («tierra, pan, liberación»)<sup>55</sup>. La baza antijudeo-bolchevique brindó a los blancos por lo menos un elemento popular con el que identificarse, y muy pronto dio lugar a estallidos de violencia antisemita a lo largo y ancho del antiguo imperio de los Romanov. En Kaunas y otras ciudades lituanas, y en Letonia, los judíos fueron acosados por las fuerzas contrarrevolucionarias, que los relacionaban con la efímera dictadura bolchevique de Riga.<sup>56</sup> En el oeste de Rusia y de Ucrania, la situación era aún peor, ya que los judíos se convirtieron en uno de los principales colectivos víctimas del antibolchevismo. Tan sólo entre junio y diciembre de 1918 fueron asesinados aproximadamente 100.000 judíos, sobre todo, pero ni mucho menos exclusivamente, a manos de los miembros del Ejército de Voluntarios del general Denikin. Las fuerzas nacionalistas ucranianas y polacas, y distintos ejércitos de campesinos, soliviantados por los rumores que acusaban a los judíos de ayudar al enemigo o de acaparar alimentos, también participaron en las matanzas de judíos, en pogromos habitualmente avivados por el consumo de alcohol, de los que se tiene constancia de más de mil en la región entre finales de 1918 y 1920.<sup>57</sup> En Leópolis (Lwów), la capital de Galitzia, que había llegado a ser la cuarta ciudad más grande del Imperio austrohúngaro, y que en aquel momento reivindicaban tanto los nacionalistas polacos como los ucranianos para sus respectivos estados emergentes, se produjo un terrible pogromo a finales de noviembre de 1918, después de que las tropas polacas

expulsaran a sus adversarios ucranianos. Con el pretexto de registrar las casas en busca de francotiradores que pudieran estar apoyando la retirada de las tropas ucranianas, los soldados polacos acordonaron el barrio judío de la ciudad y a continuación se adentraron en él en pequeños pelotones, armados con pistolas y cuchillos. La violencia se intensificó rápidamente, a medida que los soldados recorrían el barrio, asesinando a los hombres en edad militar. Durante los tres días que duró el pogromo, fueron asesinados setenta y tres habitantes del barrio y varios cientos resultaron heridos, al tiempo que los asaltantes saqueaban los comercios y prendían fuego a los edificios.<sup>58</sup>

Por supuesto, no es que los ucranianos trataran mejor a los judíos, todo lo contrario. Por ejemplo, en febrero de 1919, los cosacos que combatían para la República Nacional de Ucrania llevaron a cabo un pogromo particularmente bien documentado en Proskurov, en el que asesinaron a dos mil judíos. Tras su victoria en una batalla contra las tropas bolcheviques, el comandante de los cosacos, el atamán Semosenko, exclamó, según uno de sus oficiales, «que los peores enemigos del pueblo ucraniano y de los cosacos eran los judíos, que debían ser totalmente exterminados si querían salvar a Ucrania y sus propias vidas».<sup>59</sup>

Al día siguiente, los hombres de Semosenko cayeron sobre la población judía de la zona:

Utilizaban no sólo los sables, sino también las bayonetas. Únicamente utilizaban armas de fuego en los pocos casos en que sus víctimas intentaron escapar. [...] Ante la casa de Krotchak se presentaron ocho hombres que empezaron a romper los cristales de todas las ventanas. Cinco de ellos entraron en la casa, mientras que tres se quedaron fuera. Los de dentro agarraron por la barba al anciano Krotchak, le arrastraron hasta la ventana de la cocina y se lo tiraron por la ventana a los tres de fuera, que lo mataron en el acto. Después asesinaron a la anciana y a sus dos hijas. Agarraron por su larga cabellera a una muchacha que había ido de visita a la casa, la arrastraron a otra habitación, y después la tiraron por la ventana hasta la calle y allí la mataron. Después de eso, los cosacos volvieron entrar en la casa e infligieron varias heridas a un niño de trece años, que se quedó sordo a consecuencia de la agresión. Su hermano mayor recibió nueve puñaladas en el estómago y en el costado, después de que sus agresores le colocaran encima del cadáver de su madre.<sup>60</sup>

La masacre fue suspendida únicamente tras la intervención de un representante local del Gobierno de Kiev, pero se reanudó unos días después en la vecina localidad de Felshtin, donde los testigos presenciales informaron de que los atacantes asesinaron a cien personas. Joseph Aptman, propietario de un restaurante, recordaba: «Agredieron a casi todas las jóvenes y después las mataron –las despedazaron con sus sables–. La sangre corría por las calles. [...] En la casa de Monich Brenman estaban un judío de Galitzia y su esposa. Los sacaron a la calle, a la mujer le arrancaron la ropa y la obligaron a bailar completamente desnuda, y después cuatro bandidos la agredieron en presencia de su marido, al que obligaron a contemplar la escena; después de aquello, los despedazaron a ambos...». <sup>61</sup>

Con el tiempo, la supuesta indisolubilidad del bolchevismo y de los judíos se convirtió en una profecía autocumplida. El discurso de Lenin sobre la emancipación, junto con las denuncias públicas de los bolcheviques en contra del antisemitismo y los pogromos apuntaban a un universalismo étnico y religioso que lógicamente agradó a muchos judíos, igual que a otras minorías étnicas que formaban parte del imperio, como los georgianos, los armenios, los letones y los polacos. <sup>62</sup> Sin embargo, de todos esos grupos, los que respondieron proporcionalmente en mayor número a las peticiones de apoyo de los bolcheviques fueron los judíos, que acudieron en gran número a engrosar las filas del Ejército Rojo, de la Checa y del Partido. <sup>63</sup> No obstante, eso no impidió que algunas unidades del Ejército Rojo participaran ocasionalmente en pogromos antisemitas. <sup>64</sup>

A pesar de la particular preponderancia de los judíos entre las víctimas de la guerra civil, el conflicto afectó a personas de todas las edades, de todos los grupos sociales y de ambos sexos, lo que dio pie a una cruda lucha por la supervivencia y a ciclos interminables de violencia vengativa. A comienzos de la primavera de 1919, ni los blancos ni los rojos habían sido capaces de apuntarse una victoria decisiva. <sup>65</sup> El *impasse* provisional tan sólo tocó a su fin cuando, durante la primavera y el verano de aquel año, las fuerzas blancas lanzaron ofensivas a gran escala contra el Ejército Rojo con el propósito de unificar sus tropas, dispersas por un amplio territorio. En el norte, a principios de marzo, los ejércitos de Kolchak empezaron a avanzar desde

Siberia hacia Arcángel, con una segunda ofensiva hacia los montes Urales. En el sur, mientras tanto, las Fuerzas Armadas del sur de Rusia, comandadas por Denikin, lanzaron una ofensiva hacia Moscú aquel mismo verano. A mediados de abril, Kolchak había logrado enlazar con una pequeña y atribulada vanguardia cerca de Arcángel, mientras que sus otros ejércitos habían obligado a los bolcheviques a retirarse de 300.000 km<sup>2</sup> de territorio. Sin embargo, en última instancia, Kolchak no logró apuntarse una victoria decisiva ni quebrar la enconada resistencia del Ejército Rojo. A mediados de verano, sus ejércitos se vieron obligados a retroceder al otro lado de la cordillera de los Urales. Durante su larga retirada hacia el este, siguiendo la línea férrea transiberiana, las tropas de Kolchak sufrieron cuantiosísimas bajas provocadas por el frío, el tifus y los constantes ataques de los guerrilleros.<sup>66</sup> Sus hombres respondieron a aquellos reveses de la fortuna y a las condiciones hostiles de la retirada empleando más violencia todavía. A medida que avanzaban hacia el este, Kolchak dio la orden de fusilar, ahorcar o enterrar vivos a los prisioneros. Tan sólo en la región de Ekaterimburgo, se estima que los hombres de Kolchak ejecutaron a 25.000 personas.<sup>67</sup> Aquel arrebató final de violencia antibolchevique en el norte no pudo ocultar, sin embargo, que Kolchak y sus hombres tenían los días contados. La capital de Kolchak, Omsk, cayó en noviembre de 1919. El propio Kolchak se retiró hacia el este, hasta Irkutsk, donde finalmente fue detenido, juzgado y fusilado.<sup>68</sup>

Las cosas no iban mucho mejor para los blancos en el sur. Durante el verano y el otoño de 1919, las Fuerzas Armadas del sur de Rusia de Denikin, formadas por el Ejército de Voluntarios y un poderoso contingente de cosacos, habían logrado avanzar hacia el norte hasta Orel, a aproximadamente cuatrocientos kilómetros de Moscú, pero fueron repelidas por el Ejército Rojo. El fracaso de la ofensiva de Orel vino seguido de la descomposición de las fuerzas de Denikin entre noviembre de 1919 y enero de 1920, en medio de una serie de conflictos políticos entre el Ejército de Voluntarios y los cosacos.<sup>69</sup>

A principios de 1920 resultaba cada vez más evidente que el Ejército Rojo estaba ganando la guerra civil. Cuando los restos del Ejército de

Voluntarios encontraron un refugio temporal en la península de Crimea, Denikin fue sustituido por el general Piotr Wrangel, un oficial de carrera zarista de una familia de origen alemán del Báltico, que había estado al mando de distintas unidades de caballería durante la Gran Guerra.<sup>70</sup> El refugio de los blancos en Crimea resultaba fácil de defender, pues el único acceso por tierra era el angosto istmo de Perekop, pero su número había ido mermando progresivamente y carecía de los recursos militares necesarios. Además, el apoyo internacional también estaba decayendo. Los británicos, que habían llegado a la conclusión de que la derrota de los blancos era inevitable, se negaron a prestarles más ayuda. Los franceses, que habían desembarcado a sus propias tropas, junto con un contingente griego y otro polaco, en los puertos de Odesa y Sebastopol, a orillas del mar Negro, en diciembre de 1918, pero que posteriormente las retiraron entre amenazas de sedición, no tenían ninguna gana de intervenir de nuevo. Por el contrario, el Ejército Rojo fue capaz de reforzar sus tropas en el frente sur tras el fin de la guerra ruso-polaca de 1919-1921. Finalmente, a finales de 1921, el Ejército Rojo venció las últimas resistencias en Crimea.<sup>71</sup>

A todos los efectos la derrota de Wrangel puso fin a la guerra civil rusa, aunque los movimientos de resistencia campesina prosiguieron de forma puntual hasta 1922. Las razones de la victoria de los rojos fueron muchas, pero tal vez la más importante fue que mucha gente acabó viendo a los bolcheviques como el menor entre dos males, pues ofrecía una visión un tanto más convincente y coherente del futuro que sus adversarios blancos; éstos apenas eran capaces de ponerse de acuerdo en algún tipo de proyecto político que no fuera acabar con el Gobierno bolchevique. Desde luego, también el Ejército Rojo tuvo grandes problemas a la hora de mantener la disciplina, y también sufrió deserciones en masa. Sin embargo, siempre controló el núcleo de la economía de guerra rusa centrada alrededor de Petrogrado y Moscú, mientras que sus heterogéneos adversarios se encontraban sumamente dispersos por la periferia, y a menudo entre ellos existían divisiones no sólo espaciales sino también políticas.<sup>72</sup>

Fuera cual fuera la razón decisiva de la victoria bolchevique, el país tuvo que pagar un precio astronómico por el triunfo final de Lenin. Al cabo de dos

revoluciones y de siete años ininterrumpidos de conflictos armados, en 1921 Rusia se encontraba en ruinas. Además de sus 1,7 millones de muertos en la Gran Guerra, más de tres millones de personas habían muerto durante la guerra civil, mientras que tan sólo la gran hambruna de 1921-1922, provocada por años de combates y por varias sequías seguidas durante los años anteriores, mató de hambre a aproximadamente dos millones de personas.<sup>73</sup> En conjunto, a consecuencia de la guerra civil, las expulsiones, la inmigración y la hambruna, la población de los territorios que pasaron oficialmente a formar parte de la Unión Soviética en 1922 se había reducido en un total de aproximadamente diez millones de personas, desde los aproximadamente 142 millones en 1917 hasta los 132 millones en 1922.<sup>74</sup>

Para los que sobrevivieron, el futuro se antojaba desolador, dado que la economía de Rusia prácticamente se había derrumbado durante los años de guerra y de contienda civil. Ya en 1920 la producción industrial había caído aproximadamente un 80 % en comparación con 1914, mientras que tan sólo seguía cultivándose el 60 % de las tierras agrícolas cultivadas antes de la guerra. La Nueva Política Económica (NEP) de Lenin, introducida en 1921 para poner fin a las sublevaciones campesinas y volver a levantar el país, devastado por la guerra, llegaba demasiado tarde para la mayoría de la gente.<sup>75</sup> En las ciudades, la grave escasez de alimentos provocaba una inanición masiva. El hambre era omnipresente, y afectaba sobre todo a los niños y a los ancianos. También los intelectuales, cuyos ingresos irregulares habían quedado ulteriormente devaluados por una inflación desbocada, eran sumamente vulnerables. En 1923, un informe de la American Relief Administration sugería que toda la *intelligentsia* rusa estaba amenazada de extinción por inanición:

Ahora la muerte resultaba más evidente que la vida. Ante mis ojos falleció Fiódor Batiushkov, el famoso catedrático de Filología, envenenado por comer una col tan mugrienta que era incomedible. Otro que murió de hambre fue S. Bengerov, catedrático de Historia y Literatura, el que ofreció al pueblo ruso ediciones enteras de Shakespeare, de Schiller y de Pushkin. [...] En esa misma época el filósofo V. V. Rosanov murió de hambre en Moscú. Antes de morir, estuvo vagando por las calles en

busca de colillas con las que aplacar el hambre...<sup>76</sup>

Al final de la guerra civil, Rusia estaba completamente devastada. Millones de hombres y mujeres habían muerto a consecuencia de la guerra y las hambrunas, y se calculaba que había siete millones de niños huérfanos y sin hogar, que pedían limosna por las calles y vendían su cuerpo para poder sobrevivir.<sup>77</sup> Un buen indicador de la desesperación generalizada que cundía en Rusia en aquella época eran las enormes cifras de refugiados, de los cuales un total de 2,5 millones había abandonado los antiguos territorios imperiales de Rusia antes de 1922.<sup>78</sup> Mientras que ya durante la Gran Guerra hubo un total de 7,7 millones de personas desplazadas, sobre todo (aunque no exclusivamente) en Europa Oriental, la guerra civil desencadenó una nueva oleada de refugiados que vagaban por el devastado paisaje de Europa Oriental en busca de seguridad y de una vida mejor.<sup>79</sup> En julio de 1921, ya habían huido a Polonia 550.000 antiguos súbditos rusos.<sup>80</sup> Otros 55.000 – entre ellos la familia de Isaiah Berlin, que más tarde llegaría a ser uno de los principales pensadores políticos del siglo XX– habían llegado a los estados del Báltico en 1922, pero en seguida prosiguieron su huida hacia el oeste.<sup>81</sup>

Entre los destinos más deseables para los refugiados rusos estaban Londres, Praga y Niza.<sup>82</sup> Pero la inmensa mayoría de los refugiados, entre ellos los líderes políticos de las comunidades emigrantes, se dirigía a Alemania, que, a pesar de haber perdido recientemente una guerra, ofrecía mejores perspectivas económicas que la mayor parte del resto de países europeos. En otoño de 1920 ya ascendían a 560.000. Berlín –y sobre todo sus distritos de Schöneberg, Wilmersdorf y Charlottenburg (que en aquella época adquirió el mote de «Charlottengrad»)– se convirtió en un importante centro de realojo de la comunidad de exiliados de Rusia, que en 1922 ya había creado aproximadamente 72 editoriales en lengua rusa en la capital alemana.<sup>83</sup>

Mientras que la mayoría de los refugiados procedentes de los territorios fronterizos del oeste de Rusia intentaban llegar a Europa Occidental, la ciudad de Harbin, en Manchuria, se convirtió en uno de los principales

destinos para los exiliados rusos procedentes de Siberia, que fundaron teatros y una escuela de música donde se formó, entre otros, Yul Brynner, la futura estrella de Hollywood.<sup>84</sup> Por añadidura, entre los rusos blancos quedaron entre ciento veinte y ciento cincuenta mil supervivientes de las batallas finales en Crimea y sus respectivas familias, que fueron conducidos, como si se tratara de ganado, a los campos que se instalaron en las proximidades de Constantinopla y de Galípoli.<sup>85</sup> Dado que muchos de aquellos campos de refugiados muy pronto se vieron desbordados, los Aliados no tuvieron más remedio que internar a los famélicos refugiados rusos a bordo de barcos fondeados en el mar de Mármara. «El buque *Wladimir*, pensado para transportar a seiscientos pasajeros, actualmente tiene ¡a más de 7.000 personas a bordo! –informaba desde Constantinopla un miembro de Cruz Roja Internacional–. La mayoría vive al raso en cubierta, otros en la bodega, donde se están asfixiando.»<sup>86</sup>

Como reconocimiento a la magnitud de aquella tragedia humana, la Sociedad de Naciones acabó creando una Alta Comisión para los Refugiados en 1921, con el legendario explorador noruego Fridtjof Nansen como primer director. Nansen se había hecho merecedor del puesto no tanto debido a sus expediciones polares de mediados de la década de 1890, muy divulgadas por la prensa, sino a su experiencia en la repatriación de prisioneros de guerra a partir de 1918. Sin embargo, su logro de mayor relevancia histórica fue un documento de validez legal creado en 1922 como respuesta a la crisis de los refugiados rusos: el Pasaporte Nansen, que hacía posible que las personas apátridas circularan y se instalaran en el extranjero bajo el patrocinio de la Sociedad de Naciones y de la Alta Comisión para los Refugiados.<sup>87</sup>

Aunque la suerte que corrieron posteriormente los más de dos millones de refugiados de la guerra civil rusa varió enormemente, dependiendo de las circunstancias y de la suerte, a muchos de ellos los aunaban –lo que no es de extrañar– sus ideas acérrimamente antibolcheviques. En particular, Berlín se convirtió en un hervidero de la propaganda antibolchevique de los exiliados rusos. Con el apoyo de los refugiados de etnia alemana procedentes de la región del Báltico, que secundaban sus puntos de vista, los exiliados rusos no perdieron ni un minuto a la hora de difundir todo tipo de historias terroríficas

sobre el movimiento bolchevique de Lenin, con lo que inyectaron nuevas energías a la extrema derecha emergente en Alemania y en otros países.<sup>88</sup>

A consecuencia de todo ello, la revolución bolchevique y la posterior guerra civil a lo largo y ancho de los antiguos territorios imperiales interactuó rápidamente con los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios de otras partes de Europa, bien como un faro de esperanza para quienes anhelaban un cambio socioeconómico y político violento, o como la visión de pesadilla de una inminente toma del poder por las masas politizadas.<sup>89</sup> El «espectro del comunismo» que Marx y Engels habían identificado en Europa en la primavera de 1848 en su *Manifiesto Comunista*, era, a decir verdad, algo que todo el mundo pudo sentir mucho más vivamente en Europa a partir de 1917. Antes de 1914, la violencia revolucionaria de inspiración marxista se había limitado a los movimientos clandestinos de extrema izquierda, que cometían asesinatos individuales contra las cabezas coronadas. La revolución bolchevique lo cambió todo. Por primera vez desde 1789, un movimiento revolucionario se había hecho con el poder de un Estado.

Los políticos conservadores y progresistas de Occidente, e incluso los socialdemócratas, reaccionaron con espanto ante los acontecimientos de Rusia, aunque, lo que resulta revelador, las informaciones de los periódicos tendían a centrarse en el Terror Rojo, al tiempo que ignoraban la mayor parte de las atrocidades cometidas por sus adversarios «blancos». Muchas de las crónicas procedían, por supuesto, de los exiliados rusos, que lo habían perdido todo, y que por consiguiente eran propensos a describir el Gobierno bolchevique de la forma más sombría posible. Encontraron un público receptivo en Europa Central y Oriental, donde –tras un breve momento de shock y de apatía por parte de los partidos conservadores durante el otoño de 1918– los movimientos anticomunistas empezaron a tomar impulso, ya que los políticos y los empresarios temían que pudiera repetirse en sus propios países algo parecido a la Revolución rusa.<sup>90</sup>

A finales de 1918, Winston Churchill, ministro de Armamento, en un discurso electoral que pronunció ante los votantes de su circunscripción, Dundee, dijo que «el huno» (los alemanes) recién derrotado había sido sustituido por una nueva fuerza de gran depravación moral en el este, un

espectro que amenazaba los valores del mundo libre. «Rusia –afirmaba–, está siendo reducida rápidamente por los bolcheviques a una forma animal de barbarie. [...] La civilización se está extinguiendo completamente en áreas gigantescas, mientras los bolcheviques dan saltos y hacen piruetas como manadas de feroces babuinos entre las ruinas de las ciudades y los cadáveres de sus víctimas.»<sup>91</sup>

A finales de 1918 quedaban en Rusia muy pocos diplomáticos occidentales o corresponsales de la prensa extranjera que pudieran verificar los rumores o distinguir entre los hechos y la ficción. Aunque la realidad de la guerra civil era tan terrible que no hacía falta que nadie la aderezara, surgían y acababan llegando a Occidente todo tipo de historias fantásticas sobre el régimen de Lenin: sobre un orden social patas arriba, sobre un ciclo interminable de atrocidades y represalias en medio del hundimiento moral de la que antiguamente fue una de las grandes potencias de Europa. Varios periódicos estadounidenses informaban de que los bolcheviques habían introducido en Petrogrado una guillotina eléctrica, diseñada para decapitar a quinientos presos por hora, mientras que en Gran Bretaña distintas publicaciones incluían en sus páginas relatos apocalípticos de los testigos oculares que subrayaban la infinita maldad de la que aparentemente eran capaces los bolcheviques. Los bolcheviques, o eso se insinuaba, habían «nacionalizado» a las mujeres de clase media y alta, que ahora podían ser violadas a discreción por cualquier miembro del proletariado. Las iglesias ortodoxas se habían convertido en burdeles donde las damas de la aristocracia eran obligadas a ofrecer servicios sexuales a los trabajadores corrientes. Los bolcheviques habían contratado verdugos chinos por sus conocimientos sobre las antiguas técnicas orientales de tortura, mientras que a los presos de las infames cárceles de la Checa les introducían la cabeza en jaulas repletas de ratas hambrientas a fin de arrancarles información.<sup>92</sup>

Por añadidura, la noticia del asesinato del zar y de toda su familia en el verano de 1918, que tuvo una gran difusión internacional, volvió a traer los incómodos recuerdos de la degeneración de la Revolución francesa tras la ejecución del rey Luis XVI y de su esposa, María Antonieta, en 1793. No es de extrañar que, teniendo en cuenta la naturaleza de las noticias que venían de

Rusia, los medios de comunicación de Occidente compitieran por pintar el retrato más funesto de los líderes bolcheviques y de sus partidarios. *The New York Times* calificaba a Lenin y a sus seguidores de «escoria humana», mientras que en Londres el periódico conservador *The Morning Post* afirmaba que el de Lenin era un régimen donde «los delincuentes liberados, los idealistas más salvajes, los internacionalistas judíos, todos los chalados y la mayoría de los granujas se han unido en una orgía de pasión e irracionalidad».<sup>93</sup> Un periódico alemán publicaba un extenso artículo sobre el «terrorismo ilimitado» de los bolcheviques contra todo lo que se considerara «de clase media», y los artículos se volvieron aún más críticos con la situación en Rusia después de que el embajador alemán, el conde Wilhelm von Mirbach, fuera asesinado de un tiro por el social-revolucionario Yákov Blumkin en su residencia moscovita en julio de 1918.<sup>94</sup> De repente, el Apocalipsis tenía un nuevo nombre, «la situación de Rusia», un término utilizado habitualmente para designar una inversión de todos los valores morales de «Occidente». Los carteles de propaganda política de la derecha empezaron a describir el bolchevismo como una figura espectral o esquelética que llevaba un puñal ensangrentado entre los dientes. Aparecieron distintas variaciones de ese cartel no sólo en Francia y en Alemania, sino también en Polonia y Hungría.<sup>95</sup>

De forma no muy distinta de la situación de finales del siglo XVIII, cuando las horrorizadas élites gobernantes de Europa temieron una guerra jacobina «apocalíptica», a partir de 1917 muchos europeos suponían que el bolchevismo acabaría extendiéndose e «infectando» el resto del viejo mundo, lo que dio lugar a una movilización y a acciones violentas contra la supuesta amenaza. Lo característico de aquel peligro, tal y como se percibía casi por doquier en Europa, era la naturaleza aparentemente anónima de la amenaza que suponía para el orden establecido: desde las multitudes anónimas que arremetían contra el concepto burgués de la propiedad hasta las conspiraciones judeo-bolcheviques a escala mundial. Ese tipo de miedos abstractos fue alimentado por las noticias sobre las atrocidades cometidas por los bolcheviques, muchas de ellas reales, otras exageradas, que se difundían ampliamente por Europa Occidental. Las personas preocupadas por el

contagio del bolchevismo a Occidente veían confirmados sus temores cuando leían los discursos de Lenin o de Trotski apelando a la revolución mundial, cuando recibían noticias de la fundación de partidos comunistas por toda Europa, o se enteraban de que se estaban produciendo golpes de Estado y guerras civiles de inspiración comunista.<sup>96</sup>

El primer caso, y el más inmediato, de «contagio» –o así se percibió– fue el de Finlandia en 1918. Debido a su estatus de ducado autónomo dentro del Imperio ruso, Finlandia se mantuvo neutral durante la Gran Guerra, aunque entre 1914 y 1918 aproximadamente 1.500 finlandeses se presentaron voluntarios para combatir en el bando ruso o en el alemán.<sup>97</sup> A pesar de la ausencia de insensibilización a la violencia a raíz de la guerra, Finlandia sufrió una de las guerras civiles proporcionalmente más sangrientas del siglo XX: murieron más de 36.000 personas (el 1 % de la población) en el plazo de poco más de tres meses de conflicto y la inmediata posguerra. El preludeo a la guerra civil se produjo a mediados de noviembre de 1917, cuando, a la sombra de los sucesos revolucionarios de Rusia, los sindicatos finlandeses unieron sus fuerzas con el Partido Socialdemócrata y con los bolcheviques finlandeses de Otto Kuusinen para convocar una huelga general, en la que la Guardia Roja armada midió sus fuerzas contra los partidarios de la independencia de Finlandia.<sup>98</sup>

Tan sólo siete semanas después de que el Gobierno de centro-derecha de Pehr Evind Svinhufvud declarara la secesión de su país de la Rusia revolucionaria a principios de diciembre, la Guardia Roja, con el apoyo de Petrogrado, derrocó el Gobierno de Helsinki, el 27 de enero de 1918. Al tiempo que Svinhufvud huía a bordo de un rompehielos a través del mar Báltico, se establecía un nuevo gobierno, el Consejo de Representantes del Pueblo. El guion del golpe de Estado parecía seguir la conocida senda de la revolución bolchevique en Petrogrado unos meses atrás. Sin embargo, a pesar de la autodesignación como «blancos» y «rojos» de los bandos enfrentados en la guerra civil finlandesa que estalló a continuación, sería erróneo unificar ambos conflictos, como hicieron a menudo sus contemporáneos. En realidad,

las dos guerras civiles fueron bastante distintas, y la «participación rusa» en la revolución finlandesa, que a menudo se ha esgrimido como argumento, en realidad fue marginal, ya que los voluntarios rusos que lucharon al lado de los «rojos» no fueron más de el 5 % o el 10 % de sus fuerzas. Y lo que es más importante, los «rojos» finlandeses no eran bolcheviques, o por lo menos no en su mayoría. Aunque la Guardia Roja, de inspiración bolchevique, había llevado a cabo el golpe de Estado en Helsinki, desencadenando así la guerra civil, fueron los socialdemócratas finlandeses, más moderados, los que asumieron casi de inmediato el control del movimiento revolucionario, que durante un tiempo cobró fuerza en las ciudades y los centros industriales del sur de Finlandia.<sup>99</sup>

Mientras tanto, sus adversarios, respaldados por un Senado dominado por los conservadores, controlaba la parte central y septentrional del país, más rural. Con el apoyo activo de las tropas alemanas, el líder militar de los «blancos», y exgeneral del Ejército imperial ruso, Carl Mannerheim, derrotó a sus enemigos en las decisivas batallas de Tampere, Viipuri, Helsinki y Lahti a principios de 1918. A partir de ahí, cualquier forma de resistencia se reprimía con la extrema violencia característica de las guerras civiles libradas entre los miembros de las mismas comunidades locales. Cuando, por ejemplo, las tropas contrarrevolucionarias de Mannerheim tomaron la «capital roja» de la Finlandia revolucionaria, la ciudad sureña de Tampere, en el mes de marzo, hicieron prisioneros y posteriormente ejecutaron a más de 10.000 soldados «rojos», mientras que muchos otros fallecieron de inanición en los desabastecidos campos de prisioneros.<sup>100</sup>

Aunque la guerra civil finlandesa concluyó con una victoria de los blancos, los observadores de Occidente seguían preocupados. El «bolchevismo», o eso parecía, no era exclusivo de Rusia; estaba difundándose claramente hacia Occidente –una impresión reforzada por las revoluciones europeas de 1918-1919–. Los que vivieron aquella época describían con frecuencia el bolchevismo como una herida supurante o como una enfermedad contagiosa –una noción que se hizo aún más prominente a raíz de lo que se percibió como un avance del bolchevismo hacia el oeste, hasta adentrarse en el corazón de Europa Central, durante la primavera de

1919.

## El aparente triunfo de la democracia

El 10 de noviembre de 1918, al día siguiente del nacimiento de la primera democracia alemana, el prominente redactor jefe del periódico progresista *Berliner Tageblatt*, Theodor Wolff, publicaba un comentario entusiasta donde ensalzaba los acontecimientos de la víspera, que habían conducido a la abdicación del káiser Guillermo II:

Como un violento y repentino vendaval, la más grande de todas las revoluciones ha derrocado el régimen imperial y todo lo que conllevaba, de arriba a abajo. Cabría definirla como la más grande de todas las revoluciones dado que hasta ahora nunca se había tomado una Bastilla de una construcción tan sólida y bien amurallada de un plumazo. [...] Ayer por la mañana, por lo menos en Berlín, todo eso seguía ahí. Ayer por la tarde, todo eso había desaparecido sin dejar rastro.<sup>1</sup>

Por supuesto, no todo el mundo compartía el entusiasmo de Wolff. De hecho, las reacciones a los acontecimientos de noviembre de 1918 en Alemania fueron enormemente variadas. La inmensa mayoría de los soldados alemanes, aliviados por haber sobrevivido a la guerra, simplemente se dispersaron y regresaron a casa en cuanto sus unidades cruzaron la frontera de su patria. Otros, sobre todo los marineros y los soldados que habían prestado servicio en las zonas de retaguardia durante la guerra, participaron activamente en la revolución que acabó por derrocar la monarquía alemana. Muchos de los veteranos de la Gran Guerra se hicieron pacifistas y se mostraban categóricos al afirmar que no querían que nadie volviera a pasar jamás por las mismas experiencias que ellos habían sufrido durante los últimos cuatro años.<sup>2</sup>

Entre los soldados y oficiales del frente que habían mantenido la disciplina a lo largo de las difícilísimas semanas finales de la guerra, las actitudes ante la revolución eran más hostiles. La respuesta inicial del que posiblemente sea el soldado más famoso de la Gran Guerra, el cabo Adolf Hitler, de veintinueve años, fue típica de los que estaban en primera línea del frente. Cuando Hitler, inconsciente y temporalmente cegado por un ataque con gas venenoso durante las últimas semanas de la guerra, recobró la conciencia el 12 de noviembre de 1918 en la cama de su hospital militar, en la localidad prusiana de Pasewalk, tuvo la impresión de que a su alrededor el mundo había cambiado hasta volverse irreconocible. El Ejército imperial alemán, antaño invencible, donde Hitler había prestado servicio como correo de a pie, se había venido abajo. El káiser había abdicado en medio de la agitación revolucionaria. La patria de Hitler, Austria-Hungría ya no existía. Al enterarse de la noticia de la derrota militar de las Potencias Centrales, Hitler se vino abajo: «Me lancé sobre mi cama, y sepulté la cabeza, que me ardía, entre la almohada y el edredón. No lloraba desde el día que me vi ante la tumba de mi madre. Ya no podía hacer otra cosa». La percepción de la humillación sufrida en 1918 no dejó de ser un principio central de la vida de Hitler hasta su violento final en el búnker de Berlín. Incluso en las últimas órdenes que dio, a finales de abril de 1945, Hitler insistía en que no iba a producirse una repetición de 1918, ni una nueva versión de la «cobarde» capitulación del final de la Primera Guerra Mundial. Alemania y su pueblo debían arder, afirmaba, antes de que pudiera producirse cualquier tipo de retirada o de rendición.<sup>3</sup>

También en el frente interior las opiniones estaban profundamente divididas, sobre todo siguiendo las líneas de la política de partidos. Karl Hampe, un medievalista con sede en Heidelberg, describía la revolución del 9 de noviembre desde el punto de vista de un intelectual de clase media, para el que el Estado nacional creado por Bismarck en 1871 había sido el punto culminante de la historia nacional de Alemania. Para Hampe, el 9 de noviembre supuso «¡el día más desgraciado de mi vida! ¿Qué ha sido del káiser y del Reich? Desde fuera, nos enfrentamos a la mutilación [... y a] una especie de servidumbre por deudas; y desde dentro nos enfrentamos a [...]

una guerra civil, al hambre, al caos». <sup>4</sup> El político ultraconservador Elard von Oldenburg-Januschau (que posteriormente desempeñó un desafortunado papel en los acontecimientos políticos de enero de 1933, cuando aconsejó a su viejo amigo Paul von Hindenburg, presidente de la República, que nombrara canciller a Hitler) hablaba en nombre de muchos aristócratas alemanes cuando afirmaba que «no podía encontrar palabras para expresar mi tristeza por los acontecimientos de noviembre de 1918; para describir lo destrozado que estaba. Sentía que el mundo se venía abajo, enterrando bajo sus escombros todo aquello por lo que yo había vivido y todo lo que mis padres me habían enseñado a valorar desde que era niño». <sup>5</sup>

Un excanciller, el príncipe Bernhard von Bülow, presa de la desesperación, buscaba infructuosamente algún símil del pasado para manifestar su espanto ante los acontecimientos que se estaban produciendo:

El 9 de noviembre, en Berlín, fui testigo de los comienzos de la revolución. Pero, ¡ay!, no llegó, como había imaginado Ferdinand Lassalle [...] en la forma de una diosa radiante, con el pelo ondeando al viento, y calzada con sandalias de hierro. Era como una vieja bruja, sin dientes y calva, con unos grandes pies calzados con zapatos viejos y desgastados. [...] La revolución no mostraba figuras como el Danton cuya estatua de bronce se alza en un bulevar de París: erguido, con el puño cerrado, acompañado en lo alto de su pedestal por un *sans-culotte* con la bayoneta calada a su izquierda, y por un tamborilero que está tocando la *levée en masse*. Nuestra revolución no nos ha traído ningún Gambetta para proclamar la guerra sin cuartel y prolongar nuestra resistencia otros cinco meses. [...] En toda mi vida no había visto nada más brutalmente vulgar que esas hileras desordenadas de tanques y de camiones cargados de marineros borrachos y de desertores de las unidades de reserva que se arrastraban por las calles de Berlín el 9 de noviembre. [...] Muy pocas veces he asistido a algo tan nauseabundo, tan desesperantemente repugnante y abyecto, como el espectáculo de esos patanes imberbes, que se han lanzado a las calles engatusados por los brazaletes rojos de la socialdemocracia, que, en grupos de varios individuos, se acercaban sigilosamente por detrás a cualquier oficial que llevara la Cruz de Hierro o la orden *Pour le mérite*, para inmovilizarle los brazos contra los costados y arrancarle sus charreteras. <sup>6</sup>

Otros iban incluso más allá en su desesperación. Angustiado por el

hundimiento de la Alemania imperial, y ante un incierto futuro económico, Albert Ballin, el magnate judío del transporte marítimo y amigo personal de Guillermo II, se suicidó el 9 de noviembre de 1918. Ballin, presidente de HAPAG –que antiguamente fue la mayor compañía naviera del mundo– fue sencillamente incapaz de sobrellevar lo que percibía como el sombrío futuro de su país.<sup>7</sup>

Al mismo tiempo, conviene tener en cuenta que –por lo menos durante el otoño de 1918 y hasta la primavera de 1919– la transformación revolucionaria de Alemania desde una monarquía constitucional, con unos derechos de participación parlamentaria bastante limitados, a una república moderna, gozó del apoyo de la inmensa mayoría de su población. La gente apoyaba aquel trascendental giro de los acontecimientos por convicción, o bien porque tenía la sensación de que la democratización interna del país iba a ser recompensada con unos términos más benévolos en la inminente Conferencia de Paz de París.<sup>8</sup>

Cuando la monarquía fue derrocada en Alemania el 9 de noviembre, los poderes para la toma de decisiones fueron asumidos por el Consejo de Delegados del Pueblo (*Rat der Volksbeauftragten*), que reunificó brevemente los dos partidos socialdemócratas que se habían escindido en 1917 debido a sus actitudes divergentes respecto a la guerra: el Partido Socialdemócrata de la Mayoría (MSPD), moderado, y el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), más radical. El Consejo estaba formado por tres miembros de cada partido, y estaba presidido por Friedrich Ebert, veterano funcionario del Partido Socialdemócrata con unas impecables credenciales de clase trabajadora. Ebert, el primer «hombre del pueblo» que gobernaba Alemania desde la fundación del Reich en 1871, acabó convirtiéndose en una figura central de la Revolución de Noviembre. Ebert, futuro primer presidente de la República de Weimar (un cargo que ocupó hasta su prematura muerte en 1925), era de origen humilde. Nació en 1871 en la ciudad universitaria de Heidelberg, era hijo de un sastre, y se formó como aprendiz de talabartero, al tiempo que empezó a participar en el incipiente movimiento sindical. Trabajó en la redacción del periódico socialdemócrata en Bremen, la ciudad del norte de Alemania, pero durante la década de 1890 también fue el gerente de una

taberna, que se convirtió rápidamente en un centro del activismo político local. La fama de Ebert como defensor infatigable de los intereses de la clase trabajadora, unida a su talento para la organización, le aseguraron su elección al Parlamento nacional en 1912, cuando el SPD se convirtió en el partido político más poderoso del Reichstag.<sup>9</sup>

En muchos aspectos, Ebert era un ejemplo típico del pragmatismo que caracterizó a la segunda generación de líderes socialdemócratas en Alemania. A pesar de ser marxista, su principal objetivo político era la mejora gradual de la vida de la clase trabajadora a través de las reformas. En 1913, Ebert fue elegido copresidente del SPD, junto con el más radical Hugo Haase, un conocido abogado judío alemán y político socialista, originario de la ciudad de Königsberg, en Prusia Oriental.<sup>10</sup>

Haase, un pacifista, había respetado a regañadientes la disciplina de partido en 1914 y había votado a favor de los créditos de guerra. Pero acabó rompiendo con Ebert en 1917 y se convirtió en el presidente del recién fundado Partido Socialdemócrata Independiente, que exigía la paz inmediata. Mientras tanto, Ebert pensaba que «su maldito deber y obligación», y la del Partido Socialdemócrata de la Mayoría, era colaborar con el Gobierno, así como con el Partido de Centro, más de clase media, y con el Partido Progresista, liberal de izquierdas, a fin de evitar que Alemania se sumiera en un caos como el que caracterizó la experiencia rusa. A pesar de sus orígenes y de sus convicciones marxistas, el objetivo de Ebert fue la transformación de Alemania en un sistema parlamentario, no una revolución de corte bolchevique. Como señalaba Ebert en una conversación con el último canciller del káiser, el príncipe Max von Baden, lo último que deseaba era una revolución comunista: «Yo no quiero eso, de hecho lo detesto con toda mi alma».<sup>11</sup>

La afirmación de Ebert era un reflejo de que, en 1918, el MSPD ya no era un partido revolucionario en el sentido marxista tradicional. Por el contrario, sus políticas se centraban en desarrollar una democracia parlamentaria, en lograr el derecho de voto para las mujeres, la mejora de las condiciones materiales de trabajo y la ampliación del Estado de Bienestar. Todo ello debía lograrse a través de reformas graduales, no de una revolución. Ebert era

plenamente consciente de que, a diferencia de la Rusia zarista, la Alemania imperial no era un Estado autocrático. A pesar de su constitución semiautoritaria, que reservaba al káiser, en vez de al Parlamento, el derecho a nombrar y disolver el Gobierno, el imperio guillermino brindó a las clases trabajadoras una notable capacidad de organizarse, y cierto grado de participación política a través del sufragio universal masculino. Aportó un sistema jurídico y un nivel de seguridad social y económica que en aquella época la mayoría de los rusos no podían ni imaginar. No cabe duda de que en el seno de la sociedad alemana persistían las desigualdades flagrantes, pero en 1914, entre la mayoría de la clase trabajadora se asumía de forma generalizada que se podía conseguir más a través de las reformas que de una revolución. Fue esa constatación lo que hizo que la «Generación de Ebert» rechazara decididamente una toma del poder al estilo bolchevique.<sup>12</sup>

Tras la formación del Consejo de Delegados del Pueblo bajo la presidencia de Ebert, se inició un periodo de calma temporal. No obstante, la creación del Consejo no hizo más que posponer la candente cuestión de la futura dirección de las reformas y de la renovación de Alemania. A diferencia del ala izquierda del USPD, los líderes del MSPD no querían embarcarse en ningún tipo de experimento socialista radical que pudiera suponer el riesgo de una guerra civil y de una invasión de los Aliados. El SPD llevaba muchos años propugnando una renovación democrática de Alemania, de modo que un retorno al mantra de la «guerra de clases» de la ortodoxia marxista habría sido percibido, con razón, como una traición a esa inveterada postura reformista. Ebert y otros destacados socialdemócratas estaban más preocupados por afrontar los problemas más apremiantes del momento: preparar un tratado de paz que pusiera oficialmente fin a la guerra, garantizar un suministro de alimentos adecuado para una población hambrienta, y la desmovilización de varios millones de soldados.<sup>13</sup> Cada uno de esos problemas suponía un enorme desafío para un gobierno sin experiencia. Alemania acababa de perder una guerra de una magnitud y una destructividad sin precedentes –una guerra en la que habían prestado servicio más de trece millones de alemanes (casi el 20 % de la población de 1914), y con dos millones de muertos—. Por añadidura, aproximadamente 2,7 millones de

soldados alemanes habían sufrido daños físicos o psicológicos durante la guerra. A diferencia de lo que ocurría en los estados vencedores de la Gran Guerra, el dilema de cómo justificar el sacrificio de un hijo, de un hermano o de un padre después de perder una guerra preocupó (y dividió) al público alemán durante años, igual que a las poblaciones de todos los demás países europeos que fueron derrotados en otoño de 1918.<sup>14</sup>

Con ese dilema como telón de fondo, el 10 de diciembre de 1918, en la Puerta de Brandeburgo de Berlín, Ebert recibió a las tropas que regresaban del frente con las famosas palabras: «Ningún enemigo os ha vencido». Las palabras de Ebert no eran fruto de ningún delirio, sino más bien surgían del deseo de conseguir el apoyo del Ejército al nuevo régimen ante la posibilidad de una actitud hostil de la oposición de derechas o de los partidarios de una revolución más radical en Alemania. Por esa misma razón, Ebert había llegado a un acuerdo pragmático con el sucesor de Ludendorff en el Alto Mando del Ejército, el general Wilhelm Groener, un acuerdo que a menudo ha sido criticado por quienes lo consideran un pacto faustiano con el antiguo Ejército imperial. El 10 de noviembre, Groener le había garantizado a Ebert la lealtad de las Fuerzas Armadas. A cambio, Ebert prometió que el Gobierno iba a adoptar medidas inmediatas contra cualquier posible sublevación de izquierdas, que iba a convocar elecciones a una Asamblea Nacional, y que el cuerpo de oficiales de carrera iba a seguir ejerciendo el control de la cadena de mando militar.<sup>15</sup>

Así pues, el cambio negociado, y no la agitación violenta, fue el sello distintivo de la fase inicial de la revolución alemana de noviembre de 1918. Eso era válido tanto para el mundo de la política como para el escenario social: el 15 de noviembre, los líderes empresariales y los sindicatos llegaron a un acuerdo sobre el arbitraje de salarios, la implantación de la jornada laboral de ocho horas, y la representación de los trabajadores en las empresas con más de cincuenta empleados. Aquel pacto, conocido como el acuerdo Stinnes-Legien por sus dos principales firmantes –el destacado industrial Hugo Stinnes y el presidente de los Sindicatos Libres, Carl Legien– excluía de antemano una potencial nacionalización desde abajo o la redistribución radical de la propiedad, algo que no interesaba ni a los patronos ni a los

Sindicatos Libres, dominados por el SPD.<sup>16</sup>

Sin embargo, la cuestión del futuro político de Alemania a largo plazo iba a ser decidida por una Asamblea Nacional constituyente elegida democráticamente –o por lo menos eso era lo que pretendían Ebert, el MSPD y algunos sectores del USPD–. Por esa razón, las elecciones a la Asamblea Constituyente se llevaron a cabo lo más rápidamente posible. Cuando se celebraron las elecciones, el 19 de enero de 1919, el electorado votó, por una abrumadora mayoría del 76 %, a los tres partidos que habían defendido firmemente una renovación democrática para Alemania: el MSPD, el progresista Partido Demócrata Alemán (DDP) y el Partido Católico de Centro.<sup>17</sup>

La transformación democrática de Alemania tuvo grandes semejanzas con los acontecimientos de la vecina Austria-Hungría. Sin embargo, allí la transición resultó más compleja debido a que se solaparon una revolución nacional y una revolución social.<sup>18</sup> Antes de la guerra, la Monarquía dual era el tercer Estado más poblado de Europa (después del Imperio ruso y del Reich alemán), y uno de sus imperios con mayor diversidad étnica. A partir de 1918 a menudo se ha sugerido que el hundimiento y la desintegración del Imperio austrohúngaro se debieron principalmente a las fuerzas centrífugas del nacionalismo –una ideología que creció de forma exponencial durante el siglo XIX–. Según esa interpretación, ya trasnochada, la derrota militar de Viena sencillamente brindó a las diferentes nacionalidades que formaban el imperio la oportunidad de hacer realidad la condición de estados independientes que llevaban deseando desde hacía mucho tiempo.<sup>19</sup>

En épocas más recientes, los historiadores han pintado un cuadro diferente: a pesar de que los nacionalismos, en particular los eslavos, suponían un desafío a la existencia del Estado multiétnico, los motivos de la posterior desaparición del imperio hay que buscarlas en los años de la Gran Guerra en sí, más que en los pequeños movimientos nacionalistas de antes de la guerra.<sup>20</sup> Entre los factores a corto plazo que hicieron posible una revolución en Austria-Hungría destacan las privaciones materiales de amplios

sectores de la población, sobre todo en las ciudades de Austria, durante los años de la guerra. A finales de 1917, una parte de su población urbana padecía hambre, lo que incrementó significativamente el potencial para el descontento ciudadano.<sup>21</sup> En un principio, las huelgas en Austria asumieron la forma de protestas contra la subida de los precios y la deficiente distribución de alimentos. Al igual que en Rusia en 1917 y en Alemania en 1918, en última instancia las demandas de «pan y paz» trajeron consigo huelgas generalizadas, sobre todo en enero de 1918. En el plazo de unos días, casi un millón de trabajadores dejó de acudir al trabajo a lo largo y ancho de Austria, Hungría, Galitzia y Moravia; las exigencias de «poner fin a la guerra lo antes posible» y de autodeterminación nacional fueron en aumento.<sup>22</sup> A eso le siguió, a principios de febrero, un efímero motín de los marineros de las bases navales de Pola (Pula) y Cattaro, instigadas por las quejas sobre la escasez de comida y la exigencia de un final inmediato de la guerra.<sup>23</sup>

Al igual que en Alemania, las huelgas y los amotinamientos en Austria-Hungría no provocaron el hundimiento ni del régimen ni del esfuerzo bélico. Lo más importante era que el estado de ánimo general dentro del Ejército estaba cambiando, ya que había sufrido numerosos reveses graves durante la Primera Guerra Mundial. Sobre todo en el Frente Oriental, el Ejército austrohúngaro se encontraba bajo una constante presión y perdía un enorme número de soldados que caían prisioneros. Viena acabó dependiendo cada vez más de la ayuda militar alemana, tanto en Galitzia como en el frente italiano. La suma de aquellas presiones fue intensificándose a medida que se prolongaba la guerra; y durante los últimos meses de la contienda, el Ejército austrohúngaro, que antaño fue uno de los principales pilares del Imperio multiétnico, se desmoronó. En otoño de 1918 el Ejército sufría una gran escasez de suministros y sus soldados pasaban hambre. El creciente número de incidentes de desertión había provocado que el Ejército ya no estuviera en condiciones de combatir eficazmente.<sup>24</sup> Una vez que quedó de manifiesto, con el fracaso de la ofensiva final en Italia y las derrotas de Alemania en el Frente Occidental, que la guerra estaba perdida, el Ejército del Imperio austrohúngaro se desintegró al tiempo que la disciplina militar se vino abajo.<sup>25</sup> Los soldados de etnia no alemana se negaban a seguir luchando por

un imperio que ya parecía abocado a ser sustituido por una serie de estados nacionales independientes. En octubre de 1918, los soldados eslavos y húngaros, reacios a prolongar una guerra perdida, se negaban a obedecer las órdenes.<sup>26</sup> El fin de las lealtades imperiales durante las semanas finales de la guerra iba a dar pie a una versión austriaca del mito alemán de la «puñalada por la espalda»: los más veteranos oficiales austrohúngaros, como los dos jefes de Estado Mayor del Ejército imperial durante la guerra, Franz Conrad von Hötzendorf y Arthur Arz von Straussenburg, posteriormente alegaron que el imperio había sido derrotado por culpa de la negativa a combatir de la población eslava.<sup>27</sup>

El colapso total de la disciplina militar quedó patente el 30 de octubre de 1918, cuando incluso los soldados austriacos de habla alemana de la capital se echaron a las calles de Viena portando escarapelas rojas, mientras que otros lucían escarapelas de color negro, rojo y amarillo –los colores de la revolución progresista panalemana de 1848–. Los soldados y los oficiales de baja graduación, cada vez en mayor número, se sumaron a los movimientos revolucionarios en las principales ciudades del imperio, Viena y Budapest.<sup>28</sup>

Las manifestaciones del 30 de octubre se unieron en torno a los llamamientos a la proclamación de una república y a la puesta en libertad de Friedrich Adler, el hijo radicalizado del fundador del Partido Socialdemócrata de Austria, Victor Adler. Durante la primera década del siglo XX, Friedrich Adler había consolidado su fama como científico de un talento extraordinario. Sin embargo, Adler rechazó la cátedra de Física Teórica en la Universidad de Zúrich (un puesto que posteriormente le fue ofrecido a Albert Einstein, amigo de Adler de toda la vida) para poder dedicarse a la política a tiempo completo. En 1911 fue nombrado secretario general del Partido Socialdemócrata de Austria, pero se peleó con sus camaradas cuando el partido aprobó los créditos de guerra en 1914. Adler, cada vez más radicalizado, sin perder ni un minuto, atacó públicamente a los líderes del partido (incluido su padre) y al *establishment* político de Austria-Hungría en una serie de artículos de prensa y de panfletos. En octubre de 1916, fue más allá y mató a tiros al conde Karl von Stürgkh, ministro-presidente de Cisleitania (la parte septentrional y occidental «austriaca» de la Monarquía

dual), en un acto deliberado de protesta contra la guerra. En un primer momento Adler fue condenado a muerte por el asesinato de von Stürgkh, pero el káiser Carlos lo indultó y le conmutó la sentencia por dieciocho años de cárcel. Uno de los últimos actos de Carlos como emperador fue la puesta en libertad de Adler en noviembre de 1918.<sup>29</sup>

La reaparición de Adler en el escenario político de Viena confirió todavía más fuerza a las manifestaciones, que para entonces habían incluido enérgicas exigencias de abdicación del emperador. El 3 de noviembre, un diario austriaco comparaba gráficamente el estado de ánimo revolucionario que reinaba en Viena con el delirio de la gripe española:

Una fiebre abrasadora ha afectado a muchos de sus habitantes, haciendo estragos en sus cuerpos, y mermando sus sentidos. Sus extremidades se niegan a obedecer; sus cabezas están llenas de la «masa dolorosa» que induce salvajes pesadillas y terribles visiones. Y, exactamente igual que el ciudadano individual, todo el «cuerpo enorme y enfermo» de la ciudad está afectado por un ataque de fiebre, que le priva del vigor que durante tanto tiempo le ha permitido llevar sobre sus hombros su pesada carga. Al igual que una «bandera roja», el febril incendio parpadea, y encuentra su expresión en un grito coreado por cientos de miles de bocas: ¡Revolución!<sup>30</sup>

Una denominada «Guardia Roja», inspirada en los acontecimientos de Rusia, desfilaba por la ciudad, y atraía a los intelectuales de izquierda como el famoso Egon Erwin Kisch y al escritor expresionista Franz Werfel, así como a los soldados y los trabajadores radicalizados. Otto Bauer, el marxista austriaco que posteriormente fue el primer ministro de Asuntos Exteriores de Viena de la posguerra, comentaba con creciente preocupación el giro de los acontecimientos en la ciudad:

Los soldados que regresan a casa, enormemente soliviantados, los hombres y mujeres desesperados y sin trabajo, los militantes que se regodean con un ideal revolucionario romántico se han unido a los discapacitados por la guerra, que querían vengarse de su destino personal contra un orden social reprobable. Se unieron a las mujeres morbosamente agitadas, cuyos maridos han languidecido durante años como prisioneros de guerra, con intelectuales y escritores de todo tipo, que, repentinamente,

ante la idea del socialismo, se llenaron con el radicalismo utópico de los neófitos. Se unieron a los agitadores bolcheviques que Rusia ha enviado de vuelta a su país.<sup>31</sup>

Para entonces, el Estado imperial ya tenía poco que ofrecer en términos de resistencia. Cada día regresaban a Viena y a otras ciudades austriacas miles de exsoldados, muchos de ellos politizados y fuertemente armados.<sup>32</sup> Por supuesto, no todos ellos se mostraban entusiasmados con la derrota y la revolución del imperio. En sus diarios y sus memorias, muchos exoficiales austriacos aludían al espanto de regresar del frente en 1918 a un mundo totalmente hostil de agitación política y social, desencadenada por un colapso temporal de las jerarquías militares y del orden público. Hanns Albin, futuro comandante de las SS y de la policía en la Holanda ocupada durante la Segunda Guerra Mundial, que regresó a la ciudad estiria de Graz en 1918, destacaba su primer contacto con la «chusma roja» como un suceso que le «abrió los ojos». «Cuando por fin llegué a Graz, me encontré con que los comunistas se habían echado a las calles.» Cuando le salió al paso un grupo de soldados comunistas: «Desenfundé mi pistola y me detuvieron. Así era como mi *Heimat* (tierra) me daba la bienvenida».<sup>33</sup>

El hecho de ser detenido por unos soldados de graduación inferior reafirmó la percepción de Rauter de que había vuelto a un «mundo patas arriba», un mundo revolucionario donde las normas y los valores, las jerarquías sociales, las instituciones y las autoridades, hasta entonces incuestionables, de repente se habían vuelto obsoletas. Al ver que les recibían con desórdenes públicos e insultos personales, los contrarrevolucionarios sentían una «amarga rabia» que muy pronto se convirtió en «un ardiente deseo de volver lo antes posible a la existencia de soldado, para plantar cara en nombre de la Patria humillada...» Tan sólo entonces sería posible olvidar «la vergüenza de un sombrío presente».<sup>34</sup>

No obstante, en la fase inicial de la revolución, ese tipo de voces no fue más que la de una minoría, ya que en Europa Central la derecha política parecía paralizada por la derrota y la revolución. Por ejemplo, el 11 de noviembre, Franz Brandl, el superintendente de la policía de Viena, comentaba que en Austria parecía que habían desaparecido las fuerzas de

derechas, mientras que la izquierda dominaba el escenario: «No se ve ni se oye la mínima actividad por parte de los líderes ni del Partido Social Cristiano ni del Partido Nacionalista Alemán. ¡Como si se los hubiera tragado la tierra! ¡Los rojos tienen todas las cartas en su mano!». <sup>35</sup>

A pesar del enorme potencial para la violencia, la revolución austriaca – igual que su homóloga alemana– fue asombrosamente pacífica, y se expresó a través de manifestaciones masivas más que en un golpe de Estado violento. Incluso Friedrich Adler, cuya influencia en la extrema izquierda fue crucial, se oponía abiertamente a una revolución de estilo bolchevique. <sup>36</sup> El 11 de noviembre, el káiser Carlos finalmente aceptó lo inevitable cuando emitió una proclama, redactada con sumo cuidado, donde reconocía el derecho del pueblo austriaco a determinar la futura forma de su Estado, y renunciaba a su propia «participación en la administración del Estado». Omitía conscientemente la palabra «abdicación» con la esperanza de que «su pueblo» decidiera volver a contar con él más adelante. Carlos y su esposa, Zita, partieron para su exilio en Suiza la primavera siguiente. El exmonarca claramente tuvo sus dudas sobre la decisión que tomó en noviembre de 1918, porque en 1921 realizó dos intentos serios, pero en última instancia fallidos, de reclamar el trono de Hungría. Tras el fracaso de su segundo intento de restauración en Budapest, los Aliados deportaron a Carlos a la remota isla portuguesa de Madeira, donde el último emperador de la casa de Habsburgo falleció de neumonía el 1 de abril de 1922, a la edad de treinta y cuatro años. <sup>37</sup>

La Asamblea Nacional provisional que se reunió en Viena el 12 de noviembre de 1918, al día siguiente de la abdicación del emperador, eligió al socialdemócrata Karl Renner como canciller. Al igual que en Alemania, el futuro gobierno se decidiría en unas elecciones generales, que se celebraron el 16 de febrero de 1919, y que dieron lugar a un gobierno de gran coalición entre los dos principales partidos democráticos, el Partido Socialdemócrata y el conservador Partido Social Cristiano. A pesar de las difíciles circunstancias que rodearon el nacimiento de la República de Austria y de la deficiente distribución de alimentos, agravada por la decisión aliada de no levantar el bloqueo económico, muchos austriacos esperaban que el éxito de la

implantación de la democracia haría que los negociadores de paz en París miraran con buenos ojos a la joven república.<sup>38</sup>

Unas esperanzas parecidas se abrigaban en Hungría, donde, a finales de octubre de 1918, el poder del gobierno había ido a parar a manos de un movimiento de coalición democrático encabezado por el conde Mihály Károlyi, un político progresista cuyas ideas estaban arraigadas en la tradición de la Revolución de 1848. Károlyi llevaba mucho tiempo promoviendo un programa político que aspiraba a la independencia de Hungría, y por consiguiente a la revocación del «Compromiso» (*Ausgleich*) de 1867, por el que se establecía la Monarquía dual de Austria-Hungría. Además, Károlyi defendía el sufragio universal y una reforma agraria –una propuesta interesante, teniendo en cuenta que él mismo era uno de los mayores terratenientes de Hungría–. Para alcanzar sus metas, su Partido Unido de la Independencia (generalmente conocido como el Partido de Károlyi) formó una alianza con el Partido Radical, de corte burgués, y con el Partido Socialdemócrata de Hungría, y formó un Comité Nacional. Károlyi se autoproclamó presidente provisional, un papel que se hizo oficial en enero de 1919, cuando el Consejo Nacional lo eligió presidente. Convencido de que la única posibilidad de mantener la integridad territorial de Hungría en el mundo de la posguerra consistía en revocar la unión constitucional con Austria, Károlyi cortó todos los vínculos jurídicos con Viena el 16 de noviembre de 1918. Hungría, que desde 1526 había sido gobernada por la dinastía de los Habsburgo, se convirtió en una república independiente.<sup>39</sup>

Si la secesión y el proceso de democratización de Hungría fueron unos acontecimientos en parte pragmáticos, instigados por el deseo de lograr unos términos favorables para Budapest en las negociaciones de paz, los sucesos revolucionarios de Bulgaria, la primera de las Potencias Centrales en aceptar su derrota, fueron inicialmente más caóticos. A diferencia de Alemania o de Austria-Hungría, Bulgaria había experimentado protestas en contra de la guerra en el interior del país y en el frente desde que los líderes del país decidieron entrar en guerra contra la Entente en octubre de 1915. Los

problemas crónicos de abastecimiento de alimentos, el hastío de la guerra, y el desacuerdo popular con el hecho de combatir en el bando de Alemania y del Imperio otomano, el inveterado rival de Bulgaria en la región, dieron lugar a una sustancial e incesante serie de disturbios en el frente. Entre 1915 y la primavera de 1918, se formó consejo de guerra contra aproximadamente 40.000 soldados búlgaros, de los que 1.500 fueron condenados a muerte y fusilados.<sup>40</sup>

El descontento también fue generalizado en el frente interior, y encontró una forma de expresión en las protestas y los disturbios promovidos por las mujeres de todo el país contra la escasez de alimentos, sobre todo en 1916 y 1918. Los disturbios protagonizados por mujeres tuvieron un impacto significativo en la moral de los soldados en la línea del frente, lo que desencadenó numerosos casos de soldados que se negaban a combatir. Las noticias sobre la Revolución rusa de 1917 y sobre los Catorce Puntos propuestos por el presidente Woodrow Wilson en enero de 1918 alentaron nuevas oleadas de propaganda antimilitarista entre los soldados, y avivaron aún más su deseo de poner fin a la guerra.<sup>41</sup>

A partir del verano de 1918 la situación en el frente se fue haciendo cada vez más insostenible. Las tropas búlgaras, extenuadas por años de combates ininterrumpidos, socavadas por el hundimiento de la moral en el frente interior, e influenciadas por la propaganda antimilitarista de los socialistas y del partido agrario, estaban en un estado de agitación revolucionaria. A Sofía llegaban las cartas alarmantes de los oficiales de la primera línea del frente, advirtiendo de que, a menos que se firmara un tratado de paz antes de mediados de septiembre, el Ejército iba a venirse abajo. En palabras de un soldado en una carta que envió desde el frente: «Nunca en mi vida había visto un descontento tan terrible de tantas personas rendidas, ni tanto sufrimiento». Incluso el comandante en jefe del Ejército búlgaro no tenía más remedio que confesar en una carta que le envió al Gobierno: «Los papeles han cambiado, ahora el mando depende no sólo de los comandantes sino de los subordinados; los soldados dictan su voluntad y su forma de ver las cosas a los comandantes».<sup>42</sup>

Muy pronto la crisis económica y social afectó al Gobierno. El 21 de

junio de 1918 dimitió el primer ministro Vasil Radoslavov. Le sustituyó un gobierno búlgaro presidido por Aleksandr Malinov, un hombre más conciliador, que estaba dispuesto a negociar un acuerdo con la Entente. Sin embargo, al Gobierno se le estaba agotando el tiempo. Ya desde antes de la firma del armisticio de Salónica, el 29 de septiembre, entre Bulgaria y los Aliados, a raíz del importante avance de éstos en el frente macedonio, miles de soldados desilusionados habían empezado a marchar sobre Sofía. Estaban decididos a derrocar el Gobierno y a forzar la abdicación del zar Fernando, al que consideraban el principal responsable de la entrada del país en la guerra en el bando de las Potencias Centrales. Aproximadamente 15.000 soldados se congregaron en Radomir, una pequeña localidad al suroeste de la capital, donde fueron recibidos por Aleksandar Stambolijski, el carismático futuro primer ministro de Bulgaria. Stambolijski, el principal representante del partido Unión Nacional Agraria Búlgara (BANU), y un republicano declarado, había estado encarcelado durante los años de la guerra por arremeter contra el zar en una audiencia privada cuando Fernando optó por alinearse con las Potencias Centrales en 1915, y por publicar los detalles de su confrontación en su periódico.

El 30 de septiembre, cuando el creciente grupo de sublevados llegaba a las afueras de Sofía, se encontró con una fuerza muy motivada de cadetes militares búlgaros leales al zar y de soldados alemanes. Los cadetes ya habían desahogado su ira contra los «traidores» rebeldes dos días antes, cuando retuvieron un tren que transportaba soldados búlgaros heridos procedentes del frente. Tras acusarles de derrotismo y de subversión bolchevique, las tropas leales habían ejecutado a aproximadamente quinientos heridos. A lo largo de los días siguientes procedieron a aplastar la sublevación de Radomir con artillería pesada, y después con arrestos y masacres masivas, en las que murieron aproximadamente 3.000 partidarios de la insurrección y otros 10.000 resultaron heridos.<sup>43</sup>

Los partidarios supervivientes de la sublevación de Radomir, incluido Stambolijski, se escondieron. A ojos de los búlgaros leales al antiguo régimen, la sublevación de Radomir fue un reflejo de la traición interna, lo que venía a demostrar lo profundamente que se había infiltrado la propaganda

comunista en el Ejército, lo que había animado a los soldados rasos a deponer sus armas y a arremeter contra la monarquía. Durante las décadas siguientes, las profundas divisiones internas de la política búlgara se reflejaron en las interpretaciones sumamente diferentes de la rebelión de Radomir, bien como una insurrección de «perjuros» y traidores, o como un suceso que lamentablemente no logró convertirse en una revolución parecida a la de Rusia.<sup>44</sup>

A pesar de la derrota de la rebelión, algunas de sus exigencias más cruciales –la paz a cualquier precio y la democratización del país– de hecho fueron satisfechas con la firma del armisticio y la abdicación del zar Fernando el 4 de octubre, una de las condiciones innegociables de los Aliados para la paz. Aunque Fernando, que huyó del país con destino a una de sus inmensas haciendas en el extranjero, fue sustituido por su hijo mayor, Borís, su marcha fue festejada con razón como el comienzo de una nueva era. Ahora el poder real estaba en manos del Gobierno, que, tras la dimisión de la administración de Malinov en noviembre, estaba formado por una coalición del Partido Socialdemócrata y de la Unión Nacional Agraria Búlgara (BANU). Bajo el liderazgo de Teodor Teodorov, que había estudiado Derecho en Odesa y en París antes de adquirir fama como reformador jurídico progresista y como ministro de Hacienda antes de la guerra, el nuevo Gobierno pasaba a asumir la poco envidiable tarea de llevar la paz a un país que había sufrido lo indecible a lo largo de seis años de guerra casi ininterrumpida.<sup>45</sup>

Desde el inicio de las guerras balcánicas en 1912, Bulgaria había conquistado y vuelto a perder Dobruja Meridional, Macedonia y Tracia Oriental, en medio de un sufrimiento sin precedentes. El Ejército búlgaro sufrió aproximadamente 250.000 bajas, incluidos 150.000 heridos graves. Al igual que en otros lugares de Europa, los lisiados, los mutilados o los que se habían quedado ciegos en la guerra fueron un elemento omnipresente en la vida cotidiana de la Sofía de entreguerras, y también en las ciudades más pequeñas y en los pueblos. Tan sólo durante el año 1918 perecieron de hambre o de enfermedades aproximadamente 180.000 personas en el frente interior. Sin embargo, la magnitud completa de la catástrofe nacional de Bulgaria sólo puede comprenderse si se tienen en cuenta las pérdidas sufridas

en las guerras balcánicas de 1912-1913. De una población total de cinco millones, Bulgaria sufrió aproximadamente 157.000 muertos y 154.000 mil heridos en seis años de combates entre 1912 y 1918. Por añadidura, más de 100.000 refugiados de etnia búlgara habían inundado el país desde los territorios perdidos de Dobruja, Macedonia y Tracia Oriental, lo que planteó dificultades casi insuperables a un Estado derrotado y en quiebra.

Por lo menos en ese aspecto, hubo cierta semejanza entre el caso de Bulgaria y el del Imperio otomano. Aunque Constantinopla no experimentó una revolución socialista como las que se produjeron en otros lugares de Europa entre 1917 y 1919, la derrota militar en la Gran Guerra provocó la caída del Comité de Unidad y Progreso (CUP) que había gobernado el Imperio otomano durante la guerra. Tras la rendición incondicional del imperio en Mudros en octubre de 1918 y la huida a Odesa de los políticos del CUP que habían gobernado hasta entonces, el Partido de la Libertad y el Acuerdo, de corte progresista, saltó a la escena política y gobernó el país durante el periodo del armisticio (1918-1923).<sup>46</sup> Con el apoyo de Mehmet VI, que había sido coronado sultán tan sólo cuatro meses antes, los progresistas no perdieron tiempo a la hora de revocar las políticas del CUP en tiempos de guerra: se animó a los deportados kurdos y a los desplazados supervivientes del genocidio armenio a que regresaran a casa. A raíz de la presión internacional y popular, los nuevos gobernantes incluso promovieron una investigación criminal oficial en enero de 1919 sobre las políticas del CUP durante la guerra. La policía de Constantinopla detuvo a un gran número de destacados dirigentes del CUP en cumplimiento de las órdenes oficiales de arresto contra más de trescientas personas acusadas de asesinatos en masa y de corrupción. Las detenciones prosiguieron a lo largo de la primavera, tras el nombramiento del progresista Damad Ferid Pachá, cuñado del sultán como gran visir.<sup>47</sup>

De una forma no muy distinta de la situación en Europa Central, el nuevo Gobierno de Constantinopla heredó la responsabilidad política de un país que había quedado devastado por la guerra en numerosos aspectos: el Ejército otomano había perdido aproximadamente 800.000 soldados (casi el 25 % de

sus tropas).<sup>48</sup> El número de víctimas civiles era aún mayor. Aparte de más de un millón de armenios que murieron durante las deportaciones genocidas en tiempos de guerra que ordenó el CUP, la Primera Guerra Mundial se cobró por lo menos la vida de dos millones y medio de ciudadanos otomanos. La mayoría eran civiles, que fallecieron por enfermedades o por inanición, a consecuencia del impacto combinado del bloqueo naval anglo-francés, de la mala gestión en la distribución de unos productos alimentarios escasos, y de los efectos de una grave plaga de langosta que provocó la muerte por inanición de una de cada siete personas tan sólo en Siria.<sup>49</sup>

A pesar de un legado tan terrible, en un principio los nuevos gobernantes progresistas del Imperio otomano gozaron del apoyo popular (por lo menos en la capital). Al igual que en los estados vencidos de Europa Central, aquel apoyo se basaba en la vana esperanza de que los gobernantes pudieran lograr un tratado de paz clemente. Aunque, en retrospectiva, el optimismo inicial de lo que el teólogo y filósofo alemán Ernst Troeltsch denominaba «el mundo de ensueño del periodo del armisticio» debería parecerse ingenuo, en aquella época fue un sentimiento muy fuerte en todos los estados derrotados de Europa Central.<sup>50</sup> Al fin y al cabo, desde el punto de vista privilegiado de finales de 1918 y de principios de 1919, parecía que los reformistas moderados habían triunfado en los imperios de las antiguas Potencias Centrales, mientras que los que apoyaban las revoluciones de corte bolchevique habían quedado marginados. Los nuevos gobernantes transmitieron a los negociadores de paz de París su firme convicción de que sus respectivos regímenes habían roto con las tradiciones autocráticas del pasado, con lo que cumplían los criterios esenciales de los Catorce Puntos para una «paz justa» formulados por el presidente Wilson.

Hoy en día resulta fácil desdeñar ese tipo de retórica como algo puramente pragmático, o incluso como un gesto oportunista a la sombra de la derrota. Sin embargo, muchos dirigentes de los estados vencidos, y sobre todo en Europa Central, creían firmemente que ellos habían cumplido allí donde los revolucionarios progresistas de 1848 habían fracasado. No es de extrañar que la República de Weimar, que lleva el nombre de la ciudad del centro de Alemania donde se convocó la Asamblea Constituyente en enero de

1919, adoptara el estandarte negro, rojo y amarillo de la Revolución de 1848 como bandera nacional. Mientras tanto, en Austria, los demócratas celebraban la coincidencia histórica de que la República de Austria alemana (*Deutsch-Österreich*) naciera casi exactamente setenta años después de la victoria del príncipe Windisch-Graetz, mariscal de campo del Ejército austriaco, sobre la revolución vienesa de 1848.<sup>51</sup> El significado de todo aquello era evidente para cualquiera: los revolucionarios moderados de 1918 iban a corregir los erróneos acontecimientos políticos que venían produciéndose desde 1848. La democracia liberal que no logró nacer entonces, había salido finalmente vencedora.

## Radicalización

Si a finales del otoño de 1918 daba la impresión de que la democracia se había convertido en la modalidad indiscutible de gobierno del Estado en Europa Central, aquel invierno la situación cambió, ya que las tensiones aún sin resolver entre revolucionarios moderados y radicales estallaron violentamente. En Alemania, el Partido Socialdemócrata de la Mayoría (MSPD) se mantenía inflexible en que tan sólo una Asamblea Nacional elegida democráticamente podía decidir sobre la futura constitución del país. Sin embargo, no todo el mundo estaba dispuesto a aceptar aquella postura. Los representantes del ala izquierda del Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), la denominada «Liga Espartaquista» (por el nombre del cabecilla de la mayor sublevación de esclavos de la antigua Roma), rechazaba la idea de una Asamblea Nacional y prefería un sistema político en que todo el poder estuviera en las manos de las asambleas de soldados y trabajadores. Los espartaquistas acabaron uniendo sus fuerzas con las de otras facciones escindidas de la izquierda radical para formar el Partido Comunista de Alemania (KPD) a finales de 1918.<sup>1</sup>

En aquel momento, las dos figuras dominantes de la izquierda comunista en Alemania eran Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Liebknecht, que probablemente fue el defensor más destacado de un cambio radical fuera de Rusia, pertenecía a la familia socialista más distinguida de Alemania. Nacido en Leipzig en 1871, era hijo de Wilhelm Liebknecht, íntimo amigo de Karl Marx y, junto con August Bebel, que ocupó durante muchos años el puesto de presidente del SPD, uno de los padres fundadores de la socialdemocracia. Karl Liebknecht era bastante más radical que su padre. Tras estudiar Derecho

y Economía política en las universidades de Leipzig y Berlín, montó un bufete de abogados en Berlín en 1899, y se especializó en defender a sus camaradas socialistas ante los tribunales alemanes.<sup>2</sup>

En 1907, Liebknecht fue procesado por sus escritos antimilitaristas y condenado a dieciocho meses de cárcel. Su encarcelamiento únicamente sirvió para mejorar su posición entre sus seguidores. Liebknecht fue elegido diputado del Reichstag por el PSD en 1912. En 1914 fue el único miembro del Parlamento que votó en contra de los créditos de guerra. Liebknecht y otros destacados izquierdistas críticos con la guerra –entre ellos Rosa Luxemburgo y Clara Zetkin, pionera del movimiento de mujeres socialistas– muy pronto formaron su propia organización dentro del SPD: el «Grupo de la Internacional», que cambió su nombre a Liga Espartaquista en 1916. En sus panfletos de publicación periódica, *Spartakusbriefe* (Cartas espartaquistas), Liebknecht y sus seguidores hacían un llamamiento a una revolución socialista y a poner de inmediato fin a la guerra. La publicación fue prohibida al cabo de poco tiempo, lo que no es de extrañar, y Liebknecht –a pesar de que supuestamente gozaba de inmunidad por ser diputado– fue detenido y enviado al Frente Oriental. Tras quedar exento del servicio militar activo en 1915 a causa de su mala salud, fue detenido de nuevo el Primero de Mayo de 1916 por encabezar una manifestación ilegal contra la guerra en la Potsdamer Platz de Berlín. En aquella ocasión le condenaron a cuatro años de cárcel por alta traición. Fue puesto en libertad a finales de octubre de 1918, cuando se decretó una amnistía para los presos políticos en el marco de la democratización general del Imperio alemán, y regresó a Berlín. Allí Liebknecht se puso al frente de otra manifestación contra la guerra que culminó en una marcha de gran contenido simbólico hasta la embajada rusa, donde los miembros de la delegación bolchevique celebraron una recepción en su honor.<sup>3</sup>

La aliada más importante de Liebknecht en las semanas y los meses posteriores a la guerra fue la activista e intelectual marxista Rosa Luxemburgo, nacida en Polonia, con la que Liebknecht compartía la dirección del buque insignia de las publicaciones comunistas, *Die Rote Fahne* (La bandera roja). Róża Luksemburg nació en 1871 en la ciudad de Zamość,

que entonces formaba parte de Rusia, y era la hija menor de un comerciante de madera judío no practicante que ofreció a todas sus hijas una amplia educación humanista. Rosa había participado en actividades revolucionarias siendo aún escolar en Varsovia, y tuvo que huir de la ciudad para evitar ser perseguida por la policía zarista. A partir de 1889 vivió en Zúrich, uno de los centros de los refugiados socialistas de toda Europa. Allí, su pareja, Leo Jogiches, un socialista de Vilna, le prestó apoyo material durante los estudios que Rosa cursó en la Universidad de Zúrich. También la ayudó a fundar el Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania, entre cuyos miembros figuraba el futuro director de la Checa en Rusia, Félix Dzerdzhinski.<sup>4</sup>

En 1898, Luxemburgo obtuvo la ciudadanía alemana gracias a su matrimonio con Gustav Lübeck, el único hijo de la familia que la había acogido en su casa de Zúrich, al tiempo que mantenía su relación sentimental con Jogiches. Rosa se trasladó a Berlín aquel mismo año, se afilió de inmediato al SPD y participó activamente en la polémica que tuvo lugar en aquel momento entre socialdemócratas reformistas y revolucionarios. Rosa, una defensora radical de la revolución, fue encarcelada tres veces entre 1904 y 1906, y de nuevo durante la Gran Guerra, pero durante su condena siguió adelante con su activismo político a favor de la paz y la revolución a través de una serie de panfletos que sus camaradas sacaban clandestinamente de su celda de la prisión de Breslavia. Tras su puesta en libertad a principios de noviembre de 1918, regresó a Berlín, donde, junto con Liebknecht, se convirtió en una de las principales líderes de la izquierda radical.<sup>5</sup>

Con la consigna «¡Todo el poder a las asambleas!» Luxemburgo y Liebknecht exigían constantemente «una segunda revolución», sobre todo en los artículos que publicaban en *Die Rote Fahne*. El 18 de noviembre, diez días después de su salida de la cárcel de Breslavia, Luxemburgo exigía una continuación de la revolución más allá del derrocamiento del Estado imperial: «Scheidemann-Ebert son los líderes designados de la Revolución alemana en su fase actual. Pero la Revolución no se queda quieta. Su ley de vida es el progreso rápido...».<sup>6</sup>

Lo tensas que habían llegado a ser las relaciones entre las distintas facciones en el seno del movimiento obrero alemán quedó de manifiesto

durante las Navidades de 1918, cuando finalmente estalló un conflicto que llevaba gestándose mucho tiempo entre la izquierdista División de la Marina Popular (*Volksmarinedivision*) y el comandante militar de Berlín, Otto Wels, del MSPD. A Wels le parecía una amenaza la División de la Marina Popular, una unidad armada ubicada en la capital que aparentemente prefería una revolución al estilo bolchevique. Wels insistía en una reducción sustancial de la División, y retuvo los salarios de los soldados como medida de presión. Como respuesta, el 23 de diciembre los marineros amotinados hicieron prisionero a Wels. El canciller, Friedrich Ebert, reaccionó rápidamente: sin consultarlo con su socio de coalición, el USPD, pidió la ayuda inmediata del Ejército. Los sangrientos combates que se produjeron a continuación en el centro de la ciudad, alrededor del Palacio Imperial de los Hohenzollern concluyeron con una bochornosa derrota de las tropas del Gobierno.<sup>7</sup>

La «batalla de Nochebuena» vino a acentuar la relativa debilidad del Gobierno de Ebert, y tuvo dos consecuencias inmediatas. La primera fue el fin de la efímera alianza pragmática entre el USPD y el MSPD. El 29 de diciembre, los tres representantes del USPD abandonaban el Consejo de Delegados del Pueblo, al tiempo que protestaban enérgicamente contra la decisión unilateral de Ebert de enviar tropas contra los marineros. Y la segunda fue que el primer ministro de Prusia, Paul Hirsch, del MSPD, decidió destituir al jefe de la policía de Berlín, Emil Eichhorn, del USPD, que había ordenado a la Guardia de Seguridad (*Sicherheitswehr*) de Berlín que acudiera en ayuda de la División de la Marina Popular.<sup>8</sup> El USPD y la izquierda más radical, incluido el KPD, reaccionaron ante lo que consideraron una provocación deliberada convocando una manifestación masiva contra el Gobierno de Ebert el 5 de enero de 1919. La situación degeneró rápidamente. Un grupo de manifestantes armados ocupó el edificio del *Vorwärts*, el diario socialdemócrata, así como otras editoriales del barrio de la prensa de Berlín. El 5 de enero por la tarde, después de aquellas acciones espontáneas, tuvo lugar la formación de un «Comité Revolucionario», al tiempo que Liebknecht añadía más leña al fuego exigiendo el «derrocamiento del Gobierno de Ebert-Scheidemann». El doble objetivo de la «sublevación espartaquista» era impedir la celebración de las elecciones a la Asamblea Nacional previstas

para finales de enero, y poner en marcha una «dictadura del proletariado».<sup>9</sup>

Aunque la base de poder de la Liga Espartaquista era reducida, su existencia misma era motivo de preocupación entre los principales dirigentes del MSPD. Ebert se tomaba la amenaza muy en serio. Para él, la revolución bolchevique de Rusia ofrecía un ejemplo elocuente de cómo una minoría de radicales decididos podían arrebatarle el control a un gobierno más moderado, aunque distaran mucho de contar con el apoyo de la mayoría de la población. A juicio de Ebert, la sublevación comunista que tuvo lugar en Berlín a principios de enero de 1919 tenía algo más que una semejanza pasajera con la intentona de los bolcheviques de hacerse con el poder en otoño de 1917, que coronaron con éxito. Ebert estaba absolutamente decidido a evitar que se repitieran en Berlín los sucesos de Petrogrado, por la fuerza si era necesario.<sup>10</sup>

Una figura crucial en la resolución de aquella situación fue Gustav Noske, el experto militar del MSPD, que, tras la dimisión del Gobierno de los delegados del USPD, había asumido la responsabilidad del Ejército y de la Armada en el Consejo de Delegados del Pueblo. Con las famosas palabras «alguien tiene que ser el perro de presa, y yo no rehúyo esa responsabilidad», Noske asumió el mando de las tropas del Gobierno estacionadas en Berlín y sus alrededores.<sup>11</sup> Su misión era restablecer «la ley y el orden» con todos los medios disponibles. Para ello, no sólo contó con las tropas regulares, sino sobre todo con los voluntarios de los *Freikorps*, algunos de los cuales habían prestado servicio en Alemania durante el invierno de 1918-1919 antes de incorporarse a la campaña militar del Báltico que tuvo lugar a lo largo de los meses siguientes.<sup>12</sup>

Al recurrir a los voluntarios para liquidar la aparente amenaza del bolchevismo que se cernía sobre la capital de Alemania, Noske estaba pidiendo el apoyo de los miembros de la sociedad alemana que más habían detestado la revolución y más se habían opuesto a ella desde el principio, y que llevaban dos meses esperando una oportunidad para un ajuste de cuentas. No iban a luchar *en defensa* de la República, sino en contra del «bolchevismo». En los *Freikorps*, los antiguos soldados de la línea del frente, enfurecidos por la derrota y la posterior revolución, unieron sus fuerzas con

las de los cadetes inexpertos y los estudiantes de derechas, que compensaron su falta de experiencia en combate por el procedimiento de superar a los veteranos de guerra en términos de radicalismo, activismo y brutalidad.

Para muchos de aquellos voluntarios más jóvenes, que habían alcanzado la mayoría de edad en medio de una atmósfera belicosa saturada de relatos de derramamiento de sangre y heroísmo, pero que se habían perdido la experiencia directa de las «tempestades de acero», las milicias suponían una grata oportunidad de vivir una existencia guerrera que tenían idealizada. Como observaba un jefe de las milicias, muchos voluntarios jóvenes intentaban impresionar a sus superiores mediante una «tosca conducta militarista», que «se cultivaba como una virtud entre grandes sectores de la juventud de la posguerra», y que afectó profundamente al tono y a la atmósfera generales en el seno de las organizaciones paramilitares a partir de 1918.<sup>13</sup> Después de alistarse en las unidades paramilitares dominadas por antiguos oficiales de las tropas de choque, los voluntarios más jóvenes estaban ansiosos por demostrar su valía en una comunidad de guerreros y de «héroes de guerra» que a menudo lucían numerosas condecoraciones.<sup>14</sup>

Juntos, los veteranos curtidos en los combates de la Gran Guerra y los jóvenes voluntarios «románticos» formaron explosivas subculturas íntegramente masculinas donde la violencia brutal era una forma aceptable, cuando no deseable, de expresión política. La acción, no la ideología, era la característica que definía a aquellos grupos. Lo que les empujaba no era una visión revolucionaria de una nueva utopía política, sino una retórica común sobre el restablecimiento del orden entrelazada con una serie de antipatías sociales.<sup>15</sup> En acusado contraste con el desorden que las rodeaba, las milicias ofrecían unas jerarquías claramente definidas y una sensación familiar de pertenencia y de finalidad. Los grupos paramilitares eran bastiones de camaradería y «orden» marcial en medio de lo que los activistas percibían como un mundo hostil de igualitarismo democrático y de internacionalismo comunista. Lo que mantenía unidos a aquellos grupos era ese espíritu de rebeldía, unido al deseo de formar parte de un proyecto de posguerra que diera significado a lo que ahora se antojaba una experiencia sin sentido de muertes masivas y de derrota durante la guerra. Sus miembros se veían a sí

mismos como el núcleo de una «nueva sociedad» de guerreros, que representaba a un tiempo los valores eternos de la nación y los nuevos conceptos autoritarios de un Estado donde pudiera prosperar esa nación.<sup>16</sup>

Uno de ellos, Ernst von Salomon, que en 1918 había vivido la revolución inmediatamente posterior a la guerra siendo un cadete de dieciséis años, describía su percepción de la revolución en su novela autobiográfica *Die Geächteten* (Los proscritos), publicada en 1923:

Detrás de la bandera [roja] iba agolpándose la multitud de forma desordenada. Las mujeres marchaban delante. Se abrían paso a empujones con sus amplias faldas, y la piel grisácea de sus rostros colgaba formando arrugas sobre sus huesos angulosos. [...] Los hombres, viejos y jóvenes, soldados y trabajadores, y muchos pequeños burgueses entre ellos, caminaban con rostros inexpresivos y extenuados. [...] Así era como desfilaban los paladines de la Revolución. ¿Acaso la resplandeciente llama de la revolución podía brotar de aquella sombría multitud, acaso aquellos hombres y mujeres iban a hacer realidad el sueño de la sangre y las barricadas? Imposible capitular ante ellos. [...] Yo me burlaba de sus reivindicaciones, que no conocían ni el orgullo ni la confianza en la victoria. [...] Me puse en pie, bien erguido, y pensé «chusma», «jauría», «escoria», mientras miraba de reojo aquellas figuras huecas, en la indigencia; como las ratas, pensaba, que llevan sobre sus espaldas el polvo de las alcantarillas...<sup>17</sup>

Al igual que Salomon, a muchos antiguos soldados de la línea del frente les ofendía profundamente el estallido de la revolución en 1918, y sentían que sus sacrificios habían sido traicionados por el frente interior. En ocasiones, los partidarios de las asambleas de trabajadores y soldados desarmaban, insultaban y despojaban de sus charreteras a los soldados de las unidades que volvían del frente a su paso por alguna ciudad. Otros no se sentían bienvenidos por sus familias, porque su larga ausencia y la consiguiente merma de los ingresos familiares no se había justificado con la victoria –un tema que Joseph Roth examina en *Das Spinnennetz* (La tela de araña), su famosa e increíblemente perspicaz novela, publicada en 1923–. La novela de Roth gira en torno a los disturbios de la posguerra en Berlín: el protagonista del libro, el teniente Theodor Lohse, es uno de los muchos oficiales desmovilizados de las Potencias Centrales, para quien la derrota en la Gran

Guerra supone un importante motivo de movilización política contra el orden de la posguerra. Obligado a ganarse un exiguo sustento como profesor particular en casa de un adinerado empresario judío, Lohse muy pronto se desespera ante lo que percibe como una humillación nacional provocada por el colapso militar y la hostilidad con la que le recibe su propia familia a su regreso de los campos de batalla de Flandes:

Su madre y sus hermanas [...] no podían perdonarle a Theodor, que había sido mencionado en dos ocasiones en los partes como héroe de guerra, no haber cumplido su deber como teniente, que consistía en haber caído en combate. Un hijo muerto siempre habría sido el orgullo de la familia. Un teniente desmovilizado y víctima de la revolución era una carga para las mujeres.

Habría podido decirle a sus hermanas que él no era culpable de su infortunio; que maldecía la revolución; que alimentaba un gran odio hacia los socialistas y los judíos; que cargaba con todos y cada uno de sus días como un doloroso yugo sobre su cuello arqueado y desnudo, y que se imaginaba a sí mismo encerrado en la época que le había tocado vivir como si en una mazmorra sin sol.<sup>18</sup>

Para Lohse, la única vía de escape de la «mazmorra sin sol» de una existencia invalidada es la posibilidad de prolongar la guerra por otros medios. Por consiguiente, se alista de inmediato a una de las muchas organizaciones paramilitares que brotaron como hongos en la Europa de posguerra y que encarnaban un importante problema que tuvo que afrontar la mayor parte del continente durante los años inmediatamente posteriores a 1918: mucha gente era incapaz de dejar atrás la guerra y de aceptar la llegada de la paz. Como decía en sus memorias uno de los más destacados miembros de carne y hueso de los *Freikorps*, Friedrich Wilhelm Heinz: «Cuando nos decían que la guerra había terminado nos reíamos, porque nosotros *éramos* la guerra».<sup>19</sup>

La ausencia de soldados aliados en territorio alemán antes del 11 de noviembre, fecha del fin oficial de las hostilidades, dio pie a convincentes teorías de la conspiración, que afirmaban que en realidad las Potencias Centrales no habían sido derrotadas desde fuera sino que únicamente se

habían venido abajo a consecuencia de una «puñalada por la espalda» por parte de elementos subversivos o de «quintas columnas» en el frente interior. En Alemania, donde ese sentimiento fue más generalizado, personas como Paul von Hindenburg, exjefe del Alto Mando alemán (y futuro presidente de la República), que promovieron la idea de que el Ejército «no había sido derrotado en el campo de batalla», podían aprovechar los antiguos y ya arraigados relatos que hablaban de traición; entre ellos cabe destacar la leyenda medieval de los nibelungos, en la que Sigfrido, el héroe germánico, es ensartado con una lanza a sangre fría y por la espalda por el malo de la historia, Hagen. Su versión moderna, posterior a 1918, ponía el acento en las conspiraciones internacionalistas y en la traición en el frente interior como causas principales de la derrota de Alemania, una idea que iba a convertirse en piedra angular de las creencias de la derecha en la Alemania de entreguerras.<sup>20</sup>

Un elemento crucial del mito de la puñalada por la espalda era la idea, en ocasiones implícita, pero más a menudo explícita, de que aquella traición debía ser vengada en un «día del ajuste de cuentas», en que se combatiría al «enemigo interior» de forma implacable y despiadada. Como destacaba Manfred von Killinger, el tristemente célebre jefe de uno de los *Freikorps*, antiguo oficial de la Armada y futuro embajador nazi en Bucarest, en una carta a su familia: «Me he hecho una promesa a mí mismo, papá. Sin ofrecer resistencia armada, le he entregado mi lancha torpedera a los enemigos y he visto cómo arriaban mi bandera. He jurado vengarme de los responsables de esto».<sup>21</sup>

Así pues, la decisión de Noske de recurrir a personas como Killinger en el intento de reprimir lo que él percibía como una amenaza bolchevique brindó a aquellos hombres una oportunidad avalada por el Estado de hacer realidad sus fantasías de represalia violenta. El odio acumulado contra la Revolución de Noviembre y los que la apoyaron estalló justamente en Berlín en enero de 1919, durante la represión de la «sublevación espartaquista». El 11 de enero, los *Freikorps* marcharon contra Berlín, y ese mismo día tomaron al asalto el barrio de la prensa. Hicieron prisioneros a cinco ocupantes comunistas del edificio del diario *Vorwärts* mientras intentaban negociar los términos de su

rendición, y los asesinaron a tiros, junto con otros dos mensajeros que habían interceptado. En total, murieron aproximadamente doscientas personas en los encarnizados combates callejeros, y otras cuatrocientas fueron detenidas. Aquella tarde, Noske encabezó un desfile militar por el centro de Berlín para celebrar la victoria de sus fuerzas del orden sobre sus adversarios comunistas.<sup>22</sup>

Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, los dos miembros más destacados del Comité Central del Partido Comunista, intentaron escapar de las matanzas de represalia escondiéndose y cambiando constantemente de residencia en Berlín. Su último escondite fue en un apartamento del acomodado barrio de Wilmersdorf. Allí escribieron sus últimos artículos para *Die Rote Fahne*. Liebknecht publicó su fogoso texto titulado «Trotz alledem!» (¡A pesar de todo!), donde admitía la derrota provisional pero hacía un llamamiento a sus seguidores para que perseveraran. Aún no había llegado el momento propicio para una revolución comunista, afirmaba: «El horrendo alud de barro contrarrevolucionario por parte de elementos retrógrados del pueblo y de las clases acaudaladas la han asfixiado». Y sin embargo: «Los derrotados de hoy serán los vencedores de mañana».<sup>23</sup> Luxemburgo se hacía eco de esos sentimientos en un elocuente ensayo sarcásticamente titulado «El orden reina en Berlín»: «¡Estúpidos esbirros! Vuestro “orden” está edificado sobre arena. Mañana la revolución “se elevará de nuevo con estruendo hacia lo alto”, y proclamará, para horror vuestro, al son de las trompetas: “¡Fui, soy, y seré!”».<sup>24</sup>

El 15 de enero de 1919, a última hora de la tarde, un grupo de paramilitares de derechas irrumpió en el apartamento. Liebknecht y Luxemburgo fueron detenidos y entregados a la Garde-Kavallerie-Schützen-Division, una unidad de élite del antiguo Ejército imperial, que para entonces estaba bajo el mando de un notorio antibolchevique, el capitán Waldemar Pabst.<sup>25</sup> En el cuartel general de la división, instalado en el lujoso hotel Eden, los soldados agredieron a Liebknecht, le escupieron, y le golpearon con las culatas de sus fusiles hasta que perdió el conocimiento. Aquella misma noche, a las 22.45, trasladaron en coche al líder comunista, que había quedado inconsciente, hasta el parque más grande del centro de Berlín, el

Tiergarten, y lo asesinaron con tres tiros a quemarropa.<sup>26</sup>

Luxemburgo estaba sentada en el despacho provisional de Pabst, leyendo el *Fausto* de Goethe cuando los soldados regresaron al hotel. También a ella la golpearon dos veces con la culata de un fusil. Introdujeron a Rosa, que sangraba abundantemente, en un coche. Tras un breve trayecto, un teniente saltó sobre el estribo izquierdo del automóvil y asesinó a Luxemburgo con un único tiro en la cabeza. Arrojaron su cadáver al Landwehrkanal, y su cuerpo fue encontrado al cabo de varias semanas.<sup>27</sup>

Incluso después de la represión de la «sublevación espartaquista», la situación en la capital alemana siguió siendo inestable –tanto es así que la Asamblea Nacional Constituyente recién elegida se reunía en Weimar, una ciudad de provincias, en vez de en Berlín–. Durante la primavera de 1919, algunas zonas de Alemania siguieron viéndose afectadas por los disturbios revolucionarios. En las zonas industriales del valle del Ruhr y de Alemania Central una serie de huelgas exigía la nacionalización de la industria minera. En Dresde, el ministro de la Guerra de Sajonia, Gustav Neuring, fue arrojado al río Elba y asesinado a tiros cuando intentaba llegar a la orilla. Cuando, el 9 de marzo de 1919, como respuesta a las huelgas y los desórdenes que tenían lugar en Berlín, Noske ordenó a las tropas del Gobierno que dispararan sin previo aviso a cualquier persona que empuñara un arma, sus hombres provocaron el caos en la capital. Las fuerzas del Gobierno se lanzaron sobre sus adversarios utilizando ametralladoras, tanques, e incluso aviones para lanzar unas cuantas bombas, dejando un saldo de mil muertos. La sublevación de marzo también brindó un grato pretexto para un ajuste de cuentas largamente esperado: los soldados del Gobierno asesinaron a Leo Jogisches, la antigua pareja de Luxemburgo y su sucesor como director de *Die Rote Fahne*, así como a veintinueve integrantes de la División Naval Popular, que había provocado la humillante derrota del Ejército en la batalla de Nochebuena en 1918.<sup>28</sup>

Los disturbios también se extendieron a Múnich, donde la revolución, inicialmente incruenta, se radicalizó durante la primavera de 1919. Anteriormente, a principios de noviembre de 1918, las manifestaciones callejeras habían obligado al rey de Baviera, Luis III, a abdicar y a huir a

Austria. Una Asamblea Socialista de Obreros, Soldados y Campesinos proclamó una República Bávara independiente bajo el liderazgo de Kurt Eisner, el crítico teatral judío del periódico *Münchener Post*. Eisner era un berlinés que parecía casi un estereotipo de los intelectuales de izquierdas que frecuentaban los cafés en el barrio bohemio de Schwabing. Había sido director del *Vorwärts* en 1899, pero fue despedido en 1905. Entonces Eisner se trasladó a Baviera, donde siguió trabajando como periodista. Durante aquella época sus ideas se fueron haciendo cada vez más de extrema izquierda. Durante la primavera de 1917, Eisner fundó el USPD (Partido Socialdemócrata Independiente) de Baviera, y apoyó una huelga general nacional en enero de 1918.<sup>29</sup> Su participación en la huelga le valió una condena, y se pasó los siguientes ocho meses y medio en la cárcel de Stadelheim. El 15 de octubre fue puesto en libertad repentinamente, y muy pronto se convirtió en el líder de la revolución en Baviera.<sup>30</sup>

Eisner era un hombre excéntrico, y estaba empeñado en impulsar un cambio revolucionario. En calidad de primer ministro de Baviera filtró documentos que a su juicio demostraban que la guerra de 1914 había sido provocada por «una pequeña horda de militares prusianos enloquecidos», así como por una «alianza» de industriales, capitalistas, políticos y príncipes.<sup>31</sup> En un congreso internacional de organizaciones socialistas que se celebró en la ciudad suiza de Berna en febrero de 1919, Eisner arremetió contra el Gobierno de Ebert por negarse a reconocer la culpabilidad de Alemania en el estallido de la guerra en 1914. Ni el mensaje en sí ni el momento elegido para transmitirlo (al principio de la Conferencia de Paz de París) contribuyeron demasiado a que el Gobierno de Eisner se granjeara el cariño de los círculos conservadores.<sup>32</sup>

Aunque creía firmemente en las reformas radicales, Eisner no se oponía a los principios de la democracia y convocó elecciones generales al Parlamento bávaro el 12 de enero de 1919, en las que su Partido Socialdemócrata Independiente sufrió una derrota aplastante, ya que tan sólo consiguió tres escaños de un total de 156. En el momento en que Eisner se dirigía a pie al Parlamento para presentar su dimisión, fue asesinado de un tiro por la espalda por el conde Anton Arco-Valley, un estudiante de Derecho nacionalista de

veintidós años.<sup>33</sup> Como represalia por aquel atentado contra el líder del USPD de Baviera, un socialista radical, Alois Lindner, entró en el Parlamento bávaro y abrió fuego, matando a dos personas y dejando malherido al líder del Partido Socialdemócrata de la Mayoría de Baviera, Erhard Auer.<sup>34</sup>

Tras el asesinato de Eisner y el intento de asesinato de Auer, el Parlamento bávaro eligió ministro-presidente a Johannes Hoffmann, exmaestro y dirigente del MSDP. Pero la extrema izquierda no estaba dispuesta a aceptar el nuevo Gobierno. El 2 de abril, los socialistas de la ciudad de Augsburgo hicieron un llamamiento a la creación de una República Soviética de Baviera, un paso inspirado en los acontecimientos que recientemente se habían producido en Hungría, donde, el 22 de marzo, el líder comunista Béla Kun había proclamado una República Soviética, al tiempo que invocaba a los radicales bávaros y austriacos a seguir su ejemplo.<sup>35</sup>

«Las noticias procedentes de Hungría cayeron como una bomba en Múnich», escribía Erich Mühsam, el ensayista y poeta anarquista, en la capital bávara.<sup>36</sup> Baviera volvió a sumirse una vez más en un estado de agitación revolucionaria. Bajo el liderazgo de un exmaestro, Ernst Niekisch, el Consejo Central de la República de Baviera anunció que el Gobierno electo presidido por Johannes Hoffmann quedaba disuelto, al tiempo que proclamaba una República Soviética. Sin embargo, ya desde un principio, la República Soviética de Múnich no pudo recabar demasiado apoyo en Baviera, un estado mayoritariamente agrario, conservador y católico. Entre los líderes del nuevo régimen predominaban los intelectuales urbanos (y a menudo judíos) del barrio de Schwabing, como Ernst Toller, poeta y bohemio de veinticinco años, o Gustav Landauer, escritor anarquista y traductor de Shakespeare. La agenda de los revolucionarios era tan ambiciosa como poco realista: tan sólo habría podido aplicarse en un Estado mucho más disperso y maltrecho que Baviera. Preveía la nacionalización de los bancos y de las grandes empresas industriales; la emisión de «dinero gratis» para abolir el capitalismo; y que las universidades fueran gestionadas por los estudiantes. La prensa debía estar sometida a la censura de la Oficina de Ilustración e Instrucción Pública presidida por Landauer.<sup>37</sup>

Las noticias de los sucesos de Múnich fueron gratamente acogidas por los bolcheviques rusos como un indicio de la inminencia de una revolución comunista en toda Alemania. Grigori Zinóviev, miembro del Politburó y presidente de la recién fundada Internacional Comunista, envió un mensaje entusiasta desde Moscú: «Estamos profundamente convencidos de que no está muy lejos el momento en que toda Alemania será una República Soviética. La Internacional Comunista es consciente de que en Alemania ustedes ahora están luchando en los puestos de máxima responsabilidad, donde se decidirá el destino inmediato de la revolución proletaria a lo largo y ancho de toda Europa». <sup>38</sup> Otros contemporáneos se mostraban de acuerdo, aunque ponían objeciones al comunismo. Thomas Mann, un hombre políticamente conservador, que posteriormente sería galardonado con el Premio Nobel de Literatura, y que a la sazón vivía en Múnich, estaba convencido de que tarde o temprano la revolución bolchevique iba a extenderse: «Cabe suponer que el resto de Alemania vendrá después», anotaba Mann en su diario el 7 de abril de 1919. <sup>39</sup>

Desde París y otras capitales occidentales, los Aliados observaban cada vez con mayor preocupación los acontecimientos que se estaban produciendo en Europa Oriental y Central. Robert Lansing, secretario de Estado estadounidense, afirmaba el 4 de abril de 1919 que «Europa Central es pasto de las llamas de la anarquía; la gente no ve ninguna esperanza; los ejércitos rojos de Rusia marchan hacia el oeste. Hungría ha caído en las garras de los revolucionarios; Berlín, Viena y Múnich se están inclinando a favor de los bolcheviques. [...] Ya es hora de que dejemos de tocar la lira mientras el mundo es pasto de las llamas...». <sup>40</sup>

Mientras tanto, el Gobierno de Hoffmann había huido de Múnich y había optado por la seguridad de Bamberg, en Franconia Septentrional, de la misma forma que la Asamblea Nacional alemana había huido de Berlín para instalarse en Weimar. No obstante, Hoffmann no estaba dispuesto a aceptar el *putsch* de Múnich sin presentar batalla. El 13 de abril de 1919, Domingo de Ramos, una milicia republicana bávara leal al Gobierno de Hoffmann intentó derrocar por la fuerza la República Soviética de Múnich, pero fracasó ante la firme resistencia de un contingente de soldados comunistas fuertemente

armados.<sup>41</sup> El intento de Hoffman de restablecer por medio de la violencia el Gobierno legítimo de Baviera tuvo como consecuencia una radicalización inmediata. En Múnich, la República Soviética de Baviera viró acusadamente hacia la izquierda, ya que Max Levien y Eugen Leviné, dos activistas revolucionarios nacidos en Rusia, que llevaban mucho tiempo exigiendo un cambio político más radical, asumieron el liderazgo de lo que pasó a conocerse como la Segunda República Soviética de Múnich.<sup>42</sup>

La derrota del Domingo de Ramos, unida a otra intervención militar fallida en la localidad de Dachau, a las afueras de Múnich, tres días después, también dio lugar a una radicalización de las fuerzas antibolcheviques.<sup>43</sup> Y en aquel momento Hoffmann, que en un principio se había mostrado reacio a contar con el apoyo de los voluntarios anti-republicanos y a pedir ayuda al Gobierno nacional de Berlín, cambió de parecer. Hizo un llamamiento público a todas las fuerzas antibolcheviques de Baviera para aplastar la República Soviética:

¡Bávaros! ¡Compatriotas! En Múnich se ha desatado un terror ruso, desencadenado por elementos extranjeros. No podemos permitir que este insulto a Baviera dure ni un día más, ni siquiera una hora más. Todos los bávaros deben ayudar de inmediato, al margen de su filiación política. [...] Múnich os pide ayuda. ¡Vamos! ¡Dad un paso al frente! ¡Ahora! Hay que borrar la deshonra de Múnich.<sup>44</sup>

El llamamiento de Hoffmann contribuyó a movilizar todos los que estaban esperando la oportunidad de ajustarle las cuentas a las fuerzas del bolchevismo. Muchos de ellos habían servido con lealtad al régimen imperial, y anhelaban su restauración, como el general de división Franz Ritter von Epp, antiguo comandante del Regimiento del Rey de Baviera, y que estaba al mando del *Freikorps Oberland*, o como su ayudante, el capitán Ernst Röhm, de treinta y un años, un héroe de guerra condecorado en repetidas ocasiones, y futuro jefe de las SA (camisas pardas) del Partido Nazi. En total, aproximadamente 15.000 hombres procedentes de toda Baviera respondieron a la llamada a las armas de Hoffmann.<sup>45</sup>

Además de las fuerzas reclutadas en la región, el Gobierno de Berlín

envió aproximadamente a 15.000 soldados regulares, a las órdenes del general de división prusiano Ernst von Oven, para poner fin al gobierno de los comunistas en Múnich.<sup>46</sup> Cuando a partir de mediados de abril empezaron a llegar tropas y más tropas a Baviera, se difundió el rumor de que la República Soviética había puesto en libertad y armado a un gran número de delincuentes, y también se decía que había recurrido a antiguos prisioneros de guerra rusos para engrosar las filas de sus Fuerzas Armadas.<sup>47</sup> Antes de que los soldados del Gobierno llegaran a Múnich, se difundió un comunicado firmado conjuntamente en nombre del mando militar y del Gobierno bávaro de Hoffmann que decía: «Quienquiera que empuñe las armas contra las tropas del Gobierno será castigado con la muerte. [...] Todo miembro del Ejército Rojo será tratado como un enemigo del pueblo bávaro y del Reich alemán».<sup>48</sup>

La batalla por Múnich, que comenzó el 1 de mayo, posibilitó que los antibolcheviques actuaran conforme a lo que ordenaba aquel comunicado. La víspera, mientras las tropas del Gobierno y los *Freikorps* rodeaban la ciudad, los rebeldes del Ejército Rojo tomaron la insensata decisión de fusilar a diez rehenes, entre ellos a una mujer, en el colegio Luitpold-Gymnasium de Múnich. El hecho de que la mujer en cuestión fuera una pariente aristocrática del comandante de uno de los *Freikorps* y de que se rumoreaba que había sido víctima de violencia sexual antes de su ejecución, no contribuía precisamente a mejorar la situación. La ejecución fue un grave error, dado que le brindó a los contrarrevolucionarios el pretexto ideal para una tomarse una revancha violenta.<sup>49</sup>

Viktor Klemperer, catedrático de Literatura judío alemán, que posteriormente adquirió fama mundial por narrar en su diario su propia persecución en tiempos de los nazis a partir de 1933, fue testigo directo en 1919 del final del Sóviet de Múnich en la capital bávara:

[...] hoy, mientras escribo estas líneas, está teniendo lugar una feroz batalla. Todo un escuadrón de aviones está sobrevolando Múnich, intercambiando disparos con los rebeldes, lanzando bengalas. [...] Se oye el tableteo del fuego de la infantería. Cada vez se ven más tropas marchando a pie o en camiones a lo largo de la Ludwigstraße con

morteros y artillería [...] y desde la seguridad de las esquinas de las calles, donde están bastante a salvo y hay buena vista, multitud de espectadores lo observan todo, a veces con unos gemelos en la mano.<sup>50</sup>

Cuando el Ejército y los *Freikorps* se adentraron en la ciudad, hubo más de seiscientos muertos a raíz de los combates, muchos de ellos civiles inocentes. Las ejecuciones sumarias de los prisioneros, entre ellos Gustav Landauer y Rudolf Egelhofer, el comisario de la Guerra de la República Soviética, prosiguieron durante el 2 y el 3 de mayo. Cincuenta y tres rusos que habían prestado servicio en el Ejército Rojo fueron torturados y fusilados en el barrio de Pasing, a las afueras de Múnich. A lo largo de las semanas siguientes, aproximadamente 2.200 simpatizantes de la República Soviética fueron condenados a muerte o a largas penas de cárcel, mientras que se abrieron un total de 5.000 sumarios judiciales relacionados con los crímenes cometidos durante la República Soviética de Baviera.<sup>51</sup>

Los catastróficos acontecimientos de Múnich y sus alrededores tuvieron un efecto duradero en una ciudad que anteriormente tenía a gala ser una metrópoli mayoritariamente pacífica y profundamente burguesa. Múnich salió indemne de la Gran Guerra –salvo por las privaciones económicas y porque muchos de sus hijos murieron en los más recónditos frentes– y de repente se veía sumida en el caos revolucionario, con combates callejeros, y hasta con fuego de artillería y bombardeos aéreos. Como anotaba Thomas Mann en su diario el 1 de mayo, los habitantes de la segunda ciudad de Alemania estaban horrorizados, aunque los observadores de clase media tendían a echarle la culpa de la escalada de violencia y de desórdenes exclusivamente a los rojos. Mann, vecino del barrio residencial acomodado de Bogenhausen, se mantenía al tanto de los acontecimientos del centro a través de la madre de su esposa, Katia, que vivía más cerca del barrio gubernamental:

La madre de K. ha llamado por la mañana; al parecer en lo alto del Wittelsbach Palais ondeaba una bandera blanca, los rojos se habían rendido a las cuatro de la madrugada. Resulta que no era cierto. Todavía no se vislumbra una rendición, y los tiroteos

prosигuen de forma intermitente. En la ciudad [...] hay un enorme revuelo: por la noche, los rehenes de clase media y aristocráticos retenidos en el Luitpoldgymnasium [...] han sido mutilados y ejecutados. [...] Indignación increíble entre los ciudadanos de clase media. De repente, han desaparecido todos los brazaletes rojos.<sup>52</sup>

La profunda sensación de vivir en un mundo donde el orden social y las jerarquías establecidas habían sufrido un violento vuelco dio lugar a una reacción adversa de la derecha en Baviera. En particular, Múnich iba a convertirse en la ciudad más incondicionalmente nacionalista y antibolchevique de la Alemania de la República de Weimar –y no es casual que la capital de Baviera acabara siendo la cuna del nazismo.

Tras la caída de la República Soviética de Baviera, se redujeron las esperanzas de Lenin en una revolución mundial. En aquel momento, el único país comunista de Europa, aparte de Rusia, era Hungría, cuyo líder era Béla Kun, de treinta y dos años, que anteriormente había sido abogado y periodista. Era hijo de un notario judío no practicante de la región rural de Transilvania, también había estudiado Derecho, pero se hizo famoso antes de la guerra como periodista radical. A partir de 1914 combatió en el Ejército austrohúngaro en el Frente Oriental, donde fue apresado por los rusos y enviado a un campo de prisioneros de guerra. Kun se convirtió al bolchevismo durante el tiempo que estuvo en Rusia, fue puesto en libertad a raíz de la Revolución de Octubre y regresó a Budapest el 17 de noviembre de 1918.<sup>53</sup>

Kun no habría podido elegir un momento más propicio para volver a Budapest. Muchos húngaros, privados de los suministros imprescindibles de alimentos, y humillados por la amputación territorial a la que se estaba sometiendo a su país, se fueron radicalizando cada vez más.<sup>54</sup> Cuando Hungría se escindió de Austria en otoño de 1918, muchos húngaros presuponían ingenuamente que su futuro Estado nacional independiente abarcaría los territorios tradicionales de la Corona de San Esteban. Tal y como quedó confirmado en el *Ausgleich* (compromiso) austro-húngaro de

1867, y en el acuerdo croata-húngaro del año siguiente, dichos territorios comprendían lo que hoy son Hungría, Eslovaquia, Transilvania, la Rutenia ucraniana, Voivodina y Croacia. Sin embargo, a finales de 1918, casi todos esos territorios también eran reclamados por otros estados emergentes rivales. El Gobierno progresista de Hungría, presidido por el conde Mihály Károlyi, apoyado por el Partido Socialdemócrata, había centrado sus energías en mantener la integridad territorial del país, al tiempo que impulsaba una serie de reformas urgentes, diseñadas para transformar un país oligárquico y semifeudal en un Estado democrático moderno. Ambos proyectos fracasaron estrepitosamente.<sup>55</sup> Ya a principios de 1919, aproximadamente la mitad de los territorios históricos del país, poblados por cientos de miles de habitantes de etnia magiar, se había perdido a manos de los movimientos secesionistas alentados por los Aliados occidentales y amparados por los países vecinos de Hungría. En el plano nacional, Károlyi centró sus energías en una reforma agraria pendiente desde hacía mucho tiempo, e incluso llegó a anunciar el reparto de todos sus bienes raíces entre los campesinos, conforme a la nueva ley que había tramitado en la Asamblea Nacional. Durante cinco meses Károlyi logró negociar un rumbo difícil entre las fuerzas de derechas y de izquierdas, ya que ambas le acusaban de ser demasiado indulgente con sus respectivos rivales. Sin embargo, ambos bandos estuvieron de acuerdo en que Károlyi fue demasiado blando con los negociadores de paz de los países Aliados.

En enero de 1919, al público del mundo occidental empezaron a llegarle noticias cada vez más alarmantes. «La epidemia rusa del bolchevismo – informaba *The New York Times*–, ha entrado en la fase virulenta. La hambruna y un frío glacial son sus aliados activos. La Nochevieja se celebró con disturbios y asesinatos por las calles de la ciudad.»<sup>56</sup> Los disturbios habían sido provocados por la decisión del Gobierno de cerrar uno de los periódicos de Kun. Tras una serie de encononazos sangrientos entre sus partidarios y las fuerzas leales al Gobierno, Kun fue finalmente detenido el 21 de febrero, junto con otros líderes comunistas. Curiosamente, el Gobierno que Kun había intentado derrocar le permitió establecer una Secretaría General del Partido Comunista en su propia celda. El estado de ánimo de

descontento generalizado se vio ulteriormente exacerbado por un creciente rencor respecto a las actitudes de los países extranjeros hacia Hungría y sus territorios. Los Aliados occidentales toleraban, y a veces incluso alentaban, la anexión unilateral de territorios a expensas de Budapest. Cuando los negociadores de paz en París decidieron concederle a Rumanía una gran extensión de territorio húngaro, y ordenaron a los húngaros que retiraran sus tropas de una «zona desmilitarizada» en la región fronteriza común, Károlyi dimitió en señal de protesta el 21 de marzo.<sup>57</sup>

Aquel mismo día, los socialdemócratas –que tenían miedo de que estallara una guerra civil– accedieron a formar un gobierno de coalición con Kun, y lo pusieron en libertad. Al día siguiente, Kun proclamó la República Soviética de Hungría. Empezó de inmediato a poner en práctica sus ideas revolucionarias. Durante los 133 días que estuvo en el poder, la república de Kun anunció unas reformas drásticas y en su mayoría imposibles de poner en práctica: fragmentar y redistribuir todas las grandes haciendas; nacionalizar las empresas industriales con más de veinticinco empleados; confiscar los bienes de la Iglesia; reorganizar las escuelas para primar la enseñanza de las ciencias y de los principios del socialismo. Se ilegalizó el consumo de alcohol. Se abolieron los títulos nobiliarios. Se requisaron los almacenes rurales de alimentos para dar de comer a la hambrienta población de la capital. Se impuso la estructura política soviética de las asambleas de soldados, marineros y trabajadores, y se puso en sus manos la totalidad del poder judicial del Estado, con la creación de tribunales revolucionarios especiales para juzgar los casos políticos.<sup>58</sup>

Emulando la cruzada de Lenin contra los enemigos de clase, Kun y su comisario de Asuntos Militares, Tibor Szamuely, pusieron en marcha una oleada de «terror revolucionario». Szamuely, que al igual que Kun había sido prisionero de guerra de los rusos y obedecía a su ideología, escribió en las páginas del *Vörös Újság* (Noticiero rojo): «Por todas partes los contrarrevolucionarios van por ahí fanfarroneando; ¡abatidlos! ¡Pegadles en la cabeza dondequiera que los encontréis! Si los contrarrevolucionarios logran salirse con la suya durante una hora siquiera, no habría compasión para ningún proletario. ¡Antes de que ellos estrangulen la revolución,

ahogadlos en su propia sangre!».<sup>59</sup> Junto con József Cserny, Szamueli organizó un destacamento formado por aproximadamente quinientos hombres, conocidos como los «Chicos de Lenin». Vestidos con chaquetas y pantalones de cuero negro, los Chicos de Lenin deambulaban por el campo de Hungría a bordo de un tren blindado en busca de «contrarrevolucionarios». En Budapest y en las zonas rurales, ese tipo de grupos paramilitares de izquierdas detenían a los enemigos supuestos o reales, y con sus actividades se calcula que mataron a seiscientas personas.<sup>60</sup>

El régimen de Kun contaba con el apoyo de los trabajadores de la industria y de la *intelligentsia* de Budapest, pero no tuvo tanto éxito a la hora de ganarse el apoyo de la población rural. Los intelectuales urbanos de izquierdas daban por descontado que los campesinos –que a menudo eran analfabetos, padecían unas condiciones de vida miserables, y eran políticamente apáticos– darían su beneplácito a las políticas decretadas por la capital y aceptarían el gobierno del proletariado.<sup>61</sup> Cuando menguaron los suministros agrarios para Budapest, el régimen emprendió una campaña de incautaciones forzosas en el campo, con lo que se enemistó aún más con los opositores al bolchevismo.<sup>62</sup> No contribuyó mucho a mejorar la imagen del Gobierno de Kun que algunos de sus miembros, como József Pogány, predicaran los valores del comunismo a una población que se moría de hambre, y al mismo tiempo celebraran fiestas decadentes en la ciudad balnearia de Siófok.<sup>63</sup>

Al tiempo que mantenía una estrecha relación con Moscú, Kun también hizo un llamamiento a los revolucionarios radicales de Austria para que siguieran su ejemplo.<sup>64</sup> El apoyo de Austria era crucial para el régimen comunista de Budapest. Sus posibilidades de sobrevivir dependían de las suertes de la guerra, y Austria poseía considerables cantidades de armamento que anteriormente pertenecían a las Fuerzas Armadas austrohúngaras. Así pues, el 22 de marzo de 1919, los húngaros apelaron al Comité Ejecutivo de la Asamblea de Trabajadores de Viena para que proclamara una «República Soviética de Austria» y que firmara una alianza con Hungría.<sup>65</sup> Cuando los socialdemócratas de Viena rechazaron la propuesta, Kun animó a los

comunistas austriacos a dar un golpe de Estado. Como respuesta a los llamamientos de Kun y a la proclamación de la República Soviética de Baviera de unos días atrás, varios cientos de comunistas austriacos tomaron al asalto el edificio del Parlamento de Austria el 18 de abril y le prendieron fuego. Las autoridades recurrieron a la policía y a las milicias socialdemócratas, la *Volkswehr*, para sofocar la insurrección. En los tiroteos con los que se puso fin a la sublevación murieron seis miembros de las fuerzas de seguridad.<sup>66</sup>

Aproximadamente un mes después llegó a Viena Ernst Bettelheim, un emisario enviado por Kun. En nombre de la Internacional Comunista, a la que decía representar, Bettelheim destituyó a toda la cúpula dirigente del Partido Comunista de Austria (KPÖ) y encargó a un comité ejecutivo recién nombrado los preparativos para un nuevo intento de golpe de Estado. En aquella ocasión los comunistas esperaban contar con los antiguos integrantes de la Guardia Roja y con los miembros descontentos de la *Volkswehr*, frustrados ante la inminente reducción de las Fuerzas Armadas austriacas. Simultáneamente, las tropas húngaras iban a cruzar la frontera y a adentrarse en Austria.<sup>67</sup> Por desgracia para los conspiradores, el Gobierno estaba sobre aviso del complot comunista y movilizó fuerzas leales. Durante la noche del 14 al 15 de junio casi todos los líderes comunistas fueron detenidos. Cuando, a lo largo del día siguiente, varios miles de manifestantes marcharon hasta los calabozos de la policía para poner en libertad a los detenidos, un destacamento de la guardia de la ciudad abrió fuego. En el tiroteo murieron veinte personas, y hubo ochenta heridos, lo que puso fin tanto al inminente golpe de Estado como al sueño de Kun de encontrar un aliado poderoso en la región.<sup>68</sup>

Sin respaldo internacional, y con un apoyo cada vez menor en el interior, el futuro de la República Soviética de Hungría parecía sombrío. Al poner en práctica una agenda radical y hacerla cumplir mediante la violencia, el régimen de Kun se enemistó prácticamente con todos los sectores de la población, desde los católicos, horrorizados por el asesinato de por lo menos siete sacerdotes y por los planes de los comunistas de secularizar los bienes de la Iglesia, hasta los progresistas, consternados por la implantación de la

censura, por las detenciones arbitrarias y la policía secreta.<sup>69</sup> Pero, por encima de todo, la opinión pública condenaba al régimen por su incapacidad de afrontar el problema de la inflación y de la escasez de alimentos, y por su propia corrupción.<sup>70</sup> La mayor parte de la alta burguesía, ahora privada de su estatus privilegiado de antes de la guerra, formó una inverosímil alianza con los campesinos, que a su vez estaban molestos y amargados por la negativa del régimen soviético de Budapest a repartir entre ellos las tierras de las grandes haciendas. Pretendiendo hablar en nombre de toda la nación, la alianza antiurbana y antimoderna entre la alta burguesía y los campesinos vituperaba con gran desprecio a las élites metropolitanas de la roja Budapest.

El 30 de mayo de 1919, un grupo de políticos anticomunistas formó un gobierno contrarrevolucionario en la ciudad de Szeged, al sur de Hungría, a la sazón ocupada por los franceses. Aquel gobierno puso al mando de sus Fuerzas Armadas, el «Ejército Nacional» a Miklós Horthy, un condecorado héroe de la Gran Guerra, que había sido el último comandante en jefe de la Armada austrohúngara.<sup>71</sup> De forma parecida a lo que ocurría con los «blancos» en Rusia, en el «Ejército Nacional» de Horthy había demasiados jefes para tan pocos soldados: de los 6.568 voluntarios que respondieron al llamamiento inicial de Horthy, el 5 de junio de 1919, para alistarse en el contrarrevolucionario Ejército Nacional, casi 3.000 eran antiguos oficiales del Ejército austrohúngaro y otros ochocientos hombres provenían de la guardia fronteriza militarizada, la Gendarmería Real Húngara (*Magyar Királi Csendőrség*). Muchos de ellos procedían de un entorno rural, sobre todo de las nuevas regiones fronterizas o de los territorios perdidos de Transilvania, donde las cuestiones de acoso a las etnias eran mucho más reales que en la capital. Dado el origen a menudo rural de muchos activistas, también se podía apreciar claramente una actitud antiurbana, ya que los paramilitares más destacados clamaban contra la «capital roja» de Budapest.<sup>72</sup>

Muchos de aquellos hombres habían experimentado una vuelta a casa parecida a la de los oficiales desmovilizados alemanes y austriacos durante la revolución de 1918. A su llegada a Hungría desde el frente, durante el invierno de ese año, el oficial de húsares Miklós Kozma fue uno de los muchos veteranos que sufrieron la «bienvenida» de una turbamulta

alborotada que lanzaba improperios a los oficiales que volvían de la guerra, o que les agredía físicamente.<sup>73</sup> En el relato de Kozma, los activistas revolucionarios aparecían –lo que es bastante típico en ese tipo de narraciones– como una «sucia multitud» encabezada por «amazonas rojas», una multitud «que hace semanas que no se lava y meses que no se ha cambiado de muda; el hedor de la ropa y los zapatos putrefactos sobre sus cuerpos es insoportable».<sup>74</sup>

Lo que Kozma y muchos otros describían en sus relatos autobiográficos era para ellos la manifestación de una pesadilla que llevaba atormentando al *establishment* conservador de Europa desde la Revolución francesa de 1789: el triunfo de una multitud revolucionaria sin rostro sobre las fuerzas de la ley y el orden. La imagen que invocaban estaba en parte influenciada por una comprensión vulgarizada de *La psicología de las multitudes* (1895), de Gustave Le Bon, cuyas ideas habían sido muy comentadas entre los círculos de derechas de toda Europa a partir del comienzo del siglo. La yuxtaposición que hace Le Bon de las masas «bárbaras» y del individuo «civilizado» también se reflejaba en la forma en que los oficiales describían la humillante experiencia de verse despojados de sus condecoraciones militares por una masa enardecida o por soldados de baja graduación. Muchos de los exoficiales que compartían aquellas experiencias acabaron en el «Ejército Nacional» de Horthy.<sup>75</sup>

No obstante, lo que acabó por derribar el Gobierno de Kun no fue el «Ejército Nacional» húngaro, sino más bien los enemigos exteriores del país. La hostilidad de los Aliados occidentales hacia Kun ya había quedado de manifiesto cuando, en abril de 1919, recibió la visita de una delegación de los Aliados, encabezada por el primer ministro sudafricano, el general Jan Christiaan Smuts. Si Kun esperaba que la visita de aquella delegación podía granjearle el reconocimiento internacional a su régimen, sus esperanzas se hicieron añicos de inmediato. Ni Kun ni su régimen causaron impresión alguna en Smuts ni en el veterano diplomático británico que lo acompañaba, Harold Nicolson. Nicolson describió los rasgos de Kun como los de un «delincuente malhumorado e inseguro», con «un rostro blanco e hinchado y unos labios húmedos y flácidos, la cabeza afeitada, parecía pelirrojo, y unos

ojos furtivos y desconfiados». En el relato de Nicolson, que reflejaba los estereotipos raciales y sociales propios de su clase, el asesor sobre política exterior que acompañaba a Kun no salía mucho mejor parado: «Un judío menudo y grasiento, con un abrigo de piel bastante apolillado, una corbata deshilachada, y el cuello de la camisa sucio».<sup>76</sup> Smuts y Nicolson se marcharon de Budapest a los dos días de su llegada, sin haberle hecho la mínima concesión a Kun.<sup>77</sup>

A mediados de abril de 1919, poco después de la marcha de Smuts, el Ejército rumano invadió Hungría con la aprobación tácita de los franceses.<sup>78</sup> Bucarest alegaba que estaba actuando en defensa propia, porque el Gobierno húngaro había estado organizando y subvencionando una campaña de propaganda bolchevique en los pueblos de Transilvania (que hoy en día forma parte de Rumanía), con la intención de provocar una sublevación. Unos días después, los checos invadieron Eslovaquia desde el norte, alegando un pretexto parecido.<sup>79</sup>

Los húngaros dejaron provisionalmente a un lado sus diferencias ante la amenaza extranjera. En vista de que los rumanos amenazaban la integridad territorial de Hungría, Kun moderó el tono de su retórica de lucha de clases mientras el Ejército, incluidos los oficiales conservadores con escasas simpatías por el bolchevismo, se unía en la defensa de las fronteras del país.<sup>80</sup> Los italianos, en gran parte movidos por su rivalidad con Yugoslavia, el otro vecino hostil de Hungría, le vendieron a Kun armas y munición. A mediados de mayo, las fuerzas húngaras ya habían expulsado de Eslovaquia a los checos, pero no tuvieron tanto éxito contra los rumanos. Un intento de hacer retroceder a los invasores hasta la otra orilla del río Tisza, en julio de aquel año, se topó con un contraataque que los rumanos ejecutaron con inteligencia. Fue entonces cuando muchos oficiales y soldados húngaros decidieron deponer las armas, después de que les instara a hacerlo el «Ejército Nacional» húngaro, a las órdenes del almirante Horthy, que quería que los rumanos acabaran con la República Soviética de Kun. Privadas del apoyo de una gran parte de sus soldados, las líneas húngaras se desmoronaron, y los rumanos depusieron a Kun y su régimen. Kun huyó a Austria, y después a la Unión Soviética, donde acabó siendo ejecutado

durante las purgas de Stalin.<sup>81</sup>

El 3 de agosto de 1919, las tropas rumanas entraron en Budapest, y permanecieron allí hasta principios de 1920.<sup>82</sup> Se cometieron bastantes atrocidades contra la población local, y el saqueo generalizado de la capital húngara por las tropas rumanas acentuó la sensación de escandalosa injusticia que compartieron muchos húngaros en aquellos días. El hecho de que aquellos actos no fueran cometidos por los victoriosos Aliados occidentales sino por los soldados de un país que había sido derrotado por las Potencias Centrales en 1918, hizo que la experiencia resultara aún más humillante.<sup>83</sup>

Cuando por fin los rumanos se retiraron en otoño de 1919 debido a la presión de los Aliados, las fuerzas contrarrevolucionarias del almirante Horthy vieron su oportunidad. El 16 de noviembre Horthy entró en Budapest a lomos de un caballo blanco a la cabeza de su «Ejército Nacional». Horthy, que definió Budapest como una «ciudad del pecado» revolucionaria (una expresión acuñada originalmente por el novelista nacionalista Dezső Szabó), dejó claro que había llegado para castigar y purificar a la capital.<sup>84</sup> A muchos de sus hombres y a distintos grupos paramilitares que habían combatido junto al Ejército les animaba el deseo de vengar los crímenes del «Terror Rojo». Ya en agosto, Kozma había escrito en su diario: «Nos encargaremos [...] de que la llama del nacionalismo llegue muy alto. [...] También castigaremos. Quienes han estado tantos meses cometiendo crímenes atroces deben recibir su castigo. Es previsible [...] que los templagaitas y los pacatos giman y refunfuñen cuando pongamos en fila a unos cuantos sinvergüenzas y terroristas rojos delante del paredón. Los falsos eslóganes del humanismo y de otros “ismos” ya habían contribuido una vez a llevar este país a la ruina. Esta vez aullarán en vano».<sup>85</sup>

Siempre que un vacío de poder temporal permitía que los milicianos hicieran realidad esas fantasías de represalias violentas, lo hacían. Destacados intelectuales críticos con el Terror Blanco en Hungría, como el periodista Béla Bacsó y el director del periódico socialdemócrata *Népszava*, Béla Somogyi, fueron secuestrados y asesinados por los paramilitares de derechas.<sup>86</sup> Las milicias húngaras de derechas elegían como blanco a los

militantes de izquierdas y a los judíos apolíticos y de clase media. La violencia política durante la segunda mitad de 1919 y principios de los años veinte se cobró la vida de hasta 5.000 personas.<sup>87</sup> Otras 75.000 fueron encarceladas, y 100.000 se exiliaron. Teniendo en cuenta que muchos líderes de la revolución húngara, entre ellos el propio Kun, habían huido del país antes de que pudieran arrestarlos, los demás tuvieron que pagar por su «traición».<sup>88</sup>

Cuando los milicianos apresaban a un socialista, a un judío, o a un sindicalista, lo arrastraban al interior del cuartel y lo apaleaban hasta dejarlo inconsciente. «En aquellas ocasiones –recordaba el barón Pál Prónay, descendiente de una respetada familia de la aristocracia terrateniente, que se convirtió en el infame cabecilla de una milicia húngara, y que durante un tiempo fue el jefe de la escolta de Horthy–, yo ordenaba que le dieran otros cincuenta azotes con la vara a aquellos animales humanos fanáticos, que tenían la cabeza borracha con la perversa ideología de Marx.»<sup>89</sup> Para Prónay y otros líderes de las milicias de derechas, el enemigo deshumanizado («animal humano») y desnacionalizado («bolchevique») podía ser torturado y asesinado sin remordimientos, porque aquellos actos estaban legitimados y obedecían a la santidad de la causa: la salvación de la nación amenazada por el abismo socialista y por la amputación territorial. Con la guerra y la revolución como telón de fondo, los activistas estaban convencidos de que tan sólo era posible pararle los pies al enemigo interior, que había infringido las normas de la conducta militar «civilizada», mediante el uso de esa misma violencia extrema que se decía –con razón o sin ella– que sus adversarios habían empleado durante el breve periodo de «Terror Rojo» en Baviera y en Hungría.<sup>90</sup>

El proyecto de posguerra que consistía en «limpiar» la nación de sus enemigos interiores se consideraba una precondition necesaria para el renacimiento nacional, una forma de regeneración violenta que podía justificar los sacrificios de la guerra a pesar de la derrota y la revolución. En algunos aspectos, aquella esperanza abstracta en un renacimiento nacional de entre las ruinas del imperio, era lo único que mantenía cohesionados a los grupos paramilitares de Austria y de Hungría, sumamente heterogéneos. En

retrospectiva, el recrudecimiento paramilitar de los meses posteriores a noviembre de 1918 parece más un ataque contra los nuevos *establishments* políticos y contra las amputaciones territoriales refrendadas por los Aliados occidentales que un intento coordinado de crear una forma determinada de nuevo orden autoritario. Porque, a pesar de que compartían su aversión por la revolución y sus esperanzas en un renacimiento nacional, los activistas que participaban en las acciones paramilitares de derechas no tenían necesariamente las mismas metas y ambiciones ideológicas. Todo lo contrario: en realidad, los activistas paramilitares de derechas en Austria y en Hungría estaban profundamente divididos en cuanto a sus preferencias sobre la modalidad del Estado soberano al que aspiraban. Por ejemplo, había un fuerte sector «legitimista», sobre todo entre la comunidad húngara de Viena, a partir del cual se emprendieron dos intentos fallidos de reinstaurar al emperador Carlos en el trono de San Esteban, pero también un gran número de activistas protofascistas, que despreciaban la monarquía casi tanto como aborrecían el comunismo. Además, algunos grupos paramilitares monárquicos de Austria exigían el restablecimiento de la Corona de los Habsburgo (aunque no necesariamente en la persona del antiguo emperador) y por ello se encontraban en confrontación directa con los partidarios de la unificación de Austria con el Reich alemán.<sup>91</sup>

Tales diferencias entre objetivos políticos podían dar pie, y dieron pie, a graves tensiones. En octubre de 1921, uno de los dos intentos fallidos de golpe de Estado del emperador Carlos ayudó a Horthy a desembarazarse de los líderes de algunas milicias monárquicas, como el coronel Anton Lehár, hermano menor del compositor Franz Lehár. Anton Lehár, que en 1919 había estado al mando de la mayor milicia de Hungría, se vio obligado a salir del país, y entonces inició una segunda carrera como editor de música ligera en Berlín, donde él y su célebre hermano siguieron prosperando a lo largo de la dictadura nazi, a pesar de que la esposa de Franz Lehár era judía (algo que las autoridades nazis optaron por resolver nombrándola «aria honoraria».<sup>92</sup>

No obstante, incluso tras la marginación de los monárquicos, entre la derecha radical centroeuropea no existía un consenso sobre cómo debía ser el futuro. En lo que sí eran capaces de ponerse de acuerdo era en contra de qué

estaban. Tal y como lo expresaba la *Bund Oberland*, una organización pangermánica, en su panfleto *Die Politik des Deutschen Widerstands* [La política de la resistencia alemana], el renacimiento nacional sólo era posible a través de una crítica exhaustiva de las ideas de 1789, las de la ilustración, el humanismo y los derechos naturales. «Las ideas de 1789 se manifiestan en el individualismo moderno, en la visión burguesa del mundo y la economía, el parlamentarismo y la democracia moderna. [...] Nosotros, los miembros de la *Bund Oberland*, seguiremos nuestro camino, marcado por la sangre de los mártires alemanes que han muerto por el futuro Reich, y seguiremos siendo, entonces como ahora, las tropas de choque del movimiento de resistencia alemana.»<sup>93</sup> Waldemar Pabst, que había sido responsable de los asesinatos de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht en Berlín en 1919, y que posteriormente se trasladó a Austria y llegó a ser el principal organizador militar de la *Heimwehr*, formulaba unas ideas igual de abstractas cuando hacía un llamamiento a «sustituir la antigua trinidad de la Revolución francesa [*liberté, égalité, fraternité*] [...] por una nueva trinidad: autoridad, orden y justicia».<sup>94</sup>

Ambos textos demostraban de una forma bastante clara que el mundo paramilitar de Europa Central posterior al Imperio austrohúngaro era un mundo de acción, no de ideas. Por consiguiente, contra quién había que dirigir aquellas «acciones» era uno de los temas más ampliamente debatidos en los círculos paramilitares. Para Alfred Krauss, antiguo comandante en jefe de los ejércitos orientales del Imperio austrohúngaro, entre los «enemigos del pueblo alemán» figuraban «los franceses, los ingleses, los checos, los italianos» –un claro indicio de la persistencia del pensamiento de los tiempos de la guerra más allá de 1918–. Sin embargo, aún más peligrosos que los enemigos nacionalistas de otros países eran los enemigos internacionalistas: «la Internacional roja», la «Internacional negra» (el catolicismo político), y, «por encima de todo», el «pueblo judío, que pretende ser el amo de los alemanes». Todos los demás enemigos estaban a sueldo de los judíos, a Krauss no le cabía ninguna duda.<sup>95</sup>

En Múnich, el refugiado alemán de la región del Báltico (y futuro ministro nazi para los Territorios Orientales Ocupados) Alfred Rosenberg,

comentaba en un artículo de mayo de 1919:

Lenin es el único no judío que hay entre los comisarios del Pueblo; es, por así decirlo, la fachada de un establecimiento judío. [...] Pero podemos observar, y las últimas noticias lo confirman, que en Rusia se está extendiendo el odio a los judíos a pesar de todo el terror. [...] Si cae el Gobierno actual, no quedará ni un solo judío vivo en Rusia; cabe afirmar con seguridad que los que se salven de la muerte serán expulsados. ¿Adónde? Los polacos ya los mantienen a raya, de modo que todos vendrán a la vieja Alemania, donde tanto amamos a los judíos y donde les tenemos reservados los asientos más calentitos.<sup>96</sup>

La idea de que los judíos eran los principales impulsores y beneficiarios del bolchevismo claramente se originó en Rusia, sobre todo a partir de la propaganda de los blancos, pero la idea se difundió rápidamente por toda Europa. El hecho de que un número relativamente alto de judíos hubieran desempeñado un papel destacado en las revoluciones que posteriormente tuvieron lugar en Europa Central entre 1918 y 1919 –Rosa Luxemburgo en Berlín, Kurt Eisner en Múnich, Béla Kun en Hungría, Victor Adler en Viena– parecía conferir verosimilitud a ese tipo de acusaciones, incluso para los observadores de Gran Bretaña y de Francia. Por ejemplo, un gran número de periódicos franceses de la época atribuía la revolución bolchevique a la influencia judía.<sup>97</sup> En Londres, los responsables de las políticas del Foreign Office británico llegaban a conclusiones parecidas. «Los judíos están decididos a hacer todo lo que esté en su mano para evitar la fundación de una Polonia grande e independiente», afirmaba uno de los expertos, mientras que otro observaba: «Hay, me temo, cierto fundamento en la sugerencia de que los judíos son la columna vertebral del bolchevismo».<sup>98</sup> En 1920, Winston Churchill escribió el infame artículo donde le echaba la culpa a los judíos de las revoluciones de Europa continental:

Desde los tiempos de Spartacus-Weishaupt\* hasta los de Karl Marx, hasta llegar a Trotski (Rusia), Béla Kun (Hungría), Rosa Luxemburgo (Alemania) y Emma Goldman (Estados Unidos), esta conspiración revolucionaria a escala mundial para el derrocamiento de la civilización y para la reorganización de la sociedad sobre la base

de la atrofia, de la malevolencia envidiosa y de una igualdad imposible ha ido creciendo sin cesar. [...] Ha sido la fuente principal de todos y cada uno de los movimientos subversivos durante el siglo XIX; y ahora, por fin, este hatajo de personalidades extraordinarias procedentes de los bajos fondos de las grandes ciudades de Europa y Estados Unidos tiene agarrado del pelo al pueblo ruso y prácticamente se ha convertido en el amo indiscutible de su enorme imperio. No hace falta exagerar el papel desempeñado por estos judíos internacionales y en su inmensa mayoría ateos en la creación del bolchevismo y en la materialización real de la Revolución rusa. Con toda seguridad es el papel más importante; probablemente tiene más relevancia que todos los demás.<sup>99</sup>

Ese tipo de ideas fueron ulteriormente exacerbadas por la amplia difusión internacional de la falsificación *Los protocolos de los sabios de Sión*, un libro con las supuestas actas de una reunión en el siglo XIX, de los líderes israelitas para debatir la forma de lograr el dominio mundial para los judíos. El texto de los *Protocolos* fue traducido a los idiomas de Europa Occidental a partir de 1919, a menudo gracias a la financiación de particulares adinerados, como el industrial estadounidense Henry Ford, que aportó los gastos de impresión de más de 500.000 ejemplares del libro para que se distribuyeran en Estados Unidos. En 1921 se demostró que se trataba de una falsificación, pero eso no contrarrestó el enorme impacto de los *Protocolos* en la imaginación de los contrarrevolucionarios. No obstante, la nefasta alianza entre el antisemitismo y el antibolchevismo dio lugar a resultados muy distintos en los diferentes escenarios europeos. El antijudeo-bolchevismo tan sólo dio lugar a los pogromos y a los asesinatos en masa contra los judíos (que fueron un rasgo tan terrible de los años 1917-1923, y de nuevo durante los años posteriores a 1939) al este del Rin (y, de forma más drástica, al este del Elba).<sup>100</sup>

No es de extrañar que, con la difusión de semejantes sentimientos, los judíos de Europa Central –pese a ser una pequeña minoría de no más del 5% de las poblaciones de Austria y de Hungría– fueran quienes más padecieron la violencia paramilitar de derechas después de la Gran Guerra. A los judíos, que supuestamente representaban todo aquello que despreciaba la derecha, se les llegaba a describir simultánea (y paradójicamente) como la encarnación

de la amenaza revolucionaria paneslavista procedente del «este», que amenazaba el orden tradicional de la Europa Central cristiana; como los «agentes rojos» de Moscú; y como los representantes de una misteriosa «Internacional del Oro» capitalista, impulsora de la democratización occidental. Lo que tenían en común todas esas acusaciones era la suposición de que los judíos sentían un odio internacionalista «innato» contra los estados nacionales y contra los «pueblos anfitriones» que les habían acogido en su seno.

A diferencia de la Austria alemana, en Hungría la violencia antisemita era tolerada por las autoridades del Estado, y a veces incluso aplaudida por la prensa nacionalista.<sup>101</sup> Un informe sobre la violencia antisemita que publicó la comunidad judía de Viena en 1922 afirmaba que «más de 3.000 judíos fueron asesinados en Transdanubia», la amplia región de Hungría al oeste del Danubio.<sup>102</sup> Aunque probablemente esas cifras son exageradas, no cabe duda de que el Terror Blanco eligió específicamente como víctimas a un número sustancial de judíos. Un caso típico de la violencia antisemita en Hungría fue el que denunció Ignaz Bing a la policía de la localidad de Bóhönye en 1919: «Durante la noche anterior al 1 de octubre, un grupo de sesenta guardias blancos llegó a nuestra comunidad y ordenó que todos los varones judíos debían presentarse de inmediato en la plaza del mercado. Los judíos del pueblo, diecisiete en total, que eran totalmente inocentes de realizar actividades comunistas, obedecieron la orden». Una vez reunidos, «fueron apaleados y torturados y –sin ningún tipo de interrogatorio– [los soldados] empezaron a ahorcarlos». Ese acto de extrema violencia tenía como doble cometido eliminar la «fuente del bolchevismo» y demostrar públicamente lo que podía ocurrirle a cualquier enemigo que cayera en manos de la Guardia Blanca.<sup>103</sup>

En Austria, el antisemitismo estaba igual de extendido, aunque nunca asumió un carácter particularmente violento antes de 1938. En los años previos a 1914, el antisemitismo en Austria había sido moneda corriente entre los políticos de derechas, que se quejaban amargamente del elevado número de judíos procedentes de Galitzia y de la Bucovina que habían emigrado a Viena. Durante la guerra, más y más judíos de Galitzia huyeron de lo que

para entonces era la zona del frente, y un gran número de ellos llegó a la capital austriaca. Al mismo tiempo, los judíos austriacos más adinerados, que trabajaban en el sector bancario, o en las industrias de armamento o de la alimentación, eran estigmatizados por los antisemitas como «especuladores judíos».<sup>104</sup> Cuando, en 1918, Galitzia fue a parar a Polonia, y la Bucovina a Rumanía, la emigración judía a Austria se disparó debido a los pogromos a gran escala que se estaban produciendo en Galitzia y en Ucrania. En 1918, vivían en Viena aproximadamente 125.000 judíos, aunque los nacionalistas austriacos alemanes sostenían que la cifra llegaba hasta los 450.000.<sup>105</sup>

La situación no era muy diferente en Alemania, el destino preferido por muchos judíos de Europa Oriental que huían de los pogromos. Los judíos que, una vez finalizada la Gran Guerra, huían de la violencia de los territorios fronterizos del oeste del desaparecido imperio de los Romanov, o de Galitzia, antigua provincia austrohúngara, recibían en el mejor de los casos una tibia acogida en su nueva tierra. Incluso las comunidades judías que ya existían en el Reich o en Viena veían a los refugiados judíos ortodoxos como unos extraños que carecían de posición social y de refinamiento cultural.<sup>106</sup>

La llegada de decenas de miles de *Ostjuden* (judíos del este) también avivó el antisemitismo entre los alemanes que desde hacía tiempo consideraban a sus compatriotas alemanes de confesión judía como ciudadanos de segunda clase, y que vieron confirmadas y reafirmadas sus inveteradas ideas preconcebidas sobre la «otredad» de los judíos cuando llegaron los judíos del este, con su forma de vestir, sus tradiciones culturales y sus lenguas diferentes. Cuando Lina von Osten, futura esposa del Reinhard Heydrich, principal organizador del Holocausto, se topó por primera vez con unos refugiados judíos ortodoxos, sólo sintió asco. Von Osten, que introdujo a Heydrich en el nazismo a finales de los años veinte, recordaba en sus memorias que a ella los judíos del este que llegaron en masa a partir de 1918 le habían parecido «unos intrusos y unos invitados no bienvenidos», y sentía tanta «irritación» ante su mera presencia que simplemente no tuvo «más remedio que odiarlos»: «Comparábamos el hecho de convivir con ellos con un matrimonio forzoso, en el que uno de los cónyuges literalmente no puede soportar ni el olor del otro».<sup>107</sup>

Ese tipo de ideas se había generalizado entre muchas personas de derechas en Alemania y en Austria, donde la acusación de que «el judío» se había convertido en el «negrero» de un pueblo alemán indefenso adquirió una gran relevancia después de la Gran Guerra, ya que además en aquel momento pudo incorporar la visión, surgida durante la guerra, de los judíos como «especuladores». Según esa interpretación, los judíos estaban decididos a «aprovecharse del peligro que corríamos para hacer buenos negocios [...] y para sacarnos hasta la última gota de sangre».<sup>108</sup> La identificación del «pueblo judío» como el que secretamente había «movido los hilos» cuando se produjo la revolución y el hundimiento del imperio generalmente estaba asociada a la esperanza de que «el gigante alemán volverá a ponerse en pie algún día», y de que entonces «tendrá que llegar el día del ajuste de cuentas con el pueblo judío por todas sus traiciones, su hipocresía y su barbarie, por todos sus crímenes contra el pueblo alemán y contra la humanidad».<sup>109</sup>

Al igual que en Hungría, los antisemitas de Austria habitualmente apelaban a los principios cristianos y asociaban la idea de la responsabilidad de los judíos en el hundimiento militar con los antiguos estereotipos cristianos sobre la «traición de los judíos».<sup>110</sup> Por consiguiente, los políticos del Partido Social Cristiano, como Richard Steidle, líder de la *Heimwehr* tirolesa, argumentaba que «tan sólo un concienzudo ajuste de cuentas con el espíritu del judaísmo y de sus colaboradores puede salvar las tierras alpinas alemanas».<sup>111</sup> A partir de 1918, el antisemitismo se vio ulteriormente exacerbado por la percepción generalizada de que la causa última de las revoluciones de 1918-1919 era una «conspiración judía». El hecho de que el líder intelectual de la Guardia Roja austriaca, Leo Rothziegel, y destacados miembros del Partido Socialdemócrata, como Victor Adler y Otto Bauer, fueran judíos, se mencionaba constantemente en la prensa de derechas.

También en Hungría la revolución y el Terror Rojo del periodo inmediatamente posterior a la guerra estaban, a ojos de los oficiales conservadores, indisolublemente ligados a los judíos, sobre todo a Béla Kun, el líder revolucionario, y a su principal asesor militar, Tibor Szamuely.<sup>112</sup> Poco les importaba a los nacionalistas antisemitas de Hungría o de otros países que, en realidad, la inmensa mayoría de los partidarios de Kun no

fueran judíos. Inmediatamente después de la caída del régimen de Kun, a principios de agosto de 1919, el abogado Oszkár Szöllősy publicó en el periódico un artículo, que tuvo una enorme difusión, sobre «los criminales de la dictadura del proletariado», donde identificaba a los judíos, «caballeros del odio, rojos y manchados de sangre», como los principales perpetradores del Terror Rojo, y como la fuerza motriz que estaba detrás del comunismo.<sup>113</sup> En Hungría (igual que en Austria), también se consideraba a los judíos responsables directos de la derrota militar de las Potencias Centrales. Según Gyula Gömbös, el primer ministro de Hungría que sucedió a Kun, la derrota fue una consecuencia directa de que la proporción de población judía del Imperio austrohúngaro era sustancialmente más alta («1:56») que en los países de la Entente («1:227»).<sup>114</sup>

Posteriormente, proclamar en público el propio antisemitismo, y tener a gala haber empleado una violencia despiadada contra los civiles judíos se convirtió en una marca de distinción habitual entre los activistas paramilitares de Europa Central. En Hungría, donde las atrocidades paramilitares contra los judíos habitualmente se llevaban a cabo con la aquiescencia tácita de las autoridades, la situación era particularmente extrema. Por ejemplo, Pál Prónay coleccionaba las orejas que le había rebanado a sus víctimas judías como amuletos de la suerte.<sup>115</sup> En el transcurso de una conversación durante una cena, uno de los oficiales de Prónay, György Geszay, comentó con orgullo que aquella noche tenía mucho apetito, ya que se había pasado la tarde asando vivo a un judío en un tren.<sup>116</sup>

En Austria la situación era mucho menos extrema. No obstante, el lenguaje violento que utilizaban los paramilitares austriacos indudablemente presagiaba el futuro. Cuando Hanns Albin Rauter manifestaba su intención de «librarse de los judíos lo antes posible», y Ernst Rüdiger Starhemberg, líder estudiantil de Graz y futuro jefe de la *Heimwehr*, arremetía contra los «especuladores de guerra judíos» por considerarlos unos «parásitos», la retórica del antisemitismo violento inició una tradición de la que los nacionalistas radicales se iban a nutrir durante los años siguientes.<sup>117</sup>

Al tiempo que la situación en Austria permanecía relativamente tranquila, en Bulgaria estallaba la violencia revolucionaria y contrarrevolucionaria, aunque con un ligero retraso y sin una fuerte dimensión antisemita. A pesar de sus numerosos problemas internos, el país logró celebrar unas elecciones democráticas en 1919. Las principales opciones eran, por una parte, el Partido Comunista, fundado recientemente, que seguía estrictamente la línea política de los bolcheviques de Lenin, y por otra, la Unión Nacional Agraria Búlgara (BANU). Los comunistas gozaban de un considerable respaldo popular, sobre todo en las ciudades. Pero los agrarios, bajo el carismático liderazgo de Aleksandar Stambolijski, acabaron siendo la fuerza más votada.<sup>118</sup> Stambolijski se aseguró una mayoría parlamentaria por el procedimiento de inhabilitar a varios candidatos comunistas por motivos de procedimiento. Estuvo en el poder durante los cuatro años siguientes, y empleó unos medios cada vez más dictatoriales y violentos para reprimir cualquier tipo de disidencia. Curiosamente, no tomó ninguna medida para abolir la monarquía.<sup>119</sup>

Aunque había estudiado en Alemania, Stambolijski cultivaba su imagen de líder campesino de orígenes humildes. Tenía una figura imponente, con una densa cabellera negra y un tupido bigote, y un observador británico de la época lo comparó gráficamente con «un bandolero que se mueve entre unos matorrales de moras».<sup>120</sup> Stambolijski, utilizaba un lenguaje sencillo, fácil de entender para su público campesino, y no era un comunista sino más bien un socialista campesino –una combinación atractiva en un país donde había muchos pequeños agricultores–. En particular, Stambolijski expresaba la desconfianza de los campesinos hacia la gente de ciudad y las clases altas. «¿Quién os envió a las trincheras? –preguntaba–. Ellos. ¿Quién provocó que perdierais Macedonia, Tracia y Dobruja? Ellos.»<sup>121</sup>

Puede que sus habilidades retóricas y sus políticas a favor del campo le granjearan la lealtad de muchos pequeños agricultores, pero Stambolijski tardó muy poco en enemistarse con casi todos los demás. Los nacionalistas le perdonaron a regañadientes haber firmado el devastador Tratado de Neuilly en noviembre de 1919 tras la dimisión del anterior primer ministro, Teodor Teodorov, ya que era evidente que el Gobierno no había tenido más remedio

que aceptar los términos de los Aliados. Lo que a muchos les resultaba más difícil de digerir era el propósito de Stambolijski de llegar a acuerdos con los países vecinos enemigos de Bulgaria, de los que el más poderoso era el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos. En marzo de 1923, en un intento de superar el aislamiento internacional de Bulgaria, Stambolijski y el Gobierno yugoslavo firmaron un acuerdo en la localidad de Niš, que contemplaba la cooperación en materia de seguridad fronteriza a fin de aplastar las actividades terroristas que llevaban a cabo los extremistas macedonios. Los nacionalistas macedonios percibieron aquel acuerdo como una segunda «puñalada por la espalda» (después de la aceptación del Tratado de Neuilly), pues llevaban aspirando a formar parte de un Estado nacional búlgaro ya desde los últimos estertores del dominio otomano sobre los Balcanes.<sup>122</sup> Después de la Gran Guerra, los nacionalistas macedonios prosiguieron con su activismo a través de la IMRO (Organización Interna Revolucionaria Macedonia, o *Vatreshna makedonska revoljutsionna organizatsia*), que proclamaba como su objetivo principal la autonomía de Macedonia y la protección de su población de etnia búlgara. En febrero de 1920, los grupos guerrilleros (los denominados «cheta») reemprendieron sus actividades de antes de la guerra tanto en la región de Vardar como en Macedonia Egea – unos territorios que habían pasado a estar controlados por el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos y por Grecia–. También empezaron a designar como blanco y a asesinar a determinados políticos de Bulgaria, incluidos los representantes del Partido Agrario de Stambolijski. El acuerdo de Niš aspiraba a poner fin a las actividades de la IMRO.<sup>123</sup>

Stambolijski hizo nuevos enemigos dentro del país cuando intentó aplicar una agenda política radical en materia de redistribución de tierras –un asunto importante en una nación de campesinos propietarios de sus parcelas–. La administración de Stambolijski fijó un patrimonio máximo de treinta hectáreas, lo que posibilitaba confiscar tierras a la Iglesia, a las corporaciones locales y al Estado. El objetivo era convertir a todos los simpatizantes del partido agrario en propietarios de parcelas relativamente iguales. No obstante, aquella reforma infringía los derechos a la propiedad privada garantizados por la Constitución y –aunque muchos campesinos la apoyaban– la reforma

agraria se convirtió, lo que no es de extrañar, en una importante manzana de la discordia entre otros sectores de la población.<sup>124</sup>

En otras esferas de la economía se aplicaban unas políticas parecidas, sobre todo en las medidas que pretendían limitar la concentración de grandes capitales en la industria, el comercio y las finanzas. Además, Stambolijski introdujo el concepto de máximo patrimonial en los centros urbanos y estableció un servicio de trabajo obligatorio, que exigía que todos los ciudadanos, hombres y mujeres, trabajaran durante varios meses en proyectos públicos, como la construcción de carreteras y de colegios. Aunque aquella iniciativa había sido concebida como un medio de conseguir mano de obra para los importantes proyectos de infraestructuras en el marco de la reconstrucción de la posguerra, fue profundamente impopular. También se plantearon ideas radicales para la reestructuración del sistema político de Bulgaria. Stambolijski promovía la idea de abolir todos los partidos y dejar tan sólo tres organizaciones políticas basadas en el principio de filiación laboral: la Unión Agraria, la Organización de la Clase Trabajadora y la Unión de Artesanos.<sup>125</sup> Aquellos pasos dieron a entender al resto de partidos políticos que Stambolijski planeaba instaurar una dictadura campesina por la puerta de atrás.

En julio de 1922, los principales partidos de Bulgaria, el Partido Progresista, el Partido Conservador y el Partido Socialdemócrata, dejaron atrás sus diferencias y formaron el denominado *Konstitutsionen blok* (Bloque constitucional). Animados principalmente por su hostilidad hacia los agrarios, los representantes del Bloque denunciaron públicamente el régimen de Stambolijski como una dictadura gobernada por la peor escoria del campesinado búlgaro, un régimen que había que combatir por todos los medios disponibles.<sup>126</sup>

Stambolijski también logró enemistarse con las élites militares, ya de por sí humilladas por las dos derrotas de 1913 y 1918. No sólo se había privado a los militares del acceso al poder político y al prestigio social, sino que también eran el blanco del aparente desdén del régimen hacia el *establishment* militar tradicional. Además, a las élites militares les preocupaba el crecimiento de la organización paramilitar del propio

Stambolijski, la «Guardia Naranja», formada por campesinos militarizados que sólo guardaban lealtad a la BANU y a su líder político.<sup>127</sup> La Guardia Naranja estaba exclusivamente dedicada al mantenimiento del «orden interior» y a la intimidación de los adversarios políticos. Aunque el partido de Stambolijski nunca estuvo cerca de establecer una verdadera dictadura campesina, la existencia misma de la Guardia Naranja suponía una amenaza para los adversarios del Gobierno, el *establishment* conservador y la élite militar; esta última se organizó en la denominada Liga Militar, una organización cada vez más poderosa, fundada en 1919 y liderada por un catedrático de Derecho, Aleksandar Tsankov. Desde el momento de su creación, la Liga Militar, que incluía a la mayoría de los oficiales del Ejército búlgaro, estuvo esperando el momento oportuno para poner fin al gobierno de los agrarios.<sup>128</sup>

Irónicamente, la oportunidad surgió cuando la Unión Agraria de Stambolijski ganó las elecciones generales del 1 de abril de 1923, una victoria a la que contribuyeron enormemente tanto la prohibición por parte del Gobierno de los mítines de la oposición como la abolición de la representación proporcional, que habría resultado perjudicial para el partido agrario. En respuesta a la creciente marginación de toda la oposición al Gobierno de Stambolijski, los conspiradores dieron el golpe el 9 de junio de 1923. A lo largo de la noche el Ejército ocupó todos los puntos de mayor importancia estratégica de la capital y a continuación detuvieron a los ministros del Gobierno de Stambolijski y a otros miembros destacados del movimiento agrario. Aleksandar Tsankov, líder de la Liga Militar (que había tenido un papel crucial en el golpe de Estado), sustituyó a Stambolijski como primer ministro, con la bendición del zar Borís, cuya relación con el republicano Stambolijski siempre había sido tensa.<sup>129</sup>

Para apresar a Stambolijski, que en el momento del golpe de Estado había ido a visitar a unos familiares en su pueblo natal de Slavovitsa, los conspiradores cortaron todas las vías de escape de Bulgaria y repartieron octavillas donde se afirmaba que Stambolijski era un criminal en busca y captura. «Es deber de todos –ya sean habitantes de las ciudades o campesinos– apresarlo o tirotarlo. Quienes no cumplan esta orden serán

detenidos.»<sup>130</sup> Al cabo de unos días, el líder agrario fue apresado por miembros de la IMRO, que lo torturaron brutalmente y acabaron asesinandolo, así como a su hermano. La mano que había firmado los tratados de Neuilly y de Niš fue amputada, y la cabeza de Stambolijski fue enviada a Sofía dentro de una enorme caja de galletas.<sup>131</sup>

La brutalidad de la muerte de Stambolijski dio pie a una respuesta violenta e inmediata de sus partidarios. Estallaron disturbios masivos en todas las zonas rurales del país, y las asociaciones campesinas y la Guardia Naranja se movilizaron para parar el golpe de Estado. Si los agrarios esperaban que los comunistas los apoyaran, se llevaron un chasco. El Partido Comunista adoptó la postura de que se trataba de un conflicto entre dos sectores de la burguesía (uno «rural» y otro «urbano») y decidieron mantenerse al margen. Aisladas e insuficientemente armadas, las revueltas campesinas fueron rápidamente reprimidas con la máxima brutalidad por las Fuerzas Armadas. Mientras tanto, Tsankov tranquilizó a los alarmados Aliados occidentales diciéndoles que su Gobierno iba a cumplir los términos del Tratado de Neuilly y a restablecer la democracia en Bulgaria.<sup>132</sup>

Tsankov mantuvo la primera parte de su promesa, pero no la segunda. No resultaba fácil restablecer el régimen democrático, y durante el resto de la década de 1920, la violencia siguió siendo un problema constante en la vida política búlgara. Los comunistas, que habían optado por no enfrentarse a los militares en junio, mientras éstos masacraban a los campesinos búlgaros en el campo, recibieron órdenes de Moscú de organizar una revolución. Eso dio lugar a un conato de alzamiento de los comunistas, los anarquistas y los campesinos contra el Gobierno de Tsankov en septiembre de 1923. El alzamiento, que se propagó principalmente por el noroeste y el centro de Bulgaria, acabó en desastre. Fueron asesinados entre 1.200 y 1.500 militantes comunistas, y muchos de los que sobrevivieron fueron condenados a duras penas de cárcel, dando inicio a un periodo de la historia búlgara conocido como el «Terror Blanco». La brutalidad con la que el Ejército y la policía aplastaron la sublevación inspiró toda una oleada de novelas y poemas, cuyo exponente más famoso fue el poema «Septiembre», de Geo Milev, escrito en 1924:

Las plazas de los pueblos teñidas una vez más de rojo por la sangre  
gritos de muerte que brotan de los cuellos cruelmente rebanados.  
El ruido de cadenas que trae malos presagios  
las cárceles de nuevo abarrotadas  
desde los cuarteles y los patios de las prisiones  
reverberan las órdenes  
resuenan las ráfagas  
se cierran con llave las puertas  
sus sombríos visitantes las aporrean  
el hijo con la pistola amartillada  
yace muerto sobre el umbral  
el padre ahorcado  
la hermana mancillada  
los campesinos expulsados de los pueblos  
escortados por los soldados  
una lúgubre caravana  
con destino al pelotón de fusilamiento...

Un año después de escribir el poema, el propio Milev fue asesinado después de ser detenido por la policía junto con otros intelectuales búlgaros de izquierdas.

Otra consecuencia directa de la sublevación fue la ilegalización del Partido Comunista y de todas sus organizaciones asociadas. Como represalia, un grupo clandestino de activistas comunistas hizo estallar una bomba el 16 de abril de 1925 sobre el tejado de la catedral de Sveta Nedelya de Sofía durante una misa funeral pública por el general Konstantin Georgiev, que había sido asesinado por los comunistas unos días antes. La explosión provocó el desplome del tejado de la catedral, lo que causó la muerte de más de 130 asistentes al funeral, entre ellos numerosos altos mandos del Ejército y políticos, y heridas a otras quinientas personas. Al atentado con bomba lo siguió una nueva oleada de detenciones masivas de miembros y de simpatizantes del Partido Comunista, y de muchos ciudadanos corrientes. Los detenidos sufrieron torturas y penas de cárcel, y aproximadamente mil de ellos desaparecieron sin dejar rastro en el plazo de un mes después del

atentado, la mayoría asesinados a manos de la policía.<sup>133</sup>

---

\* Adam Weishaupt (1748-1830) fue un filósofo alemán, profesor de Derecho canónico en la Universidad de Ingolstadt, y fundador de la orden de los Illuminati. (*N. del T.*)

## El miedo al bolchevismo y el ascenso del fascismo

La agitación revolucionaria en los estados vencidos de Europa Central, Oriental y Suroriental muy pronto amenazó con propagarse a los estados vencedores, e incluso, aún más al oeste, a países que se habían mantenido neutrales. España, que había sido un país neutral durante la Gran Guerra estuvo muy cerca de una guerra civil abierta durante su «trienio bolchevique», entre 1918 y 1920, cuando un grave descontento de los trabajadores, ya habitual antes de la guerra, se extendió por el sur rural y estalló en las ciudades, dejando tras de sí más de 750 muertos en los choques entre los simpatizantes de los sindicatos, los patronos y las fuerzas de seguridad del Estado.<sup>1</sup> En Cataluña, y de forma más señalada en Barcelona, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) aspiraba a crear una República Catalana de Trabajadores que debía cortar todo lazo con la capital, Madrid, por la que no sentían demasiado afecto. Ya en agosto de 1917 se habían sumado a la Unión General de Trabajadores (UGT), el sindicato socialista, en la convocatoria de una huelga general en Barcelona, una huelga que fue brutalmente reprimida, con un saldo de setenta muertos y la detención de miles de sospechosos de ser «revolucionarios». En la primavera de 1919, animada por las revoluciones de Rusia y de Europa Central, la CNT convocó una nueva huelga general, y logró que en Barcelona aproximadamente 100.000 trabajadores no acudieran a trabajar durante todo un mes.<sup>2</sup> La huelga no consiguió dar con una solución permanente y satisfactoria para todas las partes implicadas. Al cabo de unas semanas se convocaron huelgas de solidaridad en otras partes del país, sobre todo en el sur. Hubo importantes paros en Andalucía, sobre todo en Sevilla y en Granada, al tiempo que para

los empobrecidos jornaleros del campo que trabajaban en las grandes haciendas semif feudales del profundo sur el radicalismo con el que Lenin y los bolcheviques habían resuelto la cuestión agraria en Rusia era una fuente de inspiración. En palabras de *La voz del cantero*, un periódico anarcosindicalista de Córdoba:

¡Preparaos, obreros de España, que de un momento a otro puede sonar el clarín de la justicia! ¡Pueblo oprimido, despierta, que ha llegado la hora de que exijamos cuentas a nuestros enemigos de tantos crímenes como vienen cometiendo contra el pueblo productor!<sup>3</sup>

Ante una situación cada vez más inestable y en vista del descontento de los jornaleros sin tierras, los terratenientes abandonaron sus casas de campo.<sup>4</sup> Mientras tanto, el miedo al bolchevismo llegó a ser lo bastante grande como para que el Gobierno llevara a cabo una redada para detener y deportar a aproximadamente ochocientos ciudadanos rusos y de otros países, sospechosos de ser comunistas, que residían en España en aquel momento, embarcándolos por la fuerza en el barco de vapor *Manuel Calvo*, que zarpó de España en la primavera de 1919, con rumbo a Odesa.<sup>5</sup> En medio de una inestabilidad económica y una conflictividad interna cada vez mayores, entre 1917 y 1923 se sucedieron quince gobiernos, mientras que en 1921 la extrema izquierda fundaba el Partido Comunista de España (PCE). Al final, España siguió una pauta muy centroeuropea, cuando el general Miguel Primo de Rivera tomó el poder en septiembre de 1923, transformando el país en una dictadura conservadora avalada por el rey Alfonso XIII.<sup>6</sup>

La amenaza de una revolución fue mucho menos grave en los principales estados europeos vencedores de la guerra –Gran Bretaña y Francia– que en otros países. El efímero «Sóviet de Limerick», fundado en Irlanda Occidental durante la segunda mitad de abril de 1919, al comienzo de la guerra de Independencia irlandesa, obedeció más al republicanismo que al bolchevismo y, en cualquier caso, fue liquidado por las tropas británicas al cabo de dos semanas. No obstante, a pesar de que ni en Gran Bretaña ni en Francia los comunistas llevaron a cabo ningún intento serio de tomar el poder, en aquella

época la opinión pública estaba obsesionada con lo que percibía como la amenaza de un contagio bolchevique. Mientras que el intento de asesinato perpetrado por un anarquista, Eugène Cottin, contra Georges Clemenceau, primer ministro francés, en febrero de 1919, podría considerarse un incidente aislado sin demasiada importancia, los dirigentes políticos de Francia no habían olvidado las importantes oleadas de huelgas que se habían producido en el país durante los dos últimos años de la Gran Guerra.

En julio de 1916, y de nuevo en mayo de 1918, tuvieron lugar varios paros importantes en la industria metalúrgica francesa. Durante la primavera de 1917, las huelgas se extendieron y dieron lugar a la reivindicación general de subida de los salarios y a la exigencia de poner fin a la guerra. Aún más graves fueron los motines en el Ejército francés: en mayo y junio de 1917 se vieron afectadas casi la mitad de las divisiones francesas del Frente Occidental.<sup>7</sup> Aunque los motines y las huelgas nunca degeneraron en una revolución, los recuerdos de 1917 se quedaron grabados en la memoria de los franceses, amplificados por los acontecimientos revolucionarios de Rusia. Cuando, durante la primavera de 1920, Francia volvió a verse acuciada por una serie de huelgas, apoyadas por la Confederación General del Trabajo (CGT), el miedo a un contagio bolchevique se propagó rápidamente entre el *establishment* político y las clases medias del país. La creación de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (que pronto pasó a llamarse Partido Comunista de Francia) a mediados de diciembre de aquel año también contribuyó a agravar el clima de desconfianza. Aunque los alemanes no habían dejado del todo de ser la principal amenaza contra el statu quo geopolítico, el nuevo mensaje político del *establishment* conservador en Francia era que ahora había *dos* amenazas que se originaban al este de la frontera francesa: el revisionismo alemán y el bolchevismo ruso.<sup>8</sup>

También Gran Bretaña sufrió reiterados episodios de agitación laboral durante los años veinte, como por ejemplo una huelga nacional de la minería en octubre de 1920, que duró dos semanas y media, y que llevó al país a una paralización temporal. La conflictividad laboral culminó en la gran Huelga General de 1926, en la que participaron trabajadores de todos los sectores de la industria británica. No obstante, los motivos de las huelgas eran

principalmente económicos, y no obedecían a ningún deseo de derrocar el sistema existente mediante una revolución. El único partido que defendía abiertamente un cambio radical, el Partido Comunista de Gran Bretaña, fundado en julio de 1920, nunca recibió un apoyo sustancial por parte del público. A pesar de todo, por lo menos entre otoño de 1918 y principios de la década de 1920, en Gran Bretaña mucha gente creía que los sucesos de Rusia y de Europa Central podrían replicarse en su país. En Londres, Beatrice Webb, la reformista social, intelectual, cofundadora con su marido de la London School of Economics, anotaba en su diario el 11 de noviembre de 1918, el día del cese de hostilidades en el Frente Occidental:

¡La paz! Por doquier los tronos se hacen añicos, y en todas partes los hombres acaudalados tiemblan en secreto. ¿Cuánto tardará la marea de la revolución en dar alcance a la marea de la victoria? Ésa es la pregunta que inquieta a Whitehall\* y al palacio de Buckingham, y que provoca angustia incluso entre los demócratas más considerados.<sup>9</sup>

Mientras Rusia se teñía de rojo con la sangre de sus ciudadanos, en medio de una guerra civil, y la revolución se propagaba hacia el oeste, la angustia se transformó en miedo la primavera siguiente. En su memorándum de Fontainebleau de finales de marzo de 1919, escrito a la sombra del reciente establecimiento de las repúblicas soviéticas de Baviera y de Hungría, el primer ministro británico David Lloyd George insistía en que «el mayor peligro que veo en la situación actual es que Alemania puede unirse al bolchevismo y poner sus recursos, su inteligencia, su enorme capacidad de organización a disposición de los fanáticos revolucionarios cuyo sueño es conquistar el mundo para el bolchevismo por la fuerza de las armas».<sup>10</sup>

Ese tipo de miedos se infiltraron rápidamente en la imaginación popular, a medida que el comunismo poco a poco iba eclipsando al enemigo de Gran Bretaña durante la guerra, el perverso «Huno», como principal amenaza para el futuro. Cuando, en 1924, John Buchan, un escritor enormemente popular, publicó la cuarta de sus cinco novelas de intriga, que tuvieron un gran éxito de ventas, protagonizadas por Richard Hannay, el héroe de clase alta que

defiende Gran Bretaña, el imperio y el sistema de clases inglés de los solapados enemigos que la amenazan por todas partes, el comunismo ocupaba un lugar destacado en el libro. Mientras que en las tres novelas anteriores la amenaza había sido Alemania, el malo de *Los tres rehenes* era Dominick Medina, aparentemente la imagen misma del político conservador inglés de modales exquisitos, pero que en realidad es un irlandés desarraigado «con una remota vena latina [...] y de esa mezcla no puede salir nada bueno». Medina simbolizaba un nuevo tipo de nihilismo que parecía amenazar el orden establecido: el bolchevismo.<sup>11</sup>

La preocupación ante la posibilidad de se estuviera gestando una amenaza bolchevique se extendió incluso a Estados Unidos, donde los anarquistas italoamericanos llevaron a cabo una serie de atentados con bombas entre 1919 y 1920, que culminaron en un mortífero atentado con bomba en Wall Street, Nueva York, a mediodía del 16 de septiembre de 1920, que mató a treinta y ocho personas y causó heridas a varios cientos. Las autoridades nunca lograron apresar a los culpables, pero la sospecha generalizada era que el atentado había sido perpetrado por los anarquistas, dando pie a una «alarma roja» y al miedo a nuevos disturbios, lo que a su vez contribuyó a consolidar una mentalidad anticomunista extrema.<sup>12</sup>

Entre los estados vencedores de la Gran Guerra, la amenaza de una revolución bolchevique probablemente fue mayor en la menor de las grandes potencias de Europa: Italia. Incluso durante la guerra, en la primavera y el verano de 1917, el norte de Italia había asistido a protestas masivas contra la escasez en el abastecimiento de alimentos y contra la prolongación de la guerra.<sup>13</sup>

El vuelco en las vicisitudes militares tras el desastroso revés de Italia en la batalla de Caporetto, en 1917, con la «victoria de Vittorio Veneto», sorprendentemente rápida, contra las fuerzas austrohúngaras en 1918, aplacó temporalmente las tensiones internas y borró de un plumazo los trágicos recuerdos del otoño anterior, cuando Italia parecía estar al borde de un hundimiento casi inevitable. La derrota de Austria-Hungría marcó la primera gran victoria militar en la historia del Estado nacional italiano y alimentó todo tipo de sueños y aspiraciones sin freno.<sup>14</sup> En los territorios recién

«redimidos», sobre todo en la antigua ciudad austrohúngara de Trieste, la población de etnia italiana acogió la victoria del Ejército italiano con una alegría desbordante: «Durante cuatro días, 130.000 personas de todas las edades, de ambos sexos, de todos los partidos políticos, se han echado a las calles y plazas de Trieste. [...] Todo el mundo llora de alegría, abraza y besa a los demás como si todos fueran hijos de la misma madre. Esa madre es Italia. Su nombre está en boca de todos...». <sup>15</sup>

En realidad, Italia salió de la guerra profundamente dividida, y los más perspicaces observadores de la época eran bien conscientes de ello. Por ejemplo, Benedetto Croce, el famoso filósofo italiano, afirmaba en «La Vittoria», un ensayo que gozó de amplia difusión, que «nuestra Italia sale de esta guerra como de una grave y mortal enfermedad, con llagas abiertas, con debilidades peligrosas en sus carnes...». <sup>16</sup>

Croce tenía razón, por supuesto, al observar que era improbable que una victoria militar aliviara las profundas divisiones que existían en la sociedad italiana, y que se remontaban a 1914, cuando estalló una feroz controversia pública entre los italianos que propugnaban ir a la guerra y los que preferían la neutralidad. Aunque Italia todavía formaba parte de la Triple Alianza (con Alemania y Austria-Hungría), los intervencionistas instaban al Gobierno a entrar en guerra contra las Potencias Centrales, a fin de liberar del dominio austrohúngaro lo que ellos percibían como territorios italianos, a saber Trentino y la ciudad de Trieste. Otros italianos permanecían escépticos, y el Partido Socialista Italiano (PSI) se oponía a la guerra. No es de extrañar que la decisión del Gobierno de entrar en guerra en el bando de los Aliados durante la primavera de 1915 provocara una profunda división. <sup>17</sup>

A finales de 1917 y principios de 1918, el primer ministro Vittorio Orlando agravó aún más esas divisiones cuando –como respuesta a la aplastante derrota del Ejército italiano en Caporetto en 1917– su Gobierno reforzó la censura, ilegalizó el activismo pacifista, y lanzó una importante campaña de movilización nacionalista, donde se señalaba a los socialistas, a los sindicalistas, a los sacerdotes y a los pacifistas como «enemigos interiores» a los que se consideraba responsables del hundimiento de la moral de las tropas. <sup>18</sup> Indudablemente, la campaña de Orlando exacerbó el «clima

de guerra civil ideológica» que se había originado en 1914 a raíz de la feroz polémica entre «neutralistas» e «intervencionistas», y que se recrudeció aún más después de Caporetto.<sup>19</sup> Los socialistas y los sectores católicos críticos con la guerra deploraban las enormes cifras de muertos provocadas por la participación de su país en el conflicto, mientras que los «intervencionistas» les culpaban de las desventuras militares de Italia, tachándolos de traidores que habían «apuñalado por la espalda a la nación» por haber socavado el apoyo a las tropas en el frente interior.<sup>20</sup>

Las profundas divisiones que provocaban ese tipo de acusaciones no eran el único problema interno al que se enfrentaba Italia, incluso después de que en 1918 quedara asegurada su victoria en la guerra. Italia, que era probablemente el más pobre de los países vencedores, salió de la guerra con una deuda nacional insostenible, debido a los préstamos que había pedido a Gran Bretaña y a Estados Unidos. Durante la posguerra, el Gobierno de Italia, un país lastrado por las deudas y aquejado por conflictos sociales y políticos, siempre fue sumamente inestable. Los soldados que volvían del frente añadían presión a un mercado de trabajo ya de por sí volátil, mientras que la elevada inflación acababa con los ahorros de las familias. A pesar de la victoria en la guerra, subsistió una grave precariedad en el abastecimiento de alimentos, al tiempo que el Gobierno posponía una reforma agraria pendiente desde hacía mucho tiempo.

Durante la guerra, las clases gobernantes habían ofrecido una tentadora promesa a los millones de jornaleros jóvenes y sin tierra que en esos momentos se estaban jugando el pellejo por su país; después de la guerra, una reforma agraria les daría acceso a unas tierras hasta entonces sin cultivar, y la opción de ser sus propietarios. Cuando la guerra concluyó en una victoria, aquella promesa no se cumplió, lo que exacerbó los conflictos sociales de antes de la guerra, sobre todo en las zonas rurales de Italia. Como respuesta, e inspirándose en los sucesos de Rusia en 1917-1918, el Partido Socialista adoptó durante su congreso nacional de octubre de 1919 un programa que defendía una revolución social siguiendo las líneas bolcheviques, al tiempo que juraba adhesión a la Tercera Internacional de Lenin. Animado por la convicción de que había llegado el largamente anunciado hundimiento del

orden capitalista, e inspirado por los acontecimientos de Europa Oriental, en su nuevo programa político el Partido Socialista insistía en que tan sólo era posible llegar a una «dictadura del proletariado» a través de una «toma violenta del poder», con lo que agrandaba el abismo preexistente entre los sectores reformista y revolucionario del partido.<sup>21</sup>

La radicalización del partido parecía plasmar el estado de ánimo de amplios sectores de la población. En las elecciones generales de noviembre de 1919, los socialistas lograron más de un tercio de los votos emitidos y se convirtieron en el primer partido de la Cámara de Diputados, seguido del conservador y católico Partido Popular Italiano (PPI), que logró un 20 % de los votos con un programa de reformas sociales. Los anteriores partidos de gobierno, los liberales y los demócratas, sufrieron un grave revés electoral.

Con la creación de un gobierno central encabezado por los socialistas, y con los éxitos del PSI en las elecciones locales de octubre y de noviembre de 1919 (sobre todo en el valle del Po), los líderes políticos llegaron a la conclusión de que había llegado la hora de poner en práctica reformas radicales. Mientras tanto, los temores burgueses a una «situación rusa» se intensificaron a raíz de actos de violencia y expropiación concretos. Por ejemplo en Lombardía, en la comarca rural de Crema, las organizaciones sindicales instigaron protestas violentas en junio de 1920 contra los terratenientes acusados de haber incumplido los acuerdos laborales previamente suscritos. Cientos de campesinos fueron a la huelga, ocuparon granjas, confiscaron productos alimentarios, y ocasionalmente tomaron posesión de las residencias privadas de los terratenientes, como informaba a las autoridades de Roma un alarmado prefecto local.<sup>22</sup>

En otros puntos del campo italiano se produjeron sucesos parecidos, y muchos de ellos degeneraban en violencia. Cuando, en abril de 1920, los jornaleros de la pequeña localidad de Nardò, en Apulia, atacaron la comisaría de policía local, también cortaron la línea del telégrafo, dinamitaron un tramo del ferrocarril y levantaron barricadas, para después saquear los almacenes del pueblo. La llegada al día siguiente de las tropas del Ejército dio lugar a incidentes violentos que dejaron muchos heridos, así como la muerte de tres campesinos y un soldado.<sup>23</sup>

La lucha de clases violenta, incluidas las constantes huelgas en los sectores público y privado, alcanzó un clímax en septiembre de 1920, cuando los obreros ocuparon más de seiscientas fábricas y establecieron órganos de gobierno formados por asambleas de trabajadores en las ciudades y pueblos industriales, creando la impresión de que Italia estaba al borde de un gobierno bolchevique. Los disturbios, unidos a la imposibilidad de hacer cumplir las leyes, y la aparente renuencia del Gobierno de Giovanni Giolitti a involucrarse en los conflictos laborales, provocaron una gran alarma entre los industriales y los terratenientes, que buscaban a su alrededor, con creciente desesperación, a un salvador que les protegiera de la amenaza roja. Al final lo encontraron en Benito Mussolini, y en su incipiente movimiento fascista.

En aquel momento Mussolini acababa de culminar su transición personal, pues había pasado de ser un destacado socialista en la Italia de antes de la guerra a ser un nacionalista radical. Aquel periplo había comenzado en noviembre de 1914, cuando –en contra de la línea oficial del PSI– había defendido la entrada de Italia en la guerra.<sup>24</sup> Antes de la guerra, Mussolini había sido uno de los líderes del ala maximalista del PSI, y entre 1912 y 1914 fue el director del *Avanti!*, el periódico oficial del partido. El rechazo de Mussolini a la línea oficial del partido, que abogaba por la neutralidad en una guerra «capitalista» provocó su expulsión del PSI en noviembre de 1914. Aquel mismo mes fundó su propio periódico, *Il Popolo d'Italia*. Gracias a la financiación de empresarios con su misma ideología, combinada con sus dotes para la retórica, Mussolini muy pronto se convirtió en la cabeza visible de la campaña «intervencionista», favorable a entrar en guerra contra las Potencias Centrales.

Cuando finalmente Italia entró en guerra en el bando de los Aliados, en mayo de 1915, Mussolini prestó servicio como soldado en el frente del Isonzo hasta febrero de 1917, momento en que le dieron de baja por haber contraído la sífilis (y no por haber resultado herido por un proyectil de mortero, como sugerían los libros de historia de la Italia fascista).<sup>25</sup> Mussolini asistió al último año de la guerra desde el escritorio de su periódico, *Il Popolo d'Italia*, redefiniendo sus ideas sobre el futuro de Italia. El blanco principal de sus polémicos ataques eran sus antiguos camaradas

socialistas. Tachaba al Partido Socialista de ser «un enemigo más peligroso que el Ejército austriaco», e instaba a sus lectores a combatirlo «a espada y a fuego».<sup>26</sup> La retórica de Mussolini se volvió aún más radical tras la revolución bolchevique de Rusia, que él no consideraba más que el primer paso de una intentona de los comunistas por hacerse con el poder mundial, que sólo podía mantenerse a raya por medio de la violencia: «Éstos no son tiempos de ángeles, son tiempos de diablos. No se requiere mansedumbre sino ferocidad. [...] Se requiere mucho hierro y muchísimo fuego para extirpar el derrotismo profesional. O eso, o la derrota. O eso o Rusia...».<sup>27</sup> Sus días de activista en el movimiento socialista ya no eran más que un recuerdo lejano, y ahora Mussolini aspiraba a una «revolución nacional». El Estado del futuro tenía que ser gobernado por una «trincherocracia», una nueva aristocracia surgida de la sangre y del barro de las trincheras.<sup>28</sup>

En marzo de 1919, Mussolini fundó los *Fasci di Combattimento* («Fasces de combate») en Milán. Sin embargo, en un principio su movimiento no tuvo demasiado éxito a la hora de atraer nuevos simpatizantes. A finales de aquel año no tenía nada más que ochocientos miembros en total, muchos de ellos antiguos *arditi*, las tropas italianas de choque de la Gran Guerra, a los que la retórica del fuego y la espada de Mussolini les resultaba particularmente atractiva.<sup>29</sup> El movimiento sólo empezó a crecer exponencialmente a partir de 1920, en parte como respuesta a la percepción de una amenaza de revolución bolchevique. Fue entonces cuando los partidarios de Mussolini lanzaron su campaña de violencia contra las organizaciones sindicales, contra los ayuntamientos y los periódicos socialistas, sobre todo en la región del valle del Po, dominada por el Partido Socialista.<sup>30</sup> Como en el caso de los *Freikorps*, los grupos de *squadristi* fascistas de Mussolini atraían sobre todo a los que durante la Gran Guerra eran demasiado jóvenes para luchar. Para ellos, las *squadre* eran un sucedáneo de aquella experiencia que les faltaba.<sup>31</sup>

El 16 de octubre de 1920, el periódico oficial de Mussolini convocó públicamente una campaña violenta contra los adversarios socialistas del fascismo. «¡Si la guerra civil es inevitable, que así sea!» La retórica de Mussolini era igual de beligerante, pues aludía al bolchevismo y al combate que se proponía librar contra él con metáforas médicas: si el bolchevismo era

una «gangrena», una «infección» o un «cáncer» que era preciso erradicar, Mussolini definía el fascismo como el «bisturí» que iba a utilizarse con precisión quirúrgica para sanar el «cuerpo político» nacional.<sup>32</sup>

A las palabras incendiarias les seguían rápidamente las acciones violentas. En Bolonia, donde gobernaban los socialistas, las escuadras fascistas empezaron a asaltar los edificios del gobierno local, y el 21 de noviembre de 1920, cuando miles de personas celebraban la elección de un alcalde socialista en la Plaza Mayor, un grupo de fascistas abrió fuego contra la multitud. La «Guardia Roja», es decir las milicias paramilitares socialistas, respondieron con sus armas de fuego y lanzaron granadas. El incidente se saldó con diez personas muertas y aproximadamente sesenta heridas, y a los concejales socialistas del Ayuntamiento no les quedó más remedio que dimitir. Para Mussolini y los fascistas, aquélla fue una importante lección: la violencia daba sus frutos.<sup>33</sup>

En las zonas rurales, los fascistas contribuyeron decisivamente a la represión de todas las demás organizaciones políticas y sindicales, en particular de las afiliadas al Partido Socialista y, en menor medida, al Partido Popular. Miles de *squadristi* sembraban el terror por las zonas rurales, destruyendo los locales de los partidos «subversivos», ocupando pueblos enteros y apaleando o humillando a sus adversarios políticos –a menudo a sabiendas y con el apoyo tácito de la policía, muchos de cuyos integrantes veían con buenos ojos las «fuerzas del orden» de Mussolini–. En lo que cada vez más se parecía a una guerra civil abierta, el número de muertos en encontronazos violentos se disparó. En total, se estima que entre 1919 y 1922 fueron asesinadas aproximadamente 3.000 personas en Italia.<sup>34</sup> Las principales víctimas de la violencia política eran socialistas y militantes de partidos no fascistas. Tan sólo en 1920 fueron asesinados 172 socialistas, así como 10 militantes del Partido Popular, cuatro fascistas, quince transeúntes inocentes y cincuenta y un agentes de las fuerzas de seguridad, mientras que la cifra de heridos graves de aquel mismo año ascendió a 1.700 personas aproximadamente.<sup>35</sup>

En medio de una incesante violencia a lo largo de la primavera del año siguiente, el movimiento de Mussolini, ya rebautizado con el nombre de

Partito Nazionale Fascista (PNF), se convirtió en el mayor partido político de Italia, ya que el número de sus afiliados se multiplicó casi por diez.<sup>36</sup> Como respuesta al rápido crecimiento del partido de Mussolini, el primer ministro Giovanni Giolitti, del Partido Liberal, tomó la fatídica decisión de incluir al PNF en su «Bloque nacional» para las elecciones generales de mayo de 1921. En vez de mantener a raya a los fascistas, la decisión de Giolitti contribuyó a elevar el estatus de Mussolini como un político «respetable». Mientras tanto, sus milicias seguían adelante con su campaña, disfrutando ya de una inmunidad casi total frente a las intervenciones policiales. Después de reducir a la impotencia a sus adversarios, los fascistas imperaban sin oposición en muchas zonas del norte y del centro de la península.<sup>37</sup>

De esa forma, Mussolini pudo aprovecharse tanto del miedo generalizado al bolchevismo como de la inestabilidad del Gobierno central de Italia. Entre 1919 y 1922 una sucesión de cinco gobiernos, sostenidos por mayorías inestables, exacerbó la crisis del régimen parlamentario, y dio credibilidad a la propaganda fascista y antidemocrática que afirmaba que «el siglo de la democracia se ha acabado», al confirmar la incapacidad del Estado para mantener el orden. Irónicamente, los fascistas de Mussolini, el movimiento político responsable de gran parte del caos violento que predominaba en el campo, empezó a parecer la única fuerza capaz de restablecer el orden, mientras que el Gobierno democrático parecía impotente.<sup>38</sup>

En esa situación, el Partido Fascista decidió que había llegado el momento oportuno para una intentona de hacerse con el poder. El 27 de octubre de 1922, por la tarde, Mussolini ordenó a sus tropas paramilitares que «marcharan sobre Roma». El primer ministro, Luigi Facta, del Partido Liberal, le pidió al rey Víctor Manuel III que declarara el estado de emergencia en respuesta a Mussolini. Víctor Manuel accedió en un primer momento, pero a la mañana siguiente le entraron dudas y se negó a firmar la orden. Solamente cuando el rey aceptó la exigencia de Mussolini de que le nombraran primer ministro, el líder fascista optó por subirse a un tren en vez de «marchar» sobre Roma y se reunió con sus aproximadamente 25.000 milicianos que habían acampado a las afueras de la capital italiana. Sin embargo, para entonces los fascistas ya habían asumido a todos los efectos el

control de muchas ciudades de provincias a lo largo y ancho de Italia.<sup>39</sup>

La estrategia dual de Mussolini –sus esfuerzos para ganarse el apoyo de los parlamentarios de otros partidos y de las élites sociales, al tiempo que avalaba la violencia de los *squadristi* contra el Estado– claramente le había dado un buen resultado: obligó al rey a invitarlo a formar un gobierno de coalición formado por fascistas, liberales, nacionalistas y católicos.<sup>40</sup> Mussolini había aprendido más cosas de Lenin y los bolcheviques de lo que estaba dispuesto a admitir, sobre todo la lección de que las mayorías parlamentarias eran mucho menos importantes que la capacidad y la determinación de infundir miedo en los adversarios y de actuar implacablemente cuando se presenta una oportunidad. Al igual que Lenin, que en 1918 disolvió el Parlamento ruso democráticamente elegido, la designación de Mussolini como primer ministro fue la segunda vez en el plazo de cinco años que se había entregado el poder al jefe de un partido formado por milicianos y que había impuesto su autoridad por medio de la violencia.<sup>41</sup>

Hoy en día la mayoría de los historiadores están de acuerdo en que las Fuerzas Armadas del Estado italiano habrían podido derrotar fácilmente a las fuerzas paramilitares del fascismo. «Pero ni el rey, ni el Gobierno, ni las élites políticas y económicas del país tuvieron la voluntad política ni la valentía de imponer un estado de orden que habría podido salvar el régimen parlamentario. Por el contrario, temían que la represión de la ofensiva fascista insuflara nueva vida a la revolución socialista, y alimentaban la ilusión de que las responsabilidades de gobierno bastarían para persuadir a los fascistas de que debían renunciar a su organización paramilitar violenta.»<sup>42</sup> Muy poca gente comprendió las consecuencias a largo plazo de los acontecimientos de octubre de 1922 y de la nueva modalidad de política que instauraron. La burguesía liberal creía en la posibilidad de domesticar al fascismo por el procedimiento de involucrarle en las tareas de gobierno, mientras que a juicio de la mayoría de los partidos antifascistas el fascismo era simplemente un movimiento efímero abocado a evaporarse una vez que fracasara en su función como guardián armado del Estado burgués. Aquellas ilusiones predominaron aún después de la «Marcha sobre Roma». En realidad,

Mussolini se había propuesto desde el principio abolir la democracia y construir una dictadura, cosa que acabó logrando en 1925.<sup>43</sup>

La lección de que la violencia podía imponerse a la democracia no le pasó inadvertida a otros líderes de la extrema derecha en Europa, ni en realidad tampoco a los perspicaces observadores de la izquierda progresista, que temían que otros pudieran seguir el ejemplo de Mussolini. Como apuntaba en su diario el conde Harry Kessler, un periodista progresista alemán y exdiplomático, el 29 de octubre de 1922:

Los fascistas han organizado un golpe de Estado en Italia y han tomado el poder. Si logran aferrarse a él, se tratará de un acontecimiento histórico que podría tener unas consecuencias incalculables, no sólo para Italia sino para toda Europa. Es el primer paso de la marcha victoriosa de la contrarrevolución. [...] En cierto sentido, el golpe de Estado de Mussolini puede compararse con el de Lenin en octubre de 1917, si bien es su antítesis. Puede que abra un nuevo periodo de agitación y guerra en Europa.<sup>44</sup>

A diferencia de Kessler, la extrema derecha veía el golpe de Mussolini como un ejemplo a seguir. El 9 de noviembre de 1923, después de haber proclamado la noche anterior el comienzo de una «revolución nacional», el líder del incipiente Partido Nazi de Alemania, Adolf Hitler, intentó emular la «Marcha sobre Roma» de Mussolini el año anterior, y organizó con sus simpatizantes una «Marcha sobre el *Feldnerrhalle*»<sup>\*\*</sup> de Múnich, a la que debía seguir una «Marcha sobre Berlín».<sup>45</sup>

En aquella época, muy poca gente habría considerado a Hitler como un serio candidato a ser un «segundo Mussolini», que pudiera llevar a buen término una «revolución nacional». Ni siquiera era ciudadano alemán. Hitler, hijo empobrecido de un inspector de aduanas de la ciudad austriaca de Braunau am Inn, había pasado sus años de juventud en Viena, dando tumbos por la vida, fracasando como pintor, y desempeñando una serie de trabajos mal pagados, entre ellos dibujar tarjetas postales. En mayo de 1913 se trasladó de Viena a Múnich para evitar hacer el servicio militar en Austria-Hungría, pero se alistó voluntario al Ejército de Baviera cuando estalló la guerra en 1914. Tras prestar servicio en el Frente Occidental como correo de

a pie, Hitler ascendió a cabo, y fue condecorado con la Cruz de Hierro. Sus años inmediatamente posteriores a la guerra se caracterizaron por la confusión ideológica. La guerra, o más específicamente, la derrota de las Potencias Centrales en noviembre de 1918, había radicalizado a Hitler, pero ni él mismo estaba del todo convencido de si su extremismo se inclinaba hacia la izquierda o hacia la derecha.<sup>46</sup> De hecho, cuando fue desmovilizado y regresó a Múnich, trabajó brevemente en el departamento de propaganda del Gobierno revolucionario de Kurt Eisner dando lecciones de democracia a sus compañeros de armas, y posteriormente, en abril de 1919, fue elegido miembro de una asamblea de soldados de la República Soviética de Múnich. Pero el interés de Hitler por el socialismo fue efímero, y muy pronto se convirtió a la fe de la extrema derecha.<sup>47</sup>

Hitler empezó a trabajar para el *Reichswehr* (Ejército) alemán como educador y confidente, y en septiembre de 1919 asistió por primera vez a un mitin del Partido Obrero Alemán (*Deutsche Arbeitspartei*, DAP), una organización radical de extrema derecha, que se celebraba en una cervecería. Muy pronto asumió el control del partido, que cambió su nombre al de Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) en febrero de 1920. En aquel momento Hitler aún no había formulado su singular cosmovisión de los años posteriores, con su marcado énfasis en la doctrina racial, en el antisemitismo biológico y en el expansionismo violento, aunque en sus primeros discursos, en 1919 sí identificaba a los judíos como el principal enemigo de Alemania. En aquel momento, lo que más condicionaba a Hitler era la experiencia de crisis permanente, de la guerra a la derrota y la revolución, de los tratados de paz de 1919 a la suposición generalizada en aquella época de que Alemania estaba al borde de una guerra civil.<sup>48</sup>

Ese tipo de percepciones no eran infundadas, dado que la agitación revolucionaria y contrarrevolucionaria en Alemania prosiguió tras la caída del Sóviet de Múnich en 1919. El año siguiente, instigada por una de las disposiciones del Tratado de Versalles que imponía la reducción de las Fuerzas Armadas alemanas a 100.000 hombres, y por la orden de disolución de los *Freikorps* que posteriormente emitió el Gobierno alemán, la derecha alemana organizó un golpe de Estado en Berlín. Una de las figuras claves que

estaban detrás del *putsch* de marzo de 1920, el general Walther von Lüttwitz, se negó a obedecer las órdenes de disolución de los *Freikorps* y de desmovilizar el Ejército, y fue destituido por el ministro de Defensa, Gustav Noske. Sin embargo, Lüttwitz contaba con el apoyo de muchos soldados de los *Freikorps*, sobre todo con el de la tristemente célebre Brigada Ehrhardt, así llamada en honor a su jefe, el capitán de corbeta Hermann Ehrhardt. Seguro del apoyo de la Brigada, Lüttwitz le envió un ultimátum a Friedrich Ebert, que para entonces era presidente de la República, amenazándole con derrocar el Gobierno por la fuerza si no se suspendía de inmediato la desmovilización del Ejército y de los *Freikorps*. Además, los golpistas exigían la celebración de unas nuevas elecciones generales, ya que daban por supuesto que el resultado iba a ser una mayoría contraria al Gobierno de Ebert.<sup>49</sup> Cuando Ebert rechazó el ultimátum, la Brigada Ehrhardt avanzó hacia Berlín. El 13 de marzo, Lüttwitz y Wolfgang Kapp, un funcionario de Prusia Oriental y cofundador del *Deutsche Vaterlandspartei* (Partido Alemán de la Patria), una organización de extrema derecha durante los años de la guerra, proclamaron que el Gobierno del Reich había sido relevado.<sup>50</sup>

Ebert y su Gobierno huyeron de Berlín, primero a Dresde, y después a Stuttgart. El futuro del Gobierno elegido democráticamente pendía de un hilo, ya que los socialdemócratas no contaban con un apoyo inequívoco del Ejército. El oficial de mayor graduación del *Reichswehr*, el general Hans von Seeckt, se debatía entre su juramento de guardar y hacer guardar la Constitución de Weimar y su lealtad para con sus compañeros oficiales. En cualquier caso, se negó a que «las tropas dispararan contra las tropas». Sin ayuda militar, Ebert decidió convocar una huelga general, que fue apoyada por los dos partidos socialistas y por los sindicatos. En una impresionante demostración de la fuerza de las bases de la socialdemocracia, la huelga consiguió paralizar abruptamente el país. Al cabo de cuatro días y medio, el golpe de Estado fracasó.<sup>51</sup>

No obstante, resultó difícil desconvocar la huelga. Envalentonados por su victoria sobre los partidarios del *putsch* de Kapp, los militantes de izquierdas que abogaban por un cambio radical vieron su oportunidad. Supusieron que el vacío temporal de poder creado por el *putsch* de Kapp y su fracaso ofrecía

la posibilidad de hacer realidad algunas de las reivindicaciones revolucionarias que no se habían satisfecho en 1918. Con ese fin, la extrema izquierda restableció los gobiernos asamblearios de trabajadores en los baluartes socialistas de Alemania Central. Ello dio pie a una serie de combates, por un lado entre los golpistas de Kapp en retirada y los insurgentes socialistas, y por otro entre las tropas regulares del *Reichswehr* que intentaban restablecer el orden y la autodesignada Guardia Roja, que respaldaba a las asambleas. Como anotaba Harry Kessler en su diario los días 19 y 20 de marzo, en Berlín se produjeron encarnizados combates<sup>52</sup> y las matanzas en represalia eran frecuentes: «En distintos puntos de Berlín, la turbamulta ha apresado a algunos oficiales de las fuerzas golpistas que se batían en retirada y los ha asesinado. El resentimiento de las clases trabajadoras contra los militares parece no tener límite; y el éxito de la huelga general ha incrementado enormemente su sensación de poder».<sup>53</sup>

La situación era aún más tensa en Alemania Central y en el centro industrial del valle del Ruhr. Durante la denominada «sublevación de marzo», los militantes socialistas unieron sus fuerzas con los trabajadores industriales y los mineros para exigir la nacionalización de las industrias y el restablecimiento de las asambleas de trabajadores. Ebert y su Gobierno respondieron con el uso de la fuerza, y encontraron un aliado dispuesto en el *Reichswehr* y en los *Freikorps*. A diferencia de lo que ocurrió durante el *putsch* de Kapp, los jefes del Ejército no tuvieron el mínimo reparo en abrir fuego contra los huelguistas. Las tropas del Gobierno terminaron aplastando la sublevación de marzo, con un saldo final de mil muertos entre los insurgentes del «Ejército Rojo».

Los temores a nuevas amenazas revolucionarias de izquierdas como las de 1919 y 1920 se consolidaron sobre todo en Múnich, que se convirtió en la ciudad más inquebrantablemente de derechas de Alemania durante el periodo de Weimar. No es casualidad que fuera la ciudad donde Hitler se convirtió a la ideología de extrema derecha, y donde encontró un público receptivo a sus mensajes radicales de antibolchevismo y de renovación nacional. Sin embargo, su prematuro intento de seguir el ejemplo de Mussolini y de tomar el poder en 1923 fracasó estrepitosamente. A mediodía del 9 de noviembre, la

policía bávara abrió fuego contra sus simpatizantes cuando marchaban por las calles de Múnich y mataron a dieciséis de ellos. Hitler logró escapar, pero fue detenido dos días después, acusado de traición, y encarcelado en la prisión de Landsberg.<sup>54</sup> Lo que a Hitler se le había pasado por alto en su intento por emular la «Marcha sobre Roma» de Mussolini era que el éxito del *Duce* en Italia se debió en gran medida a una doble estrategia que oscilaba entre la legalidad y la ilegalidad: el empleo de una violencia brutal en las calles combinado con promesas parlamentarias de restablecer el orden y los valores nacionales.<sup>55</sup> Para cuando fue indultado por el Tribunal Supremo de Baviera y puesto en libertad, poco más de ocho meses después, Hitler ya sabía que él y su partido tenían que seguir la senda de la legalidad si querían tener alguna esperanza de siquiera acercarse a los salones del poder. Esa constatación fue de una importancia crucial para su segunda intentona, esta vez coronada por el éxito, de conquistar el poder, en enero de 1933.

---

\* Sinónimo del Gobierno británico. (*N. del T.*)

\*\* La Logia de los Mariscales de Campo, situada en la Odeonsplatz de Múnich, es un monumento erigido en la década de 1880 en homenaje al Ejército bávaro. (*N. del T.*)

TERCERA PARTE

## HUNDIMIENTO IMPERIAL

Los recientes tratados que regulan, o deberían regular, las relaciones entre los pueblos suponen un terrible retroceso...

FRANCESCO SAVERIO NITTI  
(primer ministro italiano durante  
la firma de los tratados de paz de París),  
*L'Europa senza pace* (1921)

En cuanto el emperador diga adiós, nos desintegraremos en cien pedazos. Todos los pueblos montarán sus propios estaditos miserables. [...] El nacionalismo es la nueva religión.

JOSEPH ROTH,  
*La marcha Radetzky* (1932)

## La caja de Pandora: París y el problema del imperio

En medio de la agitación revolucionaria y contrarrevolucionaria de Europa Central y Oriental, la Conferencia de Paz de París se reunió a mediados de enero de 1919 para decidir sobre el futuro de los vencidos. Como reconocía a posteriori David Lloyd George, primer ministro británico, la naturaleza de aquella conferencia de paz era radicalmente distinta de la gran conferencia de paz europea del siglo anterior: el Congreso de Viena de 1814-1815. En primer lugar, y lo que es más importante, las potencias imperiales derrotadas y sus estados sucesores –Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria y el Imperio otomano– fueron excluidas de las negociaciones de París, mientras que Francia había sido un actor crucial en las discusiones de Viena sobre la creación de un nuevo orden internacional. Estaba previsto convocar a las potencias derrotadas en la Gran Guerra únicamente después de que se ultimaran los distintos tratados de paz que iban a imponérseles. Rusia –el crucial aliado de Gran Bretaña y Francia entre 1914 y 1917– tampoco estuvo representada en París, en gran medida porque Gran Bretaña y Francia seguían involucradas activamente en los intentos de derrocar el gobierno bolchevique de Lenin, puesto que ofrecían ayuda logística y militar a sus adversarios blancos. Una segunda diferencia era la pura magnitud y la composición de la Conferencia de Paz de París. Mientras que el Congreso de Viena había sido un asunto exclusivamente europeo, con tan sólo cinco países participantes, a la Conferencia de Paz de París asistieron más de treinta países Aliados y asociados.<sup>1</sup> Obviamente, no todos los participantes tenían los mismos derechos ni la misma voz en los debates. En la cúspide de la pirámide jerárquica estaba el «Consejo de los Diez», que a partir de marzo de 1919 fue

sustituido por el «Consejo de los Cuatro», con el anfitrión de la conferencia, el primer ministro francés Georges Clemenceau como presidente. Además de Clemenceau, el presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson y el primer ministro británico David Lloyd George eran los actores principales, aunque el presidente del Gobierno de Italia, Vittorio Emanuele Orlando, también formaba parte del «Consejo de los Cuatro». A partir de finales de abril, dado que Italia se retiró temporalmente de la conferencia para manifestar su enfado por el hecho de que no se resolviera la reivindicación territorial de Roma sobre la ciudad portuaria de Fiume (Rijeka), a orillas del Adriático, eran básicamente los «Tres Grandes» –Clemenceau, Wilson y Lloyd George– quienes tomaban las decisiones. Durante las deliberaciones contaron con el asesoramiento de un total de 52 comisiones de expertos, que se encargaban de las cuestiones más complicadas, como las reparaciones y las nuevas fronteras.<sup>2</sup>

Nada más inaugurarse la Conferencia de Paz, quedó claro que el líder de cada una de las delegaciones había acudido a París con sus propios objetivos, que a menudo resultaban ser incompatibles con las de otros líderes aliados. Para Francia, la cuestión individual más importante de su agenda era el futuro de Alemania, su vecino del este, intrínsecamente poderoso. Clemenceau decidió deliberadamente iniciar la conferencia el 18 de enero, el aniversario de la fundación del Reich alemán en Versalles, tras la humillante derrota de Francia en la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Encontrar una solución al «problema alemán» que desde entonces había estado atormentando a París, se consideraba una cuestión tanto de seguridad colectiva como de justicia: durante la Gran Guerra, diez departamentos franceses habían sufrido directamente las consecuencias de la contienda o de la ocupación, que dejaron en ruinas enormes áreas al noreste del país. Y lo que era aún peor, Francia había perdido una cuarta parte de su población masculina con edades comprendidas entre los dieciocho y los veintisiete años. De todos los Aliados occidentales, Francia era el país más profunda y directamente afectado por el conflicto. Clemenceau sabía muy bien que la abrumadora mayoría de su pueblo exigía un castigo para los vencidos y una merecida compensación para los vencedores (sobre todo para Francia). A fin de garantizar que

Alemania nunca volvería a amenazar a Francia, Clemenceau y sus asesores contemplaron distintos planes: una partición completa del Reich, la ocupación de gran parte de Renania, y la creación de estados aliados fuertes en la frontera oriental de Alemania.<sup>3</sup>

Para los británicos –a los que en aquel momento, igual que antes de la guerra, lo que más les preocupaba era el «equilibrio de poder» en el continente– la perspectiva de una hegemonía francesa era tan ominosa como lo había sido la amenaza de un dominio alemán antes del conflicto. En vez de apoyar todas las reivindicaciones de Francia, Lloyd George en el fondo lo que pretendía era restablecer los vínculos comerciales con Alemania, aunque la presión pública de su país exigía algún tipo de castigo para el Reich. Era preciso minimizar la importancia de Alemania en el mundo (por el procedimiento de arrebatarle sus colonias de ultramar y de diezmar su flota), pero no hasta el extremo de que el comercio bilateral desapareciera del todo. Alemania había sido un importante socio comercial para Gran Bretaña antes de la guerra, y por tanto, una Alemania completamente empobrecida, incluso potencialmente bolchevique, sencillamente no era lo que más le convenía a Londres. Sin embargo, al mismo tiempo, y con el telón de fondo de las elecciones generales previstas para diciembre de 1918, el propio Lloyd George estaba sometido a una gran presión de su país para que impusiera una paz onerosa a Alemania, sobre todo por parte de los periódicos conservadores, como el *Daily Mail* y *The Times* de lord Northcliffe, que exigían cuantiosas reparaciones, así como el procesamiento y ejecución del káiser Guillermo II por crímenes de guerra. Además, los intereses de Gran Bretaña chocaban con los de Francia en Oriente Próximo, donde estaban en juego vitales intereses estratégicos y económicos.<sup>4</sup>

Por el contrario, el presidente Wilson siempre había sostenido que el resultado de la conferencia debía ser una «paz justa», que diera lugar a un sistema de relaciones internacionales de nuevo cuño, basado en una interpretación radicalmente nueva de la soberanía popular, y de aplicación planetaria. Unos ciudadanos racionales y moralmente responsables debían elegir sus gobiernos soberanos en todo el mundo. Los asuntos que Wilson tenía en mayor estima –la implementación del principio de

«autodeterminación» nacional (en referencia al gobierno derivado de la soberanía popular) y la creación de una Sociedad de Naciones, que hiciera que en un futuro las guerras fueran improbables, cuando no imposibles, por el procedimiento de garantizar la seguridad colectiva y la paz internacional—ocupaban un lugar destacado en su agenda.<sup>5</sup> Wilson tenía en mente el ejemplo de Estados Unidos, y pretendía universalizarlo y aplicárselo a Europa en particular. Era preciso preservar y proteger las diferencias religiosas y étnicas en el seno de los estados sucesores de los imperios de Europa, si bien las minorías tendrían que acatar los valores del conjunto de la comunidad nacional en la que vivieran.<sup>6</sup> Sin embargo, detrás del aparente idealismo de Wilson había un propósito calculado: si la Gran Guerra y la victoria de los Aliados habían desplazado el equilibrio del poder mundial, alejándolo de Europa y aproximándolo a Estados Unidos, el nuevo orden mundial que él promovía iba a consolidar la supremacía mundial de su país, tanto en lo político como en lo económico.<sup>7</sup>

Conciliar las posturas encontradas de los Aliados, y al mismo tiempo contentar a las delegaciones de los países más pequeños que habían acudido a París era una tarea casi imposible. Aunque a los líderes políticos de los Aliados occidentales les costaba admitirlo, desde el inicio de las deliberaciones en París eran plenamente conscientes de que las versiones finales de los tratados de paz iban a ser un compromiso —no entre los vencedores y los vencidos, sino entre los actores principales del bando de los Aliados victoriosos.<sup>8</sup>

Frente a las expectativas de aquel momento como complejo telón de fondo, era casi inevitable que los tratados de paz de París decepcionaran a todos los afectados. Con el beneficio de la visión a posteriori, los historiadores han sido un poco más indulgentes que los que vivieron aquella época a la hora de evaluar los tratados, pues reconocen que los negociadores de París a menudo se vieron obligados a aceptar realidades nuevas que ya se habían creado sobre el terreno, lo que limitaba su papel a arbitrar entre las ambiciones encontradas de las distintas partes.<sup>9</sup> Sin embargo, no todos los historiadores están convencidos de que los negociadores lo hicieron lo mejor posible en una situación complicada, y por el contrario han subrayado que la

Conferencia de Paz de París falló en su objetivo por excelencia: la creación de un orden mundial seguro, pacífico y duradero.<sup>10</sup>

La descomposición del orden establecido en París en el plazo de menos de veinte años se debió en gran parte al ascenso de poderosas fuerzas revisionistas y nacionalistas en los estados vencidos de Europa; sobre todo en Alemania, donde el descontento económico tras la Gran Depresión, a partir de 1929, jugó a favor del movimiento nazi de Hitler, que siempre había sido categórico al decir que su partido iba a hacer pedazos la «paz dictada» de Versalles, por la fuerza si era necesario. Precisamente debido al ascenso del nazismo, tanto los historiadores como el público en general han dedicado mucha más atención al Tratado de Versalles que a cualquier otro aspecto de las negociaciones de paz. Sin embargo, podría argumentarse que centrarse en Versalles (y sobre todo en las cuestiones de las reparaciones y de la cláusula de la «culpa de la guerra», que atribuía exclusivamente a Berlín la responsabilidad del estallido de las hostilidades) ha mermado nuestra comprensión de la Conferencia de Paz de París y ha marginado en cierta medida la cuestión individual más importante que estaba en juego en aquellos momentos: la transformación de todo un continente previamente dominado por imperios terrestres en un continente formado por «estados nacionales». Esa cuestión tan sólo pasó a ocupar un papel primordial para la Gran Guerra en las fases finales del conflicto. Ni Londres ni París habían ido a la guerra en 1914 con el propósito de crear una «Europa de naciones», y la destrucción de los imperios continentales tan sólo se convirtió en un objetivo explícito de la guerra a partir de los primeros meses de 1918.<sup>11</sup>

Vale la pena recordar la magnitud de aquella transformación: cuando la Primera Guerra Mundial concluyó oficialmente con una victoria de los Aliados, tres imperios continentales dinásticos gigantescos, y con siglos de antigüedad –los imperios otomano, austrohúngaro y ruso– desaparecieron del mapa. Un cuarto, la Alemania imperial, que se había convertido en uno de los grandes imperios continentales durante la Gran Guerra al conquistar enormes territorios en Europa Central y Oriental, se vio considerablemente reducido, despojado de sus colonias de ultramar y transformado en una democracia parlamentaria, y con lo que muchos alemanes de todo el espectro político

denominaban una «frontera sangrante» al este.<sup>12</sup> Y tampoco es que los imperios vencedores de Europa Occidental no se vieran afectados por el cataclismo de la guerra: Irlanda había vivido una fallida sublevación nacionalista en 1916, pero al final logró la independencia en 1922 tras una sangrienta guerra de guerrillas contra las fuerzas británicas.<sup>13</sup> En otros lugares del mundo, desde la India hasta Egipto, los incipientes movimientos nacionalistas tuvieron como fuente de inspiración el discurso público sobre el «desarrollo autónomo» y la «autodeterminación nacional» planteado (con intenciones muy diferentes) tanto por Woodrow Wilson como por Lenin, el líder de los bolcheviques rusos.<sup>14</sup> Los portavoces de los pueblos que aspiraban al reconocimiento de su derecho a tener su propio Estado, entre ellos los sionistas, los armenios y los árabes, viajaron a París para promover sus reivindicaciones de «autodeterminación». Otros nuevos actores, como el primer Congreso Panafricano, exigían lo mismo, mientras que un vietnamita, segundo chef de cocina del hotel Ritz de París, Nguyễn Sinh Cung (más conocido por su futuro nombre de guerra, Hô Chi Minh), le escribía una carta a Woodrow Wilson para exigir la independencia de su país.<sup>15</sup>

En última instancia, aquellos pequeños movimientos no europeos de descolonización iban a llevarse una decepción ante los resultados de la Conferencia de Paz de París, dado que únicamente se concedió la «autodeterminación nacional» a algunos de los estados europeos sucesores que gozaban del favor de los Aliados, pero se le negó a todos los demás. La decepción muy pronto se transformó en activismo violento: en Egipto, en la India, en Irak, en Afganistán y en Birmania, Gran Bretaña reaccionó al descontento imperial con una fuerza considerable, mientras que, a lo largo de las décadas siguientes, Francia tuvo que luchar contra la resistencia a sus ambiciones imperiales en Argelia, Siria, Indochina y Marruecos.<sup>16</sup> Pero fue en Europa Centro-oriental y en los antiguos territorios del derrotado Imperio otomano donde los efectos de una guerra perdida y la implosión de las estructuras imperiales se dejaron sentir con mayor intensidad, y de una forma muy inmediata. Tras la desintegración de los imperios continentales, de sus ruinas surgieron diez nuevos estados: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania,

Polonia, Checoslovaquia, Austria alemana, Hungría, Yugoslavia y Turquía, ya firmemente asentada en Asia. Mientras tanto, en el Levante árabe, que durante siglos había sido gobernado por los otomanos, Gran Bretaña y Francia se inventaban nuevos «estados»: Palestina, Transjordania (Jordania), Siria, Líbano y Mesopotamia (Irak) iban a convertirse en «protectorados» por mandato de la Sociedad de Naciones, administrados por Londres y París hasta que en algún momento futuro se les concediera la libertad de convertirse en estados independientes.<sup>17</sup> Sin embargo, aunque en teoría la Conferencia de Paz de París prescribía el Estado-nación autodeterminado como la única modalidad política legítima de organización, los estados vencedores eran todos imperios de una forma u otra. Eso era cierto no sólo en el caso de Gran Bretaña y Francia, cuyos imperios de ultramar crecieron gracias a los protectorados, sino también en el de Italia, Grecia y Japón, los aspirantes imperiales del Mediterráneo y de Asia, que intentaban no quedarse atrás en el gran juego imperial de anexionarse territorios durante los años posteriores a 1918. Incluso Estados Unidos era un imperio, ya que ejercía distintas formas de soberanía en territorios tan diversos como Alaska, Hawái, Puerto Rico, Panamá y Filipinas, por no hablar de su poderosa y oficiosa influencia sobre algunos estados independientes como Cuba, Haití y México.<sup>18</sup>

A finales de 1918, antes de que se adoptara cualquier tipo de decisión sobre la futura configuración de Oriente Próximo, el futuro dictador italiano Benito Mussolini hizo un célebre comentario sobre la desintegración de los grandes imperios continentales en un tono sorprendentemente apocalíptico: ni la caída de la antigua Roma ni la derrota de Napoleón, insistía Mussolini en un artículo para su periódico, *Il Popolo d'Italia*, podía compararse por sus repercusiones con la actual remodelación del mapa político de Europa. «La tierra entera tiembla. [...] En la vieja Europa los hombres desaparecen, los sistemas quiebran, las instituciones de derrumban.»<sup>19</sup> Por una vez, Mussolini llevaba razón. Durante siglos, la historia europea había sido una historia de imperios. En vísperas de la Gran Guerra, gran parte de la masa continental del mundo habitado se dividía en distintos imperios europeos o en territorios dependientes de ellos, y no había ningún indicio de que la era de los imperios

continentales estuviera a punto de terminar.

Por supuesto, el «despertar de los pueblos» que anteriormente se había producido en Europa debido a los movimientos nacionalistas del siglo XIX suponía un desafío al futuro del dominio imperial, sobre todo en los Balcanes, donde la rivalidad entre los intereses nacionales e imperiales tenía un historial que se remontaba a mucho antes de la Gran Guerra. Desde la primera insurrección serbia de 1804-1813, la Revolución griega de 1821, la gran crisis de Oriente a mediados de la década de 1870, y la guerra greco-otomana de 1897, hasta la insurrección macedonia de 1903, la revolución de los Jóvenes Turcos de 1908, y las sublevaciones albanesas de 1909-1912, los Balcanes tenían tras de sí un largo siglo de desórdenes violentos en el momento de su transición desde el dominio otomano hasta la constitución en distintas naciones y la independencia.<sup>20</sup> El nacionalismo balcánico había estallado violentamente durante las guerras balcánicas de 1912-1913, cuando Serbia, Montenegro, Grecia y Bulgaria unieron sus fuerzas y expulsaron a los otomanos de los territorios europeos que les quedaban, para después enzarzarse entre ellos por el botín de guerra.<sup>21</sup> El posterior flujo migratorio hacia Anatolia de un enorme número de refugiados musulmanes indigentes y resentidos iba a tener profundas repercusiones en las relaciones entre cristianos y musulmanes, que se fueron deteriorando rápidamente en el seno de un Imperio otomano cada vez más encogido.<sup>22</sup>

No obstante, la situación de 1912-1913 en los Balcanes difería sensiblemente del resto de Europa. Aunque había voces que pedían una mayor autonomía en el seno de las estructuras imperiales, sobre todo en Austria-Hungría y Rusia, en 1914 muy pocos habrían podido predecir (y en realidad exigir) una disolución completa de los imperios terrestres continentales hasta que se iniciaron las hostilidades en agosto de aquel año. Lo que tenían en mente quienes habían manifestado sus críticas a las estructuras imperiales era algún tipo de reforma, no una revolución nacional. Pese a que a menudo el declive y la caída de los imperios terrestres continentales después de 1918 ha sido calificado de inevitabilidad histórica, es importante recordar que, desde el punto de vista de 1914, las dinastías reinantes del mundo anterior a la guerra parecían firmemente afianzadas, y

controlaban con total confianza las inmensas extensiones de los territorios que pertenecían a sus imperios.<sup>23</sup>

La complejidad del mundo de los imperios que existía en 1914 puede ilustrarse con el ejemplo de Austria-Hungría. Antes de la guerra, la Monarquía dual era el tercer Estado más poblado de Europa (después del Imperio ruso y del Reich alemán), y uno de sus imperios étnica y lingüísticamente más diversos. Según el censo oficial de 1910, más del 23 % de la población del imperio hablaba alemán como primer idioma, mientras que casi el 20 % hizo constar como lengua materna el húngaro. Si bien el alemán y el húngaro eran los idiomas más hablados, no eran ni mucho menos los únicos: aproximadamente un 16 % de los ciudadanos austrohúngaros hablaba checo o eslovaco, casi un 10 % hablaba polaco, cerca del 9 % hablaba serbio, croata o bosnio, mientras que el 8 % hablaba ucraniano, el 6 %, rumano, el 2 %, esloveno, y el 1,5 %, italiano. Los 2,3 millones de personas restantes hablaban una gran variedad de otros idiomas.<sup>24</sup> La lealtad de todas aquellas diferentes comunidades étnico-lingüísticas era básicamente dinástica, es decir una lealtad al veterano káiser de la Monarquía dual. A raíz de la catastrófica derrota de Viena a manos de Prusia en 1866, Francisco José promovió numerosas reformas, de las que la más destacada fue el *Ausgleich* (compromiso) de 1867, que convirtió a Hungría en un reino soberano, con un Parlamento propio dentro del imperio, y con varias nacionalidades bajo su control. Aquella concesión especial a Budapest suscitó las envidias de otros grupos étnicos y el deseo de una mayor autonomía política, sobre todo entre las élites checas, polacas y croatas, pero eran raros los llamamientos desde el interior del imperio a una independencia total. Los intelectuales croatas y eslovenos que escribieron sobre la necesidad de compartir una identidad común como «eslavos del sur» (yugoslavos) con los serbios eran una reducidísima minoría.<sup>25</sup>

Fue el estallido de la guerra en 1914 lo que socavó un sistema cada vez más complejo de compromisos regionales, así como la estrategia imperial global del «divide y vencerás» dentro del Imperio austrohúngaro. En diciembre de 1914, en la denominada Declaración de Niš, Serbia proclamó como uno de sus objetivos oficiales de la guerra la creación de un Estado de

los eslavos del sur.<sup>26</sup> Sin embargo, en un principio, da la impresión de que entre los eslovenos o los croatas que combatían en el Ejército austrohúngaro, muy pocos prestaron atención a aquella proclama. Durante gran parte de la guerra, las lealtades imperiales (sin duda entremezcladas con el temor a la represión y a las posibles represalias) se impusieron a las lealtades nacionales, ya que los polacos, los checos, los croatas, e incluso algunos serbios e italianos, combatieron en el Ejército austrohúngaro. La historia mil veces repetida de que los checos en particular apoyaban a regañadientes el esfuerzo bélico imperial –una idea reflejada en la novela de Jaroslav Hašek *El buen soldado Švejk* (1921-1923), un éxito de ventas en todo el mundo– es sobre todo una invención de la posguerra, un mito adoptado tanto por los nacionalistas checos, a fin de hacer hincapié en su inveterado odio a la «opresión» austrohúngara, como por los nacionalistas austriacos para explicar la derrota del Ejército imperial.<sup>27</sup>

La cohesión interna de la Monarquía dual se vio indudablemente debilitada por el cambio de titular de la corona imperial tras el fallecimiento del káiser Francisco José, un monarca muy popular, tras un larguísimo reinado, el 21 de noviembre de 1916. Había gobernado el imperio durante casi seis décadas, simbolizando la unidad de un Estado étnicamente complejo. Como apuntaba aquel día en su diario Miklós Bánffy, un político y novelista húngaro, autor de la magnífica *Trilogía transilvana* (1934-1940):

Casi todas las tardes, los habitantes de Budapest, hartos de la monótona uniformidad de las noticias sobre la guerra, pasaban apresuradamente por delante de los puestos de periódicos, pero esta noche se paraban a mirar y a leer. [...] Hoy han dejado a un lado su angustia cotidiana por los que están en la línea del frente, sus temores y su preocupación por los maridos, hijos y hermanos prisioneros de guerra, su duelo por los que han muerto. Hoy todos estaban abrumados por la sensación de un gran desastre nacional, por el miedo de lo que está por venir y por el terror ante un futuro incierto. Lo que atraía a todo el mundo hacia esos puestos de periódicos vivamente iluminados era el anuncio de la muerte de Francisco José.<sup>28</sup>

Con la muerte del káiser, encarnación de la continuidad y de la

estabilidad desde la Revolución de 1848, el imperio perdía su integradora cabeza visible. Su muerte provocaba incertidumbre en el momento en que el Imperio austrohúngaro entraba en el tercer año de la guerra.<sup>29</sup> Sin embargo, sin la derrota final de las Potencias Centrales, no cabe duda de que la Monarquía dual habría sobrevivido al traspaso de poderes de Francisco José a su sobrino y heredero Carlos, de veintinueve años. Lo que resultó decisivo para el destino del Imperio austrohúngaro fue el desenlace de la guerra, y el hecho de que los máximos responsables políticos franceses, británicos y estadounidenses gradualmente pasaran a considerar el desmantelamiento del imperio como uno de los objetivos de la guerra. Desde el mismo comienzo de la guerra, los exiliados checos, eslovacos y eslavos del sur del Imperio austrohúngaro habían presionado en ese sentido, poniéndose en contacto con gran número de influyentes expertos en Europa Central de Gran Bretaña y Francia, como el periodista del *Times* Henry Wickham Steed, que tenía muy buenos contactos (y que había sido corresponsal en Viena antes de la guerra), o como Robert Seton-Watson (editor del semanario *The New Europe* a partir de 1916), y el historiador de la Universidad de la Sorbona Ernest Denis (que asesoraba al Gobierno francés sobre los objetivos de la guerra en relación con los territorios de Bohemia). Los tres expertos desempeñaron un papel clave a la hora de condicionar la percepción pública en los países Aliados de que la Monarquía dual era una «cárcel de pueblos», cuyas poblaciones no alemanas y no magiares era preciso liberar.<sup>30</sup>

Sus escritos, dictados en gran medida por sus propias agendas, le vinieron que ni pintados a Tomáš Garrigue Masaryk, catedrático de Filosofía y político nacionalista, que había huido de Praga a finales de 1914. Masaryk se trasladó a Londres, donde enseñó Filología eslava en la Universidad de Londres al tiempo que participaba en las conversaciones de alto nivel sobre el futuro de Europa Central. A principios de 1918 también viajó a Estados Unidos, donde se reunió con el presidente Wilson en un intento de conseguir su aprobación para un Estado checoslovaco independiente.<sup>31</sup> Como ha señalado la historiadora Andrea Orzoff, el meollo de la narración que divulgaba Masaryk era el siguiente:

Los checos eran tan occidentales por sus valores y por sus inclinaciones políticas como los propios occidentales: fueron racionalistas ilustrados que anhelaban verse libres de la represión austriaca. Había que permitirles que se unieran con los eslovacos, su pueblo eslavo amigo, para encabezar un Estado en Europa Oriental que estuviera dedicado a la tolerancia, al igualitarismo y a los derechos humanos, y que fuera capaz de incorporarse a Occidente. Y no por casualidad, ese mismo Estado, con la ayuda de Occidente, podía contribuir a resistir a la agresividad de Alemania, y a contener el radicalismo social de los bolcheviques.<sup>32</sup>

No obstante, hasta comienzos de 1918, los mandatarios de la Entente fueron reacios a asumir oficialmente como objetivo de la guerra la disolución de la Monarquía dual. Los planes de los Aliados para el futuro de la monarquía de la casa de Habsburgo se centraba en la transformación de la composición constitucional del imperio sin cuestionar su existencia misma.<sup>33</sup> En enero de 1918, el presidente Wilson había defendido en su famoso discurso de los «Catorce Puntos» una Austria-Hungría federal, «a cuyos pueblos debería concedérsele con la máxima libertad la oportunidad de un desarrollo autónomo». Pero la autonomía de los checoslovacos y de los eslavos del sur no era lo mismo que la independencia, que era lo que se le prometía a Polonia en aquel mismo discurso. No obstante, en junio, la postura de Wilson ya era más estricta, y a partir de entonces abogaba por que «todas las ramas de la raza eslava sean completamente libres del dominio alemán y austriaco». Por supuesto, en el bando aliado no todo el mundo era igual de entusiasta respecto a la independencia de los pueblos eslavos. En una fecha tan tardía como agosto de 1918, el subsecretario de Asuntos Exteriores británico, Robert Cecil, afirmaba en un memorándum del Foreign Office: «Que una nueva Europa con otros dos o tres estados eslavos adicionales sea más pacífica que la antigua se me antoja, lo confieso, muy dudoso».<sup>34</sup> Sin embargo, cuando los Aliados reconocieron oficialmente el disidente Comité Nacional checoslovaco de Masaryk el 3 de septiembre en París como el representante legal de la nación checoslovaca, estaba claro que los últimos días del Imperio austrohúngaro estaban cada vez más cerca, aunque en un principio se ignoraron las reivindicaciones de independencia de los eslavos

del sur: a diferencia de Polonia y Checoslovaquia, el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos no fue reconocido por los Aliados hasta 1919, y sus fronteras debían establecerse en la Conferencia de Paz de París.<sup>35</sup>

Durante la guerra, algunos austromarxistas como Karl Renner, que posteriormente fue el primer canciller de la República de Austria entre 1918 y 1920, habían propuesto un concepto alternativo para un futuro Estado multiétnico. Renner abogaba por un «Estado de las nacionalidades» bajo la Corona de los Habsburgo, a fin de «ofrecer un ejemplo para la futura organización nacional de los hombres».<sup>36</sup> El 16 de octubre de 1918, el propio emperador Carlos intentó contrarrestar la amenaza de las revoluciones nacionales (y granjearse el favor de Wilson) con la publicación de su «Manifiesto de los Pueblos», donde prometía reorganizar la mitad austriaca del imperio en clave federal. Carlos vislumbraba una superestructura imperial difusa, donde los territorios alemanes, checos, eslavos del sur y ucranianos se gobernarían de forma autónoma, cada uno con su propio parlamento. A los territorios polacos de la Corona de los Habsburgo se les iba a permitir escindirse para formar parte del Estado polaco independiente que Wilson había exigido en sus Catorce Puntos.<sup>37</sup>

Sin embargo, estaba claro que ni el «Manifiesto de los Pueblos» ni las propuestas austromarxistas para una reforma federal en serio iban a satisfacer a quienes ansiaban cortar los lazos con Viena de una vez y para siempre. Los políticos checos, eslovacos y eslavos del sur no dejaban lugar a dudas de que para ellos la única opción era la independencia total, y a partir del verano de 1918 su posición fue refrendada por los líderes de los países Aliados.<sup>38</sup> En julio, los políticos checos y eslovacos formaron el Comité Nacional checoslovaco en París.<sup>39</sup> Entre el 5 y el 11 de octubre, otros grupos dieron pasos parecidos: en Zagreb se formó un Consejo Nacional de Serbios, Croatas y Eslovenos, mientras que su homólogo polaco proclamaba una «Polonia libre e independiente» que debía incluir la parte de Galitzia gobernada por la Corona de Habsburgo.<sup>40</sup>

Desde el punto de vista de los Aliados, las cosas resultaban bastante más claras en lo referente al Imperio otomano, a pesar de que su composición étnica y religiosa no era menos compleja que la de Europa Centro-oriental.

Desde mucho antes de su entrada en la guerra en el bando de las Potencias Centrales, el Imperio otomano había sido menospreciado por los diplomáticos y estadistas occidentales, que lo consideraban «el enfermo de Europa» y el opresor de las minorías cristianas. Su participación en el conflicto y sus políticas genocidas contra la población armenia reafirmaron ulteriormente en su designio a quienes (como Lloyd George) estaban decididos a disolverlo. Los intereses geoestratégicos, económicos, y también culturales y religiosos desempeñaron un papel relevante en las actitudes para con los otomanos. Algunas de las provincias árabes poseían grandes reservas de petróleo en la región de Mosul y en otros lugares, mientras que el estrecho del Bósforo y el canal de Suez se consideraban de un valor estratégico vital, sobre todo para los británicos, deseosos de asegurarse un tránsito seguro hasta la India por mar y por tierra.<sup>41</sup> Por añadidura, las reivindicaciones francesas sobre Siria y el Líbano tenían mucho que ver con el hecho de que Francia se veía a sí misma como la protectora de las minorías cristianas de la región, y con el sueño de una Francia «mediterránea».<sup>42</sup>

Durante la guerra, los Aliados habían mantenido numerosos debates sobre el futuro del Imperio otomano. En la primavera de 1915, Londres le había asegurado a Petrogrado que se iban a salvaguardar los intereses de Rusia en los estrechos, en Constantinopla y en Armenia. Un año después, en mayo de 1916, los diplomáticos Mark Sykes y François Georges-Picot llevaron a cabo negociaciones secretas sobre las ambiciones británicas y francesas en Oriente Próximo una vez finalizada la guerra. El acuerdo Sykes-Picot le concedía a Londres el control de lo que hoy es el sur de Irak, incluidas Bagdad y Basora, y a París la mayor parte de lo que actualmente es el Líbano y el litoral de Siria, a lo largo de la costa hacia el norte, hasta Cilicia (la región costera meridional de Asia Menor). Palestina iba a quedar bajo administración internacional. El resto de las provincias árabes del Imperio otomano –un área inmensa que incluía lo que hoy es Siria Oriental, Irak Septentrional y Jordania– se dejaba en manos de los jefes árabes locales bajo la supervisión de los franceses al norte y de los británicos al sur. En aquel momento, el acuerdo era asombrosamente ambicioso, teniendo en cuenta los recientes reveses de los británicos en la península de Galípoli y en el frente de

Mesopotamia en 1916. Sin embargo, desde el punto de vista de Gran Bretaña y de Francia, era importante delimitar sus respectivas zonas de interés para un futuro acuerdo de paz, para cuando llegara el momento de acordarlo y de firmarlo.<sup>43</sup>

Incluso antes del acuerdo Sykes-Picot –y en contra de su contenido– Gran Bretaña había estado inmiscuyéndose en las turbias aguas del «nacionalismo árabe» para alentar una sublevación de la población autóctona contra el dominio otomano. En 1915, sir Henry McMahon, el alto comisionado británico en Egipto, hizo promesas por escrito al jerife de La Meca, Husseín bin Alí, sobre la «independencia de los árabes» después de la guerra a cambio de una sublevación árabe que contribuyera al esfuerzo bélico británico en el frente de Mesopotamia. Quedaban excluidos de ese futuro Estado árabe los litorales de Siria y Líbano, aproximadamente desde Alepo hasta Damasco, y las antiguas provincias otomanas de Bagdad y Basora. A cambio de aquellas promesas, la sublevación árabe comenzó en junio de 1916.<sup>44</sup> A lo largo de los dos años siguientes, las fuerzas irregulares árabes, a las órdenes de Faisal, el ambicioso tercer hijo de Husseín bin Alí, y de su oficial británico de enlace, Thomas Edward Lawrence («Lawrence de Arabia»), lucharon contra las tropas otomanas en lo que posteriormente pasaría a ser Arabia Saudí, Jordania y Siria.<sup>45</sup>

Cuando, a finales de 1917, los bolcheviques hicieron públicos los tratados secretos de los Aliados y otros documentos diplomáticos del régimen zarista, en un intento deliberado de abochornar a los «estados imperialistas» y de desacreditar su diplomacia secreta, a todo el mundo le pareció evidente que las promesas hechas a los insurgentes árabes contradecían las disposiciones tanto del acuerdo Sykes-Picot como la Declaración Balfour de noviembre de 1917, por la que el Gobierno británico se había comprometido a dar su apoyo al «establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío», con la salvedad de que «no se hará nada que pudiera perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, ni los derechos y el estatus político del que gozan los judíos en ningún otro país».<sup>46</sup>

La Declaración Balfour fue el resultado de muchos años de *lobbying*,

sobre todo por parte de Chaim Weizmann, futuro primer presidente del Estado de Israel (1949-1952), que durante la Gran Guerra se erigió en la principal figura del movimiento sionista en Gran Bretaña. Nacido en 1874 en la recóndita aldea rusa de Motal, de mayoría judía, a unos treinta kilómetros al oeste de Pinsk, Weizmann había seguido el ejemplo de decenas de miles de judíos de la Zona de Asentamiento\* y había emigrado al oeste para huir de las penurias económicas y del antisemitismo ruso. En Alemania, donde estudió Química, tuvo sus primeros encuentros con el libro programático de Theodor Herzl *El Estado judío*, la biblia del sionismo, publicado en 1896, y se involucró activamente en el movimiento para hacer realidad la utopía de Herzl.<sup>47</sup>

En julio de 1904, Weizmann abandonó Suiza, donde había desempeñado su primer trabajo como docente, y trabajó como profesor de Bioquímica en la Universidad de Manchester, sin renunciar a sus ambiciones políticas. Todo lo contrario: dos años después de su llegada a Manchester conoció a Arthur Balfour, ex primer ministro británico, a través de un amigo común. Balfour se mostró receptivo con Weizmann en su búsqueda de una patria judía y los dos siguieron en contacto después de que Balfour volviera a ser nombrado ministro del Gobierno. La capacidad de Weizmann de conectar rápidamente con el *establishment* social y político de Gran Bretaña resultaba asombrosa tratándose de un extranjero. Cultivó sus relaciones con influyentes familias judías de Gran Bretaña, como los Rothschild, con veteranos periodistas de los periódicos más importantes, como el *Manchester Guardian*, y llegó a reunirse con David Lloyd George y Herbert Asquith cuando estaban en la cumbre de su poder. Sus esfuerzos para presionar a la opinión pública acabaron dando sus frutos cuando, en noviembre de 1917, lord Balfour garantizó el apoyo de Londres a un «hogar nacional para el pueblo judío en Palestina». Da la impresión de que el apoyo del Gobierno británico a la causa sionista era genuino, porque desde un punto de vista puramente estratégico habría tenido mucho más sentido llegar a un acuerdo con los árabes. Y desde luego, un «hogar nacional» no era un Estado independiente como el que contemplaban los Aliados occidentales para Polonia. Era algo más parecido a la «máxima autonomía posible» que Woodrow Wilson le prometió a los

checos, los eslovacos y los eslavos del sur en enero de 1918. Pero aquéllos fueron unos cimientos de una importancia crucial, sobre los que el sionismo podía empezar a edificar para hacer realidad la visión de Herzl.<sup>48</sup>

No obstante, aquella promesa entrañaba algunos problemas graves. A pesar de las numerosas oleadas de inmigración desde Europa, los judíos seguían siendo una pequeña minoría en la región, no más del 6 % de la población de Palestina en 1914. La inmensa mayoría de los 700.000 habitantes de Palestina eran árabes, casi todos musulmanes, pero también había algunos cristianos.<sup>49</sup> Por añadidura, por lo menos hasta 1917, la inmensa mayoría de la población judía de Palestina no propugnaba un Estado independiente. Al contrario, muchos defendían el derecho a la autonomía de los judíos dentro del Imperio otomano. La lealtad al imperio se manifestaba, por ejemplo en el periódico *ha-Herut*, que en 1914 publicaba el patriótico discurso de un soldado judío del Imperio otomano: «A partir de este momento no somos personas aparte. Toda la gente de este país es como un solo hombre, y todos deseamos defender nuestro país y respetar nuestro Imperio».<sup>50</sup> Otro partidario del otomanismo en aquella época fue el futuro primer ministro de Israel, David Ben-Gurion, que había estudiado en Constantinopla (junto con Yitzhak Ben-Zvi, futuro presidente de Israel), y que reclutó una fuerza de voluntarios judíos para ayudar al Imperio otomano al comienzo de la Gran Guerra. Fue el devenir de la guerra y la promesa de Balfour de un «hogar nacional» para los judíos lo que animó a Ben-Gurion y a muchos otros a cambiar de bando y a alistarse en la Legión judía en 1918, con lo que pasaron a contribuir al esfuerzo bélico de los Aliados.<sup>51</sup>

Por el contrario, los árabes palestinos se indignaron por la Declaración Balfour. A partir de diciembre de 1917, tras la conquista de Jerusalén por el general Edmund Allenby, la cuestión de cómo y por quién debía ser gobernada la región recién «liberada» de Palestina se convirtió en un asunto aún más apremiante. Para gran irritación de los árabes palestinos que tenían las esperanzas puestas en una futura independencia, la administración británica facilitó la llegada de una comisión sionista, presidida por el propio Weizmann, a Palestina, ya ocupada por los británicos, en la primavera de 1918.<sup>52</sup> A la población árabe de Palestina debió de darle forzosamente la

impresión de que el dominio otomano, aniquilado por la guerra, iba a ser sustituido por una nueva superestructura imperial, cuya forma aún era incierta. William Yale, un agente de inteligencia estadounidense destacado en la región, informaba en una fecha tan temprana como abril de 1918:

Es bastante significativo que en Palestina, donde ha habido tanto sufrimiento y tantas privaciones, y donde la desafección con el régimen turco en 1916 y 1917 era tan grande que casi todos los árabes traicionaban de palabra al Gobierno otomano, y ansiaban la liberación de su país del dominio turco, existiera en la primavera de 1918, inmediatamente después de la ocupación británica, un sector de la población que, según los agentes políticos británicos, deseaba vivir bajo la soberanía de Turquía. Los sentimientos de ese sector no pueden explicarse del todo por una aversión intrínseca hacia los europeos, ni por el deseo muy natural de los musulmanes de estar bajo el dominio de un gobernante musulmán. En el sentimiento de ese sector entra indudablemente en juego la convicción de que, bajo el dominio turco, los sionistas no habrían sido capaces de conseguir un punto de apoyo más sólido en Palestina que el que tienen ahora.<sup>53</sup>

Menos de un año después, la evaluación de Yale era refrendada por una delegación de investigación estadounidense en Siria y Palestina. La denominada Comisión King-Crane, por el nombre de sus dos líderes estadounidenses, Henry Churchill King, reformador cristiano de la enseñanza superior, y Charles R. Crane, un adinerado simpatizante del Partido Demócrata y emprendedor en materia de política exterior, informaba a su regreso, en agosto de 1919, de que los árabes de Palestina estaban «rotundamente en contra del programa sionista en su integridad». Así pues, la Comisión King-Crane recomendaba que la Conferencia de Paz de París limitara la inmigración judía y renunciara a la idea de hacer de Palestina una patria para los judíos.<sup>54</sup> Sin embargo, las recomendaciones de la Comisión King-Crane fueron ignoradas. Por el contrario, en abril de 1920, Gran Bretaña y Francia acordaron, en una conferencia celebrada en la ciudad costera de San Remo, en Liguria, que Gran Bretaña se hiciera cargo del protectorado sobre Palestina, y que de esa forma implementara la Declaración Balfour (una decisión que fue avalada por la Sociedad de Naciones en 1922).

Los árabes palestinos no estuvieron representados en San Remo, pero a los observadores occidentales no les había quedado la mínima duda acerca de sentimientos de la población autóctona sobre las nuevas migraciones judías, por no hablar de un Estado judío: el 4 de abril de 1920 estalló una oleada de disturbios antijudíos en las calles y callejones de Jerusalén que duró tres días y que dejó un saldo de cinco muertos y cientos de heridos.<sup>55</sup>

A lo largo de las décadas siguientes, Palestina iba a ser un doloroso recordatorio de que las promesas hechas entre 1915 y 1917 a las distintas partes implicadas habían sido mortalmente contradictorias, y a menudo se habían hecho de mala fe. Durante la guerra, aquellas promesas se concibieron como recursos a corto plazo para la movilización del apoyo de la población autóctona, y no como declaraciones de intenciones a largo plazo, como habían pensado, sobre todo la población árabe. Las consecuencias de aquella estrategia de tiempos de guerra siguen atormentando hoy en día a Oriente Próximo.

---

\* Zona creada en el siglo XVIII por Catalina la Grande para el asentamiento de las comunidades judías. (*N. del T.*)

## Reinventando Europa Centro-oriental

El 31 de octubre de 1918, el comandante de la flota austrohúngara del Adriático, Miklós Horthy, le envió un último telegrama al emperador Carlos I, reiterándole su «lealtad inquebrantable». Unos minutos después rendía el buque insignia de su flota, el *SMS Viribus Unitis*, y abandonaba a los marineros y oficiales checos, croatas, polacos y austriacos alemanes que aún seguían a sus órdenes a un incierto futuro como súbditos postimperiales.<sup>1</sup>

Para entonces ya habían tenido lugar las revoluciones nacionales en el seno del imperio. De un modo un tanto irónico, fueron los alemanes y los húngaros, los pueblos que más habían prosperado bajo la Monarquía dual, los que primero hicieron la transición para constituirse en estados independientes. En Viena se creó una Asamblea Nacional Provisional de Austria alemana el 21 de octubre. El 11 de noviembre, el emperador Carlos realizó una proclama general en la que «renunciaba a toda participación en la administración del Estado», pero sin abdicar formalmente. Al día siguiente, la Asamblea Nacional Provisional proclamó la República de Austria alemana (*Republik Deutschösterreich*), con el socialdemócrata Karl Renner como primer canciller, y presidente de un gobierno de gran coalición formado por socialdemócratas, socialcristianos y nacionalistas alemanes. En línea con la retórica de la autodeterminación nacional de Wilson, la nueva república reclamaba para sí todos los territorios de habla alemana del antiguo Imperio austrohúngaro, incluida la Silesia austriaca, parte del Tirol del Sur, y los territorios de habla alemana de Bohemia. Y, lo que era más importante, los nuevos gobernantes de la república anunciaban que Austria debía pasar a formar parte del Reich alemán –una reivindicación totalmente en consonancia

con los principios de Wilson.<sup>2</sup>

En Hungría la revolución nacional fue más turbulenta. El Gobierno conservador de los tiempos de guerra, presidido por Sándor Wekerle, anunciaba el 16 de octubre de 1918 que el compromiso austrohúngaro de 1867, que en un principio había establecido la Monarquía dual, ya no era jurídicamente vinculante para Budapest. Sin embargo, aquello no era una postura lo bastante contraria al imperio a ojos de los partidos de la oposición. El 23 de octubre, los socialdemócratas y los radicales húngaros fundaron un Comité Nacional presidido por el conde Miháli Károlyi, un político progresista. El Comité Nacional insistía en que era el único representante legítimo del pueblo húngaro. Su programa de doce puntos exigía la independencia total de Hungría, la introducción del sufragio universal masculino y femenino, el fin inmediato de la guerra, la abolición de la censura, y una reforma agraria. La exigencia de reformas y de la independencia podía ayudar al nuevo Estado húngaro a conservar todos los territorios históricos húngaros, o por lo menos eso era lo que ingenuamente esperaba el Comité Nacional.<sup>3</sup>

Aquellas exigencias fueron apoyadas por decenas de miles de manifestantes en las calles de Budapest y por las huelgas de los trabajadores, que se enfrentaron violentamente con las fuerzas policiales el 28 de octubre, dejando tras de sí tres manifestantes muertos y cincuenta heridos.<sup>4</sup> Para entonces resultaba evidente que Hungría iba a convertirse en un Estado plenamente independiente y que el viejo régimen de los políticos leales a la Corona de los Habsburgo iba a ser sustituido por un Comité Nacional que podía contar con el apoyo de un gran número de oficiales y soldados nacionalistas. El 30 de octubre abjuraron públicamente de su lealtad al emperador. A la mañana siguiente, Károlyi era nombrado ministro-presidente, y la ejecutiva del Comité Nacional se convertía en el Gobierno. Para algunos aquello no era suficiente: tan sólo unas horas después de que el nuevo Gobierno asumiera el poder, un grupo de soldados irrumpió en la villa del antiguo ministro presidente, el conde István Tisza, al que casi todo el mundo consideraba la personificación de la ya caduca lealtad a Viena, y responsable de los sufrimientos de Hungría a lo largo de los años

precedentes. Tisza fue asesinado delante de su familia.<sup>5</sup> Por lo demás, la revolución nacional de Hungría fue relativamente pacífica. La bandera nacional tricolor, roja, blanca y verde, sustituyó a la de la Monarquía dual en los edificios públicos de todo Budapest, y cientos de miles de personas lo festejaron por las plazas de la ciudad.<sup>6</sup>

Para cuando nació la República húngara, la revolución nacional ya se había propagado a lo largo y ancho del imperio, alentada por la decisiva derrota del Ejército imperial a finales de octubre. La inevitabilidad de aquella derrota ya estaba clara para todo el mundo desde que el Ejército imperial no logró contener la importante ofensiva italiana que se inició el 24 de octubre de 1918 en las proximidades de Vittorio Veneto. Todo lo contrario, el Ejército austrohúngaro sufrió una derrota aplastante. Ante la negativa de los soldados a seguir luchando Viena solicitó un armisticio el 28 de octubre.<sup>7</sup>

Animado por aquella petición de armisticio del Imperio austrohúngaro, el Comité Nacional checoslovaco asumió el control de la situación en Praga el 28 de octubre. La gente salía a la calle portando la bandera roja y blanca de Bohemia y destruía los símbolos del ahora vilipendiado Estado austrohúngaro, mientras que los Aliados reconocían oficialmente a Tomáš Garrigue Masaryk como jefe del Estado –un cargo que iba a ocupar durante diecisiete años.<sup>8</sup>

A igual que en Budapest y Praga, todos los antiguos territorios del Imperio austrohúngaro vivieron en un primer momento unas revoluciones que eran de una naturaleza mucho menos «bolchevique» que la que había tenido lugar en Rusia el año anterior. Por el contrario, se trató de unas revoluciones de carácter nacional, y que de hecho fueron extraordinariamente pacíficas, que aspiraban a la independencia política de Viena. En Zagreb, la capital de Croacia, donde el Comité Nacional de los Eslavos del Sur proclamó su independencia de Viena a finales de octubre de 1918, los revolucionarios celebraron el nacimiento de su nuevo Estado y el triunfo del wilsonianismo. Como señalaba con orgullo Stjepan Radić, uno de los líderes croatas, al día siguiente de lograrse la independencia: «Los pueblos se alzan a fin de traer la libertad con su sangre, y por todo el mundo los principios de

Wilson gozan de la victoria».<sup>9</sup>

Por supuesto, no todo el mundo compartía esos sentimientos. Como recordaba en sus memorias Ante Pavelić, secretario del Partido Croata por los Derechos en 1918, y futuro líder de la organización croata Ustacha: «1 de diciembre [de 1918 –el día en que el príncipe regente Alejandro proclamó oficialmente el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos] fue un día triste y desdibujado. La gente circulaba por la calle con náuseas, sin expresión y con un sabor amargo en la boca. [...] Aquel día Croacia fue enterrada por la política de la Gran Serbia, y existía la profunda convicción de que la nación nunca volvería a existir».<sup>10</sup>

Al igual que en todos los territorios del antiguo Imperio austrohúngaro, en un primer momento la revolución de Zagreb fue relativamente incruenta. Pero eso no significaba que la sustitución de un imperio multinacional por una serie de estados nacionales careciera de riesgos. Teniendo en cuenta la compleja composición étnica de los territorios, y la alta probabilidad de que los grupos étnicos de la región utilizaran el concepto wilsoniano de autodeterminación para justificar sus reivindicaciones territoriales, el estallido de la violencia era a todas luces previsible.<sup>11</sup> Las revoluciones nacionales, inicialmente no violentas, en el seno de la Monarquía dual, pronto degeneraron en perturbaciones violentas en forma de contiendas entre los estados y de guerras civiles, sobre todo en los territorios fronterizos del este. Por ejemplo, la madrugada del 1 de noviembre, en Leópolis (en alemán: Lemberg; en polaco: Lwów; en ucraniano: L'viv), la capital de Galitzia, las antiguas tropas del Imperio austrohúngaro leales al Comité Nacional ucraniano ocuparon los edificios públicos y encarcelaron al gobernador austrohúngaro de la región. Nueve días después, el Comité Nacional proclamaba la República Popular de Ucrania Occidental, con Leópolis como capital. A consecuencia de ello estalló la guerra entre el recién fundado Estado de Ucrania Occidental y la República de Polonia, que también reivindicaba Leópolis y Galitzia Oriental. Ambos bandos eran conscientes de que el control militar del territorio en disputa iba a crear realidades sobre el terreno que los negociadores de paz en París no iban a poder ignorar. Tras dos semanas de combates, las tropas polacas conquistaron Leópolis, pero la

guerra en sí prosiguió hasta julio de 1919, cuando concluyó con una derrota ucraniana.<sup>12</sup>

Más en general, el caso de Polonia demuestra que la abrupta descomposición de los imperios continentales de Europa, y la incapacidad de sus estados sucesores de resolver pacíficamente las disputas territoriales con sus vecinos desempeñaron un importante papel a la hora de desencadenar la violencia después de la Primera Guerra Mundial. Francia había avalado la idea de una Polonia independiente en otoño de 1917, y Woodrow Wilson había prometido, en el decimotercero de sus Catorce Puntos, que una Polonia reconstituida debía recibir los territorios que eran «indiscutiblemente» polacos, y al mismo tiempo tener un «acceso libre y seguro al mar».<sup>13</sup> La imposibilidad de cumplir simultáneamente ambas promesas, teniendo en cuenta el tamaño de las comunidades alemanas que se habían establecido a lo largo de toda la costa del Báltico, ilustra el reto que suponía crear un Estado sucesor nuevo y funcional con unas fronteras indiscutidas en Europa Centro-oriental. Otros factores venían a complicar ulteriormente ese reto: cuatro años de conflicto armado en el Frente Oriental habían arrasado los territorios que iban a constituir Polonia. Cientos de miles de habitantes de la zona habían muerto o habían sido deportados muy lejos, hacia el este y el oeste, por las fuerzas de ocupación alemanas, austriacas y rusas. Las epidemias y la hambruna asolaron la población rural y urbana a finales de 1918. Herbert Hoover, futuro presidente de Estados Unidos, que a la sazón era director de la American Relief Administration, señalaba en 1919 que una parte importante de Polonia había sufrido no menos de siete invasiones y retiradas de distintos ejércitos durante la guerra, cada una de ellas acompañada de destrucción masiva y con cientos de miles de víctimas.<sup>14</sup>

Además, el país estaba profundamente dividido internamente, ya que las distintas etnias competían por un mismo territorio: los alemanes, al oeste, los lituanos al norte, los ucranianos y bielorrusos al este, y los checos y eslovacos al sur. Enteramente rodeado de enemigos hostiles, el Ejército de la emergente nación polaca tenía que crearse desde cero con unos soldados que habían combatido en tres ejércitos imperiales distintos durante la Gran Guerra, y a menudo unos contra otros. Mientras que los dirigentes checos estaban unidos

en su representación política ante la Conferencia de Paz de París, los dirigentes polacos estaban divididos en dos bandos, el de su nuevo jefe del Estado y comandante en jefe, Józef Piłsudski, y el del Comité Nacional Polaco en París, encabezado por Roman Dmowski.<sup>15</sup>

Piłsudski iba a salir vencedor de aquella lucha de poder, sobre todo porque se centró en las realidades sobre el terreno, mientras que los negociadores de París seguían discutiendo las futuras fronteras de Europa Centro-oriental. Piłsudski, hijo de un noble polaco-lituano empobrecido, y originario de Vilna (en polaco: Wilno), en la parte rusa de Polonia, llevaba inmerso en la política desde muy joven, sobre todo como reacción al dominio ruso, que obligaba a asistir a los católicos practicantes como él a la misa ortodoxa, y a hablar ruso en vez de polaco. Fue detenido por primera vez en 1887 por participar en un complot fallido organizado por el hermano mayor de Lenin para asesinar al zar Alejandro III, y lo enviaron a Siberia durante cinco años. En 1900 fue detenido de nuevo, pero logró escapar. Se pasó los años anteriores a la guerra en la clandestinidad socialista, atacando bancos y asaltando trenes para conseguir unos fondos que necesitaba desesperadamente para sus causas políticas.<sup>16</sup>

Cuando empezó la Gran Guerra en 1914, un gran número de soldados de etnia polaca combatieron en tres ejércitos imperiales distintos, algunos con Austria-Hungría y Alemania, otros con Rusia. En un primer momento Piłsudski apoyó a las Potencias Centrales, e incluso reclutó voluntarios, las Legiones polacas, para ayudar en la guerra contra Rusia, el principal obstáculo para las esperanzas de independencia nacional de los polacos. Así pues, a Alemania y a Piłsudski les unía el deseo de derrotar al Ejército ruso. Sin embargo, tras el hundimiento de Rusia en 1917, a Piłsudski le asaltó una preocupación cada vez mayor de que una Alemania victoriosa pudiera ser un vecino demasiado poderoso. Sus relaciones cada vez más tensas con los alemanes, que desde 1915 ocupaban los antiguos territorios polacos de Rusia, acabaron por llevarle a prisión, donde permaneció hasta el final de la Gran Guerra.<sup>17</sup> Tras su puesta en libertad, y a su regreso a la vieja capital polaca de Varsovia en noviembre de 1918, sus legionarios lo eligieron por aclamación «primer mariscal de Polonia». Para él y para todo el mundo era evidente que

el hundimiento casi simultáneo de Rusia, Alemania y Austria-Hungría suponían una oportunidad histórica irreplicable de recrear un Estado que había sido engullido a finales del siglo XVIII. Pero ¿dónde estaban exactamente las fronteras de Polonia? Las fronteras del antiguo Estado habían variado en reiteradas ocasiones, y desde las particiones de finales del siglo XVIII, Polonia había desaparecido completamente del mapa. La población de etnia polaca había vivido bajo el dominio ruso, alemán y austrohúngaro desde las particiones, y las pautas de población, las estructuras urbanas y la economía de la resucitada Polonia no tenía nada que ver siquiera con la Mancomunidad de Polonia-Lituania del siglo XVIII.<sup>18</sup>

Bajo el liderazgo militar de Piłsudski, Polonia permaneció en un estado permanente de guerra abierta o no declarada entre 1918 y 1921, combatiendo contra los rusos, ucranianos y bielorrusos al este, contra los lituanos al norte, contra los alemanes al oeste, contra los checos al sur, y contra los judíos (en calidad de «enemigos internos») en los territorios que ya controlaba.<sup>19</sup> Al este, los combates de Polonia contra las tropas ucranianas en Galitzia comenzaron justo a principios de noviembre de 1918, incluso antes del cese de hostilidades oficial en el Frente Occidental y de la proclamación de la Segunda República polaca el 11 de noviembre.<sup>20</sup> Allí, como en otros lugares, las ambiciones territoriales en las regiones étnicamente divididas eran el origen del conflicto. Mientras que la mitad occidental de Galitzia, incluida la ciudad de Cracovia, era claramente de mayoría polaca, las cosas eran más complicadas hacia el este, donde —con la excepción de las ciudades de Leópolis y Tarnopol (en ucraniano: Ternopil)— los rutenos (ucranianos católicos), superaban abrumadoramente en número a la población de etnia polaca.<sup>21</sup> Tras lograr la independencia del Imperio austrohúngaro en noviembre de 1918, ahora los rutenos aspiraban a la unificación con la República ucraniana. Sin embargo, los polacos eran totalmente ajenos a esas aspiraciones, y se resistían por la fuerza.<sup>22</sup>

En la primavera de 1919, Piłsudski reorganizó las Fuerzas Armadas polacas, que también combatían en la Alta Silesia contra un fuerte contingente de tropas alemanas de voluntarios, al oeste, y en el norte contra los bolcheviques lituanos, que recientemente habían tomado la ciudad de

Vilna, en litigio entre los dos bandos.<sup>23</sup> Sin embargo, el conflicto que supuso una mayor amenaza de vida o muerte para el Estado nacional polaco recién reconstituido fue la guerra contra la Rusia soviética entre la primavera de 1919 y el otoño de 1920. Comenzó con una penetración polaca en Bielorrusia en 1919 y un segundo avance hacia Kiev en abril de 1920. En medio de encarnizados combates, los polacos avanzaron hacia el este, tomaron Kiev en mayo, pero no gozaron del esperado apoyo local para defender su posición. El Ejército Rojo de Lev Trotski se mantuvo firme. En junio el Ejército Rojo expulsó a los polacos de la capital ucraniana, y a continuación iniciaron dos ofensivas paralelas a través de Minsk, en Bielorrusia, y de Ucrania Occidental. Lenin aprovechó la oportunidad para derrocar lo que él percibía como un gobierno burgués en Polonia y para exportar la revolución aún más hacia el oeste, y ordenó a sus tropas que avanzaran sobre Varsovia. Durante el verano de 1920, Lenin llegó a establecer un gobierno títere –la «República Socialista Soviética polaca» presidido por Félix Dzerdzhinski– para administrar los territorios que ya habían conquistado. Durante su breve existencia de apenas tres semanas, la «República Socialista Soviética polaca» fue gobernada desde un tren blindado que hacía el trayecto de ida y vuelta entre Smolensk y Białystok.<sup>24</sup>

A lo largo de toda la campaña ambos bandos cometieron incontables atrocidades contra los soldados enemigos y los civiles, sobre todo contra los judíos.<sup>25</sup> Como anotaba en 1920 Arnold Zweig, veterano de guerra y novelista judío, probablemente en respuesta a un pogromo particularmente bien documentado que tuvo lugar en Pinsk: «Los judíos del este, que vivían hacinados en las grandes ciudades y dispersos por los pueblos y aldeas, han sufrido los embates de los polacos y los pogromos. Llegan noticias espeluznantes de las grandes ciudades, pero los pueblos y las aldeas, sin ferrocarril, sin oficinas de telégrafos llevan mucho tiempo calladas. Poco a poco uno se entera de lo que está ocurriendo allí: asesinatos y masacres».<sup>26</sup>

En agosto, las tropas soviéticas se aproximaban a los suburbios de Varsovia. Los polacos estaban en gran medida aislados del apoyo de los Aliados, con la excepción de un pequeño contingente francés a las órdenes del general Maxime Weygand, al que había acompañado a Polonia un joven

oficial de Estado Mayor con un gran talento, Charles de Gaulle.<sup>27</sup> Cuando los diplomáticos extranjeros empezaban a evacuar la capital polaca, un contraataque magistralmente ejecutado por Piłsudski, festejado en la mitología nacional como el «Milagro a orillas del Vístula», puso en ventaja a los polacos y dio lugar a una derrota aplastante del Ejército Rojo. En septiembre, Lenin propuso negociar la paz. El Tratado de Riga, firmado el 18 de marzo de 1921, concedía a Polonia las zonas occidentales de Bielorrusia y Ucrania. Esos territorios siguieron en litigio muchos años, sobre todo porque añadían nuevas minorías –aproximadamente cuatro millones de ucranianos, dos millones de judíos y un millón de bielorrusos– a la composición étnica de Polonia.<sup>28</sup>

En el sur del nuevo Estado polaco, los Aliados hicieron de mediadores entre los intereses rivales de dos «estados vencedores». Por ejemplo, tanto Polonia como Checoslovaquia reivindicaban el pequeño y antiguo ducado austrohúngaro de Teschen (en polaco: Cieszyn; en checo: Těšín). Según el censo austrohúngaro de 1910, la población de etnia «polaca» superaba en número, en razón de dos a uno, a la población de etnia «checa» de Teschen, mientras que otro porcentaje considerable de la población era «alemana».<sup>29</sup> Pese a su diminuto tamaño, el antiguo ducado austrohúngaro poseía unas enormes reservas de carbón, lo que añadía una dimensión económica a la importancia que las partes le atribuían como importante nudo ferroviario en Europa Central. Checoslovaquia, el Estado sucesor favorito de los Aliados occidentales, alegaba que el territorio era vital para su futuro económico y estratégico, pero la población de habla polaca constituía la mayoría de la población. En enero de 1919, Praga y Varsovia enviaron tropas para afrontar la situación sobre el terreno antes de que se tomara una decisión en París. Sin saber bien cómo apaciguar a sus dos principales aliados en Europa Central, los negociadores de paz de París dividieron el ducado en julio de 1920 sin celebrar un referéndum, una solución que tuvo unas consecuencias nefastas para la población.<sup>30</sup>

La práctica de anexionarse los territorios con la intención de crear nuevas realidades antes de que en París los Aliados pudieran tomar una decisión no fue en absoluto exclusiva de los polacos. Hasta el verano de 1919, y en

algunos casos incluso después, todos los estados sucesores victoriosos del extinto Imperio austrohúngaro intentaron expandir sus fronteras mediante acciones paramilitares, a fin de consolidar «realidades» nuevas. Sobre todo en los territorios fronterizos en litigio, las milicias o los ejércitos emergentes –nacionalizados a raíz de la implosión imperial y de las modificaciones recién impuestas de las fronteras– crearon nuevas realidades por la fuerza. También el naciente Estado checoslovaco había enviado tropas a la región de los Sudetes, de población mayoritariamente alemana, después del final de la guerra. Allí, la intervención armada con el propósito de asegurarse un territorio culminó con una masacre el 4 de marzo de 1919, durante la que murieron cincuenta y cuatro habitantes de etnia alemana, incluidos mujeres y niños, y más de mil resultaron heridos cuando los soldados checos abrieron fuego contra una multitud desarmada de manifestantes.<sup>31</sup> En total, entre 1918 y 1920 murieron aproximadamente 150 civiles en los disturbios étnicos y políticos tan sólo en los territorios de Chequia, mientras que la guerra que libró Praga contra la República Soviética húngara durante la primavera y el verano de 1919 dejó un saldo de más de mil muertos.<sup>32</sup>

Muchos de los perpetradores de la violencia irregular contra los civiles eran antiguos legionarios checos que habían ido volviendo poco a poco a su país desde Rusia, antes de pasar a formar el núcleo del nuevo Ejército republicano de Praga.<sup>33</sup> Teniendo en cuenta el activo papel que desempeñaron en la guerra y en la lucha contra el bolchevismo ruso, los antiguos legionarios sentían que era su «deber» defender el nuevo Estado contra los comunistas, contra los «separatistas» alemanes y húngaros, y contra los judíos.<sup>34</sup> Por ejemplo, en mayo de 1919, los legionarios desempeñaron un papel destacado en el saqueo público de los bienes de la población de etnia judía y alemana en las calles de Praga.<sup>35</sup> Se produjeron incidentes de violencia aún más dramáticos en los territorios fronterizos. Durante la invasión checoslovaca de Eslovaquia, y sobre todo después de que el Ejército Rojo húngaro repeliera a las tropas de Praga, y tras la creación de la efímera República Soviética de Eslovaquia, las tropas checas recurrieron al terror contra los civiles, en particular contra los judíos, contra los sacerdotes católicos y los sospechosos de ser comunistas.<sup>36</sup> En otra región fronteriza,

cerca de Uzhgorod, los soldados agredieron y posteriormente hirieron con sus bayonetas hasta matarlo a un sacerdote católico en presencia de los aterrorizados vecinos del pueblo.<sup>37</sup>

Desde el momento de la derrota de Austria-Hungría, también el Ejército serbio había invadido el territorio del imperio, primero al norte y al sur, y después, en noviembre, también penetró en Croacia y Eslovenia.<sup>38</sup> Serbia tenía buenos motivos para forzar sus reivindicaciones por medio de la anexión de territorios: en total, el país había perdido aproximadamente 400.000 soldados durante la Gran Guerra, sobre todo después del ataque encabezado por Alemania en 1915, cuando perecieron en torno a 240.000 soldados durante la «gran retirada» a través de Albania.<sup>39</sup> Desde el comienzo de las guerras balcánicas de 1912, en 1918 el país había perdido el 28 % de su población (aproximadamente 1,2 millones de personas) en el plazo de seis años, de las cuales dos tercios eran civiles. Y esa cifra no tiene en cuenta a los más de 72.000 veteranos de guerra discapacitados ni a las 180.000 viudas de guerra al final de la contienda. El Gobierno serbio estimaba que el país había perdido la mitad de su riqueza nacional como consecuencia de los violentos sucesos ocurridos en la región.<sup>40</sup>

Ahora había llegado el momento de cosechar la recompensa a tantos años de sufrimiento. Reforzadas por otras tropas eslavas del sur, principalmente croatas y eslovenas, las unidades yugoslavas recién formadas ocuparon unos territorios que en su mayoría (aunque no exclusivamente) formaban parte del Reino de Hungría, y que ahora se subsumían dentro del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos. Entre ellos estaban el Banato, Backa, Baranja, el sur de Hungría, Bosnia y Herzegovina, Dalmacia, Montenegro, Croacia y Eslovenia.<sup>41</sup> Además, aproximadamente 10.000 soldados serbios y eslovenos combatieron en el estado austriaco de Carintia durante el otoño de 1918 y la primavera de 1919 contra los austriacos, que se resistían a la perspectiva de su anexión por la fuerza.<sup>42</sup> Finalmente Carintia, con una población de 150.000 habitantes de etnia mixta, alemana y eslovena, fue asignada a Austria alemana tras la celebración de un referéndum en octubre de 1920, pero hasta entonces la región sufrió considerables episodios de violencia, dado que la resistencia a la ocupación serbia y eslovena se recrudecía una y

otra vez. Como ejemplo de la «victoria en la derrota», la restitución de Carintia a Austria alemana muy pronto desempeñó un papel crucial en la cultura de la memoria de los paramilitares austriacos, porque daba fe del inquebrantable espíritu de rebeldía de los activistas paramilitares tanto contra los enemigos externos como contra el «débil» Gobierno central de Viena. Un popular poema sobre el 2 de mayo de 1919 celebraba el día de la «liberación» del pueblo de Völkermarkt, como un triunfo de la determinación de los austriacos sobre la «traición eslava»: «Vosotros, eslavos, debéis recordar la importante lección de que los puños de los carintios son tan duros como el hierro».<sup>43</sup>

A pesar de su consolidación territorial, el nuevo Estado de los eslavos del sur (el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos) salió más debilitado de las perturbaciones de la posguerra que los demás vencedores importantes de Europa Centro-oriental, a saber Polonia, Checoslovaquia y Rumanía. Uno de los motivos fue que el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos tenía menos amigos en París que los otros estados sucesores (y en Italia un rotundo rival regional). Además, a los negociadores de paz les resultaba profundamente confusa la región de los Balcanes y su compleja mezcla demográfica de serbios, croatas, eslovenos, búlgaros, macedonios, griegos, rumanos, judíos, albaneses y otros grupos musulmanes.<sup>44</sup> Aunque Serbia había ocupado un lugar destacado en la propaganda de los Aliados como «víctima» de la agresión austrohúngara durante la guerra, al mismo tiempo la mayoría de los comentaristas y de los responsables políticos occidentales tenían una visión sobre los Balcanes como una zona intrínsecamente atribulada, problemática y violenta, caracterizada por todo tipo de crisis incesantes a partir de la década de 1870 y hasta el final de la Primera Guerra Mundial.<sup>45</sup>

No obstante, el motivo principal de la relativa debilidad del Estado de los eslavos del sur era la incertidumbre acerca de su futura configuración interna. Las diferentes concepciones del futuro se encarnaban en los dos principales protagonistas del proceso de formación del reino: el serbio Nikola Pašić y el croata Ante Trumbić.<sup>46</sup> Pašić, que durante varias décadas fue la figura dominante de la política serbia, procedía del pequeño pueblo de Zaječar, en la

frontera con Bulgaria, donde había nacido en 1845. Antes de la Gran Guerra había sido uno de los miembros fundadores del Partido Popular Radical serbio, que defendía la unificación en un solo país de toda la población de etnia serbia (incluida la que vivía en Bosnia, un territorio controlado por el Imperio austrohúngaro), el mantenimiento de la tradicional autonomía local del campesinado serbio, y la limitación de la autoridad de la monarquía serbia. Pašić había ido ascendiendo a través del mundillo político serbio hasta que en 1904 fue nombrado primer ministro, un cargo que iba a ocupar durante los veinte años siguientes. Pašić, que contaba más de setenta años en el momento del hundimiento del Imperio austrohúngaro, básicamente concebía el futuro Estado de los eslavos del sur poco más que como una Serbia sustancialmente ampliada.<sup>47</sup>

En muchos aspectos, Trumbić era la antítesis de todo lo que representaba Pašić. Era dieciocho años más joven, y procedía de la cosmopolita ciudad croata de Split, a orillas del Adriático. Trumbić había estudiado Derecho en Zagreb, para después cursar estudios de posgrado en Viena. A los treinta y tres años ingresó en la Cámara Baja del Parlamento austrohúngaro.<sup>48</sup> Aunque en los últimos años de la guerra acabó apoyando la idea de un Estado federal de los eslavos del sur, consideraba a los serbios un pueblo culturalmente inferior, en parte debido a su largo sometimiento al dominio otomano. «Espero que no vayan ustedes a comparar –fue el célebre comentario que hizo durante una entrevista con los medios de comunicación franceses– a los croatas, los eslovenos y los dálmatas, a los que siglos de comunión artística, moral e intelectual con Austria, Italia y Hungría han convertido en puros occidentales, con esos serbios a medio civilizar, los híbridos balcánicos de los eslavos y los turcos.»<sup>49</sup>

La Gran Guerra y la estimulante perspectiva de un Estado de los eslavos del sur fuera de las estructuras imperiales aunaron a Pašić y a Trumbić. Tras el inicio de las hostilidades, Trumbić huyó a Italia, y después a París y a Londres. Él y Pašić colaboraron estrechamente en el Comité Nacional Yugoslavo que se fundó en París en abril de 1915.<sup>50</sup> En julio de 1917 los dos políticos se pusieron de acuerdo en la Declaración de Corfú, que contemplaba

Serbia, Croacia y Eslovenia como un Estado unido en la posguerra –una monarquía parlamentaria con un rey de la casa de Karadjordjević que reinaba en Serbia. El nuevo Estado debía garantizar los mismos derechos a todas las confesiones religiosas. Lo que Trumbić y Pašić no llegaron a acordar fue la espinosa cuestión de si la futura Yugoslavia iba a ser un Estado federal, con una autonomía local de gran alcance para los pueblos que la constituían, o un Estado unitario centralizado. Mientras que Trumbić creía que había suscrito un modelo federal, Pašić claramente aspiraba a un Estado unitario, que era lo que más convenía a los intereses de Serbia. Esta cuestión iba a surgir de nuevo inmediatamente después del final de la guerra.<sup>51</sup>

Además, otras regiones del Estado de los eslavos del sur parecían descontentas con la situación después de 1918. En Montenegro estalló una guerra civil entre los «verdes», que se negaban a ser absorbidos por un Estado de la gran Serbia, y a ver depuesta a su propia familia real, y los «blancos», que preferían una unificación incondicional con Serbia.<sup>52</sup> Italia, decidida a socavar el nuevo Estado de los eslavos del sur siempre que podía, facilitó el descontento y contribuyó a organizar la resistencia armada. Aproximadamente trescientos partidarios del rey Nicolás de Montenegro viajaron en buques italianos hasta el puerto montenegrino de Bar. Allí reunieron a 3.000 insurgentes y se dispusieron a atacar Cetinje, la capital montenegrina, pero fueron repelidos por sus oponentes «blancos», que les obligaron a retirarse a Italia.<sup>53</sup>

En última instancia, el Estado de los eslavos del sur demostraría su incapacidad para salvar el abismo que existía entre las distintas visiones implicadas en el proyecto yugoslavo.<sup>54</sup> Aunque tal vez se haya exagerado la inevitabilidad de la incapacidad de Yugoslavia de sobrevivir como Estado nacional, la incapacidad de los políticos de llegar a algún tipo de compromiso sobre la centralización del poder del Estado abocó al fracaso al Estado de los eslavos del sur del periodo de entreguerras, lo que explica muchas cosas sobre los reiterados estallidos de violencia interétnica en la región.<sup>55</sup>

*Vae victis*

A las 15.000 horas del 28 de junio de 1919, los dos ministros del Gobierno alemán elegidos para la poco envidiable misión de firmar el tratado de paz – Hermann Müller, de Asuntos Exteriores, y Johannes Bell, de Transportes– entraban en el gran Salón de los Espejos de Versalles. El lugar había sido cuidadosamente escogido por Georges Clemenceau, el anciano primer ministro francés, y anfitrión de la Conferencia de Paz de París: se trataba del mismo lugar donde, tras la derrota de Francia en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, Guillermo I había sido proclamado káiser del Estado nacional alemán unificado. Aunque habitualmente era una persona más sensata, Otto von Bismarck, a la sazón primer ministro prusiano y futuro canciller del Reich, había elegido deliberadamente el palacio de Luis XIV como escenario para una humillación simbólica de Francia, que acababa de ser derrotada.<sup>1</sup>

Ahora, al cabo de casi medio siglo, había surgido la oportunidad de que Francia se vengara de aquella humillación. Los dos emisarios alemanes elegidos para firmar el tratado de paz primero tuvieron que pasar por delante de una larga hilera de veteranos franceses mutilados de forma permanente, que habían sido invitados a la ceremonia de la firma como recordatorios vivientes del daño infligido por Alemania.<sup>2</sup> «Toda la ceremonia contó con una sofisticada puesta en escena, y se hizo para humillar lo máximo posible al enemigo», señalaba el coronel Edward House, el principal asesor diplomático del presidente Woodrow Wilson.<sup>3</sup> Según un observador británico, los dignatarios alemanes parecían «prisioneros a los que se hacía entrar para leerles su sentencia».<sup>4</sup> Una vez firmado el tratado, Müller y Bell regresaron de inmediato a Berlín, mientras en París la gente lo celebraba por

las calles.

Los términos del tratado fueron acogidos con incredulidad en el Reich: Alemania había perdido el 13 % de su territorio (aproximadamente 43.000 km<sup>2</sup>), y con ello un 10 % de su población (aproximadamente 6,5 millones de personas). Al oeste, Francia recuperaba Alsacia-Lorena al cabo de casi medio siglo bajo dominio alemán, junto con los territorios fronterizos de Eupen y Malmedy, que fueron cedidos a Bélgica. A consecuencia de ello, entre dos y trescientos mil ciudadanos de etnia alemana abandonaron Alsacia y Lorena, de forma voluntaria o a raíz de las expulsiones.<sup>5</sup> Además, Alemania perdía la soberanía, por lo menos de forma temporal, sobre una franja de cincuenta kilómetros de ancho al este del Rin, un territorio que debía ser desmilitarizado y «asegurado» por medio de tres cabezas de puente de los ejércitos aliados al otro lado del río, en gran medida para aplacar las preocupaciones de los franceses por su seguridad. Las cabezas de puente debían ser desmanteladas en el futuro, siempre y cuando Alemania cumpliera las obligaciones prescritas en el tratado. La región del Sarre, una importante zona carbonífera y manufacturera de la frontera franco-alemana, quedaba bajo la administración de la Sociedad de Naciones, y a Francia se le concedía un permiso especial para explotar las minas de carbón de la región durante quince años como compensación por la devastación ocasionada por Alemania en el norte de Francia.<sup>6</sup>

Sin embargo, las transferencias territoriales más grandes y más discutidas estaban al este. La creación de un nuevo Estado polaco significaba que Alemania perdía Posen (Poznań), gran parte de Prusia Occidental, y una parte de los yacimientos de carbón de la Alta Silesia. Danzig, el puerto del Báltico, en la desembocadura del Vístula, con una población alemana en su inmensa mayoría, se convertía en una «ciudad libre», bajo el control nominal de la recién fundada Sociedad de Naciones. A fin de que Polonia tuviera acceso al mar Báltico, tal y como se prometía en los Catorce Puntos de Wilson, los Aliados crearon un «corredor» que separaba a Prusia Oriental del resto de Alemania. Seis años después, aproximadamente 575.000 alemanes, de los 1,1 millones que residían en el Corredor Polaco en 1919, se habían trasladado a la nueva República alemana.<sup>7</sup>

En algunos casos en litigio, los Aliados tuvieron en cuenta el resultado de los plebiscitos, y convocaron a los habitantes de las regiones para que decidieran a qué Estado querían pertenecer. De ellos, el más importante se celebró en la región de Alta Silesia, rica en carbón, una de las tres regiones fronterizas en litigio, habitadas por distintas etnias, donde el Tratado de Versalles prescribía la celebración de un plebiscito (las otras eran Schleswig del Norte y los pequeños distritos de Allenstein y Marienwerder, donde los polacos y los alemanes vivían codo con codo).<sup>8</sup> La Alta Silesia era de gran importancia tanto para Berlín como para Varsovia, debido a sus minas, sus acerías y sus altos hornos. Las minas de Silesia eran la fuente de casi el 25 % de la producción anual de carbón de Alemania, del 81 % de su zinc, y del 34 % de su plomo. El Gobierno alemán argumentaba que la inmensa mayoría de la población de Alta Silesia era alemana; que el territorio pertenecía a Alemania desde hacía siglos; y que su prosperidad se debía totalmente a la industria y al capital alemanes. En caso de que Alemania perdiera Alta Silesia, concluía el comunicado alemán, le resultaría imposible cumplir con las demás obligaciones que le correspondían en virtud del Tratado.<sup>9</sup>

Tras el referéndum de Alta Silesia, celebrado el 20 de marzo de 1921, que vino precedido y estuvo acompañado de graves estallidos de violencia, en octubre de aquel año se decidió el trazado final de la nueva frontera entre Polonia y Alemania. El Consejo Supremo de la Conferencia de Paz de París adoptó una partición que concedía a Polonia una tercera parte del territorio de Alta Silesia y el 43 % de la población; eso incluía las ciudades de Kattowitz (Katowice) y Königshütte (Chorzów), a pesar de que ambas habían votado abrumadoramente a favor de permanecer en Alemania, así como el 80 % del triángulo industrial al este de la región –un resultado que en Alemania casi todo el mundo condenó como un acto de «justicia de los vencedores».<sup>10</sup>

En comparación con las pérdidas territoriales al este del país, a muy pocos alemanes les importó que las colonias de ultramar del Reich (unos territorios con un tamaño agregado de 1,6 millones de km<sup>2</sup>) se redistribuyeran entre los estados vencedores como protectorados de la Sociedad de Naciones. La pérdida del Kamerun alemán (Camerún), Togolandia (cuya parte occidental hoy en día forma la región del Volta, en Ghana), Ruanda-Urundi,

África del Suroeste alemana (Namibia) y las islas del Pacífico Sur alemanas significaba que Alemania era despojada de todos sus territorios de ultramar, un imperio marítimo construido a finales del siglo XIX –pero en aquellos momentos, para los alemanes había otras preocupaciones más apremiantes.<sup>11</sup>

El meollo de la indignación de los alemanes de la época estaba en los artículos 231 y 232 del Tratado de Versalles. El artículo 231 achacaba la responsabilidad exclusiva del estallido de la guerra en 1914 a Alemania y sus aliados, mientras que el artículo 232 estipulaba que Alemania, como culpable, estaba obligada a pagar reparaciones de guerra por el daño causado. Si los alemanes contemplaban los artículos 231 y 232 como una forma de condena moral que venía a sumarse a la humillación de la derrota y a las pérdidas territoriales y materiales que acarrearía, el verdadero propósito del artículo 231 era legitimizar la imposición a Alemania de reparaciones económicas punitivas por parte de los Aliados, a fin de compensar a los franceses y a los belgas por los daños causados a lo largo de más de cuatro años de ocupación alemana. La «culpabilidad» de Alemania en la guerra y su responsabilidad por las atrocidades cometidas en Bélgica en 1914 y en Francia –sobre todo durante la retirada estratégica de los alemanes durante la primavera de 1917 a la «Línea Sigfrido», sólidamente fortificada, entre Arrás, San Quintín y Vailly, cuando el Ejército puso en práctica una política de tierra quemada– hacía al país responsable de «todas las pérdidas y daños» sufridos durante la guerra. Los Aliados eran conscientes de que una definición tan amplia de responsabilidad económica, que teóricamente abarcaba el coste de hasta la última bala y el importe de todas las pensiones de orfandad, probablemente iba a dar pie a reclamaciones poco realistas que iban más allá de la capacidad de Alemania para pagarlas. Sin embargo, también eran conscientes de que cualquier concesión en materia de reparaciones iba a indignar a sus electorados nacionales, que todavía no se habían recuperado de la devastación de la guerra. Además, y en particular, la opinión pública francesa no se había olvidado de las cuantiosas indemnizaciones que impuso Berlín en 1871 (y que ni siquiera tenían la justificación de los inmensos daños ocasionados a los bienes). Dado que resultaba imposible ponerse de acuerdo en una suma definitiva, la cuantía

exacta de las reparaciones que debía pagar Alemania se dejaba para más adelante.<sup>12</sup>

La cifra final de las reparaciones acordada en la Agenda de Pagos de Londres, en 1921, ascendía a 132.000 millones de marcos oro, estructurada en tres tipos de obligaciones (los bonos «A», «B» y «C»). Sin embargo, se daba por descontado que una parte sustancial de esa suma aparentemente gigantesca, los denominados «bonos C» que ascendía a 82.000 millones de marcos oro, nunca iba a ser devuelta. Los bonos C se incluyeron sobre todo para aplacar a la opinión pública de los países Aliados. En cambio, los alemanes tenían que pagar reparaciones mediante el abono de los intereses de los denominados «bonos A y B», que en total ascendían a 50.000 millones de marcos oro, a pagar a lo largo de 36 años. Los expertos alemanes estaban secretamente convencidos de que era posible hacer frente a aquellos pagos, aunque jamás lo habrían admitido en público.<sup>13</sup>

Además, los Aliados pretendieron asegurarse de que Alemania nunca volviera a estar en condiciones de librar una guerra, y para ello se incautaron de una enorme cantidad de armamento. El Tratado de Versalles prescribía que el Ejército alemán se limitara a una fuerza máxima de 100.000 hombres, y prohibía que contara con carros de combate, aviones y submarinos.<sup>14</sup> La Armada alemana, que se veía reducida a un total de 15.000 hombres, quedaba desmantelada a todos los efectos, y tenía prohibido construir nuevos buques de gran tamaño. La gran «Flota de Alta Mar», cuya expansión antes de 1914 había contribuido significativamente al aumento de las tensiones entre Gran Bretaña y Alemania, estaba retenida en la base naval de Scapa Flow, en las islas Orcadas británicas desde noviembre de 1918. Once días antes de que los emisarios alemanes en París firmaran el Tratado, el almirante Ludwig von Reuter, comandante de la flota alemana, decidió hundir sus 74 buques, entre los que había desde acorazados hasta destructores, para evitar que se repartieran entre los Aliados vencedores.<sup>15</sup>

Las disposiciones del Tratado fueron calificadas lisa y llanamente de criminales por la mayoría de los alemanes desde el instante en que el Gobierno de Berlín recibió el borrador en mayo de 1919. La Alemania postimperial, dividida internamente en casi todo lo demás, estaba unida en su

odio compartido al Tratado de Versalles. El discurso de Philipp Scheidemann en la Asamblea Nacional alemana el 12 de mayo de 1919 era un indicador del estado de ánimo general: «¿Qué mano que se atara a sí misma y a nosotros con semejantes cadenas no acabaría por agostarse?». Según las actas, el discurso del primer presidente del Gobierno alemán elegido democráticamente fue acogido «con varios minutos de categóricos aplausos» de sus colegas parlamentarios de todo el espectro político.<sup>16</sup>

Scheidemann y los demás parlamentarios tenían buenos motivos para pensar que sus esfuerzos por adoptar reformas habían sido en vano. Muchos de ellos se sentían traicionados, sobre todo por el presidente Wilson, en el que habían puesto sus grandes esperanzas de una «paz justa». Wilson había sugerido reiteradamente antes de noviembre de 1918 que las Potencias Centrales podían esperar una paz honrosa basada en las negociaciones siempre y cuando se desembarazaran de sus gobernantes autocráticos. Ahora, en mayo de 1919, un gobierno alemán elegido democráticamente tenía que aceptar una paz impuesta sin la mínima presión de «negociaciones». La delegación alemana intentó suavizar algunas de las condiciones del tratado de paz, mientras que en Berlín algunos políticos y generales contemplaron la posibilidad de reanudar las hostilidades contra los Aliados occidentales.<sup>17</sup> Sin embargo, al final, Alemania no tuvo otra alternativa que aceptar el tratado de paz. El ultimátum de los Aliados el 22 de junio para que Alemania aceptara dichos términos o afrontara una reanudación de la guerra fue suficiente para intimidar a los alemanes, que accedieron a firmar el tratado bajo protesta.<sup>18</sup>

En general, la población de Berlín y de muchos otros lugares, al margen de su filiación política, estaba indignada. Se convocaron manifestaciones espontáneas a lo largo y ancho del Reich para protestar contra las injusticias de un tratado de paz que parecía concebido para expulsar para siempre a Alemania del elenco de grandes potencias. Casi todo el mundo pasaba por alto el hecho de que Gran Bretaña y Estados Unidos se habían tomado grandes molestias para mantener la unidad y la independencia de Alemania, sobre todo al oponerse a los intentos de Francia por arrebatarse la región de Renania. Por el contrario, el entusiasmo con el que muchos alemanes acogieron la llegada de la democracia en 1918, al cabo de menos de un año se

había convertido básicamente en una sensación de traición y de rencor por los términos del tratado de paz.<sup>19</sup> Una parte sustancial de la población acabó asociando el Tratado de Versalles con la revolución de 1918 y con su consecuencia directa, la República de Weimar. Algunos, sobre todo en la extrema derecha, se referían al tratado como «la verdadera constitución» de Weimar –una forma «antialemana» de Estado, impuesta desde el exterior, cuyo único cometido era esclavizar al pueblo alemán durante varias generaciones.<sup>20</sup>

Ese punto de vista se vio reafirmado por el polémico ataque de John Maynard Keynes contra el tratado, formulado en su libro *Las consecuencias económicas de la paz*, publicado en diciembre de 1919, y que fue un éxito de ventas. Keynes, que había sido un experto del Tesoro británico durante la Conferencia de Paz de París, calificaba de «paz cartaginesa» el Tratado de Versalles, concebido para arruinar Alemania con la misma eficacia que Roma destruyó Cartago en 146 a. C.<sup>21</sup> Lo que generalmente se ignoraba, y se ha seguido desconociendo hasta el día de hoy, era que en realidad Alemania salió mejor parada en París que las demás Potencias Centrales.<sup>22</sup> Por ejemplo, en el Tratado de St. Germain-en-Laye, firmado en septiembre de 1919, lo que quedaba del Estado austriaco alemán se vio obligado a ceder el Tirol del Sur a Italia, el sur de Estiria al Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, y las localidades de Feldsberg y Böhmzell a Checoslovaquia. La parte de Galitzia que había pertenecido al Imperio austrohúngaro ya había sido reclamada por Polonia, mientras que Bohemia, con sus tres millones de habitantes de habla alemana, había pasado a formar parte de Checoslovaquia. Además, el tratado estipulaba que Austria (junto con Hungría) debía asumir la mayor parte de las deudas de guerra del antiguo imperio, así como pagar reparaciones. Al final, la tarea de establecer las cifras de las reparaciones se encomendó a la comisión de reparaciones (que, dos años después, llegó a la conclusión de que Austria no podía pagar nada en absoluto).<sup>23</sup>

Si en Austria alemana muchos abrigaban esperanzas de que se produjera la *Anschluss*<sup>\*</sup> –la unión voluntaria de Austria con el Reich alemán– como la materialización de las aspiraciones de los nacionalistas progresistas durante la

Revolución de 1848, les aguardaba una amarga decepción.<sup>24</sup> Desde la derrota militar y la desintegración del Imperio, la izquierda austriaca (y su homóloga en Alemania) habían promovido la idea de que una unión entre los dos estados cumpliría el ideal wilsoniano de autodeterminación, al tiempo que supondría un importante refuerzo de legitimación para la naciente República de Weimar. También había una clara justificación económica para semejante medida: casi nadie consideraba que el Estado austriaco, una vez despojado de sus graneros de las fértiles tierras de Hungría y de Bohemia, fuera capaz de alimentar a sus seis millones de habitantes. La producción agraria en Austria inmediatamente después del final de la guerra tan sólo ascendía a la mitad de los niveles de antes de la guerra, mientras que la producción nacional de carbón únicamente pudo satisfacer una cuarta parte de la demanda durante el gélido invierno de 1918-1919.<sup>25</sup>

Los efectos del agotamiento de las reservas se sintieron de una forma más acusada en Viena, que de un día para otro había pasado de ser la capital del tercer Estado más grande de Europa a ser la ciudad donde residía un tercio de la población del país. Aun antes de la guerra, Viena dependía enteramente del suministro de alimentos desde las zonas rurales. Como aquellos suministros fueron desapareciendo rápidamente, la población de la ciudad vivía bajo la amenaza cotidiana del hambre, intensificando drásticamente una tendencia que ya había comenzado durante la guerra.<sup>26</sup> «Durante aquel invierno parecía una ciudad de los muertos, un enorme y silencioso mausoleo», recordaba la activista humanitaria Francesca Wilson, que estuvo varios años en la Viena de posguerra trabajando como voluntaria:

Tampoco es que se vieran niños muertos por las calles, ni carretas de recogida de cadáveres con cuerpos amontonados, como los que se vieron durante la hambruna en Rusia. Nada tan dramático. Las heridas de Viena estaban ocultas. El silencio me impresionaba. Las calles estaban desiertas, salvo por las colas de gente que esperaba el reparto de leña y de pan rancio, y todas esas personas, las mujeres y los niños, igual que los hombres, se acurrucaban en sus abrigo del Ejército viejos y remendados: todas esas personas pálidas, hambrientas, pasando frío, calladas y esperando. Eso era la derrota: así era como terminaba un gran imperio, no con una gran explosión, al parecer

ni siquiera con un lloriqueo. Allí no había más que hambre, frío y desesperanza.<sup>27</sup>

La pacifista británica Ethel Snowden dibujaba un cuadro igual de sombrío de la desesperación, cuando, a su regreso de la Viena de posguerra, informaba de que «los oficiales de uniforme vendían rosas en los cafés. Mujeres delicadas, vestidas con sus mejores galas, ya ajadas, pedían limosna con sus hijos por las esquinas. [...] Unos médicos valientes tenían que lidiar en las clínicas y los hospitales con niños raquíticos, cubiertos de llagas supurantes, prácticamente sin medicinas, sin jabón, sin desinfectantes».<sup>28</sup> Además, los negociadores de paz de París recibían informes alarmantes sobre las condiciones en Austria. En enero de 1919, William Beveridge, un funcionario británico (y posteriormente el padre del Estado de Bienestar en el Reino Unido), que había sido enviado a Viena para evaluar la situación sobre el terreno, advertía de que, si no se enviaba ayuda de inmediato, era muy probable que se produjera un colapso social total.<sup>29</sup>

A pesar de aquellas gravísimas privaciones económicas, a finales de 1918 y principios de 1919 muchos austriacos seguían abrigando esperanzas de que el tratado de paz se haría conforme a las directrices de Wilson. Cuando Karl Renner, el canciller socialdemócrata, partió hacia París para recibir los términos de paz de Austria, una multitud optimista congregada en la estación de Viena gritaba: «Tráiganos una buena paz».<sup>30</sup> En París, Renner argumentó que la revolución había convertido a Austria en un Estado democrático. No cabía exigirle responsabilidades por las fechorías cometidas por el desaparecido Imperio austrohúngaro. «Nos presentamos ante ustedes – subrayaba Renner –, como una de las partes del imperio vencido y caído. [...] De la misma forma que otros estados nacionales, también nuestra nueva república acaba de nacer, y por consiguiente no cabe considerarla, como ocurre con éstos, la sucesora de la difunta monarquía».<sup>31</sup>

Muy pronto iba a llevarse una decepción. Cuando la delegación austriaca examinó por primera vez el borrador del tratado, reaccionó con indignación: como señalaba uno de sus miembros, «nos sentimos muy tristes, amargados y deprimidos cuando nos dimos cuenta de que a Austria le imponían unos términos más duros que a Alemania, cuando nosotros esperábamos que

fueran más favorables».<sup>32</sup> En la propia Austria, donde se decretaron tres días de luto nacional, cundió una profunda conmoción y desilusión a raíz del Tratado de Versalles.<sup>33</sup> Como señalaba Otto Bauer, ministro de Asuntos Exteriores, en la capital austriaca: «Nada menos que dos quintas partes de nuestro pueblo van a quedar sometidas al dominio extranjero, sin ningún plebiscito, y en contra de su indiscutible voluntad, con lo que se les priva de su derecho de autodeterminación».<sup>34</sup> Para Bauer y para muchos otros austriacos, la cuestión primordial era que los Aliados habían excluido la posibilidad de una *Anschluss*. Sin embargo, desde el punto de vista de los Aliados, el veto a la unión de Austria con Alemania era perfectamente lógico. Habría sido imposible comunicarle a la opinión pública de Gran Bretaña, de Francia o de Italia para qué habían luchado y sufrido los Aliados durante tantos años cuando el resultado del conflicto era un Estado alemán sustancialmente más grande y con una población mayor. No obstante, al mismo tiempo, todas las partes implicadas tenían claro que la prohibición de la *Anschluss* era una contravención flagrante del principio de autodeterminación nacional. El hecho de que los Aliados prohibieran aquella unión iba a tener unas consecuencias desastrosas. Si bien en 1918-1919 la *Anschluss* había sido un proyecto democrático de la izquierda, su no realización muy pronto fue utilizada por la extrema derecha, tanto en Austria como en Alemania, como una «prueba» de la incapacidad del Estado republicano de cumplir sus promesas.<sup>35</sup>

Al igual que Alemania, Austria sí logró algunas concesiones menores: al final, en octubre de 1920 se celebró un plebiscito en la zona de Klagenfurt, al sur de Carintia, también reivindicada por Yugoslavia, que arrojó un resultado mayoritariamente a favor de permanecer en Austria. Además, los Aliados accedieron a la transferencia de Burgenland, una franja de territorio de los confines occidentales de Hungría, habitada mayoritariamente por ciudadanos de habla alemana, a la República de Austria alemana. La mayor parte de la zona pasó a manos de Austria, lo que dio lugar a importantes tensiones con el Gobierno de Budapest. Aquellas tensiones estallaron de forma violenta en 1920-1921, cuando las milicias húngaras se enfrentaron a las fuerzas policiales austriacas, con el resultado de docenas de personas muertas. Un

referéndum celebrado en diciembre de 1921 en la localidad de Ödenburg (Sopron) devolvía la ciudad a Hungría, entre acusaciones de los austriacos que afirmaban que el Gobierno de Budapest había presionado a la población y falsificado los resultados del plebiscito. El resto de la región de Burgenland siguió siendo austriaca.<sup>36</sup>

La pérdida de Burgenland no fue lo peor que le ocurrió a Hungría a raíz de la derrota en la contienda. En total, el país perdió dos terceras partes de sus territorios de antes de la guerra, y más del 73 % de su población, según las disposiciones del Tratado de Trianon, que –debido a la agitación política en Budapest y a la invasión de Hungría por Rumanía– tan sólo pudo firmarse en junio de 1920.<sup>37</sup> Destrozado por cuatro años de guerra, por una revolución y una contrarrevolución, así como por una invasión extranjera en 1919, el país estaba económicamente en ruinas incluso antes de firmar el tratado, con unos niveles de producción en la industria de bienes de consumo de aproximadamente el 15 % de los niveles de antes de la guerra.<sup>38</sup>

En París, la delegación húngara que esperaba que le comunicaran los términos de la paz había presentado unos argumentos parecidos a los de los austriacos: no cabía considerar responsable a Budapest de los pecados de los Habsburgo. Tras la caída del régimen bolchevique en Budapest, Hungría había dejado de ser una amenaza. Además, el jefe de su delegación, el conde Albert Apponyi, señalaba con razón que Hungría estaba sufriendo un castigo más severo que todas las demás Potencias Centrales derrotadas. Sus ruegos no fueron escuchados. Hacía tiempo que los líderes de los países Aliados y sus asesores consideraban a Hungría igual de culpable de oprimir a las minorías en la mitad húngara de la Monarquía dual a través de sus estrictas políticas de magyarización.<sup>39</sup>

El 4 de junio de 1920, en el palacio de Trianon, a las afueras de París, los representantes de Hungría firmaron el tratado bajo protesta. En Budapest, las banderas de los edificios públicos ondearon a media asta, y permanecieron así hasta dos décadas después, cuando el norte de Transilvania fue devuelto a Hungría en virtud del Segundo Arbitraje de Viena de agosto de 1940. Un año después, las tropas húngaras se adentraban profundamente en la Unión Soviética junto con la Wehrmacht en lo que la mayoría de la gente consideró

una «guerra justa» para la revisión del Tratado de Trianon y la derrota mundial del bolchevismo. Hasta ese día (y de nuevo desde 1990), en Hungría, la palabra «Trianon» fue un sinónimo de la injusticia de los Aliados, que alimentó un deseo casi universal de invalidar sus disposiciones en cuanto surgiera la ocasión.<sup>40</sup>

En comparación con las pasmosas pérdidas territoriales de Hungría, las pérdidas de Bulgaria, la única nación balcánica que combatió en el bando de Alemania, del Imperio austrohúngaro y del Imperio otomano, fueron un poco menos drásticas, aunque los búlgaros no lo vieran así. Al igual que las demás potencias derrotadas, Bulgaria no estuvo representada en la Conferencia de Paz de París. De forma parecida a los demás líderes de las Potencias Centrales, en un primer momento el nuevo Gobierno de Sofía abrigó esperanzas de que se aplicara el principio de autodeterminación después de que se acordaran las nuevas fronteras del país en París, dado que los búlgaros eran mayoría en tres zonas que quedaban fuera de sus nuevas fronteras nacionales: en Dobruja Meridional (a lo largo de la costa occidental del mar Negro), en Tracia Occidental (al norte del Egeo), y en algunas zonas de Macedonia. El problema es que los tres territorios también era reivindicados por otros estados –unos estados que los Aliados consideraban amigos: Rumanía insistía en Dobruja Meridional (aunque allí vivían menos de 10.000 rumanos, de entre casi 300.000 habitantes); Grecia exigía Tracia Occidental; y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos reclamaba Macedonia.<sup>41</sup>

En julio de 1919 la delegación búlgara fue convocada en París, pero tan sólo recibió el borrador del tratado dos meses y medio más tarde.<sup>42</sup> Los Aliados recibieron a la delegación con hostilidad. Harold Nicolson, más familiarizado con los Balcanes que la mayoría de los asistentes a la Conferencia de París, al haber estado destinado en la embajada británica en Constantinopla antes de la guerra, se mostró particularmente vengativo con Bulgaria: «Sus tradiciones, su historia, sus obligaciones reales deberían haber vinculado a los búlgaros con la causa de Rusia y de la Entente. Ya se habían comportado de una forma traicionera en 1913, y en la Gran Guerra repitieron su gesto de perfidia. Animados por los móviles más materiales de conquista, se aliaron con Alemania, y al hacerlo prolongaron la guerra dos años

enteros».<sup>43</sup>

Teodor Teodorov, primer ministro búlgaro hasta octubre de 1919, intentó disipar ese tipo de sentimientos señalando que el propio pueblo búlgaro siempre se había opuesto a la alianza con Alemania en la guerra, y que las élites favorables a ella ya no ejercían el poder. Teodorov también destacó que muchos oficiales búlgaros simpatizaban con los Aliados, o los apoyaron activamente: «Si otras naciones fueron recompensadas alegremente tan sólo debido a sus simpatías y su amistad con la Entente [...] ¿por qué no reconocer que nuestra nación también dio muestras de unos sentimientos parecidos – como confirman las miles de sentencias y las ejecuciones dictadas contra los soldados que se negaban a combatir, y el hecho de que once generales y más de cien oficiales búlgaros combatieron al lado de los rusos contra los alemanes?».<sup>44</sup>

En septiembre, cuando por fin se hizo público el borrador del tratado, su contenido superó incluso las predicciones más agoreras. En términos relativos, el Tratado de Neuilly de noviembre de 1919 fue sin duda más duro que el Tratado de Versalles que se impuso a Alemania. El tratado obligaba a Sofía a ceder un total de 11.000 km<sup>2</sup> de territorio, que correspondían a Tracia Occidental (que pasaba a manos de Grecia), y a cuatro zonas fronterizas, que incluían las ciudades de Strumica, Caribrod y Bosilegrado, de gran importancia estratégica, y sus alrededores (un total 2.500 km<sup>2</sup>), que pasaban a formar parte del nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos. Además el tratado le presentaba a Bulgaria una factura en concepto de reparaciones que ascendía a la friolera de 2.250 millones de francos oro, a pagar en un plazo de 37 años. Por añadidura, Sofía tenía que acceder a la cesión de grandes cantidades de ganado y de material ferroviario a Grecia, a Rumanía y al Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, que también debía recibir de Sofía una remesa anual de 50.000 toneladas de carbón. En proporción a su tamaño y a su PIB, Bulgaria tuvo que hacer frente a la factura por reparaciones más elevada de todas las Potencias Centrales.<sup>45</sup>

Por último, las Fuerzas Armadas sufrieron un grave recorte: el Ejército debía reducirse desde los aproximadamente 700.000 hombres a una lastimosa fuerza de veinte mil. Cuando la delegación transmitió a Sofía los detalles del

tratado, algunos generales y políticos quisieron reanudar las hostilidades, pero un político realista como Aleksandar Stambolijski, sucesor de Teodorov como primer ministro, dijo que estaba dispuesto a firmar «incluso una mala paz» ante la falta de alternativas.<sup>46</sup> Eso fue lo que hizo el 27 de noviembre de 1919, durante una breve ceremonia que tuvo lugar en la antigua alcaldía de Neuilly. En palabras de un estadounidense que estuvo presente aquel día, parecía como si «hubieran llamado al botones de la oficina a participar en una junta del consejo de administración». Entre los observadores estaba el primer ministro griego, Eleftherios Venizelos, «esforzándose por no parecer demasiado contento» por haber conseguido Tracia Occidental para su país.<sup>47</sup>

A ojos de la mayoría de los búlgaros, y no sin razón, el Tratado de Neuilly simbolizaba el punto más bajo de su existencia nacional como Estado independiente. El nuevo trazado de las fronteras dejaba a Bulgaria sin zonas agrícolas fértiles (como Dobruja y Tracia) y sin salida al mar Egeo –una cuestión muy importante, dado que el comercio marítimo era un factor decisivo para sectores enteros de la economía búlgara.<sup>48</sup> A raíz de la modificación de las fronteras, Bulgaria recibió una nueva oleada masiva de refugiados procedentes de Macedonia, Tracia y Dobruja (así como de los territorios fronterizos cedidos al oeste del país), la segunda desde 1913. Entre 1912 y mediados de la década de 1920, Bulgaria tuvo que acoger aproximadamente a 280.000 refugiados, que ya constituían hasta el 5 % del total de su población. Aproximadamente la mitad de ellos procedía de los territorios cedidos a Grecia (Macedonia egea y Tracia Occidental), y una cuarta parte del Imperio otomano (Tracia Oriental). Menos numerosa, pero no por ello menos dramática, fue la llegada de refugiados procedentes de los territorios que ahora pertenecían al Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos (12,5 %) y a Rumanía (11 %).<sup>49</sup> Acoger un flujo tan inmenso de inmigrantes en un momento de grave crisis económica y social supuso uno de los desafíos más importantes para el Gobierno búlgaro durante varios años.<sup>50</sup> En palabras de Stambolijski, en una carta desesperada que le envió al poco receptivo primer ministro francés, Clemenceau, el 22 de noviembre de 1919: «Ahora la población de Bulgaria vive en un estado verdaderamente problemático. Sus desastres se ven más agravados todavía por el sufrimiento de los numerosos

refugiados. [...] Esos incontables refugiados, personas indigentes sin ningún tipo de pertenencias [...] siempre serán una herida sangrante en las relaciones en los Balcanes».<sup>51</sup> Stambolijski tenía razón, aunque no vivió lo suficiente para ver el giro de los acontecimientos a partir de 1923. Durante una gran parte del periodo de entreguerras, Bulgaria tuvo grandes dificultades para asumir los costes humanos y económicos de una guerra perdida, de una crisis económica y de su aislamiento internacional, lo que dio lugar a profundas divisiones internas y a una rápida sucesión de gobiernos, a menudo liquidados mediante golpes de Estado.<sup>52</sup>

Para el que durante mucho tiempo fuera señor colonial de Bulgaria y su aliado durante la guerra hasta 1918, el Imperio otomano, el proceso de desintegración había comenzado mucho antes del armisticio, cuando la gran retirada de las fuerzas otomanas y el avance de las tropas británicas y sus unidades auxiliares autóctonas «liberaron» todos sus territorios árabes. Ya desde antes de la convocatoria, en enero de 1919, de la Conferencia de Paz de París –en la que, de entre todos los pueblos que formaban el Imperio otomano, los turcos fueron los únicos representantes que quedaron excluidos de las deliberaciones– había quedado de manifiesto que el destino del Imperio estaba en manos de Gran Bretaña y de Francia, dado que Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos, manifestó escaso interés en involucrarse en la implementación de un orden de posguerra en Oriente Próximo. Estados Unidos nunca le había declarado la guerra al Imperio otomano, y el hecho de que Wilson se marchara de París el mismo día de la firma del Tratado de Versalles fue un claro indicio de su falta de interés por el acuerdo de paz con Constantinopla. Por el contrario, Gran Bretaña y Francia estaban decididas a repartirse entre ellas la mayor parte de las provincias árabes del Imperio otomano.<sup>53</sup>

Sin embargo, aunque en Constantinopla los más realistas hacía tiempo que habían renunciado a los territorios árabes de Oriente Próximo, había algunos estadistas otomanos más optimistas que abrigaban la esperanza de una aplicación estricta del duodécimo de los Catorce Puntos de Wilson. Dicho punto abogaba por una «soberanía segura» para la «parte turca del actual Imperio otomano», a saber Anatolia, en Asia Menor y Tracia Oriental

en Europa.<sup>54</sup> El 17 de junio de 1919, Damad Ferid, el gran visir turco, un político progresista, argumentó de una forma parecida a como lo habían hecho sus homólogos de otros estados derrotados cuando le aseguró en París a Clemenceau, a Lloyd George y a Wilson que su Gobierno no tenía nada en común con los gobernantes del Comité de Unidad y Progreso (CUP) durante la guerra, a los que había que culpar de la entrada del Imperio otomano en la guerra y del terrible destino de los cristianos armenios. Si había que aplicar el principio wilsoniano de autodeterminación, Anatolia en particular debía seguir siendo turca. El problema era que ahora había otros países que reclamaban partes de Anatolia. Gracias a las vagas promesas que hizo a principios de 1915 sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores británico, Grecia, que posteriormente combatió en el bando de los Aliados durante los últimos dieciocho meses de la guerra, se sentía con derecho a reivindicar Anatolia Occidental, donde vivían importantes comunidades griegas. Al ser cristianos, los griegos disfrutaban de una empatía tradicional en Occidente, mientras que los otomanos no podían esperar demasiado apoyo por parte de Gran Bretaña ni de Francia. En un célebre comentario, Lloyd George menospreció a los turcos al afirmar que eran «un cáncer humano, un dolor rastrero en la carne de unos territorios que los turcos gobiernan de mala manera, pudriendo hasta la última fibra de vida».<sup>55</sup>

Otros estados preexistentes o emergentes también tenían sus designios para distintas partes de Anatolia. Italia pretendía establecer un punto de apoyo permanente en Anatolia Occidental, después de haber ocupado en 1912 las islas otomanas del Dodecaneso. Tras recibir imprecisas garantías en el Tratado de Londres de 1915 de que, en caso de que se desmembrara el Imperio otomano, Roma recibiría su «justa parte», los diplomáticos italianos siguieron presionando para conseguir una esfera de influencia en Anatolia. Mientras tanto, los kurdos –que contemplaban con espanto la perspectiva de un estatus de minoría bajo un gobierno armenio, árabe o turco– también exigían la independencia, o una autonomía bajo protección extranjera. Análogamente, la antigua Armenia rusa, que en mayo de 1918 se había convertido en la República Democrática de Armenia, presionaba para anexionarse numerosas provincias otomanas en el este. Allí la violencia se

había intensificado durante la primavera de 1918, cuando los supervivientes del *Aghet* (genocidio armenio) se cobraron venganza contra los civiles musulmanes de la zona, sobre todo en las masacres de Erzincan y Erzurum, entre finales de enero y mediados de febrero, cuando se estima que fueron masacrados casi 10.000 musulmanes turcos.<sup>56</sup>

Las exigencias territoriales y la violencia exacerbaron aún más la situación en un país ya devastado por la Gran Guerra, como demostraron claramente las delegaciones de investigación británicas. Uno de los oficiales enviados al interior desde Constantinopla, el teniente Clarence Palmer (que se había pasado la mayor parte de la contienda en un campo de prisioneros de guerra otomano), visitó distintos pueblos y aldeas del noroeste de Anatolia, desde donde informó a sus superiores. En su viaje desde Eskişehir a Konya, se encontró con ciudades y pueblos devastados por el hambre, las enfermedades y las privaciones materiales. Señalaba que los armenios desplazados vendían a sus hijos a cambio de comida, mientras que la ausencia de los hombres caídos en la guerra y la confiscación de animales de granja provocaba que la producción y manufactura de productos agrícolas se hubiera paralizado.<sup>57</sup>

En agosto de 1920, más de un año después de la conclusión del Tratado de Versalles, los Aliados vencedores firmaron por fin un tratado de paz con el Gobierno del sultán, presidido por Damat Ferid. Aquél iba a ser el último de los tratados de paz de París. El Tratado de Sèvres, firmado en el mes de agosto en el salón de exposición de una fábrica de porcelana, reducía radicalmente el territorio que debía quedar bajo el dominio de Constantinopla. Tan sólo se consideraba indiscutiblemente turco un tercio de Anatolia. A Grecia se le asignaba Esmirna y sus alrededores, condicionado a un plebiscito en el plazo de cinco años. Los armenios recibían grandes zonas de Anatolia Oriental que se extendían desde Trebisonda, a orillas del mar Negro, hasta el lago Van; y el Kurdistán pasaba a ser una región autónoma. El estrecho del Bósforo se ponía en manos de una administración internacional. Francia e Italia conservaban sus respectivas esferas de influencia en Anatolia.<sup>58</sup> Igual que había ocurrido con los demás estados vencidos, los términos del tratado fueron acogidos con espanto en Anatolia.

Sin embargo, a diferencia de los otros tratados de paz, el Tratado de Sèvres nunca se ratificó, y fue sustituido por otro tratado de paz muy distinto al cabo de dos años y medio –por motivos que veremos más adelante.

La actitud aparentemente vengativa de los Aliados para con los vencidos en 1918-1920 obedecía en gran parte a las pasiones del nacionalismo que había despertado la Gran Guerra.<sup>59</sup> El imborrable recuerdo de las atrocidades alemanas en Bélgica en 1914, los daños ocasionados por las tropas alemanas durante su retirada estratégica en 1917, las ofensivas de 1918, y la desesperación y la ira de la población por los familiares y amigos perdidos en los campos de batalla seguían muy presentes en 1919. Las pasiones de la guerra aún no habían amainado, y los líderes aliados, que dependían del apoyo popular, eran conscientes de que los soldados, y también sus familias, buscaban una compensación del enemigo a fin de validar sus sacrificios. Además, a ojos de los Aliados, las Potencias Centrales se habían ocasionado un gran perjuicio a sí mismas al hablar repentinamente de una «paz justa» cuando –tan sólo unos meses antes– habían impuesto unos términos draconianos a Rusia y a Rumanía en los tratados de Brest-Litovsk y Bucarest, firmados en 1918. Y después estaba, por supuesto, la cuestión de la seguridad colectiva: los Aliados victoriosos temían un resurgir militar de sus adversarios derrotados, sobre todo el de una Alemania renaciente. Privar a Berlín de medios para librar una guerra vengativa era crucial para el mantenimiento de una paz general, y para la integridad territorial de Francia en particular.

La percepción entre los vencidos era, por supuesto, radicalmente distinta. En los estados vencidos de Europa, el resentimiento contra los tratados de París no sólo se alimentaba del sentimiento de humillación por la derrota. También estaba la cuestión de lo que se veía como hipocresía, dado que la idea wilsoniana de la autodeterminación claramente se aplicó a los países considerados aliados de la Entente (polacos, checos, eslavos del sur, rumanos y griegos), pero no a los que se veían como enemigos (austriacos, alemanes, húngaros, búlgaros y turcos). Y lo que es peor, la aplicación del principio de autodeterminación nacional a unos territorios de una complejidad étnica endemoniada fue, en el mejor de los casos, ingenua, y en la práctica una

invitación a transformar la violencia de la Primera Guerra Mundial en innumerables conflictos fronterizos y guerras civiles. Las rivalidades étnicas en Europa Central se volvieron violentas a medida que a los antiguos antagonismos, como el que existía entre los checos y los alemanes de Bohemia, se les unieron los nuevos conflictos nacionales, como el que surgió entre los checos y los polacos en Teschen.<sup>60</sup>

Todos los estados nuevos, supuestamente fundados sobre el principio de la autodeterminación nacional, contaban, dentro de sus fronteras, con grandes minorías que se hacían oír, y que (con especial intensidad tras el comienzo de la Gran Depresión) empezaron a exigir la reunificación con sus respectivas «patrias». El incumplimiento por parte de los Aliados del principio de autodeterminación dejó a trece millones de alemanes (incluyendo a los alemanes austriacos) fuera de las fronteras del Reich. Mientras tanto, Budapest se lamentaba de la pérdida de más de 3,2 millones de ciudadanos de etnia húngara a manos de los estados vecinos, mientras que los aproximadamente 420.000 refugiados procedentes de los territorios absorbidos por Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumanía y Austria fueron una presencia radicalizadora en la Hungría de entreguerras, ya que exigían la restitución a Budapest de los territorios donde habían nacido.<sup>61</sup>

El problema del irredentismo siguió atormentando durante décadas la política europea, también debido a que muchos de los estados sucesores de Europa Centro-oriental eran, en realidad, miniimperios en sí mismos, y exactamente igual de multiétnicos que los imperios continentales derrotados a los que habían sustituido (con el problema añadido de que las tensiones étnicas de antes de la guerra se habían exacerbado a raíz de los muchos años de combates brutales).<sup>62</sup> Ahora, quienes formaban parte de una minoría en unos estados sucesores étnicamente plurales a menudo eran presa de la agitación nacionalista. Por ejemplo, en Silesia, un territorio en litigio, la Universidad Federico Guillermo de Breslavia se convirtió en un centro de agitación nacionalista alemana. Respondiendo a la composición multiétnica de la ciudad, la universidad había sido tradicionalmente una de las instituciones docentes más cosmopolitas de Alemania, y a lo largo del siglo XIX, su alumnado incluyó una parte sustancial de polacos, así como un gran

número de estudiantes judíos.<sup>63</sup> Sin embargo, a partir de 1918, la atmósfera se volvió profundamente hostil a la cohabitación interétnica. Los jóvenes nacionalistas alemanes se sentían particularmente atraídos por los intelectuales de derechas, como Walter Kuhn, un autoproclamado experto en el campo de la *Ostforschung* (Investigación del Este), cada vez más de moda, que se dedicaba a dar conferencias sobre la necesidad de impugnar el Tratado de Versalles y de recuperar la población alemana «perdida» en Polonia y en Europa Centro-oriental más en general.<sup>64</sup> Esas ideas cayeron en terreno abonado. Por regla general, los alemanes que vivían en zonas fronterizas con diversidad étnica tenían una probabilidad inconmensurablemente mayor de apoyar los partidos de la derecha radical, y de acabar asumiendo alguna forma de filiación nazi, que los que vivían en los centros urbanos más al oeste.<sup>65</sup> La Alemania nazi y su proyecto imperial abiertamente exterminacionista de finales de los años treinta y principios de los cuarenta obedecía en gran parte a la lógica del conflicto étnico y al irredentismo generado por la Gran Guerra y por la modificación de las fronteras en 1918-1919.<sup>66</sup>

Los únicos estados étnicamente homogéneos de Europa Oriental, Central o Suroriental durante la posguerra fueron los países centrales de los imperios continentales vencidos: la República de Weimar, Austria, Hungría, Bulgaria y la República de Turquía (fundada en octubre de 1923). Cada uno de esos nuevos estados contenía pequeñas minorías (sobre todo los judíos en Europa Central, y vestigios de la comunidad cristiana ortodoxa en Constantinopla), que iban a ser objeto de acoso o de violencia a lo largo de las décadas siguientes, pero la cuestión de las minorías durante los años veinte y principios de los treinta fue cuantitativamente más sustancial en los estados vencedores sucesores. Por ejemplo, en el nuevo Estado nacional polaco, aproximadamente un 35 % de la población no era de etnia polaca, con considerables minorías ucranianas, bielorrusas, lituanas y alemanas. El nombre del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos no reflejaba que aproximadamente dos millones de sus habitantes no pertenecían a ninguno de esos grupos: eran sobre todo bosnios musulmanes (9,6 %), húngaros (4 %), albaneses (3 %) y de etnia alemana (14 %). Checoslovaquia tenía más

habitantes de etnia alemana (un 23 % de la población total) que eslovacos, así como considerables comunidades de rutenos y magiares. Y en Rumanía, un país que había multiplicado por dos su tamaño previo a la guerra, tras absorber Transilvania, Besarabia, Bucovina y gran parte del Banato, vivían aproximadamente tres millones de húngaros.<sup>67</sup>

La presencia de grandes minorías étnicas de esos nuevos estados nacionales dejaba bien claro que la «autodeterminación» sólo se le concedió a los pueblos considerados aliados de la Entente, y no a sus enemigos en tiempos de guerra. Y los Aliados tampoco estaban dispuestos a considerar la «autodeterminación» para los no europeos. Cuando los nacionalistas de los territorios coloniales presionaron a los participantes en la Conferencia de Paz para exigirles el derecho a la autonomía, Woodrow Wilson no estuvo a la altura de las grandes expectativas que había creado entre ellos, y no fue capaz de poner coto a las ambiciones imperiales de Gran Bretaña y Francia, cuyos imperios se expandieron aún más a partir de 1918, sobre todo a través de los mandatos de la Sociedad de Naciones en Oriente Próximo y en otras regiones.<sup>68</sup> La falta de apoyo por parte de Wilson a la autodeterminación de las colonias no debería haber sorprendido a nadie. A pesar de toda su palabrería progresista sobre la autodeterminación y los pactos morales, el presidente estadounidense –que por lo demás era un intelectual del ámbito académico, natural de Virginia– apoyaba abiertamente la segregación racial en Estados Unidos, y autorizó la segregación en el seno de las instituciones federales nada más ser investido.<sup>69</sup>

En el marco de un contexto internacional, Wilson claramente estaba convencido (al igual que la mayoría de los occidentales de aquella época) de que la raza era una cuestión importante a la hora de decidir si una comunidad merecía la «autodeterminación» o no. La Carta fundacional del proyecto favorito de Wilson, la Sociedad de Naciones, que se publicó como preámbulo de los cinco tratados que redactó la Conferencia de Paz de París, nunca mencionaba los pueblos coloniales de los imperios vencedores.<sup>70</sup> Por el contrario, la Carta establecía los dominios imperiales de la Turquía otomana con la denominación de protectorados o territorios de «Clase A», «habitados por pueblos que todavía no son capaces de valerse por sí solos en las difíciles

condiciones del mundo moderno». Esos territorios debían acceder a la condición de estados independientes después de que sus respectivas potencias protectoras los tutelaran hasta su madurez administrativa. Al final, Gran Bretaña y Francia se repartieron entre ellas los protectorados de Clase A – Mesopotamia (hoy Irak) Palestina (incluida Jordania) y Siria (incluido el Líbano), mientras que el Hiyaz (Arabia Saudí) pasaba a ser un Estado independiente. Los denominados protectorados de «Clase B», es decir la mayoría de las antiguas colonias alemanas en África, exigían una tutela más firme por parte de sus potencias protectoras, pero acabarían alcanzando la independencia en un futuro sin especificar. Y otro grupo de territorios, sobre todo la antigua África del Suroeste (hoy Namibia) y las islas del Pacífico sur anteriormente ocupadas por Alemania, se convirtieron en protectorados de «Clase C». Los «protectorados C» eran básicamente colonias en todos los sentidos salvo en el nombre, para las que «lo mejor es que sean administradas bajo la jurisdicción del país protector como partes integrantes de su territorio».<sup>71</sup> A diferencia de los territorios del antiguo Imperio austrohúngaro, habitados por europeos de raza blanca –así rezaba la justificación rotundamente racista a la que obedecía todo el sistema de mandatos de los tratados de paz de París– los pueblos coloniales de color no estaban preparados para cuidar de sus propios asuntos.<sup>72</sup>

Dentro de Europa, los negociadores de paz de París claramente reconocían que había que afrontar los problemas que surgieran de la diversidad étnica en litigio en los estados nacionales emergentes. Aunque según algunos cálculos la reorganización territorial de Europa en 1918-1919 en realidad redujo a la mitad la cifra total de personas consideradas minorías, de sesenta millones a entre veinticinco y treinta millones, en un principio los nuevos estados sucesores no tenían en vigor un marco legal para garantizar sus derechos.<sup>73</sup> Así pues, los Aliados redactaron los denominados «tratados sobre las minorías», una serie de acuerdos bilaterales firmados por todos y cada uno de los nuevos estados como precondition para su reconocimiento internacional.<sup>74</sup>

Se suponía que la Polonia postimperial debía proporcionar el modelo. El tratado sobre las minorías polaco, conocido como el «Pequeño Tratado de

Versalles», firmado el mismo día que su tocayo más famoso, marcaba las directrices de todas los pronunciamientos de la conferencia sobre el asunto, y por lo menos otros siete estados sucesores firmaron acuerdos vinculantes parecidos.<sup>75</sup> Los tratados sobre las minorías pretendían proteger los derechos colectivos de todas las minorías étnicas o religiosas que en aquel momento vivían en los estados sucesores de Europa Centro-oriental.<sup>76</sup> Los nuevos estados nacionales tenían que garantizar los derechos a la organización y a la representación políticas, y al uso de las lenguas minoritarias en los tribunales y en los colegios, así como a una compensación por las transferencias de tierras. En Checoslovaquia, por ejemplo, los tratados internacionales garantizaban derechos colectivos a los grupos minoritarios. En las zonas donde constituían por lo menos el 20 % de la población, los alemanes tenían derecho a una enseñanza en su lengua materna, así como a relacionarse con la administración del Estado en su propio idioma. Dado que los ciudadanos de etnia alemana tendían a concentrarse en determinadas regiones, a todos los efectos eso significaba que el 90 % de ellos pudieron hacer uso de aquella concesión.<sup>77</sup>

Los presuntos incumplimientos de los tratados podían denunciarse ante el Consejo de la Sociedad de Naciones y ante el Tribunal de Justicia Internacional. Cabe destacar que un tercero podía elevar una protesta desde fuera de las fronteras nacionales en nombre de las minorías discriminadas. Por ejemplo, el Gobierno húngaro, podía presentar una demanda en nombre de los magiares de Eslovaquia, o los alemanes de la República de Weimar en nombre de los alemanes de los Sudetes. Fue uno de los logros más significativos de la Conferencia de Paz, ya que proporcionaba un marco legal por el que las minorías perjudicadas podían pedir (y pidieron) justicia ante los incumplimientos de los tratados.<sup>78</sup>

La situación no era tan clara cuando se trataba de minorías que no tenían un Estado nacional que defendiera sus intereses, como los aproximadamente seis millones de judíos que vivían en la Zona de Asentamiento, en los territorios fronterizos occidentales del desaparecido Imperio ruso, y en la mitad oriental del antiguo Imperio austrohúngaro (sobre todo en Galitzia Occidental y en Hungría). Mientras que los judíos del Imperio ruso habían

sido víctimas de pogromos periódicos antes de 1914, los que vivían en los territorios de la Corona de los Habsburgo estaban relativamente a salvo de la violencia. Habían percibido con toda la razón que la Monarquía dual garantizaba sus derechos y su estatus como ciudadanos y súbditos del Imperio. Así pues, no es casual que muchas de las novelas nostálgicas de los tiempos del Imperio austrohúngaro de los años veinte y treinta fueran escritas por autores judíos, como Stefan Zweig o Joseph Roth. Como dice el conde Chojnicki, un aristócrata polaco de Galitzia, y una figura clave en la famosa novela *La marcha Radetzky* (1932), de Roth, en uno de sus enardecidos y proféticos comentarios: «En cuanto el emperador diga adiós, nos desintegraremos en cien pedazos. [...] Todos los pueblos montarán sus propios estaditos miserables. [...] El nacionalismo es la nueva religión».<sup>79</sup>

Para los judíos como Roth, era mucho mejor vivir en un gran imperio multiétnico que ofrecía protección jurídica a sus minorías que en un Estado nacional más pequeño, basado en la idea de la exclusividad étnica o religiosa. Inmediatamente después de la implosión de los imperios de Europa Central, las poblaciones judías de Ucrania, los estados del Báltico, Polonia, Galitzia, la Bucovina, Bohemia y Moravia de repente tuvieron que afrontar la doble acusación de ser súbditos leales de los imperios de antaño (y por consiguiente poco fiables desde el punto de vista patriótico), y al mismo tiempo partidarios del bolchevismo.<sup>80</sup>

En conjunto, los tratados concebidos para ofrecer a las minorías étnicas cierto grado de autonomía cultural y de protección jurídica resultaron ineficaces. Incluso Checoslovaquia, generalmente considerado el más tolerante y democrático de los estados sucesores, muy pronto mostró una actitud ambivalente hacia sus súbditos no checos. Por lo menos en teoría, o eso presuponía Tomáš Masaryk, hijo de madre checa y de padre eslovaco, las diferencias culturales entre checos y eslovacos podían salvarse con facilidad. Pero mientras que la Reforma había convertido en protestantes a la mayoría de los checos, los eslovacos, que habían vivido bajo el dominio húngaro desde el siglo X, eran católicos a ultranza. Y si los eslovacos abrigaban la esperanza de que Masaryk cumpliera su promesa, realizada en el Acuerdo de Pittsburgh de 1918, donde afirmó que los eslovacos iban a gozar de una gran

autonomía cultural dentro del nuevo Estado, muy pronto iban a descubrir que se equivocaban.<sup>81</sup>

La actitud de Masaryk hacia la considerable minoría alemana fue aún más problemática, aunque los «sudetes» gozaban de un grado considerable de libertad cultural en las zonas donde eran mayoría. Sin embargo, al mismo tiempo, Masaryk encabezó la presión popular a favor de la reforma agraria cuando decidió fraccionar las grandes haciendas (cuyos propietarios eran mayoritariamente de etnia alemana) –una medida que también permitía que los checos «colonizaran» los territorios fronterizos habitados por alemanes en el oeste de Checoslovaquia.<sup>82</sup> Como admitía con total franqueza Edvard Beneš, ministro de Asuntos Exteriores de Masaryk, en una conversación con un diplomático británico, el fin del dominio austrohúngaro había provocado una inversión de las jerarquías étnicas: «Antes de la guerra, los alemanes estaban aquí» (señalando al techo) y «nosotros estábamos ahí» (señalando al suelo). «Ahora –dijo, invirtiendo los gestos–, nosotros estamos aquí y ellos están ahí.» La reforma agraria, insistía Beneš, era «necesaria para darles una lección a los alemanes».<sup>83</sup>

Desde el punto de vista de los estados vencidos de Europa, los tratados sobre las minorías no fueron más que una hoja de parra para tapar la flagrante violación del fundamental principio de autodeterminación, que ellos creían que iba a sustentar el nuevo orden mundial. Los estados derrotados estaban de acuerdo en que las minorías que habían «perdido» debían ser «restituidas» a cualquier precio, y con ello el revisionismo de los tratados pasaba a ocupar un lugar prioritario en la agenda política, mucho antes de que los nazis entraran en escena. Aquéllos no eran unos buenos cimientos para una paz duradera.<sup>84</sup>

---

\* La palabra alemana tiene varias acepciones, y en este caso se trata de un acto voluntario; en el contexto de la unión con la Alemania nazi significa «anexión», su acepción más conocida por razones obvias. (*N. del T.*)

## Fiume

El resentimiento contra el nuevo orden forjado en París durante el periodo 1919-1920 no se limitaba a las potencias derrotadas. También lo sentían intensamente quienes estaban convencidos de que habían ganado la guerra pero habían perdido la paz. Japón –el único miembro asiático del Consejo de Guerra Supremo, que en teoría era una de las grandes potencias del núcleo que tomaba las decisiones en París– se sentía cada vez más marginado. Aunque Japón consiguió algunos territorios, entre los que cabe destacar la antigua concesión alemana en Shandong y las islas alemanas del Pacífico al norte del ecuador, no hubo avances a la hora de reconocer a Japón como un socio de pleno derecho de los Aliados occidentales. La propuesta japonesa de un artículo sobre «igualdad racial» en la Carta fundacional de la Sociedad de Naciones fue un asunto particularmente espinoso. El artículo fue concebido principalmente para poner a Japón en pie de igualdad con los Aliados occidentales «de raza blanca blancos» (más que para establecer la igualdad racial entre blancos y asiáticos en general), pero creó una gran división en el seno de la delegación del Imperio británico, provocado por la estridente oposición que había en los dominios británicos a la inmigración japonesa. Los representantes australianos, decididos a que su país siguiera siendo una colonia «blanca», cortaron en seco las aspiraciones japonesas a la igualdad racial en el sistema internacional y consiguieron imponerse en el debate que se produjo en el seno de la delegación. Furiosos por el trato recibido, los políticos japoneses empezaron a darle cada vez más la espalda a Occidente, mientras que su expansión en Shandong y en las islas del Pacífico alentaba sus sueños, desmedidamente ambiciosos, de hegemonía sobre una «Gran

Asia Oriental».<sup>1</sup>

El sentimiento de una victoria perdida o «mutilada» fue aún más apreciable en Italia, un país que había perdido más soldados en la guerra que Gran Bretaña, y cuya población sentía que las promesas territoriales hechas por Londres y París a cambio de la entrada de Roma en el conflicto ya no se tomaban en serio. Efectivamente, en 1915, a cambio de que Italia declarara la guerra a sus antiguos aliados, las Potencias Centrales, el país había recibido amplias promesas de sus nuevos aliados. En el Tratado de Londres, de carácter secreto, se acordó que Italia iba a obtener una cantidad sustancial de territorios: Roma no sólo iba a conservar el control sobre las islas del Dodecaneso (ocupadas desde 1912), que habían pertenecido al Imperio otomano, y que iba a ser titular de un «protectorado» sobre Albania, sino que también le prometieron la región de Trentino, controlada por el Imperio austrohúngaro, el Tirol Meridional hasta el paso del Brennero, con una fuerte presencia de población alemana, el norte de Dalmacia, y la totalidad de la región del litoral austriaco, incluida la ciudad portuaria de Trieste. El problema de aquella generosa oferta era que se había hecho en un momento en que nadie pensaba que fuera a crearse una Yugoslavia independiente, ni tampoco se hablaba de «autodeterminación nacional». Y otro problema era que, a finales de 1918, el ansia de expansión imperial de Roma había desbordado los territorios que le habían prometido en 1915: ahora también quería el puerto adriático del Fiume (Rijeka), que había sido administrado por Hungría hasta el final de la guerra.<sup>2</sup>

Roma no esperó a que se convocara la Conferencia de Paz de París para apropiarse de algunos de los territorios que le habían prometido en 1915. En cuanto se firmó el armisticio con Austria-Hungría, el 3 de noviembre de 1918, las tropas italianas ocuparon la península de Istria y la costa de Dalmacia. La cuestión del futuro de Fiume era más difícil de resolver, ya que Belgrado presentó una contrarreclamación de la ciudad para el emergente Estado de los eslavos del sur, lo que llevó a los diplomáticos italianos en París a lanzar su campaña, fallida en última instancia, para evitar que las grandes potencias reconocieran el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos en general.<sup>3</sup>

La postura inflexible de Italia en 1918-1919, a menudo criticada, requiere una explicación. Al igual que otros jefes de Gobierno de los antiguos países combatientes, el primer ministro italiano, Vittorio Emanuele Orlando, tenía que justificar los extraordinarios sufrimientos del pueblo italiano durante la guerra a lo largo de los tres años anteriores, así como la muerte de aproximadamente 600.000 soldados italianos. La población italiana, igual que la de los demás países vencedores, exigía la máxima compensación económica y territorial.<sup>4</sup> Sin embargo, al mismo tiempo, las exigencias de Orlando deben entenderse en el marco de la ya antigua tradición del imperialismo progresista italiano.<sup>5</sup> Desde la fundación del Estado nacional italiano, entre 1861 y 1870, la reconquista de las regiones que antaño pertenecieron al Imperio romano –sobre todo del litoral del *mare nostrum* («nuestro mar»), como los nacionalistas llamaban al Mediterráneo– había desempeñado un importante papel en los debates públicos sobre el futuro lugar que Italia debía ocupar en el mundo. En 1911 Italia se propuso poner en práctica esas ideas e inició su expansión imperial con un ataque a los valiatos otomanos de Tripolitania y Cirenaica en el norte de África, que los imperialistas italianos –en referencia a su legado romano– habitualmente denominaban «Libia» (el nombre de la antigua provincia romana en el norte de África).<sup>6</sup> La nueva colonia, situada en la otra orilla del Mediterráneo, iba a consolidar por fin, o eso era lo que los italianos esperaban, a Italia como una gran potencia europea, con su propio imperio para demostrarlo –una ambición que se había visto frustrada quince años antes con la derrota de Italia en Adua (1896) a manos de los etíopes.<sup>7</sup>

En realidad, la intervención militar en Libia resultó sumamente costosa, en parte debido a la enconada resistencia otomana y de la población local contra la agresión italiana. Las fuerzas turcas, comandadas por oficiales competentes como Enver Bey –futuro miembro del triunvirato de los Jóvenes Turcos– y en la que se encuadraban otras figuras notables como un joven Mustafá Kemal, resistieron tenazmente contra los italianos, y muy pronto contaron con la ayuda de la población árabe local, cuya lealtad a sus supuestos «opresores» otomanos resultó ser mayor de lo que habían esperado los invasores italianos.<sup>8</sup> El conflicto se prolongó durante meses, y al final

concluyó con una victoria incompleta para Italia: cuando terminó la guerra, en octubre de 1912, habían muerto en torno a 10.000 soldados italianos, casi el doble de los muertos en la batalla de Adua, y sin embargo Italia sólo controlaba algunas ciudades costeras, y no todo el país, como se pretendía originalmente.<sup>9</sup> Para colmo, después de la firma del tratado de paz con los otomanos, los grupos guerrilleros locales siguieron luchando durante casi dos décadas contra sus nuevos señores coloniales. Hasta 1931 el Ejército italiano no logró controlar del todo sus nuevos territorios del norte de África.<sup>10</sup>

Así pues, Vittorio Orlando podía hacer uso de una larga tradición de expansionismo italiano cuando, en 1918-1919, emprendió una política de imperialismo progresista. La disolución del Imperio austrohúngaro suponía una oportunidad históricamente irrepetible. Para él (y para muchos otros italianos de la época) había llegado el momento de hacer realidad el sueño de Giuseppe Mazzini, Giuseppe Garibaldi y del *Risorgimento*: la consolidación de todos los territorios habitados por los italianos en un Estado nacional unificado, con lo que podrían superarse las profundas fricciones que existían en el seno de la sociedad italiana desde que Roma decidiera entrar en guerra en mayo de 1915.<sup>11</sup>

La entrada de Italia en la guerra, y la decisión de volverse en contra de sus antiguos aliados de la Triple Alianza –Alemania y Austria-Hungría– en favor de la Entente, había sido muy polémica.<sup>12</sup> Creó una de las brechas más duraderas en la sociedad y la política italianas, entre los partidarios de la neutralidad y los que propugnaban una intervención armada en el bando de la Entente.<sup>13</sup> La declaración de guerra de Italia en la primavera de 1915 vino precedida por nueve meses de acalorados (y a veces violentos) debates en los que se formaron todo tipo de alianzas inusitadas. Por ejemplo, los nacionalistas y los demócratas radicales salieron juntos a las calles de las ciudades a manifestarse a favor de la guerra, aunque con propósitos diferentes: los nacionalistas para hacer de Italia una gran potencia de verdad; los demócratas radicales para derrotar al militarismo prusiano. La llamada a las armas fue apoyada por algunos sectores del Partido Socialista, por lo demás partidario de la neutralidad, que no quería verse involucrado en una guerra imperialista y que se tomó más en serio que sus homólogos europeos

la consigna de la solidaridad internacional de la clase trabajadora; y eso dio lugar en noviembre de 1914 a la expulsión del Partido Socialista del sector favorable a la guerra, encabezado por Benito Mussolini.<sup>14</sup> La propaganda «intervencionista» fomentó una elocuente narración que iba a dividir al país durante muchos años: el mito de las «dos Italias» –la una, viril, con la mirada puesta en el futuro, joven, y por consiguiente a favor de la guerra; la otra decadente, anclada en el pasado y cobarde–. Si, desde el punto de vista de los «intervencionistas», la guerra iba a sacar lo mejor de la «verdadera Italia», los que intentaban evitarla debían ser erradicados del cuerpo político nacional.<sup>15</sup>

Por supuesto, Orlando era muy consciente de ello cuando intentó llevar adelante su agenda maximalista en París, al añadir Fiume a la lista de la compra imperial de Italia. Lo que empezó como un ejercicio de política de prestigio para un público nacional, muy pronto adquirió una dinámica propia.<sup>16</sup> Porque Fiume no sólo inspiraba las fantasías de los nacionalistas como Gabriele D’Annunzio, el extravagante guerrero-poeta que fue quien acuñó el término «victoria mutilada», sino también de los que tenían aspiraciones revolucionarias, y que esperaban que el orden burgués y conservador de antes de la guerra fuera sustituido por nuevos valores políticos y sociales de vanguardia.<sup>17</sup>

El Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, que tenía sus propios designios sobre Fiume, manifestó su acérrima oposición a las pretensiones italianas. Belgrado contaba con el respaldo de Woodrow Wilson, aunque por motivos diferentes. En general, Wilson era contrario a la diplomacia secreta, de la que a su juicio un buen ejemplo era el trato que Gran Bretaña y Francia estaban dando a Italia. Además, Wilson dudaba de que Italia tuviera un derecho legítimo a la ciudad sobre la base de la «autodeterminación nacional», ya que, siendo razonables, tan sólo cabía considerar italiana a la mitad de la población, mientras que la otra mitad se identificaba con otros grupos étnicos.<sup>18</sup> Pero los diplomáticos italianos en París no estaban dispuestos a dar marcha atrás, e insistían en que los Aliados cumplieran los términos del Tratado de Londres y *además* aceptaran la reivindicación de Italia sobre Fiume. Wilson, enfurecido ante la negativa italiana a llegar a un compromiso, emitió un comunicado donde apelaba directamente al pueblo

italiano para que renunciara a las reivindicaciones territoriales injustificadas. La referencia elogiosa que hacía Wilson a sus propios Catorce Puntos como «obligaciones sagradas» no contribuyó precisamente a que los italianos aceptaran sus argumentos. Al día siguiente, el 24 de abril, los italianos abandonaron la Conferencia de Paz de París y volvieron a Roma, donde fueron recibidos por manifestaciones antiamericanas a gran escala, mientras que un editorial del periódico *L'Epoca* se preguntaba: «¿Cómo se le ocurriría pensar siquiera durante un instante que, a su antojo, el pueblo italiano iba a alzarse contra su Gobierno y a obligarle a aceptar un programa dictado por un extranjero encerrado en la torre de marfil de sus propias abstracciones?». <sup>19</sup>

El comunicado de Wilson indignó aún más a las fuerzas del nacionalismo extremista italiano que Orlando pretendía aplacar con su insistencia en añadir Fiume a la lista de deseos italiana. Incluso después de la firma del Tratado de Versalles con Alemania en verano de 1919, la cuestión siguió sin resolverse, y supuso un punto de unión para todos los italianos insatisfechos con el acuerdo de paz. Uno de ellos era D'Annunzio, cuyo nombre está indisolublemente ligado al conflicto entre los Aliados por la cuestión de Fiume. D'Annunzio, que fue el poeta italiano más famoso de su época, tenía prestigio nacional e internacional, incluso entre escritores como James Joyce, Marcel Proust y Henry James, que le catalogaba entre los principales escritores del fin de siglo. Además, D'Annunzio participaba en la política, como un portavoz destacado del movimiento irredentista que exigía la inclusión de todos los territorios «italianos» que habían quedado *irredenti* (irredentos) cuando Italia se unificó como Estado nacional durante la segunda mitad del siglo XIX. <sup>20</sup> En 1915, a la edad de 52 años, D'Annunzio había regresado a Italia para alistarse en la guerra contra las Potencias Centrales. <sup>21</sup> Sirvió con distinción durante la guerra, cultivando su prestigio como el gran poeta-guerrero de Italia con numerosas proezas como aviador, entre las que destacan una incursión aérea contra Trieste, controlada por el Imperio austrohúngaro, y el lanzamiento de octavillas propagandísticas sobre Viena. <sup>22</sup>

Después de la guerra, D'Annunzio, como muchos otros veteranos, esperaba que Italia fuera recompensada por sus sacrificios. Pero a raíz del

llamamiento público de Woodrow Wilson a los italianos para que suavizaran sus exigencias territoriales en abril de 1919, en el Ejército se difundió el rumor de que el Gobierno de Roma estaba a punto de ceder a la presión estadounidense. Aquella sospecha se vio ulteriormente reafirmada cuando, el 23 de junio de 1919, el economista Francesco Saverio Nitti, líder del ala radical del Partido Liberal, sustituyó a Orlando como primer ministro tras la destitución de éste.<sup>23</sup> El nombramiento de Nitti fue especialmente bien acogido por las demás delegaciones de las grandes potencias en París, que le consideraban una persona más razonable que Orlando. Pero iban a llevarse una decepción. Ante la presión de la opinión pública, y sobre todo de la derecha, Nitti y su Gobierno se negaron a renunciar a su reivindicación sobre Fiume. Sin embargo, la derecha nacionalista seguía sin estar convencida de que Nitti pudiera zanjar satisfactoriamente la cuestión de Fiume.<sup>24</sup>

Y entonces D'Annunzio decidió actuar. El 11 de septiembre inició su famosa «Marcha sobre Fiume» desde Ronchi dei Legionari (Ronke), a aproximadamente 300 kilómetros de distancia al noroeste. Contaba con menos de doscientos soldados, pero en seguida se le sumaron más. Cuando D'Annunzio llegó a las afueras de Fiume a bordo de un Fiat de color rojo vivo, su ejército había aumentado hasta los 2.000 hombres, en su mayoría antiguos miembros de las tropas de choque, los *arditi*. La guarnición multinacional de los ejércitos aliados que custodiaba la ciudad, formada mayoritariamente por soldados italianos, entregó el poder a D'Annunzio sin disparar ni un solo tiro.<sup>25</sup>

A lo largo de los quince meses siguientes, D'Annunzio gobernó como líder indiscutible (*Duce*) de lo que había pasado a llamarse Regencia de Carnaro, y que contaba con su propia constitución y su propia moneda. El propio D'Annunzio no era un fascista en ningún sentido relevante, y Fiume siempre fue un lugar asombrosamente no violento para los estándares de la época, pero la nueva ciudad-Estado iba a convertirse en un punto de referencia crucial para los nacionalistas italianos.<sup>26</sup> Mussolini, que en un primer momento se mostró cauto respecto a la aventura de Fiume, posteriormente iba a nutrirse profusamente de los experimentos y rituales políticos de D'Annunzio, ya que imitó algunos elementos de su nacionalismo

imperial y secular, y gestos simbólicos (como la Marcha sobre Roma, que en parte se inspiraba en la Marcha sobre Fiume de D'Annunzio).<sup>27</sup>

A lo largo de la existencia de la Regencia de Carnaro, el Gobierno de Roma intentó poner fin al poder de D'Annunzio por el procedimiento de mantener un bloqueo naval contra Fiume. Pero el Gobierno italiano siempre rehusó una ofensiva militar directa contra Fiume, en parte porque temía una probable reacción violenta de los nacionalistas alentada por la simpatía generalizada hacia la insubordinación de D'Annunzio. Roma se decidió a actuar tan sólo en diciembre de 1920, poco después de firmar el Tratado de Rapallo (que convertía a Fiume en un Estado libre). El día de Nochebuena, tras un bombardeo naval italiano, D'Annunzio y sus seguidores rindieron la ciudad. Sin embargo, incluso después de que D'Annunzio se retirara a una villa a orillas del lago de Garda, su legado político subsistió, y Fiume siguió figurando en la agenda de los nacionalistas. Mussolini, que en público ensalzaba la «actitud desafiante» de D'Annunzio, y que imitó su estilo populista, muy pronto revocó algunos puntos del Tratado de Rapallo, y la ciudad volvió a formar parte de Italia desde septiembre de 1923 en adelante.<sup>28</sup>

## De Esmirna a Lausana

Las ambiciones imperiales de Italia a partir de 1918 fueron más allá de Fiume. El Tratado de Londres de 1915 hacía vagas promesas de que a Italia le correspondería una «justa parte» del Imperio otomano en caso de que se desmembrara al final de la guerra. A principios de mayo de 1919, para dejar claro que aquellas promesas no habían caído en el olvido, un contingente de tropas italianas desembarcó en los puertos de Adalia (Antalya) y Marmaris, en Anatolia Meridional, sin que Italia lo hubiera consultado previamente con sus aliados. En París también corrían rumores de que unos buques de guerra italianos se aproximaban a Esmirna, el puerto de la costa occidental de Anatolia, con una importante población cristiana, y que también reclamaba Grecia.<sup>1</sup>

El 6 de mayo, Lloyd George sugirió que a fin de poner fin a las aspiraciones imperiales de Italia en Asia Menor, había que permitir que Grecia ocupara Esmirna y sus alrededores. Incluso Woodrow Wilson, que normalmente se oponía a las anexiones imperialistas, aprobó la idea, aunque sólo fuera para poner en su sitio al Gobierno italiano, que le resultaba cada vez más molesto. Entonces Lloyd George convocó al primer ministro griego, Eleftherios Venizelos, y le pidió que se preparara para un desembarco en Esmirna.<sup>2</sup> Venizelos parecía una opción acertada para el papel de restablecer un Imperio bizantino estrechamente vinculado a Londres. Había nacido en 1864 en Creta, que pertenecía al Imperio otomano, en el seno de una adinerada familia de comerciantes que se había visto obligada a huir a Grecia a raíz de la participación de su padre en la insurrección cretense de 1886. Había estudiado Derecho, era primer ministro desde 1910, fundador del

Partido Liberal, y desde 1914 había defendido que su país se uniera al bando de los Aliados. Esa convicción le puso en conflicto directo con su rey, Constantino I. Constantino era un germanófilo que de joven fue a estudiar unos años en Alemania. Estaba casado con Sofía de Prusia, hermana del káiser Guillermo II, quien le concedió el rango honorífico de mariscal de campo del Ejército alemán. Aunque no ocultaba su afecto por Alemania, Constantino abogó por la neutralidad de su país cuando comenzaron las hostilidades en 1914. Sin embargo, haciendo caso omiso de los deseos de su rey, Venizelos invitó a los gobiernos británico y francés a enviar tropas al puerto de Salónica (Thessaloniki), recién recuperado por Grecia de manos del Imperio otomano. Ello dio lugar a la destitución de Venizelos y, a principios de 1916, el rey concedió permiso a las fuerzas alemanas y búlgaras para entrar en Macedonia Oriental y en Tracia.<sup>3</sup>

Venizelos y sus seguidores se quedaron horrorizados, y airearon públicamente su enfado ante la actitud proalemana del rey durante un mitin masivo que se celebró en Atenas el 16 de agosto de 1916. En última instancia, la confrontación entre Constantino y Venizelos dio lugar a la formación de dos gobiernos rivales, de modo que en agosto de 1916 Atenas y Salónica se convirtieron en las respectivas capitales de una Grecia dividida de facto en dos partes. Al final, Venizelos fue el vencedor de la lucha de poder, cuando los Aliados impusieron un bloqueo naval punitivo contra el sur de Grecia, lo que provocó grandes penurias económicas entre la población civil. Constantino acabó cediendo a la presión externa en junio de 1917 y abdicó en su hijo, Alejandro, que había sido el heredero designado por los Aliados debido a su postura prooccidental. El acceso al trono de Alejandro allanó el camino para el regreso de Venizelos a Atenas y para la plena participación militar de Grecia en la guerra contra las Potencias Centrales. Ahora, tras la victoria contra las Potencias Centrales, Venizelos esperaba ser recompensado por su apoyo a la causa aliada. Lloyd George le aseguró en París que los demás estados vencedores no se opondrían a la conquista de Esmirna por Grecia. Así pues, el primer ministro griego tenía sobrados motivos para creer que disfrutaba de un apoyo incondicional del Gobierno británico en esa cuestión. Sin embargo, Venizelos desoyó las severas advertencias del

mariscal de campo Henry Wilson, que también asistía a la reunión, en el sentido de que la ocupación de Esmirna iba a provocar otra guerra con un desenlace incierto, ya que el Ejército turco estaba derrotado pero no totalmente destruido. Esa evaluación fue secundada por lord Curzon, la mano derecha de Arthur Balfour en el Foreign Office, que envió varios memorandos donde advertía al primer ministro griego de que no subestimara la capacidad de las tropas turcas para volver a mobilizarse contra una amenaza exterior.<sup>4</sup>

Wilson y lord Curzon no fueron los únicos estrategas de máximo rango que se opusieron enérgicamente a la idea de que los griegos ocuparan Esmirna. A principios de 1915, cuando Venizelos contempló por primera vez la idea de unirse a la Entente a cambio de grandes beneficios territoriales en Anatolia, buscó el consejo del coronel Ioannis Metaxas, uno de los cerebros militares que estuvieron detrás del éxito de Grecia en la primera guerra balcánica de 1912, y futuro dictador militar del país entre 1936 y 1941. La respuesta de Metaxas no fue la que Venizelos se esperaba. El militar subrayó que las áreas costeras habitadas por los griegos otomanos no eran fáciles de defender. El área de ocupación que se contemplaba contenía un gran número de musulmanes, que podían alzarse en contra del dominio extranjero, mientras que los fértiles valles de Anatolia Occidental eran peligrosamente vulnerables a cualquier contraataque turco desde el interior de la península. Cualquier invasión podía fácilmente degenerar en algo parecido a la desastrosa campaña de Napoleón en Rusia, dado que sin duda los defensores turcos intentarían atraer a sus atacantes hacia el interior de Anatolia Central, con su clima extremo, tanto en invierno como en verano.<sup>5</sup>

Venizelos optó por ignorar todas aquellas advertencias. Al igual que todos los que en 1918 estaban en el bando ganador, el primer ministro griego parecía poseído por la sensación de una oportunidad histórica irrepetible. A pesar de que normalmente era un político realista, Venizelos debía de sentir que el restablecimiento de un imperio griego mediterráneo estaba por fin a su alcance. La *Mégali Idea* –la «Gran Idea» de una expansión territorial de Grecia por Asia Menor, que lograra reunificar la parte continental con las distintas poblaciones irredentistas bajo el dominio otomano– había sido un

destacado tema recurrente en el discurso político griego desde la revolución de 1843, que había llevado al establecimiento de una monarquía constitucional independiente. Desde entonces, la constante expansión de las fronteras de Grecia y la gradual asimilación en el Estado nacional de las minorías griegas previamente irredentistas, habían generado enormes expectativas para la futura inclusión de la considerable minoría ortodoxa que existía en el Imperio otomano, concentrada sobre todo a lo largo del litoral de Anatolia Occidental y Septentrional y zonas adyacentes del interior, así como en el Ponto, en la costa meridional del mar Negro. La comunidad griega ortodoxa, con unas raíces que se remontaban a la época bizantina, se había expandido sensiblemente durante el siglo XIX, cuando el boom económico de Esmirna y sus alrededores atrajo a un gran número de inmigrantes pobres desde Grecia continental y las islas del Egeo oriental. Aunque esa tendencia se había invertido debido a las crecientes tensiones entre comunidades tras la primera guerra balcánica de 1912, en 1914 la población griega ortodoxa de Esmirna todavía ascendía a 200.000 personas de una población total de 350.000.<sup>6</sup> Los griegos del Ponto también formaban una considerable comunidad, sobre todo en las ciudades de Sampson (Samsun) y Trapezous (Trebisonda), a orillas del mar Negro, y sus alrededores, pero nunca llegaron a constituir una mayoría en la región, de población predominantemente musulmana.<sup>7</sup> Según las estadísticas oficiales del Imperio otomano, la población cristiana del Ponto se cifraba en 530.000 personas, mientras que el número de habitantes musulmanes ascendía a poco menos de un millón.<sup>8</sup>

Tan sólo una semana después de la fatídica conversación de Venizelos con Lloyd George, el 15 de mayo, las tropas invasoras griegas llegaron en barco a Esmirna, provocando el entusiasmo de la población cristiana y la indignación de los musulmanes, algunos de los cuales fundaron espontáneamente el Comité Nacional de Rechazo a la Anexión (*Redd-i İlhak Heyt-i Milliyesi*), que hizo un llamamiento a la población turca para que se resistieran a los invasores.<sup>9</sup>

Las tensiones no tardaron en estallar de forma violenta. En el momento en que las tropas griegas desembarcaban y entraban en la ciudad, un refugiado turco procedente de Salónica, Hasán Tahsin, que había prestado servicio en la

«Organización Especial» del CUP, realizó un disparo contra ellas.<sup>10</sup> Las tropas griegas respondieron tomando al asalto el vecino cuartel del Ejército turco, arrestando a los soldados que había en su interior, y obligándoles a desfilar hacia el puerto –una procesión durante la cual los detenidos «fueron sometidos a un sinfín de humillaciones», como recordaba un empresario británico con base en Esmirna–.<sup>11</sup> Uno de los detenidos, que se salió de la fila, fue liquidado a golpes de bayoneta, y a aquel asesinato lo siguieron muchos otros. Unos oficiales británicos que se encontraban en el puerto informaron de que habían presenciado cómo arrojaban al mar los varios cadáveres de turcos asesinados. Los matones griegos de la localidad, y las bandas de nacionalistas siguieron la pauta de la conducta de los soldados. Rememorando la represión de los cristianos otomanos durante la guerra, iniciaron un motín en el barrio turco, asesinando, mutilando, saqueando y violando a discreción. En medio de un caos que duró todo el día, fueron asesinados entre trescientos y cuatrocientos civiles y soldados musulmanes. Las tropas griegas tan sólo sufrieron dos bajas.<sup>12</sup>

A pesar de la imposición de la ley marcial y el llamamiento público que hizo el comandante militar griego «a respetar la libertad personal y las creencias religiosas de vuestros compatriotas (musulmanes)», la violencia prosiguió con toda su furia, sobre todo en las áreas rurales de la península de Erythraia, donde, durante la guerra, habían sido deportados muchos habitantes cristianos de la región.<sup>13</sup> Como detallaba en su diario un cristiano de la localidad cercana de Vourla (Urla), él y sus compatriotas griegos «nos lanzamos en tropel sobre los pueblos turcos de los alrededores de Vourla y empezamos a saquearlos», para después prender fuego a algunos de ellos.<sup>14</sup> Las atrocidades de Esmirna y de la zona del interior ocupada por los griegos suscitó una grave preocupación entre los Aliados ante la posibilidad de una espiral de violencia y represalia. «Los sucesos de Esmirna –según informaba a sus superiores en París un general aliado desde Anatolia–, indudablemente han restado valor a las vidas de todos los cristianos en Turquía, pues allí los turcos consideran que el desembarco de los griegos es una violación deliberada de los términos de su armisticio por parte de los Aliados, y el

probable precursor de nuevas agresiones injustificadas.»<sup>15</sup>

Venizelos, preocupado por la posibilidad de que los Aliados retiraran su apoyo a la anexión de Esmirna por los griegos, ordenó a Aristeidis Stergiadis, recién nombrado alto comisionado de Esmirna, que restableciera el orden. Stergiadis llegó a la ciudad tan sólo cuatro días después de los desembarcos de mediados de mayo, y de inmediato formó consejo de guerra con algunos de los responsables de las atrocidades cometidas contra los musulmanes. Aunque el prestigio de Stergiadis en Grecia sigue empañado hasta el día de hoy por haber huido de la ciudad un día antes de que el Ejército turco reconquistara Esmirna en 1922, su hoja de servicios en lo que respecta al mantenimiento de una administración equilibrada durante los tres años anteriores fue encomiable. A lo largo de su mandato como alto comisionado, Stergiadis intentó asegurarse de que no se tratara a los habitantes musulmanes de la ciudad como ciudadanos de segunda categoría. Por ejemplo, se resistió a las presiones de la Iglesia ortodoxa y del Consejo de Ancianos de Esmirna para que promulgara leyes antimusulmanas, insistió en la igualdad ante la ley, y mantuvo a los empleados musulmanes en los puestos inferiores de la administración.<sup>16</sup>

Sin embargo, mientras que la situación en Esmirna se estabilizó bastante tras la llegada de Stergiadis, la situación se agravó en la región circundante cuando las tropas griegas intentaron hacerse con el control del interior. A lo largo de todo el verano de 1919, los Aliados estuvieron recibiendo reiterados informes sobre las atrocidades contra los civiles cometidas por los soldados griegos y las milicias irregulares turcas, y de asesinatos y violaciones generalizados, sobre todo durante la batalla de Aidini (Aydin) en junio y julio de 1919, cuando la ciudad cambió de manos varias veces. Poco después de la conquista inicial de Aidini por los griegos, las milicias irregulares turcas (*çete*) organizaron un contraataque concertado, obligando a los griegos a retirarse, momento que aprovecharon para prender fuego al barrio turco y masacrar a un gran número de musulmanes.<sup>17</sup> Los turcos les pagaron con la misma moneda, asesinando civiles cristianos e incendiando el barrio griego.<sup>18</sup> La posterior reconquista de la ciudad por un ejército griego dio lugar un nuevo ciclo de violencia y de represalias. Como recordaba un

soldado griego:

Rodeamos la ciudad, y cuanto más nos acercábamos más oíamos los gritos y el ruido de los fusiles y las granadas. Era un infierno. El ejército irregular turco se batía en retirada, pero los *çete* seguían allí y estaban masacrando, saqueando y torturando a los griegos y a los armenios, y estaban haciendo redadas de mujeres para sus harenes. [...] En un barrio griego habían masacrado familias enteras en sus casas, con niños y todo. Habían desgarrado las banderas griegas y defecado sobre ellas. Sus mástiles se los habían introducido por el trasero a varios cadáveres. Los pozos estaban repletos de cuerpos. [...] Entonces comenzaron las represalias –incendiaban las mezquitas, prendían fuego a las barbas de los *hodjas* [maestros]; les bajaban los pantalones y les pegaban tiros en las nalgas. [...] Un sacerdote salió a la calle empuñando un sable y sacrificando a todo el que encontraba en su camino como si fueran ovejas. Los turcos habían asesinado a su esposa y a una de sus hijas. [...] No dejó a nadie vivo, ni a un perro siquiera...<sup>19</sup>

Una comisión de investigación internacional especial, creada en julio de 1919 para examinar las acusaciones de los turcos contra las atrocidades cometidas por los griegos, y formada por oficiales de alto rango de los ejércitos británico, francés, italiano y estadounidense confirmó muchas de ellas. Achacaba la culpa a los griegos mucho más que a los turcos, con lo que socavó el apoyo internacional a la intervención griega.<sup>20</sup> Al mismo tiempo, las atrocidades de los griegos en Asia Menor catalizaron y unificaron la resistencia griega, que anteriormente estaba fragmentada y localizada, y que actuaba de una forma cada vez más independiente del denostado Gobierno del sultán en Constantinopla. La aparente incapacidad y renuencia del Gobierno a la hora de defender militarmente las costas de Anatolia dio a los más destacados oficiales nacionalistas un buen motivo para volver a su vida marcial. La lucha contra los griegos a lo largo de la costa del Egeo les brindaba por fin una oportunidad de dejar atrás los dolorosos recuerdos de la derrota en la guerra con una victoria en aquel conflicto, en nombre de una renacida nación «musulmana y turca».<sup>21</sup>

Tan sólo cuatro días después de la ocupación de Esmirna por los griegos, el futuro líder de la resistencia turca, Mustafá Kemal, había llegado en barco

al puerto de Samsun, en el mar Negro, oficialmente en calidad de inspector militar al servicio del sultán. Sus verdaderas intenciones eran otras, ya que Kemal esperaba aglutinar la resistencia nacionalista turca contra la invasión griega. Las generaciones posteriores de Turquía iban a celebrar el día de la llegada de Kemal a Samsun como el Día de Conmemoración de Atatürk (que alude a su título honorífico de «Atatürk», es decir «Padre de los Turcos», que le fue otorgado en 1934).

Kemal no era una figura precisamente desconocida en su país en aquel momento. Antes de 1914, muy poca gente había oído hablar del joven oficial, natural de Salónica, a la sazón otomana, pero la Gran Guerra le había convertido en un héroe nacional.<sup>22</sup> Su fama se basaba en el papel crucial que había desempeñado en la defensa del Imperio en abril de 1915, cuando los Aliados iniciaron su malhadado desembarco en las costas de la península de Galípoli.<sup>23</sup> El día en que los primeros soldados aliados desembarcaron en el árido terreno de la península, en un primer momento, las tropas otomanas se retiraron en desbandada. Al observar cómo los soldados, presa del pánico, corrían en tropel hacia el interior, Kemal abandonó su puesto de mando en un sector adyacente del frente y encabezó el regreso de sus tropas a la refriega. Su audaz contraofensiva detuvo la ofensiva de los Aliados, y dio pie a un sangriento impasse que duró varios meses, y que en última instancia dejó un saldo de más de 360.000 muertos entre ambos bandos.<sup>24</sup>

El crucial papel de Kemal en la defensa de Galípoli no pasó inadvertido, y ascendió hasta el rango de general de brigada y comandante del 7.º Ejército en Siria al final de la Gran Guerra. Aunque su ejército sufrió una derrota aplastante a manos de la ofensiva aliada a mediados de septiembre de 1918, todo el mundo le atribuía el mérito de la victoria otomana en Galípoli. A ojos de sus admiradores, Kemal había salvado de nuevo al imperio el año siguiente, cuando repelió una ofensiva rusa contra Anatolia Oriental en agosto de 1916. Muchos de sus compatriotas compartían esa idea, incluso los que no habían apoyado el régimen del Comité de Unidad y Progreso (CUP) durante la guerra. Lo que ayudó a Kemal a conseguir una popularidad generalizada fue que la gente no lo relacionaba demasiado con los líderes del CUP, un partido ya desacreditado. Aunque fue miembro del CUP y durante la

posguerra promovía una visión de un Estado nacional turco que era totalmente compatible con las aspiraciones de los Jóvenes Turcos, Kemal se había mantenido al margen de la política, y no había desempeñado ningún papel en los desastres militares ni en las masacres de civiles cometidos por los líderes del CUP a partir de 1914.<sup>25</sup>

Cuando regresó a Constantinopla a finales de noviembre de 1918, Kemal encontró la capital de su patria totalmente cambiada. La ocupación de Anatolia por la Entente había comenzado durante el mes posterior al armisticio, y se establecieron pequeñas guarniciones en Constantinopla. En vez de desembarcar un gran número de tropas, los vencedores de la guerra enviaron una flotilla de 55 buques de guerra británicos, franceses, italianos y griegos a través del estrecho del Bósforo. La clara connotación de la presencia de aquellos buques era que cualquier incumplimiento de los términos del armisticio tendría como consecuencia un intenso bombardeo naval. Para gran indignación de muchos musulmanes otomanos, la flota había sido recibida con entusiasmo por grandes multitudes de cristianos ortodoxos, sobre todo la llegada del buque insignia griego *Georgios Averof*.<sup>26</sup>

Mientras tanto, tras la huida de la capital de los principales políticos del CUP, el liderazgo político había pasado a manos del nuevo Gobierno del sultán, encabezado por los archienemigos progresistas del CUP, el Partido de la Libertad y el Acuerdo, que gobernó el imperio durante el periodo del armisticio (1918-1923) y revocó muchas políticas del CUP, sobre todo al animar a los deportados armenios y kurdos a que volvieran a casa en un intento, en última instancia fallido, de resucitar el otomanismo. Kemal y muchos otros nacionalistas estaban convencidos de que el Gobierno del sultán no estaba haciendo nada para impedir el desmantelamiento violento del núcleo turco del Imperio otomano. El desembarco, en gran medida sin oposición, de las tropas griegas en Esmirna, y la falta de respuesta del Gobierno a la amenaza simultánea de las reivindicaciones de independencia de los armenios y los kurdos en Anatolia Oriental tan sólo parecían confirmar tales sentimientos.

Al mismo tiempo, sin embargo, la resistencia nacionalista seguía estando enormemente fragmentada a finales de la primavera de 1919. Los caudillos

locales, las antiguas milicias paramilitares de los Jóvenes Turcos de la «Organización Especial» de los tiempos de guerra, los oficiales otomanos desmovilizados, los «bandidos sociales», los delincuentes profesionales y otros componían los grupos nacionales de resistencia, descentralizados, que actuaban localmente, y que gracias a su conocimiento del terreno local y al apoyo de la población local musulmana eran capaces de infligir graves daños a los invasores griegos.<sup>27</sup> En ese contexto fue donde Kemal demostró su indiscutible talento para la organización y el establecimiento de redes. Nada más llegar a Samsun se puso en contacto con sus antiguos camaradas, que a la sazón comandaban los restos del Ejército otomano en Anatolia Oriental y Septentrional, asistiendo a las reuniones organizadas por los nacionalistas locales, apoyando la actividad de los bandoleros musulmanes, y emitiendo comunicados donde se criticaba públicamente al Gobierno del sultán.<sup>28</sup>

A medida que empezaron a llegar a Constantinopla las noticias de las actividades de Kemal, los británicos presionaron al Gobierno del sultán para que lo relevara. El 23 de junio de 1919, cuando recibió la orden de regresar a Constantinopla, Kemal dimitió de su cargo, y en vez de obedecer convocó un congreso de los grupos nacionalistas en Erzurum, que se reunió el 23 de julio (coincidiendo, no precisamente por casualidad, con el undécimo aniversario de la Revolución de los Jóvenes Turcos de 1908).<sup>29</sup> El abismo entre el movimiento nacional de resistencia y el Gobierno del sultán en Constantinopla ya era insalvable. Cuando se convocaron las elecciones generales para un nuevo Parlamento otomano a finales de 1919, el movimiento para la Defensa de los Derechos Nacionales de Kemal consiguió una victoria arrolladora. En enero de 1920, el nuevo Parlamento otomano aprobó una audaz resolución que suponía un desafío tanto a los Aliados victoriosos como al Gobierno del sultán: el denominado «Pacto Nacional» (*Misak-i Milli*). El Pacto Nacional estipulaba que Anatolia y Tracia Oriental formaban la patria indiscutible de todos los turcos musulmanes. Por añadidura, el Pacto Nacional exigía la celebración de plebiscitos en todos los antiguos territorios otomanos para determinar si querían seguir formando parte del imperio o no.<sup>30</sup>

Ningún otro parlamento de los estados derrotados en la Gran Guerra

había formulado su política revisionista en unos términos tan enérgicos, y ello dio lugar a que en marzo de 1920 los británicos ocuparan Constantinopla y detuvieran a un buen número de importantes parlamentarios nacionalistas. El sultán disolvió el Parlamento. Sin embargo, Kemal no se plegó ante semejante presión y por el contrario trasladó el Parlamento a una nueva capital, Ankara, a una cómoda distancia de las tropas aliadas y de los buques de la Armada. Además, detuvo a todos los militares de los ejércitos aliados que se encontraban en el territorio controlado por él, entre ellos el teniente coronel Alfred Rawlinson, que había sido enviado a Anatolia por lord Curzon en misión secreta para sondear qué términos de paz podía estar dispuesto a aceptar Kemal.<sup>31</sup>

Aún más importante para el fomento del sentimiento nacionalista que la ocupación de Constantinopla fue la firma del draconiano Tratado de Sèvres el 10 de agosto de 1920. En este último tratado de la Conferencia de Paz de París, los representantes del Gobierno del sultán, ya muy aislado, accedían a ceder a los griegos, los armenios y los kurdos una parte sustancial de los territorios reivindicados en el «Pacto Nacional» de Kemal, al tiempo que consentía la presencia de esferas de influencia y dominación de las potencias extranjeras en gran parte del resto del país.<sup>32</sup> Además, la Turquía postimperial iba a perder el control de sus finanzas. Según el artículo 231 del tratado, Turquía había provocado «pérdidas y sacrificios de todo tipo, por los que debería llevar a cabo una reparación completa». Al igual que en la cláusula de la *Kriegsschuld* alemana, los Aliados eran conscientes de que pagar ese tipo de reparaciones estaba mucho más allá de la capacidad de la Turquía postimperial, sobre todo teniendo en cuenta la pérdida de sus territorios de habla árabe. Por consiguiente, el tratado establecía una Comisión Financiera formada por un representante de Francia, otro del Imperio británico y otro de Italia, con un representante turco en calidad de asesor. Aquella comisión tenía amplísimos poderes, como por ejemplo el control total sobre los presupuestos del Estado y autoridad sobre los futuros préstamos al Gobierno. Ninguna otra de las Potencias Centrales derrotadas tuvo que someterse a una merma tan grande de su soberanía, y para los nacionalistas turcos ello no hacía sino prolongar de una forma aún más

extrema la humillante injerencia europea en los asuntos del Imperio otomano a lo largo de todo el siglo XIX.<sup>33</sup>

La sobrecogedora perspectiva de un ulterior desmembramiento territorial y de décadas de servidumbre por deudas supuso un importante impulso para los nacionalistas turcos del entorno de Kemal, pues el Parlamento nacionalista de Ankara rechazaba tanto los términos del Tratado de Sèvres como la pretensión del Gobierno del sultán de representar a la nación turca.<sup>34</sup> Desafiando la idea de que se había firmado la paz, Kemal y sus hombres sencillamente siguieron luchando. En septiembre de 1920, menos de un mes después de que el Tratado de Sèvres prometiera una Armenia independiente que incluía una parte de Turquía, las fuerzas de Kemal atacaron desde el sur. A pesar de su feroz resistencia, los armenios se vieron obligados a retroceder gradualmente, y no tuvieron más remedio que rendirse el 17 de noviembre.<sup>35</sup>

Al mismo tiempo, y con una asombrosa habilidad, Kemal logró superar el aislamiento político de su país al conseguir la ayuda del Gobierno de Moscú, que también carecía de amigos. Aunque tenía escasa simpatía por el comunismo, Kemal fue lo bastante astuto como para darse cuenta de que los bolcheviques eran los enemigos de su enemigo: Gran Bretaña. Era consciente de que tan sólo las pequeñas repúblicas que habían declarado su independencia en 1918 –Armenia, Georgia y Azerbaiyán –impedían que los turcos y los bolcheviques conectaran para formar un frente común contra la agresión de Occidente. Los bolcheviques respondieron entusiasmados. Las negociaciones con el nuevo Comisario para las Nacionalidades de los bolcheviques, el joven Iósif Stalin, desembocaron en el Tratado de Moscú, firmado entre los nacionalistas turcos y el Gobierno soviético en marzo de 1921. Conforme a sus disposiciones, el territorio de la efímera República de Armenia independiente, proclamada durante la primavera de 1918, debía repartirse entre Turquía y la Unión Soviética. Además, Moscú reconocía las nuevas fronteras de Turquía que incluían las provincias de Kars y Ardahan. Por añadidura, los rusos se comprometían en secreto a aportar diez millones de rublos oro, así como el armamento y la munición suficientes como para equipar a dos divisiones, a fin de ayudar al Gobierno nacionalista a luchar contra el imperialismo occidental y contra los invasores griegos.<sup>36</sup>

También en Anatolia Suroriental –ocupada por las tropas francesas desde diciembre de 1918– Kemal optó por una solución militar.<sup>37</sup> A principios de 1920, sus tropas ganaron varias batallas decisivas contra la Legión armenia francesa y otros contingentes coloniales menores en las ciudades sureñas de Maraş, Anteb y Urfa. Cuando los franceses optaron por retirarse de Maraş, abandonando a su suerte a su población armenia, las tropas turcas entraron en la ciudad y masacraron a 10.000 armenios aproximadamente.<sup>38</sup> La retirada francesa se prolongó al lo largo de aquel año, pero a finales de 1920 el Ejército sur de Kemal controlaba la mayor parte de la región, lo que llevó al Gobierno francés a acordar una retirada completa de sus tropas el año siguiente.<sup>39</sup>

Así pues, a principios de 1921 Mustafá Kemal había logrado transformar un conflicto militar en distintos frentes en una más manejable guerra contra los griegos en Anatolia Occidental. Un intento de los británicos de negociar con el Gobierno de Ankara en la Conferencia de Londres durante la primavera de 1921 fracasó, lo que llevó a Lloyd George a instigar una nueva ofensiva griega en Anatolia, con la pretensión explícita de derrocar el Gobierno rival de Kemal en Ankara. Si bien el éxito inicial de aquella campaña llevó a los griegos a internarse 400 kilómetros tierra adentro, no fueron capaces de lograr una victoria decisiva. Cuando las fuerzas griegas, superiores en número, intentaron tomar Ankara, los defensores, ahora bajo el mando personal de Mustafá Kemal, se mantuvieron firmes. A pesar del pasmoso número de bajas, incluido el 80 % del cuerpo de oficiales, las tropas turcas siguieron luchando con enconada resistencia, obligando a los griegos a retirarse al cabo de tres sangrientas semanas de matanzas durante el mes de septiembre de 1921, y a formar una línea defensiva propia al oeste del río Sakarya. Se creó un impasse que duró casi un año.<sup>40</sup>

Para entonces, en Grecia el frente interior ya no estaba inequívocamente a favor de la guerra. Inicialmente, la mayor parte de la campaña griega se había financiado con préstamos de los Aliados, pero debido a la creciente duración del conflicto Atenas tuvo que recurrir a aumentar los impuestos y a una política monetaria inflacionista para pagar la guerra. Los costes directos de la guerra ya eran responsables del 56 % del gasto del Gobierno, mientras que la

emisión de dinero extra provocó una drástica inflación, por la que el precio de los productos alimentarios básicos se incrementó en casi un 600 % en comparación con 1914.<sup>41</sup> La creciente decepción con Venizelos había provocado una derrota aplastante de su Partido Liberal en las elecciones generales de noviembre de 1920, lo que dio lugar al regreso del rey Constantino de su exilio, y a la desaparición temporal de Venizelos de la política. En contra de las promesas preelectorales de poner fin a la campaña en Asia Menor, el nuevo Gobierno, encabezado por el primer ministro Dimitrios Gounaris respondió a la negativa a negociar de Turquía en primavera de 1921 con una intensificación de los combates. El 11 de junio (29 de mayo según el calendario juliano, el día del aniversario enormemente simbólico de la caída de Constantinopla a manos de las fuerzas islámicas en 1453), el rey y su primer ministro zarparon con rumbo a Esmirna, donde estaba previsto que Constantino asumiera el mando supremo de su ejército. En Grecia, los partidarios de la «Gran Idea» tenían grandes esperanzas puestas en Constantino, que tenía el mismo nombre que el último emperador bizantino (Constantino XI Paleólogo), y al que a menudo llamaban «Constantino XII». Sin embargo, en contra de las grandes esperanzas que la gente había puesto en él, la presencia del rey en Asia Menor tuvo un escaso efecto en el desenlace de la campaña militar. A finales de 1921, cuando Constantino regresó a Atenas, sus tropas no habían sido capaces de lograr una victoria decisiva.

Por el contrario, los frustrados soldados griegos desfogaban su ira contra los civiles musulmanes en actos cada vez más sistemáticos de limpieza étnica. Una investigación de Cruz Roja Internacional en 1921 descubrió que:

[...] algunos elementos del Ejército griego de ocupación han sido empleados en el exterminio de la población musulmana. [...] Los hechos comprobados —la quema de pueblos, las masacres, el terror de los habitantes, las coincidencias de lugares y fechas— no dejan lugar a dudas al respecto. Las atrocidades que hemos visto, o de las que hemos visto pruebas materiales, eran obra de bandas irregulares de civiles armados (*tcheti*) y de unidades organizadas del Ejército regular. No hemos tenido conocimiento de casos en que se haya impedido o castigado este tipo de delitos por el mando militar.

En vez de desarmarlas y disolverlas, se ha prestado ayuda a esas bandas en sus actividades y se ha colaborado codo con codo con las unidades organizadas de regulares.<sup>42</sup>

Al mismo tiempo que Cruz Roja informaba sobre el arrasamiento de las aldeas musulmanas de la península de Izmit, los paramilitares musulmanes llevaban a cabo matanzas de represalia en la región del Ponto, a orillas del mar Negro, no ocupada por las tropas aliadas. Allí, las atrocidades contra la población griega habían sido instigadas por los imprudentes bombardeos navales del Ejército griego contra Trebisonda y Samsun a principios de agosto de 1921, un ataque que intensificó los temores de Turquía a que se abriera un segundo frente griego. Como respuesta, los kemalistas decidieron despejar la región de cristianos, a los que se consideraba «poco fiables». Las unidades de milicianos a las órdenes del tristemente célebre caudillo *Topal* Osman se abatieron sobre los pueblos del litoral habitados por griegos, asesinando a aproximadamente 11.000 personas.<sup>43</sup>

Osman era un voluntario veterano de las guerras balcánicas, durante las que resultó herido (lo que le valió el apodo de *Topal* –«el cojo»– Osman). Durante la Gran Guerra desempeñó un papel crucial en la «Organización Especial» del CUP, y fue el responsable directo de la muerte de incontables armenios. El conflicto de la posguerra en la región les brindó a él y a sus hombres la oportunidad de seguir adelante con sus operaciones de limpieza étnica. Como recordaba un superviviente griego del Ponto, en 1921 Osman y sus hombres, armados con fusiles y hachas, atacaron su pueblo. «Congregaron a la gente en medio del pueblo. Apartaron a los niños. Los desnudaron y los arrojaron a los pozos. Después les arrojaron piedras encima. Los pozos gemían. Llenaron la iglesia, el colegio y las cuerdas con los ancianos y les prendieron fuego.»<sup>44</sup> En otros lugares de la región, unidades especiales a las órdenes del comandante Emin y del coronel Kemal Bey cometieron atrocidades parecidas, en particular en Bafra, en julio de 1921.<sup>45</sup>

Aunque el Gobierno de Ankara ordenó expresamente que «cesaran las matanzas» y que sus partidarios se centraran por el contrario en las deportaciones (no homicidas), la violencia prosiguió con toda su furia durante

varias semanas.<sup>46</sup> En un informe de la época, el Comité para el Socorro en Oriente Próximo suponía que de los 30.000 deportados del Ponto, aproximadamente 8.000 fallecieron a consecuencia del maltrato.<sup>47</sup> Las guerrillas griegas, formadas entre las comunidades de la zona, respondieron de la misma forma, ocultándose en las montañas y asaltando a menudo los pueblos, donde asesinaban a los civiles musulmanes.<sup>48</sup> A medida que se fortalecía la resistencia de los griegos y aumentaban las bajas entre los turcos, se acordó una tregua que permitió el tránsito seguro de los griegos del Ponto hasta los puertos, desde los que zarparon con rumbo a Grecia, poniendo fin a una comunidad que llevaba existiendo en la región del mar Negro desde por lo menos 700 a. C.<sup>49</sup>

Mientras tanto, en Atenas y en Esmirna, los estrategas militares griegos estaban de acuerdo en que era preciso concluir rápidamente la expedición en Anatolia si se pretendía coronarla con éxito. Aunque a finales de 1921 el Ejército griego controlaba amplias zonas del territorio –el triángulo formado por las ciudades de Esmirna, Eskişehir y Afyonkarahisar– las líneas de abastecimiento ya se extendían a lo largo de cientos de kilómetros de tierra baldía. Por añadidura, la zona ocupada era imposible de defender tanto de las incursiones del Ejército turco regular como de los ataques de los irregulares insurgentes. Y lo que era aún peor, la incapacidad de los jefes militares de asestar un golpe decisivo contra las tropas de Kemal dio lugar a una rápida desmoralización entre la tropa griega. Como anotaba sucintamente en su diario uno de aquellos soldados durante el impasse militar entre el verano de 1921 y agosto de 1922: «En vez de tomar Ankara, lo que estamos haciendo es cavar nuestras propias tumbas en Anatolia».<sup>50</sup>

Mientras los generales griegos seguían planteándose cómo derrotar a los turcos, Kemal logró aislar aún más a los griegos desde el punto de vista político. En marzo de 1921, y de nuevo en octubre de aquel año, se firmaron sendos tratados de paz entre el Gobierno de París y el Movimiento Nacional turco, poniendo fin al conflicto de Cilicia, lo que permitió a Kemal trasladar aproximadamente a 80.000 soldados desde Cilicia para luchar contra los invasores griegos.<sup>51</sup> La retirada de facto de Francia de Anatolia significaba

que Atenas ya no podía contar con un apoyo inequívoco de los Aliados occidentales. Aunque Gran Bretaña seguía enviando alentadoras palabras de ánimo a Atenas, dejó de suministrarle cualquier tipo de apoyo material. Así pues, a principios de 1922, los avatares de la guerra se estaban volviendo poco a poco en contra de Grecia. Aunque Atenas todavía disponía de una considerable fuerza de combate de 177.000 soldados en Anatolia, carecía de la voluntad y de los medios para proseguir con la guerra durante mucho más tiempo.<sup>52</sup>

El Ejército de Kemal, reforzado con tropas de refresco procedentes de Anatolia Meridional y Oriental, con armamento soviético y con nuevos reclutas alistados mediante una movilización general, atacó el 26 de agosto de 1922. Cuatro días después, las defensas griegas de los alrededores de Afyon (Afyonkarahisar) se vinieron abajo tras los constantes ataques turcos con sus más de 260 piezas de artillería, su infantería y su caballería. Cundió el caos después de que Georgios Hatzanestis, el incompetente comandante de las fuerzas griegas en Asia Menor, al verse incapaz de establecer una nueva posición defensiva, insistiera en dar órdenes a sus tropas, dispersas y al límite de sus posibilidades desde su remoto puesto de mando en Esmirna. Y cundió el pánico entre los soldados griegos de Anatolia Central. Desoyendo las órdenes de sus superiores, muchos de ellos huían en desbandada. La quiebra de la disciplina militar durante la larga retirada hacia la costa de Anatolia Occidental se manifestó en salvajes actos de represalia contra la población civil turca. Los soldados griegos arrasaron pueblos enteros, como por ejemplo Uşak, Alaşehir y Manisa, lo que dio pie a que un misionero católico de la zona comentara que «los griegos ya no tienen ningún derecho a hablar de la barbarie de los turcos».<sup>53</sup>

Se organizaron planes de evacuación improvisados a toda prisa, en un momento en que miles de soldados griegos corrían hacia la costa para llegar a los buques que pudieran ponerlos a salvo. Su evacuación puso fin a una campaña militar que le había costado a Grecia más vidas que la suma de bajas de todas sus guerras entre 1897 y 1918. Las bajas sufridas por el Ejército griego durante la campaña de Asia Menor ascendieron a 23.000 muertos y 50.000 heridos, además de los 18.000 soldados que fueron apresados como

prisioneros de guerra. Fue la peor derrota militar de la historia moderna de Grecia.<sup>54</sup>

Mientras que los soldados fueron evacuados, no se hizo lo mismo con los civiles cristianos de Anatolia. Tras la estela del Ejército en retirada empezaron a llegar a Esmirna decenas de miles de refugiados procedentes de los pueblos de toda Anatolia Occidental. A principios de septiembre la ciudad ya se asemejaba a un enorme campo de refugiados, con miles de ciudadanos de etnia griega acampados por las calles y en los parques. Sus esperanzas de protección contra la venganza de los turcos se centraban en la presencia de los buques y las tropas de los países Aliados estacionados frente a la costa de la ciudad. Lo que no sabían era que los Aliados no tenían la mínima intención de intervenir militarmente en el conflicto greco-turco.

Además, las autoridades griegas eran reacias a facilitar un éxodo masivo de civiles cristianos de Anatolia Occidental. Si bien Aristeidis Stergiadis, el alto comisionado en Esmirna, en un edicto confidencial del 1 de septiembre, pedía a todos los funcionarios griegos de su administración que hicieran las maletas y se prepararan para una evacuación, al mismo tiempo tranquilizaba públicamente a los cristianos de Esmirna diciéndoles que no tenían nada que temer. Una de las razones para no querer evacuar por lo menos a parte de la población civil de Esmirna era el temor a que una llegada en masa a Atenas de refugiados empobrecidos y politizados pudiera desencadenar una revolución. Como comentaba Stergiadis pocos días antes de que el Ejército turco tomara Esmirna: «Lo mejor es que se queden aquí y sean masacrados por Kemal y que no vayan a Atenas a ponerlo todo patas arriba».<sup>55</sup> El propio Stergiadis abandonó Esmirna a bordo de un buque británico la madrugada del 8 de septiembre. Los griegos habían abandonado Esmirna, dejando a sus habitantes y a los refugiados cristianos con la sola esperanza de que las tropas regulares y las fuerzas irregulares turcas que se disponían a tomar la ciudad se apiadaran de ellos. Como hemos visto en la introducción de este libro, muy pronto esas esperanzas demostraron ser totalmente infundadas.<sup>56</sup>

Mientras Esmirna se sumía en el caos, con una cifra de muertos estimada que oscila entre los 12.000 y los 30.000 cristianos asesinados, las tropas griegas evacuadas hasta las islas de Lesbos y Quíos se amotinaron en protesta

contra el Gobierno de Atenas, al que consideraban el responsable de su derrota. El 24 de septiembre de 1922, se produjo un golpe de Estado encabezado por los coroneles Stilianos Gonatas, el comandante del Primer Grupo de Ejército, y Nikolas Plastiras, que había estado al mando de un regimiento de élite (*evzone*) apodado «el Ejército de Satán» por los turcos. Los golpistas, que pusieron rumbo a Atenas a bordo de un convoy mixto de barcos mercantes y buques de guerra, exigían la abdicación del rey Constantino, la disolución del Parlamento, y el refuerzo inmediato del frente en Tracia Oriental, donde proseguían los combates con el Ejército turco. El 27 de septiembre, efectivamente, Constantino abdicó en favor de su hijo, Jorge II, y zarpó con rumbo a Sicilia, donde falleció en enero del año siguiente. El bando de Venizelos recuperó el poder, mientras que seis destacados políticos monárquicos a los que se consideró responsables del desastre de Asia Menor, entre ellos el exprimer ministro, Dimitrios Gounaris, y el incompetente último comandante de las fuerzas griegas en Anatolia, el general Hatzanestis, fueron condenados a muerte y ejecutados.<sup>57</sup>

El nuevo Gobierno griego firmó un armisticio con el Gobierno de Kemal el 11 de octubre de 1922 en Mudanya.<sup>58</sup> Los términos del armisticio aseguraban Tracia Oriental para Turquía y preveían que los restos del Ejército griego, así como la población ortodoxa de la región debían evacuar en el plazo de dos semanas –un proceso documentado por el corresponsal extranjero del *Toronto Daily Star*, Ernest Hemingway:

Más de treinta kilómetros de carros tirados por vacas, bueyes y búfalos de agua con los costados cubiertos de barro, con hombres, mujeres y niños agotados que avanzan con dificultad, con mantas echadas por encima de sus cabezas, caminando bajo la lluvia con la mirada perdida junto a sus bienes terrenales. [...] Llevo todo el día cruzándome con los soldados, sucios, cansados, sin afeitarse, azotados por el viento, marchando por los caminos de los campos pardos, ondulados y baldíos de Tracia. [...] Son lo que queda del antiguo esplendor de Grecia. Éste es el final de su segundo asedio de Troya.<sup>59</sup>

El fracaso de la campaña militar griega tuvo repercusiones más allá de la

región, e hizo caer al mayor defensor de Venizelos entre los Aliados, Lloyd George. En septiembre de 1922, cuando las fuerzas de Kemal se aproximaban a la zona neutral de los Dardanelos, parecía probable una confrontación militar directa entre las fuerzas británicas y las turcas. Lloyd George estaba dispuesto a entrar en guerra, pero seguía estando políticamente muy aislado, tanto en su propio país como internacionalmente. Cuando Gran Bretaña pidió apoyo militar a sus colonias, Canadá y Australia se lo negaron, mientras que Sudáfrica ni siquiera emitió una respuesta oficial. En Londres, el Partido Conservador se plegó ante la opinión pública, que se oponía firmemente a una guerra, y declaró su intención de retirarse del Gobierno. Así pues, el gran perdedor de la denominada «crisis de Chanak» fue Lloyd George, el último de los grandes líderes de los tiempos de la guerra que seguía en el cargo, y cuyo Gobierno de coalición cayó el 19 de octubre de 1922.<sup>60</sup> La tarea de poner fin de una vez por todas a las hostilidades en Asia Menor se dejó en manos del Gobierno conservador presidido por Andrew Bonar Law que se formó a continuación. Lord Curzon, designado nuevamente ministro de Asuntos Exteriores, tuvo que afrontar el primer gran desafío de la nueva administración cuando convocó una conferencia en la ciudad suiza de Lausana, donde finalmente debía acordarse una paz duradera con el nuevo Gobierno de Ankara.

En Lausana, Curzon y su colega francés Raymond Poincaré representaban a las potencias vencedoras de la Gran Guerra, pero a diferencia de la Conferencia de París de 1919, ahora estaban negociando directamente con los representantes de Turquía. Además les acompañaban otros políticos revisionistas, como Aleksandar Stambolijski, primer ministro de Bulgaria, Benito Mussolini, recién nombrado primer ministro italiano, y Gueorgui Chicherin, el comisario de Asuntos Exteriores soviético. La lista de los integrantes reflejaba drásticamente las nuevas realidades políticas en Europa.

En Turquía, el Tratado de Lausana que surgió de las negociaciones fue acogido mayoritariamente como un triunfo, ya que suponía un vuelco completo respecto a los draconianos términos del Tratado de Sèvres. Anatolia y Tracia Oriental seguirían formando parte de Turquía, mientras que se dio carpetazo a los anteriores planes de crear una Armenia independiente y de

conceder autonomía a los kurdos.<sup>61</sup> La delegación griega y los representantes de Turquía, encabezados por el general Ismet İnönü, un hombre de la total confianza de Kemal (y su futuro sucesor como presidente de la República de Turquía) también acordaron que la paz entre los dos países iría acompañada de un «intercambio de población», que a todos los efectos ya estaba muy avanzado cuando la conferencia se reunió por primera vez. En total, aproximadamente 1,2 millones de habitantes ortodoxos de Anatolia se trasladaron de Turquía a Grecia, mientras que casi 400.000 musulmanes fueron reubicados en sentido contrario. La religión fue el único criterio para los «intercambios», según el «Convenio sobre Intercambio Obligatorio de Poblaciones» que se firmó en Lausana el 30 de enero de 1923.

Se trataba de un vuelco radical de la lógica a la que obedecieron los tratados sobre las minorías de 1919, que pretendían proteger jurídicamente a las minorías de los estados multiétnicos. No obstante, tampoco carecía del todo de precedentes: Venizelos ya lo había sugerido por primera vez en el contexto de las guerras balcánicas, y de nuevo durante las negociaciones del Tratado de Neuilly, cuando Sofía y Atenas acordaron un intercambio «voluntario» de población, de aproximadamente 100.000 personas para resolver su inveterada disputa por el control de Tracia Occidental.<sup>62</sup> Aunque en realidad muchos refugiados búlgaros no tuvieron otra opción en esa cuestión, el carácter abiertamente obligatorio de los traslados sancionado en Lausana distinguía aquel tratado de todos los acuerdos anteriores.<sup>63</sup> A ojos de algunos confirmaba la idea, cada vez más popular, de que un «verdadero» Estado nacional únicamente podía basarse en el principio de la homogeneidad étnica o religiosa, y que eso debía lograrse costara lo que costara en términos humanos.

Cuando se firmó el Tratado de Lausana, la mayoría de los ortodoxos griegos otomanos ya habían abandonado sus hogares en Asia Menor en unas circunstancias extremadamente difíciles. Previamente, a mediados de septiembre de 1922, el gobernador militar de Esmirna, Nureddin Pachá, había establecido un plazo límite de dos semanas, que después se prorrogó hasta el 8 de octubre, para la evacuación total de la población ortodoxa de Anatolia Occidental. Las únicas excepciones eran los varones de entre dieciocho y

cuarenta y cinco años, que debían permanecer en Turquía y prestar servicio en batallones de trabajo para reconstruir las ciudades y los pueblos destruidos por el Ejército griego durante su retirada. Muchos de aquellos trabajadores forzosos fallecieron durante las marchas al interior, y hubo una venganza sistemática que se cebó sobre todo con los antiguos súbditos otomanos que habían prestado servicio en el ejército de invasión griego, así como en los sacerdotes y los maestros, a los que se consideraba acérrimos defensores de la Gran Idea. Como recordaba Evripides Lafazanis, un aldeano ortodoxo griego de habla turca, natural de Horoskioi (Horoz-Kōy), que acabó en uno de aquellos batallones de trabajos forzados, los turcos se cebaron con los sacerdotes y los maestros porque consideraban que eran los cabecillas del nacionalismo griego en Anatolia: «Teníamos seis maestros, seis maestras de Axos y de Vourla, dos sacerdotes y dos lectores de salmos. [...] Los rociaron con gasolina y los quemaron vivos».<sup>64</sup>

Incluso para los que tuvieron la suerte de que les permitieran marcharse, el futuro era enormemente incierto. Algunos de los refugiados huyeron a Salónica, otros a Atenas o a las islas griegas. Muchos murieron en el trayecto. Un niño de diez años que había huido a Salónica, años más tarde recordaba: «Nos moríamos de hambre. El barco hizo escala en Cavala tan sólo para aprovisionarse de agua. Los viejos y los más pequeños se morían, murieron cuatro o cinco de ellos. Arrojaron sus cuerpos al mar».<sup>65</sup> Los que sobrevivieron se encontraron en una difícilísima situación. El representante de la Cruz Roja estadounidense, Lane Ross Hill, estaba horrorizado por las espantosas condiciones que vio en Salónica:

[Hay] 70.000 refugiados en la ciudad y otros 70.000 en los distritos de los alrededores. Cada día mueren casi cien refugiados. La malaria es generalizada en los campos y no hay comida, ni ropa, ni suministros médicos para los hospitales. El que enferma, se muere. [...] Cada día se producen grandes disturbios en el único comedor de beneficencia que hay en Salónica, que reparte 7.500 raciones de sopa entre los refugiados. Con tal de conseguir un plato de sopa, los refugiados se pelean, se tiran del pelo y se empujan unos a otros. [...] Una de las mayores tragedias son los frecuentes suicidios de los que ya no pueden soportar estas terribles condiciones. La ciudad está

atestada de refugiados, que están alojados en los colegios, en las iglesias, en las mezquitas, los almacenes, los cafés, las ruinas, los pasillos de los edificios públicos, las estaciones de tren, los muelles.<sup>66</sup>

La situación no era mucho mejor en Atenas, cuya población se duplicó a raíz de la llegada de los refugiados de Anatolia. «La ciudad había estado casi somnolienta antes de aquella irrupción –decía Henry Morgenthau, a la sazón director de la Comisión de Realajo de los Refugiados Griegos–. Ahora las calles estaban abarrotadas de caras nuevas. El oído se sorprendía al oír extraños dialectos del griego. Llamaba la atención la estafalaria forma de vestir de los campesinos procedentes del interior de Asia Menor...»<sup>67</sup>

El Tratado de Lausana de 1923 vino a refrendar retrospectivamente aquellas expulsiones. Los cristianos ortodoxos que quedaban en Anatolia Central –192.356 en total– fueron transportados a Grecia a lo largo de los meses siguientes, mientras que aproximadamente 400.000 musulmanes rumelios («balcánicos») cruzaron el Egeo en dirección contraria. Detrás de estas estadísticas había increíbles historias de penalidades individuales y colectivas. En Grecia, las tierras que anteriormente habitaban los musulmanes fueron entregadas a los refugiados anatolios, lo que aumentó la animosidad de la población local contra ellos. Aproximadamente 30.000 de ellos hablaban turco como lengua madre. Muchos refugiados sufrieron discriminación con respecto a las oportunidades de empleo y el estatus social. Los musulmanes rumelios tampoco corrieron mejor suerte. Al ser diferentes de la población mayoritaria de Anatolia por su estilo de vida, su acento y sus costumbres diferentes, no fueron recibidos con los brazos abiertos por sus nuevos vecinos. Muchos de los recién llegados hablaban griego o albanés como lengua madre.<sup>68</sup>

Así pues, las expulsiones afectaron profundamente a ambos países. Salónica, una ciudad multiétnica, pasó a ser Thessaloniki, una ciudad griega. La provincia de Macedonia ahora tenía una abrumadora mayoría de población griega (el 89 % en 1923 frente al 43 % en 1912), mientras que en Anatolia, la ciudad de Esmirna, habitada predominantemente por cristianos, se convirtió en el puerto de Izmir, con una población íntegramente

musulmana. Por consiguiente, el Estado griego, cuya población de 4,5 millones de habitantes aumentó un 25 % a consecuencia de la «catástrofe de Asia Menor» se convirtió en el último de los estados vencidos del periodo de «posguerra». El Gobierno de Atenas, que estuvo durante años y años totalmente al límite de sus posibilidades en términos financieros, no era capaz de proporcionar ni viviendas dignas, ni servicios sanitarios a las familias indigentes, muchas de las cuales siguieron muriendo de enfermedades curables hasta bien entrada la década de 1920.<sup>69</sup> Grecia necesitó dos préstamos de emergencia sucesivos del Banco de Inglaterra tan sólo para evitar el desmoronamiento total de su Estado, inundado de refugiados. El sueño de la *Mégali Idea* se había convertido en la pesadilla de la *mikrasiatiki kasastrofi*, la Gran Catástrofe.<sup>70</sup>

Sin embargo, la Convención de Lausana también tuvo una relevancia que iba mucho más allá del contexto de Grecia y Turquía al que supuestamente se refería. La Convención estableció a todos los efectos el derecho legal de los gobiernos de los estados a expulsar a una gran parte de sus ciudadanos por razones de «otredad». Ello socavó mortalmente la pluralidad cultural, étnica y religiosa como un ideal al que aspirar y una realidad que –a pesar de todas sus protestas– la mayoría de la gente había sobrellevado bastante bien durante siglos en los imperios continentales europeos.<sup>71</sup> Lausana vino a demostrar que el anterior compromiso de Occidente, plasmado en los tratados sobre las minorías, con la defensa de las minorías étnicas vulnerables, había quedado fatídicamente revocado.<sup>72</sup> Si en 1919 la coexistencia étnica todavía se consideraba algo que valía la pena proteger, ahora el futuro parecía pertenecer a la homogeneidad étnica como una especie de precondition para que los estados nacionales vivieran en paz. Aunque la Convención de Lausana se había convocado para evitar la violencia masiva entre grupos religiosos diferentes, la aplicación de esa lógica a Europa Oriental iba a resultar catastrófica: porque en los territorios multiétnicos de los imperios continentales de Europa Central la utopía de una comunidad monoétnica o monorreligiosa tan sólo podía lograrse mediante la violencia extrema. Y eso fue efectivamente lo que ocurrió a lo largo de los siguientes veinticinco años, hasta culminar a finales de la década de 1940, cuando se llevó a cabo la

expulsión forzosa de Europa Central de millones de ciudadanos de etnia alemana.<sup>73</sup>

Pocos políticos observaron el giro de los acontecimientos en Anatolia entre 1918 y 1923 con más interés que Adolf Hitler, quien más tarde afirmaba que, tras las secuelas de la Gran Guerra, él y Mussolini vieron en Mustafá Kemal un modelo a seguir, un ejemplo de que la actitud desafiante y la fuerza de voluntad podían imponerse a la «agresión» de Occidente. Hitler no sólo admiraba la resistencia a ultranza de Kemal a la presión de los Aliados, sino que también aspiraba a imitar los medios con los que construyó un Estado nacional radicalmente secular, nacionalista y étnicamente homogéneo después de sufrir una derrota militar aplastante. Las políticas genocidas del CUP en tiempos de guerra contra los armenios, y la implacable expulsión de los cristianos otomanos por Kemal ocuparon un lugar destacado en la imaginación de los nazis. Se convirtieron en una fuente de inspiración y en un modelo para los planes y los sueños de Hitler durante los años que precedieron a la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939.<sup>74</sup>

## EPÍLOGO

### La crisis de la «posguerra» y la crisis europea de mediados de siglo

Mientras ha permanecido unido, el pueblo alemán nunca ha sido derrotado en toda su historia. Tan sólo la desunión en 1918 dio lugar al derrumbe. Por consiguiente, quien ahora traicione esa unidad no puede esperar más que su aniquilación como enemigo de la nación.

ADOLF HITLER,  
«Proclamación al pueblo alemán»,  
3 de septiembre de 1939

Fuimos maltratados en Trianon, y perdimos el 72 % de nuestro país milenario; todo aquel que poseía algo perdió sus bienes; y cuando todos los hombres decentes estaban en el frente, los judíos orquestaron una revolución aquí y trajeron el bolchevismo.

MIKLÓS HORTHY  
en una carta a Hitler,  
julio de 1940

¿Fue 1923 el año en que finalmente la paz llegó a Europa? El final de las guerras entre los estados y de los conflictos civiles, unido a una relativa estabilización económica, sugiere que, efectivamente, así fue. A partir de finales de 1923, tras la firma del Tratado de Lausana que puso fin al conflicto en Anatolia y en Tracia Oriental, Europa en su conjunto entró en un periodo de relativa estabilidad política y económica.<sup>1</sup> En el plano internacional, un nuevo espíritu de acercamiento se plasmó rápidamente en varios acuerdos, como el Plan Dawes de 1924, diseñado para que los pagos que debía realizar Alemania en concepto de reparaciones resultaran más manejables; el Tratado de Locarno de 1925, por el que Alemania reconocía sus nuevas fronteras occidentales, mejorando así la relación de Berlín con París, hasta entonces

tenza; y el Pacto Kellogg-Briand de 1928 que a todos los efectos proscribía la guerra como un instrumento de política exterior, salvo en defensa propia.<sup>2</sup> Para destacar la relevancia de ese cambio radical en las relaciones internacionales, los principales arquitectos del Tratado de Locarno —el ministro de Asuntos Exteriores británico, Austen Chamberlain, y sus colegas alemán y francés, Gustav Stresemann y Aristide Briand— fueron galardonados con el Premio Nobel de la Paz en 1925 y 1926, respectivamente. El clima general de acercamiento internacional también hizo posible una reconciliación simbólica entre Ankara y Atenas durante el penúltimo mandato de Venizelos como primer ministro (1928-1932), que culminó en un Tratado de Amistad (1930) que zanjó el controvertido asunto de las compensaciones por la destrucción y confiscación de bienes durante la guerra greco-turca de 1919-1922. Venizelos, que había iniciado aquella guerra, llegó a proponer a Atatürk para el Premio Nobel de la Paz.<sup>3</sup>

Conjuntamente con aquellos acontecimientos, la organización internacional más importante de los años veinte y treinta, la Sociedad de Naciones, trabajó incansablemente a fin de resolver los efectos de las crisis de los refugiados de la posguerra, al tiempo que también hacía aportaciones sustanciales, a través de sus distintos organismos, en los campos de la atención sanitaria, el control de los narcóticos, la cooperación económica, la legislación laboral, el desarme y la prevención del tráfico de «blancas».<sup>4</sup>

No obstante, a pesar de todos aquellos alentadores indicios, en 1929 Europa volvía a sumirse en la crisis y los desórdenes violentos. La Gran Depresión, que comenzó con el crac de la bolsa de Wall Street en octubre de 1929, contribuyó más que cualquier otro acontecimiento a poner fin a la breve era de recuperación económica y de mejora de las relaciones internacionales. El crac de Wall Street tuvo una repercusión inmediata en Europa, ya que los bancos estadounidenses retiraron los préstamos con los que se había financiado la modesta recuperación económica de los años anteriores. El efecto fue especialmente acusado en Alemania, receptora de sustanciales préstamos estadounidenses, que ahora debían detraerse de la financiación de las empresas, lo que llevó a muchas de ellas a la quiebra o a despedir a sus empleados. En 1931 un tercio de los trabajadores alemanes

estaban en paro, y otros muchos millones tenían contratos precarios de corta duración.<sup>5</sup>

La vecina Austria, que todavía no se había recuperado plenamente de la Gran Guerra, también sufrió un duro golpe. El país había ido a trompicones de una crisis económica a otra durante los años veinte, pues dependía para su supervivencia de la asistencia económica de las potencias occidentales. Aun antes de la Depresión, el desempleo se mantuvo muy por encima del 10 % durante todos aquellos años, y esa cifra se incrementó ulteriormente durante la crisis económica provocada por la quiebra del Creditsanstalt, uno de los mayores bancos de Austria, que a su vez envió ondas de choque a través del sistema bancario de toda Europa Central. Bulgaria y Hungría, ya económicamente debilitadas, también se vieron profundamente afectadas por el crac de Wall Street.<sup>6</sup>

La crisis económica y política que azotó Europa a partir de 1929 socavó mortalmente los últimos vestigios de fe en la democracia, y dio lugar a una intensificación de la búsqueda de nuevos órdenes que pudieran curar los males del capitalismo occidental y revirtieran las injusticias impuestas a los estados vencidos de Europa entre 1918 y 1920. Los partidos de extrema izquierda y extrema derecha, que venían renegando desde hacía tiempo de la democracia por considerarla un sistema político «extranjero» y adoptado en contra de la voluntad del pueblo, disfrutaban de un apoyo cada vez mayor a sus promesas populistas para resolver la crisis económica y política de sus países por medios radicales.<sup>7</sup> Eso era especialmente cierto en el caso de Alemania, donde la crisis catapultó al Partido Nazi de Hitler desde los márgenes de la política hasta su mismo centro. En las elecciones generales de 1928, Hitler no consiguió más que un 2,8 % del voto popular, una cifra que fue aumentado hasta llegar al 37 % en las elecciones federales de julio de 1932. Aunque los nazis no generaron la crisis económica y política de Alemania, resultaron ser sus principales beneficiarios. Cada vez más votantes veían al Partido Nazi como la única alternativa viable al Partido Comunista, cuyos apoyos también habían ido en constante aumento como respuesta a esa misma sensación de crisis. La aparente incapacidad de la democracia liberal para afrontar la crisis económica y los conflictos sociales más enconados fue

crucial para los éxitos electorales de Hitler entre 1929 y 1932.<sup>8</sup>

También en otras partes de Europa la crisis económica arrastraba a los votantes hacia los partidos extremistas, y creaba pretextos para que los políticos hicieran caso omiso del Parlamento en aras de la «estabilidad» y el «orden». En contra de las optimistas predicciones de Woodrow Wilson, que afirmaba que el mundo de la posguerra iba a ser «seguro para la democracia», la mayoría de las democracias establecidas en 1918 en Europa acabaron siendo sustituidas por regímenes autoritarios de uno u otro signo.<sup>9</sup> En Bulgaria, el ultraderechista Movimiento Social Popular, de inspiración italiana y alemana, encabezado por Aleksandar Tzankov, se hizo más fuerte, mientras que en la izquierda, el Partido Comunista Obrero Búlgaro (PCOB) gozaba de un apoyo sustancial en las ciudades.<sup>10</sup> En mayo de 1934, una pequeña organización elitista de nacionalistas antimonárquicos, «Zveno», culminó con éxito un golpe de Estado, con el apoyo de otros grupos de derechas.<sup>11</sup> El nuevo Gobierno abolió los partidos políticos y los sindicatos, introdujo la censura, y centralizó la administración con el propósito de crear un Estado corporativo en la línea del modelo fascista italiano. Sin embargo, al cabo de menos de un año, los *zvenari* fueron expulsados del poder, y su Gobierno fue sustituido por una dictadura real encabezada por Borís III y su obediente primer ministro, Gueorgui Kioseivanov.<sup>12</sup>

En Austria, a principios de 1933, el canciller Engelbert Dollfuss disolvió el Parlamento y asumió poderes dictatoriales, suprimiendo la izquierda e ilegalizando a los nazis austriacos. Cuando Dollfuss fue asesinado durante un intento de golpe de Estado por los nazis de Austria en julio de 1934, le sucedió Kurt Schuschnigg, que siguió gobernando por decreto hasta que Hitler decidió anexionar Austria al Reich alemán por la fuerza con la *Anschluss* de 1938.<sup>13</sup>

A mediados de los años treinta, los regímenes autoritarios o las dictaduras puras y duras de distintas modalidades habían pasado a ser la norma por toda Europa Central y Oriental, y parecían tener en su poder las llaves del futuro del continente.<sup>14</sup> Su denominador común era, por un lado, su rotunda oposición a la democracia parlamentaria y al capitalismo occidental, y por

otro su antibolchevismo. Sin embargo, también existían profundas diferencias entre ellos. Por ejemplo, en Polonia, Józef Piłsudski, que había llevado a su país a la democracia y la independencia en 1918, organizó un golpe de Estado militar en 1926 y permaneció en el poder hasta su muerte, en 1935. A diferencia de muchos otros estados de Europa Central, la Polonia de Piłsudski nunca llegó a ser una dictadura fascista, pero indudablemente tuvo un régimen más autoritario que antes de 1926.<sup>15</sup> Ésa iba a convertirse en la pauta habitual de muchos de los estados sucesores de Europa Oriental, a veces a través de golpes militares, como en Estonia y en Letonia en 1934, o a través de la imposición real, como en Bulgaria y en Yugoslavia. En enero de 1929, tras el asesinato a tiros de varios líderes del Partido Campesino Croata en el Parlamento, el rey Alejandro de Yugoslavia disolvió el Parlamento y proclamó una dictadura real, pero cinco años después fue asesinado en Marsella en lo que muy pronto se averiguó que había sido una operación conjunta de la Organización Interna Revolucionaria Macedonia Internacional (IMRO) de la Ustacha.<sup>16</sup>

Los caóticos años posteriores a 1929 generalmente estuvieron acompañados de graves estallidos de violencia, a menudo cometidos por individuos o por grupos que ya habían desempeñado un papel destacado entre 1917 y 1923. Aunque entre 1923 y 1929 la violencia física fue mucho menos generalizada, a lo largo de toda la década de 1920 subsistió una cultura más amplia de retórica violenta, de política uniformada y de combates callejeros. En la izquierda, las fantasías de una exportación de la revolución bolchevique más allá de la Unión Soviética eran alimentadas por los distintos partidos comunistas de Europa, sometidos al control de Moscú a través de la Tercera Internacional (Internacional Comunista o Comintern, 1919-1943). En la extrema derecha, por el contrario, movimientos paramilitares tan diversos como los escuadrones de asalto nazis (*Sturmabteilung*, SA), el Partido de la Cruz Flechada húngaro, la *Heimwehr* austriaca, la Ustacha croata y las «guardias nacionales» de la región del Báltico, como la Unión de Fusileros lituana, la *Aizsargi* letona y la *Kaitseliit* estonia, todas ellas prosperaron a partir de la idea de oponerse violentamente a la persistente amenaza de una revolución comunista, un temor que se remontaba a 1917.

Durante el periodo que siguió a la Gran Depresión, esos conflictos latentes a menudo se intensificaron, dando lugar a frecuentes choques entre militantes políticos, y por consiguiente a que muchos países volvieran a las condiciones rayanas en la guerra civil que habían predominado durante los años inmediatamente posteriores a la guerra. Por ejemplo, durante la última fase de la República de Weimar, los combates callejeros provocaron aproximadamente cuatrocientos muertos, mientras que en Austria el asesinato en 1934 del canciller Dollfuss fue un claro indicio de un aumento más genérico de la violencia con móviles políticos.<sup>17</sup> Aún peor era la situación en Bulgaria, donde los niveles de violencia habían seguido siendo extremos a lo largo de los años veinte, y siguieron aumentando durante los años treinta. Además de los ciclos de violencia y represión comunista y anticomunista, durante todo el periodo de entreguerras la cuestión no resuelta de Macedonia siguió atormentando al país. La IMRO macedonia, envalentonada por su destacado papel en el brutal asesinato del primer ministro Stambolijski en 1923, y con el apoyo de Mussolini, incrementó ulteriormente sus operaciones, y llevó a cabo más de 460 acciones armadas en Yugoslavia antes de 1934, entre ellas cientos de asesinatos y secuestros de miembros de las Fuerzas Armadas y de la policía.<sup>18</sup>

Más al oeste, Portugal y España también abandonaron la democracia y se sumieron en la violencia. Ya en 1926, un golpe de Estado en Lisboa establecía en un primer momento la *Ditadura Nacional* y después el *Estado Novo*, presidido por António de Oliveira Salazar, que gobernó Portugal desde 1932 hasta 1968.<sup>19</sup> En Madrid, el general Miguel Primo de Rivera imponía en 1923 una dictadura militar que duró hasta 1930. Después del derrocamiento de la monarquía en 1931, España recuperó la democracia al proclamar la República, que funcionó con relativa normalidad durante algo más de cinco años, al cabo de los cuales el Frente Popular, una amplia coalición de izquierdas que incluía a socialistas y comunistas, y que había llegado al poder en las elecciones de febrero de 1936, tuvo que hacer frente a un golpe de Estado de los militares en julio de aquel mismo año. La izquierda, que muy pronto contó con el apoyo de las Brigadas Internacionales formadas por voluntarios de todo el mundo, se unió en defensa de la

República y luchó durante los tres años siguientes contra los golpistas nacionales encabezados por el general Francisco Franco. Los problemas se agravaron debido a las injerencias internacionales en el conflicto, ya que la Alemania nazi y la Italia fascista apoyaban a Franco, mientras que la izquierda española recibió algo de apoyo de la Unión Soviética. La guerra civil mató a más de medio millón de personas, y concluyó con la victoria de Franco.<sup>20</sup>

Durante la segunda mitad de la década de 1930 tan sólo dos de los nuevos estados inventados en 1918 en el continente europeo –Finlandia y Checoslovaquia–, habían sobrevivido como democracias liberales. No obstante, Checoslovaquia quedó destrozada cuando Hitler se anexionó la región de los Sudetes en 1938 y posteriormente ocupó el resto de territorios checos en marzo de 1939, volviendo a darles los nombres de Bohemia y Moravia que tenían antes de 1918, en tiempos del Imperio austrohúngaro.<sup>21</sup> Mientras tanto, Finlandia logró defender su independencia frente a la invasión del Ejército Rojo durante la violenta Guerra de Invierno de 1939-1940, pero tuvo que aceptar una reducción de su territorio en el Tratado de Moscú (1940).<sup>22</sup>

Así pues, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, en Europa había muchas menos democracias que antes de la Gran Guerra. Incluso en los dos principales estados europeos vencedores de la Gran Guerra, Francia y Gran Bretaña, la inestabilidad económica había dado pie a la aparición de movimientos extremistas. Aunque nunca llegó a ser un verdadero aspirante a hacerse con el poder, la Unión Británica de Fascistas de Oswald Mosley afirmaba contar con aproximadamente 50.000 miembros en el punto álgido de su popularidad en 1934.<sup>23</sup> En Francia, tanto la extrema izquierda como la extrema derecha se iban radicalizando cada vez más. Proliferaron las organizaciones paramilitares, como la monárquica *Action Française* y la organización derechista de veteranos *Croix de Feu*, que fue creciendo hasta alcanzar la cifra de casi medio millón de miembros a mediados de los años treinta.<sup>24</sup> Tanto Gran Bretaña como Francia sobrevivieron como democracias a la radicalización de la política, pero la situación internacional que tenían ante sí en 1938-1939 era funesta. Las renacientes potencias revisionistas,

como Alemania e Italia en Europa, y Japón en el Extremo Oriente estaban decididas a hacer pedazos lo que quedaba del maltrecho sistema internacional creado en París en 1919.

Aunque el comienzo de la guerra que estalló en septiembre de 1939, y que degeneró en un conflicto mundial de una magnitud sin precedentes en 1941, no fuera ni mucho menos inevitable, muchos de los principales asuntos que la originaron –y la forma en que se libró– se remontan a la fase final de la Gran Guerra y el periodo inmediatamente posterior. Antes de 1914, gran parte de Europa se enorgullecía de la relativa seguridad jurídica y de la estabilidad que muchos de sus estados ofrecían a sus ciudadanos. Curiosamente, incluso durante la Primera Guerra Mundial, el monopolio de la fuerza por los estados, que ejercía la policía, siguió prevaleciendo en la enorme extensión de los territorios apartados de los frentes de guerra. Uno de los aspectos novedosos de la Revolución de Febrero de 1917 en Rusia fue que las presiones de la guerra provocaron la primera grieta de consideración en ese sistema, a la que muy pronto siguió su implosión completa. Como hemos visto, fue la derrota en la Gran Guerra, y el hundimiento del sistema anterior a la contienda, lo que hizo posible que nuevos actores compitieran violentamente por el poder, en general sin esa relativa contención que había caracterizado a los conflictos sociales y económicos antes de 1914.

El primer legado fatídico de aquellos años consistió en una nueva lógica de la violencia que impregnó los conflictos nacionales e internacionales, y que culminó en la guerra en el Frente Oriental durante la Segunda Guerra Mundial. El cometido de la Operación Barbarroja de la Alemania nazi, lanzada en junio de 1941, ya no consistía en derrotar militarmente a un ejército enemigo e imponer unas duras condiciones de paz a una Unión Soviética derrotada, sino más bien destruir un régimen y de paso aniquilar una proporción significativa de la población civil. Para la Alemania nazi era preciso purgar países enteros de Europa Central y Oriental de una serie de colectivos considerados racial o políticamente indeseables.<sup>25</sup> Aquella lógica, que tenía una tradición más antigua en relación con las poblaciones supuestamente «inferiores» del mundo colonial, y en la que también se sustentaron las guerras balcánicas y el genocidio armenio, experimentó un

enorme salto cualitativo paneuropeo en los distintos conflictos que estallaron entre 1917 y 1923. Se trató de un vuelco radical respecto a la inveterada aspiración de los responsables políticos europeos desde las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, que consistía en mitigar los conflictos armados por el procedimiento de distinguir entre combatientes y no combatientes, y de descriminalizar al enemigo considerándolo un *iustus hostis*.<sup>26</sup> Por el contrario, durante los conflictos armados nacionales e internacionales que hemos examinado en este libro, y de nuevo en las guerras civiles y las contiendas entre países desde 1930 en adelante, a menudo se describía y se percibía al adversario como un enemigo criminalizado y deshumanizado que no merecía piedad ni comedimiento militar. La distinción entre civiles y combatientes, ya borrosa durante la Primera Guerra Mundial, desapareció completamente en ese tipo de conflictos. No es casualidad que tanto entre 1918 y 1923 como posteriormente en los años treinta, la cifra de civiles asesinados en los conflictos armados generalmente fuese mayor que la de soldados caídos.

La criminalización y deshumanización del adversario no sólo estaba reservada a los enemigos exteriores. También era aplicable a los enemigos internos de distintos tipos. Un elemento crucial de esa nueva actitud hacia los «civiles enemigos» fue la percepción generalizada de la necesidad de limpiar las comunidades de sus elementos «extranjeros» antes de que pudiera surgir una sociedad utópica nueva, y de erradicar a quienes eran percibidos como elementos perjudiciales para el equilibrio de la comunidad. A la derecha del espectro político, la creencia de que tan sólo una comunidad nacional étnicamente homogénea, depurada de enemigos internos, podía ser capaz de ganar la guerra del futuro –que muchos consideraban inevitable– supuso un poderoso componente de la moneda corriente de la política y la acción radicales en Europa entre 1917 y la década de 1940; y fue especialmente acusado en los países frustrados por el desenlace tanto de la Gran Guerra como de los conflictos de la posguerra. Entre la izquierda radical, la idea de la «comunidad purificada» tenía un significado diferente, y la violencia se dirigía principalmente contra los enemigos de clase, reales o imaginarios. Sin embargo, las persecuciones políticas de la Unión Soviética (que culminaron

en la Gran Purga de 1937-1938, que acabó aniquilando al 1 % de la población adulta del país) también se dirigía más generalmente contra los grupos de población sospechosos y las posibles «quintas columnas» en una futura guerra contra la Alemania nazi, que Stalin preveía que tendría lugar entre mediados y finales de la década de 1940.<sup>27</sup>

En los países vencidos de la Gran Guerra, el sentido y el propósito de la violencia interna tenía un aliciente adicional en la convicción generalizada de que el desenlace de la guerra se mantuvo incierto hasta 1918, y de que la derrota de las Potencias Centrales no fue más que el resultado de una traición en el frente interior. Las referencias a aquella «traición» y a las «cuentas pendientes» eran habituales.<sup>28</sup> Sobre todo en la Alemania nazi, los grupos supuestamente responsables de los sucesos de noviembre de 1918 (los comunistas, los judíos y los pacifistas) ocuparon un lugar destacado entre las víctimas del terror nazi desde el mismo momento del nombramiento de Adolf Hitler como canciller. A partir de mediados de los años treinta, el terror se hizo más sistemático, mientras Hitler empezaba a preparar al país para la guerra. Estaba decidido a evitar una repetición de noviembre de 1918, cuando –según él y según muchos otros alemanes– en el frente interno una reducida minoría de revolucionarios y de judíos había traicionado a su país cuando se encontraba sumido en el esfuerzo bélico, lo que provocó el hundimiento militar.

La obsesión de los nazis con la idea de la traición interna ocupó un lugar primordial hasta la primavera de 1945, cuando miles de desertores o de presuntos «derrotistas» fueron fusilados o ahorcados de las farolas y los árboles que bordeaban las carreteras alemanas en el momento en que los Aliados cruzaban la frontera y se adentraban en el Reich. Sin embargo, la mayoría de los soldados alemanes no necesitaban de un recordatorio tan truculento. Animados por el miedo a las represalias del Ejército Rojo y por la convicción de que una muerte con el honor intacto era preferible a una repetición de 1918, la *Wehrmacht* siguió luchando inútilmente hasta el final, provocando de esa manera la muerte de otro millón y medio de soldados durante los últimos tres meses de la guerra.<sup>29</sup>

También en Italia se escenificó una obsesión con las divisiones internas

que se remontaba a la Gran Guerra, ya que el régimen de Mussolini sometía a los disidentes reales o potenciales a detenciones, a la intimidación por medio de la violencia o al destierro a zonas remotas del sur de Italia. El equivalente italiano de la Gestapo, la policía política, apodada «PolPol», creada en 1926, trabajaba codo con codo con la Organización para la Vigilancia y Represión del Antifascismo (OVRA), cuya tarea consistía en vigilar la correspondencia de los disidentes. De forma análoga a la Gestapo, la PolPol y la OVRA utilizaban a gran número de confidentes, algunos de los cuales eran antiguos socialistas o comunistas que, o bien habían sido coaccionados para que colaboraran, o bien habían sido convencidos a trabajar para el régimen mediante incentivos económicos.<sup>30</sup>

La continuación de una lógica de la violencia también podía apreciarse en los antiguos territorios del Imperio austrohúngaro, donde la cruda idea de que era posible «desenmarañar» por medio de la violencia la complejidad étnica de la región, unida a un antibolchevismo militante y un antisemitismo radicalizado, crearon un legado fatídico. El Terror Blanco de Hungría entre 1919 y 1920 había sido un indicio del talante chovinista y racista que había cundido por todo el país al final de la Gran Guerra, sobre todo a través de la generalización de los pogromos contra los judíos. Ese talante resurgió aún con mayor furia (y con una base popular aún más amplia) entre los primeros años treinta y mediados de los cuarenta, y culminó con la colaboración activa de algunos húngaros con los nazis en el exterminio de los judíos de Hungría.<sup>31</sup> Esas mismas actitudes también se dejaban sentir en Austria, donde el tradicional antisemitismo y los sentimientos antieslavos, fortalecidos durante la Gran Guerra y más tarde a raíz de la inmigración judía hacia Viena desde Europa Centro-oriental, iban a volver a aflorar con renovada intensidad después de que el breve periodo de relativa estabilización a mediados de la década de 1920 diera paso a la depresión económica y al descontento político.<sup>32</sup>

Ese tipo de violencia, y a esos niveles, no resultaban particularmente sorprendentes en sí mismos, ya que los actores violentos del periodo 1917-1923 a menudo eran exactamente los mismos que posteriormente desencadenarían un nuevo ciclo de violencia durante los años treinta y

principios de los cuarenta. Para muchos fascistas alemanes, austriacos y húngaros de los años treinta, las experiencias de 1918-1919 suponían un decisivo catalizador para la radicalización política y constituían todo un catálogo de agendas políticas, cuya puesta en práctica simplemente se pospuso durante los años de relativa estabilidad entre 1923 y 1929. Algunos de los más destacados activistas paramilitares del periodo inmediatamente posterior a la guerra reaparecieron en las dictaduras de derechas de Europa Central, no sólo en Italia, donde la dictadura de Mussolini concedió importantes cargos a los veteranos de las milicias fascistas.<sup>33</sup> También en Hungría, algunos miembros destacados de la Cruz Flechada, como Ferenc Szálasi y otros, aludían reiteradamente al periodo entre noviembre de 1918 y la firma del Tratado de Trianon, en junio de 1920, como el momento de su «despertar político». En 1932, los líderes paramilitares húngaros más notorios, Pál Prónay y Gyula Ostenburg, fundaron el efímero Partido Fascista Nacional Húngaro (*Magyar Országos Fascist Párt*). En 1944, cuando Hitler le entregó el poder al Partido de la Cruz Flechada de Szálasi en Hungría, Prónay contribuyó a formar una nueva milicia, que luchó contra el Ejército Rojo entre diciembre de 1944 y febrero de 1945, durante la batalla de Budapest.<sup>34</sup>

También en Austria es fácil identificar las continuidades personales entre los conflictos armados de la inmediata posguerra mundial y su reedición en 1939. Por ejemplo, Robert Ritter von Greim, el antiguo líder de la rama tirolesa de la paramilitar Liga Oberland, llegó a ser durante un breve periodo el sucesor de Hermann Göring como comandante de la *Luftwaffe* alemana. Otros paramilitares austriacos del periodo inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial también gozaron de fulgurantes trayectorias profesionales durante la Segunda Guerra Mundial: Hanns Albin Rauter, que había contribuido decisivamente a la radicalización de la *Heimwehr* de la región de Estiria, se convirtió en el jefe supremo de las SS y de la policía en los Países Bajos durante la ocupación nazi, mientras que su compatriota y amigo Ernst Kaltenbrunner sucedió a Reinhard Heydrich como director del más importante organismo de terror de los nazis, la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA), en 1943. A todos ellos, las dictaduras fascistas

les brindaron la oportunidad de ajustar viejas cuentas y de «resolver» algunas de las cuestiones que habían suscitado la ignominiosa derrota de 1918, unida a la sensación de amenaza de una revolución bolchevique y del desplome del imperio.

También es verdad que la relación entre el paramilitarismo posterior a 1918 y los distintos movimientos fascistas de los años treinta y principios de los cuarenta no siempre fue tan directa. Muchos paramilitares destacados del periodo inmediatamente posterior a la guerra eran antibolcheviques a ultranza y antisemitas convencidos en 1918, pero acabaron descubriendo que sus ambiciones políticas no tenían mucho que ver con las de los nazis. Ernst Rüdiger Starhemberg, antiguo líder de la *Heimwehr*, que había mantenido una estrecha amistad personal con Hitler a partir de 1919 (y de hecho participó en el fallido *putsch* nazi de Múnich en noviembre de 1923), durante los años treinta se opuso al movimiento nazi austriaco, abjuró de su propio antisemitismo de la posguerra calificándolo de «estupidez», defendió la independencia de Austria en 1938, e incluso prestó servicio en las fuerzas británicas y de la Francia libre como piloto de combate durante la Segunda Guerra Mundial.<sup>35</sup> Starhemberg no fue el único paramilitar de renombre que acabó por darse cuenta de que su visión de un «renacimiento» nacional de Austria era incompatible con la del nazismo. El capitán Karl Burian, fundador y jefe de la organización monárquica clandestina «Ostara» tras el final de la Gran Guerra, pagó caras sus convicciones monárquicas: fue detenido por la Gestapo y ejecutado en 1944.<sup>36</sup> Incluso en Alemania se purgaron las filas de los antiguos líderes de los *Freikorps*, sobre todo durante la Noche de los cuchillos largos, en junio de 1934, cuando muchos de ellos, que a la sazón formaban parte de la dirección de las SA, fueron asesinados.

Por supuesto, eso no era óbice para que los nazis honraran a los *Freikorps* como sus predecesores espirituales, que habían desafiado heroica y violentamente a los negociadores de paz de París en 1919. Algunas figuras destacadas, como Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich destacaban su pasado como miembros de los *Freikorps*, si bien sus propias experiencias en combate después de 1918 eran bastante limitadas. También es revelador que uno de los mayores monumentos que se erigieron en toda la historia del

Tercer Reich fue el memorial de Annaberg, en la Alta Silesia, para conmemorar la victoria de los soldados del *Freikorps* sobre los insurgentes polacos en la encarnizada batalla que ambos bandos libraron por la «Montaña Sagrada» de Silesia en mayo de 1921. A través de su «victoria en la derrota» de la batalla de Annaberg, el *Freikorps* encarnaba el tipo de revisionismo violento que pusieron en práctica los nazis a partir de finales de los años treinta.<sup>37</sup>

Es precisamente ese revisionismo de los tratados, impulsado por el deseo de «redimir» territorios y poblaciones perdidos, lo que constituye el segundo legado permanente del periodo inmediatamente posterior a la guerra. La Conferencia de Lausana de 1923 había demostrado que era posible que un Estado derrotado pasara a ser un Estado victorioso, dado que Mustafá Kemal había logrado romper en pedazos el Tratado de Sèvres, al tiempo que conseguía su propósito de transformar el «núcleo turco» del Imperio otomano en un Estado nacional homogéneo y secular. El «éxito» de Kemal, y su disposición a librar una guerra, si era necesario, para plantar cara al imperialismo occidental impresionaron tanto a Hitler como a Mussolini y fue una fuente de inspiración para ambos. Lo que acabó aunando a Berlín y a Roma fue su determinación común de desafiar al sistema internacional establecido en 1919, empezando por la intervención de sus respectivos países en la guerra civil española y el Pacto de Amistad (1936), que iba a ser el fundamento del «Eje» en tiempos de guerra.<sup>38</sup> En la propaganda italiana y alemana se ensalzaba el Pacto de Amistad como la unión de fuerzas entre dos estados, reprimidos durante décadas pero que ahora resurgían, con unos enemigos comunes que desde hacía mucho tiempo pretendían evitar que asumieran el lugar que les correspondía por derecho propio entre las grandes potencias del mundo.<sup>39</sup>

La alianza pasó a ser mundial cuando Hitler firmó un nuevo pacto con Japón, que pronto sería conocido como el «Pacto Anticomintern». A pesar de sus prejuicios raciales contra los japoneses, Hitler consideraba que el país oriental tenía intereses geopolíticos complementarios con los de Alemania, sobre todo en su pretensión común de superar las restricciones del sistema internacional establecido en París. Aunque Japón nunca fue gobernado por un

régimen que pudiera calificarse de «fascista» en sentido estricto, muchos líderes políticos de Tokio acabaron compartiendo unos planteamientos comunes con la Alemania nazi y la Italia fascista durante los años treinta. Y lo que tal vez es más importante, los tres países se caracterizaban por un rechazo ideológico común al orden político liberal por un lado, y al bolchevismo de corte soviético por otro, así como por su ambición de plantear una alternativa autoritaria no comunista a ambos sistemas políticos.<sup>40</sup> Además, los políticos japoneses no habían olvidado que Estados Unidos y las colonias británicas impidieron la inclusión de un artículo sobre la «igualdad racial» en la Carta fundacional de la Sociedad de Naciones, una de las principales reivindicaciones de los diplomáticos japoneses en 1919. La igualdad racial ocupaba uno de los primeros lugares en la agenda política de Tokio desde que Japón surgió como motor económico y militar del Extremo Oriente durante la segunda mitad del siglo XIX, y más aún tras las asombrosas victorias del país sobre las fuerzas de China en la guerra chino-japonesa de 1894-1895, y sobre el Imperio ruso diez años después. El hecho de que a Japón se le hubiera vuelto a negar el reconocimiento como socio en pie de igualdad racial tras salir victorioso de la Primera Guerra Mundial había sido profundamente ofensivo para muchos japoneses.<sup>41</sup>

Aunque la alianza militar plena entre Berlín, Tokio y Roma no se formalizó hasta la firma del Pacto Tripartito de septiembre de 1940 (y al que posteriormente se sumaron otros estados revisionistas, como Hungría y Bulgaria), el Pacto de Amistad y el Pacto Anticomintern sirvieron para enviar un primer mensaje muy claro y alarmante al resto de grandes potencias mundiales: las potencias más inquebrantablemente revisionistas ahora iban a colaborar en sus intentos de superar lo que quedaba de los tratados de paz de París.<sup>42</sup>

La eventualidad de una guerra generalizada en Europa había aumentado sensiblemente desde mediados de los años treinta, y ni Hitler ni Mussolini habían ocultado jamás su firme convicción de que podía ser algo positivo, una forma de sacar la «esencia racial» de sus respectivos pueblos. Ambos coincidían en que a largo plazo era inevitable un gran ajuste de cuentas con Occidente y con la Rusia soviética. El propio Mussolini calificaba la

intervención de Italia contra los Aliados occidentales a partir de 1940 como una guerra contra «las democracias plutocráticas y reaccionarias de Occidente que invariablemente han obstaculizado el progreso, y a menudo han amenazado la existencia misma del pueblo italiano».<sup>43</sup>

El primer paso de Hitler hacia la revocación del acuerdo de paz de París de 1919 consistió en iniciar el rearme de Alemania, con lo que incumplía las disposiciones del Tratado de Versalles. En marzo de 1936, las tropas alemanas entraban en la región hasta entonces desmilitarizada de Renania, sin consultarlo previamente ni con París ni con Londres. Dos años más tarde, Hitler anexionaba su Austria natal a Alemania, un paso que muchos austriacos acogieron con gran entusiasmo por lo que consideraban una «rectificación» del Tratado de St. Germain. Hitler tuvo un recibimiento triunfal cuando visitó su pueblo natal, Braunau am Inn, muy cerca de la frontera, y también en Viena, mientras miles de austriacos celebraban la *Anschluss* en la Heldenplatz de la capital. Hasta la *Anschluss* de 1938, Hitler pudo incumplir impunemente las disposiciones del Tratado de Versalles, dado que muchos de sus contemporáneos, incluso en Europa Occidental, consideraban las decisiones del canciller alemán como una rectificación no del todo injustificada de algunas de las injusticias que incorporaba el acuerdo de paz de París. Esa actitud tan sólo empezó a cambiar a partir del verano de 1938, cuando Hitler inició sus ofensivas contra otros estados sucesores fundados en 1918 y 1919. En la Conferencia de Múnich de septiembre de 1938, Londres y París permitieron que la Alemania nazi absorbiera la región de los Sudetes, en la periferia de Checoslovaquia, donde vivían aproximadamente tres millones de ciudadanos de etnia alemana, pero también le dejaron bien claro que no estaban dispuestos a permitir ulteriores movimientos de expansión. Aunque en septiembre de 1938 se evitó por muy poco el inicio de un conflicto generalizado, Hitler no tenía la mínima intención de renunciar a su agresiva política exterior. Por el contrario, aceleró el ritmo de los preparativos militares, y ejerció una mayor presión sobre los estados de Europa Centro-oriental para que se sumaran al Eje. Para entonces Hungría ya se había aproximado a Alemania y a la Italia de Mussolini. A raíz del acuerdo de Múnich y después de que Hitler ocupara el resto de los

territorios checos en marzo de 1939, Hungría solicitó y consiguió la devolución de un pedazo de Eslovaquia y de la totalidad de Rutenia. Budapest logró nuevas adquisiciones territoriales cuando Hitler decidió librar una guerra generalizada en el este de Europa: entonces Miklós Horthy, el jefe del Estado húngaro, se aseguró el apoyo de Hitler para la recuperación de dos quintas partes de Transilvania y de una parte del Banato, a expensas de Rumanía y de Yugoslavia. Ese revisionismo suponía una baza increíblemente fuerte para Berlín, ya que los Aliados occidentales (hasta que dejaron en la estacada a Checoslovaquia) tenían que atenerse por definición a las fronteras fijadas después de la Gran Guerra. Tanto Mussolini como Horthy, aunque en distintos grados, temían a Hitler y desconfiaban del poderío militar alemán, pero al cimentar sus regímenes sobre la base de las injusticias de la posguerra, el hecho de que cayeran en la órbita de los nazis obedeció a una lógica irrefrenable.

También Bulgaria acabó alineándose con las demás potencias revisionistas de Europa. Hasta 1938, el zar Borís había intentado mantener la neutralidad de Bulgaria, aunque estaba de acuerdo con la aspiración de los nazis de liquidar el sistema de tratados de la posguerra. Pero tras la *Anschluss* de Austria, en marzo de 1938, y el Acuerdo de Múnich en noviembre, el Gobierno de Sofía se encontró repentinamente bajo una considerable presión nacional, ejercida por el lobby pro Eje, que con razón señalaba que Bulgaria era la única potencia derrotada en la Gran Guerra que todavía no se había beneficiado de las revisiones territoriales de los tratados de paz de París. Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, Bulgaria fue aproximándose cada vez más al bando de Alemania. En septiembre de 1940, Sofía recuperó el sur de Dobruja después de que Alemania presionara a Rumanía para que firmara el Tratado de Craiova. En la primavera de 1941, Bulgaria se incorporaba oficialmente al Eje y enviaba tropas de ocupación a Macedonia, a Tracia Occidental, y a algunas zonas del este de Serbia, a fin de liberar a las tropas de la *Wehrmacht* para el Frente Oriental.<sup>44</sup>

Así pues, en el origen de la guerra europea que comenzó en 1939 y que se hizo mundial dos años después, no sólo hubo un choque violento entre regímenes políticos incompatibles, sino también un intento de recuperar

territorios perdidos y sus respectivas minorías, que vivían bajo el «dominio extranjero» desde 1918. Para Hitler y los nazis, el retorno de aquellas minorías era imperativo, y lo mismo puede decirse de los gobiernos de Budapest y de Sofía.<sup>45</sup> Para Hungría –el antiguo y futuro aliado de Alemania en la guerra– la pérdida de casi tres millones de ciudadanos de etnia magiar, que ahora vivían bajo el dominio de Rumanía, Checoslovaquia y Yugoslavia, era una injusticia que había que redimir. Sofía sentía lo mismo respecto al millón de ciudadanos de etnia búlgara «perdidos» a manos de otros territorios en 1919. Sin embargo, al mismo tiempo, el expansionismo –sobre todo en los casos de Alemania, Italia y la Unión Soviética, pero también en el de Japón– iba mucho más allá, y significaba nada menos que una serie de proyectos neoimperiales antagónicos. Dentro de Europa, ese choque entre los proyectos neoimperiales se escenificó de forma violenta en los antiguos territorios imperiales de Europa Centro-oriental que se habían independizado en 1918-1919.<sup>46</sup>

En el caso de Japón, los principales círculos empresariales y militares llevaban un tiempo reclamando conquistas territoriales en el norte de China a fin de proporcionar a Japón zonas seguras para la colonización y la explotación económica. Durante muchos años, los grandes conglomerados japoneses (los *zaibatsu*) habían explotado las minas de carbón y los yacimientos de hierro de Manchuria, protegidos por un poderoso contingente militar, el denominado Ejército de Kwantung. El deterioro de las relaciones con China y la creciente amenaza soviética desde el norte ponían en peligro los intereses de Tokio en Manchuria justo en el momento en que la Gran Depresión asestaba un duro golpe a la economía japonesa. Por instigación de los líderes derechistas del Ejército de Kwantung, las fuerzas japonesas se adueñaron de la totalidad de Manchuria en septiembre de 1931, y fundaron el Estado títere de Manchukuo en febrero de 1932.<sup>47</sup>

La crisis de Manchuria, y la falta de decisión de la Sociedad de Naciones como respuesta a la petición de ayuda de China constituyeron una importante lección que no se le pasó por alto a los demás estados revisionistas. Integraron unos acontecimientos aparentemente remotísimos a la misma red de desafíos al orden internacional establecido entre 1918 y 1920. Mussolini

vio en la reacción de Occidente (o en su falta) a la crisis de Manchuria una invitación a seguir el ejemplo de Tokio, y adoptó una política exterior más agresiva, orientada a aumentar la influencia italiana en el Mediterráneo y en el norte de África, así como a ampliar el pequeño legado colonial de Italia (Libia, Somalia y Eritrea) hasta crear un segundo Imperio romano.<sup>48</sup> En 1932, el ministro de Asuntos Exteriores italiano empezó a planificar la conquista de Etiopía (Abisinia), uno de los pocos países de África que no había caído en manos de una administración colonial durante la «Carrera por África» imperialista de finales del siglo XIX. En octubre de 1935, las tropas italianas invadieron el país y se aseguraron la victoria durante la primavera del año siguiente, después de que las fuerzas de Roma hicieran un uso indiscriminado del gas venenoso y de los bombardeos aéreos contra objetivos tanto militares como civiles.<sup>49</sup>

La violenta expansión de Japón por el norte de China y los sueños de Mussolini de conseguir un *spazio vitale* en el norte de África y el Mediterráneo tenían su equivalente práctico en las ambiciones de Hitler de abrirse un *Lebensraum* en Europa Centro-oriental.<sup>50</sup> El proyecto imperial de Hitler, que consistía en crear un espacio vital «étnicamente purificado» para su pueblo en los territorios comprendidos entre Varsovia y los montes Urales, tenía unas raíces que se remontaban a antes de la Primera Guerra Mundial. Hacía mucho tiempo que el «Este» se consideraba un área prioritaria para el dominio económico e incluso para la colonización.<sup>51</sup> El Tratado de Brest-Litovsk, que consolidaba a la Alemania imperial como un importante (aunque efímero) imperio continental europeo en 1918, reafirmó aún más la percepción de Europa Oriental como un mundo lleno de posibilidades. La visión que tenía Hitler del Este como un espacio vital para la creciente población de Alemania era una modalidad particularmente extrema de aquella idea ampliamente debatida, sobre todo en su puesta en práctica durante la guerra, que contemplaba al asesinato o a la muerte por hambre de forma deliberada de millones de habitantes no deseados. Pero incluso la obsesión de Hitler de establecer por medio de la violencia un nuevo orden racial en los amplios espacios de Europa Centro-oriental era una respuesta directa a la interpretación que él mismo hacía de los acontecimientos del

pasado: si la Alemania imperial no había logrado «civilizar» y sojuzgar permanentemente a Europa Oriental antes y en el transcurso de la Gran Guerra, fue porque los medios elegidos en aquel momento no habían sido lo suficientemente radicales. La guerra del futuro tendría que ser una «guerra total», como la denominaba Erich Ludendorff en su libro del mismo título (*Der Totale Krieg*), publicado en 1935. En la interpretación que Hitler hizo del término, esa guerra total tan sólo podía ganarse si se libraba tanto contra los enemigos internos como contra los externos.<sup>52</sup>

El racismo estaba en el origen del expansionismo y del afán imperialista de las tres potencias del Eje, pues legitimaba la conquista de territorios habitados por razas «inferiores» –ya fueran eslavas, chinas o africanas– y el asesinato o la violación de los civiles enemigos. A pesar de la retórica sobre su ambición de crear una «esfera de coprosperidad» panasiática, el régimen japonés permitía a sus soldados abusar sexualmente de las mujeres coreanas y chinas, y masacrar en masa a los civiles.<sup>53</sup> Incluso antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, Mussolini había adoptado la política de liquidar amplios sectores de la comunidad intelectual y profesional de Etiopía, como medio para «pacificar» los territorios recién conquistados. El racismo biológico sin duda adoptó su forma más extrema en Alemania, donde el antisemitismo nazi, unido a las circunstancias de la guerra, constituye un caso único por su ambición de asesinar hasta el último judío en la parte de Europa ocupada por los alemanes.<sup>54</sup>

Tras el ataque por sorpresa de Hitler contra la Unión Soviética en junio de 1941, su visión de un imperio en Europa Oriental étnicamente limpio iba a chocar violentamente tanto contra las aspiraciones de independencia nacional de la población autóctona como contra las ambiciones imperiales soviéticas para Europa Centro-oriental, que también se remontaban a 1918. Inmediatamente después del final de la Gran Guerra, el sueño de Lenin de reconquistar los territorios occidentales del imperio zarista recién perdidos tuvo que ser abandonado temporalmente cuando en 1920, el Gobierno soviético se vio obligado a firmar tratados de paz con Estonia, Lituania y Letonia, con lo que a todos los efectos renunciaba a las reivindicaciones de Moscú en la región del Báltico. Unos meses después, en marzo de 1921, el

Tratado de Riga entre la Unión Soviética y Polonia dejaba Bielorrusia Occidental, Galitzia Oriental y Volinia bajo el control directo de Varsovia.<sup>55</sup>

No obstante, en otros lugares el régimen bolchevique había tenido más éxito a la hora de recuperar los grandes territorios que había perdido temporalmente durante los meses finales de la Gran Guerra. Para cuando la Rusia soviética salió de la guerra civil, Moscú ya había recuperado el control de Armenia, Azerbaiyán, Georgia y Ucrania.<sup>56</sup> Pero las ambiciones de los bolcheviques no se acababan ahí. A finales de 1939, en virtud de las cláusulas secretas del Pacto de No Agresión entre Alemania y la URSS firmado en agosto, Stalin restablecía su control sobre las repúblicas del Báltico y sobre Polonia Oriental, dejando a Finlandia como el único territorio antiguamente gobernado por la casa de los Romanov que mantuvo su independencia de forma permanente. En última instancia, el fracaso de Hitler en su intento de crear un imperio entre Varsovia y los Urales después de 1941, cuando atacó a la Unión Soviética en contra de las disposiciones del pacto germano-soviético, le brindó a Stalin la oportunidad de ampliar aún más el imperio soviético, por el procedimiento de establecer estados clientelares en lo que acabaría convirtiéndose en el Bloque Oriental. Tan sólo treinta años después de que el Imperio ruso se hundiera para siempre en 1918, la Unión Soviética era más grande y más poderosa de lo que nunca llegó a ser la Rusia imperial.<sup>57</sup>

Los que vivieron aquella época veían las continuidades entre los años 1917-1923 y la Segunda Guerra Mundial con más claridad que muchos expertos de las décadas posteriores. Ya desde antes de la Segunda Guerra Mundial, y durante su transcurso, destacados políticos aludían constantemente al periodo de «posguerra» en sus intentos de explicar el mundo que les rodeaba o de contextualizar y justificar históricamente sus ambiciones geopolíticas. Por ejemplo, en un famoso discurso que pronunció en 1939 para conmemorar el vigésimo aniversario de la fundación de los *Fasci Italiani di Combattimento*, Benito Mussolini destacaba tanto la importancia de los años de la posguerra en el ascenso del fascismo como la necesidad de honrar con actos la memoria de los que habían muerto en los conflictos de la posguerra:

El 23 de marzo de 1919 nosotros levantamos la bandera negra de la Revolución fascista, anticipadora de la renovación europea. Alrededor de esa bandera se congregaron vuestras Escuadras, formadas por veteranos de las trincheras y por los más jóvenes, todos ellos decididos a marchar en contra de los gobiernos pusilánimes y contra las teorías orientales disgregadoras, para liberar al pueblo de la nefasta influencia del mundo de 1789. En torno a esa bandera cayeron combatiendo como héroes, en el significado más romano de la palabra, miles de camaradas, por las calles y las plazas de Italia, en tierras de África y de España, camaradas cuya memoria está siempre viva y presente en nuestros corazones. Es posible que ande por ahí alguien que haya olvidado aquellos durísimos años de privaciones [entre la multitud alguien grita: «¡Nadie!»], pero los hombres de las Escuadras no los han olvidado, no pueden olvidarlos. [Entre la multitud alguien grita: «¡Jamás!»].<sup>58</sup>

Poco más de un año después, en el momento en que Italia se unía a las fuerzas del Eje en una guerra en la que las tropas italianas iban a desplegarse por el Mediterráneo, el norte de África, los Balcanes y Rusia, Mussolini volvía sobre ese tema, sugiriendo que la «revolución» nacional de los fascistas muy pronto iba a culminarse a través de un ajuste de cuentas con los enemigos externos de Italia. La guerra en la que Italia estaba a punto de entrar, afirmaba el *Duce*, no era «nada más que una fase lógica en el desarrollo de nuestra revolución».<sup>59</sup>

También Hitler aludía reiteradamente a los años de «posguerra» en sus discursos, y a través de gestos simbólicos. Por ejemplo, su decisión de que el armisticio pactado con Francia en junio de 1940 se firmara en el bosque de Compiègnes y en el mismo vagón de tren donde los alemanes habían reconocido su derrota en noviembre de 1918 fue un acto con una gran carga simbólica, cuyo significado pudo comprender y apreciar todo el mundo, igual que la anexión de Danzig y de Prusia Occidental el año anterior: el *Führer* estaba corrigiendo las injusticias históricas cometidas contra Alemania al final de la Gran Guerra.

Además, en los estados del Báltico y en Ucrania, la Segunda Guerra Mundial reavivó los recuerdos de las guerras libradas contra el Ejército Rojo veinte años atrás. Por lo menos en un principio, muchos nacionalistas de la región acogieron positivamente la ofensiva alemana de junio de 1941 contra

la Unión Soviética como el primer paso para recuperar su estatus de naciones independientes establecido por primera vez en 1918. Al norte, en Finlandia, durante el ataque del Ejército Rojo en 1939, Carl Mannerheim, nuevamente designado comandante en jefe, destacaba en su primera orden a las Fuerzas Finlandesas de Defensa que la guerra que tenían ante sí no era otra cosa que la continuación de un conflicto que había comenzado en 1918: «¡Valientes soldados de Finlandia! Igual que en 1918, nuestro ancestral enemigo está atacando nuestro país una vez más. [...] Esta guerra no es otra cosa que el acto final de nuestra guerra de Independencia».<sup>60</sup> La Guerra de Invierno no resultó ser el «acto final» de la historia, ya que más tarde, entre 1941 y 1944, tuvo lugar la brutal guerra de Continuación. A día de hoy, muchos nacionalistas finlandeses siguen manteniendo que su país nunca participó en la Segunda Guerra Mundial, sino en un conflicto por la independencia nacional que se desarrolló de forma violenta en varios episodios interrelacionados entre 1918 y 1944.

Como queda meridianamente claro por las citas de Mussolini y Mannerheim, los que vivieron aquella época sentían la persistente presencia de los conflictos que se habían librado con tantísima violencia al final de la Gran Guerra y en el periodo inmediatamente posterior, un periodo de la historia europea que había destruido las viejas estructuras y creado otras nuevas, y que al mismo tiempo puso fin a una serie de acontecimientos históricos e inició o aceleró otros. En la memoria colectiva de los pueblos de Europa, aquel periodo ocupó un lugar destacado como un tiempo de agitación revolucionaria, de triunfo nacional, o bien se percibió como una época de humillación nacional que había que redimir con una nueva guerra. Por consiguiente, ese periodo nos ayuda a comprender la lógica y el propósito de los ciclos de violencia posteriores, que a menudo se prolongaron más allá de 1939. En el caso de Yugoslavia, su legado todavía podía sentirse en la década de 1990, cuando el Estado multiétnico, que hasta entonces se había mantenido unido en gran parte gracias a Josip Broz Tito, se sumió en una brutal guerra civil durante la que todos los bandos reprodujeron, en sus intentos de autojustificación, los horrores e injusticias de la primera mitad del siglo.

Más allá de los confines de Europa, el legado de la Gran Guerra y del periodo inmediatamente posterior también se dejó sentir durante décadas. En 1918, el discurso de Lenin y de Wilson sobre la autodeterminación y sobre los derechos de las naciones más pequeñas fueron una fuente de inspiración para los enemigos de los imperios en todos los rincones del mundo, desde el Extremo Oriente hasta el norte de África, donde los incipientes movimientos de descolonización exigían igualdad racial, autonomía o la independencia sin más. En general, ese tipo de exigencias se encontró con una respuesta violenta, y durante el periodo de entreguerras prácticamente no hubo año en que París o Londres no tuvieran que sofocar algún tipo de descontento colonial dentro de sus respectivos imperios. Aunque iba a hacer falta otra guerra, aún más homicida, entre 1939 y 1945 para encauzar hacia su fase final, a lo largo de las décadas de 1950 y 1960, el proceso de disolución mundial de los imperios, los orígenes de dicho proceso coinciden con el «momento wilsoniano» de 1918 y con la ulterior expansión de los imperios británico y francés poco tiempo después.<sup>61</sup> El más persistente de todos esos conflictos postimperiales resultó ser el que ha venido aquejando a los territorios árabes antiguamente gobernados por los otomanos. Allí, desde hace casi un siglo, se han venido produciendo estallidos de violencia con gran regularidad. Tristemente, no carece de ironía histórica que el centenario de la Gran Guerra coincidiera con una guerra civil en Siria e Irak, con una revolución en Egipto, y con violentos choques entre judíos y árabes por la cuestión de Palestina, como para demostrar que por lo menos algunos de los problemas que planteó, pero no resolvió, la Gran Guerra y los años inmediatamente posteriores siguen todavía presentes hoy en día.

# Notas

## INTRODUCCIÓN

1. Sobre la ocupación griega de Esmirna, véase Evangelia Achladi, «De la guerre à l'administration grecque: la fin de la Smyrne cosmopolite», en Marie-Carmen Smyrnelis (ed.), *Smyrne, la ville oubliée? 1830-1930: Mémoires d'un grand port ottoman*, París, Editions Autrement, 2006, pp. 180-195; Michael Llewellyn Smith, *Ionian Vision: Greece in Asia Minor 1919-1922*, Londres, Allen Lane, 1973.

2. Citado en Marjorie Housepian Dobkin, *Smyrna 1922: The Destruction of a City*, Nueva York, Newmark Press, 1998, pp. 133-134.

3. Para un relato detallado del saqueo de Esmirna, véase también Giles Milton, *Paradise Lost: Smyrna 1922: The Destruction of Islam's City of Tolerance*, Londres, Sceptre, 2008.

4. *Daily Mail*, 16 de septiembre de 1922.

5. Ernest Hemingway, «On the Quai at Smyrna», en *In Our Time*, Nueva York, Boni and Liveright, 1925. En aquella época Hemingway estaba destinado en Constantinopla. Matthew Stewart, «It Was All a Pleasant Business: The Historical Context of “On the Quai at Smyrna”», en *Hemingway Review* n.º 23 (2003), pp. 58-71.

6. Martin Gilbert, *Winston Churchill*, vol. IV, 3.ª parte: abril de 1921-noviembre de 1922, Londres, Heinemann, 1977, p. 2070.

7. Struve, citado en Peter Holquist, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, p. 2.

8. Peter Calvert, *A Study of Revolution*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1970, pp. 183-184.

9. «Krieg im Frieden», *Innsbrucker Nachrichten*, 25 de mayo de 1919.

10. Sobre los paralelismos entre Irlanda y Polonia, véase Julia Eichenberg, «The Dark Side of Independence: Paramilitary Violence in Ireland and Poland after the First World War», en *Contemporary European History*, n.º 19 (2010), pp. 231-248; Timothy K.

Wilson, *Frontiers of Violence: Conflict and Identity in Ulster and Upper Silesia, 1918-1922*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2010.

11. Estoy sumamente agradecido a Roy Foster, biógrafo de Yeats, por señalarme el lugar tan destacado que ocupaba la crisis europea general de 1917-1923 en el fuero interno de Yeats y en su obra, no sólo en «El segundo advenimiento», sino también en su secuencia de poemas «Mil novecientos diecinueve» (1921), originalmente titulado «Thoughts on the Present State of the World».

12. Véase, entre otros: Pieter M. Judson, *The Habsburg Empire: A New History*, Cambridge, Harvard University Press, 2016; John Boyer, «Boundaries and Transitions in Modern Austrian History», en Günter Bischof y Fritz Plasser (eds.), *From Empire to Republic: Post-World War I Austria*, Nueva Orleans, University of New Orleans Press, 2010, pp. 13-23; Gary B. Cohen, «Nationalist Politics and the Dynamics of State and Civil Society in the Habsburg Monarchy 1867-1914», en *Central European History*, n.º 40 (2007), pp. 241-278; Tara Zahra, *Kidnapped Souls: National Indifference and the Battle for Children in the Bohemian Lands, 1900-1948*, Ithaca, Cornell University Press, 2008; Laurence Cole y Daniel L. Unowsky (eds.), *The Limits of Loyalty: Imperial Symbolism, Popular Allegiances, and State Patriotism in the late Habsburg Monarchy*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2007; John Deak, «The Great War and the Forgotten Realm: The Habsburg Monarchy and the First World War», en *The Journal of Modern History* n.º 86 (2014), pp. 336-380; Maureen Healy, *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire: Total War and Everyday Life in World War I*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2004. Sobre la Alemania imperial, véase el ya clásico libro revisionista de David Blackbourn y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1984; así como Christopher Clark, *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*, Londres, Allen Lane, 2006; y los ensayos en Dominik Geppert y Robert Gerwarth (eds.), *Wilhelmine Germany and Edwardian Britain: Essays on Cultural Affinity*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2008.

13. Michelle U. Campos, *Ottoman Brothers: Muslims, Christians, and Jews in Early Twentieth-Century Palestine*, Stanford, Stanford University Press, 2011, pp. 1-19.

14. M. Sükrü Hanioglu, *A Brief History of the Late Ottoman Empire*, Princeton, Princeton University Press, 2006, pp. 187-188.

15. Nicholas Doumanis, *Before the Nation: Muslim-Christian Coexistence and its Destruction in Late Ottoman Anatolia*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2013, p. 152.

16. Sobre la gripe española, véase Howard Phillips y David Killingray (eds.), *The Spanish Influenza Pandemic of 1918-19: New Perspectives*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003. Sobre el bloqueo y sus efectos véase por ejemplo Nigel Hawkins, *The*

*Starvation Blockades: Naval Blockades of World War I*, Barnsley, Leo Cooper, 2002; Eric W. Osborne, *Britain's Economic Blockade of Germany, 1914-1919*, Londres y Nueva York, Frank Cass, 2004; C. Paul Vincent, *The Politics of Hunger: The Allied Blockade of Germany, 1915-1919*, Athens, Ohio University Press, 1985; N. P. Howard, «The Social and Political Consequences of the Allied Food Blockade of Germany, 1918-19», en *German History*, n.º 11 (1993), pp. 161-188.

17. Peter Holquist, «Violent Russia, Deadly Marxism? Russia in the Epoch of Violence, 1905-21», en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, n.º 4 (2003), pp. 627-652, aquí p. 645.

18. Churchill, citado en Norman Davies, *White Eagle, Red Star: The Polish-Soviet War, 1919-20 and 'the Miracle on the Vistula'*, 2.ª edición, Londres, Pimlico, 2004, p. 21. Para una exploración más reciente de los conflictos revolucionarios, contrarrevolucionarios y étnicos, véase, por ejemplo, Robert Gerwarth y John Horne (eds.), *War in Peace: Paramilitary Violence after the Great War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2012. Una notable excepción es el estudio pionero de Sven Reichardt, *Faschistische Kampfbünde: Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadrismus und in der deutschen SA*, Colonia, Weimar y Viena, Böhlau Verlag, 2002.

19. Michael Provence, «Ottoman Modernity, Colonialism, and Insurgency in the Arab Middle East», en *International Journal of Middle East Studies*, n.º 43 (2011), p. 206; Dietrich Beyrau y Pavel P. Shcherbinin, «Alles für die Front: Russland im Krieg 1914-1922», en Horst Bauerkämper y Elise Julien (eds.), *Durchhalten! Krieg und Gesellschaft im Vergleich 1914-1918*, Gotinga, Vandenhoeck y Ruprecht, 2010, pp. 151-177, aquí p. 151.

20. Balfour a Lord Walter Rothschild, 2 de noviembre de 1917. Sobre el contexto: Provence, «Ottoman Modernity», p. 206, y, muy recientemente, Eugene Rogan, *The Fall of the Ottomans: The Great War in the Middle East, 1914-1920*, Londres, Allen Lane, 2015.

21. Las estimaciones en el caso de esas guerras son notoriamente difíciles, pero para una aproximación véase Davies, *White Eagle, Red Star*, p. 247, que conjetura que murieron 50.000 soldados polacos y 200.000 resultaron heridos o desaparecidos en combate. Davies estima que el número de bajas soviéticas fue aún mayor.

22. Michael A. Reynolds, *Shattering Empires: The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires, 1908-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011; Alexander V. Prusin, *The Lands Between: Conflict in the East European Borderlands, 1870-1992*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2010, pp. 72-97; Piotr Wróbel, «The Seeds of Violence: The Brutalization of an East European Region, 1917-1921», *Journal of Modern European History*, n.º 1 (2003), pp. 125-149; Peter Gatrell, «Wars after the War: Conflicts, 1919-1923», en John Horne (ed.), *A Companion to World War I*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 558-575; Richard Bessel,

«Revolution», en Jay Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War*, vol. 2, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2014, pp. 126-144, aquí p. 138.

23. Sobre estos discursos, véase William Mulligan, *The Great War for Peace*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2014.

24. Richard Bessel, «Revolution», p. 127.

25. Richard C. Hall, *The Balkan Wars, 1912-1913: Prelude to the First World War*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000.

26. George F. Kennan, *The Decline of Bismarck's European Order: Franco-Russian Relations, 1875-1890*, Princeton, Princeton University Press, 1981.

27. George L. Mosse, *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1990. Se dieron argumentos parecidos para el caso de Italia y de Europa en su conjunto. Sobre Italia, véase Adrian Lyttelton, «Fascism and Violence in Post-War Italy: Political Strategy and Social Conflict», en Wolfgang J. Mommsen y Gerhard Hirschfeld (eds.), *Social Protest, Violence and Terror*, Londres, Palgrave Macmillan, 1982, pp. 257-274, aquí pp. 262-263. Sobre Europa más en general, véase Enzo Traverso, *Fire and Blood: The European Civil War, 1914-1945*, Nueva York, Verso, 2016.

28. Para un comentario crítico sobre el libro de George Mosse, véase Antoine Prost, «The Impact of War on French and German Political Cultures», en *The Historical Journal*, n.º 37 (1994), pp. 209-217. Véase también: Benjamin Ziemann, *War Experiences in Rural Germany, 1914-1923*, Oxford y Nueva York, Berg, 2007; Dirk Schumann, «Europa, der Erste Weltkrieg und die Nachkriegszeit: Eine Kontinuität der Gewalt?», en *Journal of Modern European History*, n.º 1 (2003), pp. 24-43. Véase también Antoine Prost y Jay Winter (eds.), *The Great War in History: Debates and Controversies, 1914 to the Present*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

29. Robert Gerwarth y John Horne (eds.), «Vectors of Violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923», en *The Journal of Modern History*, n.º 83 (2011), pp. 489-512.

30. Robert Gerwarth y John Horne, «Bolshevism as Fantasy: Fear of Revolution and Counter-Revolutionary Violence, 1917-1923», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 40-51.

31. Wolfgang Schivelbusch, *The Culture of Defeat: On National Trauma, Mourning and Recovery*, Nueva York, Holt, 2003.

32. Gerwarth y Horne, «Vectors of Violence», p. 493.

33. Sobre Gran Bretaña, Jon Lawrence, «Forging a Peaceable Kingdom: War, Violence, and Fear of Brutalization in Post-First World War Britain», en *Journal of Modern History*, n.º 75 (2003), pp. 557-589. Sobre Francia, John Horne, «Defending

Victory: Paramilitary Politics in France, 1918-26», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 216-233.

34. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1951, p. 260.

35. Sobre este tema, véase Wilson, *Frontiers of Violence*; Annemarie H. Sammartino, *The Impossible Border: Germany and the East, 1914-1922*, Ithaca y Londres, Cornell University Press; 2010. Eric D. Weitz y Omer Bartov (eds.), *Shatterzones of Empires: Coexistence and Violence in the German, Habsburg, Russian, and Ottoman Borderlands*, Bloomington, Indiana University Press, 2013; Gerwarth y Horne, *War in Peace*; Reynolds, *Shattering Empires*.

36. John Paul Newman, «Serbian Integral Nationalism and Mass Violence in the Balkans 1903-1945», en *Tijdschrift voor Geschiedenis*, n.º 124 (2011), pp. 448-463, e id., *Yugoslavia in the Shadow of War: Veterans and the Limits of State Building, 1903-1945*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015. Sobre Rusia, véase Holquist, «Violent Russia», pp. 627-652. Sobre Irlanda, véase Matthew J. Kelly, *The Fenian Ideal and Irish Nationalism, 1882-1916*, Woodbridge, Boydell and Brewer, 2006.

## CAPÍTULO 1

1. Robert Service, *Lenin: A Biography*, Londres, Macmillan, 2000, pp. 256-264.

2. *Ibíd.*

3. Sobre el apoyo de Alemania a los republicanos irlandeses, véase Jerome aan de Wiel, *The Irish Factor 1899-1919: Ireland's Strategic and Diplomatic Importance for Foreign Powers*, Dublín, Irish Academic Press, 2008; Matthew Plowman, «Irish Republicans and the Indo-German Conspiracy of World War I», en *New Hibernia Review*, n.º 7 (2003), pp. 81-105. Sobre el apoyo a la yihad, véase Tilman Lüdke, *Jihad Made in Germany: Ottoman and German Propaganda and Intelligence Operations in the First World War*, Münster, Lit Verlag, 2005, pp. 117-125; Rudolf A. Mark, *Krieg an Fernen Fronten: Die Deutschen in Zentralasien und am Hindukusch 1914-1924*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2013, pp. 17-42.

4. Jörn Leonhard, *Die Büchse der Pandora: Geschichte des Ersten Weltkriegs*, Múnich, C. H. Beck, 2014, p. 654; Gerd Koenen, *Der Russland-Komplex: Die Deutschen und der Osten, 1900-1945*, Múnich, C. H. Beck, 2005, pp. 63 y ss.

5. Reinhard R. Doerries, *Prelude to the Easter Rising: Sir Roger Casement in Imperial Germany*, Londres y Portland, Frank Cass, 2000; Mary E. Daly (ed.), *Roger Casement in Irish and World History*, Dublín, Royal Irish Academy, 2005.

6. Willi Gautschi, *Lenin als Emigrant in der Schweiz*, Zúrich, Benziger Verlag, 1973, pp. 249-256; Helen Rappaport, *Conspirator: Lenin in Exile*, Nueva York, Basic Books, 2010, pp. 286-298.

7. Christopher Read, *Lenin: A Revolutionary Life*, Abingdon y Nueva York, Routledge, 2005, p. 30; Hélène Carrère d'Encausse, *Lenin: Revolution and Power*, Nueva York y Londres, Longman, 1982; Service, *Lenin*, p. 109.

8. Service, *Lenin*, p. 137.

9. *Ib id.*, pp. 135-142; Leonhard, *Die Büchse der Pandora*, p. 652; Read, *Lenin*, pp. 56 y ss.

10. Leonhard, *Die Büchse der Pandora*, p. 652.

11. *Ib id.* Sobre Z urich y Suiza en aquel periodo, véase Georg Kreis, *Insel der unsicheren Geborgenheit: die Schweiz in den Kriegsjahren 1914-1918*, Z urich, NZZ, 2014; Roman Rossfeld, Thomas Buomberger y Patrick Kury (eds.), *14/18. Die Schweiz und der Grosse Krieg*, Baden, hier + jetzt, 2014.

12. Sobre este debate, véase David Priestland, *The Red Flag: A History of Communism*, Londres, Penguin, 2009, pp. 52-60; Robert Service, *Comrades! World History of Communism*, Cambridge, Harvard University Press, 2007, pp. 36-57.

13. Sobre el socialismo en 1914, véase la obra clásica de Georges Haupt, *Socialism and the Great War: The Collapse of the Second International*, Oxford, Clarendon Press, 1972.

14. Read, *Lenin*, pp. 36-42.

15. Leonhard, *Die Büchse der Pandora*, p. 654; Service, *Lenin*, pp. 254 y ss.

16. Leonhard, *Die Büchse der Pandora*, p. 655.

17. *Ib id.*; Service, *Lenin*, p. 260.

## CAPÍTULO 2

1. Sobre los «pasos de gigante», véase el libro clásico de Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of Essays*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1962, sobre todo el Cap. 2. Hans Rogger, *Russia in the Age of Modernization and Revolution, 1881-1917*, Londres, Longman, 1983, pp. 102-107; Malcolm E. Falkus, *The Industrialization of Russia, 1700-1914*, Londres, Macmillan, 1972, pp. 61-74.

2. Douglas Smith, *Former People: The Final Days of the Russian Aristocracy*, Londres, Macmillan, 2012, p. 21. Véase también W. Bruce Lincoln, *In War's Dark Shadow: The Russians Before the Great War*, Londres, Dial Press, 1983, p. 35; Orlando Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, Jonathan Cape,

1996, p. 88.

3. Smith, *Former People*, p. 25. Sobre la aristocracia rusa, véase también Dominic Lieven, *Russian Rulers under the Old Regime*, Londres y New Haven, Yale University Press, 1989; Elise Kimerling Wirtschafter, *Social Identity in Imperial Russia*, DeKalb, Northern Illinois Press, 1997, pp. 21-37; Andreas Grenzer, *Adel und Landbesitz im ausgehenden Zarenreich*, Stuttgart, Steiner, 1995; Roberta Thompson Manning, *The Crisis of the Old Order in Russia: Gentry and Government*, Princeton, Princeton University Press, 1983; Manfred Hildermeier (ed.), *Der russische Adel von 1700 bis 1917*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 1990; Seymour Becker, *Nobility and Privilege in Late Imperial Russia*, DeKalb, Northern Illinois Press, 1985.

4. Antón Chéjov, *The Cherry Orchard*, en *Four Great Plays by Anton Chekhov*, trad. al inglés Constance Garnet, Nueva York, Bantam Books, 1958; Smith, *Former People*, p. 27.

5. Sobre *El seqedal*, de Bunin, véase Katherine Bowers y Ani Kokobobo, *Russian Writers and the Fin de Siècle: The Twilight of Realism*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015, pp. 154 y ss.; Smith, *Former People*, pp. 57 y ss.

6. Rogger, *Russia*, pp. 109-111; Smith, *Former People*, pp. 29 y ss.; Carsten Goehrke, *Russischer Alltag: Geschichte in neun Zeitbildern*, vol. 2, Zürich, Chronos, 2003, pp. 365-358.

7. Lincoln, *In War's Dark Shadow*, pp. 103-134; Smith, *Former People*, pp. 29 y ss.

8. Dietrich Beyrau, «Brutalization Revisited: The Case of Bolshevik Russia», en *Journal of Contemporary History*, n.º 50 (2015), pp. 15-37, aquí p. 20. Sobre los diferentes estratos de la Revolución de 1905 véase también Toivo U. Raun, «The Revolution of 1905 in the Baltic Provinces and Finland», en *Slavic Review*, n.º 43 (1984), pp. 453-467; Jan Kusber, *Krieg und Revolution in Russland 1904-1906: Das Militär im Verhältnis zu Wirtschaft, Autokratie und Gesellschaft*, Stuttgart, Franz Steiner, 1997.

9. Sobre la violencia policial en Moscú durante aquel periodo, véase Felix Schnell, *Ordnungshüter auf Abwegen? Herrschaft und illegitime polizeiliche Gewalt in Moskau, 1905-1914*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2006.

10. Anna Geifman, *Thou Shalt Kill: Revolutionary Terrorism in Russia, 1894-1917*, Princeton, Princeton University Press 1993, pp. 18-21; Holquist, «Violent Russia», pp. 627-652.

11. Leopold Haimson, «The Problem of Stability in Urban Russia, 1905-1917», en *Slavic Review*, n.º 23 (1964), pp. 619-642; y n.º 24 (1965), pp. 1-22; Michael S. Melancon, *The Lena Goldfields Massacre and the Crisis of the Late Tsarist State*, College Station, Texas A&M University Press, 2006; Ludmilla Thomas, *Geschichte Sibiriens: Von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Berlín, Akademie-Verlag, 1982, pp. 115 y ss.

12. Beyrau, «Brutalization Revisited», p. 21; David Saunders, «The First World War

and the End of Tsarism», en Ian D. Thatcher (ed.), *Reinterpreting Revolutionary Russia: Essays in Honour of James D. White*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2006, pp. 55-71.

13. Figes, *A People's Tragedy*, pp. 3-6; Wayne Dowler, *Russia in 1913*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 2010.

14. Beyrau, «Brutalization Revisited», pp. 15-37.

15. Sobre este asunto, véase Joshua Sanborn, *Drafting the Russian Nation: Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905-1925*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 2003.

16. Heinrich August Winkler, *The Age of Catastrophe: A History of the West 1914-1945*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2015, p. 19. Sobre la zarina, véase Detlef Jena, *Die Zarrinnen Rußlands (1547-1918)*, Graz, Styria, 1999, pp. 326-327.

17. David Stone, *The Russian Army in the Great War: The Eastern Front, 1914-1917*, Lawrence, University of Kansas Press, 2015. Sobre las cifras de bajas, véase Rüdiger Overmans, «Kriegsverluste», en Gerhard Hirschfeld, Gerd Krumeich e Irina Renz (eds.), *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*, 2.<sup>a</sup> ed. revisada, Paderborn, Schoeningh, 2004, pp. 663-666. Sobre la cifra de prisioneros de guerra, véase Reinhard Nachtigal, *Kriegsgefangenschaft an der Ostfront 1914-1918: Literaturbericht zu einem neuen Forschungsfeld*, Fráncfort, Peter Lang, 2003, pp. 15-19.

18. Beyrau, «Brutalization Revisited», p. 22.

19. Holquist, *Making War*, pp. 30, 44.

20. Informe de la policía secreta, citado en Smith, *Former People*, p. 65.

21. Stephen Smith, *Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; David Reynolds, *The Long Shadow: The Great War and the Twentieth Century*, Londres, Simon and Schuster, 2013, p. 43.

22. Sobre la Revolución de Febrero, véase Helmut Altrichter, *Rußland 1917: Ein Land auf der Suche nach sich selbst*, Paderborn, Schöningh, 1997, pp. 110-140; Manfred Hildermeier, *Geschichte der Sowjetunion 1917-1991: Entstehung und Niedergang des ersten sozialistischen Staates*, Múnich, C. H. Beck, 1998, pp. 64-80; Peter Gatrell, *Russia's First World War, 1914-1917: A Social and Economic History*, Londres, Pearson, 2005, pp. 197-220; Rex A. Wade, *The Russian Revolution, 1917*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2000; Stephen Smith, *The Russian Revolution: A Very Short Introduction*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2002, Cap. 1; Christopher Read, *From Tsar to Soviets: The Russian People and their Revolution, 1917-1921*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1996; Tsuyoshi Hasegawa, «The February Revolution», en Edward Acton, Vladimir Iu. Cherniaev y William G. Rosenberg (eds.), *Critical Companion to the Russian Revolution 1914-1921*, Londres, Arnold, 1997, pp. 48-61; Barbara Alpern Engel, «Not by Bread Alone: Subsistence Riots in Russia during World

War I», *Journal of Modern History*, n.º 69 (1997), pp. 696-721; Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army, vol. 1: The Old Army and the Soldiers' Revolt (March-April 1917)*, Princeton, Princeton University Press, 1980.

23. W. Bruce Lincoln, *Passage through Armageddon: The Russians in War and Revolution*, Nueva York, Simon and Schuster, 1986, pp. 321-325; Richard Pipes, *The Russian Revolution 1899-1919*, Londres, Harvill Press, 1997, pp. 274-275; Rogger, *Russia*, pp. 266-267.

24. Dominic Lieven, *Nicholas II: Emperor of all the Russians*, Londres, Pimlico, 1994, p. 226.

25. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, pp. 123-124.

26. Lincoln, *Passage*, pp. 327-331; Rogger, *Russia*, pp. 266-267; Figes, *A People's Tragedy*, pp. 311-320.

27. Smith, *Former People*, p. 72; Lincoln, *Passage*, pp. 331-333; Pipes, *Russian Revolution*, pp. 279-281; Figes, *A People's Tragedy*, pp. 320-321.

28. Pipes, *Russian Revolution*, pp. 307-317; Lincoln, *Passage*, pp. 337-345.

29. Lincoln, *Passage*, pp. 334-344; Figes, *A People's Tragedy*, pp. 327-349; Robert Paul Browder y Alexander F. Kerensky (eds.), *The Russian Provisional Government 1917: Documents*, 3 vols., Stanford, Stanford University Press, 1961; William G. Rosenberg, *The Liberals in the Russian Revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921*, Princeton, Princeton University Press, 1974, pp. 114-116.

30. Marc Ferro, *October 1917: A Social History of the Russian Revolution*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1980.

31. Figes, *A People's Tragedy*, pp. 323-331; Smith, *Former People*, p. 73.

32. Lenin, citado en Service, *Lenin*, p. 268.

33. Figes, *A People's Tragedy*, pp. 334-335; Pipes, *Russian Revolution*, pp. 320-323.

34. Figes, *A People's Tragedy*, pp. 361-384.

35. Lincoln, *Passage*, pp. 346-371; Altrichter, *Rußland 1917*, pp. 166-170.

36. Joshua Sanborn, *Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014, pp. 205-211.

37. *Ibíd.*, p. 209.

38. Andrejs Plakans, *The Latvians: A Short History*, Stanford, Hoover Institution Press, 1995, p. 108.

39. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, p. 369; Mark von Hagen, *War in a European Borderland: Occupations and Occupation Plans in Galicia and Ukraine, 1914-1918*, Seattle, University of Washington Press, 2007, pp. 84-85.

40. Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2: *The Road to*

*Soviet Power and Peace*, Princeton, Princeton University Press, 1987, pp. 225-231; Sanborn, *Drafting the Russian Nation*, pp. 173-174.

41. Figes, *A People's Tragedy*, pp. 423-435; Ronald G. Suny, «Toward a Social History of the October Revolution», *American Historical Review*, n.º 88 (1983), pp. 31-52.

42. George Katkov, *The Kornilov Affair: Kerensky and the Breakup of the Russian Army*, Londres y Nueva York, Longman, 1980; Harvey Ascher, «The Kornilov Affair: A Reinterpretation», *Russian Review*, n.º 29 (1970), pp. 286-300.

43. *Ibíd.*; Smith, *Former People*, p. 105.

44. Sobre Trotski, véase Isaac Deutscher, *The Prophet Armed: Trotsky, 1879-1921*, Oxford, Oxford University Press, 1954; Robert Service, *Trotsky: A Biography*, Cambridge, Harvard University Press, 2009; Geoffrey Swain, *Trotsky and the Russian Revolution*, Londres y Nueva York, Routledge, 2014; Joshua Rubenstein, *Leon Trotsky: A Revolutionary's Life*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2006.

45. Vladimir Ilich Lenin, «The State and Revolution», en Lenin, *Collected Works*, 45 vols., Moscú, 1964-1974, vol. 25, pp. 412 y ss; Winkler, *The Age of Catastrophe*, pp. 26-27.

46. Pipes, *Russian Revolution*, 439-467. Sobre el desafío de las reivindicaciones de autonomía, véase Andreas Kappeler, *Rußland als Vielvölkerreich: Entstehung – Geschichte – Zerfall*, Múnich, C. H. Beck, 1993; Mark, *Krieg an fernen Fronten*, pp. 131-134.

47. Figes, *A People's Tragedy*, pp. 462-463.

48. Orlando Figes, *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution, 1917-21*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1989, pp. 21-22; Graeme J. Gill, *Peasants and Government in the Russian Revolution*, Nueva York, Barnes and Noble, 1979, pp. 157-158; Altrichter, *Rußland 1917*, pp. 330-358.

49. Lincoln, *Passage*, pp. 463-468.

50. Pipes, *Russian Revolution*, p. 492.

51. Leonhard, *Die Büchse der Pandora*, p. 679; Hildermeier, *Geschichte der Sowjetunion*, p. 117; Rex A. Wade, «The October Revolution, the Constituent Assembly, and the End of the Russian Revolution», en Thatcher, *Reinterpreting Revolutionary Russia*, pp. 72-85.

52. Pipes, *Russian Revolution*, pp. 541-555.

53. Figes, *A People's Tragedy*, pp. 492-497; Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviki in Power: The First Year of Soviet Rule in Petrograd*, Bloomington, Indiana University Press, 2007, pp. 302-304.

54. Smith, *Former People*, p. 118; Lincoln, *Passage*, pp. 458-461; Pipes, *Russian Revolution*, p. 499.

55. Figes, *Peasant Russia*, pp. 296-297.

56. Smith, *Former People*, p. 134; Gill, *Peasants*, p. 154.

57. Sean McMeekin, *History's Greatest Heist: The Looting of Russia by the Bolsheviks*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2009, pp. 12-13, 24-25, 73-91. Para un estudio de caso local, véase Donald J. Raleigh, *Experiencing Russia's Civil War: Politics, Society and Revolutionary Culture in Saratov, 1917-1922*, Princeton, Princeton University Press, 2002.

### CAPÍTULO 3

1. Sobre Brest-Litovsk, véase Vejas Gabriel Liulevicius, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2000, pp. 204-207; Sanborn, *Imperial Apocalypse*, pp. 232 y ss.; y la crónica clásica de Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918: Von Brest– Litovsk bis zum Ende des Ersten Weltkriegs*, Viena y Múnich, Oldenbourg, 1966, pp. 13-92.

2. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik*, 1918, p. 16.

3. Véase el relato de Hoffmann en Karl Friedrich Nowak (ed.), *Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann*, 2 vols., Berlín, Verlag für Kulturpolitik, 1929, aquí vol. 2, p. 190. Véase también el relato de otro veterano diplomático alemán que participó en la redacción del Tratado de Brest-Litovsk, Frederic von Rosenberg: Winfried Becker, *Frederic von Rosenberg (1874-1937): Diplomat vom späten Kaiserreich bis zum Dritten Reich, Außenminister der Weimarer Republik*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 2011, pp. 26-40; Baumgart, *Deutsche Ostpolitik...*, p. 14.

4. Richard von Kühlmann, *Erinnerungen*, Heidelberg, Schneider, 1948, pp. 523 y ss.; Lev Trotski, *My Life: The Rise and Fall of a Dictator*, Nueva York y Londres, Butterworth, 1930; Nowak, *Die Aufzeichnungen*, pp. 207 y ss.; Werner Hahlweg, *Der Diktatfrieden von Brest-Litovsk 1918 und die bolschewistische Weltrevolution*, Münster, Aschendorff, 1960; Christian Rust, «Self-Determination at the Beginning of 1918 and the German Reaction», *Lithuanian Historical Studies*, n.º 13 (2008), pp. 43-46.

5. Ottokar Luban, «Die Massenstreiks für Frieden und Demokratie im Ersten Weltkrieg», en Chaja Boebel y Lothar Wentzel (eds.), *Streiken gegen den Krieg: Die Bedeutung der Massenstreiks in der Metallindustrie vom Januar 1918*, Hamburgo, VSA-Verlag, 2008, pp. 11-27.

6. Oleksii Kurayev, *Politika Nimechchini i Avstro-Uhorshchini v Pershii svitovij vijni: ukrayinskii napryamok*, Kiev, Inst. Ukraïnskoi Archeohrafiï ta Džereloznavstva Im. M. S. Hrushevskoho, 2009, pp. 220-246; Wolfdieter Bihl, *Österreich-Ungarn und die Friedensschlüsse von Brest-Litovsk*, Viena, Colonia y Graz, Böhlau, 1970, pp. 60-62;

Caroline Milow, *Die ukrainische Frage 1917-1923 im Spannungsfeld der europäischen Diplomatie*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2002, pp. 110-115; Stephan M. Horak, *The First Treaty of World War I: Ukraine's Treaty with the Central Powers of February 9, 1918*, Boulder, East European Monographs, 1988; Frank Golczewski, *Deutsche und Ukrainer 1914-1939*, Paderborn, Schöningh, 2010, pp. 240-246.

7. Oleh S. Fedyshyn, *Germany's Drive to the East and the Ukrainian Revolution, 1917-1918*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1971; Peter Borowsky, «Germany's Ukrainian Policy during World War I and the Revolution of 1918-19», en Hans-Joachim Torke y John-Paul Himka (eds.), *German-Ukrainian Relations in Historical Perspective*, Edmonton, Canadian Institute of Ukrainian Studies, 1994, pp. 84-94; Golczewski, *Deutsche und Ukrainer*, pp. 289-306; Olavi Arens, «The Estonian Question at Brest-Litovsk», *Journal of Baltic Studies*, n.º 25 (1994), p. 309; Rust, «Self-Determination»; Gert von Pistohlkors (ed.), *Deutsche Geschichte im Osten Europas. Baltische Länder*, Berlín, Siedler, 1994, pp. 452-460; Hans-Erich Volkmann, *Die deutsche Baltikumpolitik zwischen Brest-Litowsk und Compiègne*, Colonia y Viena, Böhlau, 1970.

8. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik*, pp. 14 y ss.; Dietmar Neutatz, *Träume und Alpträume: Eine Geschichte Russlands im 20. Jahrhundert*, Múnich, C. H. Beck, 2013, pp. 158-160; Hahlweg, *Der Diktatfrieden von Brest-Litowsk*, pp. 50-52.

9. Hannes Leidinger y Verena Moritz, *Gefangenschaft, Revolution, Heimkehr. Die Bedeutung der Kriegsgefangenproblematik für die Geschichte des Kommunismus in Mittel- und Osteuropa 1917-1920*, Viena, Colonia y Weimar, Böhlau, 2003; Reinhard Nachtigal, *Russland und seine österreichisch-ungarischen Kriegsgefangenen (1914-1918)*, Remshalden, Verlag Bernhard Albert Greiner, 2003; Alan Rachaminow, *POWs and the Great War: Captivity on the Eastern Front*, Oxford y Nueva York, Berg, 2002.

10. Sobre la estimación de que hubo dos millones de prisioneros de guerra austrohúngaros en manos de Rusia, véase Nachtigal, *Kriegsgefangenen (1914-1918)*; Lawrence Sondhaus, *World War One: The Global Revolution*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011, p. 421. Sobre Tito en particular, véase Vladimir Dedijer, *Novi prilozi za biografiju Josipa Broza Tita 1*, Zagreb y Rijeka, Mladost i Spektar; Liburnija, 1980, pp. 57-59 (reimpresión de la edición original de 1953).

## CAPÍTULO 4

1. Citado en Michael Reynolds, «The Ottoman-Russian Struggle for Eastern Anatolia and the Caucasus, 1908-1918: Identity, Ideology and the Geopolitics of World Order», disertación de doctorado, Princeton University, 2003, p. 308.

2. David Kennedy, *Over Here: The First World War and American Society*, Oxford y

Nueva York, Oxford University Press, 1980, p. 169.

3. Keith Hitchins, *Rumania, 1866-1947*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1994, pp. 273 y ss.

4. Sobre Austria-Hungría durante la Gran Guerra, véase Manfred Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers: Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg*, Graz, Styria, 1993.

5. *Ibíd.* Sobre la ofensiva de Brusilov véase Alexander Watson, *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary at War, 1914-18*, Londres, Allen Lane, 2014, pp. 300-310.

6. Nicola Labanca, «La guerra sul fronte italiano e Caporetto», en Stéphane Audoin-Rouzeau y Jean-Jacques Becker (eds.), *La prima guerra mondiale*, vol. 1, Turín, Einaudi, 2007, pp. 443-460.

7. Ludendorff, citado en Manfred Nebelin, *Ludendorff: Diktator im Ersten Weltkrieg*, Múnich, Siedler, 2010, p. 404.

8. Anotación de diario del 31 de diciembre de 1917, en Albrecht von Thaer, *Generalstabsdienst an der Front und in der OHL: Aus Briefen und Tagebuchaufzeichnungen, 1915-1919*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 1958, pp. 150-151; Watson, *Ring of Steel*, p. 514.

9. Watson, *Ring of Steel*, pp. 514 y ss.

10. Michael S. Neiberg, *The Second Battle of the Marne*, Bloomington, Indiana University Press, 2008, p. 34; Michael Geyer, *Deutsche Rüstungspolitik 1860-1980*, Fráncfort, Suhrkamp, 1984, pp. 83-96; Richard Bessel, *Germany after the First World War*, Oxford y Nueva York, Clarendon Press, 1993, p. 5. Sobre el traslado de las tropas alemanas, véase Giordan Fong, «The Movement of German Divisions to the Western Front, Winter 1917-1918», en *War in History*, n.º 7 (2000), pp. 225-235, aquí, pp. 229-230.

11. Rogan, *The Fall of the Ottomans*, pp. 356-357; Ryan Gingeras, *Fall of the Sultanate: The Great War and the End of the Ottoman Empire, 1908-1922*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2016, pp. 244-245.

12. Rogan, *The Fall of the Ottomans*, p. 356; Gingeras, *Fall of the Sultanate*, p. 244.

13. Gingeras, *Fall of the Sultanate*, pp. 244-245; Rudolf A. Mark, *Krieg an Fernen Fronten*, pp. 164 y ss.

14. Leonhard, *Die Büchse der Pandora*, p. 805.

15. David Stevenson, *With our Backs to the Wall: Victory and Defeat in 1918*, Londres, Allen Lane, 2011, p. 7 (sobre el coste en vidas de las ofensivas) y p. 35 (sobre la falta de alternativas).

16. Hay una crónica muy detallada de las ofensivas en David T. Zabecki, *The German 1918 Offensives: A Case Study in the Operational Level of War*, Nueva York, Routledge, 2006, pp. 126-133. Para un análisis más conciso y reciente, véase Watson, *Ring of Steel*, pp. 517 y ss.

17. Ernst Jünger, *In Stahlgewittern: Ein Kriegstagebuch*, 24.<sup>a</sup> edición, Berlín, Mittler 1942, pp. 244 y ss. La versión editada no es demasiado distinta de la anotación original en el diario: Ernst Jünger, *Kriegstagebuch 1914-1918*, ed. Helmuth Kiesel, Stuttgart, Klett-Cotta, 2010, pp. 375 y ss. (anotación del 21 de marzo de 1918). Sobre la vida de Jünger, véase Helmuth Kiesel, *Ernst Jünger: Die Biographie*, Múnich, Siedler, 2007.
18. Watson, *Ring of Steel*, pp. 519 y ss.; Martin Middlebrook, *The Kaiser's Battle: The First Day of the German Spring Offensive*, Londres, Viking, 1978.
19. J. Paul Harris, *Douglas Haig and the First World War*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2008, pp. 454-456.
20. Alan Kramer, *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 269-271; Holger Herwig, *The First World War: Germany and Austria-Hungary, 1914-1918*, Londres, Edward Arnold, 1997, pp. 400-416. Sobre la superación de las rivalidades entre Francia y Gran Bretaña, véase Elizabeth Greenhalgh, *Victory through Coalition: Politics, Command and Supply in Britain and France, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2005.
21. Georg Alexander von Müller, *The Kaiser and his Court: The Diaries, Notebooks, and Letters of Admiral Alexander von Müller*, Londres, Macdonald, 1961, p. 344.
22. Hugenberg, citado en Nebelin, *Ludendorff*, pp. 414-415.
23. Watson, *Ring of Steel*, p. 520.
24. Zabecki, *German 1918 Offensives*, pp. 139-173; Stevenson, *With Our Backs to the Wall*, p. 67.
25. Wilhelm Deist, «Verdeckter Militärstreik im Kriegsjahr 1918?», en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des kleinen Mannes: Eine Militärgeschichte von unten*, Múnich y Zúrich, Piper, 1998, pp. 146-167, aquí pp. 149-150.
26. Alexander Watson, *Enduring the Great War: Combat Morale and Collapse in the German and British Armies, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2008, p. 181.
27. Zabecki, *German 1918 Offensives*, pp. 184-205; Watson, *Ring of Steel*, p. 521; Robert Foley, «From Victory to Defeat: The German Army in 1918», en Ashley Ekins (ed.), *1918: Year of Victory*, Auckland y Wollombi, Exisle, 2010, pp. 69-88, aquí p. 77.
28. Stevenson, *With Our Backs to the Wall*, pp. 78-88.

## CAPÍTULO 5

1. Herwig, *The First World War*, Londres, Bloomsbury, 1996, p. 414; Leonard V.

Smith, Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, *France and the Great War, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2003, p. 151; Stevenson, *With Our Backs to the Wall*, p. 345.

2. Scott Stephenson, *The Final Battle: Soldiers of the Western Front and the German Revolution of 1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2009, p. 25.

3. *Ibid.*, p. 25.

4. Oliver Haller, «German Defeat in World War I, Influenza and Postwar Memory», en Klaus Weinbauer, Anthony McElligott y Kirsten Heinsohn (eds.), *Germany 1916-23: A Revolution in Context*, Bielefeld, Transcript, 2015, pp. 151-180, aquí pp. 173 y ss. Véase también Eckard Michels, «Die “Spanische Grippe” 1918/19: Verlauf, Folgen und Deutungen in Deutschland im Kontext des Ersten Weltkriegs», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (2010), pp. 1-33; Frieder Bauer y Jörg Vögele, «Die “Spanische Grippe” in der deutschen Armee 1918: Perspektive der Ärzte und Generäle», en *Medizinhistorisches Journal*, n.º48 (2013), pp. 117-152; Phillips y Killingray, *The Spanish Influenza*.

5. Stephenson, *The Final Battle*, p. 25.

6. Para el estado de las unidades del frente durante las últimas semanas véanse los informes en A. Philipp (ed.), *Die Ursachen des Deutschen Zusammenbruches im Jahre 1918. Zweite Abteilung: Der innere Zusammenbruch*, vol. 6, Berlín, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik, 1928, pp. 321-386.

7. Bernd Ulrich y Benjamin Ziemann (eds.), *Frontalltag im Ersten Weltkrieg: Wahn und Wirklichkeit. Quellen und Dokumente*, Fráncfort, Fischer, 1994, p. 94 (informe del 4 de septiembre de 1918).

8. Stevenson, *With Our Backs to the Wall*, pp. 112-169.

9. Nebelin, *Ludendorff*, pp. 423-424.

10. Wolfgang Foerster, *Der Feldherr Ludendorff im Unglück: Eine Studie über seine seelische Haltung in der Endphase des ersten Weltkrieges*, Wiesbaden, Limes Verlag, 1952, pp. 73-74.

11. Sobre las batallas por Doiran y las conmemoraciones de la Primera Guerra Mundial en Bulgaria, véase Nikolái Vukov, «Commemorating the Dead and the Dynamics of Forgetting: “Post-Mortem” Interpretations of World War I in Bulgaria», en Oto Luthar (ed.), *The Great War and Memory in Central and South-Eastern Europe*, Leiden, Brill, 2016; véase también Ivan Petrov, *Voynata v Makedonia (1915-1918)*, Sofía, Semarsh, 2008; Nikola Nedev y Tsocho Bilyarski, *Doyranskata epopeia, 1915-1918*, Sofía, Aniko/Simolini, 2009.

12. Sobre el avance de Dobro Pole, véase Richard C. Hall, *Balkan Breakthrough: The Battle of Dobro Pole 1918*, Bloomington, Indiana University Press, 2010; Dimitar Azmanov y Rumen Lechev, «Probivatna Dobropoleprezptemvri 1918 godina», en

*Voennioistoricheski sbornik*, n.º 67 (1998), pp. 154-175.

13. Los detalles completos pueden verse en Bogdan Kesyakov, *Prinos kym diplomaticheskata istoriya na Bulgaria (1918-1925): Dogovori, konventsii, spogodbi, protokoli i drugi syglashenia i diplomaticheski aktove s kratki belejki*, Sofía, Rodopi, 1925; Petrov, *Voynata v Makedonia*, pp. 209-211.

14. Sobre la participación de Bulgaria en las guerras balcánicas, véase Mincho Semov, *Pobediteliat prosi mir: Balkanskite voyni 1912-1913*, Sofía, Universitetsko izdatelstvo «Sv. Kliment Ohridski», 1995; V. Tankova et al., *Balkanskite voyni 1912-1913: pamet i istoriya*, Sofía, Akademichno izdatelstvo «Prof. Marin Drinov», 2012; Georgi Markov, *Bulgaria v Balkanskia sayuz sreshthu Osmanskata imperia, 1911-1913*, Sofía, Zahariy Stoyanov, 2012.

15. Richard Hall, «Bulgaria in the First World War», <<http://russiasgreatwar.org/media/arc/bulgaria.shtml>> (consultado por última vez el 24 de febrero de 2016).

16. *Ibíd.*

17. Sobre los refugiados que emigraron a Bulgaria tras la segunda guerra balcánica, véase Delcho Poryazov, *Pogromat nad trakijskite bălgari prez 1913 g.: razorenje i etnichesko iztreblenie*, Sofía, Akademichno izdatelstvo «Prof. Marin Drinov», 2009; Carnegie Endowment for International Peace (ed.), *Report of the International Commission to Inquire into the Causes and Conduct of the Balkan Wars* (reimpresión), Washington, Carnegie, 2014, esp. pp. 123-135.

18. Richard C. Hall, «Bulgaria», en Ute Daniel Peter Gatrell, Oliver Janz, Heather Jones, Jennifer Keene, Alan Kramer y Bill Nasson, (eds.), *1914-1918 online. International Encyclopedia of the First World War*, <<http://www.1914-1918-online.net/>>.

19. Sobre la participación de Bulgaria en la Gran Guerra, véase esp. Georgi Markov, *Golyamata voyna i bulgarskiat klyuch kym evropeiskiat pogreb (1914-1916)*, Sofía, Akademichno izdatelstvo «Prof. Marin Drinov», 1995; Georgi Markov, *Golyamata voyna i bulgarskata strazha mezhdú Sredna Evropa i Orienta, 1916-1919*, Sofía, Akademichno izdatelstvo «Prof. Marin Drinov», 2006.

20. Hall, «Bulgaria in the First World War».

21. Sobre el frente del norte, y en particular sobre la batalla por Tutrakan, véase Petar Boychev, *Tutrakanska epopeia*, Tutrakan, Kovachev, 2003; id. y Volodya Milachkov, *Tutrakanskata epopeya i voynata na Severnia front, 1916-1918*, Silistra, Kovachev, 2007. Véanse también las publicaciones sobre las batallas por Dobrich, conocidas en la historiografía búlgara como la «Epopeya de Dobrich»: Radoslav Simeonov, *Velichka Mihailova and Donka Vasileva, Dobrichkata epopeia, 1916*, Dobrich, Ave fakta, 2006; Georgi Kazandjiev et al., *Dobrichkata epopeia, 5-6 septemvri 1916*, Dobrich, Matador, 2006.

22. Hall, «Bulgaria in the First World War».
23. Kanyo Kozhuharov, *Radomirskata republika, 1918-1948*, Sofía, BZNS, 1948, p. 11.
24. *Ibíd.*, p. 12.
25. Andrej Mitrović, *Serbia's Great War, 1914-1918*, Londres, Hurst, 2007, pp. 312-319.
26. Gunther Rothenberg, *The Army of Francis Joseph*, West Lafayette, Purdue University Press, 1997, pp. 212-213.
27. Watson, *Ring of Steel*, p. 538.
28. Mario Isnenghi y Giorgio Rochat, *La Grande Guerra 1914-1918*, Milán, La Nuova Italia, 2000, pp. 438-452.
29. Mark Thompson, *The White War: Life and Death on the Italian Front 1915-1919*, Londres, Faber and Faber, 2009, pp. 344-346; Mark Cornwall, *The Undermining of Austria-Hungary: The Battle for Hearts and Minds*, Basingstoke, Macmillan, 2000, pp. 287-299.
30. Watson, *Ring of Steel*, p. 538.
31. *Ibíd.*, p. 540; Arthur May, *The Passing of the Habsburg Monarchy*, vol. 2, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1966, pp. 760-763.
32. Rudolf Neck (ed.), *Österreich im Jahre 1918: Berichte und Dokumente*, Viena, Oldenbourg, 1968, pp. 104-113.
33. Citado en Isnenghi y Rochat, *La Grande Guerra*, pp. 463-464.
34. Erik Jan Zürcher, «The Ottoman Empire and the Armistice of Moudros», en Hugh Cecil y Peter H. Liddle (eds.), *At the Eleventh Hour: Reflections, Hopes, and Anxieties at the Closing of the Great War, 1918*, Londres, Leo Cooper, 1998, pp. 266-275.
35. Timothy W. Childs, *Italo-Turkish Diplomacy and the War over Libya, 1911-1912*, Nueva York, Brill, 1990, p. 36.
36. Carnegie Endowment, *Report of...*, cit.
37. Hanioglu, *A Brief History*, p. 165.
38. Mustafa Aksakal, «The Ottoman Empire», en Winter, *The Cambridge History of the First World War*, vol. 1, pp. 459-478, aquí p. 470.
39. Mustafa Aksakal, *The Ottoman Road to War in 1914: The Ottoman Empire and the First World War*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2008, pp. 93-118.
40. *Ibíd.*, pp. 178-187.
41. Edward J. Erickson, *Ordered to Die: A History of the Ottoman Army in the First World War*, Westport y Londres, Greenwood Press, 2001; Carl Alexander Kretzlow,

*Generalfeldmarschall Colmar Freiherr von der Goltz Pascha: Eine Biographie*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2012.

42. Aksakal, *The Ottoman Road to War*, p. 94.

43. Hanioglu, *A Brief History*, pp. 180-181; Reynolds, *The Long Shadow*, p. 88.

44. *A Brief Record of the Advance of the Egyptian Expeditionary Force under the Command of General Sir Edmund H. H. Allenby, G.C.B., G.C.M.G. July 1917 to October 1918*, Londres, His Majesty's Stationery Office, 1919, pp. 25-36; James Kitchen, *The British Imperial Army in the Middle East*, Londres, Bloomsbury, 2014.

45. Gingeras, *Fall of the Sultanate*, p. 248; Gwynne Dyer, «The Turkish Armistice of 1918. 2: A Lost Opportunity: The Armistice Negotiations of Moudros», en *Middle Eastern Studies*, n.º 3 (1972), pp. 313-348.

46. Rogan, *The Fall of the Ottomans*, pp. 285-287 y 359-360.

47. «Turquie: Convention d'armistice 30 Octobre 1918», en *Guerre Européenne: Documents 1918: Conventions d'armistice passées avec la Turquie, la Bulgarie, l'Autriche-Hongrie et l'Allemagne par les puissances Alliées et associées*, París, Ministère des Affaires Étrangères, 1919, pp. 7-9. Véase también Gingeras, *Fall of the Sultanate*, p. 249.

48. Dyer, «The Turkish Armistice of 1918», p. 319.

49. Citado en Patrick Kinross, *Atatürk: A Biography of Mustafa Kemal, Father of Modern Turkey*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1964, p. 15.

50. Ryan Gingeras, *Mustafa Kemal Atatürk: Heir to an Empire*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2015; Irfan Orga y Margarete Orga, *Atatürk*, Londres, Michael Joseph, 1962, p. 164.

51. Elie Kedourie, «The End of the Ottoman Empire», en *Journal of Contemporary History of the Ottoman Empire*, n.º 2 (1968), pp. 19-28, aquí p. 19. Para una historia de conjunto, véase Caroline Finkel, *Osman's Dream: The Story of the Ottoman Empire, 1300-1923*, Londres, John Murray, 2005.

52. Von Thaer, *Generalstabsdienst*, p. 234 (anotación del 1 de octubre de 1918).

53. *Ibid.*

54. Herbert Michaelis, Ernst Schraepler y Günter Scheel (eds.), *Ursachen und Folgen, vol. 2: Der militärische Zusammenbruch und das Ende des Kaiserreichs*, Berlín, Verlag Herbert Wendler, 1959, pp. 319-320.

55. Harry Rudolph Rudin, *Armistice 1918*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1944, pp. 53-54.

56. Lothar Machtan, *Prinz Max von Baden: Der letzte Kanzler des Kaisers*, Berlín, Suhrkamp, 2013.

57. Winkler, *The Age of Catastrophe*, pp. 61-62. Sobre las reformas de octubre, véase el reciente trabajo de Anthony McElligott, *Rethinking the Weimar Republic: Authority and Authoritarianism, 1916-1936*, Londres, Bloomsbury, 2014, pp. 19-26.

58. Rudin, *Armistice 1918*, pp. 53 y 56-80; Watson, *Ring of Steel*, pp. 547-548.

59. Citado en Rudin, *Armistice 1918*, p. 173, y Watson, *Ring of Steel*, pp. 550-551.

60. Nebelin, *Ludendorff*, p. 493.

61. *Ibíd.*, pp. 497-498; Watson, *Ring of Steel*, p. 551.

62. Martin Kitchen, *The Silent Dictatorship: The Politics of the German High Command under Hindenburg and Ludendorff, 1916-1918*, Nueva York, Holmes and Meier, 1976; Bessel, «Revolution», pp. 126-144.

63. Los historiadores de la República Federal de Alemania antes de la reunificación mostraron un particular interés por las asambleas de soldados que se crearon en Alemania. Durante años debatieron si aquellas asambleas habrían podido ser la base de una «tercera senda» para el destino político de Alemania, al ofrecer una alternativa tanto a la República de Weimar (y a su fatídica alianza con las viejas élites) como a un régimen extremista al estilo bolchevique. Reinhard Rürup, «Demokratische Revolution und der “dritte Weg”: Die deutsche Revolution von 1918/19 in der neueren wissenschaftlichen Diskussion», en *Geschichte und Gesellschaft*, n.º 9 (1983), pp. 278-301.

64. Wilhelm Deist, «Die Politik der Seekriegsleitung und die Rebellion der Flotte Ende Oktober 1918», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 14 (1966), pp. 341-368; la cita es de la traducción inglesa que figura en Watson, *Ring of Steel*, p. 552.

65. Gerhard Groß, «Eine Frage der Ehre? Die Marineführung und der letzte Flottenvorstoß? 1918», en Jörg Duppler y Gerhard P. Groß (eds.), *Kriegsende 1918: Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, Múnich, Oldenbourg, 1999, pp. 349-365, aquí pp. 354-365; Watson, *Ring of Steel*, p. 552.

66. Holger Herwig, «*Luxury Fleet*»: *The Imperial German Navy 1888-1918*, edición revisada, Londres, Ashfield Press, 1987, pp. 247 y 250; Watson, *Ring of Steel*, p. 552.

67. Hannes Leidinger, «Der Kieler Aufstand und die deutsche Revolution», en id. y Verena Moritz (eds.), *Die Nacht des Kirpitschnikow. Eine andere Geschichte des Ersten Weltkriegs*, Viena, Deuticke, 2006, pp. 220-235; Daniel Horn, *Mutiny on the High Seas: Imperial German Naval Mutinies of World War One*, Londres, Leslie Frewin, 1973, pp. 234-246; Watson, *Ring of Steel*, p. 553.

68. Watson, *Ring of Steel*, p. 554.

69. Ulrich Kluge, «Militärrevolte und Staatsumsturz. Ausbreitung und Konsolidierung der Räteorganisation im rheinisch-westfälischen Industriegebiet», en Reinhard Rürup (ed.), *Arbeiter- und Soldatenräte im rheinisch-westfälischen Industriegebiet*, Wuppertal, Hammer, 1975, pp. 39-82.

70. Ulrich Kluge, *Soldatenräte und Revolution: Studien zur Militärpolitik in Deutschland 1918/19*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 1975, pp. 48-56.

71. Harry Graf Kessler, *Das Tagebuch 1880-1937*, eds. Roland Kamzelak y Günter Riederer, vol. 6: 1916-1918, Stuttgart, Klett-Cotta, 2006, p. 616.

72. Para una crónica detallada del fin de las dinastías alemanas, véase Lothar Machtan, *Die Abdankung: Wie Deutschlands gekrönte Häupter aus der Geschichte fielen*, Berlín, Propyläen Verlag, 2008.

73. Rudin, *Armistice 1918*, pp. 327-329 y 349-351.

74. Stephenson, *The Final Battle*, pp. 83-90.

75. Rudin, *Armistice 1918*, pp. 345-359; Kluge, *Soldatenräte*, pp. 82-87.

76. Manfred Jessen-Klingenberg, «Die Ausrufung der Republik durch Philipp Scheidemann am 9. November 1918», en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, n.º 19 (1968), pp. 649-656, aquí p. 653.

77. Winkler, *The Age of Catastrophe*, p. 67.

78. Watson, *Ring of Steel*, pp. 55 y ss.

79. Rudin, *Armistice 1918*, pp. 427-432; Watson, *Ring of Steel*, p. 556.

## CAPÍTULO 6

1. Sobre esta cuestión véase Sammartino, *The Impossible Border*, Cap. 2; Timothy Snyder, *The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2004, pp. 62-63; Liulevicius, *War Land on the Eastern Front*, pp. 228 y ss. Sobre los grupos paramilitares de la región del Báltico que luchaban por la independencia nacional, véase Tomas Balkelis, «Turning Citizens into Soldiers: Baltic Paramilitary Movements after the Great War», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 126-144.

2. Eso era especialmente cierto en el caso de Estonia y Letonia. James D. White, «National Communism and World Revolution: The Political Consequences of German Military Withdrawal from the Baltic Area in 1918-19», en *Europe-Asia Studies*, n.º 8 (1994), pp. 1349-1369. Para una historia general de los estados del Báltico, véase Andres Kasekamp, *A History of the Baltic States*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010; Andrejs Plakans, *A Concise History of the Baltic States*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011; y el libro clásico de Georg von Rauch, *The Baltic States: The Years of Independence: Estonia, Latvia, Lithuania, 1917-1940*, Berkeley, University of California Press, 1974.

3. Sobre Bischoff y la «División de Hierro» véase Tanja Bühner, *Die Kaiserliche*

*Schutztruppe für Deutsch-Ostafrika: Koloniale Sicherheitspolitik und transkulturelle Kriegführung, 1885 bis 1918*, München, Oldenbourg, 2011, p. 211; Bernhard Sauer, «Vom “Mythos eines ewigen Soldatentums”. Der Feldzug deutscher Freikorps im Baltikum im Jahre 1919», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, n.º 43 (1995), pp. 869-902; y el relato autobiográfico: Josef Bischoff, *Die letzte Front: Geschichte der Eisernen Division im Baltikum 1919*, Berlín, Buch- und Tiefdruck Gesellschaft, 1935.

4. Liulevicius, *War Land on the Eastern Front*, pp. 56 y ss.

5. John Hiden, *The Baltic States and Weimar Ostpolitik*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1987, p. 16; Sammartino, *The Impossible Border*, p. 48.

6. Rüdiger von der Goltz, *Meine Sendung in Finnland und im Baltikum*, Leipzig, Koehler, 1920, p. 156 (para las cifras).

7. Hagen Schulze, *Freikorps und Republik, 1918-1920*, Boppard am Rhein, Boldt, 1969, p. 143.

8. Sammartino, *The Impossible Border*, p. 53.

9. Alfred von Samson-Himmelstjerna, «Meine Erinnerungen an die Landwehrzeit», Herder Institut, Marburg, DSHI 120 BR BLW 9, p. 20.

10. Rudolf Höss, *Death Dealer: The Memoirs of the SS Kommandant at Auschwitz*, ed. Steven Paskuly, Buffalo, Prometheus Books, 1992, p. 60.

11. Robert G. L. Waite, *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany, 1918-1923*, Cambridge, Harvard University Press, 1952, pp. 118-119.

12. Erich Balla, *Landsknechte wurden wir: Abenteuer aus dem Baltikum*, Berlín, W. Kolk, 1932, pp. 111-112. El adornado relato de Balla estaba especialmente diseñado para conmocionar a su público y justificar las represalias violentas.

13. *Ibíd.*

14. John Hiden y Martyn Housden, *Neighbours or Enemies? Germans, the Baltic, and Beyond*, Ámsterdam y Nueva York, Editions Rodopi, 2008, p. 21.

15. Sammartino, *The Impossible Border*, p. 55.

16. Plakans, *The Latvians*, p. 108.

17. Julien Gueslin, «Riga, de la métropole russe à la capitale de la Lettonie 1915-1919», en Philippe Chassaing y Jean-Marc Largeaud (eds.), *Villes en guerre (1914-1945)*, París, Amand Colin, 2004, pp. 185-195; Suzanne Pourchier-Plasseraud, «Riga 1905-2005: A City with Conflicting Identities», en *Nordost-Archiv*, n.º 15 (2006), pp. 175-194, aquí p. 181.

18. Uldis Ģērmanis, *Oberst Vāciētis und die lettischen Schützen im Weltkrieg und in der Oktoberrevolution*, Estocolmo, Almqvist and Wiksell, 1974, pp. 147, 155.

19. Balla, *Landsknechte*, pp. 180-181.

20. Marguerite Yourcenar, *Coup de Grâce*, París, Éditions Gallimard, 1939.
21. Waite, *Vanguard of Nazism*, pp. 118-119.
22. Sammartino, *The Impossible Border*, p. 59.
23. Charles L. Sullivan, «The 1919 German Campaign in the Baltic: The Final Phase», en Stanley Vardys y Romuald Misiunas, *The Baltic States in Peace and War, 1917-1945*, Londres, Pennsylvania State University Press, 1978, pp. 31-42.
24. Schulze, *Freikorps und Republik*, p. 184; Liulevicius, *War Land on the Eastern Front*, p. 232; Sammartino, *The Impossible Border*, p. 63.
25. Sobre el fin de la campaña del Báltico, véase la extensa cobertura de prensa recopilada en el Herder Institut, Marburgo, DSHI 120 BLW/BR 1/2.
26. Friedrich Wilhelm Heinz, *Sprengstoff*, Berlín, Frundsberg Verlag, 1930, pp. 8-9.
27. Ernst von Salomon, *Die Geächteten*, Berlín, Rowohlt, 1923, pp. 144-145.
28. Sobre la Organización Cónsul, responsable de aquellos actos de terrorismo véase en particular los expedientes Institut für Zeitgeschichte (Múnich), Fa 163/1 y MA 14412. Véase también Martin Sabrow, *Die verdrängte Verschwörung: Der Rathenau-Mord und die deutsche Gegenrevolution*, Fráncfort, Fischer, 1999.

## CAPÍTULO 7

1. Evan Mawdsley, *The Russian Civil War*, Boston y Londres, Allen and Unwin, 1987, pp. 45 y ss. (Cap. 4: «The Allies in Russia, October 1917-November 1918, Archangelsk/Murmansk»); Alexandre Sumpf, «Russian Civil War», en Daniel *et al.*, *1914-1918 online*; Jonathan D. Smele, *The 'Russian' Civil Wars 1916-1926: Ten Years that Shook the World*, Oxford, Oxford University Press, 2015; Holquist, *Making War*.
2. Sobre la Guardia Roja, véase Rex Wade, *Red Guards and Workers' Militias in the Russian Revolution*, Palo Alto, Stanford University Press, 1984. Sobre el nacimiento del Ejército Rojo, véase Mark von Hagen, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship: The Red Army and the Soviet Socialist State, 1917-1930*, Ithaca, Cornell University Press, 1990.
3. William G. Rosenberg, «Paramilitary Violence in Russia's Civil Wars, 1918-1920», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 21-39, 37.
4. Nikolaus Katzer, «Der weiße Mythos: Russischer Antibolschewismus im europäischen Nachkrieg», en Robert Gerwarth y John Horne (eds.), *Krieg im Frieden. Paramilitärische Gewalt in Europa nach dem Ersten Weltkrieg*, Gotinga, Wallstein, 2013, pp. 57-93; e id., *Die weiße Bewegung: Herrschaftsbildung, praktische Politik und politische Programmatik im Bürgerkrieg*, Colonia, Weimar y Viena, Böhlau, 1999.
5. Viktor P. Danilov, Viktor V. Kondrashin y Teodor Shanin (eds.), *Nestor Makhno:*

M. Kubanin, *Makhnovshchina. Krestyanskoe dvizhenie na Ukraine 1918-1921 gg. Dokumenty i Materialy*, Moscú, ROSSPEN, 2006; Felix Schnell, *Räume des Schreckens. Gewalt und Gruppenmilitanz in der Ukraine 1905-1933*, Hamburgo, Hamburger Edition, HIS Verlag, 2012, pp. 325-331; Serhy Yekelchuk, «Bands of Nation–Builders? Insurgency and Ideology in the Ukrainian Civil War», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 107-125, aquí p. 120. Para un estudio de las sublevaciones campesinas en Ucrania en 1918-1920, véase Andrea Graziosi, *The Great Soviet Peasant War: Bolsheviks and Peasants, 1917-1933*, Cambridge, Harvard University Press, 1996, pp. 11-37.

6. Sumpf, «Russian Civil War».

7. Lenin, «The Chief Task of Our Day», 12 de marzo de 1918, en Vladimir Ilich Lenin, *Collected Works*, 45 vols., 4.ª edición en inglés, vol. 27, Moscú, Progress, 1964-1974.

8. Geoffrey Swain, «Trotsky and the Russian Civil War», en Thatcher, *Reinterpreting Revolutionary Russia*, pp. 86-104.

9. Evan Mawdsley, «International Responses to the Russian Civil War (Russian Empire)», en Daniel *et al.*, *1914-1918 online*.

10. Mark Levene, *Crisis of Genocide*, vol. 1: *The European Rimlands 1912-1938*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014, p. 203.

11. Edward Hallett Carr, «The Origins and Status of the Cheka», en *Soviet Studies*, n.º 10 (1958), pp. 1-11; George Leggett, *The Cheka: Lenin's Political Police, the All-Russian Extraordinary Commission for Combating Counter-Revolution and Sabotage (December 1917 to February 1922)*, Oxford, Clarendon Press, 1981; Semen S. Chromow, *Feliks Dzierzynski: Biographie*, 3.ª ed., Berlín Oriental, Dietz, 1989.

12. Edward Hallett Carr, *The Bolshevik Revolution 1917-1923*, Londres, Macmillan, 1950, vol. 1, Cap. 7 («Consolidating the Dictatorship»).

13. Lenin, citado en Julie Fedor, *Russia and the Cult of State Security: The Chekist Tradition, from Lenin to Putin*, Londres, Routledge, 2011, p. 186, n. 12.

14. Smith, *Former People*, p. 143.

15. *Ibid.*; W. Bruce Lincoln, *Red Victory: A History of the Russian Civil War*, Nueva York, Simon and Schuster, 1989, pp. 159-161; Vladimir Petrovich Anichkov, *Ekaterinburg – Vladivostok, 1917-1922*, Moscú, Russkii put', 1998, p. 155.

16. Figs, *Peasant Russia*, pp. 332, 351-353; Jonathan Aves, *Workers against Lenin: Labour Protest and Bolshevik Dictatorship*, Londres, Tauris Publishers, 1996; Felix Schnell, «Der Sinn der Gewalt: Der Ataman Volynech und der Dauerpogrom von Gajsyn im russischen Bürgerkrieg», en *Zeithistorische Forschung*, n.º 5 (2008), pp. 18-39; *id.*, *Räume des Schreckens*, pp. 245-365.

17. Arno J. Mayer, *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 2000, pp. 135, 272-274, 279-280.

18. Lenin, citado en Bertrand M. Patenaude, *The Big Show in Bololand: The American Relief Expedition to Soviet Russia in the Famine of 1921*, Stanford, Stanford University Press, 2002, p. 20.

19. Katzer, *Die weiße Bewegung*, pp. 269-270; Krispin, «Für ein freies Russland...»: *Die Bauernaufstände in den Gouvernements Tambov und Tjumen 1920-1922*, Heidelberg, Winter, 2010, p. 168; James E. Mace, *Communism and the Dilemmas of National Liberation: National Communism in Soviet Ukraine 1918-1933*, Cambridge, Harvard University Press, 1983, pp. 65 y ss.

20. Bruno Cabanes, *The Great War and the Origins of Humanitarianism 1918-1924*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2014, p. 197. Sobre las brigadas de alimentos en la región del sur del Volga, véase Figes, *Peasant Russia*, pp. 262-267.

21. Carta de Lenin a V. V. Kuraev, E. B. Bosh y A. E. Minkin, 11 agosto de 1918, citado en Ronald Grigor Suny, *The Structure of Soviet History: Essays and Documents*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014, p. 83.

22. Taisia Osipova, «Peasant Rebellions: Origins, Scope, Dynamics, and Consequences», en Vladimir N. Brovkin (ed.), *The Bolsheviks in Russian Society*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1997, pp. 154-176.

23. Beyrau, «Brutalization Revisited», p. 36; Figes, *Peasant Russia*, pp. 319-328, 333-346; Krispin, «Für ein freies Russland...», pp. 181-197, 400-402; Vladimir N. Brovkin, *Behind the Front Lines of the Civil War: Political Parties and Social Movements in Russia, 1918-1922*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp. 82-85; Holquist, *Making War*, pp. 166-205; Figes, *A People's Tragedy*, p. 757.

24. Maksim Gorki, «On the Russian Peasantry», en Robert E. F. Smith (ed.), *The Russian Peasant, 1920 and 1984*, Londres, Routledge, 1977, pp. 11-27, aquí pp. 16 y ss.

25. Rudolph Joseph Rummel, *Lethal Politics: Soviet Genocide and Mass Murder since 1917*, Piscataway, Transaction Publishers, 1990, p. 38. Sobre el empleo de gas venenoso, véase Richard Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, Nueva York, Knopf, 1993, pp. 387-401; Nicolas Werth, «L'ex- Empire russe, 1918-1921: Les mutations d'une guerre prolongée», en Stéphane Audoin-Rouzeau y Christophe Prochasson (eds.), *Sortir de la Grande Guerre: Le monde et l'après-1918*, París, Tallandier, 2008, pp. 285-306.

26. David Bullock, *The Czech Legion, 1914-20*, Oxford, Osprey, 2008, pp. 17-24; John F. N. Bradley, *The Czechoslovak Legion in Russia, 1914-1920*, Boulder, East European Monographs, 1991, p. 156; Gerburg Thunig-Nittner, *Die Tschechoslowakische Legion in Rußland: Ihre Geschichte und Bedeutung bei der Entstehung der 1. Tschechoslowakischen Republik*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1970, pp. 73 y ss.; Victor M. Fic, *The Bolsheviks and the Czechoslovak Legion: The Origins of their Armed Conflict (March-May 1918)*, Nueva Delhi, Shakti Malik, 1978.

27. Thunig-Nittner, *Die Tschechoslowakische Legion*, pp. 61-90. Sobre su glorificación como héroes en la Checoslovaquia de entreguerras, véase Natali Stegmann, *Kriegsdeutungen, Staatsgründungen, Sozialpolitik: Der Helden- und Opferdiskurs in der Tschechoslowakei, 1918-1948*, Múnich, Oldenbourg, 2010, pp. 69-70.

28. Fic, *The Bolsheviks and...*, pp. 284 y ss.

29. Gustav Habrman, *Mé vzpomínky z války*, Praga, Svěcený', 1928, pp. 46-47. Sobre la cada vez mayor disposición a emplear violencia extrema contra los prisioneros y los civiles desarmados, véase Thunig-Nittner, *Die Tschechoslowakische Legion*, pp. 46-57.

30. Hildermeier, *Geschichte der Sowjetunion*, pp. 137-139; Winkler, *The Age of Catastrophe*, p. 59.

31. John Channon, «Siberia in Revolution and Civil War, 1917-1921», en Alan Wood (ed.), *The History of Siberia: From Russian Conquest to Revolution*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, pp. 158-180, aquí pp. 165-166; Brovkin, *Behind the Front Lines*, pp. 300 y ss.

32. Thunig-Nittner, *Die Tschechoslowakische Legion*, pp. 57 y ss.; Jonathan D. Smele, *Civil War in Siberia: The Anti-Bolshevik Government of Admiral Kolchak, 1918-1920*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 33 y ss.; Norman G. O. Pereira, *White Siberia: The Politics of Civil War*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1996, pp. 67 y ss.

33. Hélène Carrère d'Encausse, *Nikolaus II.: Das Drama des letzten Zaren*, Viena, Zsolnay, 1998, p. 471; Edvard Radzinsky, *The Last Tsar: The Life and Death of Nicholas II*, Nueva York, Doubleday, 1992, p. 304.

34. Lieven, *Nicholas II*, pp. 244-246.

35. Mawdsley, *The Russian Civil War*, p. 70.

36. Informe Finlayson, citado en Catherine Margaret Boylan, «The North Russia Relief Force: A Study of Military Morale and Motivation in the Post-First World War World», tesis doctoral inédita, King's College, Londres, 2015, aquí p. 252.

37. Sumpf, «Russian Civil War».

38. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik*, pp. 140 y ss.; Mawdsley, «International Responses».

39. Sobre Denikin, véase Dimitry V. Lehovich, *White against Red: The Life of General Anton Denikin*, Nueva York, W. W. Norton, 1974; Yu. N. Gordeev, *General Denikin: Voенno-istoricheski ocherk*, Moscú, TPF «Arkaiur», 1993.

40. Mawdsley, «International Responses»; Peter Flemming, *The Fate of Admiral Kolchak*, Londres, Hart-Davis, 1964; K. Bogdanov, *Admiral Kolchak: Biograficheskaja povest-khronika*, San Petersburgo, Sudostroenie, 1993.

41. Aparte de la literatura más antigua sobre la intervención de los Aliados, numerosas

tesis doctorales recientes se han dedicado en particular a la intervención británica. Véase Lauri Kopisto, «The British Intervention in South Russia 1918-1920», tesis doctoral inédita, Universidad de Helsinki, 2011; Boylan, «North Russia Relief Force»; Steven Balbirnie, «British Imperialism in the Arctic: The British Occupation of Archangel and Murmansk, 1918-1919», tesis doctoral inédita, University College, Dublín, 2015.

42. Margaret MacMillan, *Peacemakers: The Paris Conference of 1919 and its Attempt to End War*, Londres, John Murray, 2001, p. 81.

43. John Keep, «1917: The Tyranny of Paris over Petrograd», en *Soviet Studies*, n.º 20 (1968), pp. 22-35.

44. «Can “Jacobinism” Frighten the Working Class?» (7 de julio de 1917), en Lenin, *Collected Works*, vol. 25, pp. 121-122.

45. Winkler, *The Age of Catastrophe*, p. 165.

46. Rosenberg, «Paramilitary Violence in Russia’s Civil Wars». Para un panorama general y ejemplos completos, véase Figes, *A People’s Tragedy*. Existen numerosos estudios excelentes sobre distintas áreas geográficas. Sobre Transcaucasia, véase Jörg Baberowski, *Der Feind ist überall: Stalinismus im Kaukasus*, Múnich, Deutsche Verlags-Anstalt, 2003. Sobre Asia Central, véase Hélène Carrère d’Encausse, *Islam and the Russian Empire: Reform and Revolution in Central Asia*, Berkeley y Londres, University of California Press, 1988. Sobre el oeste y Ucrania, véase Christoph Mick, «Vielerlei Kriege: Osteuropa 1918-1921», en Dietrich Beyrau *et al.* (eds.), *Formen des Krieges von der Antike bis zur Gegenwart*, Paderborn, Schöningh, 2007, pp. 311-326; Piotr J. Wróbel, «The Seeds of Violence: The Brutalization of an East European Region 1917-1921», en *Journal of Modern European History*, n.º 1 (2003), pp. 125-149; Schnell, *Räume des Schreckens*.

47. Williard Sunderland, *The Baron’s Cloak: A History of the Russian Empire in War and Revolution*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2014, pp. 133 y ss.

48. Katzer, *Die weiße Bewegung*, p. 285; Anthony Read, *The World on Fire: 1919 and the Battle with Bolshevism*, Londres, Pimlico, 2009, p. 23.

49. James Palmer, *The Bloody White Baron: The Extraordinary Story of the Russian Nobleman who Became the Last Khan of Mongolia*, Nueva York, Basic Books, 2014, pp. 153-157 (sobre la conquista de Uрга), p. 179 (independencia mongola de China), y p. 196 (el cambio de actitud respecto a Ungern).

50. D. D. Aleshin, «Aziatskaya Odisseyá», en S. L. Kuz’min (ed.), *Baron Ungern v dokumentach i memuarach*, Moscú, Tovariščestvo Naučnyh Izd. KMK, 2004, p. 421.

51. Udo B. Barkmann, *Geschichte der Mongolei oder Die ‘Mongolische Frage’: Die Mongolen auf ihrem Weg zum eigenen Nationalstaat*, Bonn, Bouvier Verlag, 1999, pp. 192-196 y 202-205; Canfield F. Smith, «The Ungernovščina – How and Why?» en *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, n.º 28 (1980), pp. 590-595.

52. Hiroaki Kuromiya, *Freedom and Terror in the Donbas: A Ukrainian- Russian Borderland 1870s-1990s*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1998, pp. 95-114; Katzer, *Die weiße Bewegung*, pp. 284-291; Oleg Budnitskii, *Russian Jews between the Reds and Whites, 1917-1920*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2011, pp. 123 y ss.

53. Budnitskii, *Russian Jews*.

54. Greg King y Penny Wilson, *The Fate of the Romanovs*, Hoboken, John Wiley and Sons, 2003, pp. 352-353; Léon Poliakov, *The History of Anti-Semitism, vol. 4: Suicidal Europe, 1870-1933*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2003, p. 182; Levene, *Crisis of Genocide*, vol. 1, p. 191.

55. Norman Cohn, *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, Londres, Serif, 1996.

56. Balkelis, «Turning Citizens into Soldiers», p. 136; Aivars Stranga, «Communist Dictatorship in Latvia: December 1918-January 1920: Ethnic Policy», en *Lithuanian Historical Studies*, n.º 13 (2008), pp. 161-178, 171 y ss.

57. Levene, *Crisis of Genocide*, vol. 1, pp. 187-188.

58. Por ejemplo, sobre el infame pogromo de Leópolis, véase William W. Hagen, «The Moral Economy of Ethnic Violence: The Pogrom in Lwów, November 1918», en *Geschichte und Gesellschaft*, n.º 31 (2005), pp. 203-226; Torsten Wehrhahn, *Die Westukrainische Volksrepublik: Zu den polnisch-ukrainischen Beziehungen und dem Problem der ukrainischen Staatlichkeit in den Jahren 1918 bis 1923*, Berlín, Weißensee Verlag, 2004, pp. 154-156; Mroccka, «Przyczynek do kwestii żydowskiej w Galicji u progu Drugiej Rzeczypospolitej», en Feliksa Kiryka (ed.), *Żydzi w Małopolsce. Studia z dziejów osadnictwa i życia społecznego*, Przemysł, Południowo-Wschodni Instytut Naukowy w Przemyslu, 1991, pp. 300 y ss. Véase también Christoph Mick, *Lemberg – Lwów – L'viv, 1914-1947: Violence and Ethnicity in a Contested City*, West Lafayette, Purdue University Press, 2015; Mark Mazower, «Minorities and the League of Nations in Interwar Europe», en *Daedulus*, n.º 126 (1997), pp. 47-63, aquí p. 50; Frank Golczewski, *Polnisch-jüdische Beziehungen, 1881-1922: Eine Studie zur Geschichte des Antisemitismus in Osteuropa*, Wiesbaden, Steiner, 1981, pp. 205-213.

59. El pogromo de Proskurov, junto con algunos otros, fue investigado por los delegados del «All-Ukrainian Relief Committee for the Victims of Pogroms» bajo los auspicios de Cruz Roja Internacional. El Comité realizó su trabajo de campo a lo largo de 1919 y preparó un informe que se publicó para el Jewish People's Relief Committee of America: Elias Heifetz, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in 1919*, Nueva York, Thomas Seltzer, 1921. También existen como informes individuales. Las declaraciones de los testigos oculares que se citan aquí son extractos del informe de A. I. Hillerson en el Committee of the Jewish Delegations, *The Pogroms in the Ukraine under the Ukrainian*

*Governments (1917-1920)*, ed. I. B. Schlechtmann, Londres, Bale, 1927, pp. 176-180.

60. Hillerson, *The Pogroms in the Ukraine*, pp. 176-180.

61. *Ibíd.* («Testimonio de Joseph Aptman, encargado de un restaurante en Felshtin»), anexo n.º 30, pp. 193 y ss.

62. Mayer, *The Furies*, p. 524.

63. Véase Leonard Schapiro, «The Role of Jews in the Russian Revolutionary Movement», en *The Slavonic and East European Review*, n.º 40: 94 (1961), pp. 148-167; Zvi Y. Gitelman, *Jewish Nationality and Soviet Politics: The Jewish Sections of the CPSU 1917-1930*, Princeton, Princeton University Press, 1972, pp. 114-119, 163-168.

64. Budnitskii, *Russian Jews*, p. 397.

65. Baberowski, *Der Feind ist überall*, pp. 158-160.

66. Mawdsley, «International Responses».

67. Beyrau, «Brutalization Revisited», p. 33.

68. Sumpf, «Russian Civil War».

69. Mawdsley, «International Responses».

70. Sumpf, «Russian Civil War».

71. Mawdsley, «International Responses».

72. Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 377-386; Sumpf, «Russian Civil War»; MacMillan, *Peacemakers*, p. 90.

73. Sobre la hambruna rusa, véase Patenaude, *The Big Show in Bololand*. Véase también la obra clásica de Robert Conquest, *The Harvest of Sorrows: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1986; y el estudio local de Mary McAuley, *Bread and Justice: State and Society in Petrograd, 1917-1922*, Oxford, Clarendon Press, 1991, p. 397. Sobre el desarrollo demográfico, véase Serguéi Adamets, *Guerre civile et famine en Russie: Le pouvoir bolchevique et la population face à la catastrophe démographique, 1917-1923*, París, Institut d'études slaves, 2003.

74. Para estas estimaciones, véase Dietrich Beyrau, «Post-War Societies (Russian Empire)», en Daniel *et al.*, *1914-1918 online*; Jurij Aleksandrovič Poljakov *et al.*, *Naselenie Rossii v XX veke: istoričeskie očerki*, vol. 1, Moscú, ROSSPEN, 2000, pp. 94-95.

75. Conquest, *Harvest of Sorrows*, pp. 54 y ss.

76. *American Relief Administration Bulletin*, diciembre de 1923, citado en Cabanes, *Origins of Humanitarianism*, pp. 202 y ss.

77. Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 399-400; Nicholas Riasanovsky y Mark Steinberg, *A History of Russia*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005, pp. 474-475; Donald J. Raleigh, «The Russian Civil War 1917-1922», en Ronald Grigor

Suny (ed.), *The Cambridge History of Russia*, vol. 3, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 140-167; Alan Ball, «Building a New State and Society: NEP, 1921-1928», en Suny, *The Cambridge History of Russia*, vol. 3, pp. 168-191; Smith, *Former People*, p. 213.

78. Las estimaciones sobre el número exacto de refugiados varían. Véase Poljakov *et al.*, *Naselenie*, vol. 1, p. 134; Boris Raymond y David R. Jones, *The Russian Diaspora 1917-1941*, Lanham, Scarecrow, 2000, pp. 7-10; Michael Glenny y Norman Stone (eds.), *The Other Russia: The Experience of Exile*, Londres, Faber and Faber, 1990, p. xx; Raleigh, «The Russian Civil War», p. 166.

79. Sobre los refugiados durante la guerra, véase sobre todo Peter Gatrell, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I*, Bloomington, Indiana University Press, 1999; Nick Baron y Peter Gatrell, «Population Displacement, State-Building and Social Identity in the Lands of the Former Russian Empire, 1917-1923», en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, n.º 4 (2003), pp. 51-100; Alan Kramer, «Deportationen», en Gerhard Hirschfeld, Gerd Krumeich y Irina Renz (eds.), *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*, Paderborn, Schöningh, 2009, pp. 434-435; Joshua A. Sanborn, «Unsettling the Empire: Violent Migrations and Social Disaster in Russia during World War I», en *The Journal of Modern History*; n.º 77 (2005), pp. 290-324, 310; von Hagen, *War in a European Borderland*. Sobre los movimientos de los desplazados del Frente Occidental, véase Philippe Nivet, *Les réfugiés français de la Grande Guerre, 1914-1920: Les 'boches du nord'*, París, Institut de stratégie comparée, 2004; Pierre Purseigle, «“A Wave on to Our Shores”: The Exile and Resettlement of Refugees from the Western Front, 1914-1918», en *Contemporary European History*, n.º 16 (2007), pp. 427-444.

80. Catherine Goussef, *L'Exil russe: La fabrique du réfugié apatride (1920-1939)*, París, CNRS Editions, 2008, pp. 60-63.

81. Sobre I. Berlin, véase Michael Ignatieff, *Isaiah Berlin: A Life*, Londres, Chatto and Windus, 1998.

82. Marc Raef, *Russia Abroad: A Cultural History of the Russian Emigration, 1919-1939*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1990. Sobre Francia, véase Goussef, *L'Exil russe*. Sobre Praga, véase Catherine Andreyev y Ivan Savicky, *Russia Abroad: Prague and the Russian Diaspora 1918-1938*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2004.

83. Robert C. Williams, *Culture in Exile: Russian Emigrés in Germany, 1881-1941*, Ithaca, Cornell University Press, 1972, p. 114; Fritz Mierau, *Russen in Berlin, 1918-1933*, Berlín, Quadriga, 1988, p. 298; Karl Schlögel (ed.), *Chronik russischen Lebens in Deutschland, 1918 bis 1941*, Berlín, Akademie Verlag, 1999.

84. Véase Viktor Petrov, «The Town on the Sungari», en Stone y Glenny, *The Other Russia*, pp. 205-221.

85. Paul Robinson, *The White Russian Army in Exile, 1920-1941*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2002, p. 41; Cabanes, *Origins of Humanitarianism*, pp. 141 y ss.

86. Informe de Cruz Roja Internacional sobre los refugiados de Constantinopla, citado en Cabanes, *Origins of Humanitarianism*, p. 142.

87. *Ibíd.*, pp. 155 y ss. Sobre Nansen, véase Roland Huntford, *Nansen: The Explorer as Hero*, Nueva York, Barnes and Noble Books, 1998; Martyn Housden, «When the Baltic Sea was a Bridge for Humanitarian Action: The League of Nations, the Red Cross and the Repatriation of Prisoners of War between Russia and Central Europe, 1920-22», en *Journal of Baltic Studies*, n.º 38 (2007), pp. 61-83.

88. Michael Kellogg, *The Russian Roots of Nazism: White Russians and the Making of National Socialism, 1917-1945*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

89. Gerwarth y Horne, «Vectors of Violence», p. 497.

90. Robert Gerwarth y John Horne, «Bolshevism as Fantasy», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 40 y ss.

91. Churchill, citado en MacMillan, *Peacemakers*, p. 75.

92. Para un catálogo completo de testimonios del horror, véase George Pitt-Rivers, *The World Significance of the Russian Revolution*, Londres, Blackwell, 1920; Read, *The World on Fire*, p. 23.

93. *The New York Times*, citado en David Mitchell, *1919: Red Mirage*, Londres, Jonathan Cape, 1970, pp. 20 y ss.

94. Citado en Mark William Jones, «Violence and Politics in the German Revolution, 1918-19», tesis doctoral inédita, Instituto Universitario Europeo, 2011, pp. 89-90.

95. Gerwarth y Horne, «Bolshevism as Fantasy», pp. 46-48.

96. Robert Gerwarth y Martin Conway, «Revolution and Counter-Revolution», en Donald Bloxham y Robert Gerwarth (eds.), *Political Violence in Twentieth-Century Europe*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011, pp. 140-175.

97. David Kirby, *A Concise History of Finland*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2006, pp. 152 y ss.

98. Pertti Haapala y Marko Tikka, «Revolution, Civil War and Terror in Finland in 1918», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 71-83.

99. Sobre la guerra civil finlandesa, en inglés, véase Anthony Upton, *The Finnish Revolution, 1917-18*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1980; Risto Alapuro, *State and Revolution in Finland*, Berkeley, University of California Press, 1988; Tuomas Hoppu y Pertti Haapala (eds.), *Tampere 1918: A Town in the Civil War*, Tampere, Tampere Museums, 2010; Jason Lavery, «Finland 1917-19: Three Conflicts, One Country», en

*Scandinavian Review*, n.º 94 (2006), pp. 6-14; Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 27-29.

100. *Ibíd.*

## CAPÍTULO 8

1. *Berliner Tageblatt*, 10 de noviembre de 1918.
2. Adam Seipp, *The Ordeal of Demobilization and the Urban Experience in Britain and Germany, 1917-1921*, Farnham, Ashgate, 2009; Stephenson, *The Final Battle*, p. 187; Bessel, *Germany after the First World War*.
3. Ian Kershaw, *Hitler*, vol. 1: *Hubris, 1889-1936*, Londres, Allen Lane, 1998, p. 102.
4. Karl Hampe, *Kriegstagebuch 1914-1919*, ed. Folker Reichert y Eike Wolgast, 2.<sup>a</sup> ed., Múnich, Oldenbourg, 2007, p. 775 (anotación del 10 de noviembre de 1918).
5. Elard von Oldenburg-Januschau, *Erinnerungen*, Berlín, Loehler and Amelang, 1936, p. 208. Véase también Elard von Oldenburg-Januschau, citado en Stephan Malinowski, *Vom König zum Führer: Sozialer Niedergang und politische Radikalisierung im deutschen Adel zwischen Kaiserreich und NS-Staat*, Fráncfort, Fischer, 2003, p. 207.
6. Bernhard von Bülow, *Denkwürdigkeiten*, Berlín, Ullstein, 1931, pp. 305-312.
7. Eberhard Straub, *Albert Ballin: Der Reeder des Kaisers*, Berlín, Siedler, 2001, pp. 257-261.
8. Heinrich August Winkler, *Weimar 1918-1933: Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie*, Múnich, C. H. Beck, 1993, pp. 25 y ss. y 87 y ss.
9. Walter Mühlhausen, *Friedrich Ebert, 1871-1925: Reichspräsident der Weimarer Republik*, Bonn, Dietz Verlag, 2006, pp. 42 y ss. Véase también Dieter Dowe y Peter-Christian Witt, *Friedrich Ebert 1871-1925: Vom Arbeiterführer zum Reichspräsidenten*, Bonn, Friedrich-Ebert-Stiftung, 1987.
10. Dieter Engelmann y Horst Naumann, *Hugo Haase: Lebensweg und politisches Vermächtnis eines streitbaren Sozialisten*, Berlín, Edition Neue Wege, 1999.
11. Citado en Heinrich Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik, 1918 bis 1924*, Berlín, Dietz, 1984, p. 39. Sobre la vida de Ebert, véase Dowe y Witt, *Friedrich Ebert*; Mühlhausen, *Friedrich Ebert*.
12. Véase Bernd Braun, «Die "Generation Ebert"», en id. y Klaus Schönhoven (eds.), *Generationen in der Arbeiterbewegung*, Múnich, Oldenbourg, 2005, pp. 69-86.
13. Klaus Hock, *Die Gesetzgebung des Rates der Volksbeauftragten*, Pfaffenweiler, Centaurus, 1987; Friedrich-Carl Wachs, *Das Verordnungswerk des Reichsdemobilmachungsamtes*, Fráncfort, Peter Lang, 1991; Bessel, *Germany after the*

*First World War.*

14. Sobre este concepto, véase Schivelbusch, *The Culture of Defeat*. Sobre el trauma de la derrota y la memoria colectiva, véase Jay Winter, *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1995; Stefan Goebel, «Re-Membered and Re-Mobilized: The “Sleeping Dead” in Interwar Germany and Britain», en *Journal of Contemporary History*, n.º 39 (2004), pp. 487-501; Benjamin Ziemann, *Contested Commemorations: Republican War Veterans and Weimar Political Culture*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2013; Claudia Siebrecht, *The Aesthetics of Loss: German Women’s Art of the First World War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2013.

15. Heinz Hürten (ed.), *Zwischen Revolution und Kapp-Putsch: Militär und Innenpolitik, 1918-1920*, Düsseldorf, Droste, 1977.

16. Gerald D. Feldman, «Das deutsche Unternehmertum zwischen Krieg und Revolution: Die Entstehung des Stinnes-Legien-Abkommens», en idem, *Vom Weltkrieg zur Weltwirtschaftskrise: Studien zur deutschen Wirtschafts- und Sozialgeschichte 1914-1932*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 1984, pp. 100-127; id. e Irmgard Steinisch, *Industrie und Gewerkschaften 1918-1924: Die überforderte Zentralarbeitsgemeinschaft*, Stuttgart, DVA, 1985, pp. 135-137.

17. Winkler, *Weimar*, p. 69.

18. Sobre los últimos años de Austria-Hungría y su revolución, véase Herwig, *The First World War*, y más recientemente, Watson, *Ring of Steel*. También puede encontrarse una detallada crónica ya clásica en Richard G. Plaschka, Horst Haselsteiner y Arnold Suppan, *Innere Front. Militärassistentz, Widerstand und Umsturz in der Donaumonarchie 1918*, 2 vols., Viena, Verlag für Geschichte und Politik, 1974; y en Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers*. Un estudio reciente y perspicaz de los efectos de la guerra en Viena figura en Healy, *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire*. Véase también la recopilación de ensayos en Günther Bischof, Fritz Plasser y Peter Berger (eds.), *From Empire to Republic: Post-World War I Austria*, Innsbruck, Innsbruck University Press, 2010.

19. Para una buena discusión de esta postura y su deconstrucción véase Clifford F. Wargelin, «A High Price for Bread: The First Treaty of Brest-Litovsk and the Break-up of Austria-Hungary, 1917-1918», en *The International History Review*, n.º 19 (1997), pp. 757-788.

20. *Ibíd.*

21. *Ibíd.*, p. 762.

22. Reinhard J. Sieder, «Behind the Lines: Working-Class Family Life in Wartime Vienna», en Richard Wall y Jay Winter (eds.), *The Upheaval of War: Family, Work and*

*Welfare in Europe, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1988, pp. 125-128; Wargelin, «A High Price for Bread», p. 777. Sobre las huelgas, véase Plaschka *et al.*, *Innere Front*, vol. 1, pp. 59-106, 251-274.

23. Otto Bauer, *Die österreichische Revolution*, Viena, Wiener Volksbuchhandlung, 1923, p. 66; Plaschka *et al.*, *Innere Front*, vol. 1, pp. 107-148; Wargelin, «A High Price for Bread», p. 783.

24. Bauer, *Die österreichische Revolution*, pp. 71-72; Plaschka *et al.*, *Innere Front*, vol. 1, pp. 62-103. Para una visión más positiva de la actuación del Ejército austrohúngaro véase István Deák, *Beyond Nationalism: A Social and Political History of the Habsburg Officer Corps, 1848-1918*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1990; Greyton A. Tunstall, *Blood on the Snow: The Carpathian Winter War of 1915*, Lawrence, University Press of Kansas, 2010.

25. Karel Pichlík, «Der militärische Zusammenbruch der Mittelmächte im Jahre 1918», en Richard Georg Plaschka y Karlheinz Mack (eds.), *Die Auflösung des Habsburgerreiches: Zusammenbruch und Neuorientierung im Donauraum*, Múnich, Verlag für Geschichte und Politik, 1970, pp. 249-265.

26. Bauer, *Die österreichische Revolution*, pp. 79, 82, 90-92, 97; Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers*, pp. 612-614.

27. Patrick J. Houlihan, «Was There an Austrian Stab-in-the-Back Myth? Interwar Military Interpretations of Defeat», en Bischof *et al.*, *From Empire to Republic*, 67-89, aquí p. 72. Otras historias de los movimientos autoritarios y del antisemitismo austriacos en el siglo xx tan sólo mencionan de pasada la existencia de un mito de la «puñalada por la espalda» en Austria, sin explorarlo con detalle. Véase Steven Beller, *A Concise History of Austria*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, p. 209. Véase también Francis L. Carsten, *Fascist Movements in Austria: From Schönerer to Hitler*, Londres, Sage, 1977, p. 95; Bruce F. Pauley, *From Prejudice to Persecution: A History of Austrian Anti-Semitism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1992, p. 159. Para un análisis más en profundidad de cómo se diseminó el mito en las memorias de los antiguos oficiales del Ejército, véase Gergely Romsics, *Myth and Remembrance: The Dissolution of the Habsburg Empire in the Memoir Literature of the Austro-Hungarian Political Elite*, Nueva York, Columbia University Press, 2006, pp. 37-43.

28. Wolfgang Maderthaner, «Utopian Perspectives and Political Restraint: The Austrian Revolution in the Context of Central European Conflicts», en Bischof *et al.*, *From Empire to Republic*, pp. 52-66, 53; Francis L. Carsten, *Die Erste Österreichische Republik im Spiegel zeitgenössischer Quellen*, Viena, Böhlau, 1988, pp. 11 y ss.

29. Sobre Adler, véase Douglas D. Alder, «Friedrich Adler: Evolution of a Revolutionary», en *German Studies Review*, nº1 (1978), pp. 260-284; John Zimmermann, 'Von der Bluttat eines Unseligen': *Das Attentat Friedrich Adlers und seine Rezeption in*

*der sozialdemokratischen Presse*, Hamburgo, Verlag Dr. Kovač, 2000. Sobre su relación con Einstein, véase Michaela Maier y Wolfgang Maderthner (eds.), *Physik und Revolution: Friedrich Adler – Albert Einstein: Briefe, Dokumente, Stellungnahmen*, Viena, Locker, 2006.

30. *Neues Wiener Tagblatt*, 3 de noviembre de 1918, citado en Maderthner, «Utopian Perspectives and Political Restraint», pp. 52 y ss.

31. Bauer, *Die österreichische Revolution*, p. 121.

32. Maderthner, «Utopian Perspectives and Political Restraint», p. 55.

33. Netherlands Institute for War, Holocaust and Genocide Studies, Ámsterdam, Rauter Papers, Doc I 1380, H, 2.

34. Oberösterreichisches Landesarchiv (Linz), Ernst Rüdiger Starhemberg Papers, Aufzeichnungen, pp. 20-22.

35. Franz Brandl, *Kaiser, Politiker, und Menschen: Erinnerungen eines Wiener Polizeipräsidenten*, Viena y Leipzig, Günther, 1936, pp. 265-266.

36. Maderthner, «Utopian Perspectives and Political Restraint», p. 61.

37. Peter Broucek, *Karl I. (IV.): Der politische Weg des letzten Herrschers der Donaumonarchie*, Viena, Böhlau, 1997; Judson, *The Habsburg Empire*, pp. 338-442.

38. MacMillan, *Peacemakers*, p. 261.

39. Maderthner, «Utopian Perspectives and Political Restraint», p. 57.

40. Lyubomir Ognyanov, *Voynishkoto vastanie 1918* [El alzamiento de los soldados], Sofía, Nauka i izkustvo, 1988, p. 74.

41. Nikolái Vukov, «The Aftermaths of Defeat: The Fallen, the Catastrophe, and the Public Response of Women to the End of the First World War in Bulgaria», en Ingrid Sharp y Matthew Stibbe (eds.), *Aftermaths of War: Women's Movements and Female Activists, 1918-1923*, Leiden, Brill, 2011, pp. 29-47.

42. Cartas citadas en Ognyanov, *Voynishkoto vastanie 1918*, pp. 84 y 89.

43. Sobre el alzamiento de los soldados y la violencia en Bulgaria durante los años de posguerra, véase Ognyanov, *Voynishkoto vastanie 1918*; Boyan Kastelov, *Ot fronta do Vladaya: Dokumentalen ocherk*, Sofía, BZNS, 1978; id., *Bulgaria – ot vojna kam vastanie*, Sofía, Voенno izdatelstvo, 1988; Ivan Draev, *Bulgarskata 1918: Istoricheski ocherk za Vladayskoto vastanie*, Sofía, Narodna prosveta, 1970; Tsvetan Grozev, *Voynishkoto vastanie, 1918: Sbornik dokumenti i spomeni*, Sofía, BKP, 1967.

44. Sobre estas interpretaciones en la historiografía del periodo comunista y a partir de 1989, véase Georgi Georgiev, *Propusnata pobeda – Voynishkoto vastanie, 1918*, Sofía, Partizdat, 1989; Nikolay Mizov, *Vliyanieto na Velikata oktomvriyska sotsialisticheska revolyutsia varhu Vladayskoto vaorazheno vastanie na voynishkite masi u nas prez septembri 1918 godina*, Sofía, NS OF, 1957; Kozuharov, *Radomirskata republika*; Kosta

Nikolov, *Kletvoprestapnitsite: Vladayskite sabitiya prez septemvri 1918*, Sofia, AngoBoy, 2002.

45. Richard C. Hall, «Bulgaria in the First World War», en <russiasgreatwar.org>.

46. Gingeras, *Fall of the Sultanate*, pp. 236 y ss.

47. *Ibíd.*, p. 253.

48. Erickson, *Ordered to Die*, pp. 237-243. Sobre la cifra de los soldados fallecidos a consecuencia de las enfermedades, véase Erik J. Zürcher, «The Ottoman Soldier in World War I», en *id.*, *The Young Turk Legacy and Nation Building: From the Ottoman Empire to Atatürk's Turkey*, Londres, I. B. Tauris, 2010, pp. 167-187.

49. Mustafa Aksakal, «The Ottoman Empire», en Robert Gerwarth y Erez Manela (eds.), *Empires at War, 1911-1923*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014, pp. 17-33. Sobre el genocidio armenio, véase Donald Bloxham, «The First World War and the Development of the Armenian Genocide», en Ronald Grigor Suny, Fatma Müge Göçek y Norman M. Naimark (eds.), *A Question of Genocide: Armenians and Turks at the End of the Ottoman Empire*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 260-275; Ronald Grigor Suny, «Explaining Genocide: The Fate of the Armenians in the Late Ottoman Empire», en Richard Bessel y Claudia Haake (eds.), *Removing Peoples: Forced Removal in the Modern World*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2009, pp. 209-253, aquí p. 220. Sobre las bajas en Oriente Próximo, la plaga de langostas y sus funestas consecuencias, véase Salim Tamari (ed.), *Year of the Locust: A Soldier's Diary and the Erasure of Palestine's Ottoman Past*, Berkeley, University of California Press, 2011; Elizabeth F. Thompson, *Colonial Citizens: Republican Rights, Paternal Privilege, and Gender in French Syria and Lebanon*, Nueva York, Columbia University Press, 2000.

50. James Sheehan, *Where Have All the Soldiers Gone? The Transformation of Modern Europe*, Nueva York, Houghton Mifflin, 2008, p. 94.

51. Sobre el caso alemán, véase Kathleen Canning, «The Politics of Symbols, Semantics, and Sentiments in the Weimar Republic», en *Central European History*, n.º 43 (2010), pp. 567-580. Sobre Austria, véase Wolfgang Maderthaner, «Die eigenartige Größe der Beschränkung. Österreichs Revolution im mitteleuropäischen Spannungsfeld», en Helmut Konrad y Wolfgang Maderthaner (eds.), *Das Werden der Ersten Republik... der Rest ist Österreich*, vol. 1, Viena, Gerold's Sohn, 2008, pp. 187-206, aquí p. 192.

## CAPÍTULO 9

1. Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung*, pp. 122-123; *idem*, *Weimar*, p. 58.
2. Sobre Karl Liebknecht, véase Helmut Trotnow, *Karl Liebknecht: Eine Politische Biographie*, Colonia, Kiepenheuer and Witsch, 1980; Heinz Wohlgemuth, *Karl Liebknecht: Eine Biographie*, Berlín Oriental, Dietz, 1975; Annelies Laschitza y Elke Keller, *Karl Liebknecht: Eine Biographie in Dokumenten*, Berlín Oriental, Dietz, 1982; Annelies Laschitza, *Die Liebknechts: Karl und Sophie, Politik und Familie*, Berlín, Aufbau, 2009; Read, *The World on Fire*, p. 29.
3. Read, *The World on Fire*, p. 29; Jones, «Violence and Politics», p. 91.
4. Peter Nettel, *Rosa Luxemburg*, Fráncfort, Büchergilde Gutenberg, 1968, p. 67 (sobre su deformidad); Annelies Laschitza, *Im Lebensrausch, trotz alledem. Rosa Luxemburg: Eine Biographie*, Berlín, Aufbau, 1996/2002, p. 25; Jason Schulman (ed.), *Rosa Luxemburg: Her Life and Legacy*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013; Mathilde Jacob, *Rosa Luxemburg: An Intimate Portrait*, Londres, Lawrence and Wishart, 2000; Read, *The World on Fire*, pp. 29 y ss.
5. Laschitza, *Rosa Luxemburg*, p. 584.
6. Rosa Luxemburgo, *Gesammelte Werke, vol. 4: August 1914-Januar 1919*, Berlín Oriental, Dietz, 1974, p. 399; Karl Egon Lönne (ed.), *Die Weimarer Republik, 1918-1933: Quellen zum politischen Denken der Deutschen im 19. und 20. Jahrhundert*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2002, pp. 79-82.
7. Kluge, *Soldatenräte*, pp. 241-243; Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung*, pp. 109-110; Stephenson, *The Final Battle*, 262-271. Sobre la violencia en esta fase de la revolución, véase Jones, «Violence and Politics», pp. 177-196.
8. Eduard Bernstein, *Die deutsche Revolution, vol. 1: Ihr Ursprung, ihr Verlauf und ihr Werk*, Berlín, Verlag Gesellschaft und Erziehung, 1921, pp. 131-135; Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung*, p. 120.
9. Winkler, *Weimar*, p. 58.
10. Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung*, p. 122.
11. Andreas Wirsching, *Vom Weltkrieg zum Bürgerkrieg: Politischer Extremismus in Deutschland und Frankreich 1918-1933/39. Berlin und Paris im Vergleich*, Múnich, Oldenbourg, 1999, p. 134; Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung*, p. 124; Gustav Noske, *Von Kiel bis Kapp: Zur Geschichte der deutschen Revolution*, Berlín, Verlag für Politik und Wirtschaft, 1920, p. 68.
12. Sobre los *Freikorps*, véase Schulze, *Freikorps und Republik*; Hannsjoachim W. Koch, *Der deutsche Bürgerkrieg: Eine Geschichte der deutschen und österreichischen*

*Freikorps 1918-1923*, Berlín, Ullstein, 1978; Wolfram Wette, *Gustav Noske: Eine politische Biographie*, Düsseldorf, Droste, 1987; Bernhard Sauer, «Freikorps und Antisemitismus», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, n.º 56 (2008), pp. 5-29; Klaus Theweleit, *Male Fantasies*, 2 vols., Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987; Rüdiger Bergien, «Republikschützer oder Terroristen? Die Freikorpsbewegung in Deutschland nach dem Ersten Weltkrieg», en *Militärgeschichte* (2008), pp. 14-17; id., *Die bellizistische Republik: Wehrkonsens und Wehrhaftmachung in Deutschland, 1918-1933*, Múnich, Oldenbourg, 2012, pp. 64-69.

13. Starhemberg, «Aufzeichnungen», en Starhemberg Papers, Oberösterreichisches Landesarchiv, p. 26.

14. Robert Gerwarth, «The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», en *Past & Present*, n.º 200 (2008), pp. 175-209.

15. *Ibíd.*

16. Jürgen Reulecke, *'Ich möchte einer werden so wie die...': Männerbünde im 20. Jahrhundert*, Fráncfort, Campus, 2001, pp. 89 y ss.

17. von Salomon, *Die Geächteten*, pp. 10-11. Sobre la literatura autobiográfica de los miembros de los *Freikorps* véase, en particular, Matthias Sprenger, *Landsknechte auf dem Weg ins Dritte Reich? Zu Genese und Wandel des Freikorps-Mythos*, Paderborn, Schöningh, 2008.

18. Joseph Roth, *Das Spinnennetz* (publicado por entregas en 1923, primera edición como libro: Colonia y Berlín, Kiepenheuer and Witsch, 1967, p. 6.

19. Heinz, *Sprengstoff*, p. 7.

20. Boris Barth, *Dolchstoßlegenden und politische Disintegration: Das Trauma der deutschen Niederlage im Ersten Weltkrieg*, Düsseldorf, Droste, 2003; véase también Gerd Krumeich, «Die Dolchstoß-Legende», en Etienne François y Hagen Schulze (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte*, vol. 1, Múnich, C. H. Beck, 2001, pp. 585-599; Schivelbusch, *The Culture of Defeat*, pp. 203-247.

21. Manfred von Killinger, *Der Klabautermann: Eine Lebensgeschichte*, 3.<sup>a</sup> edición, Múnich, Eher, 1936, p. 263. Sobre Killinger, véase Bert Wawrzinek, *Manfred von Killinger (1886-1944): Ein politischer Soldat zwischen Freikorps und Auswärtigem Amt*, Preussisch Oldendorf, DVG, 2004.

22. Véase el informe del Parlamento de Prusia en *Sammlung der Drucksachen der Verfassungebenden Preußischen Landesversammlung, Tagung 1919/21*, vol. 15, Berlín, Preußische Verlagsanstalt, 1921, p. 7705; véase también Dieter Baudis y Hermann Roth, «Berliner Opfer der Novemberrevolution 1918/19», en *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* (1968), pp. 73-149, aquí p. 79.

23. Karl Liebknecht, *Ausgewählte Reden, Briefe und Aufsätze*, Berlín Oriental, Dietz, 1952, pp. 505-520.

24. Rosa Luxemburgo, *Politische Schriften*, ed. Ossip K. Flechtheim, vol. 3, Fráncfort, Europäische Verlags-Anstalt, 1975, pp. 203-209, aquí p. 209.

25. Sobre su localización y detención, véase Klaus Gietinger, *Eine Leiche im Landwehrkanal: Die Ermordung Rosa Luxemburgs*, Hamburgo, Edition Nautilus, 2008, p. 18. Sobre Pabst, véase Klaus Gietinger, *Der Konterrevolutionär: Waldemar Pabst – eine deutsche Karriere*, Hamburgo, Edition Nautilus, 2009.

26. Sobre el trato dado a Liebknecht, véase el sumario de las pruebas en BA-MA PH8 v/2 Bl. 206-220: «Schriftsatz in der Untersuchungssache gegen von Pflugk-Harttung und Genossen. Berlin, den 15 März 1919», y también Bl. 221-227.

27. Para la descripción de cómo asesinaron a Luxemburgo en el Tiergarten (tal y como se lo contó Pflugk-Harttung a Weizsäcker al día siguiente), véase Leonidas E. Hill (ed.), *Die Weizsäcker-Papiere 1900-1934*, Berlín, Propyläen, 1982, p. 325; véase también Gietinger, *Leiche im Landwehrkanal*, pp. 37 y 134 (documento anexo n.º 1). Véase también el expediente contenido en BA-MA PH8 v/10, esp. Bl.1-3, «Das Geständnis. Otto Runge, 22 Jan. 1921».

28. Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung*, pp. 171-182; Jones, «Violence and Politics», pp. 313-350, esp. pp. 339-340.

29. Sobre Eisner, véase Bernhard Grau, *Kurt Eisner, 1867-1919: Eine Biografie*, Múnich, C. H. Beck, 2001; Allan Mitchell, *Revolution in Bavaria 1918-19: The Eisner Regime and the Soviet Republic*, Princeton, Princeton University Press, 1965, pp. 66-67; Read, *The World on Fire*, pp. 33-37.

30. Heinrich Hillmayr, «München und die Revolution 1918/1919», en Karl Bosl (ed.), *Bayern im Umbruch. Die Revolution von 1918, ihre Voraussetzungen, ihr Verlauf und ihre Folgen*, Múnich y Viena, Oldenbourg, 1969, pp. 453-504; Grau, *Kurt Eisner*, p. 344; Mitchell, *Revolution in Bavaria*, p. 100; David Clay Large, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich*, Nueva York, W. W. Norton, 1997, pp. 78-79; Read, *The World on Fire*, p. 35.

31. Holger Herwig, «Clio Deceived: Patriotic Self-Censorship in Germany after the Great War», en *International Security*, n.º 12 (1987), pp. 5-22, cita en p. 9.

32. Grau, *Kurt Eisner*, pp. 397 y ss.

33. Susanne Miller, *Die Bürde der Macht: Die deutsche Sozialdemokratie 1918-1920*, Düsseldorf, Droste, 1978, p. 457; Grau, *Kurt Eisner*, p. 439; Hans von Pranckh, *Der Prozeß gegen den Grafen Anton Arco-Valley, der den bayerischen Ministerpräsidenten Kurt Eisner erschossen hat*, Múnich, Lehmann, 1920.

34. Mitchell, *Revolution in Bavaria*, p. 271; Winkler, *Weimar*, p. 77; Pranckh, *Der*

Prozeß...

35. Wilhelm Böhm, *Im Kreuzfeuer zweier Revolutionen*, Múnich, Verlag für Kulturpolitik, 1924, p. 297; Maderthaler, «Utopian Perspectives and Political Restraint», p. 58.

36. Mühsam, citado en Read, *The World on Fire*.

37. Read, *The World on Fire*, p. 152.

38. Zinóviev, citado en David Mitchell, *1919: Red Mirage*, Londres, Jonathan Cape, 1970, p. 165.

39. Thomas Mann, *Diaries 1919-1939*, trad. al inglés Richard y Clare Winston, Londres, André Deutsch, 1983, p. 44.

40. Lansing, citado en Alan Sharp, «The New Diplomacy and the New Europe», en Nicholas Doumanis (ed.), *The Oxford Handbook of Europe 1914-1945*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2016.

41. Sobre la huida a Bamberg véase Wette, *Noske*, p. 431. Sobre los sucesos del Domingo de Ramos, véase Heinrich Hillmayr, *Roter und Weißer Terror in Bayern nach 1918*, Múnich, Nusser, 1974, p. 43; Wette, *Noske*, p. 434; Mitchell, *Revolution in Bavaria*, pp. 316-317.

42. Mitchell, *Revolution in Bavaria*, pp. 304-331.

43. Ernst Toller, *I Was a German: The Autobiography of Ernst Toller*, Nueva York, Paragon House, 1934, pp. 180-189; Mitchell, *Revolution in Bavaria*, p. 320.

44. Wolfgang Zorn, *Geschichte Bayerns im 20. Jahrhundert*, Múnich, C. H. Beck, 1986, p. 194.

45. Read, *The World on Fire*, p. 154; Mitchell, *Revolution in Bavaria*, p. 322.

46. Mitchell, *Revolution in Bavaria*, p. 322; Read, *The World on Fire*, p. 155.

47. Sobre esos rumores, véase Jones, «Violence and Politics», pp. 377-378; Hillmayr, *Roter und Weißer Terror in Bayern*, pp. 136-137.

48. Citado en Wette, *Noske*, p. 440.

49. Hillmayr, *Roter und Weißer Terror in Bayern*, pp. 108-110.

50. Victor Klemperer, *Man möchte immer weinen und lachen in einem: Revolutionstagebuch 1919*, Berlín, Aufbau, 2015.

51. Mitchell, *Revolution in Bavaria*, p. 331, n. 51.

52. Thomas Mann, *Thomas Mann: Tagebücher 1918-1921*, ed. Peter de Mendelsohn, Fráncfort, S. Fischer, 1979, p. 218.

53. György Borsányi, *The Life of a Communist Revolutionary: Béla Kun*, Boulder, Social Science Monographs, 1993, p. 45 (puesta en libertad del campo de prisioneros de guerra), y p. 77 (llegada a Budapest).

54. Sobre la escasez de alimentos y la radicalización política durante la guerra, Péter Bihari, *Lövészárkok a hátszágban. Középosztály, zsidókérdés, Antiszemitizmus az első világháború Magyarországon*, Budapest, Napvilág Kiadó, 2008, esp. pp. 94-95.

55. Sobre el fracaso de la reforma agraria bajo el Gobierno de Károlyi, véase József Sipos, *A pártok és a földreform 1918-1919*, Budapest, Gondolat, 2009, pp. 200-209.

56. *The New York Times*, 5 de enero de 1919, citado en Read, *The World on Fire*, p. 157.

57. Miklós Molnár, *From Béla Kun to János Kádár: Seventy Years of Hungarian Communism*, Nueva York, St Martin's Press, 1990, pp. 2-4.

58. Para el lugar que ocupa la República Soviética en la historia de Hungría y de Europa, véase Tamás Krausz y Judit Vértes (eds.), 1919. *A Magyarországi Tanácsköztársaság és a kelet-európai forradalmak*, Budapest, L'Harmattan-ELTE BTK Kelet-Európa Története Tanszék, 2010.

59. *Vörös Újság*, 11 de febrero de 1919.

60. Para una crónica contemporánea del fiscal de la Corona que procesó a los comunistas, véase Albert Váry, *A Vörös Uralom Áldozatai Magyarországon*, Szeged, Szegedi Nyomda, 1993. La crónica se publicó por primera vez en 1922. Véase también Gusztáv Gratz (ed.), *A Bolsevizmus Magyarországon*, Budapest, Franklin-Társulat, 1921; Ladislaus Bizony, *133 Tage Ungarischer Bolschewismus. Die Herrschaft Béla Kuns und Tibor Szamuelys: Die Blutigen Ereignisse in Ungarn*, Leipzig y Viena, Waldheim-Eberle, 1920. Para una crónica reciente, véase Konrád Salamon, «Proletárditárúra és a Terror», *Rubicon* (2011), pp. 24-35.

61. Maderthaner, «Utopian Perspectives and Political Restraint», p. 59.

62. El mejor estudio sobre las reacciones del campesinado sigue siendo Ignác Romsics, *A Duna- Tisza Köze Hatalmi Viszonyai 1918-19-ben*, Budapest, Akadémiai Kiadó, 1982.

63. Thomas Sakmyster, *A Communist Odyssey: The Life of József Pogány*, Budapest y Nueva York, Central European University Press, 2012, pp. 44-46.

64. Véase Peter Pastor, *Hungary between Wilson and Lenin: The Hungarian Revolution of 1918-1919 and the Big Three*, Nueva York, Columbia University Press, East European Monograph, 1976.

65. Julius Braunthal, *Geschichte der Internationale*, vol. 2, Hannover, J. H. W. Dietz, 1963, p. 160.

66. Maderthaner, «Utopian Perspectives and Political Restraint», pp. 60 y ss.

67. *Ibid.*, p. 61.

68. Para un relato detallado véase Hans Hautmann, *Die Geschichte der Rätebewegung in Österreich 1918-1924*, Viena, Europaverlag, 1987, pp. 329 y ss.

69. Sobre el rechazo de la Iglesia católica al régimen de Kun, véase Gabriel Adriányi,

*Fünfzig Jahre Ungarische Kirchengeschichte, 1895-1945*, Maguncia, v. Hase and Koehler Verlag, 1974, pp. 53-59.

70. Frank Eckelt, «The Internal Policies of the Hungarian Soviet Republic», en Iván Völgyes (ed.), *Hungary in Revolution, 1918-1919*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1971, pp. 61-88.

71. Thomas Sakmyster, *Hungary's Admiral on Horseback: Miklós Horthy, 1918-1944*, Boulder, Eastern European Monographs, 1994.

72. Béla Kelemen, *Adatok a szegedi ellenforradalom és a szegedi kormány történetéhez*, Szeged, Szerző Kiadása, 1923, pp. 495-496.

73. Miklós Kozma, *Makensens Ungarische Husaren: Tagebuch eines Frontoffiziers, 1914-1918*, Berlín y Viena, Verlag für Kulturpolitik, 1933, p. 459. Sobre la contrarrevolución en Budapest, véase también Eliza Ablovatski, «“Cleansing the Red Nest”: Counter-Revolution and White Terror in Munich and Budapest», 1919, disertación de doctorado inédita, Nueva York, 2004.

74. Kozma, *Makensens Ungarische Husaren*, p. 461. Sobre las «amazonas rojas» véase también *Innsbrucker Nachrichten*, 23 de marzo de 1919, p. 2.

75. Starhemberg, «Aufzeichnungen», pp. 16-17. Véase también Emil Fey, *Schwertbrüder des Deutschen Ordens*, Viena, Lichtner, 1937, pp. 218-220.

76. Harold Nicolson, *Peacemaking, 1919*, Londres, Grosset and Dunlap, 1933, p. 298 (anotación de diario de abril de 1919).

77. *Ibíd.*, p. 293.

78. Francis Deák, *Hungary at the Peace Conference: The Diplomatic History of the Treaty of Trianon*, Nueva York, Columbia University Press, 1942, p. 78.

79. Read, *The World on Fire*, pp. 192-193.

80. Deák, *Hungary at the Peace Conference*, p. 78.

81. Rudolf Tokes, «Bela Kun: The Man and Revolutionary», en Ivan Völgyes (ed.), *Hungary in Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, pp. 170-207, aquí pp. 202-203.

82. Deák, *Hungary at the Peace Conference*, pp. 112-128.

83. Sobre el comportamiento de los soldados rumanos y el saqueo de la ciudad, véase Krisztián Ungváry, «Sacco di Budapest, 1919. Gheorghe Mărdărescu tábornok válasza Harry Hill Bandholtz vezérőrnagy nem diplomatikus naplójára», en *Budapesti Negyed*, n.º 3-4 (2000), pp. 173-203.

84. Miklós Lackó, «The Role of Budapest in Hungarian Literature 1890-1935», en Tom Bender (ed.), *Budapest y Nueva York, Studies in Metropolitan Transformation, 1870-1930*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1994, pp. 352-366, pp. 352 y ss.

85. Miklós Kozma, *Az összeomlás 1918-1919*, Budapest, Athenaeum, 1933, p. 380. Sobre la experiencia en la guerra de Kozma, véase Kozma, *Makensens Ungarische Husaren*. Sobre el Terror Blanco más en general, véase Béla Bodó, «The White Terror in Hungary, 1919-21: The Social Worlds of Paramilitary Groups», en *Austrian History Yearbook*, n.º 42 (2011), pp. 133-163; Gerwarth, «The Central European Counter-Revolution», pp. 175-209.

86. Sobre el asesinato de Somogyi y Bacsó, véase Ernő Gergely y Pál Schönwald, *A Somogyi-Bacsó-Gyilkosság*, Budapest, Kossuth, 1978.

87. Véase Rolf Fischer, «Anti-Semitism in Hungary 1882-1932», en Herbert A. Strauss (ed.), *Hostages of Modernization: Studies of Modern Antisemitism 1870-1933/39*, vol. 2: *Austria, Hungary, Poland, Russia*, Berlín y Nueva York, de Gruyter, 1993, pp. 863-892, 883-884; Nathaniel Katzburg, *Zsidópolitika Magyarországon, 1919-1943*, Budapest, Bábel, 2002, pp. 36-39.

88. Rudolf Tokes, *Béla Kun and the Hungarian Soviet Republic: The Origins and Role of the Communist Party of Hungary in the Revolutions of 1918-1919*, Nueva York y Stanford, Praeger, 1967, p. 159. Véase también Borsányi, *The Life of a Communist Revolutionary*.

89. Pál Prónay, *A határban a halál kaszál: fejezetek Prónay Pál feljegyzéseiből*, eds Ágnes Szabó and Ervin Pamlényi, Budapest, Kossuth, 1963, p. 90. Sobre el personaje en sí, véase Béla Bodó, *Pál Prónay: Paramilitary Violence and Anti-Semitism in Hungary, 1919-1921*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2011.

90. Gerwarth, «The Central European Counter-Revolution», pp. 175-209. Sobre el contexto, véase también Bruno Thoss, *Der Ludendorff-Kreis: München als Zentrum der mitteleuropäischen Gegenrevolution zwischen Revolution und Hitler-Putsch*, Múnich, Wölfle, 1978; Lajos Kerekes, «Die “weiße” Allianz: Bayerisch-österreichisch-ungarische Projekte gegen die Regierung Renner im Jahre 1920», en *Österreichische Osthefte*, n.º 7 (1965), pp. 353-366; Ludger Rape, *Die österreichischen Heimwehren und die bayerische Rechte 1920-1923*, Viena, Europa-Verlag, 1977; Horst G. Nusser, *Konservative Wehrverbände in Bayern, Preussen und Österreich mit einer Biographie von Georg Escherich 1870-1941*, 2 vols., Múnich, Nusser, 1973.

91. Véase Hans Jürgen Kuron, «Freikorps und Bund Oberland», tesis doctoral inédita, Múnich 1960, p. 134; Sabine Falch, «Zwischen Heimatwehr und Nationalsozialismus. Der “Bund Oberland” in Tirol», en *Geschichte und Region*, n.º 6 (1997), pp. 51-86; Verena Lösch, «Die Geschichte der Tiroler Heimatwehr von ihren Anfängen bis zum Korneuburger Eid (1920-1930)», tesis doctoral inédita, Innsbruck 1986, p. 162.

92. Sobre la vida de Anton Lehár, véase Anton Broucek (ed.), *Anton Lehár. Erinnerungen. Gegenrevolution und Restaurationsversuche in Ungarn 1918-1921*, Múnich, Oldenbourg, 1973. Sobre Franz Lehár, véase Norbert Linke, *Franz Lehár*, Reinbek bei

Hamburg, Rowohlt, 2001.

93. Österreichisches Staatsarchiv (ÖStA), B 1477: *Die Politik des deutschen Widerstands* (1931).

94. Bundesarchiv (Berlín), Pabst Papers, NY4035/6, 37-39. Sobre Pabst, véase también Doris Kachulle, *Waldemar Pabst und die Gegenrevolution*, Berlín, Organon, 2007.

95. Alfred Krauss, *Unser Deutschtum!*, Salzburgo, Eitel, 1921, pp. 7-13.

96. Alfred Rosenberg, «Die russisch-jüdische Revolution», publicado el 24 de mayo de 1919 en la revista *Auf gut Deutsch*.

97. Poliakov, *The History of Anti-Semitism*, vol. 4, pp. 274-276.

98. Mark Levene, *War, Jews, and the New Europe: The Diplomacy of Lucien Wolf, 1914-1919*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1992, p. 212; id., *Crisis of Genocide*, vol. 1, cita en p. 184.

99. Winston Churchill, «Zionism versus Bolshevism», *Illustrated Sunday Herald*, 8 de febrero de 1920.

100. Cohn, *Warrant for Genocide*.

101. Sobre el antisemitismo en Hungría después de 1918, véase Robert M. Bigler, «Heil Hitler and Heil Horthy! The Nature of Hungarian Racist Nationalism and its Impact on German-Hungarian Relations 1919-1945», en *East European Quarterly*, n.º 8 (1974), pp. 251-272; Béla Bodó, «“White Terror”, the Hungarian Press and the Evolution of Hungarian Anti-Semitism after World War I», en *Yad Vashem Studies*, n.º 34 (2006), pp. 45-86; Nathaniel Katzburg, *Hungary and the Jews: Policy and Legislation, 1920-1943*, Ramat-Gan, Bar-Ilan University Press, 1981; y Rolf Fischer, *Entwicklungsstufen des Antisemitismus in Ungarn, 1867-1939: Die Zerstörung der magyarisch-jüdischen Symbiose*, Múnich, Oldenbourg, 1998.

102. Josef Halmi, «Akten über die Pogrome in Ungarn», en Jakob Krausz, *Martyrium. Ein jüdisches Jahrbuch*, Viena, autopublicado, 1922, pp. 59-66. Véase también Oszkár Jászi, *Magyariens Schuld: Ungarns Sühne. Revolution und Gegenrevolution in Ungarn*, Múnich, Verlag für Kulturpolitik, 1923, pp. 168-179; József Pogány, *Der Weiße Terror in Ungarn*, Viena, Neue Erde, 1920; British Joint Labour Delegation to Hungary, *The White Terror in Hungary. Report of the British Joint Labour Delegation to Hungary*, Londres, Trade Union Congress and Labour Party, 1920; y The National Archives (TNA), Londres, FO 371/3558/206720: «The Jews in Hungary: Correspondence with His Majesty's Government, presented to the Jewish Board of Deputies and the Council of the Anglo-Jewish Association», octubre de 1920.

103. Halmi, «Akten über die Pogrome in Ungarn», p. 64.

104. Sobre la historia del antisemitismo hasta la Gran Guerra, véase Peter Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, 2.<sup>a</sup> ed. revisada, Cambridge,

Harvard University Press, 1988; y John W. Boyer, «Karl Lueger and the Viennese Jews», en *Yearbook of the Leo Baeck Institute*, n.º 26 (1981), pp. 125-144. Sobre la imagen del «especulador judío» en Viena durante la guerra véase Healy, *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire*. Sobre el antisemitismo en las universidades austriacas, véase Michael Gehler, *Studenten und Politik: Der Kampf um die Vorherrschaft an der Universität Innsbruck 1919-1938*, Innsbruck, Haymon-Verlag, 1990, pp. 93-98.

105. Véase Bruce F. Pauley, «Politischer Antisemitismus im Wien der Zwischenkriegszeit», en Gerhard Botz, Nina Scholz, Michael Pollak e Ivar Oxaal (eds.), *Eine zerstörte Kultur: Jüdisches Leben und Antisemitismus in Wien seit dem 19. Jahrhundert*, Buchloe, Obermayer, 1990, pp. 221-223.

106. Steven E. Aschheim, *Brothers and Strangers: The East European Jew in German and German-Jewish Consciousness, 1800-1923*, Madison y Londres, University of Wisconsin Press, 1982.

107. Lina Heydrich, *Leben mit einem Kriegsverbrecher*, Pfaffenhofen, Ludwig, 1976, pp. 42 y ss.

108. Krauss, *Unser Deutschtum!*, p. 20.

109. *Ibid.*, pp. 16-17.

110. Véase, por ejemplo, la serie de artículos sobre «Las causas raciales y políticas del Hundimiento», *Neue Tiroler Stimmen*, 9, 10 y 30 de diciembre de 1918 y 2 de enero de 1919, citado en Francis L. Carsten, *Revolution in Central Europe, 1918-1919*, Londres, Temple Smith, 1972, p. 261. Véase también *Innsbrucker Nachrichten*, 8 de abril de 1919. Sobre el contexto más en general, véase Paul Rena, *Der christlichsoziale Antisemitismus in Wien 1848-1938*, tesis doctoral inédita, Viena, 1991; y Christine Sagoschen, *Judenbilder im Wandel der Zeit: die Entwicklung des katholischen Antisemitismus am Beispiel jüdischer Stereotypen unter besonderer Berücksichtigung der Entwicklung in der ersten Republik*, tesis doctoral inédita, Viena, 1998.

111. *Tagespost* (Graz), 27 de mayo de 1919.

112. Thomas Lorman, «The Right-Radical Ideology in the Hungarian Army, 1921-23», en *Central Europe*, n.º 3 (2005), pp. 67-81, esp. p. 76.

113. Oszkár Szöllösy, «The Criminals of the Dictatorship of the Proletariat», reproducido en Cecile Tormay, *An Outlaw's Diary*, 2 vols., Londres, Allan, 1923, vol. 2, p. 226.

114. Thomas Sakmyster, «Gyula Gömbös and the Hungarian Jews, 1918-1936», en *Hungarian Studies Review*, n.º 8 (2006), pp. 156-168, aquí p. 161.

115. Bodó, *Pál Prónay*, p. 134.

116. Bundesarchiv (Coblenza), Bauer Papers, NL 22/69: memorias de la secretaria de Max Bauer, p. 33.

117. NIOD, Rauter Papers, Doc I-1380 Pr 6-12-97, pp. 46-47; Oberösterreichisches Landesarchiv (OÖLA), Starhemberg Papers: Starhemberg, «Meine Stellungnahme zur Judenfrage».

118. Sobre Stamolijski y la BANU, véase, por ejemplo, Kanyu Kozhuharov, *Reformatorskoto delo na Aleksandar Stambolijski*, Sofía, Fond «Aleksandar Stambolijski», 1948; Mihail Genovski, *Aleksandar Stambolijski – otblizo i daleko: dokumentalni spomeni*, Sofía, BZNS, 1982; Evgeni Tanchev, *Darzhavno-pravnite vazgledi na Aleksandar Stambolijski*, Sofía, BZNS, 1984.

119. Richard J. Crampton, «The Balkans», en Gerwarth, *Twisted Paths*, p. 251; Stephane Groueff, *Crown of Thorns: The Reign of King Boris III of Bulgaria, 1918-1943*, Lanham, Madison Books, 1987, pp. 61 y ss.

120. Margaret Fitzherbert, *The Man Who Was Greenmantle: A Biography of Aubrey Herbert*, Londres, John Murray, 1983, p. 235; MacMillan, *Peacemakers*, p. 148.

121. Groueff, *Crown of Thorns*, p. 75; MacMillan, *Peacemakers*, p. 148.

122. Crampton, «The Balkans», en Gerwarth, *Twisted Paths*, p. 251; Tsocho Bilyarski, *BZNS, Aleksandar Stambolijski i VMRO: nepoznatata voyna*, Sofía, Aniko, 2009.

123. Stefan Troebst, *Das makedonische Jahrhundert: Von den Anfängen der nationalrevolutionären Bewegung zum Abkommen von Ohrid 1893-2001*, Múnich, Oldenbourg, 2007, pp. 85-110.

124. Richard Crampton, «The Balkans», en Gerwarth, *Twisted Paths*, p. 251.

125. Doncho Daskalov, *1923 – Sadbonosni resheniya i sabitiya*, Sofía, BZNS, 1983, p. 24.

126. *Ibid.*, p. 18.

127. John D. Bell, *Peasants in Power: Alexander Stamboliski and the Bulgarian Agrarian National Union 1899-1923*, Princeton, Princeton University Press, 1977, p. 149.

128. Daskalov, *1923*, p. 25.

129. Para los detalles del golpe de Estado y la abolición del gobierno del partido agrario, véase Yono Mitev, *Fashistkiyat prevrat na deveti yuni 1923 godina i Yunskoto antifashistko vastanie*, Sofía, BZNS, 1973; Nedyu Nedev, *Aleksandar Stambolijski i zagovorot*, Sofía, BZNS, 1984; Daskalov, *1923*.

130. *Izvestia na darzhavnite arhivi*, n.º 15 (1968), p. 99.

131. Crampton, *Bulgaria*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 96-98; John Paul Newman, «The Origins, Attributes, and Legacies of Paramilitary Violence in the Balkans», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 145-163, aquí p. 153.

132. Simeon Damyanov, «Dokumenti za devetoyunskia prevrat i Septemvriyskoto vastanie prez 1923 g. vav Frenskia diplomaticheski arhiv», en *Izvestia na darzhavnite arhivi*, n.º 30 (1975), pp. 167-182, aquí p. 172.

133. Andreya Iliev, *Atentatat v 'Sveta Nedelya' i teroristite*, Sofía, Ciela, 2011.

## CAPÍTULO 10

1. Sobre el impacto cultural de la Gran Guerra en España, véase Maximiliano Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial: Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014; y Francisco J. Romero Salvadó, *Spain, 1914-1918: Between War and Revolution*, Londres, Routledge, 1999. Sobre la conflictividad laboral, véase Edward E. Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: Origins of the Civil War*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1970; Gerald H. Meaker, *The Revolutionary Left in Spain 1914-1923*, Stanford, Stanford University Press, 1974; Fernando del Rey Reguillo, «El empresario, el sindicalista y el miedo», en Manuel Pérez Ledesma y Rafael Cruz (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 235-272; y Rafael Cruz, «¡Luzbel vuelve al mundo!: las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España», en Pérez Ledesma y Cruz, *Cultura y movilización*, pp. 273-303.

2. Read, *The World on Fire*, pp. 166 y ss. Sobre la acogida de la revolución bolchevique en España, véase Juan Avilés Farré, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009; y Francisco J. Romero Salvadó, *The Foundations of Civil War: Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*, Londres, Routledge, 2008.

3. *La voz del cantero*, 11 de marzo de 1918, citado en Meaker, *The Revolutionary Left*, p. 137. Véase también Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba. Antecedentes para una reforma agraria*, Madrid, Alianza, 1995; id: «Historia de las agitaciones campesinas andaluzas», en Isidoro Moreno Navarro (ed.), *La identidad cultural de Andalucía, aproximaciones, mixtificaciones, negacionismo y evidencias*, Sevilla, Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces, 2008.

4. Del Rey, «El empresario», pp. 235-272; y Cruz, «¡Luzbel vuelve al mundo!», pp. 273-303.

5. Para los antecedentes del proceso de expulsión, véase Mikel Aizpuru, «La expulsión de refugiados extranjeros desde España en 1919: exiliados rusos y de otros países», en *Migraciones y Exilios*, n.º 11 (2010), pp. 107-126; James Matthews, «Battling Bolshevik Bogeymen: Spain's *Cordon Sanitaire* against Revolution from a European Perspective, 1917-1923», *Journal of Military History*, n.º 80 (2016), pp. 725-755.

6. Sobre Primo de Rivera, véase Shlomo Ben-Ami, *Fascism from Above: The Dictatorship of Primo de Rivera in Spain 1923-1930*, Oxford, Clarendon Press, 1983; Alejandro Quiroga, *Making Spaniards: Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-30*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007. Más en general,

véase Raymond Carr, *Modern Spain, 1875-1980*, Oxford, Clarendon Press, 1980; y, más recientemente, Julián Casanova, *Twentieth-Century Spain: A History*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2014.

7. Guy Pedroncini, *Les Mutineries de 1917*, 3.<sup>a</sup> edición, París, Presses universitaires de France, 1996; Smith *et al.*, *France and the Great War*, pp. 113-145.

8. Horne, «Defending Victory», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*.

9. Beatrice Potter Webb, *Diaries 1912-1924*, ed. Margaret Cole, Londres, Longmans, Green and Company, 1952, p. 136 (anotación del 11 de noviembre de 1918).

10. Lloyd George, citado en MacMillan, *Peacemakers*, p. 208.

11. John Buchan, *The Three Hostages*, Londres, Nelson, 1948, p. 210.

12. Read, *The World on Fire*, p. 317; Beverly Gage, *The Day Wall Street Exploded: A Story of America in its First Age of Terror*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2008.

13. Bessel, «Revolution», p. 135.

14. Antonio Gibelli, *La Grande Guerra degli italiani 1915-1918*, Milán, Sansoni, 1998, p. 221. Sobre la batalla de Vittorio Veneto, véase Piero del Negro, «Vittorio Veneto e l'armistizio sul fronte italiano», en Audoin-Rouzeau y Becker, *La prima guerra mondiale*, vol. 2, pp. 333-343.

15. Rino Alessi, «La luminosa visione di Trieste redenta», *Il Secolo*, 6 de noviembre de 1918, reproducido en Franco Contorbia (ed.), *Giornalismo italiano, vol. 2: 1901-1939*, Milán, Arnoldo Mondadori, 2007, pp. 908-909.

16. Benedetto Croce, *Pagine sulla guerra*, Nápoles, Ricciardi, 1919, p. 295.

17. Thompson, *The White War*; Fulvio Cammarano (ed.), *Abbasso la Guerra. Neutralisti in Piazza alla vigilia della Prima Guerra mondiale*, Florencia, Le Monnier, 2015.

18. Giovanna Procacci, *Warfare-welfare: Intervento dello Stato e diritti dei cittadini 1914-18*, Roma, Carocci, 2013, pp. 128-129; Andrea Fava, «Il “fronte interno” in Italia. Forme politiche della mobilitazione patriottica e delegittimazione della classe dirigente liberale», en *Ricerche storiche*, n.º 27 (1997), pp. 503-532. Sobre el nacimiento de una «tentación totalitaria» durante la Primera Guerra Mundial, en referencia al caso italiano, véase Angelo Ventrone, *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, Donzelli, 2003. Sobre la campaña de propaganda, véase Gian Luigi Gatti, *Dopo Caporetto. Gli ufficiali P nella Grande Guerra: propaganda, assistenza, vigilanza*, Gorizia, LEG, 2000; Barbara Bracco, «L'Italia e l'Europa da Caporetto alla vittoria nella riflessione degli storici italiani», en Giampietro Berti y Piero del Negro (eds.), *Al di qua e al di là del Piave. L'ultimo anno della Grande Guerra*, Milán, Franco Angeli, 2001, pp. 531-532; Fava, «Il “fronte interno” in Italia», pp. 509-521.

19. Giovanna Procacci, *Dalla rassegnazione alla rivolta. Mentalità e comportamenti popolari nella Grande Guerra*, Roma, Bulzoni, 1999.

20. Mussolini, citado en MacGregor Knox, *To the Threshold of Power, 1922/23: Origins and Dynamics of the Fascist and National Socialist Dictatorship*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, p. 222.

21. Véase Emilio Gentile, *Fascismo e antifascismo: I partiti italiani fra le due guerre*, Florencia, Le Monnier, 2000, pp. 40-46; Simonetta Ortaggi, «Mutamenti sociali e radicalizzazione dei conflitti in Italia tra guerra e dopoguerra», en *Ricerche storiche*, n.º 27 (1997), pp. 673-689; Elio Giovannini, *L'Italia massimalista: Socialismo e lotta sociale e politica nel primo Dopoguerra*, Roma, Ediesse 2001; Roberto Bianchi, *Pace, pane, terra. Il 1919 in Italia*, Roma, Odradek, 2006.

22. Guido Crainz, *Padania. Il mondo dei braccianti dall'Ottocento alla fuga dalle campagne*, Roma, Donzelli, 1994, p. 159.

23. Fabio Fabbri, *Le origini della Guerra civile: L'Italia dalla Grande Guerra al fascismo (1918-1921)*, Turín, Utet, 2009, pp. 191-192.

24. Dos obras clásicas sobre la «metamorfosis» de Mussolini son Renzo de Felice, *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*, Turín, Einaudi, 1965; Zeev Sternhell, *Naissance de l'idéologie fasciste*, París, Fayard, 1989. Para una crónica más reciente, véase Richard Bosworth, *Mussolini*, Londres, Arnold, 2002, pp. 100-122.

25. Paul O'Brien, *Mussolini in the First World War: The Journalist, the Soldier, the Fascist*, Londres, Bloomsbury, 2005.

26. Benito Mussolini, «Col ferro e col fuoco», en *Il Popolo d'Italia*, 22 de noviembre de 1917.

27. Benito Mussolini, «Una politica», en *Il Popolo d'Italia*, 23 de febrero de 1918.

28. Sobre la realineación ideológica de Mussolini, véase Sternhell, *Naissance de l'idéologie fasciste*; Emilio Gentile, *The Origins of Fascist Ideology, 1918-1925*, Nueva York, Enigma, 2005.

29. Sobre la composición social, véase Emilio Gentile, *The Sacralization of Politics in Fascist Italy*, Cambridge, Harvard University Press, 1996, pp. 364-366, 556-558; Roberta Suzzi Valli, «The Myth of Squadristo in the Fascist Regime», en *Journal for Contemporary History*, n.º 35 (2000), pp. 131-150.

30. Véase Alberto Aquarone, «Violenza e consenso nel fascismo Italiano», en *Storia contemporanea*, n.º 10 (1979), pp. 145-155; Adrian Lyttelton, «Fascism and Violence in Post-War Italy: Political Strategy and Social Conflict», en Mommsen y Hirschfeld, *Social Protest*, pp. 257-274; Jens Petersen, «Il problema della violenza nel fascismo italiano», en *Storia contemporanea*, n.º 13 (1982), pp. 985-1008; y Paolo Nello, «La rivoluzione fascista ovvero dello squadristo nazional rivoluzionario», en *Storia contemporanea*, n.º 13 (1982),

pp. 1009-1025.

31. Véase, por ejemplo, el diario del *squadrista* Mario Piazzesi, *Diario di uno Squadrista Toscano: 1919-1922*, Roma, Bonacci, 1981, pp. 73-74, 77-78. Véase también Salvatore Lupo, *Il fascismo: La politica in un regime totalitario*, Roma, Donzelli, 2000, p. 85; Antonio Gibelli, *Il popolo bambino. Infanzia e nazione dalla Grande Guerra a Salò*, Turín, Einaudi, 2005, pp. 187-190. Sobre el contexto, véase Reichardt, *Faschistische Kampfbünde*.

32. El propio Mussolini utilizó estas metáforas en su famoso discurso de Ferrara en abril de 1920. *Opera Omnia*, vol. 16, pp. 239-146. Véase también Francesca Rigotti, «Il medico-chirurgo dello Stato nel linguaggio metaforico di Mussolini», en Civiche Raccolte Storiche Milano (ed.), *Cultura e società negli anni del fascismo*, Milán, Cordani, 1987; David Forgacs, «Fascism, Violence and Modernity», en Jana Howlett y Rod Mengham (eds.), *The Violent Muse: Violence and the Artistic Imagination in Europe, 1910-1939*, Manchester, Manchester University Press, 1994, pp. 5-6.

33. Brunella Dalla Casa, «La Bologna di Palazzo d'Accursio», en Mario Isnenghi y Giulia Albanese (eds.), *Gli Italiani in guerra: Conflitti, identità, memorie dal Risorgimento ai nostri giorni*, vol. 4/1: *Il ventennio fascista: Dall'impresa di Fiume alla Seconda Guerra mondiale (1919-1940)*, Turín, Utet, 2008, pp. 332-338.

34. Fabbri, *Le origini della Guerra civile*, pp. 349-358; Emilio Gentile, «Paramilitary Violence in Italy: The Rationale of Fascism and the Origins of Totalitarianism», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 85-106, aquí p. 92.

35. Estadísticas según Emilio Gentile, *Storia del partito fascista*, vol. 1: *1919-1922, movimento e milizia*, Roma, Laterza, 1989, pp. 472-475.

36. Lupo, *Il fascismo*, pp. 86-98.

37. Véase, por ejemplo, Benito Mussolini, «Il “Pus” a congresso», en *Il Popolo d'Italia*, 14 de enero de 1921, reproducido en Benito Mussolini, *Opera Omnia*, vol. 16, Florencia, La Fenice, 1955, pp. 116-117.

38. Richard Bosworth y Giuseppe Finaldi, «The Italian Empire», en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, pp. 34-51.

39. Sobre la Marcha sobre Roma, véase Giulia Albanese, *La marcia su Roma*, Roma y Bari, Laterza, 2006.

40. Adrian Lyttelton, *The Seizure of Power: Fascism in Italy 1919-1929*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1973; Philip Morgan, *Italian Fascism, 1919-1945*, Londres, Macmillan, 1995, p. 51.

41. Cfr. la introducción en Emilio Gentile, *E fu subito regime: Il fascismo e la marcia su Roma*, Roma y Bari, Laterza, 2012.

42. Gentile, «Paramilitary Violence», p. 98.

43. Véase, entre otros, Matteo Millan, *Squadristo e squadristi nella dittatura fascista*, Roma, Viella, 2014; Emilio Gentile, «Fascism in Power: the Totalitarian Experiment», en Adrian Lyttelton (ed.), *Liberal and Fascist Italy 1900-1945*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2002, pp. 139-142.

44. Kessler, *Das Tagebuch 1880-1937*, p. 564 (anotación del 29 de octubre de 1922).

45. Ernst Deuerlein (ed.), *Der Hitler-Putsch: Bayerische Dokumente zum 8./9. November 1923*, Stuttgart, DVA, 1962; Hans Mommsen, «Adolf Hitler und der 9. November 1923», en Johannes Willms (ed.), *Der 9. November. Fünf Essays zur deutschen Geschichte*, 2.<sup>a</sup> ed., Múnich, C. H. Beck, 1995, pp. 33-48.

46. Thomas Weber, *Hitler's First War: Adolf Hitler, the Men of the List Regiment, and the First World War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2010.

47. Othmar Plöckinger, *Unter Soldaten und Agitatoren. Hitlers prägende Jahre im deutschen Militär 1918-1920*, Paderborn, Schöningh, 2013.

48. Peter Longerich, *Hitler: Biographie*, Múnich, Siedler, 2015; Plöckinger, *Unter Soldaten*.

49. Johannes Erger, *Der Kapp-Lüttwitz-Putsch: Ein Beitrag zur deutschen Innenpolitik, 1919-20*, Düsseldorf, Droste, 1967; Erwin Könnemann y Gerhard Schulze (eds.), *Der Kapp-Lüttwitz-Putsch: Dokumente*, Múnich, Olzog, 2002; Read, *The World on Fire*, pp. 319 y ss.

50. Read, *The World on Fire*, p. 320.

51. *Ibíd.*, p. 321.

52. Kessler, *Tagebuch*, vol. 7: 1919-1923, p. 294 (anotación del 19 de marzo de 1920).

53. *Ibíd.*, p. 295 (anotación del 20 de marzo de 1920).

54. Deuerlein (ed.), *Hitler-Putsch*; Mommsen, «Adolf Hitler und der 9. November 1923», pp. 33-48.

55. Se trata de un enfoque interpretativo que se remonta a los años treinta, apoyado sobre todo por Angelo Tasca en su famoso libro, publicado durante su exilio en Francia, *La Naissance du fascisme*, París, Gallimard, 1938. Para una variación más reciente sobre este tema, véase Roberto Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo: L'Italia dalla Grande Guerra alla marcia su Roma*, Bolonia, il Mulino, 2012.

## CAPÍTULO 11

1. David Lloyd George, *The Truth About the Peace Treaties*, 2 vols., Londres, Gollancz, 1938, vol. 1, p. 565; MacMillan, *Peacemakers*, p. 5; Bruno Cabanes, «1919: Aftermath», en Winter, *The Cambridge History of the First World War*, vol. 1, Cambridge

y Nueva York, Cambridge University Press, 2014, pp. 172-198.

2. MacMillan, *Peacemakers*, p. 7; sobre la crisis de Fiume, *ibíd.*, pp. 302-321.

3. Bruno Cabanes, *La victoire endeuillée: La sortie de guerre des soldats français (1918-1920)*, París, Éditions du Seuil, 2004.

4. Robert E. Bunselmeyer, *The Cost of War 1914-1919: British Economic War Aims and the Origins of Reparation*, Hamden, Archon Books, 1975, p. 141; MacMillan, *Peacemakers*, p. 100; Reynolds, *The Long Shadow*, p. 93; Winkler, *The Age of Catastrophe*, p. 125.

5. Leonard V. Smith, «The Wilsonian Challenge to International Law», en *The Journal of the History of International Law*, n.º 13 (2011), pp. 179-208. Véase también *idem*, «Les États-Unis et l'échec d'une seconde mobilisation», en Audoin-Rouzeau y Prochasson, *Sortir de la Grande Guerre*, pp. 69-91; Manfred F. Boemeke, «Woodrow Wilson's Image of Germany, the War-Guilt Question and the Treaty of Versailles», en *id.*, Gerald D. Feldman y Elisabeth Glaser (eds.), *The Treaty of Versailles: A Reassessment after 75 Years*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1998, pp. 603-614. Véase también Alexander Sedlmaier, *Deutschlandbilder und Deutschlandpolitik Studien zur Wilson- Administration (1913-1921)*, Stuttgart, Steiner, 2003.

6. Leonard V. Smith, «Empires at the Paris Peace Conference», en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, pp. 254-276.

7. Adam Tooze, *The Deluge: The Great War and the Re-Making of Global Order*, Londres, Allen Lane, 2014.

8. Véase, en particular, Boemeke *et al.*, *The Treaty of Versailles*; David A. Andelman, *A Shattered Peace: Versailles 1919 and the Price We Pay Today*, Hoboken, Wiley, 2008; MacMillan, *Peacemakers*; Alan Sharp, *The Versailles Settlement: Peacemaking after the First World War, 1919-1923*, 2.ª ed., Londres, Palgrave, 2008.

9. Boemeke *et al.*, *The Treaty of Versailles*, pp. 11-20; Zara Steiner, «The Treaty of Versailles Revisited», en Michael Dockrill y John Fisher (eds.), *The Paris Peace Conference 1919: Peace without Victory?*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2001, pp. 13-33; Mark Mazower, «Two Cheers for Versailles», en *History Today*, n.º 49 (1999); Alan Sharp, *Consequences of the Peace: The Versailles Settlement – Aftermath and Legacy 1919-2010*, Londres, Haus, 2010, pp. 1-40; Sally Marks, «Mistakes and Myths: The Allies, Germany and the Versailles Treaty, 1918-1921», en *Journal of Modern History*, n.º 85 (2013), pp. 632-659.

10. Véase, por ejemplo, Andelman, *A Shattered Peace*; Norman Graebner y Edward Bennett, *The Versailles Treaty and Its Legacy: The Failure of the Wilsonian Vision*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011.

11. Aviel Roshwald, *Ethnic Nationalism and the Fall of Empires: Central Europe*,

*Russia and the Middle East, 1914-1923*, Londres, Routledge, 2001.

12. Sobre este asunto, véase la introducción y las colaboraciones de los distintos capítulos de Gerwarth y Manela, *Empires at War*; sobre el caso alemán en particular, véase Sammartino, *The Impossible Border*; Vejas G. Liulevicius, «Der Osten als apokalyptischer Raum: Deutsche Fronterfahrungen im und nach dem Ersten Weltkrieg», en Gregor Thum (ed.), *Traumland Osten: Deutsche Bilder vom östlichen Europa im 20. Jahrhundert*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 2006, pp. 47-65.

13. Sobre el caso irlandés, véase las recientes crónicas de Diarmaid Ferriter, *A Nation and not a Rabble: The Irish Revolution 1913-1923*, Londres, Profile Books, 2015; Charles Townshend, *The Republic: The Fight for Irish Independence 1918-1923*, Londres, Allen Lane, 2013.

14. Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 37-43; Woodrow Wilson, «Fourteen Points, January 8 1918», en Michael Beschloss (ed.), *Our Documents: 100 Milestone Documents from the National Archives*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2006, pp. 149-151. Sobre las diferentes visiones que ofrecían Lenin y Wilson, véase Arno Mayer, *Wilson vs. Lenin: Political Origins of the New Democracy, 1917-1918*, Cleveland, World, 1964; y Eric D. Weitz, «From the Vienna to the Paris System: International Politics and the Entangled Histories of Human Rights, Forced Deportations, and Civilizing Missions», en *The American Historical Review*, n.º 113 (2008), pp. 313-343.

15. MacMillan, *Peacemakers*, p. 67; Sharp, *The Versailles Settlement*.

16. Para estudios de casos, véase Gerwarth y Manela, *Empires at War*; David M. Anderson y David Killingray (eds.), *Policing and Decolonisation: Politics, Nationalism and the Police, 1917-1965*, Manchester, Manchester University Press, 1992; Derek Sayer, «British Reaction to the Amritsar Massacre, 1919-1920», en *Past & Present*, n.º 131 (1991), pp. 130-164; Lawrence, «Forging a Peaceable Kingdom»; Susan Kingsley Kent, *Aftershocks: Politics and Trauma in Britain, 1918-1931*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009, pp. 64-90.

17. Ian Kershaw, *To Hell and Back: Europe, 1914-1949*, Londres, Allen Lane, 2015, p. 122.

18. Véanse distintos ensayos en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, sobre todo Smith, «Empires at the Paris Peace Conference», pp. 254-276; Christopher Capozzola, «The United States Empire», pp. 235-253; y Frederick R. Dickinson, «The Japanese Empire», en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, pp. 197-213.

19. Mussolini, citado en Bosworth, *Mussolini*, p. 121.

20. Véase Béla Király, «East Central European Society and Warfare in the Era of the

Balkan Wars», en id. y Dimitrije Đorđević, *East Central European Society and the Balkan Wars*, Boulder, Social Science Monographs, 1987, pp. 3-13; Peter Bartl, *Albanci, od Srednjeg veka do danas*, Belgrado, CLIO, 2001, pp. 124-138.

21. Hall, *The Balkan Wars*.

22. Uğur Ümit Üngör, «Mass Violence against Civilians during the Balkan Wars», en Dominik Geppert, William Mulligan y Andreas Rose (eds.), *The Wars Before the Great War: Conflict and International Politics Before the Outbreak of the First World War*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015.

23. Bessel, «Revolution», p. 127. Véase también Jeffrey R. Smith, *A People's War: Germany's Political Revolution, 1913-1918*, Lanham, University Press of America, 2007, pp. 25-49.

24. Robert A. Kann, *Geschichte des Habsburgerreiches 1526 bis 1918*, Viena y Colonia, Böhlau, 1990, p. 581; Peter Haslinger, «Austria-Hungary», en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, pp. 73-90.

25. Haslinger, «Austria-Hungary», p. 74.

26. Mitrović, *Serbia's Great War*, p. 96. Para el contexto general, véase también Frédéric Le Moal, *La Serbie: Du martyre à la victoire 1914-1918*, París, Soteca, 2008.

27. Véase Bela K. Király y Nandor F. Dreisiger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Nueva York, East European Monographs, 1985, pp. 305-306; y, más en general, Jonathan E. Gumz, *The Resurrection and Collapse of Empire in Habsburg Serbia, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2009. Véase también Judson, *The Habsburg Empire*, p. 406.

28. Miklós Bánffy, *The Phoenix Land: The Memoirs of Count Miklós Bánffy*, Londres, Arcadia Books, 2003, pp. 3-4.

29. Healy, *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire*, pp. 279-299; Mark Cornwall, «Morale and Patriotism in the Austro-Hungarian Army, 1914-1918», en John Horne (ed.), *State, Society, and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 173-191. Véase también John W. Boyer, *Culture and Political Crisis in Vienna: Christian Socialism in Power, 1897-1918*, Chicago, University of Chicago Press, 1995, pp. 369-443; Cole y Unowsky, *The Limits of Loyalty*.

30. Cornwall, *The Undermining of Austria-Hungary*. Véase Kenneth J. Calder, *Britain and the Origins of the New Europe, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1976. La historiografía centroeuropea (en lengua inglesa) se basó durante mucho tiempo en esa propaganda de los tiempos de guerra. Algunos historiadores influyentes, como Oszkár Jászi y C. A. Macartney desarrollaron el trabajo de dichos historiadores y argumentaron que los conflictos nacionales habían dejado moribunda a la monarquía de los Habsburgo antes del inicio de las hostilidades en agosto de 1914. Oszkár

Jászi, *The Dissolution of the Habsburg Monarchy*, Chicago, University of Chicago Press, 1929; Carlile A. Macartney, *The Habsburg Empire, 1790-1918*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969. Para algunos ejemplos de la siguiente generación de historiadores que coincidían en que la guerra fue simplemente un catalizador para la caída del imperio, véase Robert A. Kann, *The Multinational Empire: Nationalism and National Reform in the Habsburg Monarchy, 1848-1918*, 2 vols., Nueva York, Columbia University Press, 1950; A. J. P. Taylor, *The Habsburg Monarchy, 1809-1918: A History of the Austrian Empire and Austria-Hungary*, Londres, Hamish Hamilton, 1948.

31. Reynolds, *The Long Shadow*, p. 15.

32. Andrea Orzoff, *Battle for the Castle*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2009, p. 24.

33. Haslinger, «Austria-Hungary».

34. Levene, *War, Jews, and the New Europe*, p. 181. Véase también Alan Sharp, «“The Genie that Would Not Go Back into the Bottle”: National Self-Determination and the Legacy of the First World War and the Peace Settlement», en Seamus Dunn y T. G. Fraser (eds.), *Europe and Ethnicity: The First World War and Contemporary Ethnic Conflict*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, pp. 10-29, 18-19.

35. Estados Unidos reconoció oficialmente el nuevo Estado el 7 de febrero de 1919; Francia y Gran Bretaña lo hicieron en junio, una vez ultimado el Tratado de Versalles. Andrej Mitrović, *Jugoslavija na Konferenciji mira 1919-1920*, Belgrado, Zavod za izdavanje udžbenike SR Srbije, 1969, pp. 62-63.

36. Citado en Mark Mazower, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Nueva York, Vintage Books, 1998, p. 46.

37. Para los orígenes del manifiesto, véase Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers*, pp. 603-608; Edmund Glaise-Horstenau, *The Collapse of the Austro-Hungarian Empire*, Londres y Toronto, J. M. Dent, 1930, pp. 107-109; Judson, *The Habsburg Empire*, p. 432; Watson, *Ring of Steel*, p. 541.

38. Leonhard, *Die Büchse der Pandora*, pp. 896 y ss.

39. Jan Křen, *Die Konfliktgemeinschaft: Tschechen und Deutsche, 1780-1918*, Múnich, Oldenbourg, 1996, pp. 371-372.

40. Macartney, *The Habsburg Empire*, p. 831.

41. Para el contexto general, véase Rogan, *The Fall of the Ottomans*.

42. Para una justificación contemporánea de la vinculación de Francia a la región, véase Comte Roger de Gontaut-Biron, *Comment la France s'est installée en Syrie, 1918-1919*, París, Plon, 1922, esp. pp. 1-10.

43. Sobre el acuerdo Sykes-Picot, véase David Fromkin, *A Peace to End All Peace: The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East*, Nueva York,

Henry Holt and Company, 1989, pp. 188-199; David Stevenson, *The First World War and International Politics*, Oxford, Oxford University Press, 1988, pp. 129-130.

44. Gudrun Krämer, *A History of Palestine: From the Ottoman Conquest to the Founding of the State of Israel*, Princeton, Princeton University Press, 2008, p. 146; Malcolm E. Yapp, *The Making of the Modern Near East: 1792-1923*, Londres, Longman, 1987, pp. 281-286.

45. Sobre Faisal, véase Ali A. Allawi, *Faisal I of Iraq*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2014; sobre Lawrence, véase Scott Anderson, *Lawrence in Arabia: War, Deceit, Imperial Folly and the Making of the Modern Middle East*, Nueva York, Doubleday, 2013.

46. Jonathan Schneer, *The Balfour Declaration: The Origins of Arab-Israeli Conflict*, Londres y Basingstoke, Macmillan, 2014. Véase también John Darwin, *Britain, Egypt and the Middle East: Imperial Policy in the Aftermath of War, 1918-1922*, Londres y Basingstoke, Macmillan, 1981, p. 156.

47. Sobre Weizmann, véase Jehuda Reinharz, *Chaim Weizmann: The Making of a Statesman*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1993.

48. Para un relato detallado, véase Schneer, *The Balfour Declaration*.

49. Malcolm E. Yapp, *The Near East Since the First World War: A History to 1995*, Londres, Longman, 1996, p. 116.

50. *ha-Herut*, citado en Mustafa Aksakal, «The Ottoman Empire», en Winter, *The Cambridge History of the First World War*, vol. 1, 459-478, aquí p. 477. Véase también Abigail Jacobson, *From Empire to Empire: Jerusalem between Ottoman and British Rule*, Syracuse, Syracuse University Press, 2011, p. 27.

51. Sobre Ben-Gurion, véase Shabtai Teveth, *Ben-Gurion and the Palestinian Arabs: From Peace to War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1985; id., *The Burning Ground: A Biography of David Ben-Gurion*, Tel Aviv, Schocken, 1997; Anita Shapira, *Ben-Gurion: Father of Modern Israel*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2014. Sobre la Legión judía, véase Martin Watts, *The Jewish Legion and the First World War*, Londres y Nueva York, Palgrave, 2004.

52. Gingeras, *Fall of the Sultanate*, p. 230.

53. Citado en Jacobson, *From Empire to Empire*, p. 145; y Aksakal, «Ottoman Empire», en Winter, *The Cambridge History of the First World War*, p. 477.

54. United States Department of State, *Papers relating to the Foreign Relations of the United States. The Paris Peace Conference, 1919*, U.S. Government Printing Office, 1919, vol. XII, pp. 793-795.

55. Bernard Wasserstein, *The British in Palestine: The Mandatory Government and the Arab-Jewish Conflict 1917-1929*, Oxford, Blackwell, 1991.

## CAPÍTULO 12

1. Sakmyster, *Hungary's Admiral on Horseback*, p. 11.
2. Watson, *Ring of Steel*, p. 542; Judson, *The Habsburg Empire*, p. 437.
3. József Galántai, *Hungary in the First World War*, Budapest, Akad. Kiadó, 1989, pp. 315-322; Judson, *The Habsburg Empire*, pp. 438-439; Watson, *Ring of Steel*, p. 542.
4. Plaschka *et al.*, *Innere Front*, vol. 2, pp. 247-259; Watson, *Ring of Steel*, p. 543.
5. Sobre el asesinato de Tisza, véase Ferenc Pölöskei, *A rejtélyes Tisza-gyilkosság*, Budapest, Helikon Kiadó, 1988.
6. Plaschka *et al.*, *Innere Front*, vol. 2, p. 260-277. Para la muerte de Tisza, véase May, *The Passing of the Habsburg Monarchy*, vol. 2, p. 789; Watson, *Ring of Steel*, p. 543.
7. Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers*, pp. 614-615; Watson, *Ring of Steel*, p. 543.
8. Zbyněk Zeman, *The Masaryks: The Making of Czechoslovakia*, Londres, I. B. Tauris, 1976, p. 115.
9. Plaschka *et al.*, *Innere Front*, vol. 2, pp. 143-158, 184-185 y 217; Watson, *Ring of Steel*, p. 544.
10. Ante Pavelić, *Doživljaji*, reimpresión, Zagreb, Naklada Starčević, 1996, p. 459. Sobre su postura en 1918 y su futuro papel en la Ustacha, véase Fikreta Jelić-Butić, *Ustaše i Nezavisna država Hrvatska 1941-1945*, Zagreb, Školska Knjiga, 1977, pp. 13-14; Mario Jareb, *Ustaškodomobranski pokret od nastanka do travnja 1941*, Zagreb, Hrvatski institut za povijest – Školska Knjiga, 2006, pp. 33-34.
11. Watson, *Ring of Steel*, p. 544; Prusin, *The Lands Between*, pp. 72-97; Wróbel, «The Seeds of Violence».
12. Snyder, *The Reconstruction of Nations*, pp. 137-141; Judson, *The Habsburg Empire*, p. 438.
13. MacMillan, *Peacemakers*, p. 217.
14. Włodzimierz Borodziej, *Geschichte Polens im 20. Jahrhundert*, Múnich, C. H. Beck, 2010, p. 97. Sobre la American Relief Administration en Polonia, véase Matthew Lloyd Adams, «When Cadillacs Crossed Poland: The American Relief Administration in Poland, 1919-1922», tesis doctoral, Armstrong Atlantic State University, 2005; Paul Niebrzydowski, *The American Relief Administration in Poland after the First World War, 1918-1923*, Washington IARO Scholar Research Brief, 2015; William Remsburgh Grove, *War's Aftermath: Polish Relief in 1919*, Nueva York, House of Field, 1940.
15. Piotr Stefan Wandycz, *The Lands of Partitioned Poland, 1795-1918*, Seattle,

University of Washington Press, 1974, pp. 291-293; Norman Davies, *God's Playground*, vol. 2: *1795 to the Present*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005, pp. 52-53; MacMillan, *Peacemakers*, pp. 219 y ss. Véase también Jochen Böehler, «Generals and Warlords, Revolutionaries and Nation State Builders: The First World War and its Aftermath in Central and Eastern Europe», en id., Włodzimierz Borodziej y Joachim von Puttkamer (eds.), *Legacies of Violence: Eastern Europe's First World War*, Múnich, Oldenbourg, 2014, pp. 51-66.

16. Sobre Piłsudski véase, entre otros, Peter Hetherington, *Unvanquished: Joseph Pilsudski, Resurrected Poland, and the Struggle for Eastern Europe*, 2.<sup>a</sup> ed., Houston, Pingora Press, 2012; Waclaw Jędrzejewicz, *Pilsudski: A Life for Poland*, Nueva York, Hippocrene Books, 1990; Holger Michael, *Marschall Józef Piłsudski 1867-1935: Schöpfer des modernen Polens*, Bonn, Pahl-Rugenstein, 2010.

17. Davies, *God's Playground*, vol. 2, p. 385.

18. *Ibid.*, pp. 5 y ss.

19. Jochen Böehler, «Enduring Violence. The Post-War Struggles in East-Central Europe 1917-1921», en *Journal of Contemporary History*, n.º 50 (2015), pp. 58-77; id., «Generals and Warlords, Revolutionaries and Nation State Builders».

20. Sobre el conflicto entre Polonia y Ucrania, véase Wehrhahn, *Die Westukrainische Volksrepublik*, pp. 102-112; Mykola Lytvyn, *Ukrayins'ko-pol's'ka viyna 1918-1919rr*, Leópolis, Inst. Ukraïnoznavstva Im. I. Kryp'jakevyča NAN Ukraïny; Inst. Schidno-Centralnoï Jevropy, 1998; Michał Klimecki, *Polsko-ukraiń ska wojna o Lwów i Wschodnią Galicję 1918-1919 r. Aspekty polityczne I wojskowe*, Varsovia, Wojskowy Instytut Historyczny, 1997.

21. MacMillan, *Peacemakers*, p. 235.

22. Kay Lundgreen-Nielsen, *The Polish Problem at the Paris Peace Conference: A Study in the Policies of Great Powers and the Poles, 1918-1919*, Odense, Odense University Press, 1979, pp. 222-223, 279-288.

23. Sobre Alta Silesia, véase Wilson, *Frontiers of Violence*. Sobre el conflicto entre Polonia y Lituania, véase Andrzej Nowak, «Reborn Poland or Reconstructed Empire? Questions on the Course and Results of Polish Eastern Policy (1918-1921)», en *Lithuanian Historical Studies*, n.º 13 (2008), pp. 134-142; Snyder, *The Reconstruction of Nations*, pp. 57-65.

24. Davies, *White Eagle, Red Star*, pp. 152-159; Jerzy Borzęcki, *The Soviet-Polish Peace of 1921 and the Creation of Interwar Europe*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2008, p. 92.

25. Adam Zamoyski, *Warsaw 1920: Lenin's Failed Conquest of Europe*, Londres, Harper Press, 2008, p. 67; Davies, *White Eagle, Red Star*, pp. 141, 152 y ss. Sobre las

atrocidades, véase Jerzy Borzęcki, «German Anti-Semitism à la Polonaise: A Report on Poznanian Troops' Abuse of Belarusian Jews in 1919», en *East European Politics and Cultures*, n.º 26 (2012), pp. 693-707.

26. Arnold Zweig, *Das ostjüdische Antlitz*, Berlín, Welt Verlag, 1920, pp. 9-11.

27. Sobre la participación de Francia en la guerra, véase Frédéric Guelton, «La France et la guerre polono-bolchevique», en *Annales: Académie Polonaise des Sciences, Centre Scientifique à Paris*, n.º 13 (2010), pp. 89-124; id., «Le Capitaine de Gaulle et la Pologne (1919-1921)», en Bernard Michel y Józef Łaptos (eds.), *Les Relations entre la France et la Pologne au XXe siècle*, Cracovia, Eventus, 2002, pp. 113-127.

28. Davies, *White Eagle, Red Star*, pp. 261 y ss.; Borzęcki, *The Soviet-Polish Peace of 1921*.

29. Véase Piotr Stefan Wandycz, *France and her Eastern Allies, 1919-25: French-Czechoslovak-Polish Relations from the Paris Peace Conference to Locarno*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1962, pp. 75-91.

30. Robert Howard Lord, «Poland», en Edward M. House y Charles Seymour (eds.), *What Really Happened at Paris: The Story of the Peace Conference by American Delegates*, Londres, Hodder and Stoughton, 1921, pp. 67-86, 82-83. Sobre la disputa, véase Harold Temperley (ed.), *A History of the Peace Conference of Paris*, 6 vols., Londres, Frowde and Hodder y Stoughton, 1921-1924, vol. 4, pp. 348-363.

31. Sobre los conflictos entre checos y alemanes durante los primeros años de entreguerras, véase Karl Braun, «Der 4. März 1919. Zur Herausbildung Sudetendeutscher Identität», en *Bohemia*, n.º 37 (1996), pp. 353-380; Johann Wolfgang Brügel, *Tschechen und Deutsche 1918-1938*, Múnich, Nymphenburger Verlagshandlung, 1967, pp. 75-78; Rudolf Kučera, «Exploiting Victory, Sinking into Defeat: Uniformed Violence in the Creation of the New Order in Czechoslovakia and Austria 1918-1922», en *Journal of Modern History*, n.º 88, (2016), pp. 827-855.

32. Sobre el contexto internacional de la guerra, véase Miklos Lojko, *Meddling in Middle Europe: Britain and the 'Lands Between', 1918-1925*, Budapest y Nueva York, Central European University Press, 2006, pp. 13-38; Dagmar Perman, *The Shaping of the Czechoslovak State: Diplomatic History of the Boundaries of Czechoslovakia*, Leiden, Brill, 1962; Wandycz, *France and Her Eastern Allies*, pp. 49-74.

33. Sobre los que volvieron, véase Thunig-Nittner, *Die Tschechoslowakische Legion*, pp. 112-123. Sobre la posición especial de los miembros de la Legión checoslovaca en la República checoslovaca, véase Stegmann, *Kriegsdeutungen*, pp. 63-116.

34. Ivan Šedivý, «Zur Loyalität der Legionäre in der ersten Tschechoslowakischen Republik», en Martin Schulze Wessel (ed.), *Loyalitäten in der Tschechoslowakischen Republik 1918-1938: Politische, nationale und kulturelle Zugehörigkeiten*, Múnich,

Oldenbourg, 2004, pp. 141-152; Kučera, «Exploiting Victory, Sinking into Defeat». Para un punto de vista comparativo entre Alsacia-Lorena y los territorios fronterizos de Checoslovaquia, véase Tara Zahra, «The “Minority Problem”: National Classification in the French and Czechoslovak Borderlands», en *Contemporary European Review*, n.º 17 (2008), pp. 137-165.

35. Kučera, «Exploiting Victory, Sinking into Defeat».

36. Peter A. Toma, «The Slovak Soviet Republic of 1919», en *American Slavic and East European Review*, n.º 17 (1958), pp. 203-215; Ladislav Lipscher, «Die Lage der Juden in der Tschechoslowakei nach deren Gründung 1918 bis zu den Parlamentswahlen 1920», en *East Central Europe*, n.º 1 (1989), pp. 1-38. Sobre el contexto centroeuropeo más en general, véase Eliza Ablovatski, «The 1919 Central European Revolutions and the Judeo-Bolshevik Myth», en *European Review of History*, n.º 17 (2010), pp. 473-489; Paul Hanebrink, «Transnational Culture War: Christianity, Nation and the Judeo-Bolshevik Myth in Hungary 1890-1920», en *Journal of Modern History*, n.º (2008), pp. 55-80; Kučera, «Exploiting Victory, Sinking into Defeat».

37. Kučera, «Exploiting Victory, Sinking into Defeat».

38. Mitrović, *Serbia's Great War*, p. 320; Mile Bjelajac, *Vojska Kraljevine Srba, Hrvata i Slovenaca 1918-1921*, Belgrado, Narodna knjiga, 1988, pp. 28-29.

39. Milorad Ekmečić, *Stvaranje Jugoslavije 1790-1918*, vol. 2, Belgrado, Prosveta, 1989, p. 838; Holm Sundhaussen, *Geschichte Serbiens: 19.-21. Jahrhundert* Viena, Böhlau, 2007.

40. John Paul Newman, *Yugoslavia in the Shadow of War: Veterans and the Limits of State Building, 1903-1945*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015, p. 189.

41. Mile Bjelajac, «1918: oslobođenje ili okupacija nesrpskih krajeva?», en Milan Terzić, *Prvi svetski rat i Balkan – 90 godina*, Belgrado, Institut za strategijska istraživanja, 2010, pp. 201-223.

42. Sobre Carintia, véase Bjelajac, *Vojska Kraljevine Srba*, p. 56; Siegmund Knaus, *Darstellungen aus den Nachkriegskämpfen deutscher Truppen und Freikorps*, vols 7 and 8, Berlín, Mittler and Sohn, 1941-1942; Wilhelm Neumann, *Abwehrkampf und Volksabstimmung in Kärnten, 1918-1920: Legenden und Tatsachen*, 2.<sup>a</sup> ed., Klagenfurt, Kärntner Landesarchiv, 1985; y el relato autobiográfico de Jaromir Diakow, en ÖStA, Kriegsarchiv B727, Diakow Papers.

43. Sobre Carintia y una reimpresión del poema, véase el texto anónimo, «Der Sturm auf Völkermarkt am 2. Mai 1919», en ÖStA, Kriegsarchiv, B694, Knaus Papers, p. 31.

44. MacMillan, *Peacemakers*, p. 125.

45. Christopher Clark, *Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, Londres,

Allen Lane, 2012, pp. 7 y 367-376; MacMillan, *Peacemakers*, pp. 120 y ss.

46. Sobre los líderes políticos serbio y croata durante el periodo de formación de Yugoslavia, y su relación, véase Dejan Djokić, *Pašić and Trumbić: The Kingdom of Serbs, Croats, and Slovenes*, Londres, Haus, 2010.

47. *Ibíd.*

48. *Ibíd.*

49. Trumbić, citado en MacMillan, *Peacemakers*, p. 123.

50. Mitrović, *Serbia's Great War*, pp. 94-95; Branko Petranović, *Istorija Jugoslavije*, vol. 1, Belgrado, Nolit, 1988, p. 12.

51. MacMillan, *Peacemakers*, p. 124.

52. Srdja Pavlović, *Balkan Anschluss: The Annexation of Montenegro and the Creation of a Common South Slav State*, West Lafayette, Purdue University Press, 2008, p. 153; Novica Rakočević, *Crna Gora u Prvom svetskom ratu 1914-1918*, Cetinje, Obod, 1969, pp. 428-429.

53. Djordje Stanković, «Kako je Jugoslavija počela», en Milan Terzić, *Prvi svetski rat i Balkan – 90 godina kasnije*, Belgrado, Institut za strategijska istraživanja, 2010, p. 242.

54. Newman, *Yugoslavia in the Shadow of War*.

55. Dejan Djokić, *Elusive Compromise: A History of Interwar Yugoslavia*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007.

## CAPÍTULO 13

1. Cabanes, «1919: Aftermath», pp. 172-198, aquí p. 174.

2. Stéphane Audoin-Rouzeau, «Die Delegation der “Gueules cassées” in Versailles am 28. Juni 1919», en Krumeich, *Versailles 1919*, pp. 280-287.

3. Edward M. House, *The Intimate Papers of Colonel House Arranged as a Narrative by Charles Seymour*, vol. IV, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1926-1928, p. 487.

4. Citado en Cabanes, «1919: Aftermath», pp. 172-198.

5. Laird Boswell, «From Liberation to Purge Trials in the “Mythic Provinces”: Recasting French Identities in Alsace and Lorraine, 1918-1920», en *French Historical Studies*, n.º 23 (2000), pp. 129-162, aquí p. 141.

6. Alan Sharp, «The Paris Peace Conference and its Consequences», en Daniel *et al.*, *1914-1918 online*.

7. Gotthold Rhode, «Das Deutschtum in Posen und Pommerellen in der Zeit der Weimarer Republik», en Senatskommission für das Studium des Deutschtums im Osten an

der Rheinischen Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn (ed.), *Studien zum Deutschtum im Osten*, Colonia y Graz, Böhlau, 1966, p. 99. Otras estimaciones dan cifras más altas. Véase Richard Blanke, *Orphans of Versailles: The Germans in Western Poland, 1918-1939*, Lexington, University Press of Kentucky, 1993, pp. 32-34.

8. Para la historia completa de la nacionalización dramática pero profundamente ambivalente de Alta Silesia, véase James E. Bjork, *Neither German Nor Pole: Catholicism and National Indifference in a Central European Borderland, 1890-1922*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2008; T. Hunt Tooley, «German Political Violence and the Border Plebiscite in Upper Silesia, 1919-1921», en *Central European History*, n.º 21 (1988), pp. 56-98, e id., *National Identity and Weimar Germany: Upper Silesia and the Eastern Border, 1918-22*, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 1997. Véase también Timothy K. Wilson, «The Polish-German Ethnic Dispute in Upper Silesia, 1918-1922: A Reply to Tooley», en *Canadian Review of Studies in Nationalism*, n.º 32 (2005), pp. 1-26.

9. MacMillan, *Peacemakers*, p. 230.

10. Waldemar Grosch, *Deutsche und polnische Propaganda während der Volksabstimmung in Oberschlesien 1919-1921*, Dortmund, Forschungsstelle Ostmitteleuropa, 2003.

11. Gran Bretaña y Francia se repartieron el Kamerun alemán (Camerún) y Togolandia. Bélgica obtuvo Ruanda-Urundi al noroeste del África Oriental alemana, mientras que África del Suroeste, una colonia alemana (Namibia) pasó a ser un protectorado de Sudáfrica. En el Pacífico, Japón obtuvo las islas alemanas al noreste del ecuador (las islas Marshall, las Carolinas, las Marianas, las islas Palau) y Kiau Chau en China. La Samoa alemana se asignó a Nueva Zelanda; la Nueva Guinea alemana, el archipiélago de las Bismarck y Nauru, a Australia. Sharp, *The Versailles Settlement*, pp. 109-138.

12. Wolfgang Elz, «Versailles und Weimar», en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, n.º 50/51 (2008), pp. 31-38.

13. Sally Marks, «The Myths of Reparations», en *Central European History*, n.º 11 (1978), pp. 231-239; Niall Ferguson, *The Pity of War: Explaining World War I*, Londres, Allen Lane, 1998, pp. 399-432. Además, la Agenda de Pagos de Londres fue revisada dos veces, en 1924 (el Plan Dawes) y en 1929 (el Plan Young), antes de que fuera suspendida temporalmente durante la Gran Depresión. Cuando Hitler llegó al poder, canceló todos los pagos pendientes. Entre 1919 y 1932, Alemania pagó poco más de 20.000 millones de marcos (de los 50.000 millones de marcos oro acordados en 1921 como bonos A y B) en concepto de reparaciones de guerra. Véase Boemeke *et al.*, *The Treaty of Versailles*, p. 424.

14. Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, Londres, Penguin, 2004, p. 65; Sharp, «The Paris Peace Conference and its Consequences», p. 186.

15. Andreas Krause, *Scapa Flow: Die Selbstversenkung der Wilhelminischen Flotte*,

Berlín, Ullstein, 1999.

16. *Verhandlungen der verfassunggebenden Deutschen Nationalversammlung. Stenographische Berichte*, vol. 327, Berlín, Norddeutsche Buchdruckerei u. Verlagsanstalt, 1920, pp. 1082 y ss.

17. Watson, *Ring of Steel*, p. 561; MacMillan, *Peacemakers*, 475-481. Para la nota de Wilson del 23 de octubre de 1918, véase Harry Rudolph Rudin, *Armistice 1918*, p. 173.

18. Sharp, *Versailles*, pp. 37-39.

19. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 66.

20. Winkler, *The Age of Catastrophe*, p. 888.

21. John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, Londres, Macmillan, 1919.

22. Elz, «Versailles und Weimar», p. 33.

23. Sobre el Tratado de St. Germain, véase Nina Almond y Ralph Haswell Lutz (eds.), *The Treaty of St. Germain: A Documentary History of its Territorial and Political Clauses*, Stanford, Stanford University Press, 1935; Isabella Ackerl y Rudolf Neck (eds.), *Saint-Germain 1919: Protokoll des Symposiums am 29. und 30. Mai 1979 in Wien*, Viena, Verlag für Geschichte und Politik, 1989; Fritz Fellner, «Der Vertrag von St. Germain», en Erika Weinzierl y Kurt Skalnik (eds.), *Österreich 1918-1938, vol. 1*, Viena, Böhlau, 1983, pp. 85-106; Lorenz Mikoletzky, «Saint-Germain und Karl Renner: Eine Republik wird diktiert», en Konrad y Maderthaner, *Das Werden der Ersten Republik*, pp. 179-186; Erich Zöllner, *Geschichte Österreichs: Von den Anfängen bis zur Gegenwart*, 8.<sup>a</sup> ed., Viena, Verlag für Geschichte und Politik, 1990, p. 499.

24. S. W. Gould, «Austrian Attitudes toward Anschluss: October 1918-September 1919», en *Journal of Modern History*, n.º 22 (1950), pp. 220-231; Walter Rauscher, «Die Republikgründungen 1918 und 1945», en Klaus Koch, Walter Rauscher, Arnold Suppan y Elisabeth Vyslonzil (eds.), *Außenpolitische Dokumente der Republik Österreich 1918-1938. Sonderband: Von Saint-Germain zum Belvedere: Österreich und Europa 1919-1955*, Viena y Múnich, Verlag für Geschichte und Politik, 2007, pp. 9-24. Sobre el debate a propósito de la *Anschluss* en Alemania, véase Robert Gerwarth, «Republik und Reichsgründung: Bismarcks kleindeutsche Lösung im Meinungsstreit der ersten deutschen Demokratie», en Heinrich August Winkler (ed.), *Griff nach der Deutungsmacht: Zur Geschichte der Geschichtspolitik in Deutschland*, Gotinga, Wallstein, 2004, pp. 115-133.

25. Ivan T. Berend, *Decades of Crisis: Central and Eastern Europe before World War II*, Berkeley, University of California Press, 1998, pp. 224-226.

26. Healy, *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire*, p. 309; Manfred Rauchensteiner, «L'Autriche entre confiance et résignation, 1918-1920», en Audoin-Rouzeau y Prochasson, *Sortir de la Grande Guerre*, pp. 165-185.

27. Francesca M. Wilson, *Rebel Daughter of a Country House: The Life of Eglantyne Jebb, Founder of the Save the Children Fund*, Boston y Londres, Allen and Unwin, 1967, p. 198.
28. Ethel Snowden, citado en Kershaw, *To Hell and Back*, p. 99.
29. Almond y Lutz (eds.), *St. Germain*, p. 92.
30. Karl Rudolf Stadler, *The Birth of the Austrian Republic 1918-1921*, Leiden, Sijthoff, 1966, pp. 41-42.
31. Renner, citado en MacMillan, *Peacemakers*, p. 258.
32. Stadler, *Birth of the Austrian Republic*, p. 48.
33. MacMillan, *Peacemakers*, p. 261.
34. Bauer, *ibíd.*, p. 259.
35. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 62 y ss.; Gerwarth, «Republik und Reichsgründung».
36. MacMillan, *Peacemakers*, p. 264; Stadler, *Birth of the Austrian Republic*, pp. 136-141; József Botlik, *Nyugat-Magyarország sorsa, 1918-1921*, Vasszilvány, Magyar Nyugat Könyvkiadó, 2008; Jon Dale Berlin, «The Burgenland Question 1918-1920: From the Collapse of Austria-Hungary to the Treaty of Trianon», disertación de doctorado inédita, Madison, 1974; Gerald Schlag, «Die Grenzziehung Österreich-Ungarn 1922/23», en Burgenländisches Landesarchiv (ed.), *Burgenland in seiner pannonischen Umwelt: Festgabe für August Ernst*, Eisenstadt, Burgenländisches Landesarchiv, 1984, pp. 333-346.
37. Para una crónica general de los efectos del Tratado de Trianon, véase Robert Evans, «The Successor States», en Gerwarth, *Twisted Paths*, pp. 210-236; Raymond Pearson, «Hungary: A State Truncated, a Nation Dismembered», en Seamus Dunn y T. G. Fraser, *Europe and Ethnicity: World War I and Contemporary Ethnic Conflict*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, pp. 88-109, aquí pp. 95-96; Ignác Romsics, *A trianoni békeszerződés*, Budapest, Osiris, 2008; Dániel Ballabás, *Trianon 90 év távlatából: Konferenciák, műhelybeszélgetések*, Eger, Líceum Kiadó, 2011.
38. Berend, *Decades of Crisis*, pp. 224-226.
39. MacMillan, *Peacemakers*, p. 277; Deák, *Hungary at the Peace Conference*, pp. 539-549.
40. Jörg K. Hoensch, *A History of Modern Hungary, 1867-1994*, Londres y Nueva York, Longman, 1995, pp. 103-104.
41. Georgi P. Genov, *Bulgaria and the Treaty of Neuilly*, Sofia, H. G. Danov and Co., 1935, p. 31; MacMillan, *Peacemakers*, pp. 248-250.
42. Genov, *Neuilly*, pp. 25 y 49; MacMillan, *Peacemakers*, p. 150.
43. Nicolson, *Peacemaking, 1919*, p. 34.

44. Carta de Teodor Teodorov a monsieur Dutaste, secretario de la Conferencia de Paz, Neuilly sur Seine, 2 de septiembre de 1919; Tsocho Bilyarski y Nikola Grigorov (eds.), *Nyoiskiyat pogrom i terorats na bulgarite: Sbornik dokumenti i materialni*, Sofía, Aniko, 2009, p. 90.

45. Richard J. Crampton, *Aleksandur Stamboliiski: Bulgaria*, Chicago, Haus Publishing and University of Chicago Press, 2009, pp. 75-109; Tomislav Čuljat, «Nejiski Mir», *Vojna enciklopedija*, Belgrado, Vojno-izdavački zavod, 1973, p. 19.

46. MacMillan, *Peacemakers*, p. 151.

47. *Ibid.*

48. Doncho Daskalov, *1923 – Sadbonosni resheniya i sabitiya*, Sofía, BZNS, 1983, p. 23.

49. Theodora Dragostinova, «Competing Priorities, Ambiguous Loyalties: Challenges of Socioeconomic Adaptation and National Inclusion of the Interwar Bulgarian Refugees», en *Nationalities Papers*, n.º 34 (2006), pp. 549-574, aquí p. 553. Para un análisis temprano y detallado y una perspicaz interpretación de la crisis de refugiados en Bulgaria, véase Dimitar Popnikolov, *Balgarite ot Trakiya i spogodbite na Balgaria s Gartsia i Turtsia*, Sofía, n.p., 1928.

50. Para más detalles de las dificultades sociales y económicas con el alojamiento de los refugiados tras la Primera Guerra Mundial en Bulgaria, véase Georgi Dimitrov, *Nastanyavane i ozemlyavane na balgarskite bezhantsi*, Blagoevgrad: n.p., 1985; Karl Hitilov, *Selskostopanskoto nastanyavane na bezhantsite 1927-1932*, Sofía, Glavna direktsiya na bezhantsite, 1932.

51. Carta de Aleksandar Stambolijski a Georges Clemenceau, 22 de noviembre 1919. Véase Bilyarski y Grigorov, *Nyoiskiyat pogrom*, p. 312.

52. Crampton, «The Balkans», en Gerwarth, *Twisted Paths*, aquí pp. 250-252.

53. MacMillan, *Peacemakers*, pp. 386-387.

54. Erik Jan Zürcher, «The Ottoman Empire and the Armistice of Moudros», en Hugh Cecil y Peter H. Liddle (eds.), *At the Eleventh Hour*, pp. 266-275.

55. Citado en George Goldberg, *The Peace to End Peace: The Paris Peace Conference of 1919*, Londres, Pitman, 1970, p. 196.

56. Reynolds, «The Ottoman-Russian Struggle», p. 377. Desde un punto de vista nacionalista, véase Justin McCarthy, *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims 1821-1922*, Princeton, Darwin Press, 2004, pp. 198-200; Salahi Sonyel, *The Great War and the Tragedy of Anatolia: Turks and Armenians in the Maelstrom of Major Powers*, Ankara, Turkish Historical Society, 2000, pp. 161-163.

57. Ryan Gingeras, *Fall of the Sultanate*, p. 255.

58. Hasan Kayali, «The Struggle for Independence», en Reşat Kasaba (ed.), *The*

*Cambridge History of Turkey*, vol. 4: *Turkey in the Modern World*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2008, pp. 118 y ss.

59. Gerd Krumeich (ed.), *Versailles 1919: Ziele, Wirkung, Wahrnehmung*, Essen, Klartext Verlag, 2001.

60. Henryk Batowski, «Nationale Konflikte bei der Entstehung der Nachfolgestaaten», en Richard Georg Plaschka y Karlheinz Mack (eds.), *Die Auflösung des Habsburgerreiches*, pp. 338-349.

61. Dudley Kirk, *Europe's Population in the Interwar Years*, Ginebra y Nueva York, Sociedad de Naciones, 1946; Pearson, «Hungary», pp. 98-99; István I. Mócsy, *The Effects of World War I: The Uprooted: Hungarian Refugees and their Impact on Hungary's Domestic Politics, 1918-1921*, Nueva York, Columbia University Press, 1983, p. 10.

62. Arendt, *The Origins...*, p. 260. Sobre este tema en general, véase también Karen Barkey y Mark von Hagen (eds), *After Empires: Multiethnic Societies and Nation-Building: The Soviet Union, and the Russian, Ottoman, and Habsburg Empires*, Boulder, Westview Press, 1997; y Smith, «Empires at the Paris Peace Conference», pp. 254-276.

63. Norman Davies, *Microcosm: A Portrait of a Central European City*, Londres, Pimlico, 2003, p. 337.

64. *Ibíd.*, pp. 389-390.

65. Como ha señalado Michael Mann, los que además perdieron sus hogares a raíz del traslado de las fronteras al final del conflicto estaban sobrerrepresentados en razón de seis a uno como perpetradores del Holocausto. Michael Mann, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pp. 223-228.

66. Véase Mark Mazower, *Hitler's Empire: How the Nazis Ruled Europe*, Nueva York, Penguin Press, 2008.

67. Estadísticas según M. C. Kaser y E. A. Radice (eds.), *The Economic History of Eastern Europe, 1919-1975*, vol. 1: *Economic Structure and Performance Between the Two Wars*, Oxford, Clarendon Press, 1985, p. 25. Véase también el detallado análisis de la cuestión en Prusin, *The Lands Between*, pp. 11-124.

68. Manela, *The Wilsonian Moment*, esp. pp. 60-61 y 145-147. Sobre el Movimiento del Cuatro de Mayo, véase Rana Mitter, *A Bitter Revolution: China's Struggle with the Modern World*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2004.

69. Eric Yellin, *Racism in the Nation's Service: Government Workers and the Color Line in Woodrow Wilson's America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2016. Para una biografía más comprensiva de Wilson, véase John Milton Cooper, *Woodrow Wilson: A Biography*, Nueva York, Random House, 2009.

70. Smith, «The Wilsonian Challenge», pp. 179-208. Véase también *id.*, «Les États-

Unis et l'échec d'une seconde mobilisation», en Audoin-Rouzeau y Prochasson, *Sortir de la Grande Guerre*, pp. 69-91.

71. Smith, «Empires at the Paris Peace Conference».

72. Sobre el sistema de protectorados, véase Susan Pedersen, «The Meaning of the Mandates System: An Argument», en *Geschichte und Gesellschaft*, n.º 32 (2006), pp. 1-23; id., *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2015, pp. 17-44. Véase también Nadine Méouchy y Peter Sluglett (eds.), *The British and French Mandates in Comparative Perspective*, Leiden, Brill, 2004; y David K. Fieldhouse, *Western Imperialism in the Middle East, 1914-1958*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2006, pp. 3-20; Véase también Lutz Raphael, *Imperiale Gewalt und Mobilisierte Nation: Europa 1914-1945*, Múnich, C. H. Beck, 2011, pp. 74-75.

73. Sharp, «“The Genie that...”», p. 25; Raymond Pearson, *National Minorities in Eastern Europe: 1848-1945*, Londres, Macmillan, 1983, p. 136.

74. Levene, *Crisis of Genocide*, vol. 1, pp. 230-240.

75. Para el texto, véase «Treaty of Peace between the United States of America, the British Empire, France, Italy, and Japan and Poland», en *American Journal of International Law*, n.º 13, Supplement, Official Documents (1919), pp. 423-440; Carole Fink, «The Minorities Question at the Paris Peace Conference: The Polish Minority Treaty, June 28, 1919», en Boemeke *et al.*, *The Treaty of Versailles*, pp. 249-274.

76. *Ibid.*

77. Jaroslav Kucera, *Minderheit im Nationalstaat: Die Sprachenfrage in den tschechisch-deutschen Beziehungen 1918-1938*, Múnich, Oldenbourg, 1999, p. 307.

78. Carole Fink, *Defending the Rights of Others: The Great Powers, the Jews, and International Minority Protection*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2004, p. 260; Zara Steiner, *The Lights that Failed: European International History 1919-1933*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005, p. 86.

79. Joseph Roth, *The Radetzky March*, Nueva York, Viking Press, 1933, pp. 148-149. Sobre el contexto cultural, véase Adam Kozuchowski, *The Afterlife of Austria-Hungary: The Image of the Habsburg Monarchy in Interwar Europe*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2013.

80. Levene, *Crisis of Genocide*, vol. 1.

81. Mary Heimann, *Czechoslovakia: The State that Failed*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2009, pp. 33-34 (Acuerdo de Pittsburgh) y pp. 61-62 (sobre las promesas incumplidas).

82. Sobre la reforma agraria, véase Daniel E. Miller, «Colonizing the Hungarian and German Border Areas during the Czechoslovak Land Reform, 1918-1938», en *Austrian*

*History Yearbook*, n.º 34 (2003), pp. 303-317.

83. Citado en Mark Cornwall, «National Reparation? The Czech Land Reform and the Sudeten Germans 1918-38», en *Slavonic and East European Review*, n.º 75 (1997), p. 280. Sobre las relaciones entre checos y alemanes en la Checoslovaquia de entreguerras, véase Kucera, *Minderheit im Nationalstaat*; Jörg Hoensch y Dusan Kovac (eds.), *Das Scheitern der Verständigung: Tschechen, Deutsche und Slowaken in der Ersten Republik (1918-1938)*, Essen, Klartext, 1994.

84. Sobre el revisionismo, véase la siguiente recopilación de ensayos: Marina Cattaruzza, Stefan Dyroff y Dieter Langewiesche (eds.), *Territorial Revisionism and the Allies of Germany in the Second World War: Goals, Expectations, Practices*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2012.

## CAPÍTULO 14

1. Sobre Japón y la Primera Guerra Mundial, el acuerdo de posguerra y las aspiraciones de igualdad racial de Japón, véase Frederick R. Dickinson, *War and National Reinvention: Japan in the Great War, 1914-1919*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 1999; Thomas W. Burkman, *Japan and the League of Nations: Empire and World Order, 1914-1938*, Honolulu, University of Hawai'i Press, 2008; Naoko Shimazu, *Japan, Race and Equality: The Racial Equality Proposal of 1919*, Londres, Routledge, 1998, pp. 117-136.

2. Glenda Sluga, *The Problem of Trieste and the Italo-Yugoslav Border: Difference, Identity, and Sovereignty in Twentieth-Century Europe*, Albany, SUNY Press, 2001.

3. Misha Glenny, *The Balkans, 1804-1999*, Londres, Granta Books, 1999, pp. 307-392, esp. pp. 370-377.

4. Véase Mario Isnenghi, *L'Italia in piazza. I luoghi della vita pubblica dal 1848 ai giorni nostri*, Milán, Arnoldo Mondadori, 1994, pp. 231-236.

5. Sobre la continuidad de las aspiraciones expansionistas italianas, véase Claudio G. Segré, «Il colonialismo e la politica estera: variazioni liberali e fasciste», en Richard J. B. Bosworth y Sergio Romano (eds.), *La politica estera italiana 1860-1985*, Bolonia, il Mulino, 1991, pp. 121-146.

6. Véase, por ejemplo, Giuseppe Piazza, *La nostra terra promessa: lettere dalla Tripolitania marzo-maggio 1911*, Roma, Lux, 1911. Para los antecedentes, véase Richard J. B. Bosworth, *Italy: The Least of the Great Powers: Italian Foreign Policy before the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, y Gianpaolo Ferraioli, *Politica e diplomazia in Italia tra XIX e XX secolo: vita di Antonino di San Giuliano (1852-*

1914), Soveria Mannelli, Rubbettino, 2007.

7. Bosworth y Finaldi, «The Italian Empire», pp. 34-51; Segré, «Il colonialismo e la politica estera», p. 123. Véanse también las obras de Nicola Labanca, *Oltremare*, Bolonia, il Mulino, 2002; y *La guerra italiana per la Libia, 1911-1931*, Bolonia, il Mulino, 2012.

8. Angelo Del Boca, *Gli Italiani in Libia, Tripoli bel Suol d'Amore*, Milán, Arnoldo Mondadori, 1993, p. 110; William Stead, *Tripoli and the Treaties*, Londres, Bank Buildings, 1911, pp. 59-81; Rachel Simon, *Libya Between Ottomanism and Nationalism*, Berlín, Klaus Schwarz, 1987.

9. Labanca, *Oltremare*, p. 121; Angelo del Boca, *A un passo dalla forca*, Milán, Baldini Castoli Dalai, 2007, p. 80.

10. Labanca, *La guerra italiana per la Libia*.

11. Glenny, *The Balkans*, p. 370.

12. Gian Enrico Rusconi, *L'azzardo del 1915: Come l'Italia decide la sua guerra*, Bolonia, il Mulino, 2005; Luca Riccardi, *Alleati non amici: le relazioni politiche tra l'Italia e l'Intesa durante la prima guerra mondiale*, Brescia, Morcelliana, 1992.

13. Para una introducción a esta cuestión, véase Antonio Gibelli, «L'Italia dalla neutralità al Maggio Radioso», en Audoin-Rouzeau y Becker, *La prima guerra mondiale*, vol. 1, pp. 185-195.

14. Véase Matteo Pasetti, *Tra classe e nazione. Rappresentazioni e organizzazione del movimento nazional-sindacalista, 1918-1922*, Roma, Carocci, 2008.

15. Véase Emilio Gentile, *La Grande Italia: Ascesa e declino del mito della nazione nel ventesimo secolo*, Milán, Arnoldo Mondadori, 1997; Ventrone, *La seduzione totalitaria*, pp. 233-255.

16. Michael A. Ledeen, *The First Duce: D'Annunzio at Fiume*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1977, p. 13; Glenny, *The Balkans*, p. 371.

17. Véase Claudia Salaris, *Alla festa della rivoluzione. Artisti e libertari con D'Annunzio a Fiume*, Bolonia, il Mulino, 2002. Sobre Alceste De Ambris, véase Renzo De Felice (ed.), *La Carta del Carnaro nei testi di Alceste De Ambris e di Gabriele D'Annunzio*, Bolonia, il Mulino, 1973.

18. Glenny, *The Balkans*, pp. 371-372.

19. Citado en Goldberg, *The Peace to End Peace*, p. 170.

20. Lucy Hughes-Hallett, *The Pike: Gabriele D'Annunzio: Poet, Seducer and Preacher of War*, Nueva York, Fourth Estate, 2013, p. 267.

21. *Ibid.*, p. 369.

22. Ledeen, *The First Duce*, 2; Glenny, *The Balkans*, pp. 372-373.

23. Sobre Nitti, véase Francesco Barbagallo, *Francesco Saverio Nitti*, Turín, Utet,

1994.

24. Glenny, *The Balkans*, p. 374.

25. Sorprendentemente, no hay estudios recientes sobre los *arditi*. El mejor estudio «clásico» sigue siendo Giorgio Rochat, *Gli arditi della grande guerra: origini, battaglie e miti*, Milán, Feltrinelli, 1981.

26. Hughes-Hallett, *The Pike*, pp. 4 y 546.

27. Ledeen, *The First Duce*, p. vii. Desde entonces, otros han argumentado que durante los quince meses de ocupación, Fiume se convirtió en un lugar para los experimentos políticos (por ejemplo, la Carta del Carnaro), para las innovaciones artísticas y culturales, así como en el lugar de nacimiento de la «política del espectáculo». Véase Salaris, *Alla festa della rivoluzione*.

28. Glenny, *The Balkans*, p. 376.

## CAPÍTULO 15

1. MacMillan, *Peacemakers*, pp. 298 y ss.

2. *Ibid.*, pp. 364 y ss.

3. Sobre Venizelos, véase Thanos Veremis y Elias Nikolakopoulos (eds.), *O Eleftherios Venizelos ke I epochi tou*, Atenas, Ellinika Grammata, 2005.

4. Glenny, *The Balkans*, p. 380; MacMillan, *Peacemakers*, pp. 443 y 449.

5. Glenny, *The Balkans*, p. 380; Alexandros A. Pallis, *Greece's Anatolian Venture – and After: A Survey of the Diplomatic and Political Aspects of the Greek Expedition to Asia Minor (1915-1922)*, Londres, Methuen and Company, 1937, pp. 22-25.

6. Cifras según Dimitris Stamatopoulos, «I mikrasiatikí ekstratia. I anthropogheografia tis katastrofis», en Antonis Liakos (ed.), *To 1922 ke i prosfighes, mia nea matia*, Atenas, Nefeli, 2011, p. 57.

7. *Ibid.*, p. 58.

8. Dimitri Pentzopoulos, *The Balkan Exchange of Minorities*, París y La Haya, Mouton, 1962, pp. 29-30.

9. Michalis Rodas, *I Ellada sti Mikran Asia*, Atenas, n.p., 1950, pp. 60-61. Rodas trabajó como jefe de la oficina de prensa y censura en la Alta Comisión de Esmirna desde 1919 hasta 1922. Véase también Achladi, «De la guerre à l'administration grecque», pp. 180-195.

10. Llewellyn Smith, *Ionian Vision*, 89-91. Hoy en día, en Izmir todavía puede contemplarse la estatua de Hasán Tahsin, que murió en el posterior intercambio de

disparos; se llama «İlk Kurşun Anıtı» (Monumento a la Primera Bala).

11. Citado en Llewellyn Smith, *Ionian Vision*, p. 89; Glenny, *The Balkans*, pp. 382-383.

12. La cifra de víctimas varía según la fuente de los informes. El informe de la Comisión de Investigación de los Aliados que acudió a Esmirna con la misión de investigar lo ocurrido registró dos soldados griegos muertos y seis heridos, y sesenta ciudadanos griegos heridos. El informe menciona entre trescientas y cuatrocientas víctimas turcas, aunque no distingue entre muertos y heridos. Llewellyn Smith, *Ionian Vision*, p. 180.

13. Tasos Kostopoulos, *Polemos ke ethnokatharsi, I ksehasmeni plevra mias dekaetous ethnikis eksormisis, 1912-1922*, Atenas, Vivliorama, 2007, p. 99.

14. Extracto del diario inédito de Epaminondas Kaliontzis, reproducido en el periódico *Kathimerini* del 20/5/2007. Véase también Ioannis A. Gatzolis, *Ghioulbaxes. Vourlas. Erithrea. Anamnisis. Perigrafes. Laografika. Katastrofi 1922*, Chalkidiki, Nea Syllata, 1988, pp. 45-46.

15. Citado en Temperley, *A History of the Peace Conference of Paris*, p. 72.

16. Giorgos Giannakopoulos, «I Ellada sti Mikra Asia: To chroniko tis Mikrasiatikis peripetias», en Vassilis Panagiotopoulos (ed.), *Istoria tou Neou Ellinismou, 1770-2000*, vol. 6, pp. 84-86; Efi Allamani y Christa Panagiotopoulou, «I Ellada sti Mikra Asia», en *Istoria tou ellinikou ethnous*, vol. 15, Atenas, Ekdotiki Athinon, 1978, pp. 118-132.

17. Informe de la Comisión de Investigación de los Aliados, en Rodas, *I Ellada sti Mikran Asia*, p. 152.

18. El comandante del ejército de ocupación griego cifraba en mil el número de muertos, y en quinientos el de los que fueron llevados por la fuerza al interior de Asia Menor. Por el contrario, las fuentes turcas hablaban de 4.000 musulmanes asesinados y de cuatrocientos cristianos muertos. Véase Kostopoulos, *Polemos ke ethnokatharsi*, p. 100.

19. Extracto de Christos Karagiannis, *I istoria enos stratioti (1918-1922)*, ed. Filippos Drakontaeidis, Atenas, Kedros 2013, pp. 117-121.

20. Llewellyn Smith, *Ionian Vision*, pp. 111-114.

21. Ryan Gingeras, *Fall of the Sultanate*, p. 262.

22. Vamik D. Voltan y Norman Itzkowitz, *The Immortal Atatürk: A Psychobiography*, Chicago, Chicago University Press, 1984, p. 152.

23. Victor Rudenno, *Gallipoli: Attack from the Sea*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2008, pp. 162 y ss.

24. M. Sükrü Hanioglu, *Atatürk: An Intellectual Biography*, Princeton, Princeton University Press, 2011, p. 77.

25. *Ibid.*, p. 82.

26. Gingeras, *Fall of the Sultanate*, p. 249.
27. Ryan Gingeras, *Sorrowful Shores: Violence, Ethnicity, and the End of the Ottoman Empire 1912-1923*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2009, pp. 68 y ss.
28. Hanioglu, *Atatürk*, pp. 97 y ss. Véase también Ryan, *Mustafa Kemal Atatürk: Heir to an Empire*.
29. Hanioglu, *Atatürk*, pp. 95-97.
30. *Ibíd.*
31. *Ibíd.*
32. A. E. Montgomery, «The Making of the Treaty of Sèvres of 10 August 1920», en *The Historical Journal*, n.º 15 (1972), pp. 775-787.
33. Smith, «Empires at the Paris Peace Conference». Véase también Paul C. Helmreich, *From Paris to Sèvres: The Partition of the Ottoman Empire at the Paris Peace Conference of 1919-1920*, Columbus, Ohio State University Press, 1974.
34. Briton Cooper Busch, *Madras to Lausanne: Britain's Frontier in West Asia, 1918-1923*, Albany, State University of New York Press, 1976, p. 207.
35. Christopher J. Walker, *Armenia: The Survival of a Nation*, 2.<sup>a</sup> ed., Londres, Routledge, 1990, pp. 315-316.
36. Gingeras, *Fall of the Sultanate*, p. 279.
37. Vahé Tachjian, *La France en Cilicie et en Haute-Mésopotamie: aux confins de la Turquie, de la Syrie et de l'Irak, 1919-1933*, París, Éditions Karthala, 2004.
38. Un relato de un testigo directo es Stanley E. Kerr, *The Lions of Marash: Personal Experiences with American Near East Relief, 1919-1922*, Albany, State University of New York Press, 1973, pp. 99-142.
39. Erik Jan Zürcher, *Turkey: A Modern History*, Londres y Nueva York, I. B. Tauris, 2004, p. 154.
40. Peter Kincaid Jensen, «The Greco-Turkish War, 1920-1922», en *International Journal of Middle East Studies*, n.º 10 (1979), pp. 553-565.
41. Giorgos Mitrofanis, «Ta dimosia ikonomika. Ikonomiki anorthossi ke polemi, 1909-1922», en Vassilis Panagiotopoulos (ed.), *Istoria tou Neou Ellinismou, 1770-2000*, vol. 6, pp. 124-127.
42. Citado en Arnold J. Toynbee, *The Western Question in Greece and Turkey: A Study in the Contact of Civilisations*, Boston, Constable, 1922, p. 285.
43. Konstantinos Fotiadis, «Der Völkermord an den Griechen des Pontos», en Tessa Hofmann (ed.), *Verfolgung, Vertreibung und Vernichtung der Christen im Osmanischen Reich 1912-1922*, 2.<sup>a</sup> ed., Berlín, LITVerlag, 2010, pp. 193-228.
44. Véase el testimonio de Stilianos Savvides, de Neokaisareia, cerca de Katerini, en

Paschalis M. Kitromilides (ed.), *Exodos*, vol. 3, Atenas, Centre for Asia Minor Studies, 2013, pp. 220-223.

45. Doumanis, *Before the Nation*, p. 161.

46. Kostopoulos, *Polemos ke ethnokatharsi*, p. 241.

47. *Ibíd.*, p. 240.

48. Véase el testimonio de Savvas Papadopoulos, de Vathylakkos, cerca de Kozani, en Kitromilides, *Exodos*, vol. 3, pp. 206-207.

49. Véase el testimonio de Stilianos Savvides, de Neokaisareia, cerca de Katerini, *ibíd.*, pp. 220-223.

50. Extracto de Karagiannis, *I istoria enos stratioti*, p. 215.

51. Giorgos Margaritis, «I polemi», en Christos Hadjiiosif (ed.), *Istoria tis Elladas tou Ikostou eona*, vol. A., Atenas, Vivliorama, 2002, pp. 149-187, aquí p. 182, n. 26.

52. Glenny, *The Balkans*, p. 388.

53. Citado en Doumanis, *Before the Nation*, p. 162.

54. Margaritis, «I polemi», p. 186.

55. Kostopoulos, *Polemos ke ethnokatharsi*, p. 138.

56. Victoria Solomonidis, *Greece in Asia Minor: The Greek Administration of the Vilayet of Aidin, 1919-1922*, tesis doctoral inédita, King's College, Universidad de Londres, 1984, pp. 248-249; Llewellyn Smith, *Ionian Vision*, p. 520.

57. George Mavrogordatos, «Metaxi dio polemon. Politiki Istoria 1922-1940», en Panagiotopoulos, *Istoria tou Neou...*, vol. 7, pp. 9-10.

58. Yiannis Yianouloupoulos, «Exoteriki politiki», en Chatziiosif, *Istoria tis Elladas*, vol. 2, pp. 140-141.

59. *Toronto Star*, 22 de octubre de 1922.

60. Steiner, *The Lights that Failed*, pp. 114-119.

61. MacMillan, *Peacemakers*, p. 464.

62. Mazower, *Dark Continent*, p. 53; Levene, *Crisis of Genocide*, vol. 1, pp. 230-240. Véase también Theodora Dragostinova, *Between Two Motherlands: Nationality and Emigration among the Greeks of Bulgaria, 1900-1949*, Ithaca, Cornell University Press, 2011.

63. Levene, *Crisis of Genocide*, vol. 1, pp. 230-240.

64. Testimonio de Evripides Lafazanis, en Apostolopoulos (ed.), *Exodos*, vol. 1, pp. 131-136. Elias Venezis, el famoso novelista griego, era un joven de dieciocho años cuando lo reclutaron en un batallón de trabajos forzados de 3.000 hombres al final de la guerra greco-turca, y fue uno de los únicos veintitrés que sobrevivieron. *El número 31.328*, la novela de Venezis, relata sus experiencias en los batallones de trabajo, pero

curiosamente, al igual que otras novelas de famosos expulsados griegos, la historia se cuenta sin sentimientos nacionalistas ni antiturcos, y se centra en la tragedia de los civiles que anteriormente gozaban de unas buenas relaciones entre sus respectivas comunidades. Elias Venezis, *To noumero 31328* (1931), y, sobre la fría acogida a los refugiados procedentes de Asia Menor, su novela *Galini* (1939).

65. Citado en Mark Mazower, *Salonica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews, 1430-1950*, Nueva York, Harper Perennial, 2005, p. 335.

66. De Lane Ross Hill, desde Atenas, al cuartel general de la Cruz Roja de Estados Unidos en Washington, 8 de noviembre 1922. Records of the Department of State Relating to Internal Affairs of Greece, 1910-1929, National Archives and Records Administration (NARA), M 44, 868.48/297. Gracias a Ayhan Aktar por darme esta referencia.

67. Henry Morgenthau, *I Was Sent to Athens*, Garden City, Doubleday, 1929, p. 50. Véase también Bruce Clark, *Twice a Stranger: How Mass Expulsion Forged Greece and Turkey*, Londres, Granta Books, 2006.

68. Anastasia Karakasidou, *Fields of Wheat, Hills of Blood: Passages to Nationhood in Greek Macedonia, 1870-1990*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, p. 147; Nikos Marantzidis, «Ethnic Identity, Memory and Political Behavior: The Case of Turkish-Speaking Pontian Greeks», en *South European Society and Politics*, n.º 5 (2000), pp. 56-79, aquí pp. 62-64.

69. Stathis Gauntlett, «The Contribution of Asia Minor Refugees to Greek Popular Song, and its Reception», en Renée Hirschon (ed.), *Crossing the Aegean: An Appraisal of the 1923 Compulsory Population Exchange between Greece and Turkey*, Nueva York, Berghahn Books, 2003, pp. 247-260.

70. Renée Hirschon, «Consequences of the Lausanne Convention: An Overview», en *Crossing the Aegean*, pp 14-15; McCarthy, *Death and Exile*, p. 302.

71. Levene, *Crisis of Genocide*, vol. 1, pp. 236 y ss.

72. *Ibid.*

73. *Ibid.*, p. 233 y ss. Véase también Norman M. Naimark, *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, esp. Cap. 1: «The Armenians and Greeks of Anatolia», pp. 17-56.

74. Stefan Ihrig, *Atatürk in the Nazi Imagination*, Cambridge, Harvard University Press, 2014.

## EPÍLOGO

1. Sobre este tema, véase los ensayos en Robert Gerwarth (ed.) *Twisted Paths: Europe*

1914-1945, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007. Sobre la recuperación económica y la relativa estabilidad política gracias al poder financiero estadounidense y la influencia de Gran Bretaña, véase también Patrick Cohrs, *The Unfinished Peace after World War I: America, Britain and the Stabilisation of Europe, 1919-1932*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2006.

2. Steiner, *The Lights that Failed*.

3. Paschalis M. Kitromilides (ed.), *Eleftherios Venizelos: The Trials of Statesmanship*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2008, p. 223.

4. Patricia Clavin, «Europe and the League of Nations», en Gerwarth, *Twisted Paths*, pp. 325-354; Pedersen, *The Guardians*; Steiner, *The Lights that Failed*. Véase también Sharp, *Consequences of the Peace*, p. 217.

5. Para un estudio general de la Gran Depresión y sus efectos, véase Patricia Clavin, *The Great Depression in Europe, 1929-1939*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave, 2000. Sobre Alemania en particular, véase la crónica clásica de Harold James, *The German Slump: Politics and Economics 1924-1936*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1986.

6. Sobre Austria, véase Eduard März, «Die große Depression in Österreich 1930-1933», en *Wirtschaft und Gesellschaft*, n.º 16 (1990), pp. 409-438. Sobre Bulgaria y Hungría, véase M. C. Kaser y E. A. Radice (eds.), *The Economic History of Eastern Europe 1919-1975*, vol. 2: *Interwar Policy, the War and Reconstruction*, Oxford, Clarendon Press, 1986; y Richard J. Crampton, *Eastern Europe in the Twentieth Century and After*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997.

7. Sobre la doble crisis económica y política en la Europa de entreguerras, véase Robert Boyce, *The Great Interwar Crisis and the Collapse of Globalization*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009.

8. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 232-308.

9. Richard J. Overy, *The Interwar Crisis, 1919-1939*, Harlow, Pearson, 1994, pp. 44 y ss. La cita de Woodrow Wilson es de su discurso ante el Congreso del 2 de abril 1917: <[http://wwi.lib.byu.edu/index.php/Wilson%27s\\_War\\_Message\\_to\\_Congress](http://wwi.lib.byu.edu/index.php/Wilson%27s_War_Message_to_Congress)>, visitado por última vez el 9 de enero de 2016.

10. Dimitrina Petrova, *Aleksandar Tzankov i negovata partia: 1932-1944*, Sofía, Dio Mira, 2011; Georgi Naumov, *Aleksandar Tzankov i Andrey Lyapchev v politikata na darzhavnoto upravlenie*, Sofía, IF 94, 2004.

11. Véase Valentina Zadgorska, *Kragat 'Zveno' (1927-1934)*, Sofía, «Sv. Kliment Ohridski», 2008, p. 8.

12. Sobre el rey Borís III y su reinado, véase Georgi Andreev, *Koburgite i katastrofite na Bulgaria*, Sofía, Agato, 2005; Nedyu Nedev, *Tsar Boris III: Dvoretzat i tayniyat*

*cabinet*, Plovdiv, IK «Hermes», 2009; Stefan Gruev, *Korona ot trani*, Sofía, Balgarski pisatel, 2009.

13. Sobre Austria en este periodo, véase, por ejemplo, Emmerich Tálos, *Das austrofaschistische Herrschaftssystem: Österreich 1933-1938*, Berlín, Münster y Viena, LIT, 2013; Jill Lewis, «Austria: Heimwehr, NSDAP and the Christian Social State», en Aristotle A. Kalis (ed.), *The Fascism Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003, pp. 212-222. Sobre la violencia durante este periodo, véase en particular Gerhard Botz: *Gewalt in der Politik: Attentate, Zusammenstöße, Putschversuche, Unruhen in Österreich 1918 bis 1938*, Múnich, Fink, 1983.

14. Mark Mazower, *Dark Continent*, pp. 140-141. Véase también Charles S. Maier, *Leviathan 2.0: Inventing Modern Statehood*, Cambridge, Harvard University Press, 2014, p. 273.

15. Christoph Kotowski, *Die 'moralische Diktatur' in Polen 1926 bis 1939: Faschismus oder autoritäres Militärregime?*, Múnich, Grin, 2011. Sobre el culto que rodeaba a su personalidad pública, véase Heidi Hein-Kircher, *Der Pilsudski-Kult und seine Bedeutung für den polnischen Staat 1926-1939*, Marburgo, Herder-Institut, 2001.

16. Dmtar Tasić, «The Assassination of King Alexander: The Swan Song of the Internal Macedonian Revolutionary Organization», en *Donau. Tijdschrift over Zuidost-Europa* (2008), pp. 30-39.

17. Gerhard Botz, «Gewaltkonjunkturen, Arbeitslosigkeit und gesellschaftliche Krisen: Formen politischer Gewalt und Gewaltstrategien in der ersten Republik», en Konrad y Maderthamer, *Das Werden der Ersten Republik*, pp. 229-362, aquí p. 341.

18. Archivo de Yugoslavia (Belgrado), 37 (Papers of Prime Minister Milan Stojadinović), 22/326. Sobre el contexto, véase Stefan Troebst, *Mussolini, Makedonien und die Mächte 1922-1930. Die 'Innere Makedonische Revolutionäre Organisation', in der Südosteuropapolitik des faschistischen Italien*, Colonia y Viena, Böhlau, 1987.

19. Filipe de Meneses, *Salazar: A Political Biography*, Nueva York, Enigma Books, 2009.

20. La literatura sobre este asunto es extensa. Para las obras más recientes, véase Julián Casanova y Martin Douch, *The Spanish Republic and Civil War*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2010; Nigel Townson, *The Crisis of Democracy in Spain: Centrist Politics under the Second Republic, 1931-1936*, Brighton, Sussex University Press, 2000; Helen Graham, *The Spanish Civil War: A Very Short Introduction*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005; Stanley Payne, *Franco and Hitler: Spain, Germany, and World War II*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2008; Paul Preston, *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution, and Revenge*, Nueva York, W. W. Norton and Company, 2006.

21. Chad Bryant, *Prague in Black: Nazi Rule and Czech Nationalism*, Cambridge, Harvard University Press, 2007.

22. Robert Edwards, *White Death: Russia's War on Finland 1939-40*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2006.

23. Andrzej Olechnowicz, «Liberal Anti-Fascism in the 1930s: The Case of Sir Ernest Barker», en *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies*, n.º 36 (2004), pp. 636-660, aquí p. 643. Sobre el BUF más en general, véase Martin Pugh, *'Hurrah for the Blackshirts!': Fascists and Fascism in Britain between the Wars*, Londres, Pimlico, 2006.

24. Philippe Bernard y Henri Dubief, *The Decline of the Third Republic, 1914-1958*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1985, p. 290.

25. Christian Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord: Deutsche Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Zúrich y Múnich, Pendo, 1998, pp. 11-53.

26. Leonhard, *Die Büchse der Pandora*, p. 955; Reynolds, *The Long Shadow*.

27. Robert Conquest, *The Great Terror: A Reassessment*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1990; Nicolas Werth, «The NKVD Mass Secret Operation no. 00447 (August 1937-November 1938)», *Online Encyclopedia of Mass Violence*, publicado el 24 de mayo de 2010, consultado por última vez el 22 de enero de 2016, <<http://www.massviolence.org/The-NKVDMass-Secret-Operation-no-00447-August-1937>>.

28. Hans-Christof Kraus, *Versailles und die Folgen: Außenpolitik zwischen Revisionismus und Verständigung 1919-1933*, Berlín, be.bra, 2013, pp. 15-33.

29. Michael Geyer, «“Endkampf” 1918 and 1945: German Nationalism, Annihilation, and Self-Destruction», en Richard Bessel, Alf Lüdtke y Bernd Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence: Extreme Wars of the 20th Century*, Gotinga, Wallstein, 2006, pp. 37-67. Véase también Ian Kershaw, *The End: The Defiance and Destruction of Hitler's Germany, 1944-1945*, Londres y Nueva York, Allen Lane, 2011.

30. Christopher Duggan, *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy*, Londres, The Bodley Head, 2012, pp. 151 y ss.

31. Christian Gerlach y Götz Aly, *Das letzte Kapitel: Der Mord an den ungarischen Juden 1944-1945*, Fráncfort, Fischer, 2004.

32. Para un buen estudio de la historia de la vida de los judíos y del antisemitismo en Viena, véase Botz *et al.*, *Eine zerstörte Kultur*.

33. Matteo Millan, «The Institutionalization of Squadristo: Disciplining Paramilitary Violence in the Fascist Dictatorship», en *Contemporary European History*, n.º 22 (2013).

34. Sobre el papel de Prónay en la defensa de Budapest, véase Krisztián Ungváry, *A magyar honvédség a második világháborúban*, Budapest, Osiris Kiadó, 2004, pp. 418-420;

Bodó, *Pál Prónay*.

35. En los años treinta, Starhemberg rechazó el mito de una conspiración judía internacional por considerar que era una «estupidez», y que el racismo «científico» era una «mentira» propagandística. Ernst Rüdiger Starhemberg, «Aufzeichnungen des Fürsten Ernst Rüdiger Starhemberg im Winter 1938/39 in Saint Gervais in Frankreich», en Starhemberg Papers, Oberösterreichisches Landesarchiv Linz.

36. Véase el expediente de la Gestapo sobre Burian, en ÖStA, B 1394, Burian Papers.

37. James Bjork y Robert Gerwarth, «The Annaberg as a German-Polish lieu de mémoire», en *German History*, n.º 25 (2007), pp. 372-400.

38. Elizabeth Wiskemann, *The Rome-Berlin Axis: A History of the Relations between Hitler and Mussolini*, Nueva York y Londres, Oxford University Press, 1949, p. 68. Véase también Jens Petersen, *Hitler-Mussolini: Die Entstehung der Achse Berlin-Rom 1933-1936*, Tübinga, De Gruyter Niemeyer, 1973, p. 60.

39. Ian Kershaw, *Hitler*, vol. 2: *Nemesis, 1936-1945*, Londres, Penguin, 2001, p. 26.

40. Robert Gerwarth, «The Axis: Germany, Japan and Italy on the Road to War», en Richard J. B. Bosworth y Joe Maiolo (eds.), *The Cambridge History of the Second World War*, vol. 2: *Politics and Ideology*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015, pp. 21-42.

41. Shimazu, *Japan, Race and Equality*; Frederick R. Dickinson, «Commemorating the War in Post-Versailles Japan», en John W. Steinberg, Bruce W. Menning, David Schimmelpenninck van der Oye, David Wolff y Shinji Yokote (eds.), *The Russo-Japanese War in Global Perspective: World War Zero*, Leiden y Boston, Brill, 2005, pp. 523-543. Véase también Mark Mazower, *Governing the World: The History of an Idea*, Londres, Penguin, 2013, pp. 252-255; y Dickinson, *War and National Reinvention*.

42. Sobre el Eje véase, por ejemplo, Shelley Baranowski, «Making the Nation: Axis Imperialism in the Second World War», en Doumanis, *The Oxford Handbook of Europe 1914-1945*; MacGregor Knox, *Common Destiny: Dictatorship, Foreign Policy, and War in Fascist Italy and Nazi Germany*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2000; Lutz Klinkhammer, Amedeo Osto Guerrazzi, y Thomas Schlemmer (eds.), *Die 'Achse' im Krieg: Politik, Ideologie und Kriegführung 1939-1945*, Paderborn, Múnich, Viena, y Zúrich, Schöningh, 2010.

43. Knox, *Common Destiny*, p. 124.

44. Marshall Lee Miller, *Bulgaria during the Second World War*, Stanford, Stanford University Press, 1975.

45. Sobre el caso alemán, véase Mazower, *Hitler's Empire*.

46. Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin*, Nueva York, Basic Books, 2010.

47. Rana Mitter, *China's War with Japan, 1937-1945: The Struggle for Survival*, Londres, Allen Lane, 2014; Edward L. Dreyer, *China at War, 1901-1949*, Londres, Longman, 1995; Louise Young, *Japan's Total Empire: Manchuria and the Culture of Wartime Imperialism*, Berkeley, University of California Press, 1998; Prasenjit Duara, *Sovereignty and Authenticity: Manchukuo and the East Asian Modern*, Lanham, Rowman and Littlefield, 2003. Sobre Manchukuo, véase también Yoshihisa Tak Matsusaka, *The Making of Japanese Manchuria, 1904-1932*, Cambridge, Harvard University Press, 2001.

48. Dennis Mack Smith, *Mussolini's Roman Empire*, Londres, Longman, 1976. Sobre la política internacional en este periodo, véase Zara Steiner, *The Triumph of the Dark: European International History, 1933-1939*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2011; Anthony D'Agostino, *The Rise of Global Powers: International Politics in the Era of the World Wars*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 295-302.

49. Alberto Sbacchi, *Ethiopia under Mussolini: Fascism and the Colonial Experience*, Londres, Zed Books, 1985; Angelo Del Boca, *The Ethiopian War 1935-1941*, Chicago, University of Chicago Press, 1969; David Nicolle, *The Italian Invasion of Abyssinia 1935-1936*, Westminister, Osprey, 1997; George W. Baer, *The Coming of the Italo-Ethiopian War*, Cambridge, Harvard University Press, 1967; id., *Test Case: Italy, Ethiopia and the League of Nations*, Stanford, Hoover Institution Press, 1976; H. James Burgwyn, *Italian Foreign Policy in the Interwar Period 1918-1940*, Westport, Praeger, 1997.

50. Knox, *Common Destiny*; Davide Rodogno, *Fascism's European Empire: Italian Occupation during the Second World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008; Gustavo Corni, «Impero e spazio vitale nella visione e nella prassi delle dittature (1919-1945)», en *Ricerche di Storia Politica*, n.º 3 (2006), pp. 345-357; Aristotle Kallis, *Fascist Ideology: Territory and Expansionism in Italy and Germany, 1922-1945*, Londres, Routledge, 2000.

51. Philipp Ther, «Deutsche Geschichte als imperiale Geschichte: Polen, slawophone Minderheiten und das Kaiserreich als kontinentales Empire», en Sebastian Conrad und Jürgen Osterhammel (eds.), *Das Kaiserreich transnational: Deutschland in der Welt 1871-1914*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 2004, pp. 129-148.

52. Liulevicius, *War Land on the Eastern Front*; Thum, *Traumland Osten*.

53. Peter Duus, Ramon H. Myers y Mark R. Peattie, *The Japanese Wartime Empire, 1931-1945*, Princeton, Princeton University Press, 1996. Sobre Corea, Alexis Dudden, *Japan's Colonization of Korea: Discourse and Power*, Honolulu, University of Hawai'i Press, 2005.

54. Paul Brooker, *The Faces of Fraternalism: Nazi Germany, Fascist Italy, and Imperial Japan*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1991. Sobre el racismo japonés, véase John Dower, *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*, Nueva York, Pantheon, 1986.

55. Steiner, *The Lights that Failed*, sobre todo el Cap. 5 («The Primacy of Nationalism: Reconstruction in Eastern and Central Europe»).

56. Terry Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca, Cornell University Press, 2001.

57. Sanborn, *Imperial Apocalypse*.

58. Benito Mussolini, *Opera omnia*, vol. 29, Florencia, La Fenice, 1955-1959, pp. 249-250.

59. *Ibíd.*, p. 404.

60. Mannerheim, citado en Eyal Lewin, *National Resilience during War: Refining the Decision-Making Model*, Lanham, Boulder y Nueva York, Lexington Books, 2012, p. 166. Sobre la vida y la trayectoria profesional de Mannerheim, véase Stig Jägerskiöld, *Mannerheim: Marshal of Finland*, Londres, Hurst, 1986.

61. Manela, *The Wilsonian Moment*; Gerwarth y Manela, *Empires at War*.

# Bibliografía

## ARCHIVOS

### *Alemania*

Bundesarchiv (Berlín)  
Bundesarchiv (Coblenza)  
Bundesarchiv-Militärarchiv (Friburgo)  
Herder Institut (Marburgo)  
Institut für Zeitgeschichte (Múnich)  
Staatsarchiv Freiburg (Friburgo)

### *Austria*

Oberösterreichisches Landesarchiv (Linz)  
Österreichisches Staatsarchiv, Kriegsarchiv (Viena)

### *Bulgaria*

Archivo del Museo Regional de Historia de Pazardjik (Pazardjik)  
Archivo Estatal de Bulgaria (Sofía)  
Biblioteca Nacional «Cirilo y Metodio» (Sofía)

### *Estados Unidos*

National Archives and Record Administration (NARA)

*Hungría*

Archivo Militar de Hungría (Budapest)

Archivos Nacionales de Hungría (Budapest)

*Países Bajos*

Instituto Holandés de Estudios sobre la Guerra, el Holocausto y el Genocidio (Ámsterdam)

*Reino Unido*

Imperial War Museum (Londres)

The National Archives (Londres)

*Serbia*

Archivo de Yugoslavia (Belgrado)

*Periódicos y revistas*

*Berliner Tageblatt, Daily Mail, Illustrated Sunday Herald, Innsbrucker Nachrichten, Il Popolo d'Italia, Münchner Neueste Nachrichten, Neue Tiroler Stimmen, Neues Wiener Tagblatt, Die Rote Fahne, Tagespost (Graz), Vörös Újság, Toronto Star, Vorwärts*

PRINCIPALES FUENTES IMPRESAS

*A Brief Record of the Advance of the Egyptian Expeditionary Force under the Command of*

- General Sir Edmund H. H. Allenby, G.C.B., G.C.M.G. July 1917 to October 1918*, Londres, His Majesty's Stationery Office, 1919.
- ALMOND, Nina, y Ralph Haswell Lutz (eds.), *The Treaty of St. Germain: A Documentary History of its Territorial and Political Clauses*, Stanford, Stanford University Press, 1935.
- BALLA, Erich, *Landsknechte wurden wir: Abenteuer aus dem Baltikum*, Berlín, W. Kolk, 1932.
- BÁNFFY, Miklós, *The Phoenix Land: The Memoirs of Count Miklós Bánffy*, Londres, Arcadia Books, 2003.
- BESCHLOSS, Michael (ed.), *Our Documents: 100 Milestone Documents from the National Archives*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2006.
- BISCHOFF, Josef, *Die letzte Front: Geschichte der Eisernen Division im Baltikum 1919*, Berlín, Buch-und Tiefdruck Gesellschaft, 1935.
- BIZONY, Ladislaus, *133 Tage Ungarischer Bolschewismus. Die Herrschaft Béla Kuns und Tibor Szamuelys: Die Blutigen Ereignisse in Ungarn*, Leipzig y Viena, Waldheim-Eberle, 1920.
- BÖHM, Wilhelm, *Im Kreuzfeuer zweier Revolutionen*, Múnich, Verlag für Kulturpolitik, 1924.
- BRANDL, Franz, *Kaiser, Politiker, und Menschen: Erinnerungen eines Wiener Polizeipräsidenten*, Viena y Leipzig, Günther, 1936.
- BRITISH JOINT LABOUR DELEGATION TO HUNGARY, *The White Terror in Hungary. Report of the British Joint Labour Delegation to Hungary*, Londres, Trade Union Congress and Labour Party, 1920.
- BROWDER, Robert Paul, y Alexander F. Kerensky (eds.), *The Russian Provisional Government 1917: Documents*, 3 vols., Stanford, Stanford University Press, 1961.
- BUCHAN, John, *The Three Hostages*, Londres, Nelson, 1948.
- BÜLOW, Bernhard von, *Denkwürdigkeiten*, Berlín, Ullstein, 1931.
- CARNEGIE ENDOWMENT FOR INTERNATIONAL PEACE (ed.), *Report of the International Commission to Inquire into the Causes and Conduct of the Balkan Wars* (reimpresión), Washington, Carnegie, 2014.
- CHÉJOV, Antón, *The Cherry Orchard*, en *Four Great Plays by Anton Chekhov*, trad. al inglés Constance Garnet, Nueva York, Bantam Books, 1958 [*El jardín de los cerezos*, Barcelona, Espasa, 2003].
- COMMITTEE OF THE JEWISH DELEGATIONS, *The Pogroms in the Ukraine under the Ukrainian Governments (1917-1920)*, ed. I. B. Schlechtmann, Londres, Bale.
- CROCE, Benedetto, *Pagine sulla guerra*, Nápoles, Ricciardi, 1919.
- DEUERLEIN, Ernst (ed.), *Der Hitler-Putsch: Bayerische Dokumente zum 8./9. November 1923*, Stuttgart, DVA, 1962.
- FEY, Emil, *Schwertbrüder des Deutschen Ordens*, Viena, Lichtner, 1937.

- GENOV, Georgi P., *Bulgaria and the Treaty of Neuilly*, Sofia, H. G. Danov and Co., 1935.
- GLAISE-HORSTENAU, Edmund, *The Collapse of the Austro-Hungarian Empire*, Londres y Toronto, J. M. Dent, 1930.
- GOLTZ, Rüdiger von der, *Meine Sendung in Finnland und im Baltikum*, Leipzig, Koehler, 1920.
- GONTAUT-BIRON, Roger, Comte de, *Comment la France s'est installée en Syrie, 1918-1919*, París, Plon, 1922.
- GORKI, Maksim, «On the Russian Peasantry», pp. 16-18 en Robert E. F. Smith (ed.), *The Russian Peasant, 1920 and 1984*, Londres, Routledge, 1977, pp. 11-27.
- HABRMAN, Gustav, *Mé vzpomínky z války*, Praga, Svěcený, 1928.
- HALMI, Josef, «Akten über die Pogrome in Ungarn», en Jakob Krausz, *Martyrium. Ein jüdisches Jahrbuch*, Viena, autopublicado, 1922, pp. 59-66.
- HAMPE, Karl, *Kriegstagebuch 1914-1919*, ed. Folker Reichert y Eike Wolgast, 2.<sup>a</sup> ed., Múnich, Oldenbourg, 2007.
- HEIFETZ, Elias, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in 1919*, Nueva York, Thomas Seltzer, 1921.
- HEMINGWAY, Ernest, *In Our Time*, Nueva York, Boni and Liveright, 1925.
- HEYDRICH, Lina, *Leben mit einem Kriegsverbrecher*, Pfaffenhofen, Ludwig, 1976.
- HÖSS, Rudolf, *Death Dealer: The Memoirs of the SS Kommandant at Auschwitz*, ed. Steven Paskuly, Buffalo, Prometheus Books, 1992 [*Yo, comandante de Auschwitz*, Barcelona, Ediciones B, 2009].
- JÜNGER, Ernst, *In Stahlgewittern: Ein Kriegstagebuch*, 24.<sup>a</sup> edición, Berlín, Mittler 1942 [*Tempestades de acero*, Barcelona, Tusquets, 2005].
- , *Kriegstagebuch 1914-1918*, ed. Helmuth Kiesel, Stuttgart, Klett-Cotta, 2010.
- KERR, Stanley E., *The Lions of Marash: Personal Experiences with American Near East Relief, 1919-1922*, Albany, State University of New York Press, 1973.
- KESYAKOV, Bogdan, *Prinos kym diplomaticheskata istoriya na Bulgaria (1918-1925): Dogovori, konventsii, spogodbi, protokoli i drugi syglashenia i diplomaticheski aktove s kratki belejki*, Sofía, Rodopi, 1925.
- KESSLER, Harry Graf, *Das Tagebuch 1880-1937*, eds. Roland Kamzelak y Günter Riederer, vols. 5-7, Stuttgart, Klett-Cotta, 2006 [*Diario, 1893-1937*, Barcelona, La Vanguardia, 2015].
- KEYNES, John Maynard, *The Economic Consequences of the Peace*, Londres, Macmillan, 1919 [*Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2002].
- KILLINGER, Manfred von, *Der Klabautermann: Eine Lebensgeschichte*, 3.<sup>a</sup> edición, Múnich, Eher, 1936.
- KLEMPERER, Victor, *Man möchte immer weinen und lachen in einem: Revolutionstagebuch 1919*, Berlín, Aufbau, 2015.
- KNAUS, Siegmund, *Darstellungen aus den Nachkriegskämpfen deutscher Truppen und*

- Freikorps*, vols 7 and 8, Berlín, Mittler and Sohn, 1941-1942.
- KÖNNEMANN, Erwin, y Gerhard Schulze (eds), *Der Kapp-Lüttwitz-Putsch: Dokumente*, Múnich, Olzog, 2002.
- KOZMA, Miklós, *Az összeomlás 1918-1919*, Budapest, Athenaeum, 1933.
- , *Makensens Makensens Ungarische Husaren: Tagebuch eines Frontoffiziers, 1914-1918*, Berlín y Viena, Verlag für Kulturpolitik, 1933.
- KRAUSS, Alfred, *Unser Deutschtum!*, Salzburgo, Eitel, 1921.
- KRAUSZ, Jakob (ed.), *Martyrium. Ein jüdisches Jahrbuch*, Viena, autopublicado, 1922.
- KÜHLMANN, Richard von, *Erinnerungen*, Heidelberg, Schneider, 1948.
- LENIN, Vladimir Ilich, *Collected Works*, 45 vols., 4.<sup>a</sup> edición en inglés, vol. 27, Moscú, Progress, 1964-1974 [*Obras Completas de V. I. Lenin*, Editorial Progreso, Moscú].
- LIEBKNECHT, Karl, *Ausgewählte Reden, Briefe und Aufsätze*, Berlín Oriental, Dietz, 1952.
- LLOYD GEORGE, David, *The Truth About the Peace Treaties*, 2 vols., Londres, Gollancz, 1938.
- LORD, Robert Howard, «Poland», en Edward M. House y Charles Seymour (eds.), *What Really Happened at Paris: The Story of the Peace Conference by American Delegates*, Londres, Hodder and Stoughton, 1921, pp. 67-86.
- LUXEMBURGO, Rosa, *Gesammelte Werke*, vol. 4: *August 1914-Januar 1919*, Berlín Oriental, Dietz, 1974.
- , *Politische Schriften*, ed. Ossip K. Flechtheim, vol. 3, Fráncfort, Europäische Verlags-Anstalt, 1975.
- MANN, Thomas, *Thomas Mann: Tagebücher 1918-1921*, ed. Peter de Mendelsohn, Fráncfort, S. Fischer, 1979 [*Diarios 1918-1921*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987].
- MICHAELIS, Herbert, Ernst Schraepler y Günter Scheel (eds.), *Ursachen und Folgen*, vol. 2: *Der militärische Zusammenbruch und das Ende des Kaiserreichs*, Berlín, Verlag Herbert Wendler, 1959.
- MÜLLER, Georg Alexander von, *The Kaiser and his Court: The Diaries, Notebooks, and Letters of Admiral Alexander von Müller*, Londres, Macdonald, 1961.
- NICOLSON, Harold, *Peacemaking, 1919*, Londres, Grosset and Dunlap, 1933.
- NOWAK, Karl Friedrich (ed.), *Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann*, 2 vols., Berlín, Verlag für Kulturpolitik, 1929.
- PAVELIĆ, Ante, *Doživljaji*, reimpresión, Zagreb, Naklada Starčević, 1996 [*Vivencias*, Madrid, Pavelic, Visnja, 1999].
- PHILIPP, Albrecht (ed.), *Die Ursachen des Deutschen Zusammenbruches im Jahre 1918. Zweite Abteilung: Der innere Zusammenbruch*, vol. 6, Berlín, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik, 1928.
- PIAZZESI, Mario, *Diario di uno Squadrista Toscano: 1919-1922*, Roma, Bonacci, 1981.
- POGÁNY, József, *Der Weiße Terror in Ungarn*, Viena, Neue Erde, 1920.

- POTTER WEBB, Beatrice, *Diaries 1912-1924*, ed. Margaret Cole, Londres, Longmans, Green and Company, 1952.
- FRANCKH, Hans von, *Der Prozeß gegen den Grafen Anton Arco-Valley, der den bayerischen Ministerpräsidenten Kurt Eisner erschossen hat*, Múnich, Lehmann, 1920.
- PRÓNAY, Pál, *A határban a halál kaszál: fejezetek Prónay Pál feljegyzéseiből*, eds. Ágnes Szabó and Ervin Pamlényi, Budapest, Kossuth, 1963.
- Report of the International Commission to Inquire into the Causes and Conduct of the Balkan Wars*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 1914.
- ROTH, Joseph, *Das Spinnennetz*, Colonia y Berlín, Kiepenheuer and Witsch, 1967 [*La tela de araña*, Barcelona, Acantilado, 2008].
- , *The Radetzky March*, Nueva York, Viking Press, 1933 [*La marcha Radetzky*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2004].
- SALOMON, Ernst von, *Die Geächteten*, Berlín, Rowohlt, 1923.
- Sammlung der Drucksachen der Verfassunggebenden Preußischen Landesversammlung, Tagung 1919/21*, vol. 15, Berlín, Preußische Verlagsanstalt, 1921.
- THAER, Albrecht von, *Generalstabsdienst an der Front und in der OHL: Aus Briefen und Tagebuchaufzeichnungen, 1915-1919*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 1958.
- TOLLER, Ernst, *I Was a German: The Autobiography of Ernst Toller*, Nueva York, Paragon House, 1934.
- «Treaty of Peace between the United States of America, the British Empire, France, Italy, and Japan and Poland», en *American Journal of International Law* n.º 13, Supplement, Official Documents (1919), pp. 423-440.
- TROTSKI, Lev, *My Life: The Rise and Fall of a Dictator*, Nueva York y Londres, Butterworth, 1930 [*Mi vida: memorias de un revolucionario*, Barcelona, Debate, 2006].
- «Turquie: Convention d'armistice 30 Octobre 1918», en *Guerre Européenne: Documents 1918: Conventions d'armistice passées avec la Turquie, la Bulgarie, l'Autriche-Hongrie et l'Allemagne par les puissances Alliées et associées*, París, Ministère des Affaires Étrangères, 1919.
- ULRICH, Bernd, y Benjamin Ziemann (eds.), *Frontalltag im Ersten Weltkrieg: Wahn und Wirklichkeit. Quellen und Dokumente*, Fráncfort, Fischer, 1994.
- Verhandlungen der verfassunggebenden Deutschen Nationalversammlung. Stenographische Berichte*, vol. 327, Berlín, Norddeutsche Buchdruckerei u. Verlagsanstalt, 1920.
- WILSON, Francesca M., *Rebel Daughter of a Country House: The Life of Eglantyne Jebb, Founder of the Save the Children Fund*, Boston y Londres, Allen and Unwin, 1967.
- WILSON, Woodrow, discurso ante el Congreso de Estados Unidos, 2 de abril de 1917, <[http://wwi.lib.byu.edu/index.php/Wilson%27s\\_War\\_Message\\_to\\_CongressZ](http://wwi.lib.byu.edu/index.php/Wilson%27s_War_Message_to_CongressZ)>.
- YOURCENAR, Marguerite, *Coup de Grâce*, París, Éditions Gallimard, 1939 [*El tiro de*

*gracia*, Madrid, Alfaguara, 1994].  
ZWEIG, Arnold, *Das ostjüdische Antlitz*, Berlín, Welt Verlag, 1920.

## FUENTES SECUNDARIAS

- ABLOVATSKI, Eliza, «“Cleansing the Red Nest”: Counter-Revolution and White Terror in Munich and Budapest», 1919, disertación de doctorado inédita, Nueva York, 2004.
- , «The 1919 Central European Revolutions and the Judeo-Bolshevik Myth», en *European Review of History*, n.º 17 (2010), pp. 473-489.
- ACHLADI, Evangelia, «De la guerre à l’administration grecque: la fin de la Smyrne cosmopolite», en Marie-Carmen Smyrnelis (ed.), *Smyrne, la ville oubliée? 1830-1930: Mémoires d’un grand port ottoman*, París, Editions Autrement, 2006, pp. 180-195.
- ACKERL, Isabella, y Rudolf Neck (eds.), *Saint-Germain 1919: Protokoll des Symposiums am 29. und 30. Mai 1979 in Wien*, Viena, Verlag für Geschichte und Politik, 1989.
- ADAMETS, Serguéi, *Guerre civile et famine en Russie: Le pouvoir bolchevique et la population face à la catastrophe démographique, 1917-1923*, París, Institut d’études slaves, 2003.
- ADAMS, Matthew Lloyd, «When Cadillacs Crossed Poland: The American Relief Administration in Poland, 1919-1922», tesis doctoral, Armstrong Atlantic State University, 2005.
- ADRIÁNYI, Gabriel, *Fünfzig Jahre Ungarische Kirchengeschichte, 1895-1945*, Maguncia, v. Hase and Koehler Verlag, 1974.
- AIZPURU, Mikel, «La expulsión de refugiados extranjeros desde España en 1919: exiliados rusos y de otros países», en *Migraciones y Exilios*, n.º 11 (2010), pp. 107-126.
- AKSAKAL, Mustafa, *The Ottoman Road to War in 1914: The Ottoman Empire and the First World War*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2008.
- , «The Ottoman Empire», en Robert Gerwarth y Erez Manela (eds.), *Empires at War, 1911-1923*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014, pp. 17-33.
- , «The Ottoman Empire», en Jay Winter (ed.), *Cambridge History of the First World War*, vol. 1, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2014, pp. 459-478.
- ALAPURO, Risto, *State and Revolution in Finland*, Berkeley, University of California Press, 1988.
- ALBANESE, Giulia, *La marcia su Roma*, Roma y Bari, Laterza, 2006.
- ALDER, Douglas D., «Friedrich Adler: Evolution of a Revolutionary», en *German Studies Review*, n.º 1 (1978), pp. 260-284.
- ALESHIN, D. D., «Aziatskaya Odisseya», en S. L. Kuz’min (ed.), *Baron Ungern v*

- dokumentach i memuarach*, Moscú, Tovariščestvo Naučnyh Izd. KMK, 2004.
- ALLAMANI, Efi, y Christa Panagiotopoulou, «I Ellada sti Mikra Asia», en *Istoria tou ellinikou ethnous*, vol. 15, Atenas, Ekdotiki Athinon, 1978, pp. 118-132.
- ALLAWI, Ali A., *Faisal I of Iraq*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2014.
- ALPERN ENGEL, Barbara, «Not by Bread Alone: Subsistence Riots in Russia during World War I», en *Journal of Modern History*, n.º 69 (1997), pp. 696-721.
- ALTRICHTER, Helmut, *Rußland 1917: Ein Land auf der Suche nach sich selbst*, Paderborn, Schöningh, 1997.
- ANDELMAN, David A., *A Shattered Peace: Versailles 1919 and the Price We Pay Today*, Hoboken, Wiley, 2008.
- ANDERSON, David M., y David Killingray (eds.), *Policing and Decolonisation: Politics, Nationalism and the Police, 1917-1965*, Manchester, Manchester University Press, 1992.
- ANDERSON, Scott, *Lawrence in Arabia: War, Deceit, Imperial Folly and the Making of the Modern Middle East*, Nueva York, Doubleday, 2013.
- ANDREEV, Georgi, *Koburgite i katastrofite na Bulgaria*, Sofia, Agato, 2005.
- ANDREYEV, Catherine, e Ivan Savicky, *Russia Abroad: Prague and the Russian Diaspora 1918-1938*, New Haven, CT, y Londres, Yale University Press, 2004.
- ANICHKOV, Vladimir Petrovich, *Ekaterinburg – Vladivostok, 1917-1922*, Moscú, Russkĭ put', 1998.
- APOSTOLOPOULOS, F. D. (ed.), *Exodos*, vol. 1, Atenas, Centre for Asia Minor Studies, 1980.
- AQUARONE, Alberto, «Violenza e consenso nel fascismo Italiano», en *Storia contemporanea*, n.º 10 (1979), pp. 145-155.
- ARENDT, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1951 [*Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2015].
- ARENS, Olavi, «The Estonian Question at Brest-Litovsk», en *Journal of Baltic Studies*, n.º 25 (1994), pp. 305-330.
- ASCHER, Harvey, «The Kornilov Affair: A Reinterpretation», en *Russian Review*, n.º 29 (1970), pp. 286-300.
- ASCHHEIM, Steven E., *Brothers and Strangers: The East European Jew in German and German-Jewish Consciousness, 1800-1923*, Madison y Londres, University of Wisconsin Press, 1982.
- AUDOIN-ROUZEAU, Stéphane, y Christophe Prochasson (eds.), *Sortir de la Grande Guerre: Le monde et l'après-1918*, París, Tallandier, 2008.
- AUDOIN-ROUZEAU, Stéphane, y Jean-Jacques Becker (eds.), *La prima guerra mondiale*, vols. 1 y 2, Turín, Einaudi, 2007.
- AUDOIN-ROUZEAU, Stéphane, «Die Delegation der "Gueules cassées" in Versailles am 28. Juni 1919», en Gerd Krumeich et al. (eds.), *Versailles 1919: Ziele, Wirkung, Wahrnehmung*, Essen, Klartext Verlag, 2001, pp. 280-287.

- AVES, Jonathan, *Workers against Lenin: Labour Protest and Bolshevik Dictatorship*, Londres, Tauris Publishers, 1996.
- AVILÉS FARRÉ, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.
- AZMANOV, Dimitar, y Rumen Lechev, «Probivatna Dobropoleprezsptemvri 1918 godina», en *Voennoistoricheski sbornik*, n.º 67 (1998), pp. 154-175.
- BABEROWSKI, Jörg, *Der Feind ist überall: Stalinismus im Kaukasus*, Múnich, Deutsche Verlags-Anstalt, 2003.
- BAER, George W., *Test Case: Italy, Ethiopia and the League of Nations*, Stanford, Hoover Institution Press, 1976.
- , *The Coming of the Italo- Ethiopian War*, Cambridge, Harvard University Press, 1967.
- BALBIRNIE, Steven, «British Imperialism in the Arctic: The British Occupation of Archangel and Murmansk, 1918-1919», tesis doctoral inédita, University College Dublín, 2015.
- BALKELIS, Tomas, «Turning Citizens into Soldiers: Baltic Paramilitary Movements after the Great War», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 126-144.
- BALL, Alan, «Building a New State and Society: NEP, 1921-1928», en Ronald Grigor Suny (ed.), *The Cambridge History of Russia*, vol. 3, (Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 168-191.
- BALLABÁS, Dániel, *Trianon 90 év távlatából: Konferenciák, műhelybeszélgetések*, Eger, Líceum Kiadó, 2011.
- BARANOWSKI, Shelley, «Making the Nation: Axis Imperialism in the Second World War», en Doumanis (ed.), *The Oxford Handbook of Europe 1914-1945*.
- BARBAGALLO, Francesco, *Francesco Saverio Nitti*, Turín, Utet, 1994.
- BARKEY, Karen, y Mark von Hagen (eds.), *After Empires: Multiethnic Societies and Nation-Building: The Soviet Union, and the Russian, Ottoman, and Habsburg Empires*, Boulder, Westview Press, 1997.
- BARKMANN, Udo B., *Geschichte der Mongolei oder Die 'Mongolische Frage': Die Mongolen auf ihrem Weg zum eigenen Nationalstaat*, Bonn, Bouvier Verlag, 1999.
- BARON, Nick, y Peter Gatrell, «Population Displacement, State-Building and Social Identity in the Lands of the Former Russian Empire, 1917-1923», en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, n.º 4 (2003), pp. 51-100.
- BARTH, Boris, *Dolchstoßlegenden und politische Disintegration: Das Trauma der deutschen Niederlage im Ersten Weltkrieg*, Düsseldorf, Droste, 2003.
- BATOWSKI, Henryk, «Nationale Konflikte bei der Entstehung der Nachfolgestaaten», en Richard Georg Plaschka y Karlheinz Mack (eds.), *Die Auflösung des Habsburgerreiches*, pp. 338-349.
- BAUDIS, Dieter, y Hermann Roth, «Berliner Opfer der Novemberrevolution 1918/19», en *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* (1968), pp. 73-149.
- BAUER, Frieder, y Jörg Vögele, «Die "Spanische Grippe" in der deutschen Armee 1918:

- Perspektive der Ärzte und Generäle», en *Medizinhistorisches Journal*, n.º 48 (2013), pp. 117-152.
- BAUER, Otto, *Die österreichische Revolution*, Viena, Wiener Volksbuchhandlung, 1923.
- BAUMGART, Winfried, *Deutsche Ostpolitik 1918: Von Brest-Litovsk bis zum Ende des Ersten Weltkriegs*, Viena y Múnich, Oldenbourg, 1966.
- BECKER, Seymour, *Nobility and Privilege in Late Imperial Russia*, DeKalb, Northern Illinois Press, 1985.
- BECKER, Winfried, *Frederic von Rosenberg (1874-1937): Diplomat vom späten Kaiserreich bis zum Dritten Reich, Außenminister der Weimarer Republik*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 2011.
- BELL, John D., *Peasants in Power: Alexander Stamboliski and the Bulgarian Agrarian National Union 1899-1923*, Princeton, Princeton University Press, 1977.
- BELLER, Steven, *A Concise History of Austria*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006 [*Historia de Austria*, Tres Cantos, Akal, 2009].
- BEN-AMI, Shlomo, *Fascism from Above: The Dictatorship of Primo de Rivera in Spain 1923-1930*, Oxford, Clarendon Press, 1983 [*La dictadura de Primo de Rivera, (1923-1930)*, Barcelona, Planeta, 1984].
- BEREND, Ivan T., *Decades of Crisis: Central and Eastern Europe before World War II*, Berkeley, University of California Press, 1998.
- BERGIEN, Rüdiger, *Die bellizistische Republik: Wehrkonsens und Wehrhaftmachung in Deutschland, 1918-1933*, Múnich, Oldenbourg, 2012.
- , «Republikschützer oder Terroristen? Die Freikorpsbewegung in Deutschland nach dem Ersten Weltkrieg», en *Militärgeschichte*, n.º 3 (2008), pp. 14-17.
- BERLIN, Jon Dale, «The Burgenland Question 1918-1920: From the Collapse of Austria-Hungary to the Treaty of Trianon», disertación de doctorado inédita, Madison, 1974.
- BERNARD, Philippe, y Henri Dubief, *The Decline of the Third Republic, 1914-1958*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1985.
- BERNSTEIN, Eduard, *Die deutsche Revolution, vol. 1: Ihr Ursprung, ihr Verlauf und ihr Werk*, Berlín, Verlag Gesellschaft und Erziehung, 1921.
- BESSEL, Richard, *Germany after the First World War*, Oxford y Nueva York, Clarendon Press, 1993.
- , «Revolution», en Jay Winter (ed.), *Cambridge History of the First World War*, Cambridge y Nueva York, vol. 2, Cambridge University Press, 2014, pp. 126-144.
- BEYRAU, Dietrich, «Brutalization Revisited: The Case of Bolshevik Russia», en *Journal of Contemporary History*, n.º 50 (2015), pp. 15-37.
- , «Post-War Societies (Russian Empire)», en Daniel *et al.* *1914-1918 online*.
- BEYRAU, Dietrich, y Pavel P. Shcherbinin, «Alles für die Front: Russland im Krieg 1914-1922», en Horst Bauerkämper y Elise Julien (eds.), *Durchhalten! Krieg und Gesellschaft im Vergleich 1914-1918*, Gotinga, Vandenhoeck y Ruprecht, 2010,

pp. 151-177.

- BIANCHI, Roberto, *Pace, pane, terra. Il 1919 in Italia*, Roma, Odradek, 2006.
- BIGLER, Robert M., «Heil Hitler and Heil Horthy! The Nature of Hungarian Racist Nationalism and its Impact on German-Hungarian Relations 1919-1945», en *East European Quarterly*, n.º 8 (1974), pp. 251-272.
- BIHARI, Péter, *Lövészárkok a háttországban. Középosztály, zsidókérdés, Antiszemitizmus az első világháború Magyarországon*, Budapest, Napvilág Kiadó, 2008.
- BIHL, Wolfdieter, *Österreich-Ungarn und die Friedensschlüsse von Brest-Litovsk*, Viena, Colonia y Graz, Böhlau, 1970.
- BILYARSKI, Tsocho, *BZNS, Aleksandar Stambolijski i VMRO: nepoznatata vojna*, Sofía, Aniko, 2009.
- BILYARSKI, Tsocho y Nikola Grigorov (eds.), *Nyoiskiyat pogrom i terorot na bulgarite: Sbornik dokumenti i material*, Sofía, Aniko, 2009.
- BISCHOF, Günther, Fritz Plasser y Peter Berger (eds.), *From Empire to Republic: Post-World War I Austria*, Nueva Orleans, University of New Orleans Press, 2010.
- BJELAJAC, Mile, *Vojaska Kraljevine Srba, Hrvata i Slovenaca 1918-1921*, Belgrado, Narodna knjiga, 1988.
- , «1918: oslobođenje ili okupacija nesrpskih krajeva?», en Milan Terzić, *Prvi svetski rat i Balkan – 90 godina*, Belgrado, Institut za strategijska istraživanja, 2010, pp. 201-223.
- BJORK, James E., *Neither German Nor Pole: Catholicism and National Indifference in a Central European Borderland, 1890-1922*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2008.
- BJORK, James E., y Robert Gerwarth, «The Annaberg as a German-Polish lieu de mémoire», en *German History*, n.º 25 (2007), pp. 372-400.
- BLACKBOURN, David, y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1984.
- BLANKE, Richard, *Orphans of Versailles: The Germans in Western Poland, 1918-1939*, Lexington, University Press of Kentucky, 1993.
- BLOXHAM, Donald, «The First World War and the Development of the Armenian Genocide», en Ronald Grigor Suny, Fatma Müge Göçek y Norman M. Naimark (eds.), *A Question of Genocide: Armenians and Turks at the End of the Ottoman Empire*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 260-275.
- BODÓ, Béla, *Pál Prónay: Paramilitary Violence and Anti-Semitism in Hungary, 1919-1921*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2011.
- , «“White Terror”, the Hungarian Press and the Evolution of Hungarian Anti-Semitism after World War I», en *Yad Vashem Studies*, n.º 34 (2006), pp. 45-86.
- , «The White Terror in Hungary, 1919-21: The Social Worlds of Paramilitary Groups», en *Austrian History Yearbook*, n.º 42 (2011), pp. 133-163.

- BOEMEKE, Manfred F., «Woodrow Wilson's Image of Germany, the War-Guilt Question and the Treaty of Versailles», en id., Gerald D. Feldman y Elisabeth Glaser (eds.), *The Treaty of Versailles: A Reassessment after 75 Years*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1998, pp. 603-614.
- BOEMEKE, Manfred F., Gerald D. Feldman y Elisabeth Glaser (eds.), *The Treaty of Versailles: A Reassessment after 75 Years*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1998.
- BOGDANOV, K., *Admiral Kolchak: Biograficheskaja povest-khronika*, San Petersburgo, Sudostroenie, 1993.
- BÖHLER, Jochen, «Enduring Violence. The Post-War Struggles in East-Central Europe 1917-1921», en *Journal of Contemporary History*, n.º 50 (2015), pp. 58-77.
- , «Generals and Warlords, Revolutionaries and Nation State Builders: The First World War and its Aftermath in Central and Eastern Europe», en id., Włodzimierz Borodziej y Joachim von Puttkamer (eds.), *Legacies of Violence: Eastern Europe's First World War*, Múnich, Oldenbourg, 2014, pp. 51-66.
- BORODZIEJ, Włodzimierz, *Geschichte Polens im 20. Jahrhundert*, Múnich, C. H. Beck, 2010.
- BOROWSKY, Peter, «Germany's Ukrainian Policy during World War I and the Revolution of 1918-19», en Hans-Joachim Torke y John-Paul Himka (eds.), *German-Ukrainian Relations in Historical Perspective*, Edmonton, Canadian Institute of Ukrainian Studies, 1994, pp. 84-94.
- BORSÁNYI, György, *The Life of a Communist Revolutionary: Béla Kun*, Boulder, Social Science Monographs, 1993.
- BORZECKI, Jerzy, *The Soviet-Polish Peace of 1921 and the Creation of Interwar Europe*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2008.
- , «German Anti-Semitism à la Polonaise: A Report on Poznanian Troops' Abuse of Belarusian Jews in 1919», en *East European Politics and Cultures*, n.º 26 (2012), pp. 693-707.
- BOSWELL, Laird, «From Liberation to Purge Trials in the "Mythic Provinces": Recasting French Identities in Alsace and Lorraine, 1918-1920», en *French Historical Studies*, n.º 23 (2000), pp. 129-162.
- BOSWORTH, Richard J. B., *Italy: The Least of the Great Powers: Italian Foreign Policy before the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- , *Mussolini*, Londres, Arnold, 2002.
- BOSWORTH, Richard J. B., y Giuseppe Finaldi, «The Italian Empire», en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, pp. 34-51.
- BOTLIK, József, *Nyugat-Magyarország sorsa, 1918-1921*, Vasszilvány, Magyar Nyugat Könyvkiadó, 2008.
- BOTZ, Gerhard, *Gewalt in der Politik: Attentate, Zusammenstöße, Putschversuche, Unruhen*

- in Österreich 1918 bis 1938*, München, Fink, 1983.
- , «Gewaltkonjunkturen, Arbeitslosigkeit und gesellschaftliche Krisen: Formen politischer Gewalt und Gewaltstrategien in der ersten Republik», en Konrad y Maderthaner, *Das Werden der Ersten Republik*, pp. 229-362.
- BOTZ, Gerhard, Nina Scholz, Michael Pollak e Ivar Oxaal (eds.), *Eine zerstörte Kultur. Jüdisches Leben und Antisemitismus in Wien seit dem 19. Jahrhundert*, Viena, Czernin, 2002.
- BOWERS, Katherine, y Ani Kokobobo, *Russian Writers and the Fin de Siècle: The Twilight of Realism*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015.
- BOYCE, Robert, *The Great Interwar Crisis and the Collapse of Globalization*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009.
- BOYCHEV, Petar, y Volodya Milachkov, *Tutrakanskata epopeya i voynata na Severnia front, 1916-1918*, Silistra, Kovachev, 2007.
- BOYCHEV, Petar, *Tutrakanska epopeia*, Tutrakan, Kovachev, 2003.
- BOYER, John W., *Culture and Political Crisis in Vienna: Christian Socialism in Power, 1897-1918*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.
- , «Boundaries and Transitions in Modern Austrian History», en Günter Bischof y Fritz Plasser (eds.), *From Empire to Republic: Post-World War I Austria*, Nueva Orleans, University of New Orleans Press, 2010, pp. 13-23.
- , «Karl Lueger and the Viennese Jews», en *Yearbook of the Leo Baeck Institute*, n.º 26 (1981), pp. 125-144.
- BOYLAN, Catherine Margaret, «The North Russia Relief Force: A Study of Military Morale and Motivation in the Post-First World War World», tesis doctoral inédita, King's College, Londres, 2015.
- BRACCO, Barbara, «L'Italia e l'Europa da Caporetto alla vittoria nella riflessione degli storici italiani», en Giampietro Berti y Piero Del Negro (eds.), *Al di qua e al di là del Piave. L'ultimo anno della Grande Guerra*, Milán, Franco Angeli, 2001.
- BRADLEY, John F. N., *The Czechoslovak Legion in Russia, 1914-1920*, Boulder, East European Monographs, 1991.
- BRAUN, Bernd, «Die "Generation Ebert"», en id. y Klaus Schönhoven (eds.), *Generationen in der Arbeiterbewegung*, München, Oldenbourg, 2005, pp. 69-86.
- BRAUN, Karl, «Der 4. März 1919. Zur Herausbildung Sudetendeutscher Identität», en *Bohemia*, n.º 37 (1996), pp. 353-380.
- BRAUNTHAL, Julius, *Geschichte der Internationale*, vol. 2, Hannover, J. H. W. Dietz, 1963.
- BROOKER, Paul, *The Faces of Fraternalism: Nazi Germany, Fascist Italy, and Imperial Japan*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1991.
- BROUCEK, Anton (ed.), *Anton Lehár. Erinnerungen. Gegenrevolution und Restaurationsversuche in Ungarn 1918-1921*, München, Oldenbourg, 1973.
- BROUCEK, Peter, *Karl I. (IV.): Der politische Weg des letzten Herrschers der*

- Donaumonarchie*, Viena, Böhlau, 1997.
- BROVKIN, Vladimir N., *Behind the Front Lines of the Civil War: Political Parties and Social Movements in Russia, 1918-1922*, Princeton, Princeton University Press, 1994.
- BRÜGEL, Johann Wolfgang, *Tschechen und Deutsche 1918-1938*, München, Nymphenburger Verlagshandlung, 1967.
- BRYANT, Chad, *Prague in Black: Nazi Rule and Czech Nationalism*, Cambridge, Harvard University Press, 2007.
- BUDNITSKII, Oleg, *Russian Jews between the Reds and Whites, 1917-1920*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2011.
- BÜHRER, Tanja, *Die Kaiserliche Schutztruppe für Deutsch-Ostafrika: Koloniale Sicherheitspolitik und transkulturelle Kriegführung, 1885 bis 1918*, München, Oldenbourg, 2011.
- BULLOCK, David, *The Czech Legion, 1914-20*, Oxford, Osprey, 2008.
- BUNSELMEYER, Robert E., *The Cost of War 1914-1919: British Economic War Aims and the Origins of Reparation*, Hamden, Archon Books, 1975.
- BURGWYN, H. James, *Italian Foreign Policy in the Interwar Period 1918-1940*, Westport, Praeger, 1997.
- BURKMAN, Thomas W., *Japan and the League of Nations: Empire and World Order, 1914-1938*, Honolulu, University of Hawai'i Press, 2008.
- BUSCH, Briton Cooper, *Madras to Lausanne: Britain's Frontier in West Asia, 1918-1923*, Albany, State University of New York Press, 1976.
- CABANES, Bruno, *La victoire endeuillée: La sortie de guerre des soldats français (1918-1920)*, Paris, Éditions du Seuil, 2004.
- , *The Great War and the Origins of Humanitarianism 1918-1924*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2014.
- , «1919: Aftermath», en Jay Winter (ed.), *Cambridge History of the First World War*, vol. 1, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2014, pp. 172-198.
- CALDER, Kenneth J., *Britain and the Origins of the New Europe, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1976.
- CALVERT, Peter, *A Study of Revolution*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1970.
- CAMMARANO, Fulvio (ed.), *Abbasso la Guerra. Neutralisti in Piazza alla vigilia della Prima Guerra mondiale*, Florencia, Le Monnier, 2015.
- CAMPOS, Michelle U., *Ottoman Brothers: Muslims, Christians, and Jews in Early Twentieth-Century Palestine*, Stanford, Stanford University Press, 2011.
- CANNING, Kathleen, «The Politics of Symbols, Semantics, and Sentiments in the Weimar Republic», en *Central European History*, n.º 43 (2010), pp. 567-580.
- CAPOZZOLA, Christopher, «The United States Empire», en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, pp. 235-253.

- CARR, Edward Hallett, *The Bolshevik Revolution 1917-1923*, Londres, Macmillan, 1950 [La Revolución rusa, 1917-1929; de Lenin a Stalin, Madrid, Alianza, 2011].
- , «The Origins and Status of the Cheka», en *Soviet Studies*, n.º 10 (1958), pp. 1-11.
- , *Modern Spain, 1875-1980*, Oxford, Clarendon Press, 1980.
- CARRÈRE d'Encausse, Hélène, *Islam and the Russian Empire: Reform and Revolution in Central Asia*, Berkeley y Londres, University of California Press, 1988.
- , *Lenin: Revolution and Power*, Nueva York y Londres, Longman, 1982 [*Lenin*, Barcelona, Espasa, 1999].
- , *Nikolaus II.: Das Drama des letzten Zaren*, Viena, Zsolnay, 1998.
- CARSTEN, Francis L., *Die Erste Österreichische Republik im Spiegel zeitgenössischer Quellen*, Viena, Böhlau, 1988.
- , *Fascist Movements in Austria: From Schönerer to Hitler*, Londres, Sage, 1977.
- , *Revolution in Central Europe, 1918-1919*, Londres, Temple Smith, 1972.
- CASA, Brunella Dalla, «La Bologna di Palazzo d'Accursio», en Mario Isnenghi y Giulia Albanese (eds.), *Gli Italiani in guerra: Conflitti, identità, memorie dal Risorgimento ai nostri giorni*, vol. 4/1: *Il ventennio fascista: Dall'impresa di Fiume alla Seconda Guerra mondiale (1919-1940)*, Turín, Utet, 2008, pp. 332-338.
- CASANOVA, Julián, *Twentieth-Century Spain: A History*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2014 [*Breve historia de España en el siglo xx*, Barcelona, Ariel, 2012].
- CASANOVA, Julián, y Martin Douch, *The Spanish Republic and Civil War*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2010 [*República y Guerra Civil*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2008].
- CATTARUZZA, Marina, Stefan Dyroff y Dieter Langewiesche (eds.), *Territorial Revisionism and the Allies of Germany in the Second World War: Goals, Expectations, Practices*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2012.
- CHANNON, John, «Siberia in Revolution and Civil War, 1917-1921», en Alan Wood (ed.), *The History of Siberia: From Russian Conquest to Revolution*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, pp. 158-180.
- CHILDS, Timothy W., *Italo-Turkish Diplomacy and the War over Libya, 1911-1912*, Nueva York, Brill, 1990.
- CHROMOW, Semen S., *Feliks Dzierzynski: Biographie*, 3.ª ed., Berlín Oriental, Dietz, 1989.
- ČIULJAT, Tomislav, «Nejiski Mir», en *Vojna enciklopedija*, Belgrado, Vojno-izdavački zavod, 1973.
- CLARK, Bruce, *Twice a Stranger: How Mass Expulsion Forged Greece and Turkey*, Londres, Granta Books, 2006.
- CLARK, Christopher, *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*, Londres, Allen Lane, 2006.
- , *Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, Londres, Allen Lane, 2012

- [*Sonámbulos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014].
- CLAVIN, Patricia, *The Great Depression in Europe, 1929-1939*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave, 2000.
- , «Europe and the League of Nations», en Gerwarth, *Twisted Paths*, pp. 325-354.
- COHEN, Gary B., «Nationalist Politics and the Dynamics of State and Civil Society in the Habsburg Monarchy 1867-1914», en *Central European History*, n.º 40 (2007), pp. 241-278.
- COHN, Norman, *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, Londres, Serif, 1996 [*El mito de la conspiración judía mundial: los Protocolos de los sabios de Sión*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2011].
- COHRS, Patrick, *The Unfinished Peace after World War I: America, Britain and the Stabilisation of Europe, 1919-1932*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2006.
- COLE, Laurence, y Daniel L. Unowsky (eds.), *The Limits of Loyalty: Imperial Symbolism, Popular Allegiances, and State Patriotism in the late Habsburg Monarchy*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2007.
- CONQUEST, Robert, *The Great Terror: A Reassessment*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1990 [*El gran terror*, Barcelona, Caralt, 1974].
- , *The Harvest of Sorrows: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1986.
- CONTORBIA, Franco (ed.), *Giornalismo italiano, vol. 2: 1901-1939*, Milán, Arnoldo Mondadori, 2007.
- COOPER, John Milton, *Woodrow Wilson: A Biography*, Nueva York, Random House, 2009.
- CORNI, Gustavo, «Impero e spazio vitale nella visione e nella prassi delle dittature (1919-1945)», en *Ricerche di Storia Politica*, n.º 3 (2006), pp. 345-357.
- CORNWALL, Mark, *The Undermining of Austria-Hungary: The Battle for Hearts and Minds*, Basingstoke, Macmillan, 2000.
- , «Morale and Patriotism in the Austro-Hungarian Army, 1914-1918», en John Horne (ed.), *State, Society, and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 173-191.
- , «National Reparation? The Czech Land Reform and the Sudeten Germans 1918-38», en *Slavonic and East European Review*, n.º 75 (1997), pp. 259-280.
- CRAINZ, Guido, *Padania. Il mondo dei braccianti dall'Ottocento alla fuga dalle campagne*, Roma, Donzelli, 1994.
- CRAMPTON, Richard J., *Aleksandur Stambolijski: Bulgaria*, Chicago, Haus Publishing and University of Chicago Press, 2009.
- , *Bulgaria*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007 [*Historia de Bulgaria*, Tres Cantos, Akal, 2007].
- , *Eastern Europe in the Twentieth Century and After*, Londres y Nueva York, Routledge,

1997.

- , «The Balkans», en Gerwarth, *Twisted Paths*, pp. 237-270.
- CRUZ, Rafael, «¡Luzbel vuelve al mundo!: las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España», en Manuel Pérez Ledesma y Rafael Cruz (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 273-303.
- D'AGOSTINO, Anthony, *The Rise of Global Powers: International Politics in the Era of the World Wars*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.
- DALY, Mary E. (ed.), *Roger Casement in Irish and World History*, Dublín, Royal Irish Academy, 2005.
- DAMYANOV, Simeon, «Dokumenti za devetoyunskia prevrat i Septemvriyskoto vastanie prez 1923 g. vav Frenskia diplomaticheski arhiv», en *Izvestia na darzhavnite arhivi*, n.º 30 (1975), pp. 167-182.
- DANILOV, Viktor P., Viktor V. Kondrashin y Teodor Shanin (eds.), *Nestor Makhno: M. Kubanin, Makhnovshchina. Krestyanskoe dvizhenie na Ukraine 1918-1921 gg. Dokumenty i Materialy*, Moscú, ROSSPEN, 2006.
- DARWIN, John, *Britain, Egypt and the Middle East: Imperial Policy in the Aftermath of War, 1918-1922*, Londres y Basingstoke, Macmillan, 1981.
- DASKALOV, Doncho, *1923 – Sadbonosni resheniya i sabitiya*, Sofía, BZNS, 1983.
- DAVIES, Norman, *God's Playground*, vol. 2: *1795 to the Present*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- , *Microcosm: A Portrait of a Central European City*, Londres, Pimlico, 2003.
- , *White Eagle, Red Star: The Polish-Soviet War, 1919-20 and 'the Miracle on the Vistula'*, 2.ª edición, Londres, Pimlico, 2004.
- DEÁK, John, «The Great War and the Forgotten Realm: The Habsburg Monarchy and the First World War», en *The Journal of Modern History*, n.º 86 (2014), pp. 336-380.
- DEÁK, Francis, *Hungary at the Peace Conference: The Diplomatic History of the Treaty of Trianon*, Nueva York, Columbia University Press, 1942.
- DEÁK, István, *Beyond Nationalism: A Social and Political History of the Habsburg Officer Corps, 1848-1918*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1990.
- DEDJER, Vladimir, *Novi prilozi za biografiju Josipa Broza Tita 1*, Zagreb y Rijeka, Mladost i Spektar; Liburnija, 1980 (reimpresión de la edición original de 1953).
- DE FELICE, Renzo, *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*, Turín, Einaudi, 1965.
- , (ed.), *La Carta del Carnaro nei testi di Alceste De Ambris e di Gabriele D'Annunzio*, Bolonia, il Mulino, 1973.
- DEIST, Wilhelm, «Die Politik der Seekriegsleitung und die Rebellion der Flotte Ende Oktober 1918», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 14 (1966), pp. 341-368.
- , «Verdeckter Militärstreik im Kriegsjahr 1918?», en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des kleinen Mannes: Eine Militärgeschichte von unten*, Múnich y Zúrich, Piper, 1998, pp. 146-167.

- DEL BOCA, Angelo, *A un passo dalla forca*, Milán, Baldini Castoli Dalai, 2007.
- , *Gli Italiani in Libia, Tripoli bel Suol d'Amore*, Milán, Arnoldo Mondadori, 1993.
- , *The Ethiopian War 1935-1941*, Chicago, University of Chicago Press, 1969.
- DELIYSKI, Bozhan, *Doyranskata epopeia – zabravena i nezabravima*, Sofía, BolTenInKo, 1993.
- DEUTSCHER, Isaac, *The Prophet Armed: Trotsky, 1879-1921*, Oxford, Oxford University Press, 1954.
- DÍAZ DEL MORAL, Juan, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba. Antecedentes para una reforma agraria*, Madrid, Alianza, 1995.
- , «Historia de las agitaciones campesinas andaluzas», en Isidoro Moreno Navarro (ed.), *La identidad cultural de Andalucía, aproximaciones, mixtificaciones, negacionismo y evidencias*, Sevilla, Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces, 2008.
- DICKINSON, Frederick R., *War and National Reinvention: Japan in the Great War, 1914-1919*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 1999.
- , «Commemorating the War in Post-Versailles Japan», en John W. Steinberg, Bruce W. Menning, David Schimmelpenninck van der Oye, David Wolff y Shinji Yokote (eds.), *The Russo-Japanese War in Global Perspective: World War Zero*, Leiden y Boston, Brill, 2005, pp. 523-543.
- , «The Japanese Empire», en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, pp. 197-213.
- DIMITROV, Georgi, *Nastanyavane i ozemlyavane na balgarskite bezhantsi*, Blagoevgrad, n.p., 1985.
- DJOKIĆ, Dejan, *Elusive Compromise: A History of Interwar Yugoslavia*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007.
- , *Pašić and Trumbić: The Kingdom of Serbs, Croats, and Slovenes*, Londres, Haus, 2010.
- DOBKIN, Marjorie Housepian, *Smyrna 1922: The Destruction of a City*, Nueva York, Newmark Press, 1998.
- DOERRIES, Reinhard R., *Prelude to the Easter Rising: Sir Roger Casement in Imperial Germany*, Londres y Portland, Frank Cass, 2000.
- DOUMANIS, Nicholas, *Before the Nation: Muslim-Christian Coexistence and its Destruction in Late Ottoman Anatolia*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2013.
- , (ed.), *The Oxford Handbook of Europe 1914-1945*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2016.
- DOWE, Dieter, y Peter-Christian Witt, *Friedrich Ebert 1871-1925: Vom Arbeiterführer zum Reichspräsidenten*, Bonn, Friedrich-Ebert-Stiftung, 1987.
- DOWER, John, *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*, Nueva York, Pantheon, 1986.
- DOWLER, Wayne, *Russia in 1913*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 2010.
- DRAEV, Ivan, *Bulgarskata 1918: Istoricheski ocherk za Vladayskoto vastanie*, Sofía, Narodna prosveta, 1970.

- DRAGOSTINOVA, Theodora, *Between Two Motherlands: Nationality and Emigration among the Greeks of Bulgaria, 1900-1949*, Ithaca, Cornell University Press, 2011.
- , «Competing Priorities, Ambiguous Loyalties: Challenges of Socioeconomic Adaptation and National Inclusion of the Interwar Bulgarian Refugees», en *Nationalities Papers*, n.º 34 (2006), pp. 549-574.
- DREYER, Edward L., *China at War, 1901-1949*, Londres, Longman, 1995.
- DUARA, Prasenjit, *Sovereignty and Authenticity: Manchukuo and the East Asian Modern*, Lanham, Rowman and Littlefield, 2003.
- DUDDEN, Alexis, *Japan's Colonization of Korea: Discourse and Power*, Honolulu, University of Hawai'i Press, 2005.
- DUGGAN, Christopher, *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy*, Londres, The Bodley Head, 2012.
- DUUS, Peter, Ramon H. Myers y Mark R. Peattie, *The Japanese Wartime Empire, 1931-1945*, Princeton, Princeton University Press, 1996.
- DYER, Gwynne, «The Turkish Armistice of 1918. 2: A Lost Opportunity: The Armistice Negotiations of Mudros», en *Middle Eastern Studies*, n.º 3 (1972), pp. 313-348.
- ECKELT, Frank, «The Internal Policies of the Hungarian Soviet Republic», en Iván Völgyes (ed.), *Hungary in Revolution, 1918-1919*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1971, pp. 61-88.
- EDWARDS, Robert, *White Death: Russia's War on Finland 1939-40*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2006.
- EICHENBERG, Julia, «The Dark Side of Independence: Paramilitary Violence in Ireland and Poland after the First World War», en *Contemporary European History*, n.º 19 (2010), pp. 231-248.
- EKMEČIĆ, Milorad, *Stvaranje Jugoslavije 1790-1918*, vol. 2, Belgrado, Prosveta, 1989.
- ELZ, Wolfgang, «Versailles und Weimar», en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, n.º 50/51 (2008), pp. 31-38.
- ENGELMANN, Dieter, y Horst Naumann, *Hugo Haase: Lebensweg und politisches Vermächtnis eines streitbaren Sozialisten*, Berlín, Edition Neue Wege, 1999.
- ERGER, Johannes, *Der Kapp-Lüttwitz-Putsch: Ein Beitrag zur deutschen Innenpolitik, 1919-20*, Düsseldorf, Droste, 1967.
- ERICKSON, Edward J., *Ordered to Die: A History of the Ottoman Army in the First World War*, Westport y Londres, Greenwood Press, 2001.
- EVANS, Richard J., *The Coming of the Third Reich*, Londres, Penguin, 2004 [*La llegada del Tercer Reich*, Barcelona, Península, 2005].
- EVANS, Robert, «The Successor States», en Gerwarth, *Twisted Paths*, pp. 210-236.
- FABBRI, Fabio, *Le origini della Guerra civile: L'Italia dalla Grande Guerra al fascismo (1918-1921)*, Turín, Utet, 2009.
- FALCH, Sabine, «Zwischen Heimatwehr und Nationalsozialismus. Der "Bund Oberland" in

- Tirol», en *Geschichte und Region*, n.º 6 (1997), pp. 51-86.
- FALKUS, Malcolm E., *The Industrialization of Russia, 1700-1914*, Londres, Macmillan, 1972.
- FAVA, Andrea, «Il “fronte interno” in Italia. Forme politiche della mobilitazione patriottica e delegittimazione della classe dirigente liberale», en *Ricerche storiche*, n.º 27 (1997), pp. 503-532.
- FEDOR, Julie, *Russia and the Cult of State Security: The Chekist Tradition, from Lenin to Putin*, Londres, Routledge, 2011.
- FEDYSHYN, Oleh S., *Germany's Drive to the East and the Ukrainian Revolution, 1917-1918*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1971.
- FELDMAN, Gerald D., «Das deutsche Unternehmertum zwischen Krieg und Revolution: Die Entstehung des Stinnes-Legien-Abkommens», en id., *Vom Weltkrieg zur Weltwirtschaftskrise: Studien zur deutschen Wirtschafts- und Sozialgeschichte 1914-1932*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 1984, pp. 100-127.
- FELDMAN, Gerald D., e Irmgard Steinisch, *Industrie und Gewerkschaften 1918-1924: Die überforderte Zentralarbeitsgemeinschaft*, Stuttgart, DVA, 1985.
- FELLNER, Fritz, «Der Vertrag von St. Germain», en Erika Weinzierl y Kurt Skalnik (eds.), *Österreich 1918-1938, vol. 1*, Viena, Böhlau, 1983, pp. 85-106.
- FERGUSON, Niall, *The Pity of War: Explaining World War I*, Londres, Allen Lane, 1998.
- FERRAIOLI, Gianpaolo, *Politica e diplomazia in Italia tra XIX e XX secolo: vita di Antonino di San Giuliano (1852-1914)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2007.
- FERRITER, Diarmaid, *A Nation and not a Rabble: The Irish Revolution 1913-1923*, Londres, Profile Books, 2015.
- FERRO, Marc, *October 1917: A Social History of the Russian Revolution*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1980.
- FIC, Victor M., *The Bolsheviks and the Czechoslovak Legion: The Origins of their Armed Conflict (March-May 1918)*, Nueva Delhi, Shakti Malik, 1978.
- FIELDHOUSE, David K., *Western Imperialism in the Middle East, 1914-1958*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2006.
- FIGES, Orlando, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, Jonathan Cape, 1996, p. 88 [*La Revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2001].
- , *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution, 1917-21*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1989.
- FINK, Carole, «The Minorities Question at the Paris Peace Conference: The Polish Minority Treaty, June 28, 1919», en Boemeke *et al.*, *The Treaty of Versailles*, pp. 249-274.
- , *Defending the Rights of Others: The Great Powers, the Jews, and International Minority Protection*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2004.
- FISCHER, Rolf, «Anti-Semitism in Hungary 1882-1932», en Herbert A. Strauss (ed.),

- Hostages of Modernization: Studies of Modern Antisemitism 1870-1933/39*, vol. 2: *Austria, Hungary, Poland, Russia*, Berlín y Nueva York, de Gruyter, 1993, pp. 863-892.
- , *Entwicklungsstufen des Antisemitismus in Ungarn, 1867-1939: Die Zerstörung der magyarisch-jüdischen Symbiose*, Múnich, Oldenbourg, 1998.
- FITZHERBERT, Margaret, *The Man Who Was Greenmantle: A Biography of Aubrey Herbert*, Londres, John Murray, 1983.
- FLEMMING, Peter, *The Fate of Admiral Kolchak*, Londres, Hart-Davis, 1964.
- FOERSTER, Wolfgang, *Der Feldherr Ludendorff im Unglück: Eine Studie über seine seelische Haltung in der Endphase des ersten Weltkrieges*, Wiesbaden, Limes Verlag, 1952.
- FOLEY, Robert, «From Victory to Defeat: The German Army in 1918», en Ashley Ekins (ed.), *1918: Year of Victory*, Auckland y Wollombi, Exisle, 2010, pp. 69-88.
- FONG, Giordan, «The Movement of German Divisions to the Western Front, Winter 1917-1918», en *War in History*, n.º 7 (2000), pp. 225-235.
- FORGACS, David, «Fascism, Violence and Modernity», en Jana Howlett y Rod Mengham (eds.), *The Violent Muse: Violence and the Artistic Imagination in Europe, 1910-1939*, Manchester, Manchester University Press, 1994, pp. 5-21.
- FOTIADIS, Konstantinos, «Der Völkermord an den Griechen des Pontos», en Tessa Hofmann (ed.), *Verfolgung, Vertreibung und Vernichtung der Christen im Osmanischen Reich 1912-1922*, 2.ª ed., Berlín, LITVerlag, 2010, pp. 193-228.
- FROMKIN, David, *A Peace to End All Peace: The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1989.
- FUENTES CODERA, Maximiliano, *España en la Primera Guerra Mundial: Una movilización cultural*, Tres Cantos, Akal, 2014.
- GAGE, Beverly, *The Day Wall Street Exploded: A Story of America in its First Age of Terror*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2008.
- GALÁNTAI, József, *Hungary in the First World War*, Budapest, Akad. Kiadó, 1989.
- GATRELL, Peter, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I*, Bloomington, Indiana University Press, 1999.
- , *Russia's First World War, 1914-1917: A Social and Economic History*, Londres, Pearson, 2005.
- , «Wars after the War: Conflicts, 1919-1923», en John Horne (ed.), *A Companion to World War I*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 558-575.
- GATTI, Gian Luigi, *Dopo Caporetto. Gli ufficiali P nella Grande Guerra: propaganda, assistenza, vigilanza*, Gorizia, LEG, 2000.
- GATZOLIS, Ioannis A., *Ghioulbaxes. Vourlas. Erithrea. Anamnisis. Perigrafes. Laografika. Katastrofi 1922*, Chalkidiki, Nea Syllata, 1988.
- GAUNTLETT, Stathis, «The Contribution of Asia Minor Refugees to Greek Popular Song,

- and its Reception», en Renée Hirschon (ed.), *Crossing the Aegean: An Appraisal of the 1923 Compulsory Population Exchange between Greece and Turkey*, Nueva York, Berghahn Books, 2003, pp. 247-260.
- GAUTSCHI, Willi, *Lenin als Emigrant in der Schweiz*, Zúrich, Benziger Verlag, 1973.
- GEHLER, Michael, *Studenten und Politik: Der Kampf um die Vorherrschaft an der Universität Innsbruck 1919-1938*, Innsbruck, Haymon-Verlag, 1990.
- GEIFMAN, Anna, *Thou Shalt Kill: Revolutionary Terrorism in Russia, 1894-1917*, Princeton, Princeton University Press, 1993.
- GENOVSKI, Mihail, *Aleksandar Stambolijski – otblizo i daleko: dokumentalni spomeni*, Sofía, BZNS, 1982.
- GENTILE, Emilio, *E fu subito regime: Il fascismo e la marcia su Roma*, Roma y Bari, Laterza, 2012 [*El fascismo y la marcha sobre Roma: el nacimiento de un régimen*, Barcelona, Edhasa, 2015].
- , *Fascismo e antifascismo: I partiti italiani fra le due guerre*, Florencia, Le Monnier, 2000.
- , *La Grande Italia: Ascesa e declino del mito della nazione nel ventesimo secolo*, Milán, Arnoldo Mondadori, 1997.
- , *Storia del partito fascista*, vol. 1: 1919-1922, movimento e milizia, Roma, Laterza, 1989.
- , *The Origins of Fascist Ideology, 1918-1925*, Nueva York, Enigma, 2005.
- , *The Sacralization of Politics in Fascist Italy*, Cambridge, Harvard University Press, 1996.
- , «Fascism in Power: the Totalitarian Experiment», en Adrian Lyttelton (ed.), *Liberal and Fascist Italy 1900-1945*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2002.
- , «Paramilitary Violence in Italy: The Rationale of Fascism and the Origins of Totalitarianism», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 85-106.
- GEORGIEV, Georgi, *Propusnata pobeda – Voynishkoto vastanie, 1918*, Sofía, Partizdat, 1989.
- GEPPERT, Dominik, y Robert Gerwarth, (eds.), *Wilhelmine Germany and Edwardian Britain: Essays on Cultural Affinity*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2008.
- GERGELY, Ernő, y Pál Schönwald, *A Somogyi-Bacsó-Gyilkosság*, Budapest, Kossuth, 1978.
- GERLACH, Christian, *Krieg, Ernährung, Völkermord: Deutsche Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Zúrich y Múnich, Pendo, 1998.
- GERLACH, Christian, y Götz Aly, *Das letzte Kapitel: Der Mord an den ungarischen Juden 1944-1945*, Fráncfort, Fischer, 2004.
- ĢĒRMANIS, Uldis, *Oberst Vācietis und die lettischen Schützen im Weltkrieg und in der Oktoberrevolution*, Estocolmo, Almqvist and Wiksell, 1974.
- GERSCHENKRON, Alexander, *Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of*

- Essays*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1962 [*Atraso económico e industrialización*, Barcelona, Ariel, 1970].
- GERWARTH, Robert, «Republik und Reichsgründung: Bismarcks kleindeutsche Lösung im Meinungsstreit der ersten deutschen Demokratie», en Heinrich August Winkler (ed.), *Griff nach der Deutungsmacht: Zur Geschichte der Geschichtspolitik in Deutschland*, Gotinga, Wallstein, 2004, pp. 115-133.
- , «The Axis: Germany, Japan and Italy on the Road to War», en Richard J. B. Bosworth y Joe Maiolo (eds.), *The Cambridge History of the Second World War*, vol. 2: *Politics and Ideology*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015, pp. 21-42.
- , «The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», en *Past & Present*, n.º 200 (2008), pp. 175-209.
- , (ed.), *Twisted Paths: Europe 1914-1945*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007.
- GERWARTH, Robert, y John Horne, «Bolshevism as Fantasy: Fear of Revolution and Counter-Revolutionary Violence, 1917-1923», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 40-51.
- , (eds.), *War in Peace: Paramilitary Violence after the Great War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2012.
- , (eds.), «Vectors of Violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923», en *The Journal of Modern History*, n.º 83 (2011), pp. 489-512.
- GERWARTH, Robert, y Martin Conway, «Revolution and Counter-Revolution», en Donald Bloxham y Robert Gerwarth (eds.), *Political Violence in Twentieth-Century Europe*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011, pp. 140-175.
- GERWARTH, Robert, y Erez Manela (eds.), *Empires at War, 1911-1923*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014.
- GEYER, Michael, *Deutsche Rüstungspolitik 1860-1980*, Fráncfort, Suhrkamp, 1984.
- , «“Endkampf” 1918 and 1945: German Nationalism, Annihilation, and Self-Destruction», en Richard Bessel, Alf Lüdtke y Bernd Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence: Extreme Wars of the 20th Century*, Gotinga, Wallstein, 2006, pp. 37-67.
- GIANNAKOPOULOS, Giorgos, «I Ellada sti Mikra Asia: To chroniko tis Mikrasiatikis peripetias», en Vassilis Panagiotopoulos (ed.), *Istoria tou Neou Ellinismou, 1770-2000*, vol. 6, pp. 84-86.
- GIBELLI, Antonio, *Il popolo bambino. Infanzia e nazione dalla Grande Guerra a Salò*, Turín, Einaudi, 2005.
- , *La Grande Guerra degli italiani 1915-1918*, Milán, Sansoni, 1998.
- , «L'Italia dalla neutralità al Maggio Radioso», en Audoin-Rouzeau y Becker, *La prima guerra mondiale*, vol. 1, pp. 185-195.
- GIETINGER, Klaus, *Der Konterrevolutionär: Waldemar Pabst - eine deutsche Karriere*,

- Hamburgo, Edition Nautilus, 2009.
- , *Eine Leiche im Landwehrkanal: Die Ermordung Rosa Luxemburgs*, Hamburgo, Edition Nautilus, 2008.
- GILBERT, Martin, *Winston Churchill*, vol. IV, 3.<sup>a</sup> parte: abril de 1921-noviembre de 1922, Londres, Heinemann, 1977.
- GILL, Graeme J., *Peasants and Government in the Russian Revolution*, Nueva York, Barnes and Noble, 1979.
- GINGERAS, Ryan, *Fall of the Sultanate: The Great War and the End of the Ottoman Empire, 1908-1922*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2016.
- , *Mustafa Kemal Atatürk: Heir to an Empire*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2015.
- , *Sorrowful Shores: Violence, Ethnicity, and the End of the Ottoman Empire 1912-1923*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2009.
- GIOVANNINI, Elio, *L'Italia massimalista: Socialismo e lotta sociale e politica nel primo Dopoguerra*, Roma, Ediesse, 2001.
- GITELMAN, Zvi Y., *Jewish Nationality and Soviet Politics: The Jewish Sections of the CPSU 1917-1930*, Princeton, Princeton University Press, 1972.
- GLENNY, Michael, y Norman Stone (eds.), *The Other Russia: The Experience of Exile*, Londres, Faber and Faber, 1990.
- GLENNY, Misha, *The Balkans, 1804-1999*, Londres, Granta Books, 1999.
- GOEBEL, Stefan, «Re-Membered and Re-Mobilized: The “Sleeping Dead” in Interwar Germany and Britain», en *Journal of Contemporary History*, n.º 39 (2004), pp. 487-501.
- GOEHRKE, Carsten, *Russischer Alltag: Geschichte in neun Zeitbildern*, vol. 2, Zúrich, Chronos, 2003.
- GOLCZEWSKI, Frank, *Deutsche und Ukrainer 1914-1939*, Paderborn, Schöningh, 2010.
- , *Polnisch-jüdische Beziehungen, 1881-1922: Eine Studie zur Geschichte des Antisemitismus in Osteuropa*, Wiesbaden, Steiner, 1981.
- GOLDBERG, George, *The Peace to End Peace: The Paris Peace Conference of 1919*, Londres, Pitman, 1970.
- GORDEEV, Yu. N., *General Denikin: Voенno-istoricheski ocherk*, Moscú, TPF «Arkaiur», 1993.
- GOULD, S. W., «Austrian Attitudes toward Anschluss: October 1918-September 1919», en *Journal of Modern History*, n.º 22 (1950), pp. 220-231.
- GOUSSEF, Catherine, *L'Exil russe: La fabrique du réfugié apatride (1920-1939)*, París, CNRS Editions, 2008.
- GRAEBNER, Norman, y Edward Bennett, *The Versailles Treaty and Its Legacy: The Failure of the Wilsonian Vision*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011.
- GRAHAM, Helen, *The Spanish Civil War: A Very Short Introduction*, Oxford y Nueva York,

- Oxford University Press, 2005.
- GRATZ, Gusztáv (ed.), *A Bolsevizmus Magyarországon*, Budapest, Franklin-Társulat, 1921.
- GRAU, Bernhard, *Kurt Eisner, 1867-1919: Eine Biografie*, München, C. H. Beck, 2001.
- GRAZIOSI, Andrea, *The Great Soviet Peasant War: Bolsheviks and Peasants, 1917-1933*, Cambridge, Harvard University Press, 1996.
- GREENHALGH, Elizabeth, *Victory through Coalition: Politics, Command and Supply in Britain and France, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2005.
- GRENZER, Andreas, *Adel und Landbesitz im ausgehenden Zarenreich*, Stuttgart, Steiner, 1995.
- GROSCH, Waldemar, *Deutsche und polnische Propaganda während der Volksabstimmung in Oberschlesien 1919-1921*, Dortmund, Forschungsstelle Ostmitteleuropa, 2003.
- GROß, Gerhard, «Eine Frage der Ehre? Die Marineführung und der letzte Flottenvorstoß? 1918», en Jörg Duppler y Gerhard P. Groß (eds.), *Kriegsende 1918: Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, München, Oldenbourg, 1999, pp. 349-365.
- GROUEFF, Stephane, *Crown of Thorns: The Reign of King Boris III of Bulgaria, 1918-1943*, Lanham, Madison Books, 1987.
- GROVE, William Remsburgh, *War's Aftermath: Polish Relief in 1919*, Nueva York, House of Field, 1940.
- GROZEV, Tsvetan, *Voynishkoto vastanie, 1918: Sbornik dokumenti i spomeni*, Sofia, BKP, 1967.
- GRUEV, Stefan, *Korona ot trani*, Sofia, Balgarski pisatel, 2009.
- GUELTON, Frédéric, «La France et la guerre polono-bolchevique», en *Annales: Académie Polonaise des Sciences, Centre Scientifique à Paris*, n.º 13 (2010), pp. 89-124.
- , «Le Capitaine de Gaulle et la Pologne (1919-1921)», en Bernard Michel y Józef Łaptos (eds.), *Les Relations entre la France et la Pologne au XXe siècle*, Cracovia, Eventus, 2002, pp. 113-127.
- GUESLIN Julien, «Riga, de la métropole russe à la capitale de la Lettonie 1915-1919», en Philippe Chassaing y Jean-Marc Largeaud (eds.), *Villes en guerre (1914-1945)*, Paris, Amand Colin, 2004, pp. 185-195.
- GUMZ, Jonathan E., *The Resurrection and Collapse of Empire in Habsburg Serbia, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2009.
- HAAPALA, Pertti, y Marko Tikka, «Revolution, Civil War and Terror in Finland in 1918», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 71-83.
- HAGEN, Mark von, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship: The Red Army and the Soviet Socialist State, 1917-1930*, Ithaca, Cornell University Press, 1990.
- , *War in a European Borderland: Occupations and Occupation Plans in Galicia and Ukraine, 1914-1918*, Seattle, University of Washington Press, 2007.
- HAGEN, William W., «The Moral Economy of Ethnic Violence: The Pogrom in Lwów,

- November 1918», en *Geschichte und Gesellschaft*, n.º 31 (2005), pp. 203-26.
- HAHLWEG, Werner, *Der Diktatfrieden von Brest-Litowsk 1918 und die bolschewistische Weltrevolution*, Münster, Aschendorff, 1960.
- HAIMSON, Leopold, «The Problem of Stability in Urban Russia, 1905-1917», en *Slavic Review*, n.º 23 (1964), pp. 619-642; y n.º 24 (1965), pp. 1-22.
- HALL, Richard C., *Balkan Breakthrough: The Battle of Dobro Pole 1918*, Bloomington, Indiana University Press, 2010.
- , *The Balkan Wars, 1912-1913: Prelude to the First World War*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000.
- HALLER, Oliver, «German Defeat in World War I, Influenza and Postwar Memory», en Klaus Weinhauer, Anthony McElligott y Kirsten Heinsohn (eds.), *Germany 1916-23: A Revolution in Context*, Bielefeld, Transcript, 2015, pp. 151-180.
- HANEBRINK, Paul, «Transnational Culture War: Christianity, Nation and the Judeo-Bolshevik Myth in Hungary 1890-1920», en *Journal of Modern History*, n.º (2008), pp. 55-80.
- HANIOĞLU, M. Sükrü, *A Brief History of the Late Ottoman Empire*, Princeton, Princeton University Press, 2006.
- , *Atatürk: An Intellectual Biography*, Princeton, Princeton University Press, 2011.
- HARRIS, J. Paul, *Douglas Haig and the First World War*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2008.
- HASEGAWA, Tsuyoshi, «The February Revolution», en Edward Acton, Vladimir Iu. Cherniaev y William G. Rosenberg (eds.), *Critical Companion to the Russian Revolution 1914-1921*, Londres, Arnold, 1997, pp. 48-61.
- HASLINGER, Peter, «Austria-Hungary», en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, pp. 73-90.
- HAUPT, Georges, *Socialism and the Great War: The Collapse of the Second International*, Oxford, Clarendon Press, 1972.
- HAUTMANN, Hans, *Die Geschichte der Rätebewegung in Österreich 1918-1924*, Viena, Europaverlag, 1987.
- HAWKINS, Nigel, *The Starvation Blockades: Naval Blockades of World War I*, Barnsley, Leo Cooper, 2002.
- HEALY, Maureen, *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire: Total War and Everyday Life in World War I*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2004.
- HEIFETZ, Elias, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in 1919*, Nueva York, Thomas Seltzer, 1921.
- HEIMANN, Mary, *Czechoslovakia: The State that Failed*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2009.
- HEIN-KIRCHER, Heidi, *Der Piłsudski- Kult und seine Bedeutung für den polnischen Staat 1926-1939*, Marburgo, Herder-Institut, 2001.
- HEINZ, Friedrich Wilhelm, *Sprengstoff*, Berlín, Frundsberg Verlag, 1930.

- HELMREICH, Paul C., *From Paris to Sèvres: The Partition of the Ottoman Empire at the Paris Peace Conference of 1919-1920*, Columbus, Ohio State University Press, 1974.
- HERWIG, Holger, «Luxury Fleet»: *The Imperial German Navy 1888-1918*, edición revisada, Londres, Ashfield Press, 1987.
- , *The First World War: Germany and Austria-Hungary, 1914-1918*, Londres, Edward Arnold, 1997.
- , «Clio Deceived: Patriotic Self-Censorship in Germany after the Great War», en *International Security*, n.º 12 (1987), pp. 5-22.
- HETHERINGTON, Peter, *Unvanquished: Joseph Pilsudski, Resurrected Poland, and the Struggle for Eastern Europe*, 2.ª ed., Houston, Pingora Press, 2012.
- HIDEN, John, *The Baltic States and Weimar Ostpolitik*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1987.
- HIDEN, John, y Martyn Housden, *Neighbours or Enemies? Germans, the Baltic, and Beyond*, Ámsterdam y Nueva York, Editions Rodopi, 2008.
- HILDERMEIER, Manfred, *Geschichte der Sowjetunion 1917-1991: Entstehung und Niedergang des ersten sozialistischen Staates*, Múnich, C. H. Beck, 1998.
- , *Der russische Adel von 1700 bis 1917*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 1990.
- HILLMAYR, Heinrich, *Roter und Weißer Terror in Bayern nach 1918*, Múnich, Nusser, 1974.
- , «München und die Revolution 1918/1919», en Karl Bosl (ed.), *Bayern im Umbruch. Die Revolution von 1918, ihre Voraussetzungen, ihr Verlauf und ihre Folgen*, Múnich y Viena, Oldenbourg, 1969, pp. 453-504.
- HIRSCHON, Renée, «Consequences of the Lausanne Convention: An Overview», en id. (ed.), *Crossing the Aegean: An Appraisal of the 1923 Compulsory Population Exchange between Greece and Turkey*, Nueva York, Berghahn Books, 2003, pp. 13-20.
- HITCHINS, Keith, *Rumania, 1866-1947*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1994.
- HITILOV, Karl, *Selskostopanskoto nastanyavane na bezhantsite 1927-1932*, Sofía, Glavna direktsiya na bezhantsite, 1932.
- HOCK, Klaus, *Die Gesetzgebung des Rates der Volksbeauftragten*, Pfaffenweiler, Centaurus, 1987.
- HOENSCH, Jörg, *A History of Modern Hungary, 1867-1994*, Londres y Nueva York, Longman, 1995.
- HOENSCH, Jörg, y Dusan Kovac (eds.), *Das Scheitern der Verständigung: Tschechen, Deutsche und Slowaken in der Ersten Republik (1918-1938)*, Essen, Klartext, 1994.
- HOLQUIST, Peter, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.
- , «Violent Russia, Deadly Marxism? Russia in the Epoch of Violence, 1905-21», en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, n.º 4 (2003), pp. 627-652.
- HOPPU, Tuomas, y Pertti Haapala (eds.), *Tampere 1918: A Town in the Civil War*, Tampere,

- Tampere Museums, 2010.
- HORAK, Stephan M., *The First Treaty of World War I: Ukraine's Treaty with the Central Powers of February 9, 1918*, Boulder, East European Monographs, 1988.
- HORN, Daniel, *Mutiny on the High Seas: Imperial German Naval Mutinies of World War One*, Londres, Leslie Frewin, 1973.
- HORNE, John, «Defending Victory: Paramilitary Politics in France, 1918-26», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 216-233.
- HOULIHAN, Patrick J., «Was There an Austrian Stab-in-the-Back Myth? Interwar Military Interpretations of Defeat», en Bischof *et al.*, *From Empire to Republic*, 67-89.
- HOUSDEN, Martyn, «When the Baltic Sea was a Bridge for Humanitarian Action: The League of Nations, the Red Cross and the Repatriation of Prisoners of War between Russia and Central Europe, 1920-22», en *Journal of Baltic Studies*, n.º 38 (2007), pp. 61-83.
- HOUSE, Edward M., *The Intimate Papers of Colonel House Arranged as a Narrative by Charles Seymour*, vol. IV, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1926-1928.
- HOWARD, N. P., «The Social and Political Consequences of the Allied Food Blockade of Germany, 1918-19», en *German History*, n.º 11 (1993), pp. 161-188.
- HUGHES-HALLETT, Lucy, *The Pike: Gabriele D'Annunzio: Poet, Seducer and Preacher of War*, Nueva York, Fourth Estate, 2013 [*El gran depredador: Gabriele D'Annunzio, emblema de una época*, Barcelona, Ariel, 2016].
- HUNT Tooley, T., *National Identity and Weimar Germany: Upper Silesia and the Eastern Border, 1918-22*, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 1997.
- , «German Political Violence and the Border Plebiscite in Upper Silesia, 1919-1921», en *Central European History*, n.º 21 (1988), pp. 56-98.
- HUNTFORD, Roland, *Nansen: The Explorer as Hero*, Nueva York, Barnes and Noble Books, 1998.
- HÜRTEH, Heinz (ed.), *Zwischen Revolution und Kapp-Putsch: Militaer und Innenpolitik, 1918-1920*, Düsseldorf, Droste, 1977.
- IGNATIEFF, Michael, *Isaiah Berlin: A Life*, Londres, Chatto and Windus, 1998 [*Isaiah Berlin, una vida*, Madrid, Taurus, 1999].
- IHRIG, Stefan, *Atatürk in the Nazi Imagination*, Cambridge, Harvard University Press, 2014.
- ILIEV, Andriya, *Atentat v 'Sveta Nedelya' i teroristite*, Sofía, Ciela, 2011.
- ISNENGI, Mario, *L'Italia in piazza. I luoghi della vita pubblica dal 1848 ai giorni nostri*, Milán, Arnoldo Mondadori, 1994.
- ISNENGI, Mario, y ROCHAT, Giorgio, *La Grande Guerra 1914-1918*, Milán, La Nuova Italia, 2000.
- JACOB, Mathilde, *Rosa Luxemburg: An Intimate Portrait*, Londres, Lawrence and Wishart, 2000.
- JACOBSON, Abigail, *From Empire to Empire: Jerusalem between Ottoman and British Rule*,

- Syracuse, Syracuse University Press, 2011.
- JÄGERSKIÖLD, Stig, *Mannerheim: Marshal of Finland*, Londres, Hurst, 1986.
- JAMES, Harold, *The German Slump: Politics and Economics 1924-1936*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1986.
- JAREB, Mario, *Ustaškodomobranski pokret od nastanka do travnja 1941*, Zagreb, Hrvatski institut za povijest - Školska Knjiga, 2006.
- JÁSZI, Oszkár, *Magyariens Schuld: Ungarns Sühne. Revolution und Gegenrevolution in Ungarn*, Múnich, Verlag für Kulturpolitik, 1923.
- , *The Dissolution of the Habsburg Monarchy*, Chicago, University of Chicago Press, 1929.
- JĘDRZEJEWICZ, Waclaw, *Pilsudski: A Life for Poland*, Nueva York, Hippocrene Books, 1990.
- JELIĆ-BUTIĆ, Fikreta, *Ustaše i Nezavisna država Hrvatska 1941-1945*, Zagreb, Školska Knjiga, 1977.
- JENA, Detlef, *Die Zarrinnen Rußlands (1547-1918)*, Graz, Styria, 1999, pp. 326-327.
- JENSEN, Peter K., «The Greco-Turkish War, 1920-1922», en *International Journal of Middle East Studies*, n.º 10 (1979), pp. 553-565.
- JESSEN-KLINGENBERG, Manfred, «Die Ausrufung der Republik durch Philipp Scheidemann am 9. November 1918», en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, n.º 19 (1968), pp. 649-656.
- JONES, Mark William, «Violence and Politics in the German Revolution, 1918-19», tesis doctoral inédita, Instituto Universitario Europeo, 2011.
- JONES, Nigel H., *Hitler's Heralds: The Story of the Freikorps 1918-1923*, Londres, John Murray, 1987.
- JUDSON, Pieter M., *The Habsburg Empire: A New History*, Cambridge, Harvard University Press, 2016.
- KACHULLE, Doris, *Waldemar Pabst und die Gegenrevolution*, Berlín, Organon, 2007.
- KALLIS, Aristotle, *Fascist Ideology: Territory and Expansionism in Italy and Germany, 1922-1945*, Londres, Routledge, 2000.
- KANN, Robert A., *Geschichte des Habsburgerreiches 1526 bis 1918*, Viena y Colonia, Böhlau, 1990.
- , *The Multinational Empire: Nationalism and National Reform in the Habsburg Monarchy, 1848-1918*, 2 vols., Nueva York, Columbia University Press, 1950.
- KAPPELER, Andreas, *Rußland als Vielvölkerreich: Entstehung – Geschichte – Zerfall*, Múnich, C. H. Beck, 1993.
- KARAGIANNIS, Christos, *I istoria enos stratioti (1918-1922)*, ed. Filippos Drakontaeidis, Atenas, Kedros, 2013.
- KARAKASIDOU, Anastasia, *Fields of Wheat, Hills of Blood: Passages to Nationhood in Greek Macedonia, 1870-1990*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.

- KASEKAMP, Andres, *A History of the Baltic States*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010 [Historia de los estados bálticos, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2016].
- KASER, Michael Charles, y Edward Albert Radice (eds.), *The Economic History of Eastern Europe, 1919-1975*, vol. 1: *Economic Structure and Performance Between the Two Wars*, Oxford, Clarendon Press, 1985.
- , *The Economic History of Eastern Europe 1919-1975*, vol. 2: *Interwar Policy, the War and Reconstruction*, Oxford, Clarendon Press, 1986.
- KASTELOV, Boyan, *Bulgaria – ot vojna kam vastanie*, Sofía, Voenno izdatelstvo, 1988.
- , *Ot fronta do Vlodaya: Dokumentalen ocherk*, Sofía, BZNS, 1978.
- KATKOV, George, *The Kornilov Affair: Kerensky and the Breakup of the Russian Army*, Londres y Nueva York, Longman, 1980.
- KATZBURG, Nathaniel, *Hungary and the Jews: Policy and Legislation, 1920-1943*, Ramat-Gan, Bar-Ilan University Press, 1981.
- , *Zsidópolitika Magyarországon, 1919-1943*, Budapest, Babel, 2002.
- KATZER, Nikolaus, *Die weiße Bewegung: Herrschaftsbildung, praktische Politik und politische Programmatik im Bürgerkrieg*, Colonia, Weimar y Viena, Böhlau, 1999.
- , «Der weiße Mythos: Russischer Antibolschewismus im europäischen Nachkrieg», en Robert Gerwarth y John Horne (eds.), *Krieg im Frieden. Paramilitärische Gewalt in Europa nach dem Ersten Weltkrieg*, Gotinga, Wallstein, 2013, pp. 57-93.
- KAYALI, Hasan, «The Struggle for Independence», en Reşat Kasaba (ed.), *The Cambridge History of Turkey*, vol. 4: *Turkey in the Modern World*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2008.
- KAZANDJIEV, Georgi et al., *Dobrichkata epopeia, 5-6 septemvri 1916*, Dobrich, Matador, 2006.
- KEDOURIE, Elie, «The End of the Ottoman Empire», en *Journal of Contemporary History of the Ottoman Empire*, n.º 2 (1968), pp. 19-28.
- KEEP, John, «1917: The Tyranny of Paris over Petrograd», en *Soviet Studies*, n.º 20 (1968), pp. 22-35.
- KELEMEN, Béla, *Adatok a szegedi ellenforradalom és a szegedi kormány történetéhez*, Szeged, Szerző Kiadása, 1923.
- KELLOGG, Michael, *The Russian Roots of Nazism: White Russians and the Making of National Socialism, 1917-1945*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2005.
- KELLY, Matthew J., *The Fenian Ideal and Irish Nationalism, 1882-1916*, Woodbridge, Boydell and Brewer, 2006.
- KENNAN, George F., *The Decline of Bismarck's European Order: Franco-Russian Relations, 1875-1890*, Princeton, Princeton University Press, 1981.
- KENNEDY, David, *Over Here: The First World War and American Society*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1980.

- KEREKES, Lajos, «Die “weiße” Allianz: Bayerisch-österreichisch-ungarische Projekte gegen die Regierung Renner im Jahre 1920», en *Österreichische Osthefte*, n.º 7 (1965), pp. 353-366.
- KERSHAW, Ian, *Hitler*, vol. 1: *Hubris, 1889-1936*, Londres, Allen Lane, 1998 [*Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península, 2007].
- , *Hitler*, vol. 2: *Nemesis, 1936-1945*, Londres, Penguin, 2001 [*Hitler, 1936-1945*, Barcelona, Península, 2007].
- , *The End: The Defiance and Destruction of Hitler's Germany, 1944-1945*, Londres y Nueva York, Allen Lane, 2011 [*El final: Alemania, 1944-1945*, Barcelona, Península, 2013].
- , *To Hell and Back: Europe, 1914-1949*, Londres, Allen Lane, 2015.
- KIESEL, Helmuth, *Ernst Jünger: Die Biographie*, Múnich, Siedler, 2007.
- KIMERLING WIRTSCHAFTER, Elise, *Social Identity in Imperial Russia*, DeKalb, Northern Illinois Press, 1997.
- KING, Greg, y Penny Wilson, *The Fate of the Romanovs*, Hoboken, John Wiley and Sons, 2003.
- KINGSLEY KENT, Susan, *Aftershocks: Politics and Trauma in Britain, 1918-1931*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009.
- KINROSS, Patrick, *Atatürk: A Biography of Mustafa Kemal, Father of Modern Turkey*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1964 [*Atatürk: el resurgir de una nación*, Barcelona, Grijalbo, 1972].
- KIRÁLY, Béla, «East Central European Society and Warfare in the Era of the Balkan Wars», en id. y Dimitrije Đorđević, *East Central European Society and the Balkan Wars*, Boulder, Social Science Monographs, 1987, pp. 3-13.
- KIRÁLY, Béla K., y Nandor F. Dreisiger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Nueva York, East European Monographs, 1985.
- KIRBY, David, *A Concise History of Finland*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2006 [*Historia de Finlandia*, Tres Cantos, Akal, 2010].
- KIRK, Dudley, *Europe's Population in the Interwar Years*, Ginebra y Nueva York, League of Nations, 1946.
- KITCHEN, James, *The British Imperial Army in the Middle East*, Londres, Bloomsbury, 2014.
- KITCHEN, Martin, *The Silent Dictatorship: The Politics of the German High Command under Hindenburg and Ludendorff, 1916-1918*, Nueva York, Holmes and Meier, 1976.
- KITROMILIDES, Paschalis M. (ed.), *Eleftherios Venizelos: The Trials of Statesmanship*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2008.
- , (ed.), *Exodos*, vol. 3, Atenas, Centre for Asia Minor Studies, 2013.
- KLIMECKI, Michał, *Polsko-ukraińska wojna o Lwów i Wschodnią Galicję 1918-1919 r. Aspekty polityczne I wojskowe*, Varsovia, Wojskowy Instytut Historyczny, 1997.

- KLINKHAMMER, Lutz, Amedeo Osto Guerrazzi y Thomas Schlemmer (eds.), *Die 'Achse' im Krieg: Politik, Ideologie und Kriegführung 1939-1945*, Paderborn, München, Viena, y Zürich, Schöningh, 2010.
- KLUGE, Ulrich, *Soldatenräte und Revolution: Studien zur Militärpolitik in Deutschland 1918/19*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 1975.
- , «Militärrevolte und Staatsumsturz. Ausbreitung und Konsolidierung der Räteorganisation im rheinisch-westfälischen Industriegebiet», en Reinhard Rürup (ed.), *Arbeiter- und Soldatenräte im rheinisch-westfälischen Industriegebiet*, Wuppertal, Hammer, 1975, pp. 39-82.
- KNOX, MacGregor, *Common Destiny: Dictatorship, Foreign Policy, and War in Fascist Italy and Nazi Germany*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2000.
- , *To the Threshold of Power, 1922/23: Origins and Dynamics of the Fascist and National Socialist Dictatorship*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007.
- KOCH, Hannsjoachim W., *Der deutsche Bürgerkrieg: Eine Geschichte der deutschen und österreichischen Freikorps 1918-1923*, Berlín, Ullstein, 1978.
- KOENEN, Gerd, *Der Russland- Komplex: Die Deutschen und der Osten, 1900-1945*, München, C. H. Beck, 2005.
- KOPISTO, Lauri, «The British Intervention in South Russia 1918-1920», tesis doctoral inédita, Universidad de Helsinki, 2011.
- KOSTOPOULOS, Tasos, *Polemos ke ethnokatharsi, I ksehasmeni plevra mias dekaetous ethnikis eksormisis, 1912-1922*, Atenas, Vivliorama, 2007.
- KOTOWSKI, Christoph, *Die 'moralische Diktatur' in Polen 1926 bis 1939: Faschismus oder autoritäres Militärregime?*, München, Grin, 2011.
- KOZHUHAROV, Kanyu, *Radomirskata republika, 1918-1948*, Sofía, BZNS, 1948.
- , *Reformatorskoto delo na Aleksandar Stambolijski*, Sofía, Fond «Aleksandar Stambolijski», 1948.
- KOZUCHOWSKI, Adam, *The Afterlife of Austria-Hungary: The Image of the Habsburg Monarchy in Interwar Europe*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2013.
- KRAMER, Alan, *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007.
- , «Deportationen», en Gerhard Hirschfeld, Gerd Krumeich y Irina Renz (eds.), *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*, Paderborn, Schöningh, 2009, pp. 434-435.
- KRÄMER, Gudrun, *A History of Palestine: From the Ottoman Conquest to the Founding of the State of Israel*, Princeton, Princeton University Press, 2008 [*Historia de Palestina: desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*, Tres Cantos, Siglo XXI, 2009].
- KRAUS, Hans-Christof, *Versailles und die Folgen: Außenpolitik zwischen Revisionismus und Verständigung 1919-1933*, Berlín, be.bra, 2013.
- KRAUSE, Andreas, *Scapa Flow: Die Selbstversenkung der Wilhelminischen Flotte*, Berlín,

- Ullstein, 1999.
- KRAUSZ, Tamás, y Judit Vértes (eds.), *1919: A Magyarországi Tanácsköztársaság és a kelet-európai forradalmak*, Budapest, L'Harmattan-ELTE BTK Kelet-Európa Története Tanszék, 2010.
- KREIS, Georg, *Insel der unsicheren Geborgenheit: die Schweiz in den Kriegsjahren 1914-1918*, Zürich, NZZ, 2014.
- KŠEN, Jan, *Die Konfliktgemeinschaft: Tschechen und Deutsche, 1780-1918*, München, Oldenbourg, 1996.
- KRETHLOW, Carl Alexander, *Generalfeldmarschall Colmar Freiherr von der Goltz Pascha: Eine Biographie*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2012.
- KRISPIN, Martin, 'Für ein freies Russland...'. *Die Bauernaufstände in den Gouvernements Tambov und Tjumen 1920-1922*, Heidelberg, Winter, 2010.
- KRUMEICH, Gerd (ed.), *Versailles 1919: Ziele, Wirkung, Wahrnehmung*, Essen, Klartext Verlag, 2001.
- , «Die Dolchstoß-Legende», en Etienne François y Hagen Schulze (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte*, vol. 1, München, C. H. Beck, 2001, pp. 585-599.
- KUCERA, Jaroslav, *Minderheit im Nationalstaat: Die Sprachenfrage in den tschechisch-deutschen Beziehungen 1918-1938*, München, Oldenbourg, 1999.
- KUČERA, Rudolf, «Exploiting Victory, Sinking into Defeat: Uniformed Violence in the Creation of the New Order in Czechoslovakia and Austria 1918-1922», en *Journal of Modern History*, n.º 88, (2016), pp. 827-855.
- KURAYEV, Oleksii, *Politika Nimechchini i Avstro-Uhorshchini v Pershii svitovij vijni: ukrayinskii napryamok*, Kiev, Inst. Ukraïnskoï Archeohrafiï ta Džereloznavstva Im. M. S. Hrusevskoho, 2009.
- KUROMIYA, Hiroaki, *Freedom and Terror in the Donbas: A Ukrainian- Russian Borderland 1870s-1990s*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1998.
- KURON, Hans Jürgen, *Freikorps und Bund Oberland*, tesis doctoral inédita, München, 1960.
- KUSBER, Jan, *Krieg und Revolution in Russland 1904-1906: Das Militär im Verhältnis zu Wirtschaft, Autokratie und Gesellschaft*, Stuttgart, Franz Steiner, 1997.
- LABANCA, Nicola, *La guerra italiana per la Libia, 1911-1931*, Bolonia, il Mulino, 2012.
- , *Oltremare*, Bolonia, il Mulino, 2002.
- , «La guerra sul fronte italiano e Caporetto», en Audoin-Rouzeau y Becker, *La prima guerra mondiale*, vol. 1, pp. 443-460.
- LACKÓ, Miklós, «The Role of Budapest in Hungarian Literature 1890- 1935», en Tom Bender (ed.), *Budapest y Nueva York, Studies in Metropolitan Transformation, 1870-1930*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1994, pp. 352-366.
- LARGE, David Clay, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich*, Nueva York, W. W. Norton, 1997.
- LASCHITZA, Annelies, *Die Liebknechts: Karl und Sophie, Politik und Familie*, Berlín,

- Aufbau, 2009.
- , *Im Lebensrausch, trotz alledem. Rosa Luxemburg: Eine Biographie*, Berlín, Aufbau, 1996/2002.
- LASCHITZA, Annelies, y Elke Keller, *Karl Liebknecht: Eine Biographie in Dokumenten*, Berlín Oriental, Dietz, 1982.
- LAVERY, Jason, «Finland 1917-19: Three Conflicts, One Country», en *Scandinavian Review*, n.º 94 (2006), pp. 6-14.
- LAWRENCE, Jon, «Forging a Peaceable Kingdom: War, Violence, and Fear of Brutalization in Post-First World War Britain», en *Journal of Modern History*, n.º 75 (2003), pp. 557-589.
- LE MOAL, Frédéric, *La Serbie: Du martyre à la victoire 1914-1918*, París, Soteca, 2008.
- LEDEEN, Michael A., *The First Duce: D'Annunzio at Fiume*, Baltimore, y Londres, Johns Hopkins University Press, 1977.
- LEGGERT, George, *The Cheka: Lenin's Political Police, the All-Russian Extraordinary Commission for Combating Counter-Revolution and Sabotage (December 1917 to February 1922)*, Oxford, Clarendon Press, 1981.
- LEHOVICH, Dimitry V., *White against Red: The Life of General Anton Denikin*, Nueva York, W. W. Norton, 1974.
- LEIDINGER, Hannes, «Der Kieler Aufstand und die deutsche Revolution», en id. y Verena Moritz (eds.), *Die Nacht des Kirpitschnikow. Eine andere Geschichte des Ersten Weltkriegs*, Viena, Deuticke, 2006, pp. 220-235.
- LEIDINGER, Hannes, y Verena Moritz, *Gefangenschaft, Revolution, Heimkehr. Die Bedeutung der Kriegsgefangenproblematik für die Geschichte des Kommunismus in Mittel- und Osteuropa 1917-1920*, Viena, Colonia y Weimar, Böhlau, 2003.
- LEONHARD, Jörn, *Die Büchse der Pandora: Geschichte des Ersten Weltkriegs*, Múnich, C. H. Beck, 2014.
- LEVENE, Mark, *Crisis of Genocide*, vol. 1: *The European Rimlands 1912-1938*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014.
- , *War, Jews, and the New Europe: The Diplomacy of Lucien Wolf, 1914-1919*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1992.
- LEWIS, Jill, «Austria: Heimwehr, NSDAP and the Christian Social State», en Aristotle A. Kalis (ed.), *The Fascism Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003, pp. 212-222.
- LIEVEN, Dominic, *Nicholas II: Emperor of all the Russians*, Londres, Pimlico, 1994.
- , *Russian Rulers under the Old Regime*, Londres y New Haven, Yale University Press, 1989.
- LINCOLN, W. Bruce, *In War's Dark Shadow: The Russians Before the Great War*, Londres, Dial Press, 1983.
- , *Passage through Armageddon: The Russians in War and Revolution*, Nueva York,

- Simon and Schuster, 1986.
- , *Red Victory: A History of the Russian Civil War*, Nueva York, Simon and Schuster, 1989.
- LINKE, Norbert, *Franz Lehár*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 2001.
- LIPSCHER, Ladislav, «Die Lage der Juden in der Tschechoslowakei nach deren Gründung 1918 bis zu den Parlamentswahlen 1920», en *East Central Europe*, n.º 1 (1989), pp. 1-38.
- LIULEVICIUS, Vejas Gabriel, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2000.
- , «Der Osten als apokalyptischer Raum: Deutsche Fronterfahrungen im und nach dem Ersten Weltkrieg», en Thum, *Traumland Osten*, pp. 47-65.
- LOJKO, Miklos, *Meddling in Middle Europe: Britain and the 'Lands Between', 1918-1925*, Budapest y Nueva York, Central European University Press, 2006.
- LONGERICH, Peter, *Hitler: Biographie*, Múnich, Siedler, 2015.
- LORMAN, Thomas, «The Right-Radical Ideology in the Hungarian Army, 1921-23», en *Central Europe*, n.º 3 (2005), pp. 67-81.
- LÖNNE, Karl Egon (ed.), *Die Weimarer Republik, 1918-1933: Quellen zum politischen Denken der Deutschen im 19. und 20. Jahrhundert*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2002.
- LÖSCH, Verena, «Die Geschichte der Tiroler Heimatwehr von ihren Anfängen bis zum Korneuburger Eid (1920-1930)», tesis doctoral inédita, Innsbruck, 1986.
- LUBAN, Ottokar, «Die Massenstreiks für Frieden und Demokratie im Ersten Weltkrieg», en Chaja Boebel y Lothar Wentzel (eds.), *Streiken gegen den Krieg: Die Bedeutung der Massenstreiks in der Metallindustrie vom Januar 1918*, Hamburgo, VSA-Verlag, 2008, pp. 11-27.
- LÜDKE, Tilman, *Jihad Made in Germany: Ottoman and German Propaganda and Intelligence Operations in the First World War*, Münster, Lit Verlag, 2005.
- LUNDGREEN-NIELSEN, Kay, *The Polish Problem at the Paris Peace Conference: A Study in the Policies of Great Powers and the Poles, 1918-1919*, Odense, Odense University Press, 1979.
- LUPO, Salvatore, *Il fascismo: La politica in un regime totalitario*, Roma, Donzelli, 2000.
- LYTTELTON, Adrian, *The Seizure of Power: Fascism in Italy 1919-1929*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1973.
- , «Fascism and Violence in Post-War Italy: Political Strategy and Social Conflict», en Wolfgang J. Mommsen y Gerhard Hirschfeld (eds.), *Social Protest, Violence and Terror*, Londres, Palgrave Macmillan, 1982, pp. 257-274.
- LYTVYN, Mykola R., *Ukrayins'ko-pol's'ka viyna 1918-1919rr*, Leópolis, Inst. Ukraïnoznavstva Im. I. Krypjakovyča NAN Ukraïny; Inst. Schidno-Centralnoï Jevropy,

1998.

- MACARTNEY, Carlile A., *The Habsburg Empire, 1790-1918*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969.
- MACE, James E., *Communism and the Dilemmas of National Liberation: National Communism in Soviet Ukraine 1918-1933*, Cambridge, Harvard University Press, 1983.
- MACHTAN, Lothar, *Die Abdankung: Wie Deutschlands gekrönte Häupter aus der Geschichte fielen*, Berlín, Propyläen Verlag, 2008.
- , *Prinz Max von Baden: Der letzte Kanzler des Kaisers*, Berlín, Suhrkamp, 2013.
- MACK SMITH, Denis, *Mussolini's Roman Empire*, Londres, Longman, 1976.
- MACMILLAN, Margaret, *Peacemakers: The Paris Conference of 1919 and its Attempt to End War*, Londres, John Murray, 2001 [*París, 1919: seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona, Tusquets, 2011].
- MADERTHANER, Wolfgang, «Utopian Perspectives and Political Restraint: The Austrian Revolution in the Context of Central European Conflicts», en Bischof *et al.*, *From Empire to Republic*, pp. 52-66.
- , «Die eigenartige Größe der Beschränkung. Österreichs Revolution im mitteleuropäischen Spannungsfeld», en Helmut Konrad y Wolfgang Maderthamer (eds.), *Das Werden der Ersten Republik... der Rest ist Österreich*, vol. 1, Viena, Gerold's Sohn, 2008, pp. 187-206.
- MAIER, Charles S., *Leviathan 2.0: Inventing Modern Statehood*, Cambridge, Harvard University Press, 2014.
- MAIER, Michaela, y Wolfgang Maderthamer (eds.), *Physik und Revolution: Friedrich Adler - Albert Einstein: Briefe, Dokumente, Stellungnahmen*, Viena, Locker, 2006.
- MALEFAKIS, Edward E., *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: Origins of the Civil War*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1970 [*Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Espasa, 2001].
- MALINOWSKI, Stephan, *Vom König zum Führer: Sozialer Niedergang und politische Radikalisierung im deutschen Adel zwischen Kaiserreich und NS-Staat*, Fráncfort, Fischer, 2003.
- MANELA, Erez, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007.
- MANN, Michael, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2005 [*El lado oscuro de la democracia: un estudio sobre la limpieza étnica*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009].
- MANN, Thomas, *Diaries 1919-1939*, trad. al inglés Richard y Clare Winston, Londres, André Deutsch, 1983 [*Diarios 1918-1921, 1933-1936*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987, *Diarios 1937-1939*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987].

- MARANTZIDIS, Nikos, «Ethnic Identity, Memory and Political Behavior: The Case of Turkish-Speaking Pontian Greeks», en *South European Society and Politics*, n.º 5 (2000), pp. 56-79.
- MARK, Rudolf A., *Krieg an Fernen Fronten: Die Deutschen in Zentralasien und am Hindukusch 1914-1924*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2013.
- MARKOV, Georgi, *Bulgaria v Balkanskia sayuz sreshtu Osmanskata imperia, 1911-1913*, Sofia, Zahariy Stoyanov, 2012.
- , *Golyamata vojna i bulgarskata strazha mezhdur Sredna Evropa i Orienta, 1916-1919*, Sofia, Akademichno izdatelstvo «Prof. Marin Drinov», 2006.
- , *Golyamata vojna i bulgarskiat klyuch kym evropeiskiat pogreb (1914-1916)*, Sofia, Akademichno izdatelstvo «Prof. Marin Drinov», 1995.
- MARKS, Sally, «Mistakes and Myths: The Allies, Germany and the Versailles Treaty, 1918-1921», en *Journal of Modern History*, n.º 85 (2013), pp. 632-659.
- MARTIN, Terry, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca, Cornell University Press, 2001.
- MÄRZ, Eduard, «Die große Depression in Österreich 1930-1933», en *Wirtschaft und Gesellschaft*, n.º 16 (1990), pp. 409-438.
- MATSUSAKA, Yoshihisa Tak, *The Making of Japanese Manchuria, 1904-1932*, Cambridge, Harvard University Press, 2001.
- MATTHEWS, James, «Battling Bolshevik Bogeymen: Spain's *Cordon Sanitaire* against Revolution from a European Perspective, 1917-1923», *Journal of Military History*, n.º 80 (2016), pp. 725-755.
- MAVROGORDATOS, George, «Metaxi dio polemon. Politiki Istoria 1922-1940», en Panagiotopoulos, *Istoria tou Neou...*, vol. 7, pp. 9-10.
- MAWDSLEY, Evan, *The Russian Civil War*, Boston y Londres, Allen and Unwin, 1987.
- , *The Russian Civil War*, Londres, Birlinn, 2000.
- , «International Responses to the Russian Civil War (Russian Empire)», en Daniel *et al.*, *1914-1918 online*.
- MAY, Arthur, *The Passing of the Habsburg Monarchy*, vol. 2, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1966.
- MAYER, Arno, *Wilson vs. Lenin: Political Origins of the New Democracy, 1917-1918*, Cleveland, World, 1964.
- , *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 2000 [*Las Furias: violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014].
- MAZOWER, Mark, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Nueva York, Vintage Books, 1998 [*La Europa negra*, Barcelona, Ediciones B, 2001].
- , *Governing the World: The History of an Idea*, Londres, Penguin, 2013.
- , *Hitler's Empire: How the Nazis Ruled Europe*, Nueva York, Penguin Press, 2008 [*El*

- imperio de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2008].
- , *Salonica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews, 1430-1950*, Nueva York, Harper Perennial, 2005 [*La ciudad de los espíritus: Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi*, Barcelona, Crítica, 2009].
- , «Minorities and the League of Nations in Interwar Europe», en *Daedulus*, n.º 126 (1997), pp. 47-63.
- MCAULEY, Mary, *Bread and Justice: State and Society in Petrograd, 1917-1922*, Oxford, Clarendon Press, 1991.
- MCCARTHY, Justin, *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims 1821-1922*, Princeton, Darwin Press, 2004.
- MCCELLIGOTT, Anthony, *Rethinking the Weimar Republic: Authority and Authoritarianism, 1916-1936*, Londres, Bloomsbury, 2014.
- MCMEEKIN, Sean, *History's Greatest Heist: The Looting of Russia by the Bolsheviks*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2009.
- MEAKER, Gerald H., *The Revolutionary Left in Spain 1914-1923*, Stanford, Stanford University Press, 1974.
- MELANCON, Michael S., *The Lena Goldfields Massacre and the Crisis of the Late Tsarist State*, College Station, Texas A&M University Press, 2006.
- MENESES, Filipe de, *Salazar: A Political Biography*, Nueva York, Enigma Books, 2009.
- MÉOUCHY, Nadine, y Peter Sluglett (eds.), *The British and French Mandates in Comparative Perspective*, Leiden, Brill, 2004.
- MICHAEL, Holger, *Marschall Józef Piłsudski 1867-1935: Schöpfer des modernen Polens*, Bonn, Pahl-Rugenstein, 2010.
- MICHELS, Eckard, «Die "Spanische Grippe" 1918/19: Verlauf, Folgen und Deutungen in Deutschland im Kontext des Ersten Weltkriegs», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 2010, pp. 1-33.
- MICK, Christoph, «Vielerlei Kriege: Osteuropa 1918-1921», en Dietrich Beyrau *et al.* (eds.), *Formen des Krieges von der Antike bis zur Gegenwart*, Paderborn, Schöningh, 2007, pp. 311-326.
- , *Lemberg – Lwów – L'viv, 1914-1947: Violence and Ethnicity in a Contested City*, West Lafayette, Purdue University Press, 2015.
- MIDDLEBROOK, Martin, *The Kaiser's Battle: The First Day of the German Spring Offensive*, Londres, Viking, 1978.
- MIERAU, Fritz, *Russen in Berlin, 1918-1933*, Berlin, Quadriga, 1988.
- MIKOLETZKY, Lorenz, «Saint-Germain und Karl Renner: Eine Republik wird diktiert», en Konrad y Maderthaner, *Das Werden der Ersten Republik*, pp. 179-186.
- MILLAN, Matteo, *Squadrismo e squadristi nella dittatura fascista*, Roma, Viella, 2014.
- , «The Institutionalization of Squadrismo: Disciplining Paramilitary Violence in the Fascist Dictatorship», en *Contemporary European History*, n.º 22 (2013), pp. 551-574.

- MILLER, Daniel E., «Colonizing the Hungarian and German Border Areas during the Czechoslovak Land Reform, 1918-1938», en *Austrian History Yearbook*, n.º 34 (2003), pp. 303-317.
- MILLER, Marshall Lee, *Bulgaria during the Second World War*, Stanford, Stanford University Press, 1975.
- MILLER, Susanne, *Die Bürde der Macht: Die deutsche Sozialdemokratie 1918-1920*, Düsseldorf, Droste, 1978.
- MILOW, Caroline, *Die ukrainische Frage 1917-1923 im Spannungsfeld der europäischen Diplomatie*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2002.
- MILTON, Giles, *Paradise Lost: Smyrna 1922: The Destruction of Islam's City of Tolerance*, Londres, Sceptre, 2008.
- MITCHELL, Allan, *Revolution in Bavaria 1918-19: The Eisner Regime and the Soviet Republic*, Princeton, Princeton University Press, 1965.
- MITCHELL, David, *1919: Red Mirage*, Londres, Jonathan Cape, 1970.
- MITEV, Yono, *Fashistkiyat prevrat na deveti yuni 1923 godina i Yunskoto antifashistko vastanie*, Sofía, BZNS, 1973.
- MITROFANIS, Giorgos, «Ta dimosia ikonomika. Ikonomiki anorthossi ke polemi, 1909-1922», en Vassilis Panagiotopoulos (ed.), *Istoria tou Neou Ellinismou, 1770-2000*, vol. 6, Atenas, Ellinika Grammata, 2003, pp. 124-127.
- MITROVIĆ, Andrej, Andrej Mitrović, *Jugoslavija na Konferenciji mira 1919-1920*, Belgrado, Zavod za izdavanje udžbenike SR Srbije, 1969.
- , *Serbia's Great War, 1914-1918*, Londres, Hurst, 2007.
- MITTER, Rana, *China's War with Japan, 1937-1945: The Struggle for Survival*, Londres, Allen Lane, 2014.
- , *A Bitter Revolution: China's Struggle with the Modern World*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2004.
- MIZOV, Nikolay, *Vliyanieto na Velikata oktomvriyska sotsialisticheska revolyutsia varhu Vladayskoto vaorazhenno vastanie na voynishkite masi u nas prez septembri 1918 godina* [El impacto de la gran revolución socialista de octubre en el levantamiento armado de las masas de los soldados de Vladaya, en septiembre de 1918], Sofía, NS OF, 1957.
- MÓCSY, István I., *The Effects of World War I: The Uprooted: Hungarian Refugees and their Impact on Hungary's Domestic Politics, 1918-1921*, Nueva York, Columbia University Press, 1983.
- MOLNÁR, Miklós, *From Béla Kun to János Kádár: Seventy Years of Hungarian Communism*, Nueva York, St Martin's Press, 1990.
- MOMMSEN, Hans, «Adolf Hitler und der 9. November 1923», en Johannes Willms (ed.), *Der 9. November. Fünf Essays zur deutschen Geschichte*, 2.<sup>a</sup> ed., Múnich, C. H. Beck, 1995, pp. 33-48.

- MONTGOMERY, A. E., «The Making of the Treaty of Sèvres of 10 August 1920», en *The Historical Journal*, n.º 15 (1972), pp. 775-787.
- MORGAN, Philip, *Italian Fascism, 1919-1945*, Londres, Macmillan, 1995.
- MORGENTHAU, Henry, *I Was Sent to Athens*, Garden City, Doubleday, 1929.
- MOSSE, George L., *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1990 [*Soldados caídos: la transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016].
- MROCZKA, Ludwik, «Przyczynek do kwestii żydowskiej w Galicji u progu Drugiej Rzeczypospolitej», en Feliksa Kiryka (ed.), *Żydzi w Małopolsce. Studia z dziejów osadnictwa i życia społecznego*, Przemysł, Południowo-Wschodni Instytut Naukowy w Przemysłu, 1991, pp. 297-308.
- MÜHLHAUSEN, Walter, *Friedrich Ebert, 1871-1925: Reichspräsident der Weimarer Republik*, Bonn, Dietz Verlag, 2006.
- MULLIGAN, William, *The Great War for Peace*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2014.
- MUSSOLINI, Benito, *Opera Omnia*, vols. 16 y 29, Florencia, La Fenice, 1955-1959.
- NACHTIGAL, Reinhard, *Kriegsgefangenschaft an der Ostfront 1914-1918: Literaturbericht zu einem neuen Forschungsfeld*, Fráncfort, Peter Lang, 2003.
- , *Russland und seine österreichisch-ungarischen Kriegsgefangenen (1914-1918)*, Remshalden, Verlag Bernhard Albert Greiner, 2003.
- NAIMARK, Norman M., *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.
- NAUMOV, Georgi, *Aleksandar Tzankov i Andrey Lyapchev v politikata na darzhavnoto upravlenie*, Sofia, IF 94, 2004.
- NEBELIN, Manfred, *Ludendorff: Diktator im Ersten Weltkrieg*, Múnich, Siedler, 2010.
- NECK, Rudolf (ed.), *Österreich im Jahre 1918: Berichte und Dokumente*, Viena, Oldenbourg, 1968.
- NEDEV, Nedyu, *Aleksandar Stambolijski i zagovorot*, Sofia, BZNS, 1984.
- , *Tsar Boris III: Dvoretzat i tayniyat cabinet*, Plovdiv, IK «Hermes», 2009.
- NEDEV, Nikola, y Tsocho Bilyarski, *Doyranskata epopeia, 1915-1918*, Sofia, Aniko/Simolini, 2009.
- NEGRO, Piero del, «Vittorio Veneto e l'armistizio sul fronte italiano», en Audoin-Rouzeau y Becker, *La prima guerra mondiale*, vol. 2, pp. 333-343.
- NEIBERG, Michael S., *The Second Battle of the Marne*, Bloomington, Indiana University Press, 2008.
- NELLO, Paolo, «La rivoluzione fascista ovvero dello squadristo nazional rivoluzionario», en *Storia contemporanea*, n.º 13 (1982), pp. 1009-1025.
- NETTL, Peter, *Rosa Luxemburg*, Fráncfort, Büchergilde Gutenberg, 1968.

- NEUMANN, Wilhelm, *Abwehrkampf und Volksabstimmung in Kärnten, 1918-1920: Legenden und Tatsachen*, 2.<sup>a</sup> ed., Klagenfurt, Kärntner Landesarchiv, 1985.
- NEUTATZ, Dietmar, *Träume und Alpträume: Eine Geschichte Russlands im 20. Jahrhundert*, München, C. H. Beck, 2013.
- NEWMAN, John Paul, «Serbian Integral Nationalism and Mass Violence in the Balkans 1903-1945», en *Tijdschrift voor Geschiedenis*, n.º 124 (2011), pp. 448-463.
- , «The Origins, Attributes, and Legacies of Paramilitary Violence in the Balkans», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 145-163.
- , *Yugoslavia in the Shadow of War: Veterans and the Limits of State Building, 1903-1945*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015.
- NICOLLE, David, *The Italian Invasion of Abyssinia 1935-1936*, Westminster, Osprey, 1997 [*La invasión italiana de Abisinis*, Barcelona, RBA, 2000].
- NIEBRZYDOWSKI, Paul, *The American Relief Administration in Poland after the First World War, 1918-1923*, Washington, IARO Scholar Research Brief, 2015.
- NIKOLOV, Kosta, *Kletvoprestapnitsite: Vladayskite sabitiya prez septemvri 1918*, Sofía, AnGoBoy, 2002.
- NIVET, Philippe, *Les réfugiés français de la Grande Guerre, 1914-1920: Les 'boches du nord'*, París, Institut de stratégie comparée, 2004.
- NOSKE, Gustav, *Von Kiel bis Kapp: Zur Geschichte der deutschen Revolution*, Berlín, Verlag für Politik und Wirtschaft, 1920.
- NOWAK, Andrzej, «Reborn Poland or Reconstructed Empire? Questions on the Course and Results of Polish Eastern Policy (1918-1921)», en *Lithuanian Historical Studies*, n.º 13 (2008), pp. 134-142.
- NUSSER, Horst G., *Konservative Wehrverbände in Bayern, Preussen und Österreich mit einer Biographie von Georg Escherich 1870-1941*, 2 vols., München, Nusser, 1973.
- O'BRIEN, Paul, *Mussolini in the First World War: The Journalist, the Soldier, the Fascist*, Londres, Bloomsbury, 2005.
- OGNYANOV, Lyubomir, *Voynishkoto vastanie 1918* [El alzamiento de los soldados], Sofía, Nauka i izkustvo, 1988.
- OLECHNOWICZ, Andrzej, «Liberal Anti-Fascism in the 1930s: The Case of Sir Ernest Barker», en *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies*, n.º 36 (2004), pp. 636-660.
- ORGA, Irfan, y Margarete Orga, *Atatürk*, Londres, Michael Joseph, 1962.
- ORTAGGI, Simonetta, «Mutamenti sociali e radicalizzazione dei conflitti in Italia tra guerra e dopoguerra», en *Ricerche storiche*, n.º 27 (1997), pp. 673-689.
- ORZOFF, Andrea, *Battle for the Castle*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2009.
- OSBORNE, Eric W., *Britain's Economic Blockade of Germany, 1914-1919*, Londres y Nueva York, Frank Cass, 2004.

- OSIPOVA, Taisia, «Peasant Rebellions: Origins, Scope, Dynamics, and Consequences», en Vladimir N. Brovkin (ed.), *The Bolsheviks in Russian Society*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1997, pp. 154-176.
- OVERMANS, Rüdiger, «Kriegsverluste», en Gerhard Hirschfeld, Gerd Krumeich y Irina Renz (eds.), *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*, 2.<sup>a</sup> ed. revisada, Paderborn, Schoeningh, 2004, pp. 663-666.
- OVERY, Richard J., *The Interwar Crisis, 1919-1939*, Harlow, Pearson, 1994.
- PALLIS, Alexandros A., *Greece's Anatolian Venture – and After: A Survey of the Diplomatic and Political Aspects of the Greek Expedition to Asia Minor (1915-1922)*, Londres, Methuen and Company, 1937.
- PALMER, James, *The Bloody White Baron: The Extraordinary Story of the Russian Nobleman who Became the Last Khan of Mongolia*, Nueva York, Basic Books, 2014.
- PASETTI, Matteo, *Tra classe e nazione. Rappresentazioni e organizzazione del movimento nazionale-sindacalista, 1918-1922*, Roma, Carocci, 2008.
- PASTOR, Peter, *Hungary between Wilson and Lenin: The Hungarian Revolution of 1918-1919 and the Big Three*, Nueva York, Columbia University Press, East European Monograph, 1976.
- PATENAUDE, Bertrand M., *The Big Show in Bololand: The American Relief Expedition to Soviet Russia in the Famine of 1921*, Stanford, Stanford University Press, 2002.
- PAULEY, Bruce F., *From Prejudice to Persecution: A History of Austrian Anti-Semitism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1992.
- , «Politischer Antisemitismus im Wien der Zwischenkriegszeit», en Gerhard Botz, Nina Scholz, Michael Pollak e Ivar Oxaal (eds.), *Eine zerstörte Kultur: Jüdisches Leben und Antisemitismus in Wien seit dem 19. Jahrhundert*, Buchloe, Obermayer, 1990, pp. 221-223.
- PAVLOVIĆ, Srdja, *Balkan Anschluss: The Annexation of Montenegro and the Creation of a Common South Slav State*, West Lafayette, Purdue University Press, 2008.
- PAYNE, Stanley, *Franco and Hitler: Spain, Germany, and World War II*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2008.
- PEARSON, Raymond, «Hungary: A State Truncated, a Nation Dismembered», en Seamus Dunn y T. G. Fraser, *Europe and Ethnicity: World War I and Contemporary Ethnic Conflict*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, pp. 88-109.
- , *National Minorities in Eastern Europe: 1848-1945*, Londres, Macmillan, 1983.
- PEDERSEN, Susan, *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2015.
- , «The Meaning of the Mandates System: An Argument», en *Geschichte und Gesellschaft*, n.º 32 (2006), pp. 1-23.
- PENTZOPOULOS, Dimitri, *The Balkan Exchange of Minorities*, París y La Haya, Mouton, 1962, pp. 29-30.

- PEREIRA, Norman G. O., *White Siberia: The Politics of Civil War*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1996.
- PERMAN, Dagmar, *The Shaping of the Czechoslovak State: Diplomatic History of the Boundaries of Czechoslovakia*, Leiden, Brill, 1962.
- PETERSEN, Jens, *Hitler-Mussolini: Die Entstehung der Achse Berlin-Rom 1933-1936*, Tubinga, De Gruyter Niemeyer, 1973.
- , «Il problema della violenza nel fascismo italiano», en *Storia contemporanea*, n.º 13 (1982), pp. 985-1008.
- PETRANOVIĆ, Branko, *Istorija Jugoslavije*, vol. 1, Belgrado, Nolit, 1988.
- PETROV, Ivan Metodiev, *Voynata v Makedonia (1915-1918)*, Sofia, Semarsh, 2008.
- PETROV, Viktor, «The Town on the Sungari», en Stone y Glenny (eds.), *The Other Russia*, pp. 205-221.
- PETROVA, Dimitrina, *Aleksandar Tzankov i negovata partia: 1932-1944*, Sofia, Dio Mira, 2011.
- PHILLIPS, Howard, y David Killingray (eds.), *The Spanish Influenza Pandemic of 1918-19: New Perspectives*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003.
- PIAZZA, Giuseppe, *La nostra terra promessa: lettere dalla Tripolitania marzo-maggio 1911*, Roma, Lux, 1911.
- PICHLÍK, Karel, «Der militärische Zusammenbruch der Mittelmächte im Jahre 1918», en Richard Georg Plaschka y Karlheinz Mack (eds.), *Die Auflösung des Habsburgerreiches: Zusammenbruch und Neuorientierung im Donaauraum*, Múnich, Verlag für Geschichte und Politik, 1970, pp. 249-265.
- PIPES, Richard, *Russia under the Bolshevik Regime*, Nueva York, Knopf, 1993.
- , *The Russian Revolution 1899-1919*, Londres, Harvill Press, 1997.
- PISTOHLKORS, Gert von (ed.), *Deutsche Geschichte im Osten Europas. Baltische Länder*, Berlín, Siedler, 1994.
- PITT-RIVERS, George, *The World Significance of the Russian Revolution*, Londres, Blackwell, 1920.
- PLAKANS, Andrejs, *A Concise History of the Baltic States*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
- , *The Latvians: A Short History*, Stanford, Hoover Institution Press, 1995.
- PLASCHKA, Richard G., Horst Haselsteiner y Arnold Suppan, *Innere Front. Militärassistentz, Widerstand und Umsturz in der Donaumonarchie 1918*, 2 vols., Viena, Verlag für Geschichte und Politik, 1974.
- PLÖCKINGER, Othmar, *Unter Soldaten und Agitatoren. Hitlers prägende Jahre im deutschen Militär 1918-1920*, Paderborn, Schöningh, 2013.
- PLOWMAN, Matthew, «Irish Republicans and the Indo-German Conspiracy of World War I», en *New Hibernia Review*, n.º 7 (2003), pp. 81-105.
- POLIAKOV, Léon, *The History of Anti-Semitism, vol. 4: Suicidal Europe, 1870-1933*,

- Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2003 [*La Europa suicida*, Barcelona, El Aleph, 1981].
- POLJAKOV, Jurij Aleksandrovič, et al., *Naselenie Rossii v XX veke: istoričeskie očerki*, vol. 1, Moscú, ROSSPEN, 2000.
- PÖLÖSKEI, Ferenc, *A rejtélyes Tisza-gyilkosság*, Budapest, Helikon Kiadó, 1988.
- POPNIKOLOV, Dimitar, *Balgarite ot Trakiya i spogodbite na Balgaria s Gartsia i Turtsia*, Sofía, n.p., 1928.
- PORYAZOV, Delcho, *Pogromat nad trakijskite bǎlgari prez 1913 g.: razorenje i etnicesko iztreblenie*, Sofía, Akademichno izdatelstvo «Prof. Marin Drinov», 2009.
- POURCHIER-PLASSERAUD, Suzanne, «Riga 1905-2005: A City with Conflicting Identities», en *Nordost-Archiv*, n.º 15 (2006), pp. 175-194.
- PRESTON, Paul, *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution, and Revenge*, Nueva York, W. W. Norton and Company, 2006 [*La guerra civil española*, Barcelona, Debolsillo, 2003].
- PRIESTLAND, David, *The Red Flag: A History of Communism*, Londres, Penguin, 2009 [*Bandera roja*, Barcelona, Crítica, 2010].
- PROCACCI, Giovanna, *Dalla rassegnazione alla rivolta. Mentalità e comportamenti popolari nella Grande Guerra*, Roma, Bulzoni, 1999.
- , *Warfare-welfare: Intervento dello Stato e diritti dei cittadini 1914-18*, Roma, Carocci, 2013.
- PROST, Antoine, «The Impact of War on French and German Political Cultures», en *The Historical Journal*, n.º 37 (1994), pp. 209-217.
- PROST, Antoine, y Jay Winter (eds.), *The Great War in History: Debates and Controversies, 1914 to the Present*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2005.
- PROVENCE, Michael, «Ottoman Modernity, Colonialism, and Insurgency in the Arab Middle East», en *International Journal of Middle East Studies* n.º 43 (2011), pp. 205-225.
- PRUSIN, Alexander V., *The Lands Between: Conflict in the East European Borderlands, 1870-1992*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2010.
- PUGH, Martin, *‘Hurrah for the Blackshirts!’: Fascists and Fascism in Britain between the Wars*, Londres, Pimlico, 2006.
- PULZER, Peter, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, 2.<sup>a</sup> ed. revisada, Cambridge, Harvard University Press, 1988.
- PURSEIGLE, Pierre, «“A Wave on to Our Shores”: The Exile and Resettlement of Refugees from the Western Front, 1914-1918», en *Contemporary European History*, n.º 16 (2007), pp. 427-444.
- QUIROGA, Alejandro, *Making Spaniards: Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-30*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007 [*Haciendo españoles: la nacionalización de las masas en la dictadura de Primo de Rivera (1923-*

- 1930), Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008].
- RABINOWITCH, Alexander, *The Bolsheviks in Power: The First Year of Soviet Rule in Petrograd*, Bloomington, Indiana University Press, 2007.
- RACHAMINOW, Alan, *POWs and the Great War: Captivity on the Eastern Front*, Oxford y Nueva York, Berg, 2002.
- RADZINSKY, Edvard, *The Last Tsar: The Life and Death of Nicholas II*, Nueva York, Doubleday, 1992.
- RAEF, Marc, *Russia Abroad: A Cultural History of the Russian Emigration, 1919-1939*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1990.
- RAKOČEVIĆ, Novica, *Crna Gora u Prvom svetskom ratu 1914-1918*, Cetinje, Obod, 1969.
- RALEIGH, Donald J., *Experiencing Russia's Civil War: Politics, Society and Revolutionary Culture in Saratov, 1917-1922*, Princeton, Princeton University Press, 2002.
- , «The Russian Civil War 1917-1922», en Ronald Grigor Suny (ed.), *The Cambridge History of Russia*, vol. 3, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 140-167.
- RAPE, Ludger, *Die österreichischen Heimwehren und die bayerische Rechte 1920-1923*, Viena, Europa-Verlag, 1977.
- RAPHAEL, Lutz, *Imperiale Gewalt und Mobilisierte Nation: Europa 1914-1945*, Múnich, C. H. Beck, 2011.
- RAPPAPORT, Helen, *Conspirator: Lenin in Exile*, Nueva York, Basic Books, 2010.
- RAUCH, Georg von, *The Baltic States: The Years of Independence: Estonia, Latvia, Lithuania, 1917-1940*, Berkeley, University of California Press, 1974.
- RAUCHENSTEINER, Manfred, *Der Tod des Doppeladlers: Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg*, Graz, Styria, 1993.
- , «L'Autriche entre confiance et résignation, 1918-1920», en Audoin-Rouzeau y Prochasson, *Sortir de la Grande Guerre*, pp. 165-185.
- RAUN, Toivo U., «The Revolution of 1905 in the Baltic Provinces and Finland», en *Slavic Review*, n.º 43 (1984), pp. 453-467.
- RAUSCHER, Walter, «Die Republikgründungen 1918 und 1945», en Klaus Koch, Walter Rauscher, Arnold Suppan y Elisabeth Vyslonzil (eds.), *Außenpolitische Dokumente der Republik Österreich 1918-1938. Sonderband: Von Saint-Germain zum Belvedere: Österreich und Europa 1919-1955*, Viena y Múnich, Verlag für Geschichte und Politik, 2007, pp. 9-24.
- RAYMOND, Boris, y David R. Jones, *The Russian Diaspora 1917-1941*, Lanham, Scarecrow, 2000.
- READ, Anthony, *The World on Fire: 1919 and the Battle with Bolshevism*, Londres, Pimlico, 2009.
- READ, Christopher, *From Tsar to Soviets: The Russian People and their Revolution, 1917-1921*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1996.
- , *Lenin: A Revolutionary Life*, Abingdon y Nueva York, Routledge, 2005.

- REICHARDT, Sven, *Faschistische Kampfbünde: Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadrismus und in der deutschen SA*, Colonia, Weimar y Viena, Böhlau Verlag, 2002.
- REINHARZ, Jehuda, *Chaim Weizmann: The Making of a Statesman*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1993.
- RENA, Paul, *Der christlichsoziale Antisemitismus in Wien 1848-1938*, tesis doctoral inédita, Viena, 1991.
- REULECKE, Jürgen, *'Ich möchte einer werden so wie die...': Männerbünde im 20. Jahrhundert*, Fráncfort, Campus, 2001.
- REYNOLDS, David, *The Long Shadow: The Great War and the Twentieth Century*, Londres, Simon and Schuster, 2013.
- REYNOLDS, Michael A., «The Ottoman-Russian Struggle for Eastern Anatolia and the Caucasus, 1908-1918: Identity, Ideology and the Geopolitics of World Order», tesis doctoral, Princeton University, 2003.
- , *Shattering Empires: The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires, 1908-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011.
- REY REGUILLO, Fernando del, «El empresario, el sindicalista y el miedo», en Manuel Pérez Ledesma y Rafael Cruz (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 235-272.
- RHODE, Gotthold, «Das Deutschtum in Posen und Pommerellen in der Zeit der Weimarer Republik», en Senatskommission für das Studium des Deutschtums im Osten an der Rheinischen Friedrich-Wilhelms- Universität Bonn (ed.), *Studien zum Deutschtum im Osten*, Colonia y Graz, Böhlau, 1966, pp. 88-132.
- RIASANOVSKY, Nicholas Valentine, y Mark Steinberg, *A History of Russia*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- RICCARDI, Luca, *Alleati non amici: le relazioni politiche tra l'Italia e l'Intesa durante la prima guerra mondiale*, Brescia, Morcelliana, 1992.
- RIGOTTI, Francesca, «Il medico-chirurgo dello Stato nel linguaggio metaforico di Mussolini», en Civiche Raccolte Storiche Milano (ed.), *Cultura e società negli anni del fascismo*, Milán, Cordani, 1987.
- ROBINSON, Paul, *The White Russian Army in Exile, 1920-1941*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2002.
- ROCHAT, Giorgio, *Gli arditi della grande guerra: origini, battaglie e miti*, Milán, Feltrinelli, 1981.
- RODOGNO, Davide, *Fascism's European Empire: Italian Occupation during the Second World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- ROGAN, Eugene, *The Fall of the Ottomans: The Great War in the Middle East, 1914-1920*, Londres, Allen Lane, 2015.
- ROGGER, Hans, *Russia in the Age of Modernization and Revolution, 1881-1917*, Londres, Longman, 1983.

- ROMERO SALVADÓ, Francisco J., *Spain, 1914-1918: Between War and Revolution*, Londres, Routledge, 1999 [*España, 1914-1918: entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002].
- , *The Foundations of Civil War: Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*, Londres, Routledge, 2008.
- ROMSICS, Gergely, *Myth and Remembrance: The Dissolution of the Habsburg Empire in the Memoir Literature of the Austro-Hungarian Political Elite*, Nueva York, Columbia University Press, 2006.
- ROMSICS, Ignác, *A Duna-Tisza Köze Hatalmi Viszonyai 1918-19-ben*, Budapest, Akadémiai Kiadó, 1982.
- , *A trianoni békeszerződés*, Budapest, Osiris, 2008.
- ROSENBERG, William G., *The Liberals in the Russian Revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921*, Princeton, Princeton University Press, 1974.
- , «Paramilitary Violence in Russia's Civil Wars, 1918-1920», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, pp. 21-30.
- ROSHWALD, Aviel, *Ethnic Nationalism and the Fall of Empires: Central Europe, Russia and the Middle East, 1914-1923*, Londres, Routledge, 2001.
- ROSSFELD, Roman, Thomas Buomberger y Patrick Kury (eds.), *14/18. Die Schweiz und der Grosse Krieg*, Baden, hier + jetzt, 2014.
- ROTHENBERG, Gunther, *The Army of Francis Joseph*, West Lafayette, Purdue University Press, 1997.
- RUBENSTEIN, Joshua, *Leon Trotsky: A Revolutionary's Life*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2006.
- RUDENNO, Victor, *Gallipoli: Attack from the Sea*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2008.
- RUDIN, Harry Rudolph, *Armistice 1918*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1944.
- RUMMEL, Rudolph Joseph, *Lethal Politics: Soviet Genocide and Mass Murder since 1917*, Piscataway, Transaction Publishers, 1990.
- RÜRUP, Reinhard, «Demokratische Revolution und der "dritte Weg": Die deutsche Revolution von 1918/19 in der neueren wissenschaftlichen Diskussion», en *Geschichte und Gesellschaft*, n.º 9 (1983), pp. 278-301.
- RUSCONI, Gian Enrico, *L'azzardo del 1915: Come l'Italia decide la sua guerra*, Bolonia, il Mulino, 2005.
- RUST, Christian, «Self-Determination at the Beginning of 1918 and the German Reaction», *Lithuanian Historical Studies*, n.º 13 (2008), pp. 43-46.
- SABROW, Martin, *Die verdrängte Verschwörung: Der Rathenau-Mord und die deutsche Gegenrevolution*, Fráncfort, Fischer, 1999.
- SAGOSCHEN, Christine, *Judenbilder im Wandel der Zeit: die Entwicklung des katholischen*

- Antisemitismus am Beispiel jüdischer Stereotypen unter besonderer Berücksichtigung der Entwicklung in der ersten Republik*, tesis doctoral inédita, Viena, 1998.
- SAKMYSTER, Thomas, *A Communist Odyssey: The Life of József Pogány*, Budapest y Nueva York, Central European University Press, 2012.
- , *Hungary's Admiral on Horseback: Miklós Horthy, 1918-1944*, Boulder, Eastern European Monographs, 1994.
- , «Gyula Gömbös and the Hungarian Jews, 1918-1936», en *Hungarian Studies Review*, n.º 8 (2006), pp. 156-168.
- SALAMON, Konrád, «Proletárditárúra és a Terror», en *Rubicon* (2011), pp. 24-35.
- SALARIS, Claudia, *Alla festa della rivoluzione. Artisti e libertari con D'Annunzio a Fiume*, Bolonia, il Mulino, 2002.
- SAMMARTINO, Annemarie H., *The Impossible Border: Germany and the East, 1914-1922*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2010.
- SANBORN, Joshua, *Drafting the Russian Nation: Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905-1925*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 2003.
- , *Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014.
- , «Unsettling the Empire: Violent Migrations and Social Disaster in Russia during World War I», en *The Journal of Modern History*, n.º 77 (2005), pp. 290-324.
- SAUER, Bernhard, «Freikorps und Antisemitismus», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, n.º 56 (2008), pp. 5-29.
- , «Vom "Mythos eines ewigen Soldatentums". Der Feldzug deutscher Freikorps im Baltikum im Jahre 1919», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, n.º 43 (1995), pp. 869-902.
- SAUNDERS, David, «The First World War and the End of Tsarism», en Ian D. Thatcher (ed.), *Reinterpreting Revolutionary Russia: Essays in Honour of James D. White*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2006.
- SAYER, Derek, «British Reaction to the Amritsar Massacre, 1919-1920», en *Past & Present*, n.º 131 (1991), pp. 130-164.
- SBACCHI, Alberto, *Ethiopia under Mussolini: Fascism and the Colonial Experience*, Londres, Zed Books, 1985.
- SCHAPIRO, Leonard, «The Role of Jews in the Russian Revolutionary Movement», en *The Slavonic and East European Review*, n.º 40: 94 (1961), pp. 148-167.
- SCHIVELBUSCH, Wolfgang, *The Culture of Defeat: On National Trauma, Mourning and Recovery*, Nueva York, Holt, 2003.
- SCHLAG, Gerald, «Die Grenzziehung Österreich-Ungarn 1922/23», en Burgenländisches Landesarchiv (ed.), *Burgenland in seiner pannonischen Umwelt: Festgabe für August Ernst*, Eisenstadt, Burgenländisches Landesarchiv, 1984, pp. 333-346.
- SCHLÖGEL, Karl (ed.) *Chronik russischen Lebens in Deutschland, 1918 bis 1941*, Berlín,

- Akademie Verlag, 1999.
- SCHNEER, Jonathan, *The Balfour Declaration: The Origins of Arab-Israeli Conflict*, Londres y Basingstoke, Macmillan, 2014.
- SCHNELL, Felix, *Ordnungshüter auf Abwegen? Herrschaft und illegitime polizeiliche Gewalt in Moskau, 1905-1914*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2006.
- , *Räume des Schreckens. Gewalt und Gruppenmilitanz in der Ukraine 1905-1933*, Hamburgo, Hamburger Edition, HIS Verlag, 2012.
- , «Der Sinn der Gewalt: Der Ataman Volyneć und der Dauerpogrom von Gajsyn im russischen Bürgerkrieg», en *Zeithistorische Forschung*, n.º 5 (2008), pp. 18-39.
- SCHULMAN, Jason (ed.), *Rosa Luxemburg: Her Life and Legacy*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013.
- SCHULZE, Hagen, *Freikorps und Republik, 1918-1920*, Boppard am Rhein, Boldt, 1969.
- SCHUMANN, Dirk, «Europa, der Erste Weltkrieg und die Nachkriegszeit: Eine Kontinuität der Gewalt?», en *Journal of Modern European History*, n.º 1 (2003), pp. 24-43.
- ŠEDIVÝ, Ivan, «Zur Loyalität der Legionäre in der ersten Tschechoslowakischen Republik», en Martin Schulze Wessel (ed.), *Loyalitäten in der Tschechoslowakischen Republik 1918-1938: Politische, nationale und kulturelle Zugehörigkeiten*, München, Oldenbourg, 2004, pp. 141-152.
- SEDLMAIER, Alexander, *Deutschlandbilder und Deutschlandpolitik Studien zur Wilson-Administration (1913-1921)*, Stuttgart, Steiner, 2003.
- SEGRÉ, Claudio G., «Il colonialismo e la politica estera: variazioni liberali e fasciste», en Richard J. B. Bosworth y Sergio Romano (eds.), *La politica estera italiana 1860-1985*, Bologna, il Mulino, 1991, pp. 121-146.
- SEIPP, Adam, *The Ordeal of Demobilization and the Urban Experience in Britain and Germany, 1917-1921*, Farnham, Ashgate, 2009.
- SEMOV, Mincho, *Pobediteliat prosi mir: Balkanskite voyni 1912-1913*, Sofía, Universitetsko izdatelstvo «Sv. Kliment Ohridski», 1995.
- SERVICE, Robert, *Comrades! World History of Communism*, Cambridge, Harvard University Press, 2007 [*Comrades: breve historia del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2009].
- , *Lenin: A Biography*, Londres, Macmillan, 2000 [*Lenin: una biografía*, Tres Cantos, Siglo XXI, 2001].
- , *Trotsky: A Biography*, Cambridge, Harvard University Press, 2009 [*Trotsky: una biografía*, Barcelona, Ediciones B].
- SHAPIRA, Anita, *Ben-Gurion: Father of Modern Israel*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2014.
- SHARP, Alan, *Consequences of the Peace: The Versailles Settlement - Aftermath and Legacy 1919-2010*, Londres, Haus, 2010.
- , *The Versailles Settlement: Peacemaking after the First World War, 1919-1923*, 2.ª ed.,

- Londres, Palgrave, 2008.
- , «“The Genie that Would Not Go Back into the Bottle”: National Self-Determination and the Legacy of the First World War and the Peace Settlement», en Seamus Dunn y T. G. Fraser (eds.), *Europe and Ethnicity: The First World War and Contemporary Ethnic Conflict*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, pp. 10-29.
- , «The New Diplomacy and the New Europe», en Nicholas Doumanis (ed.), *The Oxford Handbook of Europe 1914-1945*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2016.
- , «The Paris Peace Conference and its Consequences», en Daniel *et al.*, *1914-1918 online*.
- SHEEHAN, James, *Where Have All the Soldiers Gone? The Transformation of Modern Europe*, Nueva York, Houghton Mifflin, 2008.
- SHIMAZU, Naoko, *Japan, Race and Equality: The Racial Equality Proposal of 1919*, Londres, Routledge, 1998.
- SIEBRECHT, Claudia, *The Aesthetics of Loss: German Women's Art of the First World War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2013.
- SIEDER, Reinhard J., «Behind the Lines: Working-Class Family Life in Wartime Vienna», en Richard Wall y Jay Winter (eds.), *The Upheaval of War: Family, Work and Welfare in Europe, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1988, pp. 109-38.
- SIMEONOV, Radoslav, Velichka Mihailova and Donka Vasileva, *Dobrichkata epopeia, 1916*, Dobrich, Ave fakta, 2006.
- SIMON, Rachel, *Libya Between Ottomanism and Nationalism*, Berlín, Klaus Schwarz, 1987.
- SIPOS, József, *A pártok és a földreform 1918-1919*, Budapest, Gondolat, 2009.
- SLUGA, Glenda, *The Problem of Trieste and the Italo-Yugoslav Border: Difference, Identity, and Sovereignty in Twentieth-Century Europe*, Albany, SUNY Press, 2001.
- SMELE, Jonathan D., *Civil War in Siberia: The Anti-Bolshevik Government of Admiral Kolchak, 1918-1920*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- , *The 'Russian' Civil Wars 1916-1926: Ten Years that Shook the World*, Oxford, Oxford University Press, 2015.
- SMITH, Canfield, F., «The Ungernovščina – How and Why?», en *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, n.º 28 (1980), pp. 590-595.
- SMITH, Douglas, *Former People: The Final Days of the Russian Aristocracy*, Londres, Macmillan, 2012.
- SMITH, Jeffrey R., *A People's War: Germany's Political Revolution, 1913-1918*, Lanham, University Press of America, 2007.
- SMITH, Leonard V., «Empires at the Paris Peace Conference», en Gerwarth y Manela, *Empires at War*, pp. 254-276.
- , «Les États-Unis et l'échec d'une seconde mobilisation», en Audoin-Rouzeau y

- Prochasson, *Sortir de la Grande Guerre*, París, Tallandier, 2008, pp. 69-91.
- , «The Wilsonian Challenge to International Law», en *The Journal of the History of International Law*, n.º 13 (2011), pp. 179-208.
- SMITH, Leonard V., Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, *France and the Great War, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2003.
- SMITH, Michael Llewellyn, *Ionian Vision: Greece in Asia Minor 1919-1922*, Londres, Allen Lane, 1973.
- SMITH, Robert E. F. (ed.), *The Russian Peasant, 1920 and 1984*, Londres, Routledge, 1977.
- SMITH, Stephen, *Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- , *The Russian Revolution: A Very Short Introduction*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2002.
- SNYDER, Timothy, *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin*, Nueva York, Basic Books, 2010 [*Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016].
- , *The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2004.
- SOLOMONIDIS, Victoria, *Greece in Asia Minor: The Greek Administration of the Vilayet of Aidin, 1919-1922*, tesis doctoral inédita, King's College, Universidad de Londres, 1984.
- SONDHAUS, Lawrence, *World War One: The Global Revolution*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011.
- SONYEL, Salahi, *The Great War and the Tragedy of Anatolia: Turks and Armenians in the Maelstrom of Major Powers*, Ankara, Turkish Historical Society, 2000.
- SPRENGER, Matthias, *Landsknechte auf dem Weg ins Dritte Reich? Zu Genese und Wandel des Freikorps-Mythos*, Paderborn, Schöningh, 2008.
- STADLER, Karl Rudolf, *The Birth of the Austrian Republic 1918-1921*, Leiden, Sijthoff, 1966.
- STAMATOPOULOS, Dimitris, «I mikrasiatiki ekstratia. I anthropogheografia tis katastrofis», en Antonis Liakos (ed.), *To 1922 ke i prosfighes, mia nea matia*, Atenas, Nefeli, 2011, pp. 55-100.
- STANKOVIĆ, Djordje, «Kako je Jugoslavija počela», en Milan Terzić, *Prvi svetski rat i Balkan – 90 godina kasnije*, Belgrado, Institut za strategijska istraživanja, 2010.
- STEAD, William, *Tripoli and the Treaties*, Londres, Bank Buildings, 1911.
- STEGMANN, Natalie, *Kriegsdeutungen, Staatsgründungen, Sozialpolitik: Der Helden- und Opferdiskurs in der Tschechoslowakei, 1918-1948*, Múnich, Oldenbourg, 2010.
- STEINER, Zara, *The Lights that Failed: European International History 1919-1933*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- , *The Triumph of the Dark: European International History, 1933-1939*, Oxford y Nueva

- York, Oxford University Press, 2011.
- STEPHENSON, Scott, *The Final Battle: Soldiers of the Western Front and the German Revolution of 1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2009.
- STERNHELL, Zeev, *Naissance de l'idéologie fasciste*, París, Fayard, 1989 [*El nacimiento de la ideología fascista*, Tres Cantos, Siglo XXI, 1994].
- STEVENSON, David, *The First World War and International Politics*, Oxford, Oxford University Press, 1988.
- , *With our Backs to the Wall: Victory and Defeat in 1918*, Londres, Allen Lane, 2011.
- STEWART, Matthew, «It Was All a Pleasant Business: The Historical Context of “On the Quai at Smyrna”», en *Hemingway Review*, n.º 23 (2003), pp. 58-71.
- STONE, David, *The Russian Army in the Great War: The Eastern Front, 1914-1917*, Lawrence, University of Kansas Press, 2015.
- STRANGA, Aivars, «Communist Dictatorship in Latvia: December 1918-January 1920: Ethnic Policy», en *Lithuanian Historical Studies*, n.º 13 (2008), pp. 161-178.
- STRAUB, Eberhard, *Albert Ballin: Der Reeder des Kaisers*, Berlín, Siedler, 2001.
- SULLIVAN, Charles L., «The 1919 German Campaign in the Baltic: The Final Phase», en Stanley Vardys y Romuald Misiunas, *The Baltic States in Peace and War, 1917-1945*, Londres, Pennsylvania State University Press, 1978, pp. 31-42.
- SUMPF, Alexandre, «Russian Civil War», en Daniel *et al.*, *1914-1918 online*.
- SUNDERLAND, Williard, *The Baron's Cloak: A History of the Russian Empire in War and Revolution*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2014.
- SUNDHAUSSEN, Holm, *Geschichte Serbiens: 19.-21. Jahrhundert*, Viena, Böhlau, 2007.
- SUNY, Ronald Grigor, *The Structure of Soviet History: Essays and Documents*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014.
- , «Explaining Genocide: The Fate of the Armenians in the Late Ottoman Empire», en Richard Bessel y Claudia Haake (eds.), *Removing Peoples: Forced Removal in the Modern World*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2009, pp. 209-253.
- , «Toward a Social History of the October Revolution», *American Historical Review*, n.º 88 (1983), pp. 31-52.
- SWAIN, Geoffrey, *Trotsky and the Russian Revolution*, Londres y Nueva York, Routledge, 2014.
- , «Trotsky and the Russian Civil War», en Ian D. Thatcher (ed.), *Reinterpreting Revolutionary Russia: Essays in Honour of James D. White*, Basingstoke, Palgrave, 2006, pp. 86-104.
- TACHJIAN, Vahé, *La France en Cilicie et en Haute-Mésopotamie: aux confins de la Turquie, de la Syrie et de l'Irak, 1919-1933*, París, Éditions Karthala, 2004.
- TÁLOS, Emmerich, *Das austrofaschistische Herrschaftssystem: Österreich 1933-1938*, Berlín, Münster y Viena, LIT, 2013.
- TAMARI, Salim (ed.), *Year of the Locust: A Soldier's Diary and the Erasure of Palestine's*

- Ottoman Past*, Berkeley, University of California Press, 2011.
- TANKOVA, V. et al., *Balkanskite voyni 1912-1913: pamet i istoriya*, Sofía, Akademichno izdatelstvo «Prof. Marin Drinov», 2012.
- TASCA, Angelo, *La Naissance du fascisme*, París, Gallimard, 1938 [*El nacimiento del fascismo*, Barcelona, Crítica, 2000].
- TASIĆ, DMITAR, «The Assassination of King Alexander: The Swan Song of the Internal Macedonian Revolutionary Organization», en *Donau. Tijdschrift over Zuidost-Europa* (2008), pp. 30-39.
- TAYLOR, A. J. P., *The Habsburg Monarchy, 1809-1918: A History of the Austrian Empire and Austria-Hungary*, Londres, Hamish Hamilton, 1948 [*La monarquía de los Habsburgo*, Cerdanyola, Argos Vergara, 1983].
- TEMPERLEY, Harold M. V. (ed.), *A History of the Peace Conference of Paris*, 6 vols., Londres, Frowde and Hodder y Stoughton, 1921-1924.
- TEVETH, Shabtai, *Ben-Gurion and the Palestinian Arabs: From Peace to War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1985.
- , *The Burning Ground: A Biography of David Ben-Gurion*, Tel Aviv, Schoken, 1997.
- THER, Philipp, «Deutsche Geschichte als imperiale Geschichte: Polen, slawophone Minderheiten und das Kaiserreich als kontinentales Empire», en Sebastian Conrad und Jürgen Osterhammel (eds.), *Das Kaiserreich transnational: Deutschland in der Welt 1871-1914*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 2004, pp. 129-148.
- THEWELEIT, Klaus, *Male Fantasies*, 2 vols., Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987.
- THOMAS, Ludmilla, *Geschichte Sibiriens: Von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Berlín, Akademie-Verlag, 1982.
- THOMPSON, Elizabeth F., *Colonial Citizens: Republican Rights, Paternal Privilege, and Gender in French Syria and Lebanon*, Nueva York, Columbia University Press, 2000.
- THOMPSON, Mark, *The White War: Life and Death on the Italian Front 1915-1919*, Londres, Faber and Faber, 2009.
- THOMPSON MANNING, Roberta, *The Crisis of the Old Order in Russia: Gentry and Government*, Princeton, Princeton University Press, 1983.
- THOSS, Bruno, *Der Ludendorff-Kreis: München als Zentrum der mitteleuropäischen Gegenrevolution zwischen Revolution und Hitler-Putsch*, Múnich, Wölfle, 1978.
- THUM, Gregor (ed.), *Traumland Osten: Deutsche Bilder vom östlichen Europa im 20. Jahrhundert*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 2006.
- THUNIG-NITTNER, Gerburg, *Die Tschechoslowakische Legion in Rußland: Ihre Geschichte und Bedeutung bei der Entstehung der 1. Tschechoslowakischen Republik*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1970.
- TOKES, Rudolf, *Béla Kun and the Hungarian Soviet Republic: The Origins and Role of the Communist Party of Hungary in the Revolutions of 1918-1919*, Nueva York y Stanford,

- Praeger, 1967.
- , «Bela Kun: The Man and Revolutionary», en Ivan Völgyes (ed.), *Hungary in Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, pp. 170-207.
- TOMA, Peter A., «The Slovak Soviet Republic of 1919», en *American Slavic and East European Review*, n.º 17 (1958), pp. 203-215.
- TOOZE, Adam, *The Deluge: The Great War and the Re-Making of Global Order*, Londres, Allen Lane, 2014.
- TORMAY, Cecile, *An Outlaw's Diary*, 2 vols., Londres, Allan, 1923.
- TOWNSHEND, Charles, *The Republic: The Fight for Irish Independence 1918-1923*, Londres, Allen Lane, 2013.
- TOWNSON, Nigel, *The Crisis of Democracy in Spain: Centrist Politics under the Second Republic, 1931-1936*, Brighton, Sussex University Press, 2000.
- TOYNBEE, Arnold J., *The Western Question in Greece and Turkey: A Study in the Contact of Civilisations*, Boston, Constable, 1922.
- TRAVERSO, Enzo, *Fire and Blood: The European Civil War, 1914-1945*, Nueva York, Verso, 2016 [*A sangre y fuego: de la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009].
- TROEBST, Stefan, *Das makedonische Jahrhundert: Von den Anfängen der nationalrevolutionären Bewegung zum Abkommen von Ohrid 1893-2001*, Múnich, Oldenbourg, 2007.
- , *Mussolini, Makedonien und die Mächte 1922-1930. Die 'Innere Makedonische Revolutionäre Organisation'*, in *der Südosteuropapolitik des faschistischen Italien*, Colonia y Viena, Böhlau, 1987.
- TROTNOW, Helmut, *Karl Liebknecht: Eine Politische Biographie*, Colonia, Kiepenheuer and Witsch, 1980.
- TUNSTALL, Greyton A., *Blood on the Snow: The Carpathian Winter War of 1915*, Lawrence, University Press of Kansas, 2010.
- ÜNGÖR, Uğur Ümit, «Mass Violence against Civilians during the Balkan Wars», en Dominik Geppert, William Mulligan y Andreas Rose (eds.), *The Wars Before the Great War: Conflict and International Politics Before the Outbreak of the First World War*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015.
- UNGVÁRY, Krisztián, *A magyar honvédség a második világháborúban*, Budapest, Osiris Kiadó, 2004.
- , «Sacco di Budapest, 1919. Gheorghe Mărdărescu tábornok válasza Harry Hill Bandholtz vezérőrnagy nem diplomatikus naplójára», en *Budapesti Negyed*, n.º 3-4 (2000), pp. 173-203.
- UPTON, Anthony, *The Finnish Revolution, 1917-18*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1980.
- VALLI, Roberta Suzzi, «The Myth of Squadristo in the Fascist Regime», en *Journal for*

- Contemporary History*, n.º 35 (2000), pp. 131-150.
- VÁRY, Albert, *A Vörös Uralom Áldozatai Magyarországon*, Szeged, Szegedi Nyomda, 1993.
- VENTRONE, Angelo, *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, Donzelli, 2003.
- VEREMIS, Thanos, y Elias Nikolakopoulos (eds.), *O Eleftherios Venizelos ke I epochi tou*, Atenas, Ellinika Grammata, 2005.
- VINCENT, C. Paul, *The Politics of Hunger: The Allied Blockade of Germany, 1915-1919*, Athens, Ohio University Press, 1985.
- VIVARELLI, Roberto, *Storia delle origini del fascismo: L'Italia dalla Grande Guerra alla marcia su Roma*, Bologna, il Mulino, 2012.
- VOLKMANN, Hans-Erich, *Die deutsche Baltikumpolitik zwischen Brest-Litowsk und Compiègne*, Colonia y Viena, Böhlau, 1970.
- VOLTAN, Vamik D., y Norman Itzkowitz, *The Immortal Atatürk: A Psychobiography*, Chicago, Chicago University Press, 1984.
- VUKOV, Nikolái, «The Aftermaths of Defeat: The Fallen, the Catastrophe, and the Public Response of Women to the End of the First World War in Bulgaria», en Ingrid Sharp y Matthew Stibbe (eds.), *Aftermaths of War: Women's Movements and Female Activists, 1918-1923*, Leiden, Brill, 2011, pp. 29-47.
- , «The Memory of the Dead and the Dynamics of Forgetting: “Post-Mortem” Interpretations of World War I in Bulgaria», en Oto Luthar (ed.), *The Great War and Memory in Central and South-Eastern Europe*, Leiden, Brill, 2016, pp. 162-187.
- WACHS, Friedrich-Carl, *Das Verordnungswerk des Reichsdemobilmachungsamtes*, Fráncfort, Peter Lang, 1991.
- WADE, REX, *Red Guards and Workers' Militias in the Russian Revolution*, Palo Alto, Stanford University Press, 1984.
- , *The Russian Revolution, 1917*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2000.
- , «The October Revolution, the Constituent Assembly, and the End of the Russian Revolution», en Ian D. Thatcher, *Reinterpreting Revolutionary Russia: Essays in Honour of James D. White*, Londres, Palgrave Macmillan, 2006, pp. 72-85.
- WAITE, Robert G. L., *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany, 1918-1923*, Cambridge, Harvard University Press, 1952.
- WALKER, Christopher J., *Armenia: The Survival of a Nation*, 2.<sup>a</sup> ed., Londres, Routledge, 1990.
- WANDY CZ, Piotr Stefan, *France and her Eastern Allies, 1919-25: French-Czechoslovak-Polish Relations from the Paris Peace Conference to Locarno*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1962.
- , *The Lands of Partitioned Poland, 1795-1918*, Seattle, University of Washington Press,

1974.

- WARGELIN, Clifford F., «A High Price for Bread: The First Treaty of Brest-Litovsk and the Break-up of Austria-Hungary, 1917-1918», en *The International History Review*, n.º 19 (1997), pp. 757-788.
- WASSERSTEIN, Bernard, *The British in Palestine: The Mandatory Government and the Arab-Jewish Conflict 1917-1929*, Oxford, Blackwell, 1991.
- WATSON, Alexander, *Enduring the Great War: Combat Morale and Collapse in the German and British Armies, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2008.
- , *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary at War, 1914-18*, Londres, Allen Lane, 2014.
- WATTS, Martin, *The Jewish Legion and the First World War*, Londres y Nueva York, Palgrave, 2004.
- WAWRZINEK, Bert, *Manfred von Killinger (1886-1944): Ein politischer Soldat zwischen Freikorps und Auswärtigem Amt*, Preussisch Oldendorf, DVG, 2004.
- WEBER, Thomas, *Hitler's First War: Adolf Hitler, the Men of the List Regiment, and the First World War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2010 [*La primera guerra de Hitler*, Madrid, Taurus, 2012].
- WEHRHAHN, Torsten, *Die Westukrainische Volksrepublik: Zu den polnisch-ukrainischen Beziehungen und dem Problem der ukrainischen Staatlichkeit in den Jahren 1918 bis 1923*, Berlín, Weißensee Verlag, 2004.
- WEITZ, Eric D., y Omer Bartov (eds.), *Shatterzones of Empires: Coexistence and Violence in the German, Habsburg, Russian, and Ottoman Borderlands*, Bloomington, Indiana University Press, 2013.
- WEITZ, Eric D., «From the Vienna to the Paris System: International Politics and the Entangled Histories of Human Rights, Forced Deportations, and Civilizing Missions», en *The American Historical Review*, n.º 113 (2008), pp. 313-343.
- WERTH, Nicolas, «The NKVD Mass Secret Operation no. 00447 (August 1937-November 1938)», *Online Encyclopedia of Mass Violence*, publicado el 24 de mayo de 2010, consultado por última vez el 22 de enero de 2016, <<http://www.massviolence.org/The-NKVDMass-Secret-Operation-no-00447-August-1937>>.
- , «L'ex-Empire russe, 1918-1921: Les mutations d'une guerre prolongée», en Audoin-Rouzeau y Prochasson, *Sortir de la Grande Guerre*, pp. 285-306.
- WETTE, Wolfram, *Gustav Noske: Eine politische Biographie*, Düsseldorf, Droste, 1987.
- WHITE, James D., «National Communism and World Revolution: The Political Consequences of German Military Withdrawal from the Baltic Area in 1918-19», en *Europe-Asia Studies*, n.º 8 (1994), pp. 1349-1369.
- WIEL, Jerome van de, *The Irish Factor 1899-1919: Ireland's Strategic and Diplomatic Importance for Foreign Powers*, Dublín, Irish Academic Press, 2008.

- WILDMAN, Allan K., *The End of the Russian Imperial Army, vol. 1: The Old Army and the Soldiers' Revolt (March-April 1917)*, Princeton, Princeton University Press, 1980.
- , *The End of the Russian Imperial Army, vol. 2: The Road to Soviet Power and Peace*, Princeton, Princeton University Press, 1987.
- WILLIAMS, Robert C., *Culture in Exile: Russian Emigrés in Germany, 1881-1941*, Ithaca, Cornell University Press, 1972.
- WILSON, Timothy K., *Frontiers of Violence: Conflict and Identity in Ulster and Upper Silesia, 1918-1922*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2010.
- , «The Polish-German Ethnic Dispute in Upper Silesia, 1918-1922: A Reply to Tooley», en *Canadian Review of Studies in Nationalism*, n.º 32 (2005), pp. 1-26.
- WINKLER, Heinrich August, *The Age of Catastrophe: A History of the West 1914-1945*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2015.
- , *Von der Revolution zur Stabilisierung: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik, 1918 bis 1924*, Berlín, Dietz, 1984.
- , *Weimar 1918-1933: Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie*, Múnich, C. H. Beck, 1993.
- WINTER, Jay, *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1995.
- WIRSCHING, Andreas, *Vom Weltkrieg zum Bürgerkrieg: Politischer Extremismus in Deutschland und Frankreich 1918-1933/39. Berlin und Paris im Vergleich*, Múnich, Oldenbourg, 1999.
- WISKEMANN, Elizabeth, *The Rome-Berlin Axis: A History of the Relations between Hitler and Mussolini*, Nueva York y Londres, Oxford University Press, 1949.
- WOHLGEMUTH, Heinz, *Karl Liebknecht: Eine Biographie*, Berlín Oriental, Dietz, 1975.
- WRÓBEL, Piotr J., «The Seeds of Violence: The Brutalization of an East European Region, 1917-1921», *Journal of Modern European History*, n.º 1 (2003), pp. 125-149.
- YAPP, Malcolm E., *The Making of the Modern Near East: 1792-1923*, Londres, Longman, 1987.
- , *The Near East Since the First World War: A History to 1995*, Londres, Longman, 1996.
- YEKELCHYK, Serhy, «Bands of Nation-Builders? Insurgency and Ideology in the Ukrainian Civil War», en Gerwarth y Horne, *War in Peace*, 107-125.
- YELLIN, Eric, *Racism in the Nation's Service: Government Workers and the Color Line in Woodrow Wilson's America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2016.
- YIANOULOPOULOS, Yiannis, «Exoteriki politiki», en Chatziiosif, *Istoria tis Elladas tou Ikostou eona*, vol. 2, pp. 140-141.
- YOUNG, Louise, *Japan's Total Empire: Manchuria and the Culture of Wartime Imperialism*, Berkeley, University of California Press, 1998.
- ZABECKI, David T., *The German 1918 Offensives: A Case Study in the Operational Level of War*, Nueva York, Routledge, 2006.

- ZADGORSKA, Valentina, *Kragat 'Zveno' (1927-1934)*, Sofia, «Sv. Kliment Ohridski», 2008.
- ZAHRA, Tara, *Kidnapped Souls: National Indifference and the Battle for Children in the Bohemian Lands, 1900-1948*, Ithaca, Cornell University Press, 2008.
- , «The “Minority Problem”: National Classification in the French and Czechoslovak Borderlands», en *Contemporary European Review*, n.º 17 (2008), pp. 137-165.
- ZAMOYSKI, Adam, *Warsaw 1920: Lenin's Failed Conquest of Europe*, Londres, Harper Press, 2008 [*Varsovia 1920: el intento fallido de Lenin de conquistar Europa*, Tres Cantos, Siglo XXI, 2008].
- ZEMAN, Zbyněk, *The Masaryks: The Making of Czechoslovakia*, Londres, I. B. Tauris, 1976.
- ZIEMANN, Benjamin, *Contested Commemorations: Republican War Veterans and Weimar Political Culture*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2013.
- , *War Experiences in Rural Germany, 1914-1923*, Oxford y Nueva York, Berg, 2007.
- ZIMMERMANN, John, *'Von der Bluttat eines Unseligen': Das Attentat Friedrich Adlers und seine Rezeption in der sozialdemokratischen Presse*, Hamburgo, Verlag Dr. Kovač, 2000.
- ZÖLLNER, Erich, *Geschichte Österreichs: Von den Anfängen bis zur Gegenwart*, 8.<sup>a</sup> ed., Viena, Verlag für Geschichte und Politik, 1990.
- ZORN, Wolfgang, *Geschichte Bayerns im 20. Jahrhundert*, Múnich, C. H. Beck, 1986.
- ZÜRCHER, Erik Jan, «The Ottoman Empire and the Armistice of Moudros», en Hugh Cecil y Peter H. Liddle (eds.), *At the Eleventh Hour: Reflections, Hopes, and Anxieties at the Closing of the Great War, 1918*, Londres, Leo Cooper, 1998, pp. 266-275.
- , *The Young Turk Legacy and Nation Building: From the Ottoman Empire to Atatürk's Turkey*, Londres, I. B. Tauris, 2010.

## Agradecimientos

Escribir un libro donde el centro del escenario lo ocupa la violencia masiva a unos niveles atroces puede ser una tarea solitaria y al mismo tiempo deprimente. Sin embargo, a pesar de lo terrible del argumento de este libro, el proceso de investigación y de escritura ha sido enormemente enriquecedor, e incluso agradable, en gran parte porque he emprendido ambas tareas en la buena compañía de un gran número de colegas y de amigos que han sido una fuente de inspiración para mí, y porque todos ellos han contribuido de una forma u otra a que el libro llegara a buen fin. Desde que hace diez años empecé a pensar por primera vez en los temas sobre los que se sustenta este libro, he acumulado más deudas de gratitud de las que espero poder saldar algún día. Dar las gracias a algunas personas que me han ayudado a lo largo del camino no es más que un reconocimiento público de esas deudas.

Durante los últimos ocho años he tenido la suerte de vivir y trabajar en Dublín, que posiblemente sea uno de los lugares más dinámicos para el estudio de la Primera Guerra Mundial, y de los conflictos modernos más en general. Mis incontables conversaciones con mis colegas y amigos afincados en Dublín –entre los que cabe destacar a John Horne, William Mulligan y Alan Kramer– me han ayudado enormemente a sacar punta a algunos de mis argumentos, y a desechar otros. Entre 2007 y 2009, John Horne y yo dirigimos un proyecto sobre la violencia paramilitar a partir de 1918, financiado por el Irish Research Council, que supuso el punto de partida de un largo periodo de reflexión sobre en qué momento exactamente concluyó la Gran Guerra. A eso le siguió, entre 2009 y 2014, un proyecto sobre la «posguerra» de Europa, financiado por el Consejo Europeo de Investigación, una iniciativa que he tenido el gran privilegio de dirigir. Fue sobre todo durante ese periodo cuando cobraron forma las ideas que recorren todo el libro. Eso fue posible en parte gracias a que tuve el placer de trabajar en el Centro de Estudios sobre la Guerra del University College de Dublín con doce estudiantes de posdoctorado de gran talento, todos ellos expertos en ese periodo, y que desde entonces han emprendido sus respectivas y estelares carreras académicas: Tomas Balkelis, Julia Eichenberg, Maria

Falina, Mark Jones, Matthew Lewis, James Matthews, Matteo Millan, John Paul Newman, Mercedes Peñalba-Sotorrio, Gajendra Singh, DMITAR Tasić y Uğur Ümit Üngör. No me habría sido posible escribir este libro sin la importante investigación empírica sobre unas áreas geográficas tan diversas como los Balcanes, los estados del Báltico, Alemania, la India, Irlanda, Italia, el Imperio otomano, Palestina, Polonia y España que han llevado a cabo estos estudiantes.

Además del constante flujo de material empírico novedoso que surgía del trabajo de todos mis colaboradores, también celebramos una serie de seminarios temáticos quincenales en Dublín, en la que participaron docenas de expertos internacionales sobre historia europea y mundial de ese periodo. Todos los conferenciantes invitados participaron directamente en nuestros debates, igual que los historiadores que asistieron a alguno de los numerosos congresos internacionales sobre el periodo de «posguerra» que se celebraron en Dublín o en otras universidades de todo el mundo. Estoy especialmente agradecido a mis dos gestoras de investigación en Dublín, Christina Griessler y Suzanne d'Arcy, por las muchas horas de trabajo que dedicaron a la organización de dichos eventos, así como a la generosidad de los anfitriones de mis talleres y congresos temáticos que se celebraron en Moscú (Nikolaus Katzer), Buenos Aires (María Inés Tato) y Perth, Australia Occidental (Mark Edele). Muy recientemente, Rudolf Kučera tuvo la gran amabilidad de invitarme a inaugurar un congreso en la Academia de Ciencias de la República Checa en Praga con una conferencia de apertura sobre la violencia de la «posguerra», seguida de un exhaustivo debate.

Asimismo, quisiera dar las gracias a la Fundación Harry Frank Guggenheim y al Consejo Europeo de Investigación por financiar a un importante número de extraordinarios ayudantes de investigación, que me han proporcionado un flujo constante de documentos fundamentales y de traducciones de la literatura más reciente sobre la materia en idiomas que desconozco. Cualquier autor que intente ofrecer un relato coherente sobre los estados derrotados de Europa al final de la Gran Guerra tiene que afrontar el reto de escribir sobre extensas regiones habitadas por unos pueblos que hablan más lenguas de las que cualquier erudito sería capaz de dominar: del ruso al húngaro, del búlgaro al alemán, y del ucraniano al turco. La lista se alarga aún más cuando se incluyen los países que oficialmente ganaron la guerra, pero que acabaron sintiendo que habían perdido la paz. En la medida de lo posible, he intentado incorporar la excelente literatura especializada que se ha producido en esos distintos idiomas –una tarea que no habría podido abordarse sin la sustancial colaboración de numerosas personas que me ayudaron a superar las barreras del idioma, al traducir importantes trabajos académicos y otras fuentes de documentación en dichos idiomas, o simplemente al compartir conmigo los importantes resultados de sus

investigaciones.

En particular, me gustaría agradecer la ayuda de Jan Bockelmann en Berlín, de Dmtar Tasić en Belgrado, de Nikolái Vukov en Sofía, y de Spiros Kakouriotis en Atenas. Lo mismo cabe decir de Ursula Falch, que recopiló un gran número de documentos en distintos archivos de Innsbruck, Viena y Linz; de Eric Weaver (Budapest); y de Matteo Pasetti (por brindarme sus consejos como experto y sus traducciones de importantes textos en italiano). Al mismo tiempo, Rudolf Mark y Katja Bruisch, del Instituto Histórico Alemán en Moscú, me ayudaron a localizar importantes textos en ruso y fuentes visuales en aquel país.

Además, me he beneficiado inmensamente de tantos años de estrecha colaboración con Ryan Gingeras y Uğur Ümit Üngör –dos de los mejores expertos de su generación en el Imperio otomano tardío–. En Estambul, Ayhan Aktar me proporcionó, con el entusiasmo que le caracteriza, documentos sobre el «intercambio de población» entre Grecia y Turquía, y asesoramiento adicional en la materia. Pieter Judson me envió generosamente el manuscrito de su último libro sobre el Imperio austrohúngaro antes de su publicación, mientras que Ronald Suny tuvo la amabilidad de compartir conmigo gran cantidad de trabajos suyos, publicados e inéditos.

Una parte del trabajo conceptual inicial para ese libro se llevó a cabo en el Institute for Advanced Study de la Universidad de Princeton, un paraíso para cualquier investigador. Allí tuve la inmensa suerte de pasar largos ratos en compañía de Mustafá Aksakal y William Hagen, con los que tuve inspiradoras charlas sobre nuestro común interés por el fin de los imperios continentales europeos. En 2014, inicié la redacción en el Instituto Universitario Europeo, donde tuve la suerte de estar varios meses gracias a una beca Fernand Braudel, y de disfrutar de la compañía intelectual de Dirk Moses, Pieter Judson, Lucy Riall y Tara Zahra. Muchísimas gracias a todos por su hospitalidad y su aportación crítica.

Además, varios colegas y amigos míos dedicaron generosamente su tiempo a leer distintas partes del manuscrito: Béla Bodó, Jochen Böhrer, Nicholas Doumanis, Roy Foster, John Horne, Stephan Malinowski, Hartmut Pogge von Strandmann, Felix Schnell y Leonard V. Smith me brindaron amplias sugerencias después de leer los primeros borradores, me ayudaron a eliminar errores, y reforzaron algunos de los argumentos. Huelga decir que cualesquiera errores de documentación o de apreciación que puedan subsistir en este libro cabe atribuírmelos enteramente a mí.

La investigación para este libro me ha llevado a recorrer distintos archivos de toda Europa, y quisiera dar las gracias al personal de todos ellos. Estoy particularmente agradecido a la familia Starhemberg por concederme acceso sin restricciones a los papeles

personales de Ernst Rüdiger Starhemberg que se conservan en el Oberösterreichisches Landesarchiv de Linz. En el Instituto Herder de Marburgo, donde tuve el privilegio de pasar un semestre gracias a una beca de investigación de la Fundación Alexander von Humboldt, pude contar con los expertos consejos de Dorothee Goeze y Peter Wörster, que me guiaron magistralmente por los extensos fondos del Instituto referentes a los combates que siguieron a la Gran Guerra en los estados del Báltico. Les doy las gracias de todo corazón, a ellos y a Peter Haslinger, director del Instituto Herder, mi maravilloso anfitrión en Marburgo.

Tengo la enorme suerte de contar con un brillante agente literario, Andrew Wylie. A Andrew, y a su personal de la Agencia Wylie de Londres, sobre todo a Stephanie Derbyshire, a la que hay que reconocerles todo el mérito de haber encontrado la editorial ideal para este libro, no sólo en el ámbito de habla inglesa, sino por todo el mundo. En Londres, Simon Winder leyó un primer borrador y me hizo numerosas y excelentes sugerencias para mejorar aún más el texto, y quisiera darle las gracias a él y a su equipo de Penguin por llevar a buen fin la producción del libro con tanta eficacia y buen humor. Me gustaría agradecer especialmente el espléndido trabajo de Richard Mason a la hora de copiar y editar el manuscrito en papel. En Nueva York, Eric Chinsky y sus colegas de Farrar, Straus y Giroux también me brindaron valiosas sugerencias y me animaron a lo largo de todo el proceso. No se puede pedir unos editores mejores que ellos.

Como siempre, mis últimas palabras de agradecimiento son para mi familia. Mis padres me ofrecieron todo tipo de apoyo durante mis frecuentes visitas a Berlín. En Dublín, mi esposa Porscha no sólo tuvo que soportar mi inveterada obsesión con la violenta posguerra de Europa, sino que contribuyó activamente a mi forma de pensar (y de escribir) sobre el argumento. A pesar de su apretada agenda, Porscha siempre encontró tiempo para plantearme sus críticas y darme sus consejos estilísticos en distintas ocasiones. Habitualmente, los momentos felices que pasábamos fuera de los despachos eran en compañía de nuestros dos hijos, Oscar y Lucian, que han convivido con este libro desde el día que nacieron, y que me han brindado maravillosos y abundantes ratos de distracción a lo largo de todo el proceso. Este libro va dedicado a ellos, como cariñoso recuerdo de los cinco años que llevamos juntos.

ROBERT GERWARTH  
Dublín, verano de 2016



1. Tras un fallido golpe de Estado de los bolcheviques contra el Gobierno Provisional durante el verano de 1917, Lenin huyó de Petrogrado y cruzó la frontera de Finlandia con este pasaporte falso.



2. Soldados alemanes y rusos festejan con un baile el armisticio entre sus países en diciembre de 1917, que supuso la salida de Rusia del conflicto. Este momento de cordialidad difería sensiblemente de la actitud general durante la guerra y los conflictos posteriores.



3. La victoria en el Frente Oriental permitió al Alto Mando alemán jugarse el todo por el todo en su ofensiva de primavera en 1918. En un primer momento, el Ejército alemán, encabezado por sus tropas de choque, que habían recibido una instrucción especial, avanzó rápidamente.



4. El fracaso en última instancia de la ofensiva de primavera, y los contraataques de los Aliados durante aquel verano provocaron el hundimiento de la moral entre las tropas alemanas. Decenas de miles de soldados se rindieron sin oponer resistencia, y acabaron en los campos de prisioneros de guerra de los Aliados.



5. Tropas italianas en Vittorio Veneto. La batalla concluyó con una victoria de los italianos, lo que a todos los efectos puso fin a la guerra para el Imperio austrohúngaro. El armisticio se firmó el 3 de noviembre.



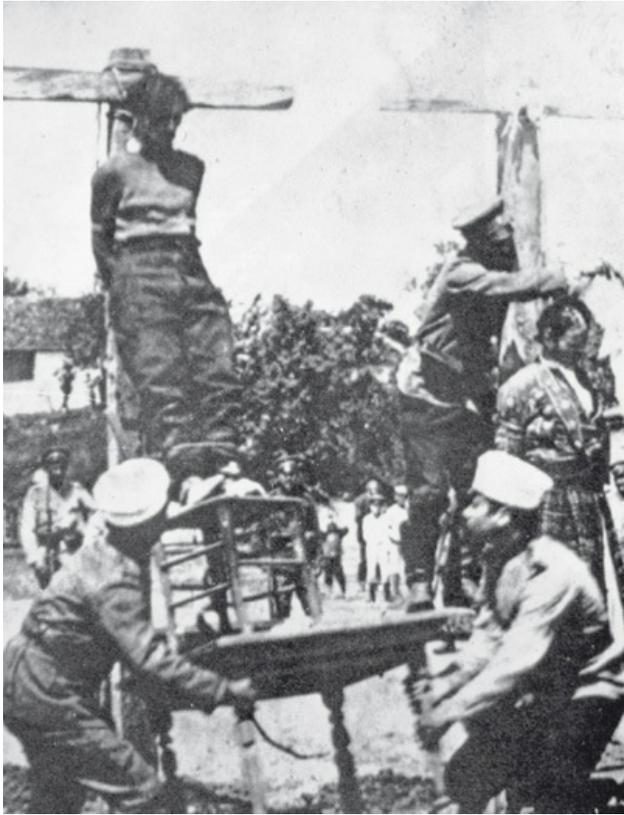
6. Al igual que sus homólogos alemanes, decenas de miles de antiguos súbditos del Imperio austrohúngaro acabaron en los campos de prisioneros de guerra de los Aliados hacia el final del conflicto, aquí en un campo de Trento, en noviembre de 1918.



7. Soldados de los *Freikorps* alemanes en la región del Báltico en 1919. La derrota de Alemania en noviembre de 1918 desencadenó la intervención del Ejército soviético en los estados del Báltico, recién independizados. Los *Freikorps* combatieron tanto contra los bolcheviques como contra los nacionalistas de la región.



8. Finlandia sufrió una de las guerras civiles más brutales de la historia moderna, en la que murió el 1 % de la población. Los combates culminaron en la Batalla de Tampere, donde en 1918 se tomó esta foto de unos soldados de la Guardia Blanca, el bando vencedor.



9. La Guerra Civil rusa se libró con salvajismo por parte de todos los bandos implicados. Eso fue especialmente cierto en las denominadas «guerras campesinas», donde los aldeanos se resistieron con violencia a la colectivización ordenada por Lenin. Ahorcar a los prisioneros enemigos era una práctica habitual.



10. El Gobierno bolchevique intenta buscar familias de adopción para los huérfanos rusos. Los años de contienda y de guerra civil, junto a las graves hambrunas, dejaron a miles de niños huérfanos y en la indigencia.



11. El 9 de noviembre de 1918, Philipp Scheidemann, copresidente del Partido Socialdemócrata de la Mayoría alemán, proclama la República de Alemania desde un balcón del edificio del Reichstag de Berlín.



12. La denominada «Revolución de los Crisantemos» en Budapest, el 31 de octubre de 1918, así llamada por las flores que sustituyeron a las rosas de las gorras de los soldados del Ejército austrohúngaro, convirtió a Hungría en un Estado independiente, y en una efímera república democrática presidida por Mihály Károlyi.



13. También Austria se transformó en una democracia parlamentaria a través de una revolución. A mediados de junio de 1919, la nueva república tuvo que hacer frente a la amenaza de un golpe de Estado comunista que, aunque en última instancia fue derrotado, dio lugar a violentos enfrentamientos.



14. Durante la sublevación espartaquista de enero de 1919 en Berlín, los partidarios del Partido Comunista y del Partido Socialdemócrata independientes intercambian disparos con las tropas del Gobierno, aquí en el barrio de la prensa de la capital alemana.

15. La sublevación espartaquista fue brutalmente reprimida por los soldados de los *Freikorps* y por las tropas del Gobierno, aquí fotografiadas en las inmediaciones de la catedral de Berlín, en el centro de la ciudad.

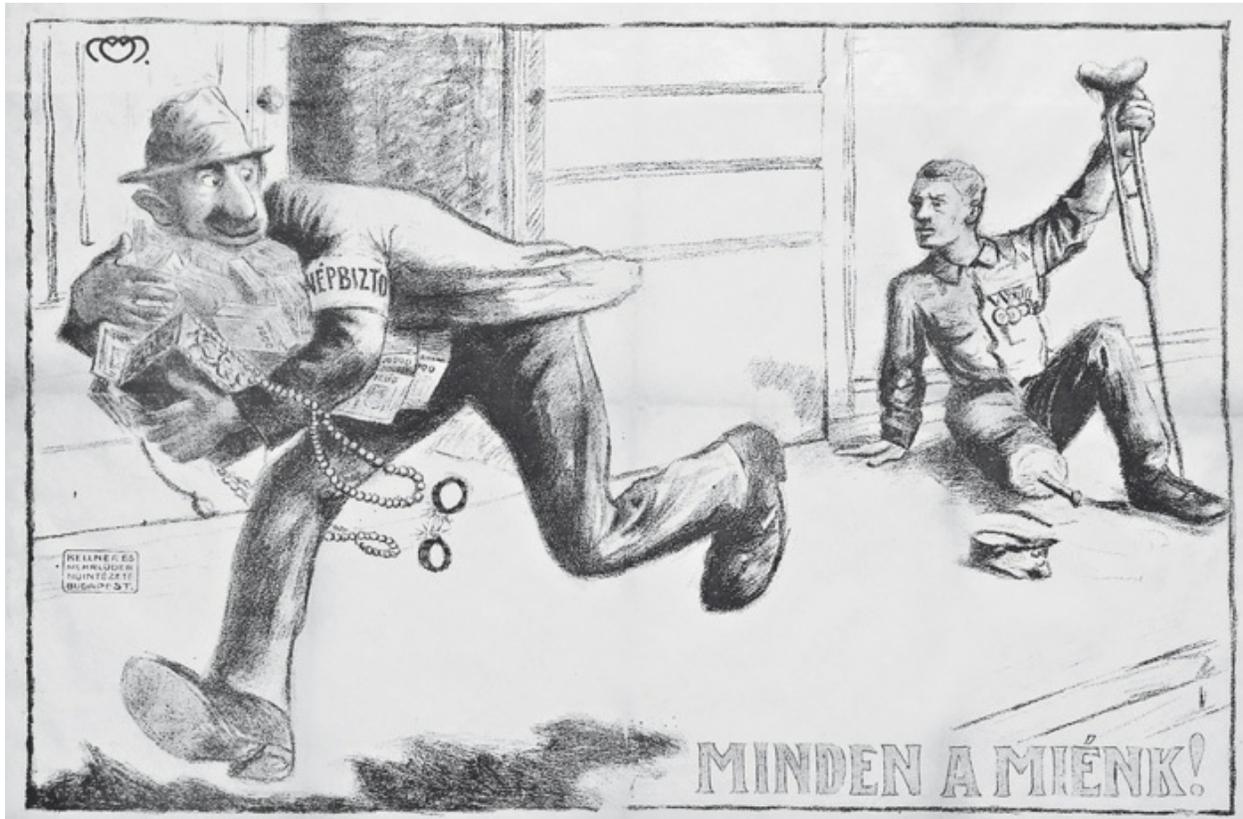




16. El líder revolucionario húngaro Béla Kun se dirige a una concentración de estudiantes y trabajadores en 1919. Su efímero régimen fue derrocado por una invasión de Rumanía aquel mismo año.



17. Durante el «Terror Rojo» del régimen de Kun, fueron ejecutados cientos de sospechosos de «actividades contrarrevolucionarias», como se ve en esta foto de mayo de 1919. Tras la caída de Kun, las topas contrarrevolucionarias se vengaron de los revolucionarios pagándoles con la misma moneda.



18. «¡Todo para nosotros!» Un cartel antisemita que se difundió tras la caída del régimen de Kun muestra a un comisario judío de la República Soviética de Hungría robándole sus pertenencias a un veterano de guerra mutilado.



19. Tras la caída de la «República Soviética» de Múnich, los soldados de los *Freikorps* y las tropas del Gobierno obligan a desfilan por las calles de la ciudad a los simpatizantes del régimen caído que habían sido detenidos.



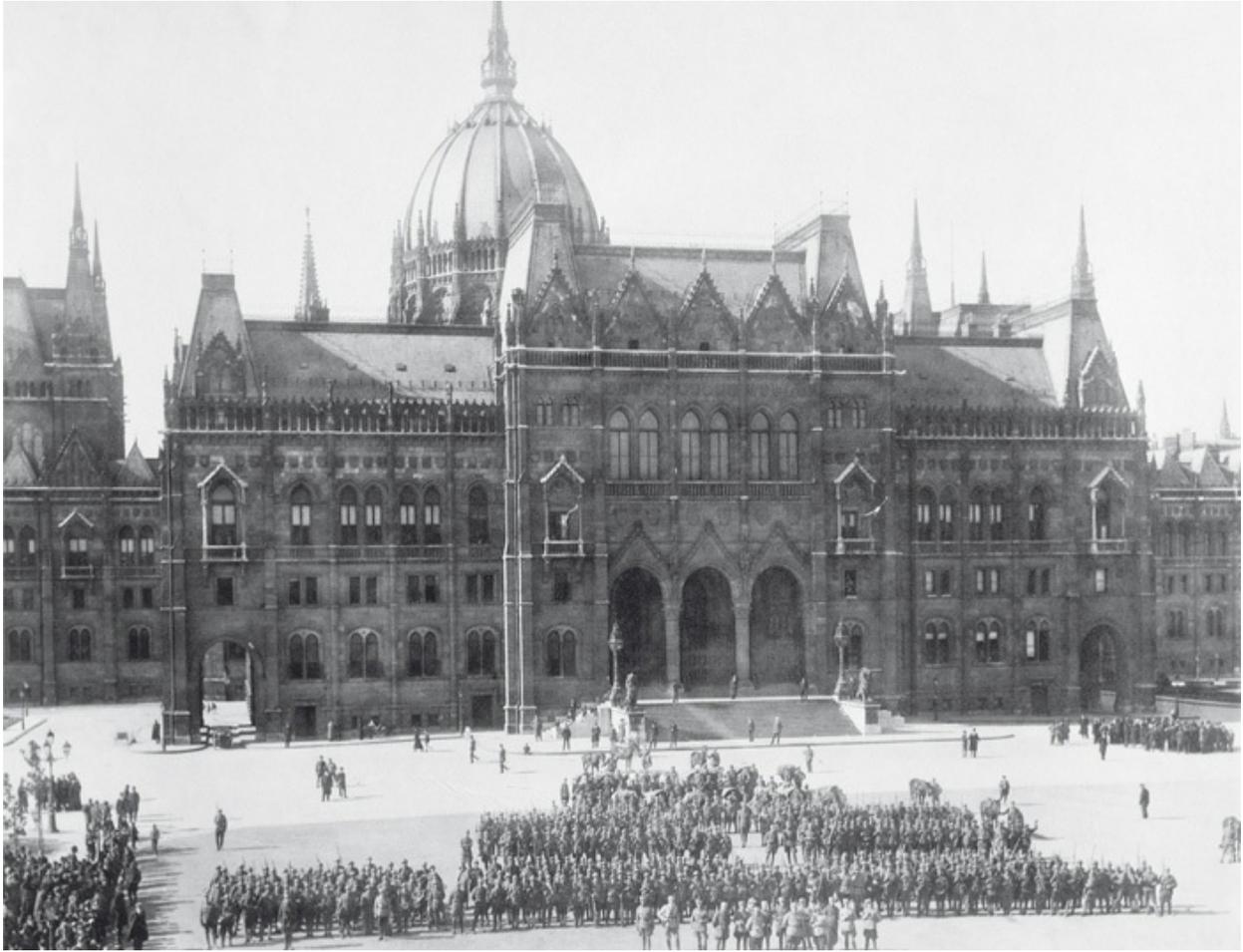
20. Vencedores y vencidos: el primer ministro búlgaro Stambolijski (*centro*) durante la firma del Tratado de Neuilly, con Clemenceau a su izquierda y Lloyd George a su derecha.



21. Contrarrevolución en Bulgaria: tras el golpe de Estado contra la BANU, los partidarios de Stambolijski, brutalmente asesinado –igual que lo fue su sirviente, que aparece en esta foto– fueron detenidos en masa y a menudo ejecutados.



22. Una imagen emblemática, aunque preparada, de destacados fascistas («camisas negras») italianos: Benito Mussolini y sus estrechos colaboradores Emilio de Bono e Italo Balbo durante la «Marcha sobre Roma» en 1922.



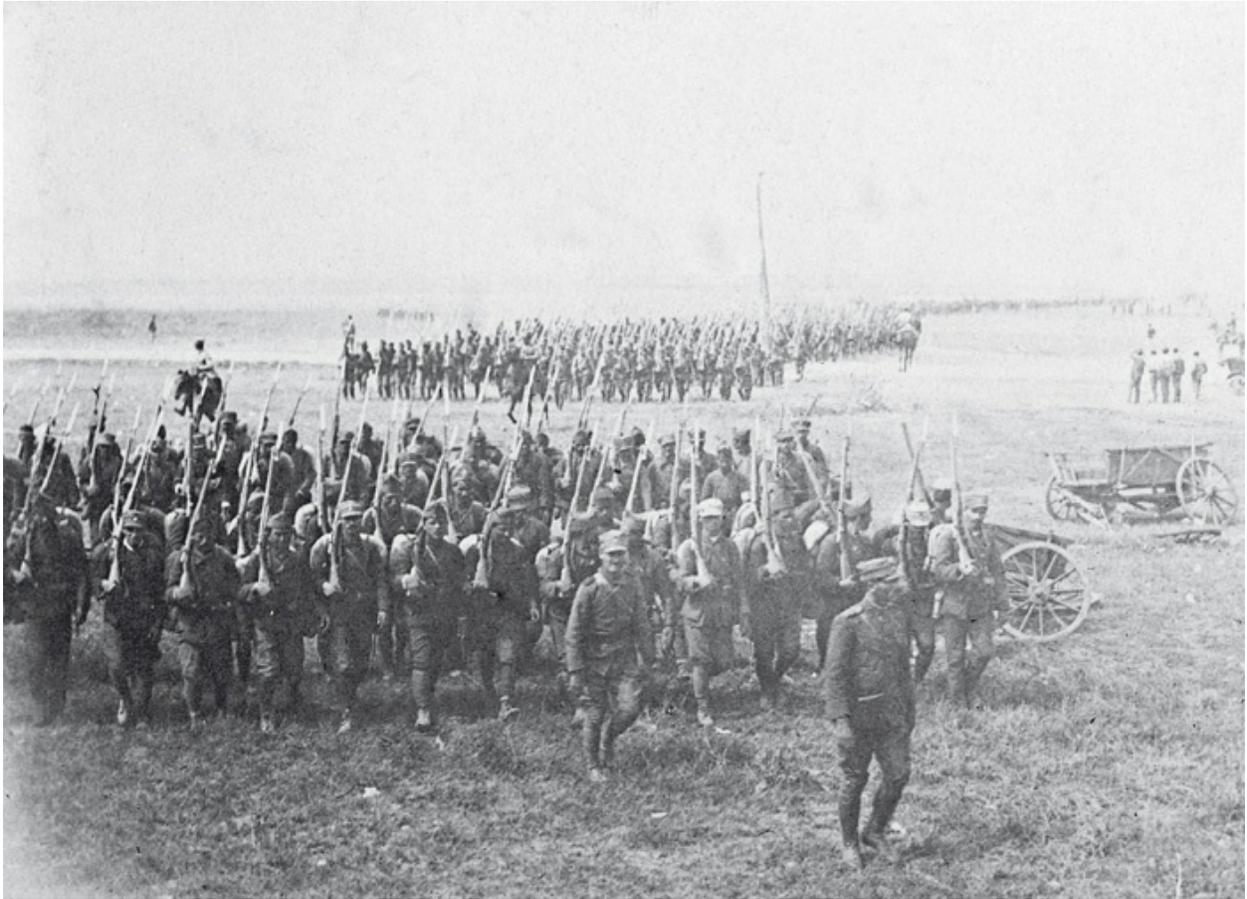
23. Desfile del Ejército rumano en el centro de Budapest, 1919. Los húngaros estaban furiosos por la ocupación y saqueo de su capital por un país al que habían contribuido a derrotar militarmente el año anterior.



24. «Abajo la tiranía checa»: manifestantes en Viena, en marzo de 1919, protestan contra el Estado checoslovaco, recién independizado, después de que su Gobierno decidiera prohibir la participación de los ciudadanos de etnia alemana de los Sudetes en las elecciones generales de Austria de 1919.



25. Refugiados de etnia alemana procedentes de Prusia Oriental de camino a Alemania tras el plebiscito de 1920.



26. La infantería griega avanza por la meseta de Anatolia durante la guerra greco-turca. A pesar de sus éxitos iniciales, los invasores se encontraron con una encarnizada resistencia por parte de los turcos.



27. Mustafá Kemal y su Estado Mayor deliberando sobre su estrategia. Como respuesta a los desembarcos de las tropas griegas en Anatolia Occidental, la resistencia de los nacionalistas turcos, liderada por Kemal, se intensificó enormemente.



28. Inmediatamente después de la reconquista de Esmirna por los turcos, se intensificó la violencia contra los civiles cristianos, al tiempo que el incendio de los barrios armenios muy pronto se propagó a otras zonas de la ciudad.



29. La incapacidad de los griegos de derrotar a Mustafá Kemal tuvo otras consecuencias catastróficas, que al final dieron lugar al «intercambio de población» forzoso de más de un millón de cristianos otomanos y de musulmanes griegos.



30. La indignación por los términos de los tratados de paz de París persistió durante muchos años en todos los estados derrotados de Europa, pero donde más se sintió fue en Hungría. En esta imagen se ve una manifestación convocada en Budapest en 1931, más de diez años después de la firma del Tratado de Trianon.



31. La humillación de la derrota en la Gran Guerra también fue un tema destacado en los discursos de Hitler. Después de la rendición de Francia en 1940, unos soldados alemanes contemplan cómo se saca de la sala de un museo el vagón donde los alemanes habían firmado el armisticio en 1918. Ahora, la delegación francesa iba a tener que aceptar la derrota en ese mismo vagón.